3 1761 08171321 6

Librería Puvill
LIBROS ANTIGUOS
Pers, 10 BARCELONA 2 - España

1847.
7.500
6 rolls.

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/cubaespaolares01reve

CUBA ESPAÑOLA

CUBA ESPAÑOLA

Reseña histórica de la insurrección cubana

en 1895

POR

Emilio Revertér Delmas

ILUSTRADA POR FRANCISCO PONS

TERCERA EDICIÓN

BARCELONA

CENTRO EDITORIAL DE ALBERTO MARTIN

Ronda de San Antonio, núm. 64

1896

F
1786
R45
1896
t.1

ES PROPIEDAD

LIBRARY
JUN 13 1979
UNIVERSITY OF TORONTO

Establecimiento tipográfico de Vives y Susany, Calle de Muntaner, 36.—Barcelona

INTRODUCCIÓN

Qué tristezas las acumuladas sobre nuestra amada patria!

Apena y contrista el ánimo ver como se suceden unas á otras, sin solución de continuidad, las tristezas y desdichas en nuestra querida España, formando una de esas séries fatales que á veces caen sobre los individuos y sobre las naciones, no de otro modo que si el acaso ó el destino se gozara en ponerlos á prueba.

Provocada la guerra separatista en la perla de nuestras Antillas por los desaciertos de nuestros gobernantes y por la imprevisión de nuestros Gobiernos, cúbrese de duelo el alma y angustiase el espíritu nacional al ver cómo nuestra juventud siembra de heridos y enfermos los hospitales y de cadáveres los campos de Cuba. Sirve, no obstante de consuelo, aunque consuelo asáz triste, para los que allá caen y para los que aquí lloramos por ellos, la idea de que el sacrificio se consuma en lucha abierta contra los enemigos de España.

En rebelión criminal, en insurrección fratricida un pedazo de nuestro territorio, el territorio más amado y más caro para España, aquel en que está comprometido casi el último resto de nuestro

poderío colonial en el mundo, ¡qué de extraño que el malestar sea general y tan grande que apenas pase día sin que tenga una manifestación ostensible, ruidosa, grave! Van siendo estas manifestaciones de tal carácter, que sólo atendiendo á él habría para poner espanto en el ánimo de los más valerosos.

La presente situación es tan grave, tan crítica, que vale la pena de que todos los españoles se preocupen con ella y tengan el pensamiento fijo ante todo en la patria que desde hace un año está sintiendo cómo se la desgarra en sus fibras más delicadas.

Son tantas y tan grandes las penas de la madre patria, que está sumida en un colapso. Cuando pueda recobrarse, cuando se despierte, de nada han de servir los mezquinos diques que á su viril protesta oponga el Gobierno.

Guerra bárbara desde sus comienzos es la que hacen, no contra España, sino contra su propio país, los insurrectos de Cuba.

De sobra han confirmado esos modernos vándalos en el año que vá transcurrido, su anunciado propósito de levantar sobre las ruinas y pavesas de la tierra antillana el edificio de una estéril independencia, bajo el cual, aún que fuese, que no es, posible su fundación, no habrían de guarecerse sino cadáveres y mendigos.

Horror y espanto produce en el ánimo más viril el relato de los extremos de barbarie que ahora alcanza esa campaña de sistemática desolación que solo tiene precedentes en las históricas depredaciones de Atíla.

Por todos lados corre y se dilata el incendio; pueblos y vegas desaparecen en el transcurso de una noche, y por los campos arrasados vagan millares de personas que han perdido la hacienda y el hogar y que sólo por la crudeza brutal del sufrimiento conservan alguna noción y conciencia de la vida.

España se levanta airada contra el insurrecto incendiario y

asesino que devasta su territorio, y envía allá á sus hijos, á nuestros bravos soldados, á luchar, no sólo por la integridad del territorio, sino por el honor de nuestra bandera, por nuestro nombre en el mundo; vitorea con voz vibrante al bizarro militar que marcha á la guerra, y abraza conmovido el corazón y con lágrimas de amargura en los ojos, al infeliz soldado que agita la gorra desde la ventanilla del vagón ó desde la borda de un trasatlántico para dar á su madre el adios de despedida... ¡el último quizá!

Allá ha enviado España cien mil hombres, demostrando con este arranque de su vitalidad cuán resuelta está á no ver mutilado el cuerpo de la madre patria.

Allá tal vez habrán de enviarse en breve nuevos refuerzos.

Si en un pueblo civilizado fuera posible, diríamos que de un extremo á otro de la Península suena el grito de una guerra santa contra esas hordas de nihilistas filibusteros.

Y siendo esto así, cuando tanto y tan grave interés se ventila en el combate que libra la raza descubridora de América con los que á ella deben su redención al abolir con sus humanitarias leyes la trata, la esclavitud, la intolerancia religiosa, el antiguo régimen colonial y que han proclamado libertades que nos admiran y nos envidian todos los pueblos del orbe, para conservar lo último que le queda en el Nuevo Mundo que ganó para la civilización, vale la pena de que ese pueblo libertador se preocupe, con preocupación honda, de la insurrección de Cuba, y que todos los españoles conozcan el curso y los episodios de la campaña.

Frente á una de esas gravísimas situaciones históricas, de las más difíciles que pudo atravesar pueblo alguno, estamos. Por su heroismo, por su grandeza, por su alma indomable é indomada en todos los siglos, supo siempre España salir con vida de tamaños conflictos.

El pueblo español cien veces ha demostrado—ahí está esculpida en cien mármoles la historia de este siglo para corroborarlo—que, como ningún pueblo de la tierra sabe repeler y castigar los agravios que se infieren á la madre patria.

El pueblo español, este pueblo, templado con temple de hierro para todas las adversidades y todas las desdichas, este pueblo nuestro que jamás preguntó, cuando se ha tratado de defender su honra, quien era su enemigo, este pueblo que aparece más grande y más invencible, cuánto más imponentes, más insuperables y terribles son los infortunios que le depara su destino infeliz, no consentirá nunca, y dispuesto está á que jamás, jamás deje de ondear la bandera inmortal de Cristobal Colón en la tierra que él descubrió, para que eternamente fuera de nuestra patria y de nuestra civilización.

La permanencia de la bandera española sobre el territorio del Nuevo Mundo es la garantía de la libertad y de la independencia de las Repúblicas latinas del Sud América. La desaparición de nuestro nombre y de nuestro imperio sobre la tierra que descubrió el inmortal genovés, sería la primera señal de la expulsión de aquél continente, de la raza latina.

España pobre y exángüe, tiene todavía más fuerzas de resistencia que los pueblos que son de ayer. Ha de ser empresa imposible desalojarla de allí, de aquél suelo que ha fecundado con su sangre y ha ennoblecido con su civilización. Pero de realizarse alguna vez, cosa que Dios no permitirá, tiemblen por su vida los que llaman con razón á España la madre patria.

El ánimo de España lejos de flaquear crece y se exalta ante los riesgos conocidos. Por eso mismo no sabe ni quiere transigir con aquellos otros que se le ofrecen velados y encubiertos.

No es el ánimo apocado y plebeyo que opta por estar suspenso

antes que caído; es el resuelto y entero que podrá inclinar la frente bajo el peso de la adversidad, pero jamás la rodilla delante de los poderosos.

En estos decisivos instantes en que se siente en toda España la necesidad, más que imperiosa, angustiosísima, de que se concluya pronto y totalmente la fratricida guerra que ensangrienta los campos de Cuba; en estos días de tan penosa inquietud como vimos pocos; en estos momentos en que los espíritus de mejor temple pierden su serenidad, afectados por un dolor que es el dolor de la patria, consagremos un recuerdo á los que han muerto víctimas de su deber, y puestos los ojos en nuestro heroico ejército, aguardemos noticias de nuevas victorias, por que ellas significarán que la paz se acerca y que no se seguirá vertiendo en el territorio de nuestra hermosa Antilla la sangre de nuestros valientes soldados.

. . . . . .

A perpetuar ese recuerdo y á enaltecer y conmemorar los hechos gloriosos y el heroismo de nuestros bizarros militares y de nuestros valientes soldados y voluntarios, de esos mártires de su deber ó de su patriotismo, dedicamos nuestra obra.

Grandes dificultades se nos presentaban para adquirir datos referentes al campo de la insurrección, pero la actividad y la diligencia de nuestros activos é ilustrados corresponsales en el teatro de la guerra, y la amabilidad y complacencia de algunos bravos militares retornados al seno de la madre patria, han coronado nuestros esfuerzos suministrándonos un rico archivo de documentos y un verdadero arsenal de datos y noticias que constituyen un diario de la guerra y nos permiten construir el edificio que nos proponemos levantar para que sirva de monumento que perpetúe la memoria de los bravos defensores de la integridad de nuestro territorio y de nuestro honor nacional en la isla de Cuba.

Hay que confesar y no dejamos de comprender que el historiador que refiere los acontecimientos de un siglo pasado, disfruta de algunas grandes ventajas en el hecho de poseer materiales manuscritos, ya que los testimonios de amigos, rivales y enemigos se equilibran unos á otros. Otra ventaja no menor consiste en contemplar el curso general de los acontecimientos como ocurrieron realmente, lo que forma el mejor comentario sobre los verdaderos motivos de los diferentes actores. Pero tan probable es que el escritor futuro descubra la verdad apoyado en testimonios contemporáneos, como que la refieran los contemporáneos mismos.

Apoyado en esa probabilidad, nos hemos decidido á escribir, no la Historia de la guerra de Cuba, trabajo muy superior á nuestras fuerzas y que dejamos á plumas mejor cortadas que la nuestra, sino una Reseña histórica de la insurrección cubana, ó mejor dicho, una Narración episódica de la campaña de Cuba.

Reconocemos que la empresa es árdua y requiere fuerzas superiores á las nuestras; pero nuestra voluntad es mucha, el estudio y el trabajo no nos intimidan y las dificultades que para el logro de nuestro fin se ofrecen no nos arredran.

Contando, como contamos, con el valioso concurso y con la asidua y eficaz cooperación de ilustrados colaboradores y distinguidos corresponsales; prometiéndonos, como nos prometemos, el benévolo apoyo del público, y dispuestos, como estamos, á consagrar todos nuestros esfuerzos y desvelos y hacer toda clase de sacrificios para llevar á feliz término nuestros propósitos, no dudamos ni un momento, y abrigamos la lisonjera esperanza y la íntima convicción de que podremos y sabremos conseguir el logro de nuestros deseos y aspiraciones.

Barcelona, Abril de 1896.

E. REVERTER DELMAS

RESEÑA HISTÓRICA

DE LA

Insurrección cubana en 1895

PARTE PRIMERA

La insurrección

CAPÍTULO PRIMERO

Su orígen y sus causas.—Laborantismo y conspiración—Flor Cronwer.—El poblado de Baire.—Guantánamo.—El primer grito.—Las primeras noticias de la sublevación.—Opinión del Gobernador general de la isla.—Infructuosa persecución de las partidas rebeldes.

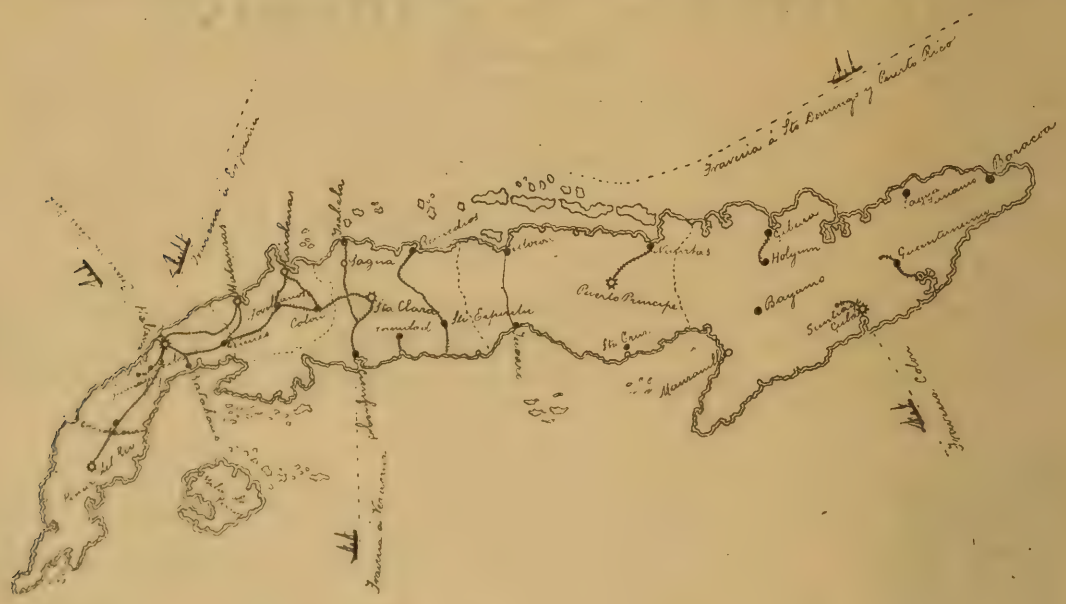
DOLOR grande, tristeza hondísima mueven nuestra pluma al tener que censurar la política antillana de nuestros Gobiernos, su irresolución y su apatía, su abandono é imprevisión, causas indirectas é inconscientes, quizás, de la actual guerra separatista en la más hermosa de nuestras posesiones ultramarinas, en la perla de nuestras Antillas.

Se ensancha el alma un día con el espectáculo que ofrece nuestro Parlamento al dar leyes liberales, por voto unánime de todos

los partidos, á nuestros hermanos de Cuba, y prepararse á concederles con amplia descentralización el oportuno gobierno de sí misma bajo nuestra gloriosa bandera y la posible libertad mercantil; para entristecerse al otro, pensando que, según todos los anuncios, se va á perder y se va á esterilizar acto tan grandioso de unión y patriotismo.

Confiamos en un momento de optimismo, en que se va á inaugurar una política nueva que satisfaga los deseos y acalle los anhelos y justas impaciencias de los antillanos, comenzando por plantear las reformas votadas en Cortes en la pacífica, fiel, cultísima isla de Puerto Rico, y contesta el Gobierno á nuestras esperanzas con un inexplicable silencio, cuando no con una negativa rotunda.

Esperamos que se realice la modificación de los Aranceles antillanos, de que tan necesitados están los que se consumen en la angustia

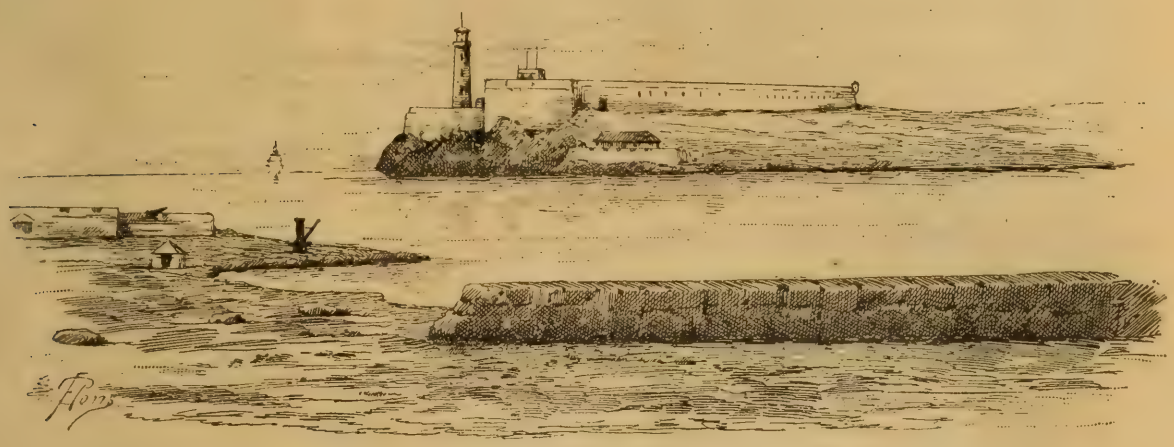


CROQUIS DE LA ISLA DE CUBA

de ver sus productos perdidos y su tierra esquilmada, y responde el Gobierno aplazando el remedio de un mal, agravado por la guerra, para cuando la guerra concluya...

Triste cosa es decirlo, y más doloroso aun confesarlo; pero hé ahí las causas generadoras de la actual insurrección cubana.

Los convenios del Zanjón y de San Luís, dieron paz á la mano armada del filibusterismo, pero no le desarmaron. La capitulación pactada en 10 de Febrero de 1878 entre el ilustre general en jefe de nuestro ejército y los jefes de la insurrección, impuso la paz á los cuerpos,



CASTILLO DEL MORRO Y ENTRADA DEL PUERTO DE LA HABANA

pero no á los espíritus de los isleños. El pacto no puso término á la guerra, dióle tan sólo una tregua.

El incumplimiento del art. 1.° del convenio del Zanjón, (1) ha sido

---

(1) Hé aquí el texto del documento histórico que contiene y sanciona las bases pactadas en el convenio del Zanjón para la capitulación de los insurrectos de Cuba, y que puso término á la anterior guerra separatista de los diez años:

«Art. 1.° Concesión á la isla de Cuba de las mismas condiciones políticas, orgánicas y administrativas de que disfruta la isla de Puerto Rico.

Art. 2.° Olvido de lo pasado respecto de los delitos políticos cometidos desde el año 1868 hasta el presente, y libertad de los encausados ó que se hallen sufriendo condena dentro y fuera de la isla.

Indulto general á los desertores del ejército español, sin distinción de nacionalidad, haciendo extensiva esta cláusula á cuantos hubieran tomado parte directa ó indirectamente en el movimiento revolucionario.

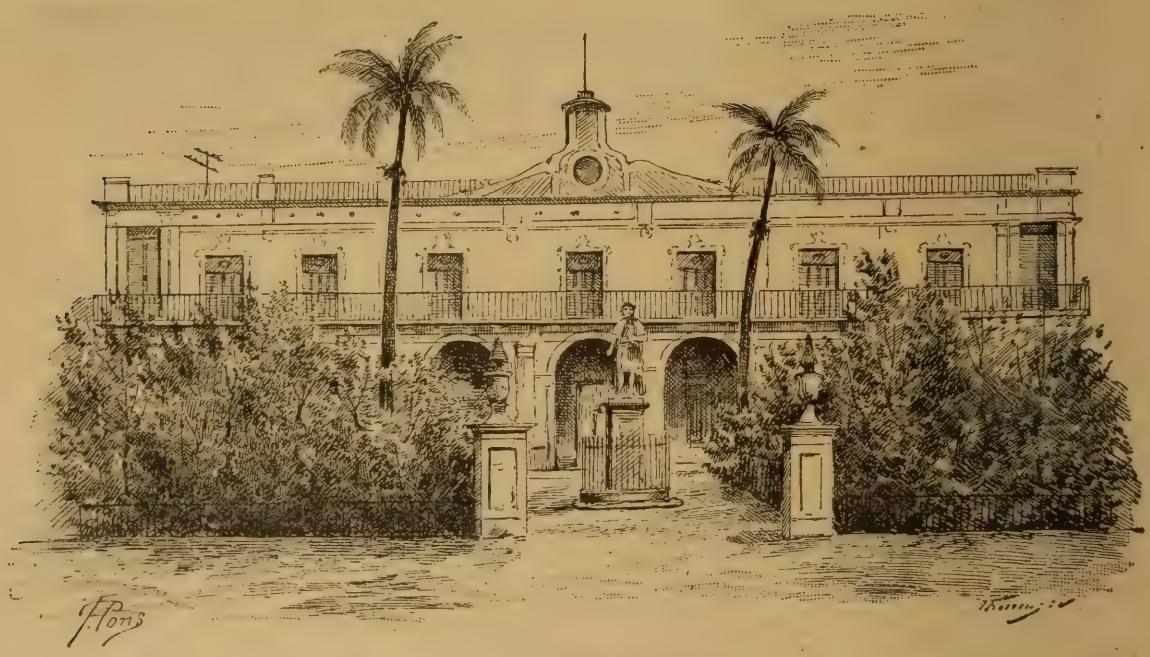
Art. 3.° Libertad á los esclavos y colonos asiáticos que se hallen hoy en las filas insurrectas.

Art. 4.° Ningún individuo que en virtud de esta capitulación reconozca y quede bajo la acción del Gobierno español podrá ser compelido á prestar ningún servicio de guerra, mientras no se establezca la paz.

Art. 5.° Todo individuo que desee marchar fuera de la isla queda facultado y se le proporcionarán por el Gobierno español, los medios de hacerlo, sin tocar en población si así lo deseara.

ahora el pretexto para el nuevo alzamiento en armas de los separatistas cubanos contra la Madre Patria; pero el orígen de la actual rebelión filibustera reconoce otras causas.

Los insurrectos hablan de independencia, no porque la necesiten, menos aún porque justifiquen su capacidad para mantenerla, sino por ódio á su patria; descartan por completo el valor de las reformas intentadas y la sinceridad de las concesiones ya otorgadas; odian y maldicen á aquellos cubanos de privilegiada inteligencia, de voluntad firme y de reputación intachable que sostienen, bajo el nombre de autono-



PALACIO DE LA CAPITANIA GENERAL (Habana)

mía, lo más esencial, y de hecho lo único práctico de sus obscuras aspiraciones; y creando así la confusión y buscando provocar una dificultad

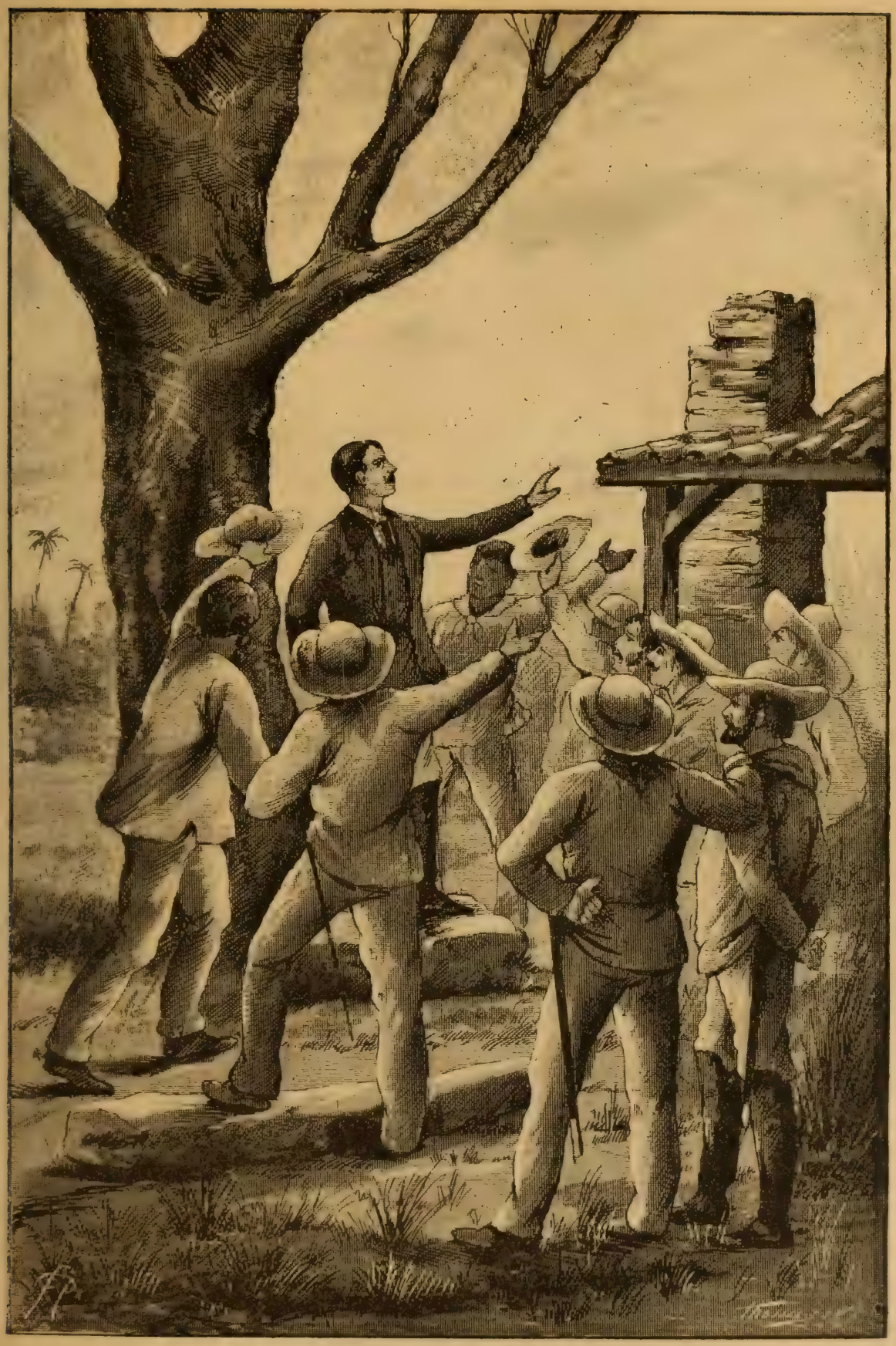
---

Art. 6.° La capitulación de cada fuerza se efectuará en poblado, donde con antelación se depositarán las armas y demás elementos de guerra.

Art. 7.° El general en jefe del ejército español, á fin de facilitar los medios de que puedan avenirse los departamentos franqueará todas las vías de mar y tierra de que puede disponer.

Art. 8.° Considerar lo pactado con el comité del Centro como general y sin restricciones particulares para todos los departamentos de la isla que acepten estas proposiciones.

Zanjón, 10 de Febrero de 1878.—Arsenio Martínez Campos.»



y todos ellos escuchaban con religiosa atención.....

con los Estados Unidos, intentan la regeneración de Cuba destruyendo brutal y despiadadameute su riqueza agrícola é industrial, diezmando su población y preparando la supremacia de los negros.

De ahí la evidente necesidad de acudir á contrarrestar todos esos empeños y á crear los medios de gobernar en Cuba que requiere su crítica situación.

***

A una gran parte de los españoles, á todos aquellos que nos ocupamos en la cosa pública y seguimos con interés el curso de los sucesos que afectan ó influir pueden en los destinos de nuestra querida cuanto desdichada nación, no nos cogió de sorpresa el grito de guerra lanzado en 24 de Febrero de 1895, en el poblado de Baire, por el filibusterismo cubano. Estaba previsto, y aún era por nosotros esperado mucho antes. Más, si aquel grito no nos sorprendió, en cambio apenas si hemos podido darnos cuenta aún, del cúmulo de imprevistas sorpresas que la insurrección de Cuba viene dándonos á diario durante el curso de su desarrollo, y el incomprensible apogeo que ha alcanzado en pocos meses.

Una de las más notables, es la revelación que acerca del origen de sus recursos pecuniarios empezó á publicarse por la prensa extrangera, en Octubre último.

—¿De donde provienen los fondos de la insurrección de Cuba?—preguntaba á principios de Octubre el *Recorder*, de Filadelfia.

Y pocos días después, el mismo periódico y el *Herald* daban respuesta á esta pregunta.

Tiempo hacía que en New York venía llamando la atención de mucha gente el encomio con que algunos de los elementos más íntimamente relacionados con el separatismo cubano hablaban de sus

grandes recursos, cual si quisieran con esto preconizar la vitalidad de su causa.

Sabíase, en efecto, que la Junta allí residente y formada por laborantes cubanos, había fletado cinco ó seis expediciones, cada una de las cuales había costado entre cinco y ocho mil duros, y no era para nadie un secreto que, desde el 24 de Febrero, fecha de la insurrección, los separatistas habían gastado más de medio millón de duros, á pesar de lo cual la Junta tenía aún fondos de importancia en poder de sus banqueros.

Tampoco ignoraba nadie que los cigarreros de Tampa y de la Florida habían contribuído con alguna cantidad, así como que los jefes insurrectos habían enviado también desde la isla algunos fondos; pero ni estos habían sido cuantiosos, ni aquello constituía sino una pequeña parte de la suma gastada por los separatistas.

De aquí la natural curiosidad del *Recorder*, que muchas personas compartían y que sin duda se despertó en el Gobierno de los Estados Unidos.

***

Planteado así el problema, la atención de aquellos ladinos negociantes se fijó enseguida en el *Trust* ó Sindicato de azucareros, cuyos intereses van pareados con los de la insurrección, aunque no lo parezca á primera vista, y en el cual figuran algunos personajes que públicamente simpatizan con los insurrectos.

Fundábase además la sospecha en el hecho, por todo extremo cierto, de haber hecho el Sindicato compras de azúcar por más de setenta millones de pesos, en los meses que precedieron al levantamiento, y de haberse elevado el precio inmediatamente después de estallar la insurrección.

Y como el Sindicato tenía azúcar suficiente para proveer el mercado por dos años, plazo que ni aún los indivíduos de la Junta creían que podía durar la insurrección, principió á verse el enlace entre el dinero de los azucareros y los horrores del separatismo cubano.

Más aún; una vez formulada la idea, fué fácil explicarse muchas cosas. Porque si Cuba produce un millón de toneladas al año, la pérdida de su zafra, cuando los mercados están tan equilibrados que la diferencia anual entre la producción y el consumo es siempre pequeña, había de elevar considerablemente el precio en el primer año y mucho más en el próximo ó actual, si para esta época hubiese sido cierta la destrucción de la cosecha de Cuba.

El *Trust* había comprado por término medio á 3'50 céntavos, de suerte que si el precio se hubiese elevado, como era probable, á 7 centavos la arroba, los beneficios del Sindicato hubieran excedido de *cincuenta millones de pesos.*

***

El negocio valía, pues, la pena y el millon que se supuso habíase dado á los insurrectos, según comunicaron de Londres, representaba una brillantísima especulación.

Así se explica el esfuerzo de los insurrectos por penetrar en Santa Clara y Las Villas y para acercarse á la Habana; el empeño de todas las expediciones en desembarcar en aquellos sitios; la proclama de Máximo Gomez intimando á los plantadores se abstúvieran de hacer la zafra; y por fin, la política de incendio y de exterminio de la riqueza de Cuba, que lleva á cabo la insurrección como único lema de su bandera y que tan profunda irritación produce en el ánimo de los verdaderos cubanos.

Los insurrectos y sus defensores alegan que esa guerra de devas-

tación tiene por objeto privar á España de recursos para sostenerse en la isla, cosa que ellos saben hasta qué punto es absurda; pero los iniciados afirman que ese es el compromiso contraído con los prestamistas, y aseguran que la insurrección dejará arruinada la isla, porque la caña que no se corta y se deja pudrir sobre el terreno, la estropea para muchos años.

Otros detalles vienen observándose durante el curso de la campaña, dignos de llamar la atención, porque vienen á corroborar que la guerra de Cuba es un negocio. Mientras los insurrectos han dirigido todos sus esfuerzos, como si obedecieran al premeditado plan y único objetivo de impedir la zafra en la isla, han permitido hacerla á unos cuantos plantadores que están en inteligencia con los jefes, y aún pagando á estos, por cierto ó por disimulo, una fuerte contribución.

Además, mientras se habla todos los días de reclamaciones por prisiones ó detención de súbditos americanos, no se mienta siquiera la indemnización que por los incendios y saqueos de sus ingenios, aún cuando pertenezcan á ciudadanos americanos, habrán de formular sus dueños, cual si de antemano se hubiera acallado á los perjudicados con ofertas que el Sindicato no vacilará en cumplir, como ya lo ha hecho con fabricantes á quienes obligó á cerrar sus refinerías, para aumentar así el valor de los depósitos de azúcar.

De todo esto se deduce clara y evidentemente la tristísima conclusión, de que el problema militar en Cuba es en el fondo un problema financiero: impedir la zafra primero y la molienda de la caña después, es la bandera de los insurrectos: hacer la zafra, cortar la caña y convertirla en azúcar, la divisa de los leales.

Pero es más aún; es que la lucha que sostenemos en las Antillas, empieza á presentarse, aún á los más miopes, como una guerra de ideas, más que una guerra de armas. Los insurrectos no quieren luchar, quieren cansarnos. Jamás dan frente á nuestros soldados, ni intentan

como aquellos colonos americanos del siglo pasado, cuyos ejemplos y cuya historia son tan aficionados á invocar, batallas campales que, probando el valor de los hombres, deciden de la suerte de las naciones.

Y que la guerra de ruína, de destrucción y devastación que hacen los insurrectos de Cuba, obedece á una consigna, pacto ó compromiso que tienen contraído sus principales jefes con el laborantismo cubano, lo demuestra de una manera evidente el siguiente hecho referido por uno de nuestros más eminentes hombres públicos en conferencia celebrada recientemente en uno de los centros científicos de Madrid.

«Gomez y Maceo, los jefes de la criminal insurrección se aproximaron con numerosas huestes, durante la última correría por la provincia de la Habana, á un ingenio, que indefectiblemente iba á ser pasto de las llamas.

»El propietario, antiguo conocido del cabecilla mulato, quiso interponer la influencia de este cerca de Máximo Gomez para impedir la destrucción de su propiedad.

»—No puedo hacer una excepción en favor de este—dijo sencillamente el *generalísimo*—me limito á cumplir *mi misión*.

»Y el ingenio quedó convertido en cenizas.

»—¡Qué hemos de hacerle—se limitó á decir después al propietario, Antonio Maceo—Al jefe no le importa mucho ni poco la destrucción de Cuba. *¡Como no es cubano!...*

***

Desde mucho antes de estallar el movimiento insurreccional en la isla, que el laborantismo cubano venía conspirando y preparando la revuelta en Cuba.

Sorprende como pudo embarcarse tanto material de guerra para Cuba con destino á los filibusteros, sin que las autoridades españolas

de la isla lo advirtiesen. Parece que los conspiradores de Nueva York enviaron las armas en barcos pescadores, que las tomaban en las costas de la Florida y las desembarcaban en las de Cuba. Los contrabandistas verificaban el tràfico ilícito tan abiertamente, que en más de una ocasión los barcos del resguardo los sorprendieron en las aguas jurisdiccionales de los Estados Unidos sin documentos. Una vez se les impuso á los pescadores apresados una fuerte multa y la pagaron inmediatamente en oro.

Naturalmente, la Florida, tanto por su situación topográfica como por estar poco poblada, favoreció mucho el trabajo de los laborantes.

La prensa americana, tan ignorante de las cosas de Cuba y creyendo quizás de buena fé que los separatistas eran un partido organizado y representaban las aspiraciones del país, creó atmósfera en favor de la revolución, de lo que se aprovecharon los laborantes para enviar comunicados en que se hablaba de la tiranía española en Cuba.

La propaganda de los periódicos neoyorkinos coadyuvó en gran manera á la insurrección separatista en Cuba y hizo mucho daño á la causa española en América, por haberse dejado, por nuestros representantes, sin rectificación los juicios exagerados é injustos que diariamente publicó respecto á las cosas de Cuba.

***

Uno de los principales propagandistas y agitadores de la opinión separatista en la isla, y que más han contribuído á la presente insurrección, ha sido el joven Flor Cronwer.

Convocado por este infatigable propagandista, alma y vida del actual movimiento insurreccional, reuníanse la tarde del día 3 de Enero de 1895 para escuchar su elocuente y fogosa palabra, unos doscien-

tos hombres, al pié del jagüey (1) surgido de entre los restos de la maquinaria de un ingenio destruído en la pasada guerra.

El sitio elegido era el mismo donde se reunieron el 10 de Octubre de 1868 las huestes del separatismo para dar el primer grito de «¡Viva Cuba libre!»

Entre los congregados, en cuyos rostros se reflejaba el vivo entusiasmo que ardía en sus pechos, los había blancos y de color, mestizos y cuarterones, y todos ellos escuchaban con religiosa atención y poseidos de ese entusiasmo ciego que convierte á los hombres en mártires, el discurso que les dirigía el joven Cronwer.

La elocuente palabra, el acento persuasivo y la expresión sencilla pero fogosa del joven orador, llegaba al alma de sus oyentes, enardeciendo sus ánimos y haciéndoles materia dispuesta para todo.

Pintóles con sombríos colores la explotación de que venían siendo víctimas por el poder centralizador y la intervención de España en su gobierno, en su administracion y hasta en su vida.

Hízoles comprender que si el Gobierno español al abolir en Cuba la esclavitud, había roto las cadenas de hierro que sujetaban sus manos, en cambio había fabricado otras de oro que les impuso el capital para hacerlos más esclavos aún que lo eran antes.

Invitóles á romper las cadenas que uncidos y sugetos les tenían á ese carro gigantesco que se llama centralización, para que ellos solos arrastrasen más peso del que en justicia les correspondía y dieran más sangre que la que llevaban en sus venas, y proclamaran su independencia, lanzando al aire el sacrosanto grito de libertad que pugnaba por salir de sus gargantas y venían sofocando en sus pechos. ya que hasta la Naturaleza, siempre previsora y sabia, había puesto entre la Península y la isla un mar inmenso, como queriendo aislarlos

(1) **Arbol antillano de gran corpulencia parecido á nuestro roble.**

del foco infeccioso donde todo se corrompe y únicamente el vicio triunfa, ya que del vicio vivían y se alimentaban los altos poderes del Estado.

***

El ya célebre agitador americano terminó su discurso haciendo entender á aquellas sencillas gentes, que el hombre ha nacido para ser libre, y libres podían ser ellos proclamando su independencia y rebelándose para sacudir el yugo que les esclavizaba, con lo cual serían dueños y podrían disponer y utilizar el producto de su trabajo, sin tenerlo que repartir con los que á su costa disfrutaban de la opulencia y la holganza: que teniendo los mismos derechos que esos enfatuados señorones que se sentaban en las poltronas ministeriales, disfrutarían del sosiego que ahora se les robaba, y poniendo término á esa especie de protectorado que sobre ellos ejercía la Península, serían amos de sus casas, en vez de ser criados y esclavos.

Al terminar su sedicioso discurso, entre los ruidosos aplausos y atronadores gritos de su entusiasmado auditorio, el célebre propagandista del filibusterismo cubano, hizo prometer y jurar á los que había convocado para que escuchasen su palabra, levantarse en armas contra el tirano que les oprimía, y seguirle á donde les llevare.

Hecha la promesa y pronunciado el juramento por aquellos doscientos hombres, al grito de «Viva Cuba libre», que muy en breve había de repercutir por toda la manigua, disolvióse la reunión y separáronse animados del mayor entusiasmo en favor de la causa separatista, después de haber concertado y convenido el sitio, la fecha y hora en que de nuevo se habían de congregar para dar el primer grito de rebelión y de guerra contra la Madre Patria.

***

Fieles á la consigna y á su juramento, aquellos doscientos hombres, concurrían el 24 de Febrero inmediato á los sitios donde les designara Cronwer, convenientemente armados y dispuestos á lanzarse al campo á luchar por el logro de la independencia que el apóstol del separatismo cubano les prometiera.

Uno de los puntos señalados por los jefes ó directores del movimiento separatista para dar el primer grito de rebelión contra España, fué el poblado de Baire, de perdurable y luctuosa recordación por haber sido cuna del movimiento insurreccional de 1868.

Baire es un pequeño poblado de la provincia de Santiago de Cuba,

POBLADO DE BAIRE

que está rodeado de numerosa y rica *sitiería*, es decir, de pequeñas fincas dedicadas á cultivos menores, cuyos propietarios y colonos se han distinguido siempre por sus opiniones separatistas.

A la hora convenida se reunían en el centro de Baire doscientos filibusteros, en su mayoría habitantes de aquel caserío, y lanzaban á los cuatro vientos el grito de guerra, de

¡Viva Cuba libre!

¡Viva Cuba independiente!

A la vez que en Baire, reuníanse en Guantánamo y repetían el

mismo grito por plazas y calles, otros ciento cincuenta hombres perfectamente uniformados y armados y militarmente organizados.

Guantánamo puede considerarse como la segunda población comercial de la provincia de Santiago de Cuba y es de bastante importancia por la bahía que tiene y es conocida con el nombre de *La Caimanera*, unida á la población por un ferrocarril, y que se prolonga hasta el poblado de Jamaica. En su llano, de ocho á diez leguas de extensión, hállanse establecidos gran número de ingenios, y en la parte montuosa, que es extensísima, hay bastantes cafetales, en su mayoría, propiedad de los antiguos esclavos dedicados á este cultivo.

***

Al tener noticia el Gobernador general de la isla, á la sazón general Calleja, de la aparición de las dos partidas, ordenó al general Lachambre que saliera inmediatamente en persecución de los rebeldes, y cablegrafió al Gobierno el suceso, si bien quitándole importancia y afirmando que las partidas eran de bandoleros.

TENIENTE GENERAL CALLEJA

Sin embargo, *aunque sin importancia* el suceso, el Gobernador general mandó, como primera providencia, suspender las garantías constitucionales, lo cual hizo caer en la cuenta á los españoles de que ni la primera autoridad de

Cuba decía la verdad, ni las partidas sublevadas podían ser de ladrones, como se pretendía hacerles creer, pues de sobra sabía el general Calleja, que aquéllos abundaban mucho en la isla y que el hecho no era reciente y arrancaba de larga fecha, motivo por el cual no podía dar lugar su aparición á dictar una tan grave medida como era la suspensión de las garantías.

El general Lachambre, cumpliendo las órdenes del Gobernador general, salió inmediatamente para Guantánamo, participando antes á su jefe, que con la pequeña fuerza que llevaba, tenía suficiente y aun sobrados elementos para dominar la insurrección y deshacer á los rebeldes; y el general Calleja cablegrafiaba de nuevo al Gobierno, el día 27, asegurando más y más que las partidas eran de bandoleros y no tenían importancia, y que la insurrección sería dominada inmediatamente, si bien la junta de autoridades nuevamente reunida había ratificado su acuerdo de suspender en la isla las garantías constitucionales, por unanimidad de votos, á causa de abrigar todos la creencia de que la insurrección tenía muchas ramificaciones y que de no haber fracasado, hubiera sido de grandísimo alcance.

GENERAL LACHAMBRE

No explicaba, el general Calleja, los motivos porque la insurrección había abortado, como él decía; pero sí que los que estaban comprometidos á secundar el movimiento, habían huído á los Estados

Unidos. Pero al día siguiente los despachos particulares que de la isla se recibieron en la Península, confirmaban la creencia general del pueblo, que á fuerza de dudar del Gobierno y abrigar la certeza de que se le ocultaba la verdad, llegó á acertar convenciéndose de que se trataba de un verdadero y serio movimiento separatista.

***

Infructuosa fué la persecución de los rebeldes emprendida por el general Lachambre, pues la estancia de los insurrectos fué muy breve en los poblados de Baire y Guantánamo, porque supieron por los espías que salían fuerzas en su persecución.

JUAN GUALBERTO GOMEZ

Las partidas de filibusteros, después de hacer destrozos de consideración en ambos poblados, abandonaron éstos para unirse á otras dos partidas de bandoleros que había próximas y que iban capitaneadas por los famosos Manuel García, conocido por el *Rey de los campos*, y Mirabal.

Estos dos célebres bandidos cubanos aprovecharon, como es regla de su oficio, la revuelta ó movimiento insurreccional, y valiéndose de la idea separatista, pedían dinero con amenazas, incendiando los cortijos y asesinando á los que les oponían la menor resistencia.

El Gobierno recibió diversos telegramas de caracterizados personajes políticos de la isla, lamentando los sucesos y poniéndose incondicionalmente á sus órdenes, á la vez que oficiosamente se sabía, que varios significados separatistas, entre otros el conocido periodista Juan Gualberto Gómez, habían desaparecido de Cuba.

Entonces se supo que el movimiento insurreccional estaba mejor concebido y preparado, y tenía mucha más importancia que el de 1868; pero sucedió lo que acontece generalmente en todo levantamiento, en cuanto á la forma de llevarlo á cabo: que unas partidas se adelantaron á dar el grito y se lanzaron prematuramente al campo, otras se arrepintieron y faltando á sus compromisos y juramentos dejaron de salir y secundar el movimiento, y las restantes quedaron desconcertadas con la noticia de la prisión de Sanguily.

Este era el que al frente de quinientos ginetes de los seis mil que estaban comprometidos en la Habana, había de dar el grito en el Parque central; Juan Gualberto Gómez había de darlo en Matanzas y Massó en Santiago de Cuba, al mismo tiempo que otros cabecillas debían secundarles en las demás provincias, siendo el día señalado para el levantamiento simultáneo, el domingo de Carnaval.

***

Desde mucho tiempo antes de estallar la insurrección en Cuba, que filibusteros y laborantes venían preparando la revuelta, á ciencia y paciencia de las autoridades cubanas.

A la vista de todos venían celebrándose rifas ó pequeñas loterías, cuyos billetes eran repartidos por toda la isla y producían más de veinte mil pesos mensuales.

En la Habana se celebraban los bailes llamados *de pensión* que

daban también su contingente al fondo común; los tabaqueros de Cayo Hueso contribuían con un peso semanal y un día de jornal al mes, y los de la Habana estaban suscriptos por un real, una peseta ó más á la semana, que religiosamente entregaban en las cajas de los cuarenta clubs ó comités que en la capital funcionaban libremente.

Con el producto de esas suscripciones, de esos bailes y de esas rifas, iban reuniendo fondos pública y privadamente y adquiriendo armas y pertrechos de guerra que ocultaban en depósitos, algunos de los cuales se descubrieron después.

Además, el comité central estaba en connivencia con los secuestradores ó bandoleros de la isla, y se asegura que Manuel García, un mes antes de que lo matasen, había entregado la respetable suma de *sesenta y cinco mil pesos*, que fueron girados á la Junta revolucionaria de Nueva York; aserto que vino á corroborar muy luego, el hecho de haberse otorgado á dicho bandido el nombramiento de Coronel, con fecha 24 de Febrero, día en que dió el grito de rebelión al frente de su partida engrosada con los insurrectos de Baire, de ¡Viva Cuba libre!

Muy pronto se sintieron en la isla los efectos de la insensata revuelta separatista. Sin número de personas ricas y comerciantes que se habían trasladado allí ó pensaban ir, desistieron de sus propósitos y se marcharon á otras partes á gastar su dinero.

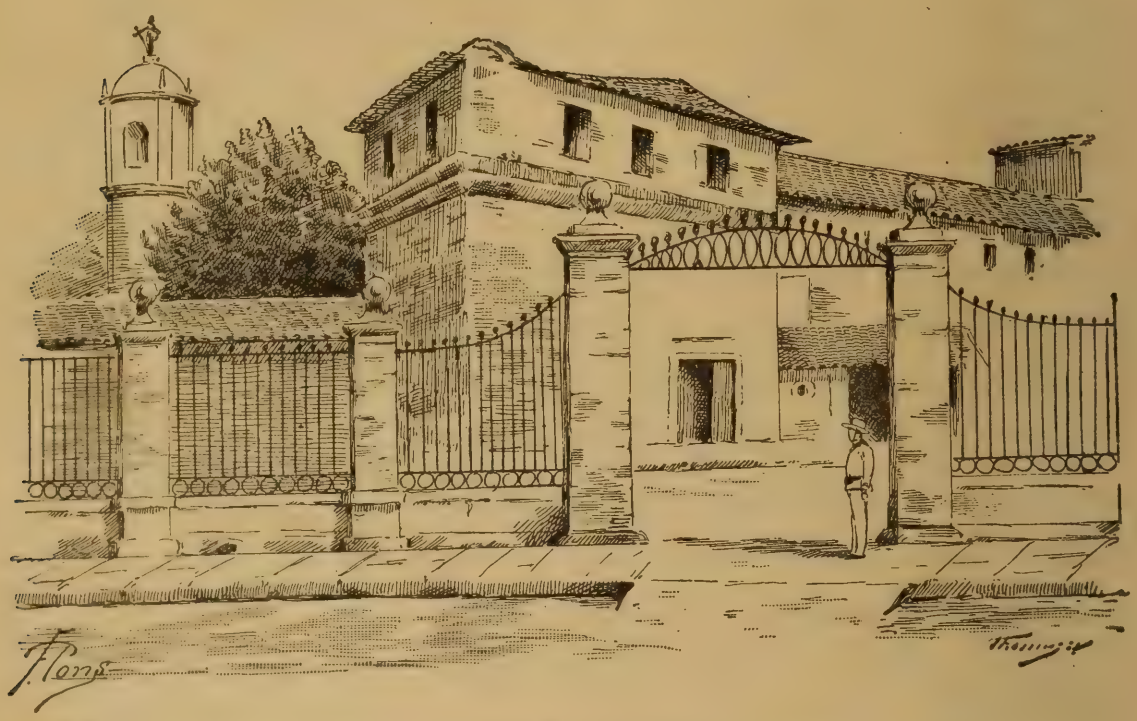
¿Tiene posible explicación la tolerancia del Gobierno y de las autoridades, para con el laborantismo cubano, en ese período precursor al levantamiento, durante el cual se permitía conspirar en la capital de la isla de modo tan ostensible y descarado? No la tiene, ni la puede tener; y grave, gravísima es la responsabilidad que el pueblo español puede exigir á sus gobernantes y á su representante en la isla.

Uno de los periódicos neoyorkinos de mayor circulación, el *Herald,* publicó una *interview* de su corresponsal con el consul de los Estados Unidos en la Habana, que demostró bien á las claras, que este

funcionario se había arrogado atribuciones que solo debían haber sido permitidas á un representante diplomático acreditado.

La menor insinuación atentatoria á nuestros derechos y prerrogativas en Cuba, debiera haber sido contestada inmediatamente por nuestro Gobierno, pues todo cuanto tendía á mermar la autoridad del Gobernador general de la isla, en aquellas circunstancias particularmente, sirvió para alentar á los enemigos de España.

El consul americano hizo afirmaciónes que comprometían su posición, y ante ellas debía nuestro Gobierno haber obrado con toda la



CUARTEL DE LA FUERZA (Habana)

energía, dentro de nuestro derecho, que nuestro honor nacional demandaba.

No lo hizo así, se durmió en las pajas, como vulgarmente decimos, y la revuelta y los revoltosos hicieron más ruído del que convenía á los intereses de España.

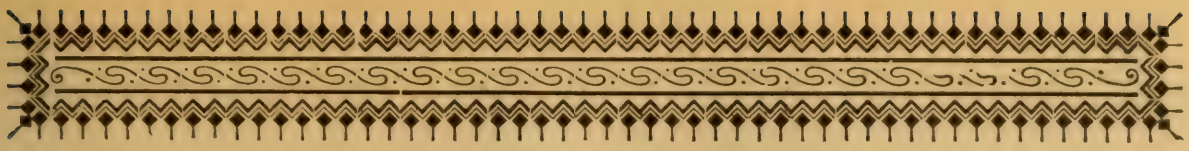
Los periódicos norte-americanos continuaron publicando, á ciencia

veían un hombre á caballo atravesar de un lado á otro el matorral...

y paciencia de nuestro representante, despachos de Cayo Hueso, propalando noticias completamente falsas, ó en extremo exageradas, sobre la insurrección, pretendiendo y afirmando que ésta tomaba incremento de día en día, y que las fuerzas españolas eran insuficientes para reprimirla.

¡Quién sabe si de haber escogitado el Gobierno, en los comienzos de la insurrección, una política sabia, hermanando los deseos y aspiraciones de los cubanos con los de España, un Gobernador de prestigio y talla, medios apropiados, disposiciones oportunas y ejecuciones rápidas, la guerra en Cuba hubiera muerto al nacer!

Pero nuestros gobernantes, antes políticos que españoles, y preteriendo los intereses de una dinastía á los intereses generales de la patria, y posponiendo las conveniencias del país á las de su partido, prefirieron hacer política de partido á política nacional, y sacrificaron á sus particulares intereses tiempo, hombres y dinero, sin pensar que no en valde España mandaba á la manigua sus fuerzas más útiles, y que no en valde se sacrificaba el país, contrayendo así á los ojos de este, una responsabilidad enorme que, algún día, quizá, le ha de exigir.



CAPÍTULO II

Las primeras noticias de la insurrección.—Dudas y temores.—Impresión y pesadumbre en la Península.- Fracaso de la expedición filibustera Martí.—Infructuosa persecución de los rebeldes.—Máximo Gómez.—El primer encuentro y el bautismo de sangre.—Episodio dramático.

TRISTÍSIMA impresión causó en el ánimo de todos los españoles la deplorable noticia del levantamiento en armas de los separatistas cubanos.

El luctuoso recuerdo de la guerra de los diez años, no se había borrado todavía de su mente, y la Madre Patria se resentía aun de la honda y mal curada herida que en su pecho le abriera el filibusterismo en 1868.

El corazón humano se resiste siempre á creer de momento en todo aquello que para el individuo significa ó señala una desgracia; y la magnitud de la que señalaba la noticia de la insurrección de Cuba, era tan grande para el pueblo español, que no la dió crédito en un principio.

Todo el mundo creyó que se trataba de una revuelta sin importancia preparada por los laborantes cubanos y por cuatro aventureros ó ambiciosos, que duraría lo que los fondos colectados de los trabaja-

dores empleados en la elaboración de tabaco en los Estados Unidos, toda vez que los cabecillas no eran personas de significación ni de influencia entre los separatistas de Cuba.

Algunos atribuyeron el movimiento á la natural consecuencia de la malhadada paz del Zanjón comprada á costa del oro de los españoles, después de diez años de lucha y cuando la inacabable energía y el inextinguible valor de nuestros soldados, pudo prevalecer frente al desaliento de los insurrectos y ahogar y destruir para siempre la idea de rebelión contra la Madre Patria.

Otros, los pesimistas y políticos de oposición, creyeron ver que el movimiento había sido preparado por los partidos autonomista y reformista de la isla, á causa de la apatía de nuestros Gobiernos en conceder á los cubanos las reformas que se les tenían ofrecidas, y de la política antillana seguida por nuestros gobernantes y aplicada por el Gobernador general Sr. Calleja, á su juicio, divisor de los partidos y génio de discordia en la isla y responsable de lo que en esta sucedía, porque sabiendo que se conspiraba y presenciando cómo en el mes de Febrero se alzaba en el Camagüey una partida, licenciaba á los soldapos cumplidos, sin pedir refuerzos y sin hacer caso de lo que ocurría.

***

Durante los últimos días del mes de Febrero, los hilos que nos ponen en comunicación con la gran Antilla, nos transmitieron noticias tan contradictorias, que nadie, ni aún el mismo Gobierno, logró saber á que atenerse. La primera autoridad de Cuba, nos hablaba en sus primeros partes, de bandolerismo, acusando tan pronto una sublevación sin importancia, como una revolución de gravedad, un complot que aborta, como un motín que crece y amenaza avasallarlo todo.

Examinadas todas las noticias y telegramas oficiales, deducíase de su análisis, que ni el general Calleja decía lo que sabía, ni el Gobierno sabía lo que pasaba, ni el país conocía la verdad.

Esa nebulosa situación vino pronto á aclararla, por desgracia para España, la noticia de los primeros encuentros de nuestros soldados con los insurrectos de la manigua y los nombres de los cabecillas, conocidos ya en la anterior guerra.

Entonces se disiparon las dudas y cesó el indiferentismo del pueblo español; la opinión se rehizo, y comenzó á fijarse la atención nacional

UNA *ESTANCIA Ó SITIO*

en el alcance que pudiera tener para España una guerra fratricida en los campos de Cuba.

El Gobierno despertó de su apatía y sacudiendo su negligencia comenzó á disponer el envío de tropas y dinero: la primera autoridad de Cuba confesó al Gobierno la gravedad de la situación, y en todos los espíritus se engendraron temores y todo el mundo tembló ante la realidad de un hecho, que agravaba el luctuoso é inmanente recuerdo de la pasada guerra.

Rehecha la opinión pública, trocóse pronto la glacial indiferencia

y despreocupación con que fueron acogidas las primeras noticias de la insurrección, en motivo de reflexión y pesadumbre, ya que el entusiasmo no cabía, por tratarse de una guerra entre hermanos, de una guerra contra desnaturalizados é ingratos hijos de una madre común; la madre patria.

***

Estábamos tan á obscuras de lo que ocurría en la isla, que la prensa extrangera fué la que hubo de enterarnos de la fracasada expedición filibustera llevada á cabo por los separatistas cubanos en Enero de 1895; y, aún así, pocos fueron los que dieron crédito á la noticia, á pesar de los detalles con que los periódicos de Nueva York la relataron en sus columnas, calificándola de *canard yankée*.

Por desgracia, muy luego confirmó oficialmente la noticia, nuestro Ministro ó representante en los Estados Unidos, señor Muruaga, que desde sus comienzos seguía de cerca los trabajos de los *patriotas* cubanos y había excitado el celo de las autoridades de aquella República para que procedieran á una rígida investigación.

Obedeciendo á las instrucciones y órdenes que había recibido, el Administrador de la Aduana de Fernandina, señor Baltzell, ocupó en un almacén del vicecónsul de Inglaterra, señor Borden, *ciento treinta* cajas, de las ciento cincuenta enviadas por un tal Mantell, que contenían equipos para caballería y machetes como los encontrados días antes á bordo del *Lagonda*.

No negó la existencia y recibo de las cajas, el señor Borden, pero si que tuviese participación alguna con la supuesta expedición filibustera que preparaban Mantell y otro ser misterioso que le acompañaba, y los cuales habían desaparecido.

Se supuso que fueran separatistas cubanos y alma de la expedición, y hasta se dijo que se hallaban ocultos en la residencia de un conocido cubano, llamado J. A. Huari que vivía en Jocksonville, y cuya casa estaba vigilada por alguaciles federales, á fin de que los presuntos filibusteros no se escaparan.

De la expedición tenían noticia hacía ya más de un mes los *patriotas* cubanos residentes en la Florida, habiéndose alistado para formar parte de ella unos treinta tabaqueros de Tampa y Jocksonville con un contingente de trescientos hombres, que estaban acampados en una isla del golfo de Méjico, esperando la llegada del vapor *Baracoa* y para quienes eran las armas y equipos encontrados en Fernandina.

Según declaración prestada por el capitán del *Amadis* en el expediente que formó el administrador señor Baltzell, el citado Borden á quien acompañaba Juan Mantell y otro sugeto de tipo español, habia sido quien había tomado en Brockland el mando del buque, con el pretexto de hacer un viaje de recreo por el mar de las Antillas.

El departamento del Tesoro, en vista del resultado de la información, ordenó que el *Amadis* y el *Baracoa* fuesen puestos en libertad por no haber hallado irregularidad alguna en su documentación ni en su cargamento; y en cuanto al *Lagonda*, se dijo que se impondría á sus armadores una fuerte fianza en prenda ó garantía de que no habían de violar las leyes de neutralidad, sin perjuicio de lo que en su informe dispusiera el fiscal del distrito del Norte de la Florida á quien se comunicaría el expediente.

Más tarde manifestaba nuestro representante al Gobierno de los Estados Unidos, que el joven que tanto había figurado en los preparativos de la fracasada expedición filibustera, no era otro que el hijo del conocido agitador cubano Martí, lo cual confirmaba la creencia de que el destino de la expedición era la isla de Cuba, resultando luego, de los informes adquiridos, que el supuesto Mantell y el misterioso perso-

naje que le acompañaba eran Martí, padre é hijo, y que el hallazgo de las cajas no obedecía á la idea ni objetivo de justificar la inversión de sumas recibidas y malgastadas por los filibusteros, sino á un proyecto sério de desembarco en la isla para dar el grito de rebelión.

***

Al día siguiente de dar el grito de guerra de ¡Viva Cuba libre! los separatistas cubanos, en Baire y Guantánamo, tuvo conocimiento el general Calleja por confidencia particular, que una partida capitaneada por un antiguo cabecilla de la pasada guerra recorría las inmediaciones de Santiago y había cortado los hilos del telégrafo, amenazando un ataque á la población.

El gobernador general de la isla ordenó que inmediatamente salieran fuerzas en su persecución, pero la columna á pesar de la diligencia y actividad con que acudió al sitio señalado, no consiguió dar con los insurrectos.

El general Lachambre apercibióse al frente de sus soldados á salir también en busca de los filibusteros para cortarles la retirada; pero como no pudieran precisarle la situación de éstos, tuvo que desistir de sus propósitos y esperar noticias de la columna que le había precedido.

Estos hechos habían llegado ya á conocimiento de nuestro Gobierno, y los Ministros reunidos en Consejo, acordaron conceder ámplias facultades al Capitán general de la isla y ofrecerle cuantos recursos y hombres considerase le hacían falta para emprender una rigorosa campaña, á fin de sofocar en sus albores el movimiento insurreccional.

La Madre Patria sintió amargo desconsuelo por la suerte de sus hijos, ante el ineludible y penoso deber en que éstos se hallaban de ir á luchar en la manigua, no sólo con enemigos invisibles y cobardes que por reconocernos superiores nos ódian á muerte, sino con el clima y el

vómito, enemigos los más terribles para los peninsulares, precisamente en una época la peor de todas por la proximidad del período de las lluvias, tan fatal para la propagación de la mortífera fiebre.

***

El general Calleja dispuso las fuerzas con que contaba en la isla para emprender la campaña, pero como eran muy escasas en número para poder atender á las exigencias y buen éxito de aquélla, no hubo más remedio que pensar en el inmediato envío de grandes refuerzos con los que sofocar por el número la insurrección, antes que se extendiera y tomara mayor incremento, comunicándose á las otras provincias.

Muy pronto se tuvieron noticias de los atropellos y fechorías de

CAPTURA DE UN ESPÍA

todas clases que en los caminos y pequeños poblados cometía el tristemente célebre Manuel García y su gente, así como que suministraba

armas y municiones á los separatistas que se agregaban á la partida de Máximo Gómez que trataba de unirse á la que mandaba el *poeta* Martí, jefes dé la insurrección.

La guardia civil, guiada por un práctico, salió inmediatamente en su busca y persecución, pero infructuosamente y sin lograr obtener los resultados que se esperaban. Sólo encontró y apresó para conducirlo ante el general en jefe, á un hombre que por negarse á dar explicación alguna, infundió sospechas al jefe de la columna; pero no hubo medio de hacerle decir su nombre, ni de que justificara la procedencia de las armas que llevaba.

Uno de los guardias declaró que había visto huir á otro individuo que acompañaba al que fué preso, agitando en su huída un pañuelo; señal que no se supo ni ha llegado á averiguarse si fué un aviso para álguien que estuviere oculto, ó una manifestación de burla ó de alegría por haberse librado de la guardia civil.

Nada pudo averiguarse é infructuosos fueron los exfuerzos de los perseguidores para dar alcance á los perseguidos, ni aun conocer la dirección ó rumbo que la partida había tomado.

***

Al dejar consignado en uno de los anteriores párrafos el nombre de Máximo Gómez como uno de los jefes de la insurrección con el *poeta* Martí, levantado en armas al frente de una pequeña partida á raíz de haber dado el primer grito de guerra los separatistas de Baire, importa conocer, antes de pasar más adelante en la narración de los hechos que se sucedieron á la sublevación de aquel poblado, al hombre que mas directamente contribuyó al actual movimiento insurreccional en Cuba, por la gran importancia que su nombre ha alcanzado en el curso de la presente campaña.

Conociéndole, se comprenderá perfectamente la gran influencia que ejerce entre los separatistas cubanos.

Máximo Gómez, el conocido propagandista filibustero y hoy *generalísimo* de los insurrectos cubanos, ha gozado siempre de gran ascendiente entre los separatistas por los hechos realizados en la pasada guerra.

MÁXIMO GOMEZ

Nació en Santo Domingo el año 1835 y á pesar de contar ya hoy, sesenta y un años, conserva un vigor extraordinario, gracias á su naturaleza de hierro y á su especial método de vida.

Escribiente de la Comandancia militar de Baní (Santo Domingo) en 1863, al terminar la guerra dominicana, en 1865, acogióse con otros muchos isleños al Gobierno español, del cual estuvo durante algún tiempo percibiendo una pensión.

Al estallar la rebelión de 1868, en Cuba, Máximo Gómez se fué al campo enemigo, en el que permaneció hasta después del convenio del Zanjón y donde ejerció el cargo de Ministro de la guerra y General en jefe de las fuerzas insurrectas.

Después de firmada la paz del Zanjón, desapareció de Cuba reapareciendo al poco tiempo en Costa Rica, donde ha permanecido algunos años, trabajando siempre en favor del filibusterismo cubano y ayudando desde lejos á otros cabecillas residentes en Santiago de Cuba.

Durante cinco años, el Gobierno español le estuvo pasando una renta ó sueldo de sesenta pesos mensuales, en pago de su capitulación ó sumisión á España.

Su condición de *extranjero*, produjo sérios disgustos durante la pasada guerra entre él y los que componían la llamada *Cámara de Cuba libre,* y á los mismos cubanos les disgustó siempre que un dominicano les dirigiera y se arrogara la representación de los naturales de la isla, por lo que surgieron no pocos y sérios rozamientos que señalaron sucesos de importancia entre los mismos insurrectos.

Cuando en Enero de 1878, los insurrectos buscaron en la suspensión de las hostilidades el medio de reunir las diseminadas partidas para tratar de la paz que se les propusiera y érales imprescindible y forzosa, Máximo Gomez se situó en el potrero de San Agustin, donde en la noche del 9 al 10 de Febrero se reunieron los principales jefes y celebraron un plebiscito, que dió por resultado la capitulación y terminación de la guerra de los diez años.

***

Del potrero de San Agustin salieron, en la madrugada del 10 de Febrero de 1878, para el Zanjón, los comisionados que suscribieron el acta de capitulación para la paz, acordándose que á la vez se dirigieran otras comisiones á las Villas y Oriente, á dar cuenta de los acuerdos del Gobierno insurrecto á las fuerzas que operaban en aquellos puntos.

Máximo Gomez, Enrique Collazo y Rafael Rodriguez acompañados de un periodista español, emisario del general Martinez Campos, salieron en busca de Maceo para comunicarle el acuerdo del Gobierno, y en poco estuvo que el jefe mulato diera fin de los comisionados al enterarse de la resolución; pero merced á la influencia que sobre él

ejercía Gomez, el cual trabajó entonces decididamente por la paz, logró convencerle de la necesidad de capitular y poner término á una ya insostenible guerra, salvándose así de las iras del intransigente mulato.

De regreso Gomez al Camagüey, y después de conferenciar en Vista Hermosa con el general Martinez Campos se embarcó para el extrangero, donde publicó un folleto en el que afirmaba que *Cuba no podia ser libre.*

A consecuencia de la publicación de aquel folleto su influencia entre los suyos sufrió mucho, especialmente para los que, como decía Maceo, *jamás le perdonaria* que hubiese sido el que minara la disciplina y diera fin á la guerra. Pero, á pesar de haber menguado su prestigio por la propaganda que en contra suya se habia hecho, dispuso al levantarse en armas al frente de su partida, de un buen número de hombres que fué aumentando cada día ganando uno y otro más prosélitos para la causa del filibusterismo, sin perjudicarle aquel folleto que tanto ruido diera al publicarlo en lejanos tiempos y que algunos periódicos reprodujeron á raíz del movimiento para presentarle como apóstata á los ojos de sus partidarios.

Prevalido de la supina ignorancia de sus hombres, de los que ninguno conoce su historia, viene recorriendo desde los comienzos de esta guerra toda la manigua, siendo el Atila de toda una comarca, apoderándose del dinero que produce sus frutos y repartiéndole con prodigalidad entre su gente para ganarse adeptos á su persona.

***

Sabedor Máximo Gomez el día 27 de Febrero, que Martí se encontraba muy cerca de él con su partida, determinó hacer una salida con

su gente para incorporarse á aquella, cuando á muy corta distancia tuvo el primer encuentro con un destacamento de nuestras tropas que se dirigía á un poblado próximo.

Al divisar el enemigo, aprestóse el jefe insurrecto al combate, repartiendo los sesenta hombres que capitaneaba en lugares á propósito y á cubierto de los tiros de nuestros soldados, por quedar los suyos casi ocultos por la vegetación del terreno.

Conforme avanzaban los leales, el fuego de los ocultos insurgentes les diezmaba hasta el punto de que el jefe del pequeño destacamento, sin medir el peligro ni saber contra qué número de fuerzas enemigas iba á luchar, y sin considerar que era ya bien entrada la tarde y no contaba más que con veinte y un hombres, ordenó un heróico ataque á la bayoneta que puso en vergonzosa dispersión á los insurrectos, después de una hora de sangrienta lucha.

Para poder formar juicio de la importancia de este encuentro y del valor y temerario arrojo de nuestros bravos soldados, hay que tener presente que los filibusteros se hallaban apostados y ocultos en la frondosa manigua, mientras aquellos sentían los efectos de los disparos y recibían las balas á pecho descubierto y sin poder adivinar siquiera el sitio de donde se les disparaba. Solo por instinto defendíanse de un enemigo invisible á quien no podían combatir, y solo de vez en cuando veían un hombre á caballo atravesar de un lado á otro el matorral para animar á su gente y dar disposiciones, por cierto, no siempre muy acertadas, pues al abandonar el sitio del combate quedaron sobre el campo nueve muertos.

Aquel hombre, se dijo después que era Máximo Gomez, y los que obedecían sus órdenes, la gente que formaba su partida.

En este primer encuentro tan imprevisto como heróico y sangriento, en el que nuestros hermanos recibieron el bautismo de sangre, tuvieron aquellos veinte y un valientes, aquel puñado de héroes, dos he-

ridos y cinco muertos, cuyos nombres permanecen aun ignorados, dándose el sensible y deplorable caso de que ni en los telegramas oficiales, ni en el relato publicado en los periódicos, se hayan consignado para eterno orgullo de su patria y perdurable recuerdo de sus hermanos.

Cuando el general Calleja se enteró del glorioso hecho, dió órden de que se le presentaran aquellos héroes, á quienes elogió y prodigó mil alabanzas por su valor y arrojo, mostrándoles á sus compañeros de armas para que en ellos tomaran ejemplo, y prometiéndoles tenerlos presentes en el momento oportuno para premiar como merecían y habíanse hecho acreedores, su heróico comportamiento.

***

Un detalle interesantísimo, un episodio dramático, hemos de consignar referente á ese primer encuentro, digno de ser aquí relatado, porque él prueba una vez más el concepto que del valor tienen nuestros bravos soldados.

En el fragor del combate, cuando la lucha era más encarnizada y más creciente el entusiasmo en los nuestros, uno de los insurrectos que se hallaba escondido entre unas matas, vióse obligado á salir de allí para defenderse de los que le habían visto y le atacaban.

El estrecho círculo que á su alrededor formaban los que teníanle ya acorralado y le amenazaban con una segura muerte, no le permitía hacer uso de la carabina que llevaba y hubo de acudir al machete para abrirse paso. Aquel hombre esgrimiendo la terrible arma mambís, semejaba un mónstruo, ante el cual habría temblado de miedo el más valiente.

A su horrible aspecto, vacilaron sus acometedores. Entonces un cabo, cuyo nombre sentimos no poder tampoco consignar para perpe-

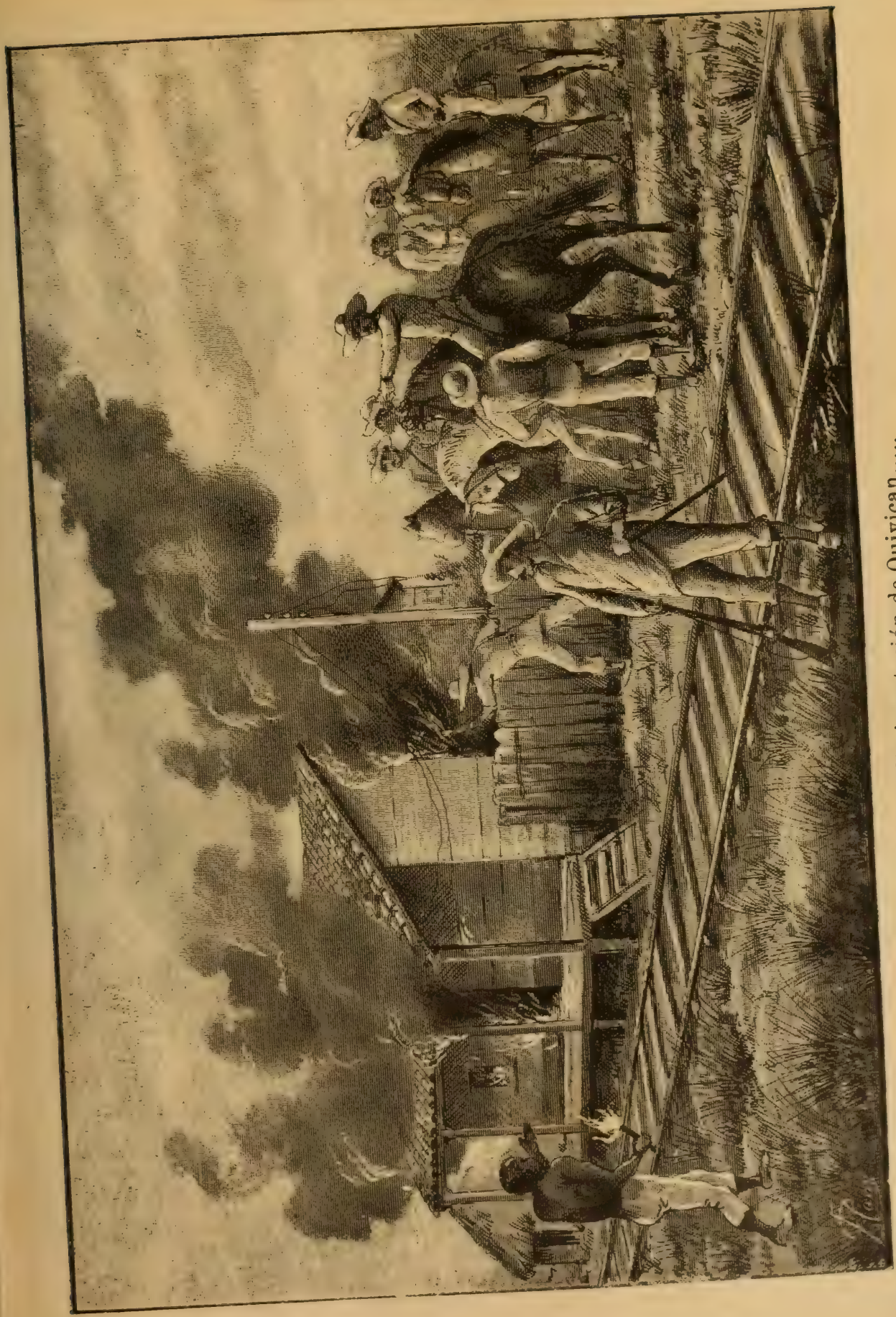
tuar su recuerdo, empuñando el fusil con ambas manos y calada la bayoneta, adelantóse solo, y embistiendo con furia y fria serenidad contra aquel atleta, obligóle á salir del escondrijo. El filibustero comprendiendo y no despreciando el peligro que le amenazaba, abandonó su atalaya y arrojando á su lado la carabina, arremetió á machetazos contra el valiente cabo, á quien tronchó por completo la mano izquierda.

No desmayó por eso el valor de nuestro héroe, y empuñando el fusil con la derecha y procurando salvar los repetidos golpes que el mambís le dirigía, estuvo defendiéndose durante diez minutos de

y embistiendo con furia y fría serenidad...

aquella fiera, hasta que dos de sus compañeros advirtieron el peligro que corría y acudieron presurosos en su auxilio, acribillando á balazos al insurrecto.

¡Ya era hora! Extenuado de fatiga y casi exangüe, únicamente los nervios y su amor á España le sostenían; pero, aún asi, fué preciso



é incendia la estación de Quivican....

emplear con él la fuerza para apartarle del lugar del combate: quería luchar más, y cuando se le apartaba de aquel sitio, gritaba:

—Dejadme, que ahora se pierde ya poco si me matan.

Conducido por sus compañeros al poblado próximo, se le prodigaron los cuidados que requiría la gravedad de su estado á consecuencia de la gran pérdida de sangre que había sufrido.

¡Héroe ignorado, como otros muchos, lamentamos no poder estampar aquí su nombre para perpetuar su memoria y consagrar un imperecedero recuerdo á su heroísmo!

CAPÍTULO III

Actitud patriótica del Gobierno.—Manuel García, su historia, y su muerte.—Noticias alarmantes de la isla.—Petición de refuerzos.—Acuerdos del Gobierno.—Abatimiento y reacción.—Noticias de Nueva York.—Gonzalo de Quesada.

Las noticias que de la insurrección comunicaba al Gobierno, el general Calleja, acusaban el temor de que el movimiento pudiera extenderse y propagarse por toda la isla, en vista del incremento que cada día iba tomando.

Nuevas partidas habían aparecido en el departamento Oriental, figurando al frente de la principal el negro Guillermón, antiguo cabecilla de la otra guerra que se hacía llamar Guerra chica y Guillermo I.

Los sublevados en Baire habían solicitado una tregua del Comandante general de Santiago de Cuba, para conferenciar con el Comité autonomista de la capital de aquella provincia; pero comprendiendo el Gobernador general que la petición iba encaminada á ganar tiempo, concedióles tan sólo el espacio de un día.

Al tenerse noticia en nuestro Parlamento de los telegramas de la

primera autoridad de Cuba, el general Pando dirigió varias preguntas al Gobierno, acerca de sus propósitos y planes para sofocar la rebelión, sabiéndose entonces que se habían enviado á la isla *diez mil* fusiles Maüser y *diez millones* de cartuchos, y manifestando el Ministro de la Guerra que el Gobierno abrigaba el propósito de cortar de raíz la insurrección, costase lo que costase, y al efecto estaba dispuesto á enviar á Cuba todos los soldados que hicieran falta y todos los recursos y elementos de guerra que el Gobernador general de la isla considerase necesarios.

GUILLERMO MONCADA (a) Guillermon

La actitud patriótica y enérgica del Gobierno levantó un tanto el espíritu nacional y el entusiasmo de los españoles creció de punto cuando se recibieron noticias detalladas del serio encuentro que las tropas leales tuvieron con la partida levantada en Sagüey, provincia de Matanzas á cuyo frente figuraban los cabecillas Antonio Lopez y Manozo con gente de la que capitaneaba el célebre bandido Manuel García, apodado *Rey de los campos*, y á la cual pusieron nuestros valientes soldados en vergonzosa fuga y completa dispersión, después de haberles causado buen número de muertos y heridos.

***

Tristemente célebre es la historia del famoso bandolero cubano Manuel García, para que dejemos de consignar algunos detalles de su vida aventurera.

Sus hazañas y fechorías fueron de todo el mundo conocidas, y su nombre llegó á infundir terror y pánico entre los naturales del país.

Así como en todas las guerras civiles aparecen partidas de latrofacciosos que encubren sus crímenes y fechorías con la bandera de la rebelión política, así el célebre bandido cubano se colocaba con su cuadrilla al lado del separatismo y se convertía en filibustero, cada vez que en los campos de Cuba se daba el grito de rebelión y de guerra contra España.

Los separatistas utilizaban sus servicios y le proporcionaban gente que aumentase sus fuerzas, cuyo mando le confiaban, y él seguía cometiendo, en nombre del separatismo, sus latrocinios, secuestros y asesinatos. Cuando la rebelión quedaba dominaba, volvía á ser el *Rey de los campos*.

Astuto y ladino, sin dejar de ser valiente, no se batía casi nunca; su cuadrilla era la que asaltaba, mientras él dirigía desde lejos el asalto, como general prudente que no debe nunca arriesgar su preciosa vida de la que pende la de su ejército.

Cuando en 1885, el separatismo cubano fomentó el bandidaje, Manuel García reunió á otros bandoleros, entre ellos Felix Gimenez, Lengue, Perico Torres y otros, y lanzóse á los campos de Cuba á ejercer su funesto oficio.

Muy cerca de un año se mantuvo con su gente en la isla, burlando la persecución de la guardia civil y cometiendo todo género de crímenes y fechorías, hasta que al finalizar el año 1885 vióse obligado á escapar de la activa persecución ordenada por el capitán general señor Fajardo, y forzado á embarcar con Perico Torres para Cayo Hueso.

En 1887 torna á Cuba con otros tres de su estofa, desembarcando

en Puerto Escondido (provincia de Matanzas) y apareciendo á poco al frente de una partida de diez y seis hombres, que le titulaban comandante, según rezaba un título ó nombramiento que le enviaron los jefes separatistas de Cayo Hueso.

Durante tres años, desde 1887 á 1890, Manuel García fué el terror de todos los habitantes en las provincias de la Habana y Matanzas. Robó, asesinó, secuestró y se impuso por el terror, conquistando entonces el sobrenombre de *Rey de los campos*.

Su audacia es tanta, que llega á infundir pavor en las comarcas sobre las cuales cae; su habilidad y astucia prepara tan perfectamente los golpes, que su prestigio crece en proporciones tales, que en 1890 se atreve á dirigir á la compañía de ferro-carriles unidos de la Habana una carta exigiendo *veinticinco mil pesos* bajo amenaza de incendiar las estaciones y hacer descarrilar los trenes, si no se le entregaban dentro de un breve plazo.

La compañía no hizo caso, pero el audáz bandido cumplió su amenaza.

A los pocos días descarrila un tren de mercancías en el Empalme, su gente hace fuego sobre uno de viajeros entre Robles y Xenes é incendia la estación de Quivican, próxima y casi en las puertas de la Habana.

El pánico cunde, la gente no se atreve á viajar, y la recaudación de la compañía ferro-viaria baja un *cincuenta* por ciento.

Esta situación y este estado de cosas duró hasta que en Agosto de 1890 llegó á Cuba el general Polavieja.

La energía y firme voluntad que llevó á la isla el nuevo Gobernador general de acabar con el bandolerismo, hizo renacer la confianza en el aterrorizado espíritu público, y poco tiempo después, merced á las acertadas y enérgicas disposiciones del ilustre general, secundadas admirablemente por el valor y la pericia de la guardia civil y sus jefes,

caía toda la banda en una emboscada, huyendo á uña de caballo su jefe Manuel García y recibiendo en la huída tres balazos.

***

Al lanzarse al campo de la insurrección, en los comienzos de la guerra, el negro Guillermón, al frente de una pequeña partida de filibusteros, en la provincia de Matanzas, fué auxiliado por el famoso bandido y su gente, parte de la cual le fué cedida por éste para operar en combinación.

Practicando un reconocimiento por aquellos terrenos, una pequeña columna de guardias civiles, viéronse éstos de pronto sorprendidos y atacados por fuerzas insurrectas, cuyo número y posición ignoraban por hallarse ocultas, como siempre, entre espeso matorral.

JOSÉ MARTI

A los primeros disparos, que nuestros bravos guardias no podían precisar de donde partían, ordenó el jefe se desplegase en guerrilla la columna y se adelantasen varios números y un cabo á explorar el terreno.

Una descarga cerrada de los insurrectos, obligó á los valientes guardias á entablar al momento la acción, sin contar el número, ni saber la posición que ocupaba el enemigo.

Pronto el nutrido fuego de los leales y su avance ordenado y temerario hizo creer á los mambises que se trataba de una avanzada de alguna fuerte columna, y abandonando sus posiciones, iniciaron la retirada protegidos por un grupo que con sus disparos trataba de contener la acometida de nuestras tropas.

De pronto vióse á un hombre alto, de aspecto y continente marcial, aunque vestía el traje de los naturales del país, y ginete sobre fogoso potro, atravesar de un lado á otro el terreno que ocupaban los insurrectos, huyendo del certero fuego de nuestros soldados.

Aquel hombre iba escoltado por un grupo de catorce ó quince individuos que le seguían y le rodeaban como para guardar su persona.

Los guardias, al verle y observar los movimientos de los que le seguían, comprendieron que se trataba de algún jefe ó cabecilla, y contra él dirigieron sus disparos, siguiendo la dirección que los fugitivos llevaban.

Fueron aquellos tan certeros, que pocos momentos después, vióse caer á tierra al ginete, y dispersarse el grupo que le escoltaba; á cuya dispersión siguió inmediatamente la precipitada y vergonzosa fuga de los demás insurrectos dejando sobre el campo varios cadáveres, tres caballos y algunas armas.

Reconocido el que, muy acertadamente, habíase supuesto por nuestros soldados ser el jefe de la partida, y al cual se le halló ya cadaver, vióse con sorpresa que era el famoso bandido Manuel García, el tristemente célebre *Rey de los campos*, terror de aquellas comarcas durante tanto tiempo.

Nuestras tropas persiguieron á los fugitivos, largo trecho, sin cesar de hacerles fuego, hasta que próxima ya la noche, el jefe ordenó la retirada.

Ese fué, según nuestros más autorizados informes, el fin que tuvo el tristemente célebre bandolero cubano Manuel García, cuyo fatal re-

cuerdo perdurará en la memoria de los antillanos, por sus fechorías y crímenes.

***

Otra versión, sin embargo, hemos recogido y no podemos menos de consignar y hacernos de ella eco, referente á la muerte del llamado *Rey de los campos*, para que nuestros lectores puedan formar juicio acerca de la mayor verosimilitud de ambas versiones.

Según el periódico *La Discusión*, de la Habana, la muerte de Manuel García ocurrió de la siguiente manera:

«Por datos que ha podido adquirir nuestro corresponsal en Seiba Mocha, no cabe duda alguna que el autor de la muerte del audaz bandido, fué Felipe Díaz, alguacil del Ayuntamiento y sacristán de la iglesia parroquial de Canasí.

»El señor Díaz que salió de Canasí en comisión á la Mocha, tuvo la desgracia de llegar á la bodega del Seborucal, acompañado del guardia civil Vicente Pérez, en los momentos en que Manuel García, después de percibir del dueño del establecimiento la cantidad que le exigiera, se disponía á extenderle recibo á nombre del Gobierno de la República Cubana.

»Sorprendidos los bandidos con la aparición del guardia y alguacil, uno de ellos gritó que los matasen, pero Díaz sin darles tiempo á que realizaran la amenaza, saltó el mostrador de la tienda, y tras él parapetado, tiró de su revólver é hizo fuego contra el grupo que formaba el bandido y sus secuaces, mientras su compañero apercibíase también á disparar su fusil; más, notando que éste no funcionaba por habérsele encasquillado la cápsula, vióse obligado á picar espuelas al caballo que montaba, y escapar.

»García y su gente, á los disparos del valiente alguacil, lanzáronse contra éste machete en mano, dándole alcance en una habitación donde se había refugiado, y haciéndole allí *picadillo*. Pero uno de los tiros del desgraciado Díaz había sido tan certero, que dando en mitad del pecho del famoso *Rey de los campos*, le causaba á los pocos momentos la muerte.»

Añadía el citado periódico en su relato, que el pueblo de Canasí tributó honores al hombre que, sacrificando su vida, había librado á toda la comarca de las fechorías y contínuas amenazas y vejaciones que les imponía y llevaba á cabo el terrible y sanguinario bandolero, y que el general Calleja había felicitado calurosamente á aquellos valientes y premiado el arrojo y sacrificio del desgraciado Felipe Díaz, socorriendo á su desventurada familia.

***

Después de la muerte del famoso bandido y cabecilla filibustero, Manuel García, el Gobernador general de la isla pidió á nuestro Gobierno el envío de refuerzos, porque sospechaba que la resistencia y sostenimiento de las diversas partidas levantadas en armas y que en su totalidad eran poco numerosas y estaban muy fraccionadas, obedecía tan sólo á la esperanza de obtener muy en breve grandes refuerzos.

En otros telegramas comunicó el general Calleja la noticia de que una de las partidas, la que dominaba en el distrito donde habían cortado los hilos del telégrafo, era bastante numerosa, pues se hacía ascender á algunos cientos de hombres los filibusteros que la formaban.

Además, daba cuenta también al Gobierno, de que según aviso urgente que había recibido del Cónsul de España en Cayo Hueso, se había preparado una expedición filibustera en aquella isla, y que con objeto

de hacerla fracasar había ordenado la inmediata salida de un barco de guerra para impedir el desembarco.

Estas tristes y alarmantes noticias, decidieron al Gobierno á disponer el inmediato envío á Cuba de *catorce mil* hombres, de los cuales la mitad irían á cubrir las bajas naturales de los que estaban próximos á cumplir y debían ser pronto licenciados, y los otros *siete mil* para reforzar el ejército antillano y poder atender á las necesidades de la guerra.

La Compañía Trasatlántica del marqués de Comillas, puso á disposición del Gobierno todos los vapores para el transporte de tropas, y

UNA AVANZADA DE VOLUNTARIOS

previo el oportuno convenio prepararon desde luego la primera expedición.

Por el Ministerio de la Guerra se hizo un llamamiento de oficiales voluntarios, pero el escaso número de subalternos que á él respondieron, obligó al Ministro á hacer un sorteo general en todas las armas, y con el fin de evitar que el Gobernador general de Puerto Rico tuviera que desprenderse, un día, de soldado alguno, á solicitud del general

Calleja, dispuso que la expedición á las Antillas se aumentase con un batallón más.

***

Hechas públicas, por el Gobierno, las noticias comunicadas por el general Calleja referentes á la marcha de la insurrección y los acuerdos tomados por el Gabinete, y conocidas también las que publicaron en sus columnas los periódicos tanto españoles como extranjeros, comunicadas las unas por sus corresponsales en el teatro de la guerra y reproducidas las otras de los diarios norteamericanos, apoderóse del espíritu de los españoles honda tristeza, y abatióse su ánimo, al considerar la situación y estado de la Península ante el gravísimo conflicto en que la colocaban sus ingratos y rebeldes hermanos de allende el mar.

Fijóse, más que en nada, la atención de los españoles, en las tristes y fatales consecuencias que la guerra había de aportar á nuestro exhausto Tesoro y en los sacrificios no sólo pecuniarios sinó de sangre que la misma nos imponía con el envío de hombres y dinero á la Gran Antilla, lo cual significaba lágrimas y desconsuelo, pesadumbre y aflicción para miles de madres, y desamparo y horfandad para multitud de familias.

El Gobierno ocultaba ó atenuaba las noticias alarmantes que recibía de la marcha de la insurrección, temeroso de que decayera el espíritu patrio, y por no sembrar pesimismos, pero esa escasez de noticias oficiales suplíala con ventaja la prensa diaria, ese benéfico invento de salvación debido al glorioso é inmortal Guttemberg, esa refulgente antorcha de la verdad que ilumina á los pueblos y lleva la civilización á los más remotos climas, ese escudo invulnerable, en fin, de la libertad del pensamiento, publicando y dando detalles de las victorias al-

canzadas por nuestros bravos soldados en la manigua y levantando el abatido espíritu patrio con el relato de los prodigios de valor y arrojo llevados á cabo por nuestros hermanos contra las hordas de bandidos y libertos rebelados contra sus libertadores.

Pronto prodújose una patriótica y saludable reacción en el ánimo decaído de los españoles, convirtiendo el primer movimiento de tristeza en explosión de entusiasmos que inflamó el espíritu público hasta el punto de que ni un solo corazón permaneció insensible al grito de guerra lanzado por las hordas salvajes del filibusterismo en los campos de Cuba, y conviniendo todos en la idea y prestando todos asentimiento á la necesidad de enviar á la Gran Antilla cuantos hombres y recursos fuesen necesarios para sofocar la insurrección y castigar el criminoso atentado contra la integridad de nuestro territorio.

Pensóse en sustituir al general Calleja por otro general de gran prestigio político-militar y de reconocida idoneidad y pericia, y el nombre de Martinez Campos acudió á todas las mentes y fué pronunciado por todos los labios, como el más indicado para encargarse del doble mando de la isla, tanto por sus aptitudes y talla y reputación europea de que gozaba, como por ser el más conocedor del teatro de la guerra y de los hombres que la habían provocado, y el único llamado á hacer respetar el pacto del Zanjón por él convenido con los jefes principales de la anterior guerra separatista.

El Gobierno dispuso el inmediato envío de hombres y dinero, y el Ministro de la Guerra, á la sazón general Lopez Dominguez, dictó las oportunas y convenientes órdenes para la pronta movilización del cuerpo de ejército que había de formar la primera expedición á la isla.

Ocurría esto á los doce días de haberse recibido las primeras noticias del movimiento insurreccional, y desde entonces nadie dejó ya de fijar su atención y preocuparse con el curso de la campaña emprendida contra los filibusteros de la Gran Antilla.

***

Motivo fué también de gran preocupacion para los españoles, las noticias que se recibían de Nueva York, dando cuenta de los trabajos de propaganda realizados por los laborantes cubanos y agitadores filibusteros que formaban parte de la Junta revolucionaria establecida en aquella capital.

Según los órganos de la prensa norte-americana, el día 2 de Febrero de 1895 llegó á Tampa el activo secretario de la Junta del partido revolucionario cubano, doctor Gonzalo de Quesada, y convocando á una reunión á los laborantes tabaqueros afiliados al partido separatista, manifestóles «la confianza de que su visita y presencia en aquella capital sería símbolo de fraternidad que estrecharía más y más los lazos de unión entre los patriotas cubanos, resueltos á la sazón más que nunca á salvar la dignidad de la patria y á implantar sin temor á los reveses y sacrificios que tan noble aspiración les imponía, el estandarte de la libertad, en la cima gloriosa de la montaña sagrada.»

A la reunión convocada por el agitador americano acudieron más de *dos mil* personas, y algunos días después se le obsequió con un banquete á cuya terminación trasladáronse todos los comensales al Liceo Cubano, donde fueron recibidos á los acordes de una música que ejecutó el himno de los insurrectos, que fué saludado por atronadores gritos de los laborantes, de ¡Viva Cuba libre!... ¡Viva el partido revolucionario cubano!

Varias sociedades cubanas con sus estandartes y músicas desfilaron por delante del Liceo, organizándose después una manifestación que terminó en un *meeting* en la vía pública, al aire libre. En él, después de pronunciar varios discursos, distintos oradores, declarando todos

«que solo esperaban la orden de marchar para ir á luchar por la independencia de la patria», hizo uso de la palabra el doctor Quesada para describir los sacrificios de la emigración y la contínua y perseverante labor de los que *estaban arma al brazo* esperando la señal y el momento oportuno para tomar parte activa en la lucha y sacrificar su vida en aras de la independencia de Cuba.

Aludiendo en uno de los párrafos de su aplaudido discurso á la aprehensión del cargamento de armas en Fernandina, elogió el tacto de los encargados de él, y al manifestar que las armas eran propiedad de los patriotas cubanos y estaban en poder de sus dueños, preguntó en un arranque *patriotero* á sus oyentes:

—¿Si esas armas son realmente nuestras y están en salvo, faltarán buques que las lleven á su destino?

—¡No!—ahulló aquella Asamblea—No faltarán buques y hombres que las lleven al sitio donde convenga.

El entusiasmo que produjo en la muchedumbre aquella enérgica y patriótica respuesta, fué indescriptible, y los bravos y aplausos, los vivas y aclamaciones de aquella multitud, sellaron el compromiso del pueblo de Tampa en favor de los deseos y propósitos del agitador filibustero.

Interviewado el doctor Quesada, después del *meeting*, por el corresponsal del *Herald* en Tampa, hízole las siguientes manifestaciones:

«Que era inminente una revolución en Cuba, la cual estallaría dentro de seis meses y sería tan formidable y decisiva, que antes de un año *tendrían el pie sobre el cuello de España*...

»Que el plan estaba manejado con suma discreción y misterio y aunque todos los cubanos lo conocían, de nada importante, empero, se había enterado el Gobernador general de la isla...

»Y que abrigaba la creencia y casi podía dar la absoluta seguridad

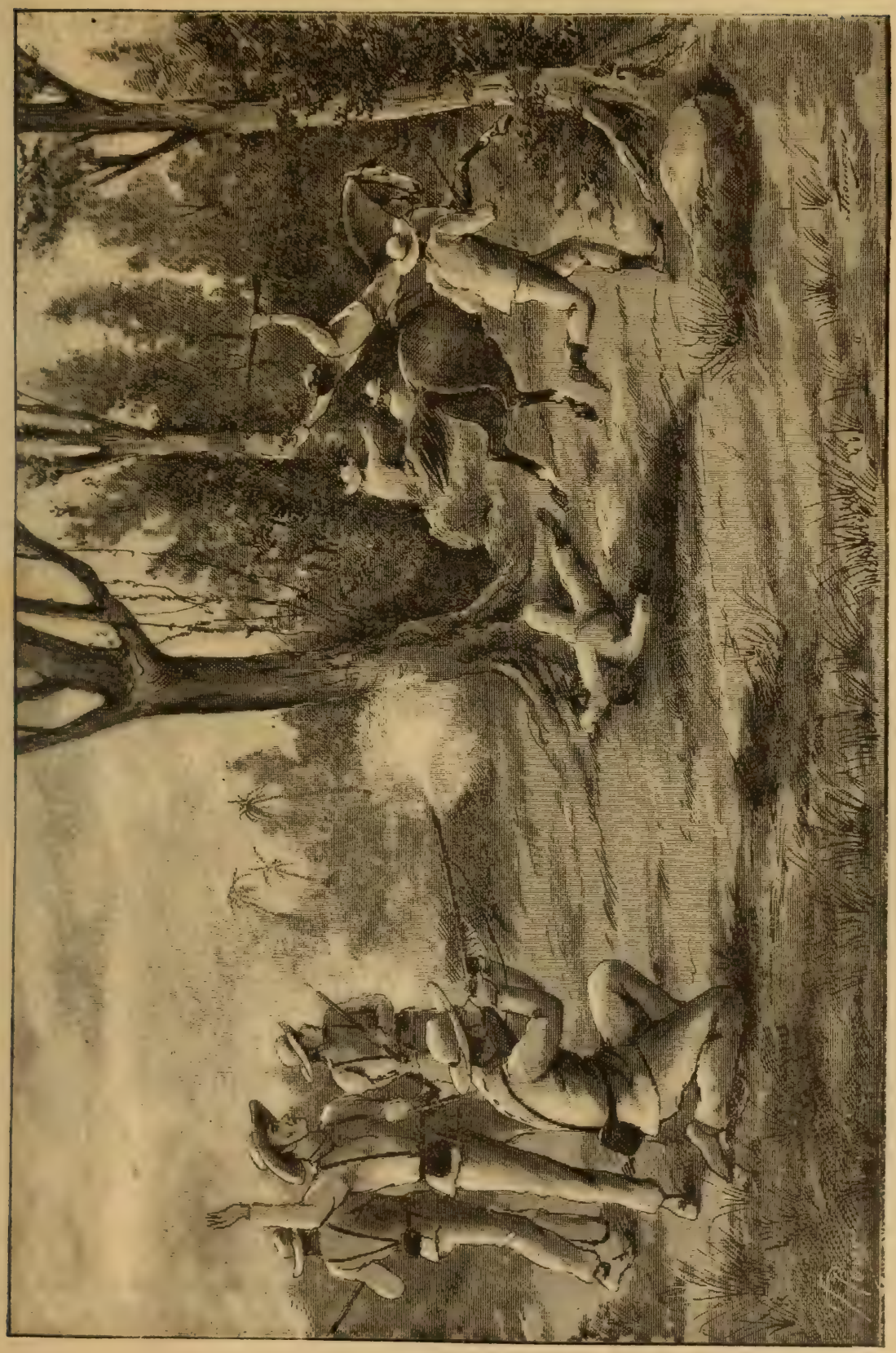
de que los peninsulares residenciados en la isla estarían con la revolución ó permanecerían neutrales.»

Estas noticias contribuyeron á avivar aún más el espíritu patrio y el entusiasmo de los españoles, creando atmósfera en favor de los propósitos y acuerdos del Gobierno de enviar grandes refuerzos y recursos á la isla, y acallando el amor á la patria y el orgullo nacional, el natural temor y pesar de las pobres madres ante la triste perspectiva de tener que separarse de sus queridos hijos y verles marchar á la guerra, de la que, quizás, no les verían ya volver ó volverían enfermos ó inútiles.

RANCHOS DE UN CAMPAMENTO ABANDONADO

En aquellos días de alarma y espectación general, revelóse una vez más la característica del pueblo español.

Impresionable como pueblo meridional, era presa un día del mayor abatimiento ante las alarmantes noticias que se recibían de la isla referentes á la importancia del movimiento insurreccional, para entregarse al siguiente al más vivo entusiasmo por las que nos comunicaba



pocos momentos despues, viése caer á tierra al ginete...

el cable acerca de las victorias ganadas por nuestras tropas en los diferentes encuentros tenidos con los rebeldes.

Cada raza tiene su temperamento moral como cada latitud geográfica tiene su clima.

Por eso la raza latina tiene como cualidad típica de su temperamento, el meridionalismo ó impresionabilidad; esto es, el entusiasmo pronto y el cansancio fácil; el paso rapidísimo é inconsciente del holocausto al olvido, del amor al ódio, de la alabanza á la injuria, del aplauso á la silba ruidosa; la opinión movediza y la inquietud permanente.

Buena prueba de ello dió el pueblo español en los comienzos de la actual guerra separatista.

Sobrevino la rebelión de Cuba, y á pesar de habérsela visto bullir se la descuidó: estalló y seguimos, no obstante, descuidándola y pensando que para vencerla bastaban cuatro días y cuatro batallones. Pero los cuatro días no han bastado, ni tampoco fueron suficientes los cuatro batallones y la impaciencia nos devoró y sublevóse nuestro ánimo contra la primera autoridad militar de la isla, cuyo relevo pedimos á voz en cuello mezclando la petición con acres censuras á su apatía é inepcia.

Sin embargo y por fortuna, hay que reconocer y confesar, que aquella reputación de altiva y orgullosa que siempre tuvo España, no la ha perdido, y las circunstancias, que lo gobiernan todo, han venido á despertar en el espíritu patrio de todos los españoles, el recuerdo de lo que fuímos y de lo que siempre seremos. Un pueblo desdichado, sí; víctima de la política y de los políticos; pero digno y altivo hasta la exageración, dispuesto á levantarse en masa y sacrificarlo todo, vidas y haciendas, para dar testimonio y ejemplos de su dignidad al mundo, y capaz de llegar hasta la ruína para defender la integridad de su territorio y el honor nacional, y para que su buen nombre y fama no pierda nada á la faz del mundo.

CAPÍTULO IV

Datos geográficos y estadísticos, y división territorial militar de la isla.—Su suelo, su clima y su población.

ANTES de llevar á nuestros lectores al teatro de la guerra á seguir el curso de la campaña, creemos conveniente consignar algunos datos geográficos y estadísticos referentes á la Gran Antilla que les dén á conocer su suelo y su clima, su extensión y población, y su Gobierno y división departamental, á fin de poder apreciar mejor las operaciones y penalidades de nuestro bravo ejército.

La isla de Cuba es la mayor y la más occidental de nuestras Antillas: su figura es larga y estrecha, como han podido ya apreciar por el croquis que publicamos en el primer cuaderno: los dos puntos extremos, ó sea la punta de Maisi al Este y el cabo de San Antonio al Oeste, dista en línea recta *mil ochenta y un kilómetros*. Su mayor anchura de Norte á Sur es de *doscientos diez y siete kilómetros*, y la parte más estrecha en la misma dirección mide solo *cuarenta y dos kilómetros*. La superficie total de la isla, comprendidas las isletas y

cayos que circundan el territorio, es de unos *ciento veintiseis mil kilómetros cuadrados.*

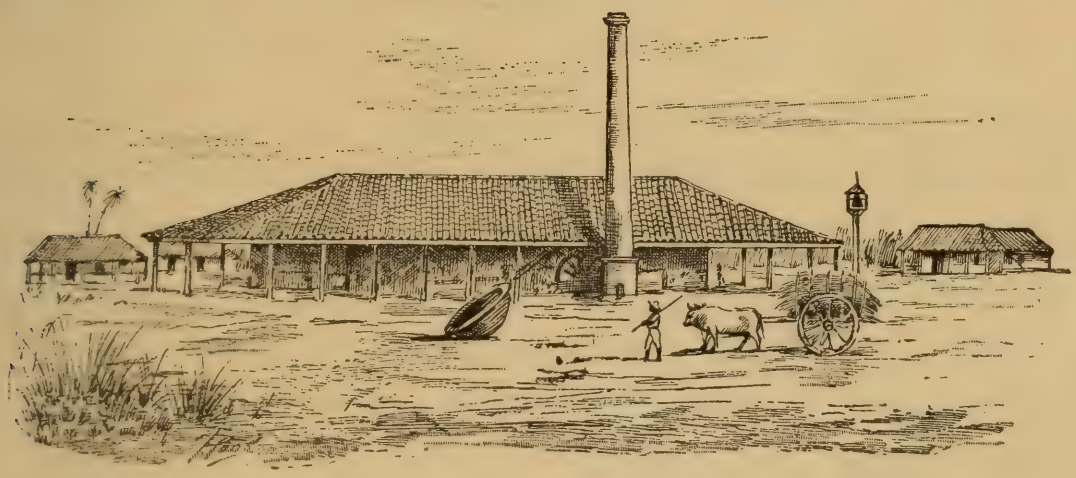
Muchos son los puertos de la isla, si bien en su mayor parte accesibles solo á buques costeros; entre todos, el mayor es la hermosa bahia de Nipe, que tiene anchísima entrada y mucho fondo y seguro abrigo; síguele en extensión la de Nuevitas, aunque su fondo es poco y la entrada larga y estrecha. Los puertos de Guantánamo y Sagua son después los mayores, y magnífico particularmente el segundo; vienen luego los de Levisa, la Habana, Tánamo y Cuba, ofreciendo además el de Moa un excelente fondeadero al abrigo de los vientos.

El territorio de la isla es en general bajo y onduloso, y está cubierto en su mayor parte por la vegetación lozana de los trópicos, que se desarrolla con extraordinario vigor y superba frondosidad. Hay diversas cordilleras de montañas, que según las observaciones forman tres sistemas independientes, el oriental, el central y el occidental. El pico Turquino, que se eleva *dos mil trescientos cuarenta metros* sobre el nivel del mar, en la *Sierra Maestra*, es el punto culminante del sistema oriental; en el central lo es el *Pico del Potrerillo*, también muy elevado, y el llamado Pan de Guajaibon, en el occidental, se eleva *setecientos sesenta metros.*

De esas cordilleras se originan hasta *ciento trece* ríos, de los cuales, el mayor de todos es el *Cauto* que recibe en su curso los de Yarayabo, Contramaestre, Guaninicú, Cautillo y el Salado, en parte navegables. Síguenles en importancia Ságua la grande, Zaza, el Agabama ó Manati, Ságua la chica, Hatibónico del Sur, Yateras, Cuyaguateje, Najasa y Ságua, Hatibónico del Norte, Jobabo, Toar y Naranjo. En la isla de Pinos existen los nombrados Casas y Santa Fé.

* * *

A pesar de ser bajo el terreno de la isla, y de hallarse comprendido todo en la Zona tórrida, su clima puede calificarse de benigno: desde Octubre á Marzo participa de las variaciones de las zonas templadas, mientras que en los meses más cálidos, cuando el sol derrama desde el zenit sus rayos abrasadores, templa su rigor la fresca brisa que la orea por ambas costas con una constancia sin ejemplo en otras latitudes. Sin embargo, á la hora de la virazón, que ocurre de diez á doce de la mañana, se experimenta un calor sofocante é insoportable, cuando las calmas que la preceden se prolongan por causa del estado atmosférico y cuando durante el día reinan vientos del tercer cuadrante. En cambio hace frío cuando soplan los vientos del Norte, en invierno.



UN INGENIO

Casi las cuatro quintas partes del territorio de la Gran Antilla son bosques y terrenos áridos, pudiendo suponerse dedicados al cultivo unos *quince mil doscientos diez y seis* kilómetros cuadrados y constituyendo el resto prados naturales y artificiales. Los frutos principales son la caña de azúcar, el tabaco y el café: al cultivo de la primera se halla unida la elaboración del azúcar, y tienen el nombre de *ingenios* las grandes haciendas en que se produce y elabora; las dedicadas al cultivo del café se llaman *cafetales; vegas* las en que se cultiva el tabaco, y las tierras acotadas cerca de las poblaciones y dedicadas á cultivos

menores, como legumbres, frutas y raíces alimenticias, se distinguen con el nombre de *estancias* ó *sitierías*.

Las haciendas destinadas á la cria del ganado se dividen en *hatos*, ó terrenos de una extensión circular de once kilómetros, donados á particulares por los Ayuntamientos para la cría de ganado mayor, y *corrales*, ó sea terrenos de la mitad de extensión, destinados para la cría de ganado menor, habiéndose originado de las divisiones y subdivisiones de dichas haciendas los nombres de *sitios de crianza*, *potreros* y *colmenares*.

El *ingenio* es la clase de finca más importante de la isla de Cuba, pues los hay que más bien parecen un pequeño pueblo con grandes límites jurisdiccionales, que una hacienda campestre, á causa de la numerosa población, extensos edificios y costosos aparatos y maquinaria empleados en la elaboración del azúcar.

El capital que representan todos los *ingenios* puede calcularse que asciende aproximadamente á ciento cuarenta y siete millones de pesos.

Al cultivo y elaboración del tabaco se hallan dedicadas más de mil fábricas ó talleres que dan ocupación á más de *veinte mil* operarios, calculándose en más de *doce millones de pesos* el producto del tabaco que se consume en la isla y se exporta.

***

El territorio estaba dividido antiguamente en tres departamentos ó distritos, así en lo político como en lo civil y militar: la provincia de la Habana, militarmente llamado departamento Occidental; la provincia de Puerto Príncipe, que constituía el departamento Central, conocido en el país con el nombre indio de Camagüey, y la provincia de Santiago de Cuba ó departamento Oriental.

La provincia de la Habana ó departamento Occidental se dividía en veinte jurisdicciones á la vez civiles y militares, á saber: la Nueva Filipina, Bahía honda, Mariel, Santiago, La Habana, Guanabacoa, Jaruco, Matanzas, Cárdenas, Sagua la grande, San Juan de los Remedios, Sancti-Spíritus, San Cristóbal, San Antonio, Bejucal, Güines, Fernandina de Jagua, Trinidad, Santa María del Rosario y Villaclara.

La isla de Pinos componía por sí sola la jurisdicción ó colonia de la Reina Amalia.

La provincia de Puerto Príncipe ó departamento Central, comprendía todo el Camagüey; y la de Cuba ó departamento Oriental, tenía ocho jurisdicciones, á saber: Baracoa, Saltadero, Cuba, Manzanillo, Bayamo, Holguín, Las Tunas y Jiguaní.

Terminada la anterior insurrección, cuando bajo el Gobierno de los conservadores se promulgaron en Cuba las leyes provincial, municipal y electoral, el año 1878, se hizo la división de la isla en seis provincias, á saber: la Habana, Matanzas, Pinar del Río, Santa Clara, Puerto Príncipe y Santiago de Cuba; pero la antigua división es la que subsiste, en lo que al país se refiere, en razón á que los habitantes de los tres departamentos son un tanto regionalistas y se diferencían entre sí no poco, ya en sus costumbres, ya también en cuanto á las labores á que se dedican.

La Naturaleza ha establecido diferencias esenciales entre unos y otros departamentos.

El Occidental es, en su mayor parte, llano y sus bosques son menos frondosos que los del Oriental.

En las provincias de la Habana, Matanzas y Santa Clara, radican los mejores ingenios para la fabricación del azúcar, así como en Pinar del Río (Vuelta de Abajo) se hallan las mejores vegas destinadas al cultivo del tabaco.

En la provincia de Puerto Príncipe (departamento Central) la vege-

tación varía y aunque en ella existen algunos ingenios, lo que más abunda y constituye su principal riqueza son los potreros, llenos de ganado caballar y vacuno.

A pesar de la gran extensión que alcanza este departamento, es desconsoladora su despoblación, pues sólo cuenta con los siguientes pueblos: Puerto Príncipe, que es la capital, en el centro; los puertos de Nuevitas, en la costa Norte, y Santa Cruz, al Sur; Sibanica, Morón, Guaimaco, Cascorro, Ciego de Avila y otros, en corto número, de escasa importancia.

UNA VEGA

Sus bosques son espesos y la manigua alcanza tal frondosidad, que en ella pueden acampar fuerzas numerosas sin temor de ser vistas ni aun á corta distancia.

En cuanto al departamento Oriental, todo lo que se diga de sus bosques y montes, resulta pálido ante la realidad.

La raza de color que le puebla, en una proporción de un setenta y cinco por ciento, se dedica á la explotación de las minas que en él abundan y al cultivo del café y de la caña que constituye su principal riqueza.

Las principales poblaciones son: Santiago de Cuba, Manzanillo, Baracoa, Guantánamo, Holguín y Gibara.

La población total de la isla se calcula en *un millón cuatrocientas mil* almas próximamente, de las cuales unas *seiscientas tres mil* son de color; y se halla distribuída en catorce ciudades, diez villas, cien pueblos, quince aldeas y ciento once caseríos.

***

De los anteriores datos se deduce y comprende, que la guerra en el departamento Occidental no puede alcanzar nunca la importancia militar que en los otros dos, aunque dado el sistema que allí siguen los insurrectos de incendiarlo todo y rehuir todo combate, una sola partida que en él opere puede causar grandes daños á las propiedades y tener en jaque á numerosas fuerzas.

En razón á esto fué por lo que en la anterior guerra se procuró arrojar á los insurrectos al Centro y Oriente, salvando el Occidental en la parte de Matanzas y Santa Clara y construyendo con inmensos gastos y sacrificios de vidas, la trocha del Júcaro á Morón que dividía la isla y separaba los departamentos, á fin de impedir el retroceso de los insurrectos.

Sin embargo, aquella línea militar, con ferrocarril que unía las costas Sur y Norte, defendida por torres y guardada por numerosas fuerzas, fué atravesada diferentes veces y en varias ocasiones por los insurrectos, especialmente por Máximo Gómez que la salvó después de causar grandes destrozos en Las Villas, á raíz de encargarse del mando de la isla el general Martínez Campos.

En los comienzos de la presente guerra no quedaba de la famosa trocha más que la línea férrea, pues los fuertes estaban destruídos, como

lo estaban también los que se construyeron para la defensa de la vía férrea de Nuevitas á Puerto Príncipe y la del abandonado ramal de San Miguel y su trocha, de cuya línea se habían arrancado hasta los rieles.

Con estos datos y noticias, nuestros lectores podrán apreciar mejor, cuando les llevemos al campo de operaciones en que se mueve la insurrección, el sitio ó teatro de la guerra en donde se desarrolla la fatal y fratricida lucha que asola y devasta y riega con la preciosa sangre de nuestros hermanos los campos de la fértil Antilla, así como la importancia de las acciones que allá se libran entre leales y rebeldes.

CAPÍTULO V

Noticias contradictorias de la insurrección.—Acuerdos del Gobierno.—Penosa impresión y deplorable efecto en la Península.—Alocución del Alcalde de Sancti-Spiritus á sus administrados.—La primera expedición de tropas á la isla.—Despedida del pueblo de Madrid á los batallones del primer cuerpo que marcharon á Cuba.—Embarque de los batallones peninsulares números 4 y 5, en Barcelona.

Las noticias contradictorias que de la isla se recibieron los días 7 y 8 de Marzo acusando, las del general Calleja, la pacificación de la provincia de Santa Clara y el desorden y desmoralización de los rebeldes de Santiago de Cuba por falta de armas, jefes y plan, y asegurando que en la jurisdicción de Manzanillo, donde había más de treinta capitulados de la guerra pasada, sólo dos de los menos significados habían tomado parte en el movimiento, condenándolo los restantes y trabajando activamente por restablecer la paz; mientras los telegramas particulares comunicaban que por todas partes se oían rumores de conspiración y desembarco de armas y en todos los periódicos se hablaba de los jefes del movimiento, publicando con el mayor cinismo la prensa separatista las biografías de los héroes de la pasada guerra y repartiéndose anuncios que

eran vales de la República Cubana, decidieron al Gobierno á ordenar la inmediata salida de la primera expedición de tropas á la Antilla en número de 8.500 hombres, 6.000 de los batallones formados en los siete cuerpos de ejército en la Península, y 2.500 de los destinados á cubrir bajas.

Dispuso también que el crucero *Reina Mercedes* marchara sin pérdida de tiempo á Cuba para auxiliar la acción militar de la campaña.

Acordó así mismo, que sin perder tiempo se organizara otra expedición de 1.500 hombres admitiendo voluntarios, y se anunció al Gobernador general de la isla que tenía á su disposición 10.000 hombres más, y todos cuantos pudieran ser necesarios.

La Compañía Trasatlántica había dispuesto ya sus buques en virtud del compromiso contraído con el Gobierno de llevar con rapidez á Cuba todas las tropas que quisiera, y puso á su disposición para el transporte de la primera expedición, entre otros vapores, el *Alfonso XII*, *Alfonso XIII*, *Cataluña*, *Santander*, *Buenos Aires*, *San Ignacio* y *Baldomero Iglesias*.

Y, finalmente, dispuso el Gobierno que los puntos de embarque fueran los siguientes:

Para el primero y segundo batallones, el puerto de Cádiz; para el tercero, Valencia; para el cuarto y quinto, Barcelona; para el sexto, Santander, y para el séptimo, La Coruña.

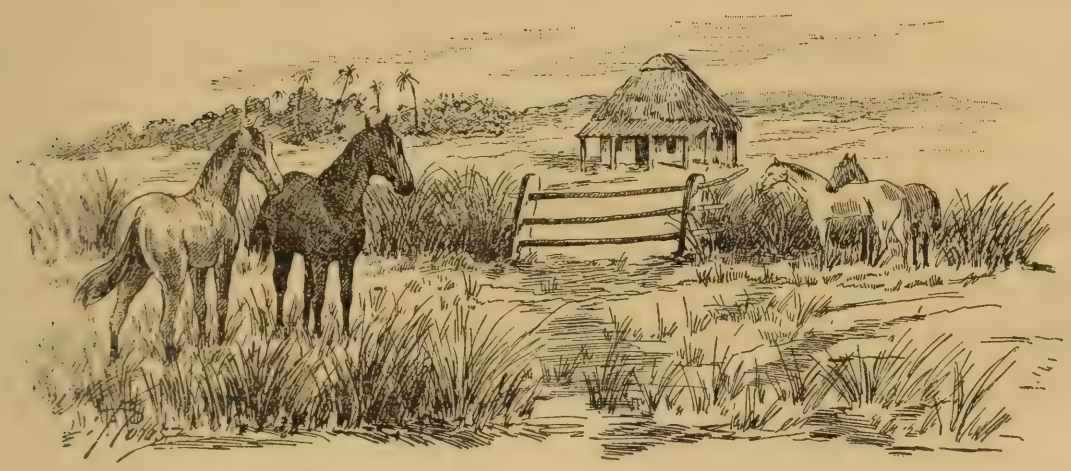
***

Penosísima fué la impresión que produjo en la Península, la noticia de que la partida levantada en Baire, después de haber sido batida con fortuna por el general Garrich en Negros, ascendía á más de 900 hombres, y que en Guantánamo existían cuatro partidas mandadas por

los cabecillas Guillermo Moncada (a) Guillermón, Periquito Pérez, Quintín Banderas y Garzón, y no menos desagradable fué también el rumor que circuló en Bolsa, de haber sido presos en la Habana y conducidos incomunicados á la fortaleza del Morro, varios comerciantes de aquella capital, importadores de efectos de caza y armas, á los cuales se acusaba de haber vendido armamento y municiones á los agentes separatistas.

El deplorable efecto de la primera noticia fué neutralizado un tanto al saberse que Marcos García, jefe de mucho prestigio en la pasada guerra y á la sazón alcalde de Sancti-Spíritus, había publicado un bando en el que condenaba el actual movimiento.

La alocución de don Marcos García á los habitantes de su término



UN POTRERO

municipal, con motivo del bando del Gobernador general aplicando la ley de orden público, después de consignar su firme confianza de que sus administrados contribuirían con él al sostenimiento de la paz en su jurisdicción, añadía:

«Y no quiero hablar investido sólo con la autoridad de alcalde de mi ciudad natal, de cuyos vecinos he tenido siempre el respeto unánime y cuyo afecto y confianza he visto tan probados y patentes en

estos últimos días, por lo que es inmensa mi gratitud y plena mi confianza en su cordura y sensatez.

»Yo, como cubano, dirijo mi voz á todos mis compatriotas y especialmente á mis compañeros de la guerra de diez años, para que con firmeza y juicio rechacen todo halago absurdo, todo empeño deliberado de perturbar el país, de promover la guerra, de derramar sangre de hermanos.

»La felicidad de este país ha de conquistarse por la evolución pacífica y constante de las ideas, y estas han alcanzado un notable triunfo en las Cortes, con la aprobación de un nuevo sistema de administración que, al implantarse, reconoce la personalidad política de Cuba.

»Error funesto es por lo tanto, en estas tan favorables circunstancias, entorpecer el gran paso de concordia, de paz, y sobre todo, de justicia, que acaba de darse en las Cortes de la Nación, á cuya obra patriótica ha concurrido unánimemente el Parlamento.»

. . . . . .

La transcripta, en parte, alocución de la primera autoridad de Sancti Spíritus, fue muy bien recibida por todos los habitantes de aquel término municipal, que con gran confianza y suma lealtad siguieron á su alcalde por el camino de la discreción y la paz, que su buen criterio, recto juicio y dignidad y honradez les trazara.

***

El día 8 de Marzo, poco después de las cinco de la tarde, pasaron por delante del Palacio del Congreso (Madrid) los batallones del primer cuerpo de ejército que iban á Cuba. La carrera habíase fijado por la calle de Alcalá, en cuya ancha y hermosa via se estableció numeroso público, ansioso de tributar cariñosa despedida á los valientes soldados que

en cumplimiento del sacratísimo deber que les imponía la Madre Patria, partían á defender allende los mares, la integridad del territorio y el honor de la bandera nacional; pero en atención á que los diputados manifestaron su deseo de saludar y despedir á las fuerzas, el Ministro de la Guerra dispuso que pasasen por la Carrera de San Jerónimo y plaza de las Cortes.

Abrióse de par en par la puerta de las grandes solemnidades del Palacio de la representación nacional, y en la escalinata se colocaron todos los representantes de la Nación que había en la Cámara.

Con los diputados salieron al pórtico el Presidente del Congreso, Marqués de la Vega de Armijo y los Ministros de la Guerra y Hacienda.

La carrera por donde habían de pasar las tropas estaba atestada de gente y la plaza de las Cortes semejaba un mar humano.

A la hora señalada aparecieron los expedicionarios, préviamente anunciados por los gritos de los chiquillos encaramados en los árboles y los vivas entusiastas de la multitud que les vitoreaba, y los soldados, con sus trajes de mecánica y sin armas, desfilaron por el estrecho paso que les dejaba la masa humana, replegándose con esa elasticidad de las muchedumbres.

Al desfilar por delante del Congreso, varios diputados dieron vivas á España, al Ejército español, á Cuba española, á la integridad de la patria y á los valientes que iban á Cuba á defenderla, que fueron contestados por el público y por los soldados.

***

El propio día 8 de Marzo, á las seis de la mañana, llegó á Barcelona el tren que desde Zaragoza conducía al batallón peninsular núm. 5.

La hora intempestiva y lo desapacible del tiempo contribuyó, sin duda, en gran manera á que no acudiera casi nadie á recibir á las tropas.

Solo aguardaban el tren, en el andén de la estación férrea, el general Mackena, y el teniente de Estado Mayor señor Despujol, acompañados de una corta comisión de oficiales y soldados de los cuerpos de la guarnición y de la música del regimiento de infantería de Asia.

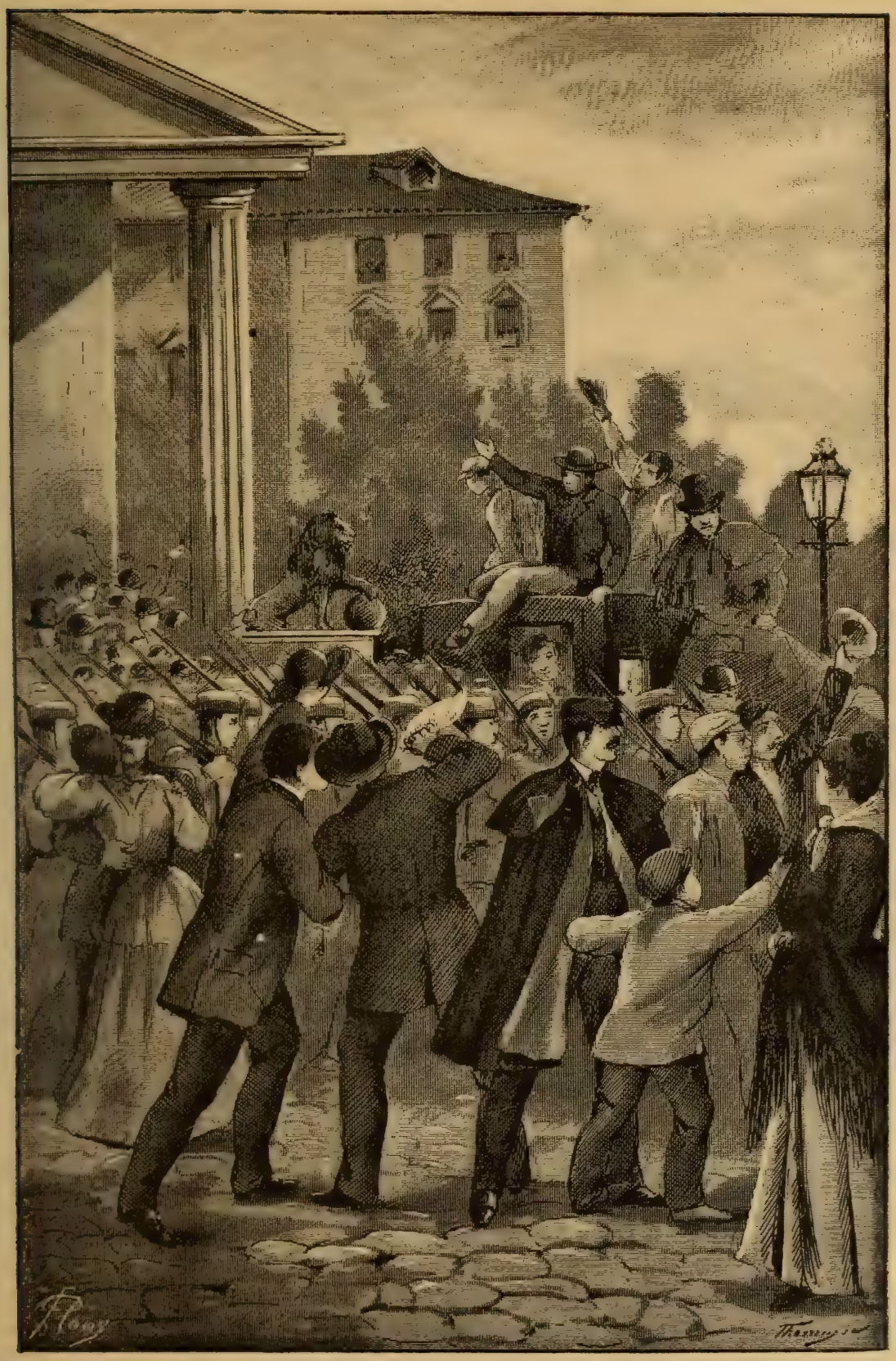
El batallón se dirigió por los desiertos Paseo de la Aduana y de

TIPOS INSURRECTOS

Isabel, al muelle nuevo de la Riba (Barceloneta) punto designado para el embarque.

En la carrera solo se veían algunos grupos de obreros que se dirigían al trabajo y que al cruzarse con las tropas, las saludaron con vivas á España y al Ejército español.

Los soldados, que vestían traje de mecánica con el correaje puesto



Paso de las tropas por la Plaza de las Cortes

y la manta arrollada, y sin armas, formaron en el muelle á cuatro en fondo con el fin de facilitar el recuento de las fuerzas antes de embarcarse.

Hecho el recuento, y á la media hora próximamente de haber llegado, comenzó el embarque del batallón, utilizándose para el transporte al vapor Alfonso XIII que les debía conducir á Cuba, los vapores golondrinas.

La operación llevóse á cabo con el mayor orden y sin incidencia alguna, habiendo empleado en ella una media hora.

Al llegar á bordo del trasatlántico las fuerzas expedicionarias, se sirvió á los soldados y clases un desayuno consistente en galleta y café, y se les distribuyeron por un empleado de la Mayordomía del Ayuntamiento de la ciudad condal, una cantidad en metálico y cigarros.

***

Embarcado ya el batallón peninsular número 5 en el Alfonso XIII, llegó al muelle, serían las ocho y media de la propia mañana, el batallón peninsular número 4 que se hallaba alojado en los cuarteles de Jaime I. Al frente de este batallón iba la música del regimiento de infantería de Luchana.

A los soldados y clases que formaban el 4.º batallón, se les había repartido en el patio del cuartel, después del toque de diana, el dinero y tabacos con que el Municipio barcelonés había acordado agasajarles.

Serían próximamente las nueve y media cuando terminó el embarque de las tropas y quedaron transportadas y acomodadas á bordo del trasatlántico todas las fuerzas expedicionarias correspondientes al cuarto y quinto cuerpos de ejército de la Península.

Durante el embarque, las músicas de los regimientos de Asia y

Luchana y las charangas de cazadores de Barcelona y Mérida y la banda municipal, situadas en el muelle frente al embarcadero, acompañaron con las harmónicas notas y melódicos sones de sus instrumentos, las lágrimas y suspiros, los abrazos y apretones de manos, ¡de las afligidas madres y contristados padres y de los conmovidos parientes y emocionados amigos, que acudieron á dar el adios de despedida á los expedicionarios.

La concurrencia, que al embarcar el primer batallón había sido escasa, fué aumentando á medida que el astro del día ascendía en su carrera diurna, llegando á ser considerable en el momento de partir el buque.

Sobre la cubierta del Alfonso XIII, la animación iba también en *crescendo*, viéndose á varios soldados *armarse* de la indispensable guitarra, amiga fiel é inseparable del soldado español, y lanzar al aire sus acordes mezclados con vivas á España y á la integridad de la patria, á fin de disimular ó impedir la salida de los sofocados suspiros que de sus pechos se escapaban, al pensar en la aflicción y el desconsuelo en que habían quedado sus amantísimos padres y deudos, que desde el muelle ó desde alguna lancha les daban con los ojos preñados de lágrimas el adios de despedida... ¡el último quizás!

A las doce próximamente levó anclas el Alfonso XIII, y escoltado por algunos vaporcitos y gran número de lanchas, botes y barquillos, salió fuera de puerto contestando con el ronco son de su sirena á los saludos y vivas con que le despedían los que le escoltaban.

De pié sobre la cubierta, encaramados en las escalas ó de pecho en las bordas del vapor, los soldados agitaban sus gorras y pañuelos y atronaban los aires con vivas á España, que eran contestados por los que les seguían con vivas al Ejército español.

***

Hasta que en las lejanías del horizonte perdióse la silueta del vapor, permanecieron en el puerto las familias de los expedicionarios, enviándoles con el pensamiento y el alma asomada á los ojos el último adios de despedida.

Componían los dos batallones un número total de 1,482 plazas, correspondientes 896 al 4.° batallón y 586 al 5.°

Iban además á bordo del trasatlántico algunos pasajeros que unidos á la dotación del buque formaban un total general de 1,700 personas.

La operación del embarque fué presenciada desde el muelle por el capitán general señor Weyler y los generales D. Joaquin Ahumada, duque de Ahumada, Mackena, Castellví, Rivera, Corral y Buega, el auditor don Mariano Gimenez, el comandante de marina señor Warleta y gran número de jefes y oficiales de los cuerpos de esta guarnición que se hallaban francos de servicio, y las autoridades civiles y eclesiásticas de la capital.

Terminado el embarque, pasaron á bordo del Alfonso XIII á despedir á los expedicionarios, el general Weyler con su ayudante señor Pintos, el Gobernador civil señor Larroca y secretario señor Aspiazu, el Obispo de la diócesis doctor Catalá, acompañado del Deán doctor Casas, el Presidente de la Diputación señor Comas y Masferrer, el Alcalde señor Collaso y varios tenientes de alcalde, el general Castellví, el auditor de guerra y el comandante de Marina.

El obispo dirigió la palabra á los expedicionarios infundiendo á todos ánimo para luchar por la causa sagrada de la patria, hablando después familiarmente con los soldados, y haciéndoles preguntas acerca de su país y sus familias.

***

Varios fueron los episodios que se desarrollaron en el muelle durante el embarque de las tropas, desgarradores unos, conmovedores todos.

Desde la salida del cuartel de Jaime I del batallón 4.°, un numeroso grupo de gente, en su mayoría mujeres, le escoltó y siguió en su carrera hasta el muelle.

Al hacer alto el batallón frente al embarcadero, vióse á una de aquellas mujeres, pobremente vestida y anciana ya, forcejear para abrirse paso entre la muchedumbre y suplicar con balbuciente voz y lágrimas en los ojos le permitieran llegar hasta las filas para abrazar á su querido hijo.

La multitud cediendo á los ruegos y acento suplicante de la infeliz madre, se contraía para abrirle paso y procuraba ayudarla en su difícil empresa; pero era tal la turbación de la pobre mujer, que al atravesar en alas de su maternal deseo un pequeño espacio ó círculo que la muchedumbre contenida por los guardias había dejado libre, en poco estuvo de ser aplastada por uno de los carros del regimiento.

El jefe de vigilancia advirtió á la desventurada el peligro que corría en su empeño, á cuya advertencia contestóle ésta:

—Qué mayor desgracia puede ocurrirme ya después de llevárseme á mi hijo?...

. . . . . .

Entre los expedicionarios figuraba un soldado, que iba á Cuba en sustitución de un amigo suyo, seminarista.

Como quiera que al hacer el primero su generoso ofrecimiento hubiera transcurrido ya el plazo legal para la admisión de sustitutos, fueron ambos á visitar al señor obispo para exponerle sus deseos.

El digno prelado aplaudiendo el acto de abnegación y sincera amistad, no muy común en estos egoistas tiempos que corremos, les dió una carta de recomendación para el general Weyler, merced á cuya influencia arreglóse el asunto á gusto y satisfacción de los dos amigos.

Cuando el doctor Catalá recorría el vapor Alfonso XIII despidiendo á los expedicionarios, acercósele un soldado á besarle el anillo pastoral, y reconociendo en él al sustituto del seminarista, le bendijo y felicitó por su generosa acción.

No menos digna de encomio y alabanza fué la acción llevada á cabo, en aras también de la amistad y del cariño, por otro soldado llamado Marcelino Iso. Este noble y generoso amigo iba á Cuba en sustitución de un compañero suyo de armas, natural de esta ciudad, cuya madre y hermana hallábanse enfermas en el Hospital de Santa Cruz.

Compadeciéndose Marcelino de la tristísima situación en que quedaría la angustiada familia de su amigo, se alistó en sustitución de su compañero, á quien habíale sido fatal la suerte, sin advertirle ni decirle nada respecto á sus propósitos hasta después de haberlos realizado.

. . . . . .

Los soldados expedicionarios del 4.° batallón peninsular llevaban en su mayoría colgado del cuello escapularios y medallas de la Vírgen del Pilar, regalados por sus novias ó puestos como amuleto por mano de sus padres y hermanos.

—¿Es el retrato de tu novia lo que pende de ese cordón que llevas al cuello?—preguntaron á uno.

—No: es el retrato de mi madre—contestó el soldado á cuyos ojos asomó una lágrima que se esforzó en contener para que no resbalara por su megilla y pudiese ser interpretada como signo de pusilanimidad de ánimo.

Otros muchos y á cual más conmovedores episodios, por nosotros presenciados, podríamos narrar á nuestros lectores, pero el temor de pecar de prolijos y distraer demasiado su atención, fatigándole, del asunto principal, contiene nuestra pluma y nos obliga á reanudar nuestro interrumpido relato histórico de la campaña, haciendo punto final á éste capítulo para continuarlo en el siguiente.

CAPÍTULO VI

Opiniones del general Martínez Campos.—Su regreso á Madrid.—Entrevista y conferencia con el Ministro de Ultramar.—Cruzada contra el general Calleja.—Interpelación en las Cámaras.—Declaraciones del señor Campos en el Senado.—Romero Robledo en el Congreso.—Reformas antillanas.—Fórmula de concordia.—Su debate y aprobación en la Cámara de diputados.

DESCONTENTA la opinión pública de la marcha de la guerra y de la política seguida en la isla por el general Calleja, iniciada por la prensa la idea de su relevo por otro general de mayor prestigio y talla, é indicado por la mayoría de los periódicos, eco imparcial y reflejo fiel de la opinión del país, para sustituir al entonces Gobernador general de la Gran Antilla, el Capitán general don Arsenio Martínez Campos, quiso el Gobierno conocer antes la opinión del ilustre caudillo de la pasada guerra, acerca del movimiento insurreccional.

Ausente de Madrid el general Campos al estallar la insurrección separatista en Cuba, á su llegada á París de vuelta de Viena á donde había ido á representar á la Regente en los funerales del archiduque Ernesto, hizo las siguientes declaraciones acerca de los sucesos de Cuba:

«—Lo que ocurre—dijo el general—ha sucedido ya tres veces después de la terminación de la guerra de los diez años y de la pacificación de la isla.

»El bandolerismo se ha mantenido en Cuba merced á las condiciones topográficas de aquel suelo, por la escasa densidad de la población y las facilidades que allí hay para vivir á la intemperie. Todo esto contribuye á favorecer esos chispazos separatistas que de cuando en cuando nos sorprenden y alarman, pero que distan mucho de ser producto de una verdadera explosión insurreccional.

GONZALO DE QUESADA

»Creo sinceramente que con el envío de fuerzas provistas de los elementos necesarios para ahogar en gérmen la rebelión, podemos tranquilizarnos, pues si no me equivoco, el solo anuncio de la salida de tropas de la Península habrá de contribuir por manera poderosa á enfriar el entusiasmo de los rebeldes, á quienes necesariamente habrá de faltarles el apoyo de las poblaciones de la isla, nada dispuestas á renovar descabelladas aventuras.»

Como se vé, no anduvo muy acertado, por desgracia, en sus opiniones optimistas, el ilustre pacificador de la pasada guerra.

***

El día 5 de Marzo llegaba el general á Madrid en el sudexpreso, de

regreso de su embajada extraordinaria á la capital del imperio austriaco. Esperaban en el andén de la estación al ilustre viajero, los Ministros de la Guerra, Ultramar y Estado, varios oficiales generales y muchos parientes y amigos del embajador.

Cruzáronse entre el general y sus amigos los saludos y abrazos de rúbrica y cambiaron uno y otros las últimas impresiones sobre la guerra, y como no era aquel sitio el más á propósito para enterar minuciosamente al recién llegado de los sucesos de Cuba, convino éste en visitar luego al Ministro de la Guerra.

Cuantas preguntas se le hicieron, después de su entrevista con el general López Domínguez, acerca de los asuntos antillanos, fueron contestadas por el interpelado con gran reserva, limitándose á decir «que lamentaba lo que sucedía en Cuba á pesar de que no le concedía gran importancia, absteniéndose de formar juicios más concretos hasta que hablase con los demás Ministros y se enterase minuciosamente de lo que ocurría.»

Al siguiente día, y después de haberse enterado de cuantas noticias habíanse recibido y publicado acerca del movimiento insurreccional separatista, visitó el general Campos al Ministro de Ultramar con quien estuvo conferenciando durante dos horas en el despacho.

Sobre la mesa central del gabinete del señor Abarzuza fueron extendidos los mapas y planos del territorio de la isla ocupado por los insurrectos, y el general, conocedor de aquel país, procuró demostrar sobre el mapa la importancia relativa de la rebelión, los centros filibusteros y los puntos más convenientes y estratégicos que pudieran ocupar nuestras fuerzas para dominar el movimiento.

El general no se mostró ya tan optimista como en sus primeras declaraciones, según supusieron algunos después de terminar la conferencia.

*
* *

La ola de las censuras y del descontento general contra la primera autoridad de la isla, á consecuencia de las noticias pesimistas que acerca de la marcha de la insurrección comunicaban á la Península telegramas particulares de la Gran Antilla, aumentó y extendiéndose de tal manera y con tal fuerza, que llegó hasta el Parlamento.

La minoría conservadora del Congreso, alarmada por las graves noticias de orígen particular que se recibían de Cuba, indicó sus propósitos de pedir al Gobierno el relevo del general Calleja y el nombramiento de una autoridad superior de la isla que ofreciera mayores garantías de carácter y aptitud para dirigir bien la campaña.

GENERAL LOPEZ DOMINGUEZ

Con este motivo los Ministros se hicieron eco en el Consejo de las noticias que circularon y ocupáronse del nombramiento del general Martínez Campos para el mando superior de la isla.

Los señores Sagasta y López Domínguez explicaron la actitud del ilustre general.

No se oponía éste á que se hiciera el nombramiento á su favor cuando llegara un instante supremo, pero todavía le parecía prematuro y no lo aceptaría con gusto.

Ante la actitud del general, el Gabinete desistió del nombramiento.

El Ministro de Ultramar, señor Maura, defendió la continuación del general Calleja en el mando de Cuba, y se convino en que el Gobierno, al contestar á las preguntas de los diputados ó á la interpelación que planteara el partido conservador en las Cámaras, declarara que razones de patriotismo impedían pensar en la sustitución del Capitán general de Cuba.

***

En el debate antillano promovido en la sesión del día 8 de Marzo, en el Senado, el general Martínez Campos, después de la calurosa defensa que de la conducta y política del Gobernador general de la isla hizo el Presidente del Consejo, pronunció un elocuente y patriótico discurso en el cual declaró lo siguiente:

«—Yo empiezo—dijo el general—por felicitar al señor Presidente del Consejo de Ministros por la justa defensa que ha hecho del digno Gobernador general de Cuba, porque lo primero que hace falta es robustecer el principio de autoridad para que sus prestigios nó se parezcan al sol naciente y al sol poniente, cuyos resplandores desaparecen cada veinticuatro horas.»

Manifestó que esta insurrección tenía importancia por los muchos hombres que se podían perder y el mucho dinero que se iba á gastar, porque dadas las condiciones topográficas de aquel país, aunque se activase la persecución de las partidas y á éstas se las atacara y disolviera, bastaría que quedase algún gérmen para que fuera preciso mantener fuerzas considerables para sostener la tranquilidad en aquellas provincias donde los enemigos de la patria encontraban en los bosques abrigo, alimento y defensa para resistir.

«Es buen síntoma, añadió el orador, que nuestras tropas hayan tenido ya muchos encuentros con los rebeldes y conseguido sobre ellos varias victorias, sembrando el desaliento en el enemigo; esto demuestra que el peligro ha pasado y que hay que abrir los ojos á la esperanza.»

Hizo un cumplido elogio de las cualidades militares que adornaban al general Calleja y á los cuatro generales que á sus órdenes mandaban los principales departamentos de la isla, diciendo que debía tenerse en ellos confianza.

Tributó aplausos á la conducta del Gobierno, que en brevísimo tiempo había organizado con asombrosa actividad siete batallones, que estaban ya dispuestos y próximos á embarcar para Cuba, lo cual era una hermosa y consoladora prueba del poderío de España á la que sus enemigos creían sin fuerzas ni recursos para defenderse.

No comprendía como la Administración de justicia que condenaba á muerte á la mujer adúltera que induce al asesinato á su amante, no dictaba igual pena para los autores de las hojas periódicas que inducían á la guerra contra la patria.

Contestó al general el presidente del Consejo de Ministros diciendo que las palabras del señor Martínez Campos llevarían la tranquilidad á todos los ánimos.

Y añadió el señor Sagasta: «Tiene razón el ilustre general. España ha demostrado en esta ocasión que para defender sus derechos y su territorio está dispuesta á gastar su última peseta y á dar la última gota de sangre de sus hijos, complaciéndome en decir que la prensa ha procedido con patriótica prudencia, dando con toda reserva las noticias que ha considerado graves.

Concluyó el jefe del Gobierno declarando que el general Calleja había cumplido con grande inteligencia, previsión y patriotismo sus altas funciones.

***

Cumpliendo la minoría conservadora del Congreso, el acuerdo de interpelar al Gobierno acerca de la marcha de la insurrección cubana, y sobre la conducta y política seguida por el Gobernador general de la isla, encargóse de la interpelación el lugarteniente del partido conservador, señor Romero Robledo, el cual inició el debate en la sesión del 11 del propio mes de Marzo y terminó en la del 13, que tuvo que prorrogarse hasta las ocho de la noche.

ESTRADA PALMA

El fogoso y elocuente orador que en las sesiones del 11 y 12 se había sólo ocupado en ensayar la obra, aduciendo datos sobre la situación y estado moral de la isla y causas generadoras de la insurrección, dió en su discurso del día 13 mayor amplitud á la idea, mejor forma á los párrafos, más calor á las palabras, y más intención á los conceptos.

Al hablar de la política en Cuba, recordó lo mal que se ha recompensado siempre el espíritu en la isla y censuró la conducta del general Calleja, á su juicio, divisor de los partidos, genio de discordia, amparo de facciosos y sostenedor de injusticias.

Al hacer la crítica de la insurrección, recordó las primeras noticias del Gobernador general de la isla hablando de bandolerismo; la reunión del Consejo de Ministros y el acuerdo de suspender las garantías constitucionales en la Gran Antilla; y luego las noticias posteriores, todas contradictorias, acusando tan pronto una sublevación sin importancia, como una revolución de gravedad, como un complot que aborta, como un motín que crece, terminando uno de los párrafos de su aplaudido discurso con la siguiente pregunta:

—«¿Vive ó ha muerto el general Lachambre?»

A esta pregunta contestó el Ministro de la Guerra con esta frase de laconismo espartano:

—«¡Vive!»

En el estudio de la insurrección acusó al general Calleja de ser el responsable de lo que sucedía, porque conociendo que se conspiraba y presenciando cómo en el mes de Febrero se alzaba en el Camagüey una partida, licenciaba á los soldados cumplidos, sin hacer caso de lo que ocurría.

Con verdadero ahinco habló para demostrar que debía relevarse al Gobernador general de Cuba.

«El general Calleja—dijo—¿qué es lo que hace? Ve una insurrección y no trabaja por sofocarla, ni se mueve de la Habana; ¡como si su deber no estuviera allí donde están la lucha y el peligro!

Al demandar el relevo de la primera autoridad de Cuba, argumentó así:

«No puede decirse nada, ni citarse precedentes en contra de lo que solicito. En otro tiempo hemos visto ir á Cuba al general Martínez Campos, no obstante estar en la Habana al frente del gobierno de la isla, el general Jovellar. En Melilla hemos visto destituirse en plena guerra al general Margallo. ¿A qué se mira, pues, el prestigio que puede quebrantarse si se destituye á Calleja, cuando no se pensó de esta

manera en el caso del glorioso Margallo? Todos podrían hacer esto menos el señor Ministro de la guerra.

***

El señor Romero Robledo terminó su discurso con un hermoso párrafo, en el que dijo, que sino se escogía una política sábia, un general idoneo, medios apropiados, disposiciones oportunas y ejecuciones rápidas, la guerra en Cuba había de ser de mucha duración.

«Piense el Gobierno—concluyó diciendo—en que por sostener en Cuba al general Calleja no pueden perderse tiempo, hombres y dinero. Piense el Gobierno que no en valde van á la manigua nuestras fuerzas más útiles y que no en valde se sacrifica al país. Piense el Gobierno en que esto es para él cuestión de vida ó muerte, y que si obra bien se afianzará la situación y si procede mal caerá, no solo con descrédito, sino con una responsabilidad enorme.

El Ministro de Ultramar, señor Abarzuza, fué el encargado de contestar al discurso de censuras pronunciado por el señor Romero Robledo.

Fué su oración una defensa de la política y de los actos del gobernador general de Cuba.

A los ataques y censuras personales dirigidos por el *leader* de la minoría conservadora contra la conducta de la primera autoridad de la isla, contestó con las siguientes palabras:

—«El general Calleja no ha salido de la Habana, y hace bien, porque piensa que la primera autoridad de aquella isla debe mandar á otro general á las operaciones y no desempeñar ella un papel subalterno.»

Toda la Cámara protestó de estas frases. El Ministro se defendió como pudo y continuó y acabó el discurso en igual tono.

El Ministro de la Guerra, señor López Domínguez, corrigió y aumentó en un breve dircurso la defensa que del general Calleja hizo su compañero de Ultramar.

A la interrupción que al final de la sesión hizo á su discurso el señor Romero Robledo, diciendo:—«El general Calleja es el único culpable de la guerra», contestó el Ministro con esta pregunta:

—«¿Cree S. S. que si eso fuera cierto, tendría el Gobierno más em-

Salida de las tropas del cuartel de Jaime I

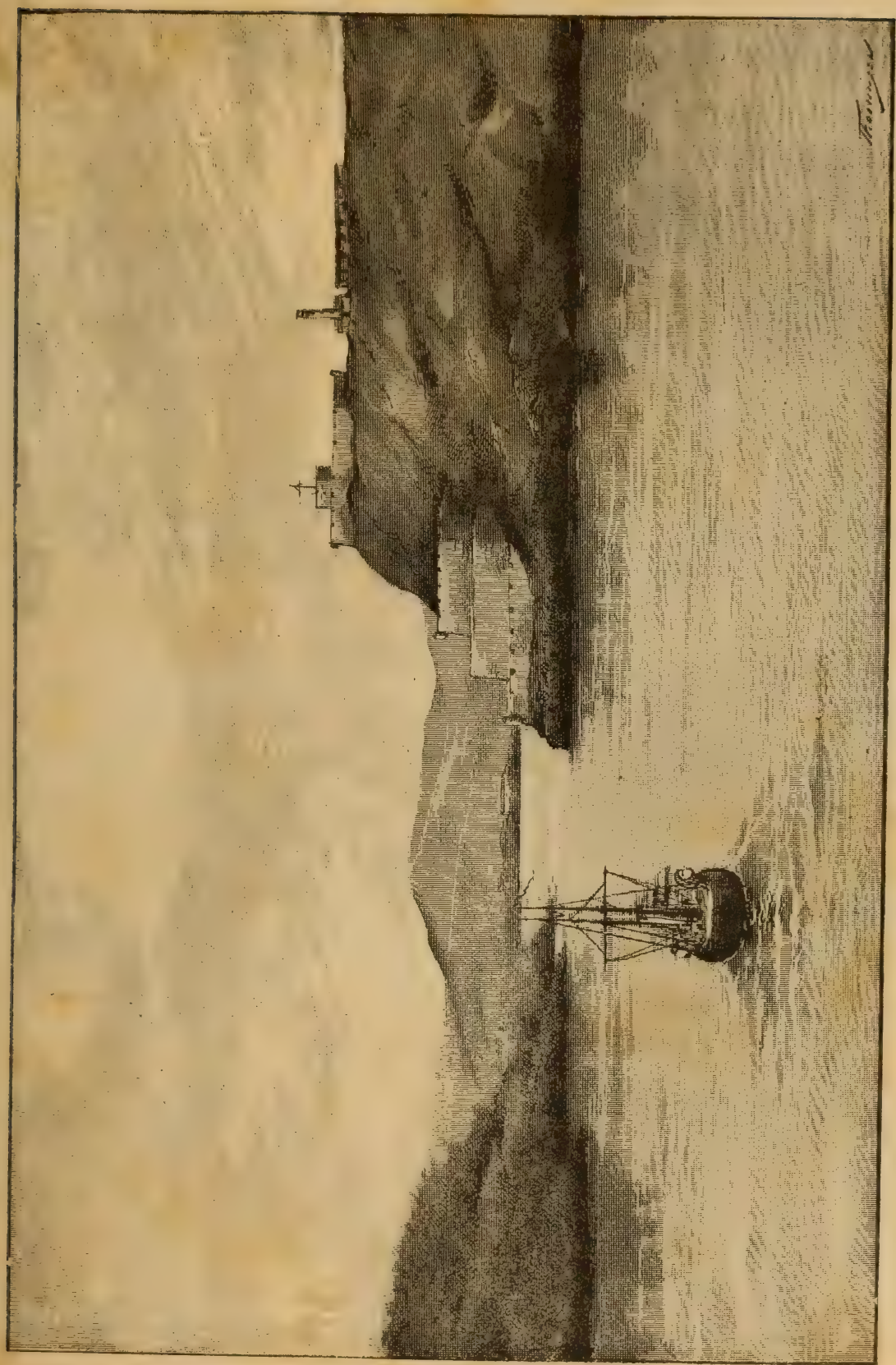
peño en sostener al general Calleja, que en ahorrar sangre, dinero, y todos los desastres de una guerra?»

Y el señor Romero, que aludiendo á los gamacistas había dicho que el Gobierno no quería indisponerse con los protectores de Calleja, replicó:

—«Lo creo, lo creo.»

Y añadieron el señor Bores y otros varios diputados:

—«Y son muchos los que con el señor Romero lo creen tambien.»



ENTRADA DEL PUERTO DE SANTIAGO DE CUBA

Así terminó, por entonces, la cruzada levantada por la prensa y minoría conservadora del parlamento contra el general Calleja.

***

Creemos oportuno antes de abandonar el templo de la ley, y aunque hayamos de retrotraer para ello á nuestros lectores á una fecha anterior á la del comienzo de nuestra *Reseña*, darles á conocer la fórmula de concordia presentada á las Cortes por el señor Abarzuza para la aprobación de las reformas antillanas propuestas y proyectadas por su antecesor en el Ministerio de Ultramar, D. Antonio Maura, en cuyo proyecto han querido ver muchos el génesis de la actual insurrección separatista en la Gran Antilla.

El día 17 de Enero, y después de varias conferencias de los señores Abarzuza, Romero Robledo y Amblard, de las cuales se dió cuenta al señor Sagasta, se hizo pública la *famosa* fórmula de concordia de las reformas antillanas, cuyo resúmen es el siguiente:

«Se conserva en la isla de Cuba la actual organización provincial, manteniendo estas corporaciones atribuciones idénticas á las que tienen hoy.

Ellas, pues, formarán sus presupuestos.

Se organiza un Consejo de Administración con vocales, mitad electivos, que se renovarán cada cuatro años, y mitad de nombramiento de la Corona.

La renovación de estos queda al arbitrio del Gobierno.

El Consejo estará presidido por el Capitán general de la isla, al cual se reservan todas las atribuciones que concedía el proyecto del señor Maura.

No formarán parte del Consejo los vocales natos, pero estos formarán Junta de autoridades, que funcionará independientemente de aquel.

El Consejo formará el presupuesto general de la isla, que habrá de venir á exámen del Gobierno y aprobación de las Cortes.

A los Ayuntamientos se les reconoce el derecho de alzarse ante el Consejo de los acuerdos de las Diputaciones respectivas, fijándose en esto condiciones para una amplia descentralización administrativa.

En la parte electoral se desentiende la fórmula de la ampliación del censo, limitándose á unificar el procedimiento conforme al que se observa en la península para las elecciones provinciales.»

Estos fueron los puntos más culminantes de la fórmula que el señor Abarzuza presentó y sometió luego á la aprobación de las Cortes.

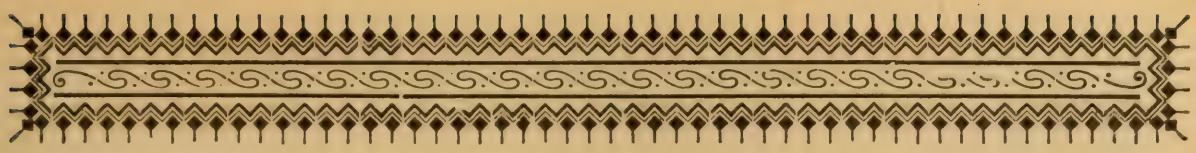
***

Discutida y ampliamente debatida por los representantes en Cortes de todos los partidos peninsulares é isleños, la *famosa* fórmula de conciliación, en el Congreso, quedaron aprobadas las reformas antillanas en la sesión del día 13 de Febrero, después de un elocuentísimo discurso, que á guisa de resúmen pronunció el señor Maura, en el cual hizo las siguientes declaraciones.

«Las frases que aquí se han pronunciado—dijo el autor del primer proyecto de reformas para Cuba—yo las he acogido como reparación justa á los ataques inmotivados que se nos dirigieron cuando presenté mis reformas.

Yo las presenté con el propósito de impedir la división del partido constitucional. El reformista nació contra mi voluntad y contra mi influencia.»

Terminó su discurso, el ex-ministro de Ultramar, con un elocuente período, felicitándose de la intervención del señor Cánovas en aquella obra de transacción y concordia y recordando que en Cuba no solo había que conservar el territorio, sino la voluntad y el corazón de los cubanos.



CAPÍTULO VII

Noticias satisfactorias.—Batida y dispersión de las partidas mandadas por los cabecillas Rabí y Lora.—Ataque á Jarallanos.—Rumores de paz.—Regocijo y contento.—Esperanzas frustradas.—Renace la intranquilidad.—Encuentro de la columna del coronel Santocildes con varias partidas reunidas de rebeldes cerca de Bayamo.—Expedición filibustera en el vapor *Atlas*.—Drama sangriento en el mar.—El crucero *Conde de Venadito*.

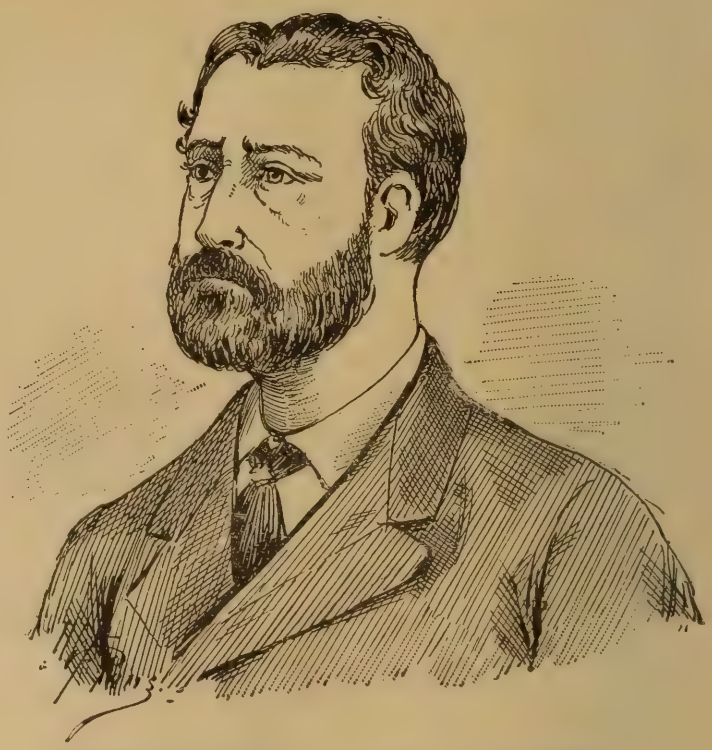
Vino á calmar un tanto el descontento general que reinaba en la Península contra el general Calleja, el telegrama que el Gobierno comunicó á la prensa el día 10, recibido el 9 y transmitido por el cable el 8, en el que el Capitán general de la isla participaba haber sido batidas y dispersadas en la mañana del 7, las partidas que capitaneaban los cabecillas Rabí y Lora los cuales después de batida en Negros la partida sublevada en Baire por las fuerzas que comandaba el general Garrich, habían tomado posiciones próximas de las que fueron desalojados causándoles numerosas pérdidas á pesar de las ventajosas posiciones que ocupaban.

Comunicaba también el general Calleja en su telegrama, que la columna formada por el regimiento de Cuba había atacado á Jarallanos, ocupado por los rebeldes, desalojándolos del poblado y haciéndoles un muerto, siete heridos y contuso el médico.

Y añadía en el parte, que la desmoralización y presentación de rebeldes aumentaba; que en Holguín habíanse presentado los hermanos Sartorius y Velazquez, y en las Villas seguían presentándose los principales ó más significados sublevados, quedando únicamente la partida de Matagás, que estaba reducida á bandidos y era activamente perseguida por nuestras tropas.

Y terminaba el Gobernador general de Cuba consignando en su telegrama, que cinco provincias de la isla estaban tranquilas.

Estas satisfactorias noticias llevaron la calma y la tranquilidad á los inquietos y agitados ánimos de los españoles y acallaron las censuras contra la primera autoridad de la isla, produciendo en la opinión pública una favorable reacción y llevando á los contristados espíritus un lumínico rayo de lisonjera esperanza que les hizo columbrar la halagüeña idea, por todos acariciada hasta en sueños, de la pronta pacificación de la Gran Antilla, y del aborto de la malhadada sublevación separatista en Cuba.



DON FRANCISCO ROMERO ROBLEDO

***

Aumentó esa confianza, afirmando el cambio operado en la opinión

pública, el siguiente telegrama publicado por *El Imparcial*, diario de Madrid, en su edición de la noche del 11 de Marzo.

Decía así el telegrama del popular diario comunicado por su activo y bien informado corresponsal en la capital de la isla:

«Habana, 11, (7'30 noche).—Han circulado hoy rumores que causaron grata impresión en la opinión pública.

Para conferenciar con el Gobernador general de la isla, general Calleja, han llegado hoy á esta población los señores Ramírez, Colás, Villalvilla, Camino, Agüero, Céspedes, Comas y Alva, jefes de la pasada guerra separatista.

Se han presentado á la primera autoridad de la isla en concepto de comisionados para gestionar un acuerdo pacífico entre los rebeldes y el Gobierno.

Todos ellos han ido á la provincia de Santiago de Cuba exclusivamente para tratar con los insurrectos y procurar que éstos depongan las armas y eviten inútiles derramamientos de sangre.

Se confía en llegar á una solución pacífica y en que las partidas separatistas depongan en breve las armas.»

Era tan satisfactoria la noticia de que daba cuenta el corresponsal del ilustrado diario en su telegrama, entrañaba tan halagüeña trascendencia para la Madre Patria, que por todos los españoles fué recibida con vivas muestras de regocijo y alegría y en todos los pechos anidóse la lisonjera esperanza de verla pronto confirmada, y de que fuese en breve un hecho la solución pacífica que en el parte se anunciaba.

Las madres cesaron en su amargo lloro y enjugaron sus lágrimas, abriendo sus pechos á la esperanza de volver á abrazar á sus hijos, las que les vieran partir, ó de no separarse de ellos, las que esperaban les fueran en breve arrebatados para ir, como los otros, á luchar con la inclemencia del clima antillano y con las feroces hordas de bandidos y mambises que acecharían su paso ocultos en las fragosidades de la sierra

ó en la frondosidad de la manigua, para herirles cobardemente ó vilmente asesinarles.

***

Desgraciadamente pronto hubo de cesar el general regocijo y cubrirse de nuevo de luto el corazón y llenarse otra vez de lágrimas los ojos de las infelices madres, al ver frustrada la lisonjera esperanza que sus pechos abrigaran al anuncio de una solución pacífica en el conflicto antillano.

Según telegramas particulares recibidos de la Habana el día 12, los comisionados de los rebeldes habían conferenciado con el general Calleja, de quien solicitaron una ampliación del plazo de indulto que se les había concedido, y tropas que guardaran algunas fincas de las fechorías y del pillaje de los bandidos; solicitud que hubo de serles negada por el Gobernador general de la isla por ver en ella solamente el deseo de ganar tiempo, para esperar quizás refuerzos, y el maquiavélico plan de fraccionar las tropas para que así cesara la activa persecución de que eran objeto los sublevados.

Comunicaron también dichos telegramas que la noche anterior había sido sorprendido por la policía, en la Habana, un depósito de armas y cartuchos, algunos de los cuales llevaban la marca de la pirotecnia de aquella capital.

Estas desagradables noticias vinieron á ser tácitamente confirmadas por el telegrama que al siguiente día 13 comunicó el Gobierno á la prensa, en el cual el general Calleja daba parte al Ministro de la Guerra del encuentro que el día 11 había tenido el coronel Santocildes con su columna con varias partidas de rebeldes reunidas cerca de Bayamo, á las cuales causó 50 bajas, según tuvo ocasión de comprobar el general

Garrich que acudió en auxilio de Santocildes para continuar la persecución del enemigo con fuerzas montadas, en unión de la guarnición de Bayamo que había salido á apoyar al segundo, cuya columna tuvo seis heridos y algunos caballos muertos.

Con estas tristes noticias renació la inquietud y la intranquilidad en el ánimo de los españoles, que de nuevo se entregaron en brazos del pesimismo y tornaron á censurar la conducta y política del general Calleja, cuyo inmediato relevo—decían algunos—imponían las circunstancias, el buen nombre de España y la reputación y fama de que en el mundo gozaba nuestro valiente ejército.

DON ANTONIO MAURA

* * *

Los laborantes cubanos, residentes en Nueva York, no cesaban en sus trabajos de propaganda filibustera.

Con la promesa de que había de constituirse en la Gran Antilla un Gobierno republicano que diera la independencia á la isla, consiguieron reunir fuertes sumas para organizar y armar expediciones por mar, que llevasen refuerzos de hombres y armas á los sublevados.

Ayudados por elementos de los Estados Unidos que simpatizaban con la insurrección, cohorte de ambiciosos ó aventureros que á trueque de regar con sangre los campos de la perla de las Antillas y arruinar á sus pacíficos moradores, no tenían inconveniente en dar rienda suelta

á sus ambiciosas miras personales para ganar un puñado de dollars ó entregarse al bandidaje y al robo, lograron catequizar y convencer al capitán de un vapor, que ya no servía más que para remolcar, para que en él condujera á las costas de Cuba, una expedición filibustera.

Ocultándole el verdadero objeto de la expedición, con pretexto de que necesitaban de sus servicios para causas nobilísimas, diéronle instrucciones secretas y un pliego cerrado, con la prohibición de no abrirlo hasta que estuviese en alta mar, y la obligación de seguir al pié de la letra las órdenes que contenía.

Convinieron en entregarle por su viaje al punto que se le designaba en el pliego, la suma de seiscientos pesos, cuya mitad recibiría al zarpar el vapor y los otros trescientos durante la travesía.

Aceptada la proposición por el viejo marino, se dispuso desde luego á cumplir su compromiso mediante la percepción de la primera cantidad convenida; y aprovechando las tinieblas de una tenebrosa noche del mes de Marzo, zarpó del puerto de Nueva York el vapor *Atlas*, que así se denominaba el buque que él capitaneaba, después de haber embarcado los hombres que constituían la expedición filibustera y varias cajas que se le habían remesado.

***

Fuera ya de puerto la nave, y puesto rumbo á la Gran Antilla, el capitán dió las órdenes necesarias á la escasa tripulación que llevaba y retiróse á su camarote donde se entregó á reflexionar acerca de las contingencias de un viaje tan misterioso.

Dos de los marineros que formaban la tripulación del *Atlas*, habíanse enterado y visto, sin duda, la entrega del dinero al capitán momentos antes de levar anclas el buque.

Aquellos dos hombres, desde el instante en que pusieron sus piés sobre la cubierta de la embarcación, no se apartaron uno de otro ni un segundo y cuando el capitán húbose retirado á su camarote se les vió conversar entre sí en voz baja, con gran animación á la vez que con recelo, pues se cuidaban mucho de aislarse de sus compañeros, sin duda, para que no llegara á oídos de éstos ni una sola de sus palabras.

Durante su animada conversación, mejor dicho cuchicheo, observóse que sus ojos despedían, de vez en cuando, relámpagos de codicia que brillaban en la densa obscuridad de la noche como si fuesen luciérnagas.

Encerrado el capitán del *Atlas* en su camarote, una vez en alta mar, apresuróse á satisfacer la viva curiosidad que sentía, abriendo el pliego que se le entregara, á fin de enterarse de las instrucciones que contenía y saber á punto fijo el rumbo que tenía que dar al buque.

Grande fué su asombro y su sorpresa, al enterarse de que había de conducir á Baracoa á los desconocidos viajeros que llevaba á bordo y las cajas cuyo contenido ignoraba.

Ante órdenes tan imprevistas é instrucciones tan inesperadas, las más fantásticas ideas le asaltaron, y ora pensó en virar en redondo y volver al punto de salida, ya en proseguir el viaje, sin perjuicio de dar parte, á su regreso á Nueva York, de todo lo ocurrido.

*
* *

La noche era tan obscura como en extremo caliginosa.

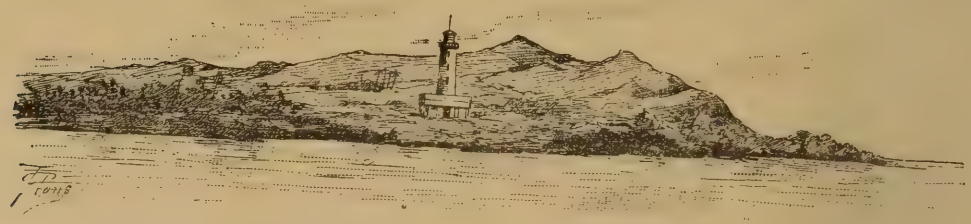
Ni el menor soplo de aire, ni la más lijera brisa oreaba el ambiente ni acariciaba la tranquila superficie de las aguas.

El capitán del *Atlas* presintió, como viejo marino, en aquella calma, los preludios y el anuncio de una próxima borrasca; pero como el arribo

á Baracoa estaba muy próximo no se preocupó por el viaje, ni temió las contingencias á que una tormenta podía exponer al buque.

Decidido ya á desembarcar la expedición en el punto que le designaba el pliego de instrucciones, abandonó el camarote y dió órdenes al timonel de poner rumbo á las costas de Cuba.

Sin contratiempo llegó al término de su viaje, y adoptando todo género de precauciones y después de recibir de manos de uno de los desconocidos viajeros los trescientos pesos que restaban, en pago del precio estipulado y en cumplimiento de lo convenido, desembarcaron aquéllos en un punto de la costa muy cercano á Baracoa.



CABO CRUZ (Santiago de Cuba)

Los misteriosos expedicionarios del *Atlas* no eran otros, según se dijo y supuso después, que los dos hermanos Maceo y varios de sus secuaces.

Aquella misma noche, el buque norteamericano emprendió el viaje de regreso al punto de partida, deseoso su capitán de dar conocimiento á las autoridades *yankees* del engaño de que había sido víctima por parte de los laborantes cubanos, armadores del *Atlas*.

De nuevo en alta mar la nave, se acercaron al viejo capitán los dos marineros á quienes nos hemos referido anteriormente, y con un interés digno del mayor encomio le rogaron que se retirase á descansar, toda vez que no eran necesarios sus cuidados, por el estado del mar y el tiempo bonancible que reinaba, para que el barco arribase felizmente á puerto.

Agradeciendo el viejo y bondadoso marino las manifestaciones de interés de sus servidores, y creyendo que sus palabras y deseos eran hijos tan sólo de la consideración que les mereciera su avanzada edad y su visible cansancio físico, decidióse cuando ya el sueño le rendía, á retirarse á su camarote, donde se echó sobre la litera con ánimo de entregarse algunas horas al descanso.

***

Así que los dos marineros vieron que el capitán habíase retirado á su camarote, pusiéronse ambos en acecho á la puerta de éste, esperando el momento, por ellos tan deseado, de que aquél se entregara en brazos de Morfeo.

Al poco rato, devorado por la impaciencia que sin duda le consumía, preguntó en voz baja el más viejo de los dos espías:

—¿Duerme ya?

—Me parece que sí—contestóle su compañero.

—Calma; no lo echemos á perder—objetó el preguntante.—Esperemos á que el sueño se apodere de él, en absoluto.

—Lo mejor es llamarle para probar si está bien dormido.

Y poniendo en práctica la idea manifestada á su compañero, el más joven de los marineros llamó á media voz:

—¡Capitán! ¡Capitán!

El más profundo silencio siguió al llamamiento.

—Pues, al avío;—murmuró el viejo al oído de su camarada—ha llegado el momento deseado.

Entónces vióse á aquellos dos bandidos armarse de afiladas facas, que por lo largas más parecían dagas, y penetrando con gran sigilo en el camarote, arrojarse ambos con salvaje furia sobre el cuerpo del capi-

tán, que yacía tendido é inerme en la litera, y acribillarlo á puñaladas.

El desventurado y dormido marino nó exhaló ni un quejido; ni un ¡ay! salió de sus lábios: tan certeros y mortales fueron los golpes asestados por sus asesinos.

Seguros ya, aquellos dos mónstruos, de que su infeliz víctima era cadáver, se apoderaron de los seiscientos pesos, único móvil de su abyecto crimen y fruto por ellos codiciado, desde que lo percibieran al emprender el viaje, y que el desgraciado capitán guardara en uno de los bolsillos interiores de su americana, y arrojando al agua por una de las ventanillas del camarote sus armas homicidas, abandonaron la fúnebre estancia y volvieron á ocupar impasibles y tranquilos sus puestos en el buque.

***

A causa, sin duda, de la ineptitud de los tripulantes del *Atlas* para manejar el gobernalle, ó efecto tal vez de haberse separado el buque de la derrota marcada en las cartas marinas, ó quizás por uno de esos caprichos de la suerte, que no se explican, al apuntar el día quedó varada la nave en la costa.

El comandante del crucero de nuestra escuadra *Conde de Venadito,* que por orden de nuestro Gobierno prestaba servicio de vigilancia en aquellas aguas, divisó el varado vapor y aproximándose á él practicó un minucioso registro.

Nuestros lectores podrán formarse idea de la horrible sorpresa y penosa impresión que á nuestros bravos marinos les causó el hallazgo del cadáver del desventurado capitán del *Atlas,* materialmente cosido á puñaladas y tendido en medio del lago de sangre en que estaba convertida la litera sobre la que el infeliz se echara á descansar, muy lejos

de poder sospechar que en ella se acostaba por última vez, para no despertar ya más.

Presos inmediatamente los dos marineros, autores del vil asesinato de su capitán y únicos tripulantes que fueron hallados en el buque, y recogido y transportado al crucero el rígido y ensangrentado cuerpo del viejo marino, fueron aquéllos interrogados minuciosamente por el comandante interino del crucero don Luís Ibarra y el capitán de fragata don Diego N. Mateos, el cual se incautó de los seiscientos pesos en onzas americanas hallados en poder de los detenidos y precio indudable de la expedición filibustera y único móvil del asesinato.

Aquellos dos miserables declararon, que Maceo y sus secuaces habían sido los autores de la muerte de su capitán por haberse negado á conducirles al lugar de la costa donde ellos le designaran para su desembarco; pero la versión más verosimil y probable del triste y sangriento suceso es, según los comprobados informes de nuestros corresponsales y los datos recogidos en Baracoa, que el desventurado capitán del *Atlas* fué bárbaramente asesinado por sus tripulantes, para apoderarse de la suma que había recibido de los expedicionarios como precio de su pasaje.

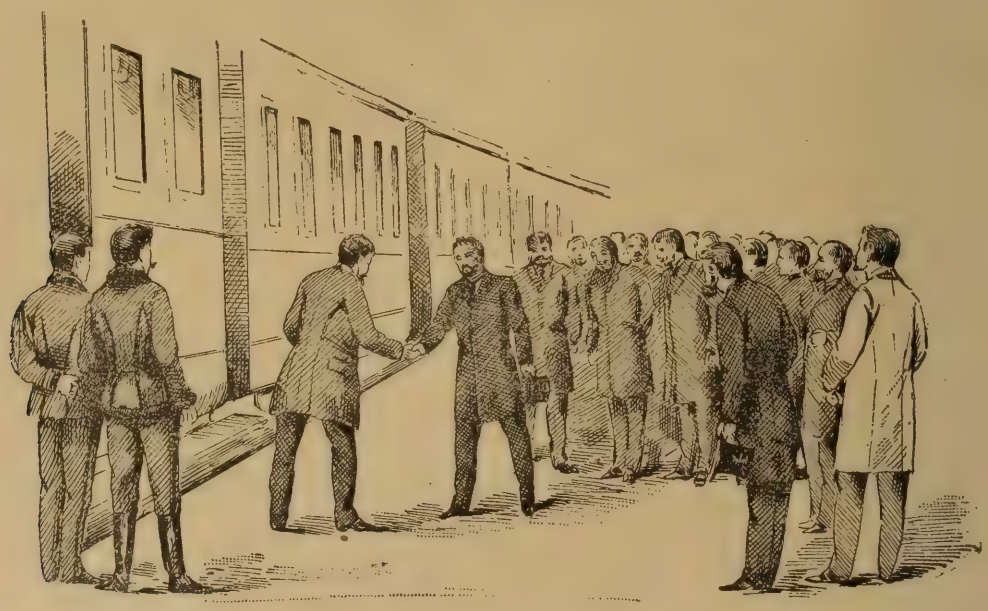
***

Conducidos los presuntos asesinos del capitán del *Atlas* á Santiago de Cuba, prestaron allí nueva declaración ante el tribunal militar, sin que de momento lograra el digno juez de la causa incoada en averiguación del misterioso suceso, arrancarles confesión alguna, pues ambos se ratificaron en sus anteriores manifestaciones, haciendo observar que de haber cometido ellos el asesinato se habrían apresurado á arro-

jar al agua el cadáver de la víctima, haciendo así desaparecer la prueba del crimen.

Sin embargo, en un segundo interrogatorio, las hábiles preguntas del juez lograron llevar la turbación al ánimo de aquellos dos miserables, que comenzaron á contradecirse, á acusarse luego, mútuamente, y por fin, á confesar su delito y el móvil que á su comisión les impulsara.

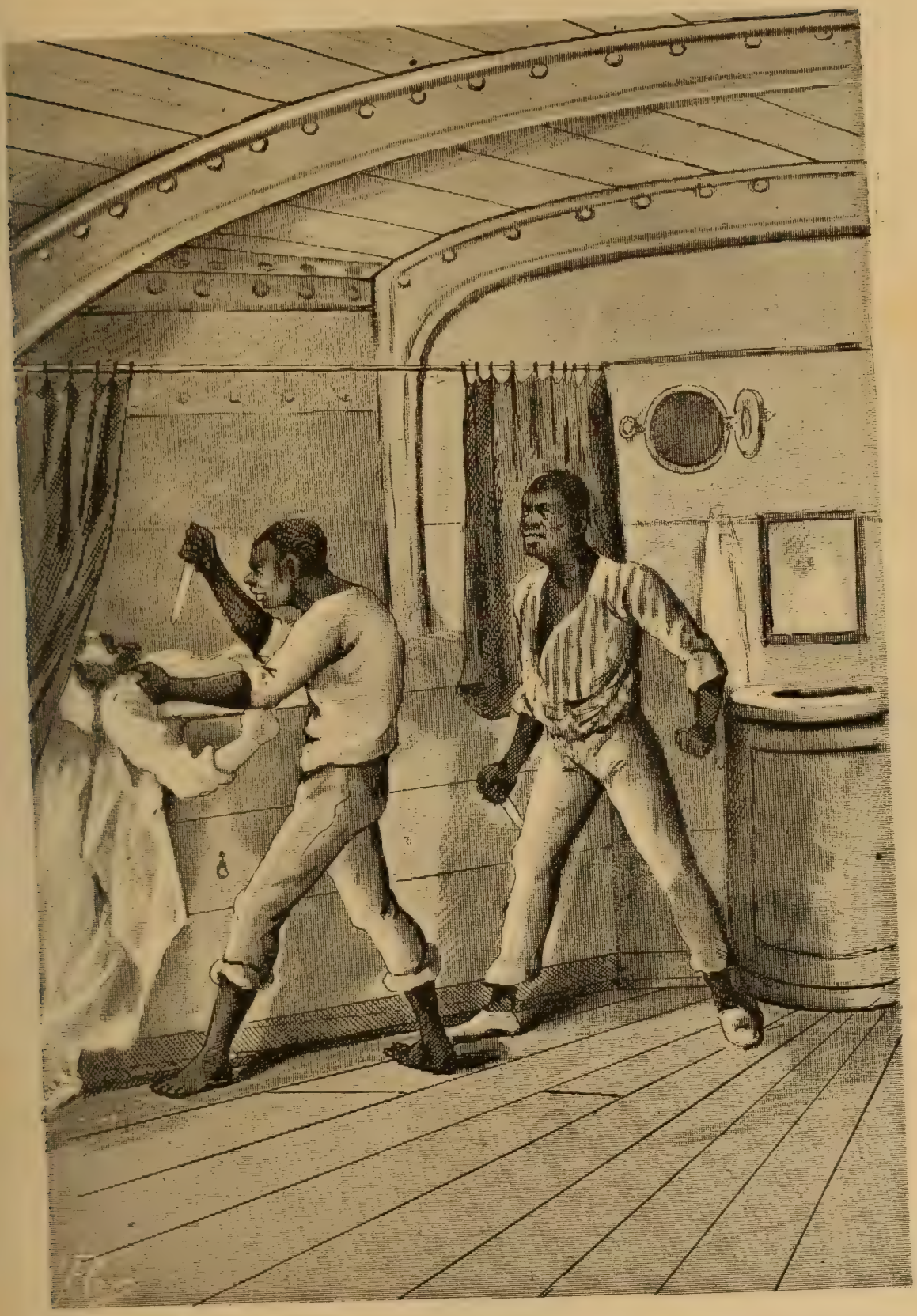
Según su propio relato, ejecutaron el crimen en la forma que dejamos descripta en uno de los párrafos anteriores.



Llegada del general Martinez Campos á la estación de Madrid

Del resultado del proceso nada hemos podido averiguar, como tampoco nada hemos vuelto á saber de los bárbaros asesinos del desventurado capitán del *Atlas,* cuya horrible muerte hubiera quedado impune, sin la oportuna y providencial intervención de nuestro crucero *Conde de Venadito*.

Suponemos que los dos miserables bandidos continuarán presos, esperando el fallo de la justicia de los hombres, para cumplir la condena que el tribunal juzgador les imponga en justa expiación á su horrible crimen.



...arrojarse con salvaje furia sobre el cuerpo del capitán... (pág. 109)

Algún tiempo después de su prisión, se dijo que uno de ellos había logrado fugarse de la carcel y se había refugiado en la manigua; pero la noticia no tuvo ni ha tenido hasta hoy confirmación, si bien tampoco se ha hablado más del proceso, ni se ha sabido el resultado que haya tenido el Consejo que se celebrara para juzgar á los asesinos del desventurado capitán del vapor norte-americano *Atlas*.

CAPÍTULO VIII

Nuevos rumores de paz.—Noticias tranquilizadoras.—Opiniones contrarias sobre la próxima campaña.—Conferencia del general Calleja con varios representantes del partido autonomista cubano.—Emisario á Manzanillo.—Nuevas partidas.—El vapor *Alliance* y el crucero *Conde de Venadito.*—Cuestión internacional.—Interpelación en el Congreso.—Solución al conflicto.—Combate y victoria en el Cobre.—El cabecilla doctor Bethancourt desterrado á la Península.

Las satisfactorias noticias comunicadas por el Gobernador general de la isla, dando cuenta de las victorias alcanzadas por nuestras tropas en los diferentes encuentros habidos con los rebeldes en la provincia de Santiago de Cuba, siguió un breve período de relativa tranquilidad en la Península respecto á la marcha de la insurrección y al resultado de los trabajos emprendidos sin resultado, pero reanudados con alguna esperanza, por personas influyentes en la isla y de alguna significación y fuerza moral entre los separatistas, para la pronta pacificación de la Gran Antilla y terminación de la malhadada guerra.

El corresponsal especial en la Habana del popular diario de Madrid, *El Liberal,* comunicó á este periódico por telegrama fechado en la capital de la mayor de las Antillas el día 12, que continuaban las

presentaciones de rebeldes y que en un reciente encuentro con la columna que comandaba el bizarro comandante Ferrer, había sido muerto uno de los bandidos que quedaba al frente de la partida de Manuel García.

Comunicaba también en su telegrama el corresponsal de dicho diario, que ciento cuarenta insurrectos, acampados en los altos de Guzmán, habían sido sorprendidos por el teniente coronel Bosch al frente de su columna, ocupándoles el campamento y muchas armas, causándoles tres heridos y haciéndoles diez prisioneros.

La columna fué después en persecución de los fugitivos, y por los rastros que estos dejaban se comprendía que el número de heridos había sido mayor.

Así mismo participaba el referido corresponsal, que la Comisión de personas influyentes del departamento Oriental que había ido á la Habana para visitar al general Calleja, en solicitud de que tratara benignamente á los insurrectos que se acogieran á indulto, como medio seguro para la pacificación de dicho departamento, único temible, á la sazón, por ser el único donde la insurrección estaba armada, había celebrado una larga entrevista con el Gobernador general, quien se había manifestado conforme con tal solicitud.

De la actitud y oferta del general Calleja, se prometieron los conferenciantes resultados muy inmediatos para el logro de sus deseos y patrióticos fines.

Terminaba su información el comunicante, participando haberse descubierto en aquella capital un importante depósito de armas y municiones, aunque ignorándose quienes fuesen los inquilinos de la casa donde el contrabando de guerra había sido encontrado.

***

Motivo de discusión en círculos y tertulias, y de apreciaciones diversas y contrarias entre los dos bandos optimista y pesimista que se formaron en la Península, fueron las operaciones que se iban á emprender en el teatro de la guerra, á la llegada de los refuerzos enviados á la isla.

Los militares que habían hecho campañas en Cuba y los hijos del país opinaban, que si la insurrección no adquiría desarrollo en los días que faltaban para que terminase el mes de Marzo, llegarían los refuerzos enviados á la Gran Antilla con gran oportunidad para que pudiera ser sofocado con gran rapidez el movimiento insurreccional.

Las tropas expedicionarias, razonaban los optimistas, debían llegar al campo de operaciones á fines de mes; la estación de las aguas en la isla no comenzaba hasta muy entrado Mayo, y por consecuencia, ocho mil hombres hábilmente situados y bien dirigidos, debían ser firme garantía de que se conseguiría sin gran esfuerzo y sin grandes sacrificios la pacificación de aquel territorio.

Uno de los que con mayor fé y entusiasmo sustentaban estas opiniones, era un distinguido general de brillante historia, que se conquistó justa reputación en la anterior campaña de Cuba.

En cambio los pesimistas, conocedores del país y del sistema de guerrear de los mambises, opinaban que nada práctico y de resultado inmediato y definitivo podía hacerse en un lapso de tiempo tan corto, y que una vez llegada la época de las lluvias, nuestro ejército se vería imposiblitado de continuar ó emprender operación alguna, dando tiempo y lugar esa forzada suspensión de hostilidades por parte de nuestras tropas á que los rebeldes se organizaran y recibieran á su vez refuerzos y auxilios.

***

Los periódicos de Nueva York llegados á la Metrópoli en el correo del 13, publicaban algunos telegramas, directos de la Habana y fechados en 28 de Febrero y 1.º de Marzo, que contenían noticias no conocidas todavía aquí.

Comunicaban al *New York Herald* en telegrama del 28, que varios representantes del partido autonomista cubano habían celebrado aquel mismo día una larga conferencia con el gobernador general sobre asuntos de la insurrección y medios para sofocar el movimiento.

Don Herminio Leiva, empleado en las oficinas del gobierno general y miembro de la Junta directiva del partido autonomista, había presidido dicha Comisión.

La conferencia duró algunas horas, y al terminarse, uno de los conferenciantes, miembro también de la directiva, salió para Manzanillo con una importante comisión del capitán general.

CORONEL SANTOCILDES

Participaban también al diario neoyorquino que había salido otro batallón hácia Oriente y que se esperaba la próxima llegada de cien soldados de Puerto Rico.

Consignaba así mismo el comunicante en su telegrama que había aparecido otra partida de insurrectos compuesta de cuarenta hombres, organizada en Manzanillo bajo las ordenes de Bartolo Masa, jefe que había sido de una insurrección en la república del Salvador y que en

algunas jurisdicciones todos los trabajadores habían abandonado los ingenios, donde había habido que mandar fuerzas para evitar su destrucción.

Amador Guerra había levantado otra partida, la cual mandaba y se había dirigido hácia la montaña.

El doctor Bethancourt, de la partida que se levantó en Ibarra (Matanzas) se había presentado en Zedra y por disposición del capitán general iba á ser desterrado á la Península.

Y que el periódico *La Verdad* y otras publicaciones separatistas, habían sido prohibidas por el gobernador general.

***

En otros telegramas fechados el día 1.° en la Habana é insertos en varios periódicos norte-americanos, se decía, que había salido otro batallón de la capital en dirección á Oriente, y que la partida de Masa, levantada en Manzanillo, se había desbandado y su jefe desaparecido.

Los insurrectos de Yagüey Grande estaban á las órdenes del doctor Martin Marrero, y los de Cervantes á las de Ciriaco Torres, y que el hermano de éste, Antonio, había sido detenido en Colón, por hallarse complicado en el movimiento insurrecto.

Tomás Agüero y los hermanos Echevarría habían salido el día anterior para Méjico, y que ocho de los insurrectos de la partida levantada en Seiva Mocha y cuatro de la de Ibarra, se habían presentado al gobierno y serían amnistiados.

El gobernador de Pinar del Rio, en comunicación al capitán general, participaba á su jefe que merced á una confidencia de orígen insurrecto, había descubierto el día 1.°, á seis millas de aquella capital y

ocultos en un bosque, un depósito de armas, consistente en 20 rifles y 20.000 cartuchos.

Guillermo y Pedro Acevedo, *conspícuos* insurgentes y miembros de la partida de Colomo, se habían presentado, el propio día 1.° á las autoridades de Matanzas, y que entre los capturados de esta partida se encontraba un hijo del director del Hospital Reina Mercedes, de la Habana.

Y que Antonio Cabello, sastre establecido en la capital, había sido sorprendido por las tropas en Yaguara cerca de Yagüey Grande, conduciendo armas y banderas insurrectas, y por haber opuesto resistencia á entregarse había sido muerto en el acto.

***

Las precedentes desagradables noticias, copiadas de los periódicos norte-americanos y publicadas por nuestra prensa, llevaron la intranquilidad al ánimo de los pesimistas, los cuales vieron en ellas la corroboración de sus opiniones respecto á la marcha de la insurrección y duración de la guerra.

Un incidente importante vino á aumentar la alarma producida por dichos telegramas, en la Metrópoli.

La *Agencia Fabra* recibió el día 13 un telegrama de Londres del 12, en el que se comunicaba á esta importante agencia telegráfica, que se acababa de recibir un despacho de Nueva York diciendo que el comandante del vapor correo americano *Alliance,* había informado á su gobierno que el día 8 un buque de guerra español hizo dos disparos de cañón contra el vapor americano.

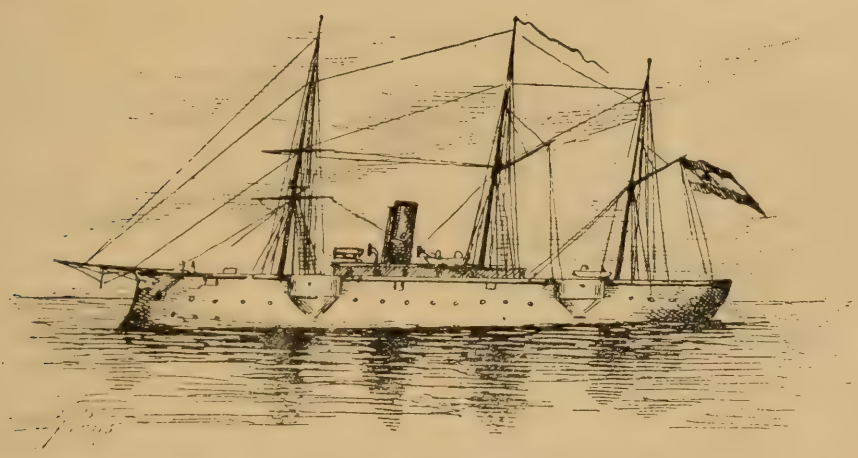
El *Alliance* arboló su bandera y continuó su camino, pero el bu-

que español volvió á hacerle otros disparos de cañón sin que, por fortuna, ninguno de los proyectiles causara daño alguno.

El hecho ocurrió á seis millas del Cabo May (Cuba) y el buque de guerra español persiguió al *Alliance* unas veinticinco millas, y que el ministro mister Gresham había sido informado ya del suceso.

La noticia fué vivamente comentada por la opinión, por tratarse de un asunto que entrañaba cierta gravedad, y todo el mundo opinó que exigía algunas aclaraciones importantes, pues seguramente el vapor *Alliance* no había sido cañoneado por el buque de guerra español por un simple capricho del comandante del barco.

«—No hay que perder de vista—dijeron los políticos y marinos, al



CRUCERO *CONDE DE VENADITO*

enterarse del telegrama publicado por la prensa de Madrid—que las intimaciones del cañonero español al *Alliance* se habían hecho en aguas jurisdiccionales de Cuba, y que el vapor americano forzó sin duda su máquina para ponerse fuera del alcance de los cañones del barco español.»

La penosa impresión que el incidente marítimo produjo en los espíritus timoratos, por las graves consecuencias que pudiera acarrearnos, motivó que uno de nuestros diputados, el señor Villanueva, interpelara al Gobierno en la sesión del día 16, acerca del referido inci-

dente, dando cuenta de otro telegrama fechado en Washington, de mucha gravedad también y cuya publicación había sido prohibida por el Gobierno.

El señor Villanueva excitó al Gobierno para que calmase la curiosidad de todos y dijera cuanto de Cuba se supiese.

El señor ministro de Estado manifestó á la Cámara que, en efecto, el representante de los Estados Unidos se había quejado en términos corteses, de que un vapor correo de aquella República hubiese sido objeto de una agresión por parte de un buque de guerra español; que el Gobierno, en virtud de la queja del diplomático norte-americano, había pedido al gobernador de Cuba datos exactos de lo ocurrido, antes de contestar, y que en vista de la contestacion procedería con arreglo á justicia, tanto con respecto á dicha queja como en el deseo expresado por la misma nación de que no se molestase á los buques mercantes en su paso por las aguas de Cuba.

El diputado interpelante recordó al Ministro cómo se hacía el contrabando de guerra en la pasada insurrección, y excitó al Gobierno para que hiciera presente al de los Estados Unidos, cómo no debía ser exigente en ciertas reclamaciones.

El pundonoroso marino y diputado señor Diaz Moreu, intervino en el debate en defensa de sus compañeros, y declaró que el barco español había cumplido seguramente con su deber, disparando sobre un buque que no había contestado al saludo, ni obedecido la intimación.

El jefe del partido conservador, señor Cánovas del Castillo, terció también en la discusión para declarar, que el Ministro había hablado como se debía hablar en aquel sitio, pero que desgraciadamente, en los mares de las Antillas y del Archipiélago filipino había necesidad de emprender nuevas operaciones, muy dadas á reclamaciones de los países extranjeros y gravosas casi siempre á la nación.

«—Al reanudarse—añadió el ilustre hombre de Estado—debe te-

ner el Gobierno muy presente los antecedentes que existan; debe también, en vista de ellas, trazar una línea de conducta y comunicarla á todos los jefes de la Armada, que no es justo aparezcan los únicos responsables de lo que suceda.»

El señor Groizard contestó al jefe de la minoría conservadora del Parlamento, diciendo que el Gobierno había estudiado el asunto, y que en su resolución se procedería con la mayor prudencia y justicia.

***

En aclaración de los anteriores telegramas, recibió la Agencia Fabra el día 17 un despacho fechado también en Londres el 16, en el que la comunicaron, que se acababan de recibir varios telegramas de los Estados Unidos acerca del incidente motivado por el cañonero español que había hecho fuego sobre el vapor correo americano *Alliance* y que la prensa de aquella República publicaba noticias contradictorias acerca del suceso; pero generalmente se advertía en ella la tendencia marcadísima de exagerar los hechos y darles proporciones extraordinarias en contra de España.

Según un despacho de Nueva York, el ministro de los Estados Unidos en Madrid, había pedido una reparación al Gobierno español sobre el incidente del *Alliance,* pero que esta noticia había que acogerla con reserva, á pesar de aparecer en varios periódicos norte-americanos.

Según otro telegrama, el ministro de Negocios extranjeros de los Estados Unidos había dirigido un despacho á su representante en Madrid, mister Taylor, diciendo que el gobierno de Washington esperaba que el de España desaprobaría la conducta del comandante del cañonero que había disparado sobre un buque americano, que declararía no

haber autorizado semejante hecho y que al mismo tiempo expresaría el sentimiento que el incidente le había producido.

El ministro americano había encargado, además, al representante de la República norte-americana en Madrid, que insistiera cerca del ministro de Estado español para que se diesen órdenes inmediatas y eficaces á los oficiales de la marina española á fin de que no se pusiera el menor obstáculo al comercio *legítimo* entre los Estados Unidos y Cuba, y terminaba exponiendo la importancia de recibir una pronta respuesta satisfactoria.

***

Mientras los periódicos neoyorkinos publicaban estas noticias, se recibió en Londres un despacho, fechado la noche anterior en Washington, diciendo que el ministro de España en aquella capital había manifestado á varias personas, que ni por conducto de su Gobierno, ni por el departamento de Negocios extrangeros de los Estados Unidos, tenía noticia alguna de que el representante norte-americano en Madrid, hubiese pedido una reparación al Gobierno español por el incidente con el *Alliance*.

Y según otro despacho publicado por la prensa de Nueva York, el ministro de Estado de España no había recibido todavía ninguna comunicación oficial de las autoridades de Cuba referente al incidente del vapor americano *Alliance*, añadiendo el telegrama, que dicho ministro había telegrafiado á la Habana y á Washington pidiendo informes detallados acerca del indicado asunto.

. . . . . .

La prensa de Madrid publicó el día 19 un despacho telegráfico comunicado por la *Agencia Fabra* y fechado en Washington el día an-

terior, dando cuenta de que el Gobierno español había contestado al ministro americano en Madrid, mister Taylor, haber desaprobado la conducta del comandante del crucero *Conde de Venadito* en el enojoso asunto del vapor *Alliance*, añadiendo que semejantes sucesos no se reproducirían.

Así terminó, para mengua de España y regocijo de sus enemigos los *yankees*, la tan cacareada y tremebunda cuestión internacional del *Alliance*, toda vez que luego se supo por la información oficial abierta por las autoridades españolas de Cuba en averiguación del su-

Ataque á Jarallanos por una columna del regimiento de Cuba

ceso, y más tarde se adquirió la seguridad absoluta y la más completa certeza, por testimonio fidedigno, veráz é irrecusable, de testigos presenciales del hecho, que el barco americano llevaba á bordo un importante cargamento de armas y municiones, ó contrabando de guerra, destinado indudablemente á los insurrectos cubanos, y que nuestro crucero, que á la sazón desempeñaba por orden de nuestro Gobierno, el servicio de vigilancia de aquellas costas, había hecho los disparos en aguas jurisdiccionales de Cuba.

***

Importante y de funestos resultados para los insurrectos, fué el encuentro que con ellos tuvo la tarde del 15, en la jurisdicción del Cobre, la columna mandada por el bizarro comandante Segarra. Iban las partidas unidas al mando de los cabecillas Guare y Barbis, formando en junto doscientos hombres, los cuales fueron batidos y dispersados por nuestros valientes soldados, que les causaron numerosas bajas.

Imposible precisar éstas por lo accidentado del terreno en que el combate tuvo lugar y la frondosidad de la manigua donde se refugiaron los rebeldes, retirando en su huída á los heridos, á los que se les veía caer á los certeros disparos de nuestras tropas.

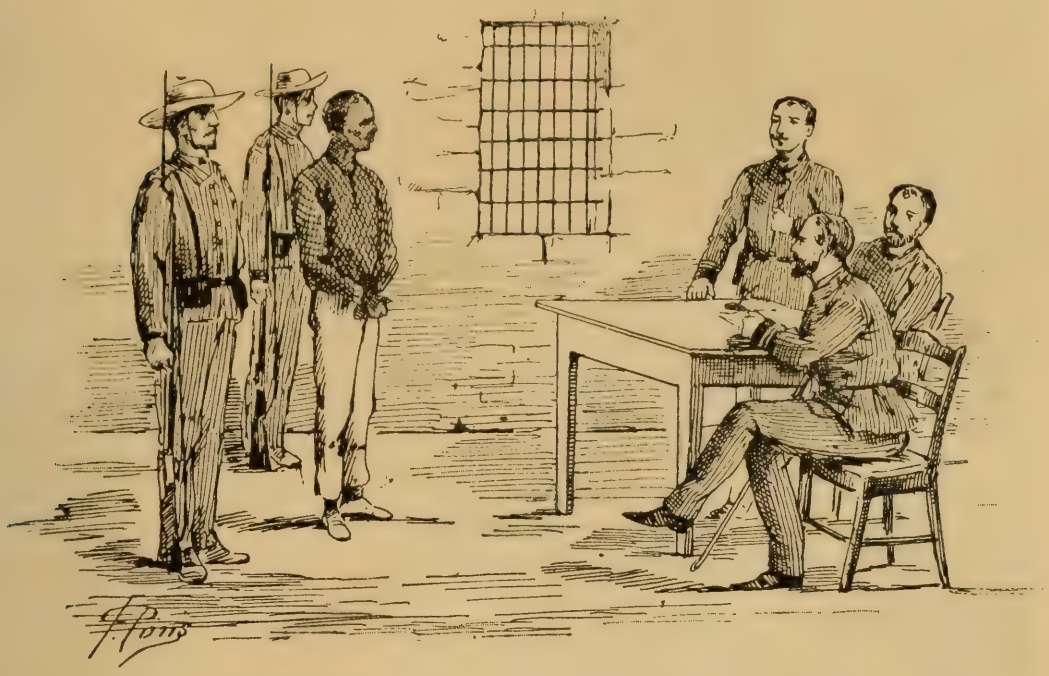
Por telegramas recibidos de la isla el 17, se supo que todos los ingenios de Oriente, á excepción del nombrado Ramón Quemado, habían reanudado la zafra, y que varias partidas fraccionadas se dirigían á Hongolosongo, huyendo de la activa é incesante persecución de nuestras columnas.

Túvose también noticia en aquella fecha, de que los jefes de la insurrección Martí y Gomez estaban en Montecristo, y que los hermanos Maceo continuaban en Costa Rica, indiferentes al movimiento separatista.

El vapor *Montevideo*, correo de Cuba llegado á Cadiz el día 16, trajo á España, procedentes de la isla, varios pasajeros que interrogados por sus amigos y parientes acerca del curso de la insurrección, comunicaron impresiones muy optimistas, no concediendo importancia al alzamiento.

En el mismo vapor llegó el conocido separatista doctor Bethan-

court, quién como saben ya nuestros lectores venía desterrado á España por la primera autoridad de la isla, á causa de sus ideas. Vino acompañado de un inspector de policía y mostróse muy reservado é inasequi-



Interrogatorio de uno de los presuntos asesinos del capitán del *Atlas*

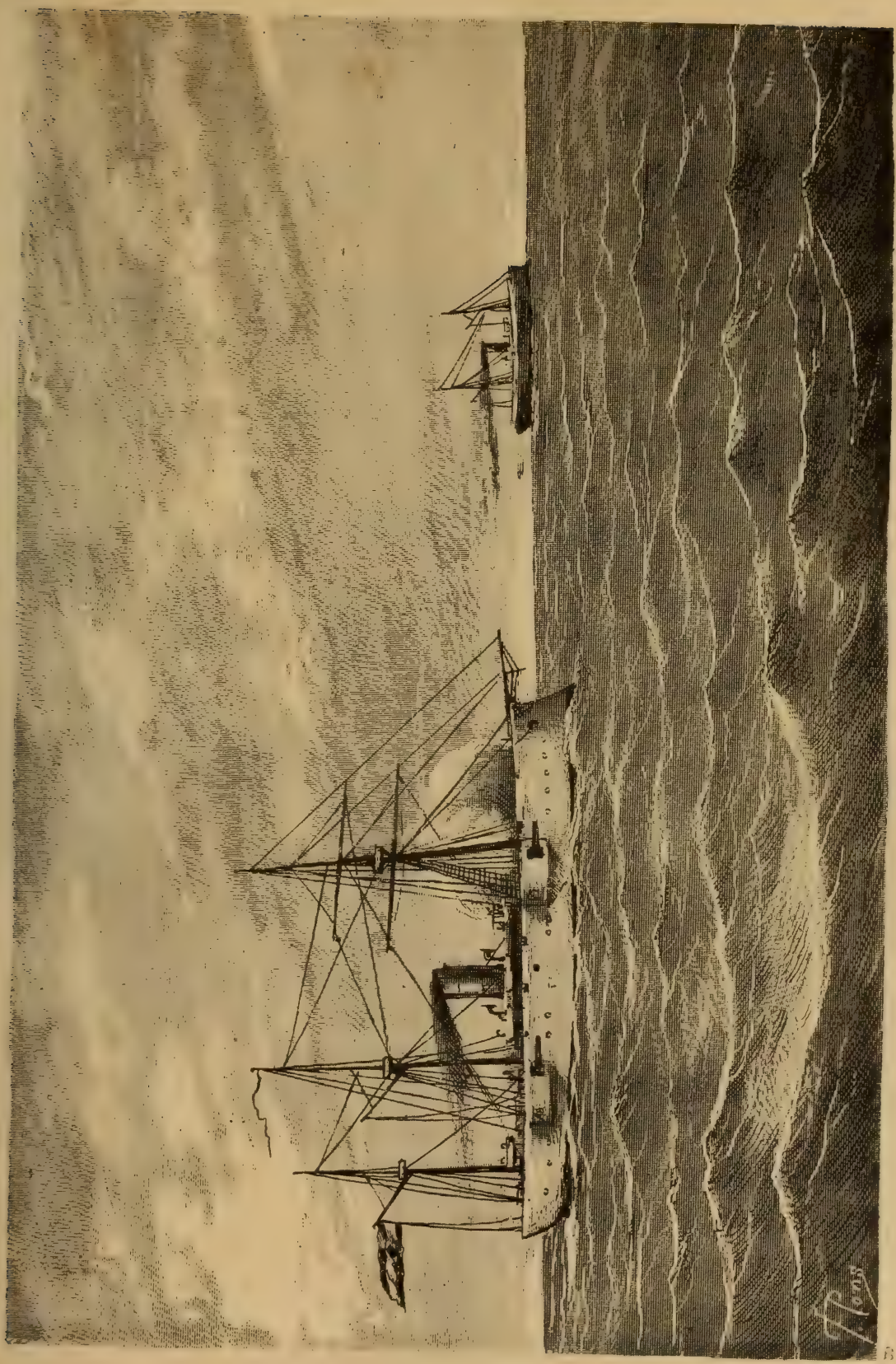
ble á cuantas preguntas se le hicieron respecto al movimiento insureccional. Presentóse en los gobiernos civil y militar y en el expreso marchó á Madrid.

CAPÍTULO IX

El Gobierno en crisis.—Sin noticias.—Telegramas particulares de la isla.—Fracaso de la gestión pacificadora del partido autonomista cubano.—Llegada de las tropas expedicionarias á Guantánamo.—Combate en Solís.—Noticias contradictorias.—Impresiones pesimistas.—Exijencias *yankees*.—Nuevo Ministerio.—Declaraciones del señor Cánovas.—Relevo del general Calleja.—Nombramiento del general Martinez Campos para el mando superior de la isla.—Malas noticias.—Acuerdos del nuevo Gobierno.—El general Martinez Campos y el señor Becerra.—Nuevos refuerzos á Cuba.

La crisis política que en aquellos días sufrió España, provocada en principio por los subalternos de la guarnición de Madrid é impuesta más tarde por el elemento militar, á consecuencia de un artículo publicado por el diario *El Resúmen* y un suelto de *El Globo*, que aquellos consideraron atentatorio á la dignidad del ejército é injurioso para su instituto y clase; crisis que ocasionó la caída del Gabinete literal presidido por el señor Sagasta, ante el convencimiento íntimo que él mismo abrigaba de que hacia mucho tiempo había dejado de gobernar, y la subida al poder del partido conservador, abrió un corto paréntesis en la trascendental y funestísima cuestión que se ventilaba á mano armada en los campos de Cuba.

Sin noticias oficiales del teatro de la guerra estuvimos durante cin-



...pero el buque español volvió á hacerle otros disparos de cañón... (pág. 121)

co días, inacabables y eternos para los que no teniendo interés alguno político en la cosa pública, teníamos puestos nuestros ojos, nuestra atención toda y nuestro pensamiento, en nuestros hermanos de Cuba, ansiosos de tener noticias del curso de la campaña, del estado de la insurrección y de la llegada de los refuerzos enviados á la isla y próximos á desembarcar.

Unicamente con referencia á telegramas particulares se dijo el día 17, que los parlamentarios que habían ido á conferenciar con los jefes de la insurrección en el departamento Oriental, habían regresado á la Habana, pero sin que se hubiese podido averiguar si dichos parlamentarios tomaron el trabajo de convencer á los jefes de las partidas rebeldes de que debían someterse, por inspiración propia, ó por encargo del general Calleja.

Lo que si habíase podido traslucir, segun las versiones recogidas, era que su misión no habia sido lo eficaz que todos los buenos españoles deseaban, porque se aseguraba, si bien ignorando con qué fundamento, que los jefes insurrectos habian contestado á los emisarios ó comisionados, que estaban decididos á seguir la campaña.

Estas desagradables noticias contribuyeron en gran manera á que la espectación fuese grande y la ansiedad mortal durante el incomprensible silencio de la primera autoridad de la isla.

***

Por fín, el día 21 se recibió la deseada noticia de la felíz llegada de las tropas expedicionarias á la isla.

Segun telegramas recibidos en el Ministerio de Ultramar, el día 20 por la mañana llegó á Guantánamo el vapor Alfonso XIII, con los batallones peninsulares 4.° y 5.° que embarcaron en esta capital.

Los despachos particulares que el mismo dia se recibieron en diferentes puntos de la Península, consignaban, que los soldados habían llegado muy alegres y llenos de entusiasmo, después de un viaje muy rápido y feliz.

El Alfonso XIII habia hecho la travesia en once dias.

En otros telegramas publicados en la prensa de Madrid del día 22, se daba cuenta, además, de que el bandido Matagás y su partida se habian corrido á Rodas, y que en los centros oficiales habia pocas noticias del departamento Oriental.

Añadían también esos telegramas, que en la Habana corrían rumores asegurando, que habia sido muerto el negro Guillermón, jefe de una importante partida, si bien tales rumores no se habian confirmado oficialmente.

Con fecha 21 comunicó el gobernador general al Ministro de la Guerra, el siguiente despacho:

«Habana 21, 2 t. (Recibido á las 9, 43 n.)

General Garrich salió Bayamo y sorprendió día 18 insurrectos en Solís, haciéndoles cinco muertos, entre ellos, Manuel Pacheco Renlado, capitán, y ocupándoles armas, siete caballos y monturas; volviendo á sorprender el mismo día campamento enemigo, batiéndoles hasta su completa dispersión en Sierra.

En Puerto Príncipe, teniente coronel Vasallo encontró día 20 en montes Jaya partida Mirabal, compuesta de bandidos que huyeron, dejando en poder tropas seis caballos con monturas, ropas y efectos.

Resto provincia sin novedad.—*Calleja.*»

***

En los centros oficiales de la corte se negó á última hora de la no-

che del 22, que se hubiesen recibido aquellos días más noticias de Cuba que las contenidas en el anterior despacho oficial.

Sin embargo, el señor Abarzuza había estado la noche anterior á las doce en casa del señor Sagasta, á dar cuenta á su jefe del efecto producido en Cuba por la crisis política, y según informes de personas bien informadas, enteró también el Ministro al Presidente del Gabinete dimisionario, de la segunda parte del telegrama del general Calleja dando conocimiento de la llegada de las tropas expedicionarias á Guantánamo, en la que el capitán general de la isla encarecía al Ministro, la conveniencia de que estuvieran preparados *ocho mil* hombres para marchar á Cuba, de ellos *cuatro mil* organizados por batallones, con armamento y dos mudas de las ropas que habían de usar en campaña.

DOCTOR BETHANCOURT

Esta inesperada petición del general Calleja, cuando precisamente acababan de desembarcar los refuerzos que se le habían enviado en número mayor al que él mismo había pedido, alarmaron la opinión que no sabía á qué atenerse con respecto á lo que ocurría en Cuba y al estado de la insurrección, por haber publicado aquel mismo día la prensa de Madrid un telegrama, fechado en la Habana el 22 por la noche, en el que se decía, que el movimiento insurreccional estaba localizado en la provincia de Santiago de Cuba, y que los jefes sublevados eran de escasa significación y ninguna influencia dentro del partido separatista, careciendo su personalidad de importancia.

«La opinión universal—añadía el telegrama—firme y vigorosa en el amor á la patria, cree que la insurrección, no solo no puede prosperar, sino que acabará muy pronto.

»Las últimas disposiciones del general Calleja se consideran muy acertadas y han sido objeto de generales elogios.»

***

La *Agencia Fabra* comunicó el día 23 á la prensa de Madrid un telegrama, fechado en Londres el día anterior, en el cual se decía que *The Times* había publicado aquella mañana un despacho de Filadelfia, llamando la atención acerca del espíritu provocador y hostil á España, de que parecía animado el Comité de Negocios extrangeros del Senado de los Estados Unidos.

Añadía dicho despacho, que Mr. Frye, indivíduo de dicho Comité, se había mostrado muy exigente, á fin de que se obligara á España á dar una satisfacción con motivo del incidente del *Alliance,* y que había escrito una carta en la cual revelaba claramente su despecho por la conducta conciliadora y sensata observada por el Gobierno español en el indicado asunto.

El mismo corresponsal afirmaba en su información, que Mr. Morgan esperaba que España cometiese una imprudencia, dando pretexto á los Estados Unidos nada menos que para apoderarse de la isla de Cuba.

«Es evidente—terminaba el informante—que los filibusteros, al ver la ineficacia de sus esfuerzos para propagar la insurrección en la Gran Antilla, tratan ahora por todos los medios de crear asperezas en las buenas relaciones que felizmente existen entre los gobiernos de Washington y Madrid, y sobre esto no está de más dar la voz de aviso,

para que se conozcan las maquinaciones de los enemigos de España.»

Como se vé por este telegrama, ya en aquella fecha los Morgan, Sherman y compañeros *yankees*, preparaban el terreno para la campaña que más tarde pensaban emprender contra España.

***

Resuelta la crisis política y héchose cargo del poder el partido conservador, presentóse el nuevo Ministerio en las Cámaras, la tarde del 27 de Marzo.

El nuevo Presidente del Consejo, señor Cánovas, hizo la presentación del nuevo Gobierno, y pidió el voto de la Cámara para legalizar la situación económica.

Inmediatamente se dió lectura de los alarmantes telegramas de Cuba, en que se afirmaba que de Costa Rica había salido una expedición filibustera al mando de Maceo y otros cabecillas, y que de Santo Domingo habían salido también los cabecillas Martí y Máximo Gomez.

Dijo después el señor Cánovas, que aunque el Gobernador de Cuba sólo pedía *tres mil* hombres, el día 2 de Abril saldría para la isla un batallón de infantería de marina, y antes del día 8 las restantes fuerzas hasta *seis mil* hombres.

Y declaró, al final de su discurso, que el general Martinez Campos estaba dispuesto á salir para Cuba el día 2 con el fin de hacerse cargo del mando de la Gran Antilla.

El acuerdo del nombramiento del general Martinez Campos para el mando superior de la isla, parece que se verificó, según la versión que publicaron algunos periódicos madrileños, de la siguiente manera.

Acababa de leer el señor Cánovas los telegramas recibidos de Cuba, que entrañaban alguna gravedad, y encontrando en el Senado

al general Martinez Campos le dijo, sin preámbulo ni rodeo alguno, que había llegado la hora de exigir de su patriotismo que marchase á Cuba para que terminase la insurrección.

El general, cogido de sorpresa, manifestó que, aunque no le agradaba mucho, estaba dispuesto á ir donde el gobierno le mandase.

El nombramiento quedó acordado *ipso facto* y por la sola é imperial voluntad de don Antonio, quien se lo comunicó después á la Regente.

Algunos senadores felicitaron al general por su nombramiento, y éste les respondió:

«—Mucho me temo, señores, que tanto vaya el cántaro á la fuente.....»

El nombramiento fué, en general bien recibido, aunque no faltó quien creyera que obedecía tan solo al deseo del señor Cánovas de alejar de España al restaurador é inspirador de la Monarquía, ni quien opinara que habría sido mejor reservar la persona y el prestigio del ilustre general para más adelante, si fuese necesario.

***

Los telegramas de Cuba recibidos por el Gobierno y leídos en las Cámaras por el señor Cánovas fueron los siguientes:

«Habana, 26. (Recibido el 27).—Gobernador general á Ministro.

Una partida insurrecta acercóse poblado de Campechuela, donde se encontraba un destacamento de *cuarenta* hombres, á quienes intimaron rendición.

El jefe de la fuerza se negó á ello y salió á situarse en posiciones. Entonces entró la partida, compuesta de *trescientos* hombres, saqueó

algunas tiendas y ocupó algunas armas del cuartel, marchándose enseguida.

El teniente jefe del destacamento ha sido sumariado porque, accediendo á los ruegos del pueblo, no atacó á los insurrectos.

No hay nada de emboscada cerca del Cobre ni complot en la Habana.

Llegaron los vapores Antonio Lopez y Leon XIII.—*Calleja.*»

«Habana, 26. (Recibido el 27).—Acabo recibir noticia coronel Costa Rica diciendo cabecillas Maceo, Crombert y otros, se embarcaron anoche en Puerto Limón, á bordo vapor línea *Atlas*, dirección Jamaica, pero sospecho trasbordaron alta mar á barco americano que cruzaba aquellas costas. Dadas órdenes á las autoridades para que vigilen, pero esto es deficiente, pues dispongo tan solo de un cañonero y de siete barcos para todo el perímetro de la isla.—*Calleja.*»

El otro telegrama en que se decía que los cabecillas Martí y Máximo Gomez habían salido de Santo Domingo, era de origen particular.

***

En virtud de las órdenes comunicadas por el Gobierno, la Compañía trasatlántica circuló telegráficamente disposiciones para que pudieran embarcar:

En el vapor *Ciudad de Cadiz*, en este puerto, el 2 de Abril, 38 oficiales y 900 soldados de infantería de Marina.

En el *Reina Cristina*, los días 5 y 6 en los puertos de Barcelona y Valencia, respectivamente, 1.500 soldados.

En el *San Francisco*, el 6 en Santander, 1.104 soldados.

En el *San Agustín*, el 6 en Coruña, 736 plazas.

En el *Montevideo*, el 8 en Cadiz, 1.908 soldados.

Y en el *Antonio Lopez* el 18 en Santander, 804 plazas.

COMANDANTE SEGARRA

El general Calleja pidió por telégrafo al Ministro de Ultramar la consignación de *dos millones de pesos*.

El nuevo Ministro de Ultramar, señor Castellano, puso un despacho al Gobernador general de la isla dándole cuenta del acuerdo del Gobierno de enviar al general Martinez Campos, y suplicándole continuara en supuesto hasta tanto llegase éste á hacerse cargo del mando superior de la isla.

El general Calleja no había presentado la dimisión (1).

Aquel mismo día el electo capitán general de Cuba celebró una arga conferencia, que duró más de dos horas, con el nuevo Ministro de Ultramar, y que fué á no dudarlo de mucha importancia.

---

(1) He aquí, sin embargo, el decreto de la Presidencia del Consejo que para llevar á efecto el relevo del general Calleja publicó la *Gaceta de Madrid*.

«De conformidad con lo propuesto por mi Consejo de Ministros,

En nombre de mi Augusto hijo el Rey don Alfonso XIII, y como Reina Regente del reino, y atendiendo á los deseos, con repetición manifestados por el teniente general don Emilio Calleja é Isasi de que se le releve del gobierno general y capitanía general de Cuba,

Vengo en disponer que cese en su desempeño quedando muy satisfecho de su celo, inteligencia y lealtad.

Dado en Palacio á 28 de Marzo de 1895.—MARIA CRISTINA.—El Presidente del Consejo de Ministros, ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.»

Aparte todo lo que afectaba á detalles propios del acuerdo que había de haber entre ambos para la mejor inteligencia de la campaña, el general expuso al Ministro, en primer término, que aceptaba gustoso el alto cargo confiado por el Gobierno con el mismo buen deseo demostrado en todos cuantos servicios le había encomendado su patria y su reina.

Que iba dispuesto á mantener la implantación de las reformas acordadas en su orden político, y que tan pronto llegara á la isla dejaría encargado al general gobernador del mando y se trasladaría al centro de operaciones con su Estado Mayor.

Declaró el general que concedía alguna importancia al hecho de que el cabecilla Maceo hubiera podido trasladarse á Cuba, pues reconocía el prestigio que este gozaba entre la gente de color y sus proezas en la anterior campaña.

***

En el primer Consejo de Ministros celebrado con la Regente el día 28, fué sancionado por la Corona el nombramiento de Gobernador general de la isla y general en jefe del Ejército de operaciones, en favor del capitán general Excmo. Sr. D. Arsenio Martinez Campos, firmándose el correspondiente Real decreto.

El Presidente del Consejo dió cuenta á S. M. de un despacho del cónsul de Costa Rica, diciendo que el cabecilla Maceo no había llegado á Jamaica, por lo que se suponía que había conseguido desembarcar en Cuba.

Anunció en el Consejo, el señor Cánovas, que el Gobierno se proponía enviar á Cuba una nueva expedición de *diez mil* hombres, ade-

más de los *siete mil* acordados, que saldrían en los primeros días de Abril.

Según hemos consignado anteriormente, el nombramiento del general Martinez Campos para el mando superior de la isla fué, en general, bien acogido por la opinión, aunque no faltó alguien que entendiera que era prematuro el envío del ilustre caudillo á la Gran Antilla.

Entre los que así opinaron, fueron pocos los que se atrevieron á hacerlo público, contándose entre los que tuvieron esta franqueza *El Imparcial*, que lo consignó así en sus columnas, y el señor Becerra, que se lo manifestó terminantemente al general.

Este, antes de marchar á Cuba, quiso conferenciar con el respetable ex-ministro de Ultramar, y para hacerlo con más amplitud y libertad, fuese á almorzar con su amigo el día 29.

El señor Becerra, con la franqueza y sinceridad que le caracterizan, habló así á su ilustre comensal.

«Es para usted honroso en extremo, mi general, haber aceptado sin reparo ni condición de ninguna especie, el ir á Cuba á llevar á cabo una campaña en la cual nada puede usted ganar puesto que ya lo tiene todo, y puede, por el contrario, perder mucho, porque sin desconocer las condiciones de usted, aquella es una campaña en la que el mismo Napoleón hubiera podido fracasar, dadas las condiciones especiales de la lucha.

Aquí podía usted continuar siendo una postrera esperanza; como si dijéramos, *la última carta* para en caso de necesidad suprema, y marchando usted al principio de la lucha pierde todas esas ventajas.

Yo entiendo—terminó su declaración el señor Becerra—que hasta para los intereses de la dinastía, era más conveniente que usted permaneciese aquí.»

—¡Qué quiere usted—replicó el general—comprendo todo lo que usted me dice y no voy por mi gusto, pero mi deber de soldado y de

español me obliga á aceptar sin vacilación alguna todo puesto que se me ofrezca, en el cual pueda haber alguna sombra de peligro y pueda ser útil á la patria!

. . . . . .

Reuniéronse de nuevo en Consejo los Ministros, la tarde del 31, bajo la presidencia del señor Cánovas para tratar del cambio de personal y del inmediato envío de recursos y nuevos refuerzos á la isla.

El nuevo Ministro de la Guerra, señor Azcárraga, trató de la movilización de tropas y quedó acordado que se llamaran al servicio *veinte*

...fueron batidos y dispersados por nuestros valientes soldados...» (pág. 126)

mil hombres de los excedentes del cupo anterior, de los cuales ingresarían en filas *nueve mil*, quedando los restantes con licencia ilimitada.

Estos *nueve mil* hombres serían destinados á cubrir las bajas del ejército de la Península.

También manifestó el general Azcárraga á sus compañeros, que había pedido á Alemania gran número de paquetes de curas antisépticas con destino al ejército de Cuba, y que confiaba en que con los elemen-

tos que se reunirían en breve en la Gran Antilla se conseguiría la pronta pacificación de la isla.

Esta era la situación y el estado de la *res pública* en la Península, en los últimos días del mes de Marzo, y después del cambio de Gobierno.

CAPITULO X

Noticia grave.—Maceo en Cuba.—Partida del general Martinez Campos.—Su embarque en Cadiz para la Gran Antilla.—Conferencia del representante de los Estados Unidos en Madrid con el jefe del Gobierno español.—Encuentro en Socorro.—Muerte del cabecilla Matamoros.—Manifiesto del partido autonomista cubano.--Comentarios de la opinión á un telegrama del general Calleja.—Ataque de los insurrectos al poblado de San Miguel de Nuevitas.—Muerte del cabecilla *Panchín* Varona y su segundo Alvarez.—El sargento Martinez.—Seis héroes y una heroína.—Castelar y el soldado español.

NTE la gravedad de los despachos telegráficos comunicados por el general Calleja al Gobierno, y confirmados por el consul de Costa Rica, participando el temor de que el cabecilla Maceo hubiese conseguido desembarcar en Cuba, reunióse el Consejo de Ministros para tratar de la conveniencia de que el nuevo Gobernador y Capitán general electo de la isla, partiera inmediatamente á posesionarse del mando que se le confiara con la sanción de la Corona y con la aprobación general y el aplauso unánime de la opinión indepediente é imparcial del país.

Consultado el general Martinez Campos y explorado su deseo respecto á la fijación del día para su embarque, un nuevo telegrama del general Calleja, recibido en Madrid el día 2 de Abril, determinó al Consejo y al electo Capitán general de Cuba, á fijar su partida para el siguiente día 3, á fin de embarcar en Cadiz el 4 por la tarde.

El último despacho oficial del Gobernador *dimisionario* de la Gran Antilla, decía así:

«Según alcalde de Baracoa, esta mañana apareció en la playa de Duabas un pailebot extranjero embarrancado, y en Duabas y Toa había gente armada.—*Calleja.*»

Este enigmático telegrama-logogrifo de la primera y superior autoridad de la isla, facilitado por el Gobierno á la prensa de Madrid, fué pronto descifrado ó aclarado por ésta, uno de cuyos órganos más autorizados, *El Imparcial*, publicó el mismo día 2 un despacho comunicado por su activo y bien informado corresponsal en la Habana, que decía lo siguiente:

«Se teme que el cabecilla Maceo y sus compañeros separatistas hayan logrado trasladarse desde el vapor *Warder* á las costas de la Gran Antilla.

En las playas de Duabas y Toa, próximas á Baracoa y situadas en el Nordeste de la provincia de Santiago de Cuba, se han visto grupos de gente armada.

En la playa de Duabas ha aparecido además embarrancado un pailebot extrangero.

Se supone que en dicho barco han sido conducidos los hermanos Maceo, Roloff y Flor Cronwert.

La sospecha está confirmada por el hecho significativo de que muchos separatistas armados se han retirado á la parte montuosa de la provincia de Santiago de Cuba, que hasta ahora había estado libre de insurrectos.»

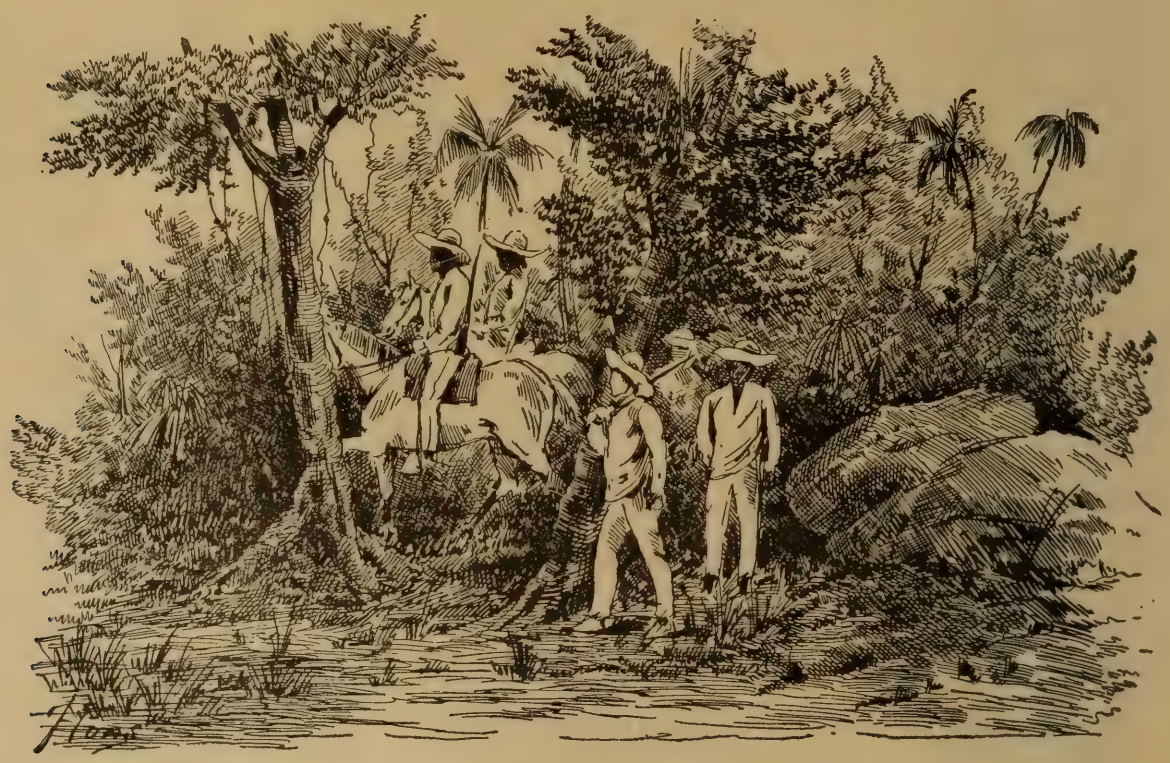
La *Agencia Fabra* comunicó también á los periódicos de su información, otro telegrama de Londres, confirmando la noticia en los siguientes términos:

«*Londres.*—Los periódicos de esta noche anuncian que el cabecilla Maceo ha logrado desembarcar en Cuba con gran número de partida-

rios, como lo prueba el hecho de haber atacado á un convoy español.»

***

En virtud del acuerdo tomado por el Consejo de Ministros y del asentimiento y conformidad á él prestado por el general Martinez Campos, á las seis horas y veinte minutos de la tarde del día 3 de Abril, salió de Madrid, en el expreso de Andalucía, el electo Capitán general de Cuba.

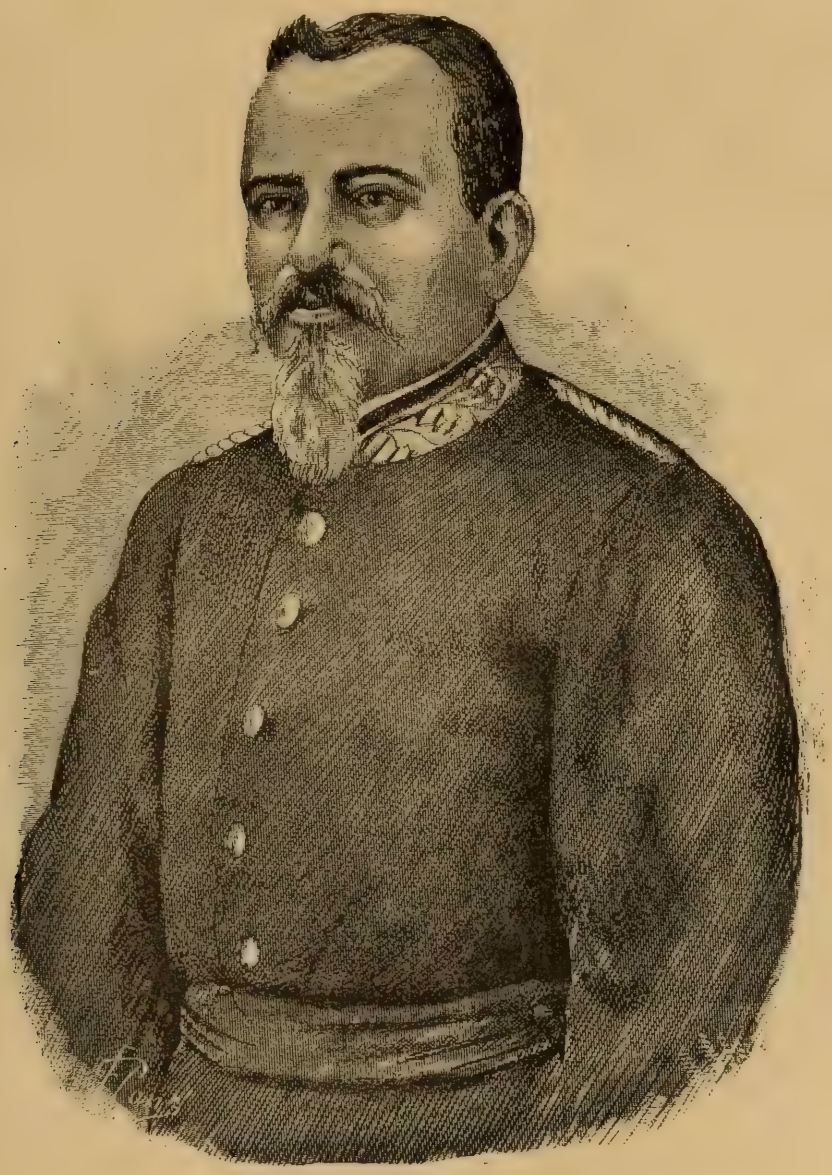


...y la frondosidad de la manigua donde se refugiaron los rebeldes,... (pág. 126)

Numerosas representaciones de todas las clases sociales, entre las que no era la menos importante, por el número, la del pueblo madrileño, acudieron á la estación de Atocha á tributar cariñosa despedida al ilustre caudillo de la pasada guerra, en quien miraban todos al nuevo pacificador de la Gran Antilla, á cuyo tacto y pericia militar había

confiado Gobierno y país, el pronto castigo y escarmiento de los rebeldes.

Desde que llegó á la estación hasta la salida del tren los vivas á España, al general Martinez Campos, á Cuba española, al Ejército es-



CAPITAN GENERAL MARTINEZ CAMPOS

pañol y á la integridad de la patria se repitieron constantemente y fueron unánimemente contestados.

Momentos antes de ponerse en marcha el tren, el general dió vi-

vas al rey y á la reina, que fueron entusiásticamente contestados por todos los concurrentes, y cuando la máquina dió la señal de partida y comenzó á deslizarse magestuosamente por los rieles, resonaron atronadoras y entusiastas aclamaciones á España y al general Martinez Campos.

Saludaron y despidieron en el andén de la estación al ilustre viajero, en nombre de la Regente, el comandante general de alabarderos, general Alameda, el señor Cánovas con todos los Ministros, á excepción del señor Romero Robledo, el capitán general de Madrid con sus ayudantes y demás autoridades militares y civiles, diputados cubanos y portoriqueños, muchos de la Península entre los que figuraba el señor Silvela con la plana mayor de la fracción política que acaudilla, el señor Moret con sus amigos, el señor Pidal y otros varios, los duques de Mandas, de Fernán Nuñez y de Sotomayor, el marqués de la Habana con sus ayudantes, los generales Marín, Palacio, Moiño, Polavieja, Cuenca, Martitegui (D. Vicente y D. José), Ortega, Goyeneche, Coig, Santelices, Capdepón, Gamara, Aznar y otros, comisiones de jefes y oficiales de los cuerpos de la guarnición de Madrid, y los agregados militares de las embajadas de Alemania y Portugal, de uniforme.

Con el electo Capitán general y Gobernador de Cuba, marcharon los generales Suarez Valdés y Echagüe y otros jefes y oficiales de infantería y caballería.

***

Importantísima y de larga duracion fué la conferencia que se celebró aquel mismo día entre el representante de los Estados Unidos en Madrid y el jefe de nuestro Gobierno, señor Cánovas del Castillo.

En ella el representante de la República norte-americana hizo rei-

teradas y formales protestas de los sentimientos de amistad que en su país profesan á España y de las buenas disposiciones del Gobierno de Washington en favor de nuestros indiscutibles derechos á sofocar por todos los medios que las leyes nos concedían la insurrección de Cuba, dando seguridades de que el movimiento separatista no encontraba ni encontraría apoyo en la Gran República, la que por el contrario quería mantener y estrechar sus buenas relaciones con España.

De esta conferencia tuvieron los que conocían bien los términos de ella, una impresion favorable, y el Gobierno dedujo y creyó que el filibusterismo no había de ser alentado en los Estados Unidos.

Los hechos posteriores han venido á demostrar el optimismo de los primeros y la candidez y credulidad de nuestros gobernantes, á la par que la mala fé y artería de los *yankees*.

***

En el Consejo de Ministros celebrado en Palacio el día 4 á la hora de costumbre y presidido por la Regente, el Ministro de Ultramar, señor Castellano, se ocupó extensamente de la cuestión de Cuba y salida del general Martinez Campos, y leyó un telegrama del general Calleja en el cual se confirmaba el desembarco de Maceo y su expedición filibustera, que había tenido un encuentro con una de nuestras columnas, con favorable resultado para las tropas.

El telegrama oficial leído por el Ministro de Ultramar y comunicado luego á la prensa, decía así:

«Gobernador general al Ministro de Ultramar.

Habana 3 (Recibido el 4).—Del pailebot embarrancado en Duabas desembarcaron 22 hombres, tres de ellos titulados generales, entre quienes suponen están Maceo, Cronwert y Valdés.

Dos marineros del pailebot presos, dicen que los de la expedición mataron al capitán del barco por negarse á arribar al punto deseado. Baracoa puerto tranquilo.

Fuerza 50 hombres alcanzó á la expedición en Duabas haciéndoles bajas y un prisionero. Nuestras tropas tuvieron nueve heridos. La partida dirígese á Cuchillos (Quivican).

General Lachambre ordenó la salida de fuerzas disponibles. — *Calleja.*»

***

A las dos de la tarde del 4, llegó á Cadiz el tren que conducía al nuevo Gobernador general de Cuba.

DON MANUEL BECERRA

En el andén de la estación había numerosísimo público y comisiones de todos los centros que habían acudido á saludar al ilustre viajero, á quien tributaron un entusiasta recibimiento, saludando la llegada del tren con una salva de aplausos y aclamaciones, á la vez que dos compañías de Alava y Pavía, con bandera y música, le hacía los honores de ordenanza.

Acompañado del señor Viesca y del general Fernandez Rodas, el señor Martinez Campos, seguido de numerosa comitiva, se trasladó en un *landau* á la Catedral, donde fué recibido por el ilustre prelado de la diócesis y alto clero y se cantó un solemne *Te-Deum.*

Las calles y balcones de la carrera, á pesar de que caía una lluvia

torrencial, estaban atestados de gente ansiosa de saludar y despedir al general, á cuyo paso le aclamaron con vivas á España y al pacificador de Cuba.

A las cuatro dirigióse el ilustre viajero, acompañado de numeroso séquito, al muelle, para embarcar en el trasatlántico *Reina Cristina* en el que debía hacer la travesía á la Gran Antilla.

Al trasladarse al muelle se repitieron las manifestaciones de entusiasmo, escuchándose nuevos y atronadores vivas al Capitán general de Cuba y al ejército español, y en el momento del embarque se hicieron salvas y dejóse oir un repique general de campanas.

Al zarpar de la bahia de Cadiz el magnífico trasatlántico, el numeroso público que desde el muelle presenciaba su partida, vitoreó de nuevo al ilustre viajero atronando los aires con sus gritos y vivas, que eran correspondidos por los de á bordo y contestados por la sirena del vapor.

Cuando el general se dirigió al muelle, una elegante y hermosa dama sevillana, destacándose de entre la multitud, acercóse al ilustre caudillo y puso en sus manos una magnífica corona, en nombre del pueblo español.

El general, muy emocionado, aceptó y agradeció el homenaje dando un viva á España, que fué contestado y aplaudido por la inmensa muchedumbre que lo escuchó.

***

El día 6 se recibió un telegrama particular de la isla dando cuenta de haberse librado una importante acción entre las tropas españolas y la partida de insurrectos mandada por el cabecilla Matamoros.

Según el telegrama, el encuentro entre las fuerzas leales y las re-

beldes había ocurrido en el distrito de Socorro, y en él, después de una empeñada lucha en la que nuestros valientes soldados demostraron una vez más su valor y arrojo, su serenidad y empuje, quedaron derrotados los insurrectos y muerto su jefe Matamoros.

Añadía el despacho que el general Calleja había prohibido la celebración de *meetings* masónicos en la Habana, mientras duraran las actuales circunstancias.

Y que la embarcación en que llegó Maceo á Cuba y cuyo capitán fué asesinado por los expedicionarios, era una goleta inglesa nombrada *Honor*.

En otro telegrama que el mismo día recibió el señor Labra del presidente de la junta central del partido autonomista en Cuba, comunicaba el señor Galvez al jefe de la minoría parlamentaria del partido cubano, que la junta central había aprobado unánime la conducta de la minoría en las Cortes, otorgándole un voto de gracias.

Ratificaba la condenación resuelta del movimiento insurreccional y le rogaba ofreciera al Gobierno el concurso decidido y sincero del partido para la pacificación del departamento Oriental, levantado en armas contra la madre patria, y su incondicional apoyo para el planteamiento de las reformas antillanas aprobadas por las Cortes.

Estos patrióticos acuerdos de la junta central del partido autonomista cubano fueron consignados y se hicieron públicos en el manifiesto que dirigió al país.

En ese importantísimo documento, escrito con gran virilidad de tonos, gran altura de miras y un acendrado amor á España, se condenaba de la manera más rotunda y enérgica la insurrección.

«Nuestro partido—decía uno de los párrafos más importantes del manifiesto—es fundamentalmente español porque es también esencial y exclusivamente autonomista, y la autonomía colonial parte de la realidad de la colonia, cuyos fines, necesidades y peculiares exigencias

presupone también la realidad de la Metrópoli en la plenitud de su soberanía y derechos históricos; por eso desde que nació el partido inscribió en su bandera los lemas *Libertad por la unidad nacional y para la unidad nacional*, no consintiendo jamás, sino estimándolo como injurias de enemigos, rechazadas siempre con indignación, que dudasen de la sinceridad de la adhesión á esos lemas que juntos constituyen un programa, y tan estrechamente unidos que no pueden separarse sin hacerse pedazos.»

Y terminaba el patriótico manifiesto del partido autonomista cubano, diciendo:

«El partido autonomista no cederá el campo á quienes vienen á malograr trabajosas cosechas, arruinando la tierra, nublando nuestros destinos con los horribles espectros de la miseria, de la anarquía y de la barbarie.»

***

Motivo de alarma y objeto de muchos comentarios, por la gravedad de las noticias que entrañaba y la significación y alcance que tenía, fué el telegrama oficial que el Gobierno recibió el día 7 del capitán general dimisionario de la Gran Antilla.

Decía así el despacho de referencia:

«*Habana* 7.—Gobernador general al Ministro de Ultramar:

General Lachambre me telegrafía que fue rechazado por pequeña guarnición y voluntarios un ataque intentado por una partida, á la que causaron un muerto y varios heridos.

También cogieron al enemigo armas y bagajes abandonados, siendo excelente el espíritu de las tropas, voluntarios y pueblo.

Confírmase además que ha muerto el jefe de la partida.

Fuerzas mandadas por el general Salcedo que perseguían á las partidas de la jurisdicción de Holguin, las han alcanzado y batido, causándoles bajas numerosas, muertos y heridos, teniendo nosotros dos muertos y pocos heridos.

Las partidas volantes desde Guaimaro desmienten que existan partidas de 700 hombres en Zanjon (Camaniguan).

He tenido conocimiento de que se preparaba levantamiento de una

COMBATE DE SOLÍS

partida en Jaruco, provincia de la Habana, que se proponía proteger desembarco.

Han sido presos *veintiseis* comprometidos, once de los cuales estaban ya en camino, *habiendo salido de la Habana.* Extremo vigilancia y represión, estando dispuestas fuerzas para reprimirlas en puntos sospechosos. De los presos, los más significados, los mandaré por el correo del 10 para Cadiz, con destino á Ceuta.—*Calleja.*»

Como se vé, y no dejará de notarse por nuestros lectores, el despacho del Gobernador general de Cuba contenía no pocas ambigüedades y falta de datos que motivaron muchos comentarios y tristes deducciones en la opinión.

En primer lugar, de la primera parte del telegrama se deducía que los insurrectos habían atacado un poblado, cuyo nombre no se expresaba, y que en la defensa había tomado parte el pueblo, cuyo espíritu, así como el de los soldados y voluntarios era excelente, añadiendo que se había confirmado, además, haber muerto en el ataque el jefe de la partida, pero sin consignar quien fuese.

Nadie se explicó la deficiencia de detalles que acusaba el parte oficial, signo evidente de la falta de información; en cambio, en todos los ánimos causó penosísima impresión la grave noticia de que los insurrectos, no solo se atrevían ya á acercarse á los poblados que sabían estaban guarnecidos por nuestras tropas, sino que *los atacaban* con empeño y denuedo, como lo probaba la muerte del jefe de la partida; es decir, que no se constreñían ya á la manigua y á merodear por las *sitierías*, rehuyendo todo encuentro con nuestras columnas y dispersándose sin entablar combate, como hasta entonces habían venido diciéndonos todos los partes oficiales, sino que bajaban al llano y tomaban la ofensiva.

En cuanto á que el *espíritu* de las tropas, voluntarios y pueblo *había sido excelente*, nadie se explicó lo que con ello había querido decir el general Calleja, pues hasta entonces nadie había dudado ni un momento de que el espíritu del soldado hubiese dejado de ser leal y animoso, patriótico y disciplinado.

Mayor aún y más penosa fué la impresión que produjo en todos los españoles la segunda parte del despacho, pues ella demostraba de modo evidente y con la indestructible lógica de los hechos, que el país no solo simpatizaba con los insurrectos, sino que respondía al movi-

miento insurreccional, que se había extendido y tenido eco en la provincia de la Habana, cuyo levantamiento se había fraguado en la misma capital en inteligencia con otros elementos de fuera de la isla de quienes esperaban apoyo y recursos, como lo demostraba el objeto que los conspiradores y rebeldes se proponían al levantar la partida en Jaruco de proteger su desembarco.

El telegrama del capitán general dimisionario de la Gran Antilla, fué también extensamente comentado por los Ministros, reunidos en Consejo el día 8, acordándose en vista de la gravedad de la noticia comunicada por aquella superior autoridad de la isla, publicar al día siguiente en la *Gaceta de Madrid*, un decreto en el que se dispusiera que, prescindiendo de todas las formalidades de toma de posesión, el general Martinez Campos *fuese de hecho* gobernador general de Cuba y general en jefe del ejército de operaciones en el momento mismo en que desembarcara en cualquier punto de la Gran Antilla.

El Ministro de Ultramar comunicó enseguida por los hilos cablegráficos la parte dispositiva del decreto á la Habana y Puerto Rico, para que el general Martinez Campos conociese el acuerdo del Consejo de Ministros tan pronto llegara á este último puerto.

¡Tanta era la fé y confianza que tenía el Gobierno en la gestión del electo Gobernador general de Cuba!

***

Importante y digno de consignarse en letras de molde, para perpetuar su recuerdo y enaltecer la memoria de los que resultaron héroes, fué el brillante hecho de armas ocurrido en el Camagüey, el día 8 de Abril.

El Camagüey, cuya decisión de no tomar parte en aventuras re-

volucionarias nadie que procediese de buena fé podia poner en tela de juicio, vió invadido su territorio, á principios del mes de Abril, por elementos extraños procedentes de la parte oriental de la isla, que fueron á probar fortuna á aquella provincia.

El día 8 á las cinco de la tarde, cuarenta y ocho ginetes casi todos blancos, al mando del cabecilla Francisco Varona Tornet (Panchin), quien portaba machete de cruz y revolver, y cuarenta y cinco de aquellos iban armados de tercerola Remington y dos de escopetas, llevando todos machetes de media cinta, atacaron el poblado de San Miguel de Nuevitas.

A los gritos de ¡viva Cuba libre! entró la partida de insurrectos por la calle de Chiclana, dirigiéndose al cuartel de la guardia civil.

El puesto se componía de cuatro guardias á las órdenes del sargento Hermenegildo Martinez, el cual, al verse tan imprevistamente sorprendido por los insurrectos, sin arredrarse ante la fuerza numérica del enemigo, cerró la puerta del cuartel y desde la ventana rompió fuego de revolver contra ellos, secundado por sus cuatro compañeros y por su animosa mujer y su valiente hijo, niño de once años, los cuales se colocaron á su lado, cada uno con un arma, diciendo la primera con ánimo resuelto y un valor incomprensible en una débil mujer:

—«A tí no te matarán solo.»

A los cinco minutos el fuego de los insurrectos se hizo horroroso; las balas penetraban por las ventanas como si fuesen arrojadas á puñados por cien manos de titanes.

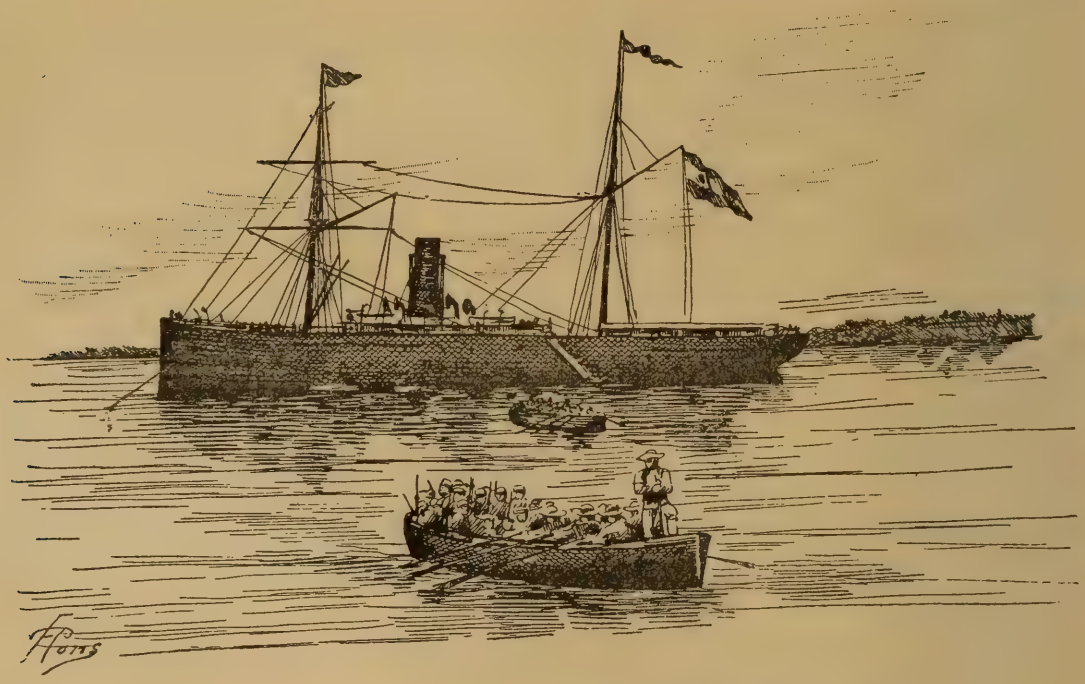
Al mismo tiempo los gritos de ¡viva Cuba libre! de los separatistas atronaban el espacio, y llevados por el viento penetraban por el hueco de la ventana y resonaban en la estancia ensordeciendo los oídos de los que la ocupaban.

El grito faccioso de los rebeldes era contestado por los guardias

con el patriótico de ¡viva España! á la vez que sin dar paz á las manos hacían vomitar mortífero plomo á los cañones de sus fusiles.

Rosario Ibañez, la animosa esposa del sargento Martinez, presa del mayor entusiasmo, enardecida por el olor de la pólvora é impulsada por su acendrado amor hácia el compañero de su vida, se apoderó de un machete y colocóse al lado de su marido dispuesta á defender su preciosa vida ó á vengarla y hacerla pagar cara á sus enemigos, caso de ocurrir una desgracia.

El pequeño José Martinez, al ver á su madre machete en mano



DESEMBARQUE DE TROPAS EN GUANTANAMO

junto al autor de sus días, quiso imitarla y con desconocimiento completo del peligro que corría, dirigióse al armero y subiéndose á una silla para poder dar alcance á una de las armas que lo guarnecían, alcanzó con sus flébiles y diminutas manos una carabina, y convulso, agitado y despidiendo sus ojos chispas del ardor bélico y amor filial que ardía en su pecho, dirigióse resuelto y animoso á la ventana, y colocándose junto á su padre, al lado opuesto del que ocupaba sn madre,

comenzó á disparar su arma contra los que instintivamente comprendía pretendían matar á sus queridos padres, privándole de su cariño y apoyo y sumiéndole en la más horrible horfandad.

—¡Quitarse de aquí!... ¡Meterse dentro!... ¡Esconderse!...—gritó Martinez al percibir á su mujer y su hijo junto á sí, y comprender el peligro que corrían.

—¡No, no!—respondióle Rosario con voz entera y acento firme y decidido—¡No te han de matar á tí solo!

***

El fuego arreciaba cada vez más, y los seis guardias, puesto que como á uno de tantos debemos considerar al niño José Martinez, se defendían como españoles.

Las descargas se sucedían unas á otras sin solución de continuidad, mezcladas con el infernal griterío de los insurrectos, que atronaban los aires con sus vivas á Cuba libre, los cuales eran contestados por los guardias con otros á España y á Cuba española, al propio tiempo que hacíam tantos y tan certeros disparos que mantenían á raya á sus enemigos.

Uno de los primeros que sintió los efectos del plomo que tan certeramente vomitaban los fusiles de nuestros valientes guardias fué el cabecilla *Panchin*, á quien uno de los disparos del valiente sargento le hizo morder la tierra y rodar por el suelo envuelto entre la polvareda y el humo, atravesado el pecho por un balazo que tiñó de roja sangre la pechera de su camisa.

La muerte de su jefe exasperó á los rebeldes, que ansiosos de vengarla continuaron la terrible lucha decididos á tomar por asalto el cuartel y pasar á cuchillo á sus irrendibles defensores.

Obedeciendo á las órdenes que les comunicaba su segundo jefe, que se había hecho cargo del mando de la partida en sustitución de Varona, vióse á los mambises agruparse en montón y dirigirse á la puerta del cuartel resueltos á penetrar por ella en la casa y copar á su exigua guarnición.

—¡Estamos perdidos!—exclamó entonces el sargento Martinez, al observar que la puerta estaba abierta por haber cedido á la nube de balas que sobre ella habían disparado los insurrectos ó por efecto de la precipitación con que él la había cerrado—Van á entrar por esa puerta y no hay quien pueda cerrarla, porque el pretenderlo sería exponer inútilmente su vida. Yo no puedo abandonar mi puesto porque ellos se acercan. ¡Vedlos aquí ya! ¡Maldición! ¡Vamos á ser copados.

—¡Animo, y á ellos!—gritó la mujer, animando á su esposo.

—¡Fuego!—voceó á sus compañeros, Hermenegildo.

Una nutrida y estruendosa descarga cerrada de los seis guardias, hizo detener en su marcha y vacilar en su propósito al grupo de insurrectos que se dirigía á la puerta.

Aprovechando aquel momento de vacilación del enemigo, la animosa y valiente Rosario, lanzóse con heróica resolución machete en mano á la puerta y la cerró de golpe.

¡Estaban salvados!

Un entusiástico ¡bravo por nuestra salvadora! salió de los labios de los cuatro guardias, en premio al acto de temerario arrojo y de heroismo de la digna émula de Agustina de Aragón.

Rosario, rojas sus megillas por el rubor que le causara aquel grito de alabanza y emulación, gritó enardecida por el triunfo conseguido y la satisfacción que en su alma sentía:

—¡Viva España!—y tornó á colocarse junto á su esposo serena y resuelta á exponer de nuevo su vida cuantas veces fuera preciso para salvar la de su marido y su querido hijo, de aquellos dos seres por ella tan amados.

Ya los insurrectos carecían de otro medio para penetrar en el cuartel, que el asalto por la ventana ocupada y defendida por los valerosos guardias.

El niño José Martinez había disparado ya doce veces su carabina contra los mambises, dando con su vocecita infantil un ¡viva España! cada vez que el tiro salía del arma.

***

La herida del jefe desconcertó algo á los de su banda y la heróica resistencia de aquel puñado de valientes les hizo vacilar en su acometida empresa más de una vez; pero no por eso se retiraban ni desistían de su empeño.

La tenáz é inaudita resistencia de aquellos siete héroes, les exacerbaba y enfurecía más y más, al verse impotentes á pesar de una lucha tan desigual.

Alentados por el segundo de la partida, Felipe Alvarez, cargaron con más furia, logrando llegar hasta la misma ventana.

Era preciso el último esfuerzo por parte de los atacados.

Martinez dejó entonces aproximarse hasta el hueco de la ventana á uno de los insurrectos.

Era un Hércules, de cara bronceada y descompuesta por el furor, el odio y la rabia, y con una musculatura de atleta.

Dejóle llegar á la ventana, y al apoyarse en el marco para saltar á la estancia, disparó contra él su revolver, con tan buen acierto, al propio tiempo que su mujer le asestaba tan terrible golpe de machete en la cabeza, que el mambí cayó exánime al suelo como herido por un rayo.

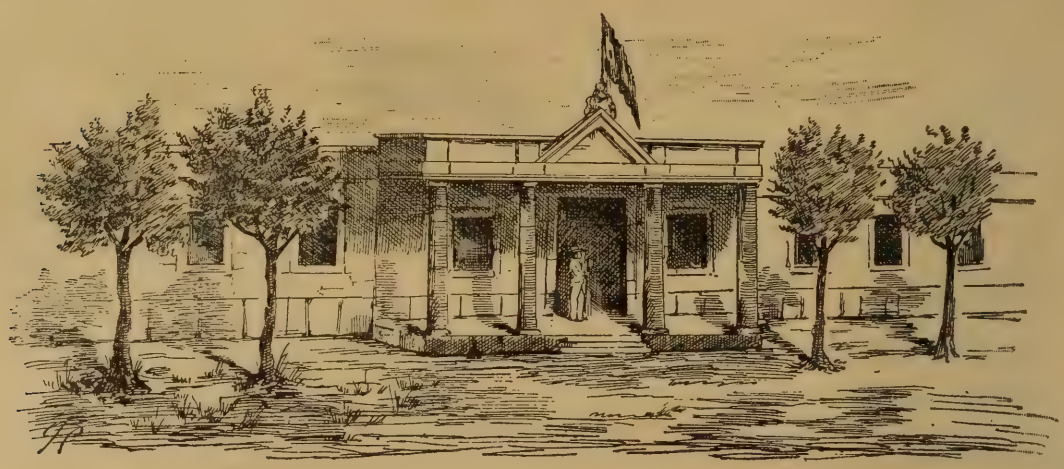
Un enérgico ¡viva España! acompañado de una descarga cerrada

resonó en la habitación ocupada por los guardias, que fué contestado por los insurrectos con un atronador grito de ¡viva Cuba libre!

Inmediatamente después vióse á estos recojer y retirar del campo de batalla á un nuevo herido; era, según luego se supo, el segundo de *Panchín*, Felipe Alvarez.

Muerto el jefe y herido su segundo, desconcertóse el enemigo y desistiendo de su empresa comenzó á retirarse por el camino de Baga.

—¡A ellos! ¡Viva España! ¡Mueran los bandidos!—gritó entonces Rosario, alentando á sus compañeros á perseguir á los que se retiraban.



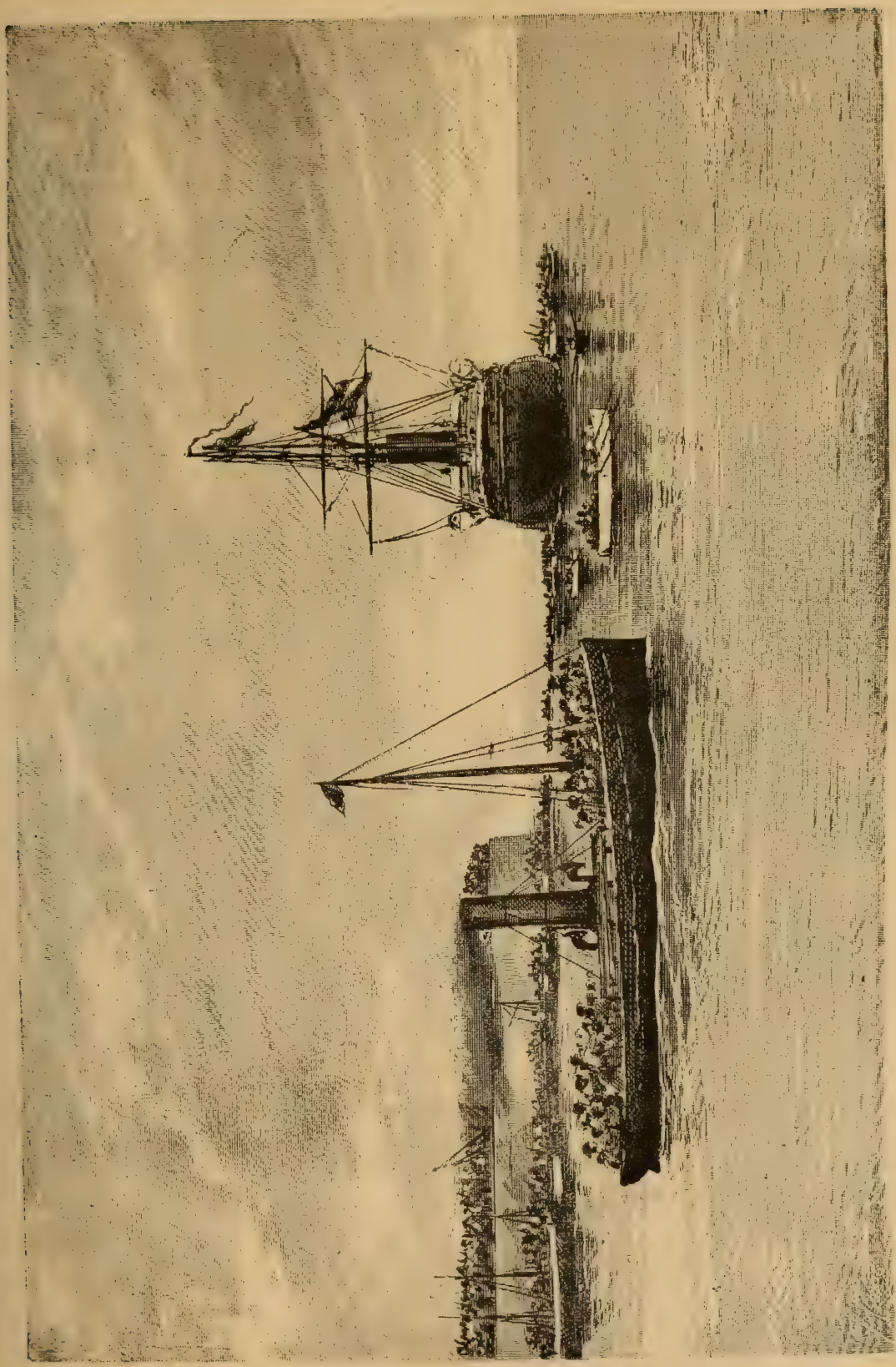
HOSPITAL MILITAR DE SANTIAGO DE CUBA

De pronto vióse palidecer el semblante de Rosario y pintarse el terror en el rostro de Martinez.

Era que al buscar con la mirada á su hijo, al sér de su sér, no lo habían visto; el niño había desaparecido de junto á ellos, y la densa capa de humo que flotaba en la atmósfera de la habitación les impedía ver á una distancia de dos pasos.

Un pensamiento horrible cruzó por la mente de los esposos, y una angustiosa mirada cruzaron sus ojos.

Y descompuestos, locos, fuera de sí, arrojaron las armas y se lanzaron en busca del sér amado.



EMBARQUE Y DESPEDIDA DEL GENERAL MARTINEZ CAMPOS EN EL PUERTO DE CADIZ

—¡Mi hijo! ¿Donde está mi hijo?—gritó con angustioso acento la infeliz Rosario.

—¡Aquí, madre!—contestó el pequeño saliendo al encuentro de su padre y arrojándose en sus brazos.

—¡Hijo mío! — exclamó con indefinible acento el conturbado Martinez estrechando contra su pecho al pequeño—¡Nos hemos salvado!

Y pasando al hijo á los brazos de su madre, se dirigió á abrir la puerta del cuartel; pero los insurrectos continuaban aún acribillándola á balazos.

—¿Por donde salir?—preguntó Hermenegildo.

—Por la ventana—contestóle Rosario.

Mas, un grito de ¡viva España! que resonó fuera del edificio, y fué contestado por los guardias que habían quedado en la ventana, les contuvo.

Era un destacamento de veinte hombres del batallón de Tarragona, al mando del teniente Padilla, que llegaba rápidamente en su auxilio, haciendo fuego por descargas sobre los insurrectos, que emprendieron la fuga en dirección á Bagá, abandonando heridos, armas y caballos.

La guarnición no tuvo que lamentar baja alguna, si bien en la refriega quedó muerta una pobre mujer vecina del pueblo y herida una infeliz niña, sin que se pudiera averiguar cómo ocurrieron estas dolorosas desgracias.

Los disparos de la guardia civil mataron al jefe de la partida Francisco Varona, conocido por *Panchín,* é hirieron gravemente á su segundo Felipe Alvarez, el cual falleció á las dos de la madrugada siguiente.

El ataque duró hasta las seis de la tarde.

El pueblo todo elogió la conducta y el valor del sargento y los guardias; pero llegó al colmo el elogio al considerar el valor heróico

de aquella mujer y aquel niño, que combatieron cuerpo á cuerpo con los insurrectos.

Panchin, cuyo cadáver abandonaron los suyos en su fuga, tenía una muñeca rota y atravesado el pecho de un balazo.

Alvarez, su segundo, que fué encontrado herido y recogido por nuestras tropas en el lugar del combate, murió á consecuencia de un balazo en el estómago.

La partida procedía de las Tunas y estaba compuesta de gente joven, en número de cincuenta hombres mandados por Varona y un tal Brito, en su mayoría blancos, con algunos de color, entre los que figuraban Felipe Aday que salió también herido y murió al día siguiente.

Según nuestros comprobados informes, la partida procedente de las Tunas, fué al Camagüey con el intento de apoderarse por sorpresa de algunos pequeños destacamentos para proveerse de fusiles y cápsulas con que armar á los insurrectos de aquella jurisdicción que carecían de armas de fuego y de parque.

Al no lograr su objeto y verse sin jefe y rechazados por el país del que tal vez imaginaron recibir apoyo, los audaces aventureros emprendieron desde luego viaje de retorno hacia las Tunas.

En su retirada se les vió llevar un herido atravesado en un caballo y otro con un brazo roto.

***

Retirados los insurrectos, uniéronse á la pequeña columna del teniente Padilla los cinco guardias y salieron en su persecución.

La animosa Rosario y el intrépido niño José, no quisieron separarse de su esposo y padre respective y formaron también parte de la co-

lumna, siendo aclamados á su paso por las calles del pueblo por todos sus habitantes.

Creemos un acto de justicia y un deber en nosotros, completar la narración de un hecho tan glorioso para España y tan honroso para los que lo llevaron á cabo, dedicando algunas líneas á los héroes de Nuevitas.

El sargento Hermenegildo Martinez, jefe del destacamento encargado de la custodia de la casa-cuartel de la guardia civil del poblado de San Miguel de Nuevitas, era un hombre de unos cuarenta años de edad, alto, fornido, de atezado y simpático rostro, delgado y nervioso, pero de fuerzas atléticas. Llevaba ya algún tiempo, cuando ocurrió el hecho que dejamos narrado, al frente de los cuatro guardias que con él y á sus órdenes formaban la guarnición de San Miguel.

DON SEGUNDO ALVAREZ
Uno de los prohombres del partido autonomista

La gente que habitaba el poblado era pacífica, y rara vez turbaba la tranquilidad y el reposo que en aquel desierto se disfrutaba.

Las primeras noticias de la fratricida guerra le hicieron pensar mucho en su situación y en los escasos medios de que disponía, caso de ser un día atacado por los insurrectos el cuartel; pero en su corazón español no se había albergado nunca el miedo; palabra cuyo significado y sentido ignoraba Martinez.

Si alguna vez sus compañeros le advertían el peligro en que se hallaban cinco hombres solos en medio de un desierto y sin medios de defensa, ni esperanzas de auxilio, el intrépido sargento les contestaba:

—No hay que pensar en el peligro á que se está expuesto, cuando uno tiene un deber sagrado é ineludible que cumplir y ha prestado un juramento, que no puede romper ni á él faltar ningún hombre de honor mientras vista el honroso uniforme que la madre patria nos entregó, y pueda empuñar el arma que nos confiara para defenderla. Cierto es que, ante una fuerza superior veinte veces en número, no quedaría otro remedio que sucumbir, pero haciendo pagar caras nuestras vidas, pensando que nuestra querida España nos contempla y nos anima á luchar por su honor, que es el nuestro, y por sus derechos que estamos obligados á defender hasta morir.

Con un jefe que así hablaba y respondía á las advertencias de sus subordinados y compañeros, ¿qué extraño que en la tarde del 8 de Abril ocurriera el heróico y memorable hecho que dejamos narrado?

¡Estaba previsto!

. . . . . .

Rosario Ibañez, la esposa del sargento Martinez, la heroína de San Miguel de Nuevitas, era una joven de unos veintiseis años de edad, de rostro agraciado y simpática figura, esbelta y delicada como una flor, pero con un corazón de española, todo amor hacia su querida patria, todo cariño hácia el hombre que la hiciera su compañera ante el altar y hacia el fruto de su unión conyugal.

Como buena española, era animosa y ocurrente, y como todas hacendosa, pues lo mismo cuidaba á su chiquillo á la vez que atendía á los quehaceres domésticos, que blandía el machete para abrirse paso por el bosque en busca de leña seca para el hogar.

De caracter amable y jovial, nunca le faltaba un chiste ó una *salida* para una situación apurada, y cuando oía hablar á los compañeros de

su esposo de los peligros á que se hallaban expuestos en medio de aquel desierto, les interrumpía diciendo con dulce sonrisa en sus labios:

—¡Quién dijo miedo, compañeros! Que vengan, que yo les prometo no les quedarán ganas de volver.

Y así fué.

. . . . . .

El niño José Martinez, hijo del matrimonio, era un muchacho de once años, con un corazón de hombre, listo y travieso, y muy aficionado á jugar á los soldados.

Ya hemos visto que como un verdadero soldado español se portó en la memorable tarde tantas veces mencionada.

***

El heróico comportamiento y la defensa épica de los cinco guardias que componían el destacamento del poblado de San Miguel de Nuevitas, fué premiado por el general en jefe del ejército de Cuba, concediendo el empleo inmediato al bravo sargento Martinez y una cruz pensionada á cada uno de sus valientes compañeros, cuyos nombres deploramos no conocer para consignarlos aquí y perpetuar su recuerdo.

¿Qué recompensa obtuvo la heroína de la jornada, la animosa Rosario?

La admiración de toda la Europa y de las Américas, y el aplauso unánime de todos sus compatriotas, en cuya memoria perdurará imborrable su glorioso recuerdo y su inolvidable nombre, que quedará grabado en las páginas de la historia pátria y esculpido quedó con indelebles caractéres en el pecho de todo español.

¡Gloria y loor eternos á los héroes que tan alto supieron poner el nombre de España y su gloriosa enseña, dando edificante ejemplo al mundo entero de su amor pátrio, y de cómo sabe cumplir y cumple siempre sus deberes el pundonoroso, indomable é indómito soldado español!

. . . . . .

Creemos oportuno, antes de poner punto final á este capítulo, consignar y dar á conocer á nuestros queridos lectores, la opinión que al primero de nuestros oradores, el ilustre historiador Castelar, merece el soldado español, honra y gloria de su patria.

CABECILLA ROLOFF

«...Gambetta decía que lo mejor de Francia era el ejército, y yo afirmo que el ejército es lo mejor de España. Quien lo dude, vea cómo lucha en todas partes con el valor de los héroes y mueren con la resignacion de los mártires.

Nuestro soldado es tan sobrio como valiente; sus virtudes militares y cívicas no tienen igual ni admiten cuenta. Resistente y sólido á semejanza de los ingleses, impetuoso y atrevido como los franceses, en la montaña ágil como los albaneses ó los griegos, firme en las llanuras como los austríacos, el soldado español reune todas las buenas cuali-

dades de los de las demás naciones, sin tener ninguno de sus defectos.

Sube al asalto como no suben más que los españoles; atraviesa como el árabe los desiertos de Libia, sin sentir fatiga; corre como los gauchos, en bandas invisibles, la pradera y las selvas de los trópicos, sin sucumbir al calor; presto á vivir bajo el cielo helado de Suecia, como en tiempo del marqués de la Romana, y á respirar el aire envenenado de Indo-China, como en las campañas triunfales de Mindanao y de Joló.

Ejército sublime, que ha tenido victorias como la de Bailen, levantamientos como el del 2 de Mayo, sitios como los de Gerona y Zaragoza, combates como los del Bruch, que recuerda la defensa del paso de las Termópilas; que nos ha conservado la patria intacta en la guerra de la Independencia, el derecho moderno en la sangrienta guerra civil de los siete años y en la fecunda revolución de Septiembre, la integridad territorial de las Antillas, y hoy mismo nos garantiza la paz y nos asegura el ejercicio cuotidiano y tranquilo de nuestros conquistador derechos.

Estas cualidades y virtudes nativas de nuestro ejército, hacen que él sea lo mejor de España, y que como él no haya otro en el mundo.»

CAPÍTULO XI

Nuestras fuerzas en Cuba.—Su distribución.—Gobiernos militares.- Buques de guerra.—Nuestro armamento.—El fusil Maüser y el machete.—Situación de la isla.—Fuerzas insurrectas.—Persecución del vapor *Warden*.—Telegrama oficial.—Aventuras de un *mambí*

AL estallar la insurrección, las fuerzas de nuestro ejército que guarnecían las capitales y poblaciones más importantes de la isla, solo ascendían á un total de *trece mil* hombres, divididos del modo siguiente:

Quince batallones de infantería, ó sea siete regimientos y un batallón de cazadores.

Los regimientos eran *Alfonso XII*, número 62, *María Cristina*, número 63, *Simancas*, número 64, *Cuba*, número 65, *Habana*, número 66, *Tarragona*, número 67, *Isabel la Católica*, número 75; y el batallón de cazadores de *Cadiz*, número 22.

Dos regimientos (ocho escuadrones) de caballería, *Hernán Cortés*, número 29 y *Pizarro*, número 30.

Un batallón de artillería de plaza; una batería de montaña; un batallón mixto de ingenieros; tres tercios de la guardia civil; un batallón de orden público, una brigada disciplinaria y varios cuerpos de milicias locales.

Las fuerzas de la guardia civil estaban distribuídas en la forma siguiente:

El tercio 17.° tenía la subinspección en la Habana, y las comandancias en esta capital, en Matanzas, en Colón y en Vuelta de Abajo; el 18.° tercio tenía la subinspección y comandancia en Santa Clara, y comandancias en Remedios, Sagües, Cienfuegos y Sancti-Spíritus, y el 19 la subinspección y comandancia en Puerto Príncipe, y comandancias en Cuba y Holguin, formando un total de 185 oficiales y 4.318 guardias.

A estas fuerzas hay que añadir las del instituto de voluntarios de Cuba, de los cuales se movilizaron unos *seis mil.*

De modo que con los cuerpos asimilados, generales y oficiales, y cuerpo de Estado Mayor, componían un total de 838 oficiales y 19.999 soldados de todas armas.

***

Al frente de la provincia y la plaza de la Habana se hallaba como general segundo cabo, el general Arderius.

Constituían la guarnición de la capital de la isla y de sus castillos del Morro, la Cabaña, del Príncipe, San Diego, la Punta y Atarés, y las baterías de la Reina y Santa Clara, las fuerzas siguientes:

El regimiento de infantería de Isabel la Católica, número 75, el regimiento de caballería (cuatro escuadrones) de Pizarro, número 30, el batallón mixto de ingenieros, cuatro compañías de artillería de montaña, el batallón de orden público y las fuerzas de voluntarios, compuestas de siete batallones de cazadores, dos de ligeros, dos de artillería, un regimiento de caballería, un escuadrón de húsares, un regimiento montado de artillería, y el batallón de bomberos.

Al frente del Gobierno militar de la provincia de Santiago de Cuba estaba el general de división don José Lachambre; del de Las Villas, el general de brigada don Antonio Luque; del de Puerto Príncipe, el de brigada don Federico Alonso Gasco; del de Matanzas, el de brigada don Luis Prats, y del de Pinar del Rio, don Cipriano Carmona.

Afectos al apostadero de la Habana y encargados de los servicios marítimos de la isla, hallábanse los siguientes buques de nuestra Armada.

Cruceros de segunda clase: *Infanta Isabel*, buque almirante, de 1196 toneladas, con 4 cañones Hontoria de 12 cent., que enarbolaba la insignia del Comandante general del Apostadero, contralmirante don Alejandro Arias Salgado; *Conde de Venadito*, de 1189 toneladas y 4 cañones Hontoria de 12 cent., que mandaba el teniente de navío de primera clase don Luis Ibarra por enfermedad del comandante propietario señor Mendicuti que había quedado en Canarias, y el *Jorge Juan* de 935 toneladas, con un cañón Pallisser, de 16 cent., al mando de don Federico J. Parga.

Estos dos últimos buques, si bien no se hallaban en aguas de Cuba al estallar la insurrección, llegaron allí á los pocos días.

El comandante del *Infanta Isabel* lo era el capitán de fragata don Buenaventura Manterola.

Crucero de tercera clase: *Sanchez Barcáiztegui* al mando de don José G. de la Cotera.

Cañoneros de segunda clase: *Cuba Española*, de 255 toneladas, con un cañón Parrot de 13 cent.; *Contramaestre*, de 179 toneladas y un cañón de igual sistema y calibre; el *Indio*, de 199 toneladas y un cañón id., id.; y los de cien toneladas *Descubridor*, *Telegrama*, *Manatí* y *Caridad*.

Cañoneros torpederos: *Nueva España* que al mando del señor Gomez Barreda prestaba servicio en Puerto Rico; *Fernando el Católico*,

de madera, cuyo mal estado no le permitía navegar; *Magallanes*, *Concha*, *Filipinas*, *Galicia*, *Vicente Yañez Pinzón*, *Martin Alonso Pinzón* y *Alcedo*, todos mandados por tenientes de navío de primera clase.

Además del personal de la Armada afecto á los buques mencionados, había en Cuba un contralmirante comandante general del Apostadero y jefe superior de las fuerzas navales de las Antillas; un capitán de navío de primera clase (brigadier), comandante de marina del puerto de la Habana, cargo desempeñado por don Buenaventura Piloco; el mayor general del apostadero y el jefe de la inscripción marítima.

JOSÉ MACEO

Por la ley de 29 de Junio de 1894, fijando las fuerzas navales para el año económico de 1894 al 95, fueron asignados para formar las tripulaciones de los buques de guerra de estación en Cuba, 897 marineros y 214 soldados.

***

El armamento de nuestro ejército en aquella fecha, era el fusil Remington, pero al poco tiempo de estallar la insurrección en Cuba, fué dotado casi en su mayoría del nuevo fusil Maüser, de grandes y reconocidas utilidades para la guerra.

A las innumerables ventajas que el Maüser tiene sobre el Remington, ya por su mayor alcance, ya por su velocidad mayor en los disparos, hay que agregar el menor peso del arma y la seguridad en la puntería y sobre todo el beneficio, que con él se ha obtenido y que le ha valido el nombre de *arma humanitaria*, dado por un doctor alemán, de que las heridas que sus proyectiles causan son de más fácil curación.

La facilidad y rapidez en el tiro son extraordinarias, pues con solo mover el cerrojo, el muelle elevador empuja los cartuchos, que se agrupan de cinco en cinco por medio de un cargador, sale el tiro y vuelve á colocarse encima el proyectil que sigue en orden de colocación al disparado.

Este fusil tiene en vez de bayoneta, un machete ó cuchillo muy agudo con vaina de acero.

El armamento de los insurrectos varía desde la escopeta de caza hasta la carabina revolver; pero su arma de guerra que manejan con sin igual destreza y se hace terrible en sus manos, es el machete llamado de *media cinta*.

Se habló tanto de esa arma al comienzo de la actual campaña, encareciendo sus ventajas sobre la bayoneta usada por nuestros soldados, que *Moján-Balmi*, ilustrado colaborador de *El Correo Militar*, creyó oportuno publicar en este diario madrileño un estudio acerca de dicha arma.

Según el inteligente articulista, existen y se usan por los mambises tres clases ó modelos de machete, á saber: el *calabozo*, que es el más corto, el de *chapeo*, y el llamado de *media cinta*.

El primero no se usa como arma de guerra, porque siendo su hoja

muy parecida á la de una faca grande del tamaño de los antiguos machetes usados por nuestros gastadores y semejante al *bolo* de los malayos, solo es de utilidad para la corta de árboles, por lo que sólo se usa por la gente del campo en los trabajos del monte.

El machete de *chapeo*, es algo más corto que un sable y tiene todos los defectos posibles á cambio tan solo de una buena cuchillada, tanto más facil de parar cuanto que á causa del gran peso del arma y consiguiente desequilibrio no puede ser muy rápida.

En cuanto al llamado de *media cinta*, su hoja es más estrecha y más larga que la de los sables que usa nuestra caballería, recta y de punta enbisel: es pesado, y su excesiva longitud y lo separado que se halla de la mano el centro de gravedad, lo hace más pesado todavía. Sin embargo de esto, es preferible al de *chapeo;* razón por la cual es el más usado como arma de combate por los filibusteros.

De su examen deduce lógicamente *Mojan-Balmi*, empleando al efecto argumentos de incontestable valor, que tanto en el combate individual como en el colectivo, ora á pié, ya á caballo, es muy inferior el machete como arma de combate, á la bayoneta armada en el fusil y al sable de nuestra caballería.

«Los hechos—concluía el articulista en su estudio—con su lógica indestructible, sancionan cuanto llevo expuesto. Ni en la campaña anterior, ni en la actual, esos famosos macheteros han podido romper en combate personal ni colectivo el cuadro de nuestra infantería cuando la han hallado apercibida á rechazar el ataque; lo mismo si han sido cuadros de batallón, como en Naranjo, que de compañía, como en Dos Rios. Tampoco con nuestros ginetes han sido más afortunados. Colón en las Guásimas y Cortés en Dos Rios, han probado la supremacia del sable.

»En una dispersión, en una sorpresa, sus efectos son terribles; pero allí no hay combate, es un degüello que horripila. La cuchillada

del sable pone fuera de combate á un hombre, rara vez lo mata: la del machete, por casualidad, le deja con vida. Pero esto no prueba sus ventajas y bondad como arma de combate, sino como cuchilla de carnicero.

»Podrá objetarse por los *montunos*,—terminaba—que su uso en Cuba es indispensable; que un hombre á caballo, machete en mano, se abre paso por el monte, cuya manigua y bejucos corta rápidamente; es muy cierto, pero el sable convenientemente afilado puede servir lo mismo, sin perder las buenas condiciones que tiene como arma de combate.

»Algunos machetes y un par de hachas por escuadrón, facilitan los trabajos de campamento.»

***

La situación de la isla antes del desembarco de Maceo y sus secuaces y de la llegada del nuevo Gobernador y capitán general señor Martinez Campos, según los comprobados informes de nuestros celosos corresponsales, corroborados por los de la prensa peninsular, sin negar importancia al movimiento del antiguo departamento oriental por los sacrificios que la represión de la rebeldía había de imponer á España, sobre todo si los cabecillas sabían sacar partido de los accidentes del terreno y de las dificultades que la falta de vías de comunicación había de oponer á las columnas expedicionarias de nuestros soldados, no era de tanta gravedad como pretendían los laborantes y suponían los pesimistas, y nadie creía que contasen los insurgentes con probabilidades de vencer, y todos consideraban exageradas las informaciones alarmantes transmitidas á la Península por el marqués de Pinar del Rio.

Según el *Diario de la Marina*, de la Habana, las partidas forma-

das en aquella fecha en Cuba, eran las siguientes: La partida de Massó, que operaba en la jurisdicción de Manzanillo, se componía de 340 hombres, de los cuales solamente unos 80 ó 100 iban armados.

La de los Tamayo y Estrada, ascendía á unos 300 hombres, de los que solo 100 llevaban armas.

La del cabecilla Lora estaba formada por 700 ú 800 hombres, muchos sin armas.

Los cabecillas Perez, Brooks y Lugo, que recorrían la jurisdicción de Guantánamo, llevaban 140 hombres.

Las partidas de Guillermón y Banderas, componían un total de 150 hombres próximamente.

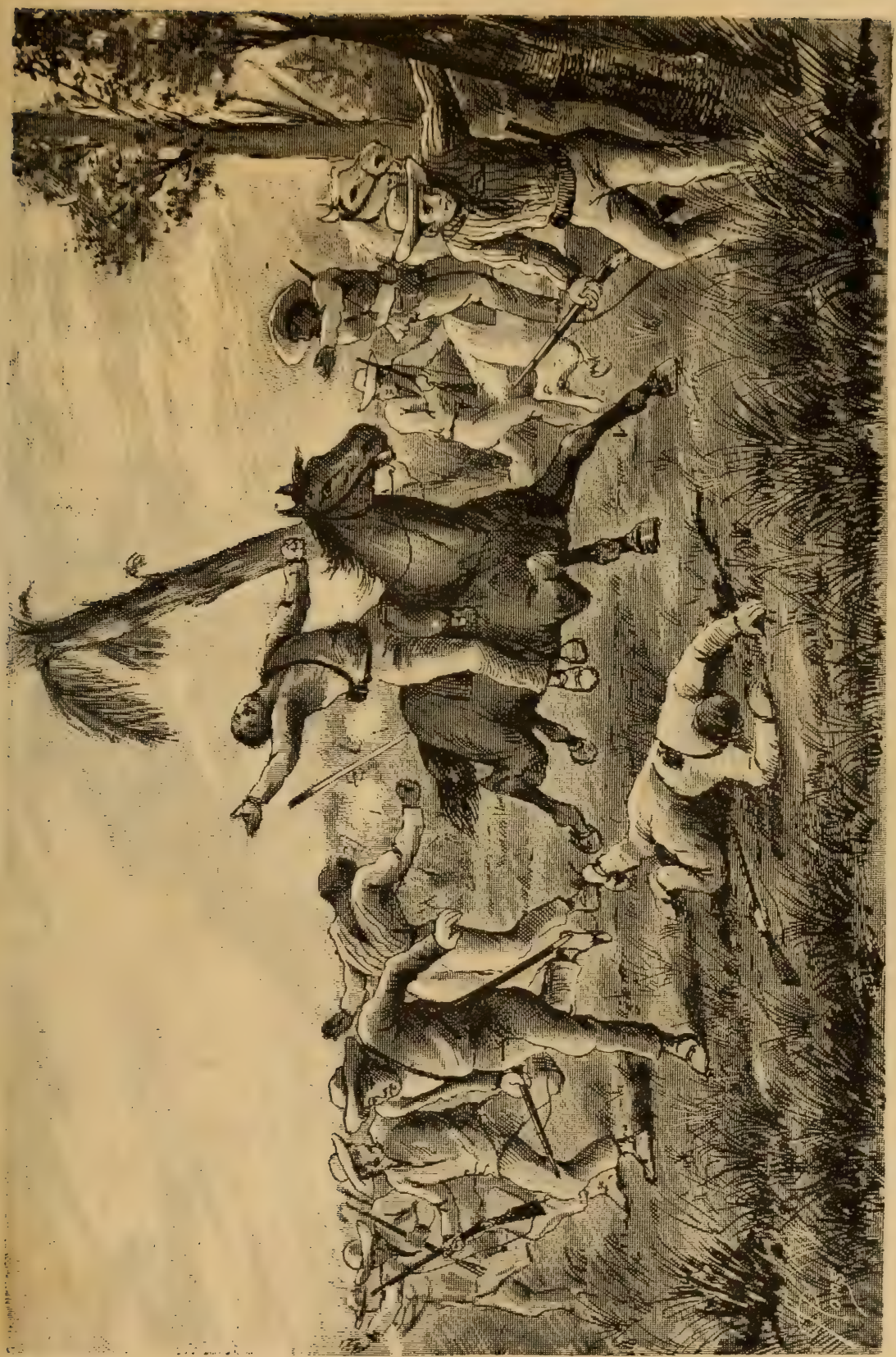
ANTONIO MACEO

Por Veguitas, Bueycito, Guisa, Robit y puntos cercanos á éstos, pululaban unos 350 hombres, no todos armados.

Y en Holguin se hallaba el cabecilla Miró al frente de unos 25 hombres.

En junto unos *dos mil* hombres, de los cuales solamente *mil quinientos* estaban armados.

De estas partidas se habían presentado en la referida fecha Sartorius y Velazquez, que iban con Miró; Esteban Tamayo, Belisario Ra-



atravesado el pecho por un balazo, que tiñó de roja sangre... (pág. 157)

mirez y Damián Caballero; Brooks, que se había fugado, y el doctor Marrero, que tuvo que rendirse con su gente y había sido hecho prisionero.

La insurrección, por tanto, no tenía importancia más que en la región de Santiago de Cuba, donde en la susodicha fecha estaba localizada.

***

Al tener noticia el Gobernador general de la isla del embarque de Maceo en Puerto Limón (Costa Rica), ordenó que zarparan del puerto de la Habana para vigilar las costas de Cuba y estacionar en las aguas de la isla Fortuna, los cruceros *Nueva España* y *Reina Mercedes*.

Los comandantes de estos buques llevaron la comisión especial de averiguar si el vapor *Warder* conducía efectivamente al cabecilla Maceo, é impedir que este desembarcase en las costas de la grande Antilla.

El ministro plenipotenciario de España en Washington, quedó encargado de averiguar si el vapor *Warder* llegaba á Nueva York ó á algún otro puerto de la República norte-americana con los viajeros, y comprobado caso contrario, saber el puerto donde éstos habían desembarcado.

Los citados cruceros salieron de la Habana para la isla Fortuna y á cruzar la costa, la tarde del 30 de Marzo.

El propio día, según telegrama oficial del general Calleja al Ministro de la Guerra, fué batida por el comandante militar de Tunas la partida mandada por el cabecilla Cepote, compuesta de *cien* hombres, dispersándola hácia Arenas, sin que ocurriera novedad en las demás provincias y continuando tranquilo el resto de la isla.

***

Por lo novelesco é interesante que resulta el relato de las aventuras hecho á un redactor de *La Región* de Matanzas, por el jefe de la partida que se levantó en Jagüey Grande y fué batida y disuelta por nuestras tropas, copiamos á continuación algunos párrafos de la relación publicada por dicho diario.

La aventura de los cocodrilos parece tomada de una novela de Julio Verne.

El jefe filibustero, asegura dicho redactor, refirió sus aventuras en los siguientes términos:

«Desde el primer día, y á contar del primer combate, comprendimos lo horrible de nuestra situación, pues vimos asombrados que nos rodeaban cerca de cuatrocientos hombres.

»Al vernos cercados por las fuerzas enemigas, siete de los nuestros hicieron fuego sobre ellos, y se les contestó con una descarga cerrada, sin que ninguno de nosotros resultase herido.

»Esto nos hizo pensar en si nos tirarían solo para intimidarnos ó en si el cielo se interpuso entre nuestros pechos y las balas enemigas para salvarnos la existencia.

»Nos dimos entonces á la fuga, internándonos en el monte, hasta encontrar la Ciénaga, donde ¡17 hombres! tuvieron por único almuerzo una *jigotea* y dos jutias. Este fué todo su alimento durante dos días..... ¡Un banquete!

»Esto era al medio día. Al caer la tarde, después de andar mucho tiempo con el agua á la cintura, encontramos una especie de montículo, donde nos detuvimos para descansar aquella noche, pensando en las penalidades que nos aguardaban al otro día.

»Cuando hubo cerrado la noche, á uno de los centinelas le pareció ver brillar en la sombra unas lucecitas á ras del suelo, las cuales se iban acercando paulatinamente.

»De pronto le pareció oir sollozos comprimidos, y excitado por la curiosidad llamó á sus compañeros.

»Momentos después y tras grandes trabajos logramos encender unas cuantas ramas, las que húmedas por el rocío de la noche, despedían llamas muy débiles y pequeñas.

»Entonces, al fulgor de tan ténue luz, vimos con sorpresa que éramos asaltados por más de cuarenta cocodrilos de extraordinarias dimensiones y gigantescas mandíbulas armadas de agudos y terribles dientes.

SARGENTO HERMENEGILDO MARTINEZ

»El doctor Marrero nos ordenó un ataque al machete, y con éste la emprendimos contra las fieras, las cuales no conseguimos ahuyentar y nos tuvieron en vela toda la noche, pues no hicieron su retirada hasta que apuntó el alba.

»Como á las nueve de la mañana de aquel mismo día fuímos sorprendidos por la tropa, con la que sostuvimos muy poco tiempo el fuego, pues solamente siete de los nuestros pudieron hacer uso de sus rifles, dejando herido á un voluntario.

»Los caballos, monturas y algunas armas, fueron ocupados por las tropas, quedando á disposición del comandante de la línea.

»El mismo día en que esto ocurrió capitularon dos ó tres de la par-

tida, y dos días después se presentó el doctor Marrero con casi la totalidad de la facción.»

Este es el relato que publicó el aludido periódico de Matanzas, *La Región*, de cuya veracidad no respondemos, por no haber tenido ocasión de comprobarla ninguno de nuestros celosos corresponsales en la isla.

CAPÍTULO XII

Maceo en Guantánamo.—Encuentro en Monteverde.—Biografía.—Españoles y cubanos en Costa Rica.—Colisión en San José.—Isidro Incera.—Honroso tributo á España.—Protesta y exposición.—Conducta del Gobierno español.—Muerte de Guillermón.--Noticias alarmantes.—Comentarios y pesimismos.—Saludable reacción.—Maceo derrotado cuatro veces.—Acción de Palmarito.—Muerte del *general* Flor Cromwert.

A PESAR de la vigilancia ejercida en las costas de Cuba por nuestra marina de guerra y de hallarse prevenidas las autoridades de la isla de la salida de Puerto Limón, (Costa Rica), de la expedición filibustera organizada por Maceo y sus secuaces, ya hemos visto que los expedicionarios lograron desembarcar sin contratiempo alguno para ellos, en las playas de Duavas ó Baracoa.

Pocos días dejó pasar el famoso mulato y prestigioso separatista en dar señales de su presencia en la isla, y muy pronto dió ocasión á nuestras columnas de disipar toda duda respecto á su desembarco y adquirir la certeza de que se hallaba entre los suyos y había tomado el mando de una numerosa partida que recorría la jurisdicción de Guantánamo reclutando gente.

En efecto; el día 9 recibía el Gobierno un telegrama del general Calleja dando parte de haberle comunicado el general Lachambre, que la columna Simancas con fuerzas de voluntarios había tenido un encuentro en Monteverde (Guantánamo) con la partida que mandaba Maceo, á la que batió dos veces, haciéndole tres prisioneros y varias bajas, de estas un expedicionario.

***

Esperábamos llegar en nuestra narración á tener al famoso cabecilla mulato operando con sus huestes en la manigua, para dar á conocer á nuestros lectores algunos datos biográficos del renombrado jefe del separatismo cubano.

Antonio Maceo es un mulato nacido en Santiago de Cuba, de unos cuarenta y ocho años de edad, alto y fornido, de buena figura y aspecto simpático.

Su caracter es serio, pero amable y astuto; es hombre bastante instruído, de finos modales y probado y reconocido valor; cualidades que le han creado gran prestigio entre los de su raza, sobre los que ejerce grande influencia.

Al terminar la pasada guerra separatista en Cuba, en la que conquistó gran reputación militar por su valor, sus proezas y su entereza de caracter indomable é indómito, que le valieron el ser elegido general de los insurrectos, retiróse á Costa Rica, cuyo Gobierno le nombró á su vez general de su ejército.

Maceo está casado con una cubana, de la cual tiene varios hijos, y gozaba de una regular posición, siendo poseedor de una colonia en Punta Arenas (Costa Rica).

Aunque alejado de su país, no ha dejado nunca de estar en inteli-

gencia con los demás jefes separatistas que quedaron en la isla, después de la capitulación del Zanjón, y allá en su voluntario destierro no abandonó ni un momento la acariciada idea de librar á Cuba de la soberanía de España y proporcionarle la independencia, sin que ni por un instante desterrara de su corazón el ódio mortal que profesara y tuvo siempre á los españoles.

Un hecho ocurrido en la capital de la República Costaricense, en Noviembre de 1894, vino á demostrar nuestro aserto de que el odio y la animadversion contra los españoles existía latente y *vivido,* no solo en el pecho del ex-general separatista, sino en el de todos los cubanos que formaban la colonia por él presidida.

ROSARIO IBAÑEZ DE MARTINEZ

***

Con motivo de celebrar la compañía cómico-dramática del señor Delgado, que actuaba en el teatro de San José, el beneficio del primer actor español don Ricardo Valero, habíanse congregado en el coliseo costaricense todos los españoles residentes en la capital.

A la función asistió también Maceo acompañado de varios cubanos, entre los que figuraba el autor de un suelto publicado el día anterior en uno de los periódicos locales, ofensivo para España y los españoles.

Entre éstos, ya la noche anterior en el casino se creó atmósfera con-

tra el periódico y el autor del suelto, y durante la función se comentaron de nuevo en los corrillos que se formaron en el *foyer* y en los pasillos del teatro, las frases y conceptos del escrito que se consideraban ofensivos á su dignidad, dando lugar la discusión á que los ánimos se exaltasen algún tanto y se caldease la atmósfera que desde la noche anterior venía formándose y presagiaba una próxima tempestad.

Al terminar la función salieron del teatro, cubanos y españoles, en dos grupos separados, yendo al frente de los primeros el mulato Maceo; y al llegar á la manzana inmediata al teatro, uno de los españoles se separó del grupo y adelantóse á pedir explicaciones al autor del suelto ofensivo, que iba al lado de Maceo.

Pronto la discusión se hizo general y tomó caracter de acalorada disputa, pasando muy luego unos y otros á echar mano á las armas y dispararse diez y seis ó diez y ocho tiros de revolver.

De la colisión ó refriega resultaron heridos Maceo y otro cubano, y muerto el español don Isidro Incera, honrado y dignísimo, bajo todos conceptos, compatricio, que llevaba ya muchos años establecido en Costa Rica y era muy estimado por sus compatriotas por su buen corazón, su magnanimidad y su acendrado amor á la madre patria, á la que, no obstante su larga ausencia, no había olvidado y rendía fervoroso culto.

Recogido el cadaver del desventurado Incera por la policía, fué trasladado al hospital y depositado en una de las camillas de la sala ó depósito de cadáveres; pero no estuvo allí mucho tiempo. Sus reconocidos compatriotas y obligados amigos no podían consentir que el cuerpo del hombre que había perdido la vida por defender la honra de todos y la dignidad de la patria, quedase solo y abandonado en la lúgubre estancia de un hospital.

Impulsados por ese deber, hijo de la nobleza de alma de todo español y dictado por el sentimiento de la amistad que les uniera al que

había sido víctima de su pundonor é hidalguía españolas, se presentaron á exponer sus deseos y pedir su apoyo para realizarlo, á nuestro representante, el cónsul de España, con cuyo concurso y mediación les fué entregado el cadaver del desgraciado Incera, al cual trasladaron en hombros á casa de uno de sus parientes.

Convertida la habitación en cámara mortuoria y capilla ardiente, deudos y amigos velaron el cadaver y no le abandonaron ni un solo instante hasta que llegó el momento de la forzosa y eterna separación.

***

La prensa costaricense al referir y dar cuenta en sus columnas del triste suceso, lamentó la muerte del honrado y dignísimo Incera, á cuya memoria tributó sentidas frases, elogiando su magnanimidad de corazón, su hidalguía y caballerosidad.

A las cuatro de la tarde del día siguiente, verificóse el entierro del pundonoroso español, que fué una grandiosa manifestación de duelo, pues á pesar de estar lloviendo á mares, como si el cielo hubiese querido tomar parte en el llanto y duelo general que la muerte del malogrado Incera produjo entre sus compatricios y conciudadanos, acudieron á formar parte de la fúnebre comitiva, deseosos de rendir el último tributo á la amistad y á la honradez del finado, todas las clases sociales de Costa Rica.

En el cementerio y antes de dar cristiana sepultura al cadaver, el consul español don Juan Velez, pronunció un sentido discurso ú oración fúnebre elogiando las virtudes cívicas y las bellas cualidades personales que adornaban y enaltecían al que había muerto víctima del ódio de los eternos enemigos de España.

Otros españoles pronunciaron también breves y sentidas frases

dando el último adios al inolvidable compañero y querido amigo, cuyo recuerdo había de perdurar eternamente en la memoria de todos por su bondad de corazón y magnanimidad de sentimientos de su generosa alma, lo cual hacía que fuese muy difícil de llenar el vacío que en la colonia española dejaba el finado.

El siguiente día formulóse por la colonia española una protesta que fué presentada al consul, en cuya morada se redactó y firmó por todos los españoles residentes en Costa Rica un documento ó exposición para el Gobierno de España, dirigido al Ministro de Estado por conducto de aquel consulado.

¿Qué contestación dió el Gobierno español á dicho documento-exposición ó *memorandum*?

¿Qué hizo España para que se castigase, como tenía indiscutible derecho á pedir, el ultraje inferido á sus hijos por sus eternos enemigos, en un país amigo y en territorio neutro, y la muerte del malogrado y pundonoroso Incera?

Dar oidos de mercader, como siempre, á los justos y dignísimos deseos expuestos y solicitados por los fieles guardadores de su honra y y del decoro nacional en extranjero suelo.

¡Así pagan nuestros gobernantes el celo de sus compatriotas por defender la honra y la dignidad de la madre patria, cuando en lejano sitio y extranjero país es ultrajada y vilipendiada por sus enemigos!

***

El día 10 comunicó al gobierno el general Calleja por telegrama oficial, que según noticias fidedignas que había recibido, había muerto el cabecilla Guillermón y que en el resto de la isla no ocurría novedad.

Y un telegrama particular aseguraba estar confirmada la noticia

de que en el pueblo de Mucaral había fallecido á consecuencia de una diabetes, el negro Guillermo Moncada, cabecilla separatista conocido por el nombre de Guillermón, el cual estaba ya enfermo cuando salió al campo, en los últimos días de Febrero, al frente de una banda de negros rebeldes.

Guillermo Moncada (a) Guillermón, fué uno de los ex-jefes separatistas de la pasada guerra que primero se lanzaron al campo de la actual insurrección, al frente de una de las partidas levantadas en la provincia de Santiago de Cuba.

EL NIÑO JOSÉ MARTINEZ IBAÑEZ

Era todo un gigante, y á pesar de su ya avanzada edad, contaba más de cincuenta años, estaba dotado de una fuerza hercúlea y de un valor extraordinario; cualidades que le hacían el hombre más popular entre los suyos, los cuales citaban con orgullo el nombre de Guillermón como muestra de lo que es capaz su raza.

Grande era la influencia y el prestigio que gozaba entre la gente de color, y por esto causó cierta alarma en la Península, la noticia de hallarse este cabecilla en campaña en el departamento Oriental, donde los negros abundan mucho.

En la pasada guerra se titulaba brigadier y según nuestros informes era de los separatistas que con más fé y entusiasmo peleaban por la independencia de Cuba, porque en el logro de su sueño veía el

triunfo de su raza, que el mismo ódio siente hácia los españoles peninsulares como contra los criollos, á quienes además desprecia.

Era muy vivo y simpático, aunque se advertía en él la confianza en su fuerza, de la que estaba muy poseído.

Fué de los últimos cabecillas que se acogieron á la paz del Zanjón, pues su caracter inquieto y batallador hacía que se encontrase muy á gusto en campaña.

A consecuencia de su monomanía separatista y de su caracter turbulento é indómito, fué desterrado de la isla en 1880, pero tornó luego y aún aceptó un destino público, si bien sin claudicar de sus ideas, ni dejar de alentar entre los negros el espíritu de rebelión contra los blancos.

Cuando el general Calleja estuvo en Santiago de Cuba, estaba preso nuestro hombre por conspirador.

El general, sin duda, para obligarle por la gratitud á permanecer fiel á la madre patria, ordenó que se le pusiera en libertad; y en efecto, á los pocos días se hallaba en el campo insurrecto al frente de una partida de negros, llevado por su inextinguible odio de raza.

Guillermón, como Maceo y otros jefes separatistas de color, hubiera sido el azote de los criollos de raza europea, el día que la insurrección lograse, que no lo logrará, la independencia de Cuba.

***

Una alarmante noticia que impresionó tristemente la opinión, recibióse el propio día 10 en la Península.

Según un despacho telegráfico particular de la Habana, se había descubierto una conspiración separatista en Puerto Príncipe.

Y añadía el telegrama que los conjurados se proponían levantar

una partida tan pronto desembarcara en la isla el general Martinez Campos, y que habían sido reducidas á prisión varias personas muy conocidas y de alguna significación de Puerto Príncipe, entre las que se hallaba el marqués de Santa Lucía.

Esta grave noticia unida á las que comunicó á la prensa de la Metrópoli la *Agencia Havas* desde Nueva York diciendo que, según un telegrama de Washington al *Herald*, comunicado por su corresponsal en Cuba, los insurrectos de Guantánamo habían celebrado el día 11 una Asamblea, en la que proclamaron la independencia de la isla y votaron una Constitución, y que en Fernandina y la Florida, varios filibusteros cargados de armas y municiones, trataron de desembarcar en Cuba, vino á aumentar la alarma y á hacer más penosa la impresión de los españoles, por ver en ellas una evidente señal que el movimiento insurreccional había repercutido en otras provincias é iba extendiéndose por toda la isla con el apoyo y concurso de personas de alguna significación política y de valía é influencia en el país.

Otra noticia nos comunicó también la *Agencia Havas* el propio día 11, que dió lugar á numerosos comentarios y tristes augurios entre los pesimistas.

Decía así el despacho fechado en Nueva York:

«El *Herald* ha celebrado una *interview* con el cabecilla Maceo, jefe de los insurrectos cubanos.

»Según afirma Maceo, los rebeldes tienen armas para *cuarenta y cinco mil* hombres, con los cuales, y con ayuda de las enfermedades del país, cuenta vencer á las tropas del Gobierno español.—*Havas*.»

Era tan sospechosa la procedencia del telegrama, que nadie dió crédito á la noticia comunicada por la agencia telegráfica, pues bien se conoció por él, que las simpatías por los insurrectos de periódicos norte-americanos tan caracterizados como el *New York Herald*, eran muy notorias.

Por lo mismo, todo el mundo convino en que debía ponerse en cuarentena, más todavía, en negar en redondo todas las noticias favorables á la insurrección que se recibiesen por dicho conducto.

En otro despacho fechado en Londres el día 12, comunicó á la prensa española la *Agencia Fabra* que, el periódico *The Thimes* había publicado un telegrama de Filadelfia, dando cuenta de que el Senado del Estado de la Florida había emitido un voto de simpatía y aliento á los insurrectos cubanos.

Advertía, sin embargo, como comento á la noticia el periódico londonense, que convenía tener en cuenta que dicha votación solo representaba á lo sumo los deseos de una corporación local y no seguramente los que animaban á la República norte-americana.

«La Florida, por otra parte—añadía el ilustrado diario—es el estado que más se ha señalado siempre en sus sentimientos de hostilidad al dominio de España en las Antillas.»

En el Ministerio de Ultramar se recibió el propio día 12 el siguiente telegrama del capitán general de Cuba:

«Según me telegrafía nuestro ministro en Washington, se está preparando una expedición, mandada por Martí y Máximo Gomez, que saldrá de Haiti para Cuba.

»Se lo he avisado á las autoridades de Santiago de Cuba y Puerto Príncipe...—*Calleja*.»

Este telegrama oficial vino á aumentar la alarma que causaron las graves noticias que le habían precedido en el ánimo de todos los españoles, haciendo subir de color los negros augurios de los pesimistas que veían en la persona del famoso jefe separatista y renombrado general de los insurrectos en la pasada guerra, un factor importantísimo para el acrecentamiento de la actual insurrección, y un agente principalísimo para que el movimiento tomara gran desarrollo y se extendiera por toda la isla, dado el prestigio y la notoria influencia de que

gozaba entre los separatistas el conocido propagandista filibustero y ex-ministro de la Guerra y ex-general en jefe de las fuerzas insurrectas en la pasada guerra de los diez años.

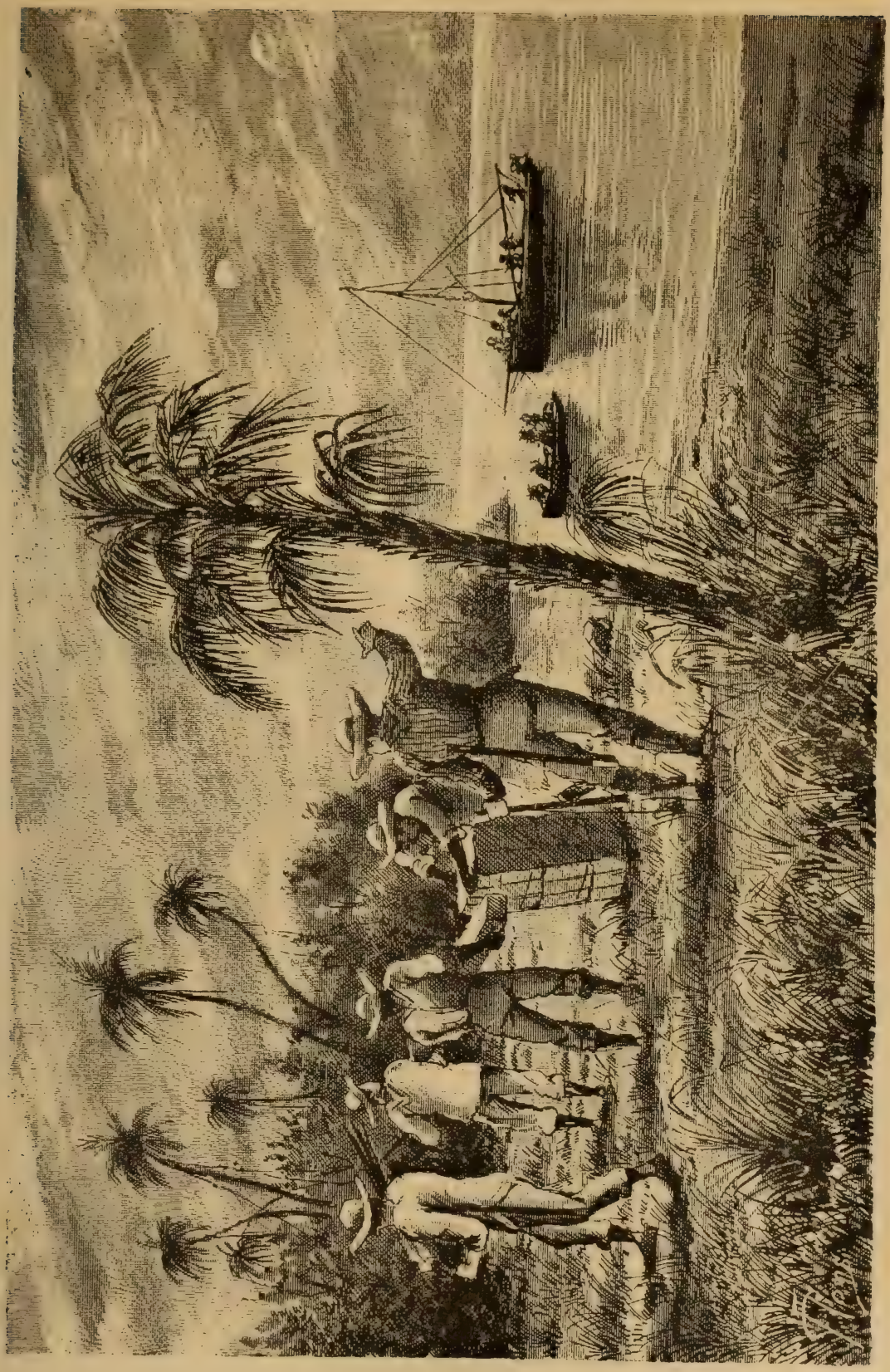
***

Nuevos despachos de la Habana recibidos en Madrid el 14, conteniendo satisfactorias noticias del curso de la campaña, neutralizaron

ATAQUE AL POBLADO DE SAN MIGUEL DE NUEVITAS

algún tanto los pesimismos á que la opinión se había entregado bajo el peso de los que anteriormente se le comunicaron, dando lugar á una saludable reacción fundamentada en la nunca perdida esperanza de que el probado valor y jamás desmentido arrojo de nuestros bravos soldados, y la reconocida pericia de los oficiales de nuestro valiente y sin igual ejército, sabría castigar y escarmentar á los rebeldes.

Decían los telegramas comunicados á la prensa madrileña por sus corresponsales en Cuba, que durante todo el día 13 habían circulado y se habían recibido en la Habana noticias interesantes de la insurrección, que á última hora se habían confirmado plenamente.



DESEMBARCO DE ANTONIO MACEO EN DUAVAS

Desde que el cabecilla Maceo pusiera los pies en la isla, los separatistas estaban sufriendo contínuos y repetidos descalabros.

Creian los rebeldes que la presencia del jefe mulato sería de buen augurio para ellos, y á pesar de mandar éste una de las partidas más numerosas, había sido batido ya cuatro veces.

En el último encuentro, sostenido en las cercanías de Palmarito, la partida de Maceo quedó destrozada, á pesar de que los insurrectos se habían parapetado convenientemente, y los soldados de la columna perseguidora habían efectuado una marcha fatigosa.

Todos los jefes de la banda hicieron cuanto en su mano estuvo para evitar la fuga de sus subordinados. Todos se batieron en primera línea, pero ante el empuje y temerario arrojo de nuestros bravos soldados, no consiguieron impedir que abandonasen el campo de la lucha.

El titulado general Flor Cromwert, uno de los cabecillas blancos más jóvenes y de los que mayor prestigio gozaba en el campo separatista, murió peleando.

También sucumbió en el combate un supuesto coronel que mandaba numeroso grupo de insurrectos.

Cayeron además prisioneros varios jefes rebeldes, entre ellos, el llamado comandante Fostier, un tal Noriega, bastante conocido entre los filibusteros, y Sainz el secretario de Maceo.

Este logró escapar y continuar al frente de la partida, que era activamente perseguida por las tropas.

El desaliento de los vencidos según el comunicante, era tal, que se había presentado el cabecilla Estrada.

Y participaba el activo corresponsal, en otro telegrama, que la acción de San Miguel de Bagá había sido más importante aún de lo que se supuso en un principio, puesto que los separatistas tuvieron en ella, según posteriores y comprobados informes, nueve bajas: un muerto y

ocho heridos, que abandonaron en el campo de batalla y de los cuales, cinco habían muerto ya, y dos estaban muy graves.

***

Estas satisfactorias noticias tuvieron muy pronta confirmación en los siguientes telegramas oficiales comunicados á nuestro Gobierno por el Gobernador general de la isla.

Decían así los despachos oficiales facilitados á la prensa y trasmitidos por el cable.

«*Hubana, 12.*—Capitán general á Minístro de Ultramar.

Según noticias que recibo, Maceo ha sido batido de nuevo, haciéndosele un prisionero y habiéndose presentado otro con armas.

Carezco de detalles.

Varias columnas cercan á Maceo.

Supónese que Martí ha pasado á los Estados Unidos.—*Calleja.*»

«*Habana, 13.*—Capitán general á Ministro de Ultramar.

Acabo de recibir noticias por telégrafo, Maceo ha sido batido por cuarta vez, verificándose la acción cerca de Palmarito.

Ha muerto el llamado general Cromwert y un titulado coronel; han sido hechos prisioneros el comandante Fostier, Noriega y el secretario de Maceo, Sainz, y se ha presentado el cabecilla Jorge Estrada, pertenecientes todos á la expedición Maceo, que sigue muy perseguido.

Espero más detalles de los que recibo, ampliando los que tenía de la acción de San Miguel de Bagá.

Además del muerto, que según dije había tenido el enemigo, han fallecido cinco de los ocho heridos, quedando otros dos graves.

Por primera vez la tropa hizo uso del fusil Maüser.—*Calleja.*»

***

Flor Cromwert, uno de los principales propagandistas y el más infatigable agitador de la opinión separatista en Cuba, como ya dejamos consignado en el primero de los capítulos de nuestra Reseña, y de cuya muerte nos dieron cuenta los preinsertos telegramas, era de todos los jefes blancos de los separatistas cubanos, el más distinguido por inteligente y bravo.

FLOR CROMWERT

Criollo perteneciente á una familia de origen francés, habíase mostrado desde muchacho muy antiespañol.

En la otra guerra, no obstante sus pocos años, tendría entonces unos veintiseis ó veintisiete, figuró mucho y llegó á estar al frente de una partida numerosa, cuyo mando se le confió por su pericia en el arte de la guerra, y á la que organizó del modo más militar que le fué posible, y dió el nombre de batallón, primeramente, y de regimiento, después.

Pasaba por muy afortunado y audaz, por lo que se le encargaba de los golpes de mano más peligrosos.

Los separatistas de raza blanca tenían gran confianza en él y contaban con su espada para contener á los negros y mulatos.

Su muerte fué muy sentida y causó honda impresión en los blancos filibusteros, que consideraron irreparable su pérdida.

***

Un despacho de San Juan de Puerto Rico, trasmitido por la vía cable de Bilbao el día 12 á Nueva York, y comunicado el 13 á la prensa de Madrid por la Agencia Fabra, anunció la llegada sin novedad á aquel puerto del vapor correo de la compañía trasatlántica española, *Reina Cristina*, conduciendo al general Martinez Campos y los refuerzos destinados á Cuba.

El Gobernador general electo de Cuba, después de conferenciar con el Capitán general de Puerto Rico, continuó su viaje en dirección á la Gran Antilla.

El *Reina Cristina* no empleó más que siete días y medio en la travesía de Cadiz á Puerto Rico.

El general Calleja telegrafió al Gobierno el día 17, dándole cuenta de haber desembarcado en Santiago de Cuba el general Martinez Campos y haberle hecho entrega del mando.

Los telegramas particulares que de la isla se recibieron, participando la noticia de la llegada y desembarco del nuevo Gobernador general de Cuba, añadían los siguientes detalles:

«La población ha hecho una recepción entusiasta al ilustre caudillo.

Una considerable muchedumbre se agolpó junto á los muelles, en cuanto se supo que había fondeado el vapor.

Muchas lanchas y barquichuelos salieron al encuentro del *Reina Cristina* para saludar y dar la bienvenida al general, á quien presentaron sus respetos todas las autoridades.

Al desembarcar el pacificador de la isla, los vivas y aclamaciones de la muchedumbre fueron estrepitosos y entusiásticos.

La ciudad está vistosamente engalanada con colgaduras, banderas y gallardetes.

Tan luego pisó el ilustre caudillo el suelo antillano, dirigió un telegrama al Gobierno saludando á la Regente y participando al Ministro que se había enterado minuciosamente del estado de las fuerzas, que era muy bueno, y formado un plan de campaña, distribuyendo el ejército en tres zonas para que operase sin descanso.»

A este telegrama siguió otro del general encargado del despacho al Ministro de Ultramar, fechado en la Habana el día 18, que decía así:

«Me encarga el capitán general desde Santiago de Cuba diga á V. E. que ha dividido Oriente en tres distritos: Salcedo en Santiago, Lachambre en Bayamo y Valdés en Holguín, aumentando columnas en las grandes poblaciones con los voluntarios, cuyo cuerpo reorganizaré mandando las tropas á los campos.

Aumenta la insurrección, aunque mal armada.

Si se extiende á Puerto Príncipe pediré más fuerzas, pues la extensión de terreno es grande y están diseminadas las fincas y poblaciones. —*Arderius*.»

***

La grave noticia consignada en el despacho del general Arderius de haber tenido un aumento la insurrección, fué muy en breve confirmada y ampliada en los siguientes telegramas particulares que de la

isla se recibieron, comunicados á la prensa madrileña por sus corresponsales.

«Habana 18 (10'40 noche).—El antiguo periódico autonomista *La Lucha*, dice que asciende á *seis mil* el número de separatistas que forman las partidas levantadas en la provincia de Santiago de Cuba.

La noticia ha producido aquí alguna extrañeza porque hace pocos días se calculaba que los rebeldes eran unos *mil quinientos*, y que la mayoría de ellos carecían de armas.

A pesar de todo, se cree que no es exagerada la cifra dada por *La Lucha*, puesto que si lo fuere, las autoridades no habrían permitido que circulara el número del periódico en que aquella se consignaba.

Personas que han llegado de la provincia de Santiago de Cuba afirman, que han aparecido dos nuevas partidas en las cercanías de Baracoa.

Una de ellas está mandada por el antiguo cabecilla Felix Rúa.»

El general Martinez Campos al siguiente día de su llegada á Santiago de Cuba se embarcó para trasladarse á Manzanillo.

Antes de abandonar la capital, el general en jefe del ejército de Cuba publicó un bando declarando la provincia en estado de sitio, y comunicó órdenes á los jefes militares disponiendo que no causasen molestias á los ciudadanos pacíficos.

También ofreció el general el indulto á todos los rebeldes que no siendo jefes de partida, se presentaran á las autoridades.

***

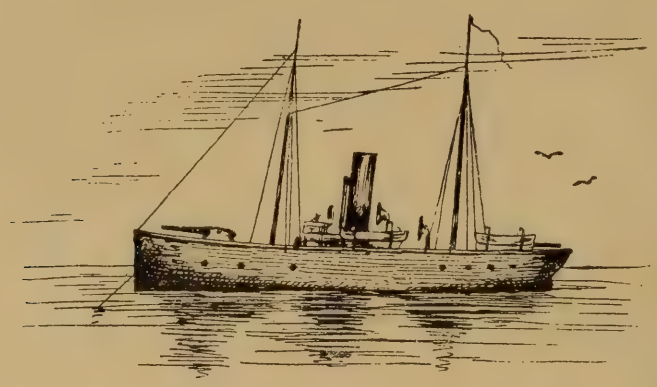
A esperar al general salieron al muelle de Manzanillo, el comandante militar coronel señor Santocildes, el alcalde en comision señor Otero Pimentel, teniente coronel de Estado mayor de plaza, las demás

autoridades locales y numeroso público que le aclamó con entusiasmo.

El alcalde dirigióle el siguiente cariñoso saludo:

—Excelentísimo señor: Aunque por la precipitación é imprevista llegada de V. E. he venido solo, puedo asegurarle que todo el Ayuntamiento que tengo la honra de presidir, y todo el pueblo de Manzanillo, dan á V. E. por mi conducto la más respetuosa y cordial bienvenida.

Hay aquí varias casas grandes y lujosas que desean hospedar á su nuevo é ilustre Gobernador general, pero este humilde alcalde y anti-



UNA DE LAS NUEVAS CAÑONERAS

guo subordinado de V. E. se complace en ofrecerle la suya, aunque modesta, y recibiría la más alta honra y grata satisfacción en que fuese por V. E. aceptada y honrada con su presencia.

El general limitóse á contestar, sonriendo:

—Iré á la del alcalde.

Y en efecto, en la casa del señor Otero se alojó, convirtiéndola casi en su totalidad en oficina y empezando desde luego sus trabajos con la misma asombrosa actividad que, cuando el año 1869, y contando solo treinta y ocho años de edad, llegó á Manzanillo de coronel de Estado mayor, acompañando á los generales Latorre y Pelaez.

***

Al verle cómo sin tregua ni descanso se enteraba personalmente de todo lo que concernía al ejército, cuyo superior mando le había sido confiado por el Gobierno y por su Reina, así como de los movimientos y correrías de los insurrectos; al ver la rapidez y el acierto con que disponía y ordenaba la movilización de las tropas, haciendo salir inmediatamente á operaciones á las que guarnecían la población, y el afán é interés con que procuraba obviar las grandes dificultades que ofrecía el transporte de convoyes á Bayamo y otros puntos del interior, núcleo á la sazón de las fuerzas rebeldes, por la carencia de acémilas, carretas y demás elementos necesarios, dificultades que acrecían y agravaban las confidencias y noticias seguras de los proyectos del enemigo de destruir los puentes, quemar las haciendas é incendiar los campos, y hacinar toda clase de obstáculos para impedir el paso á nuestras columnas, y á cuyos planes y propósitos buscaba solución con el deseo y noble fin de desbaratarlos é impedirlos, la nobilísima figura del veterano general é invicto caudillo, se crecía y elevaba cada vez más á los ojos de sus subordinados.

Para el ilustre general Martinez Campos, puede afirmarse que las necesidades de la vida casi no existían; todo para él es accesorio, pues todo lo subordina al trabajo y al cuidado del ejército, y es verdaderamente admirable que á su avanzada edad no se resienta su salud.

Al recibir en el acto de la presentación oficial en su alojamiento, á los jefes y oficiales que habían acudido á Manzanillo para ofrecerle sus respetos y recibir sus órdenes, les dirigió un sentido discurso, breve como todos los suyos, pero inspirado en los más puros y nobles sentimientos al ejército y reflejo fiel de su ardiente amor á la patria y á las instituciones.

Cuando al penetrar en casa del alcalde, observó que sólo podía disponer de un gabinete para despacho, una sala para oficinas de su Estado mayor y una alcoba, dijo con benévola sonrisa:

—Está bien; con esa alcoba tengo bastante para dormir yo y mis hijos.

Al abandonar á los pocos días Manzanillo, después de haber terminado los primeros trabajos de organización militar de aquella provincia, se despidió del alcalde con las siguientes frases:

—Ya sabe usted Otero, que procuro y procuraré siempre evitar molestias y gastos á los pueblos. Aquí vendré con frecuencia y no deseo otro alojamiento que la casa de usted.

***

Son tantos los rasgos de bondad y energía que se refieren del ilustre caudillo, en la presente guerra, que sería prolijo enumerarlos.

Sin embargo, dos de los más salientes é interesantes vamos á permitirnos dar á conocer á nuestros lectores, por demostrar uno de ellos, su bondad de corazón y la nobleza de sentimientos de su alma, y el otro la energía y temple de su caracter.

A los pocos días de su llegada á la Habana, contábanle al general detalles del ataque al poblado del Cristo, llevado á cabo por los insurrectos, y de los actos de salvajismo que allí realizaron.

Refiriéronle, entre otras cosas, que los insurrectos habíanse apoderado del dueño de una de las tiendas incendiadas, honrado peninsular y entusiasta patriota, y lo asesinaron de una manera bárbara y cruel.

No contentos aún con esto, arrancaron de los brazos de su aterrada esposa, á un niño de pechos, y lo arrojaron, en presencia de la desventurada madre, á la hoguera que habían formado con los muebles y enseres de su propia casa.

Estos actos de barbarie y salvajismo los estuvo presenciando el mulato Maceo, desde la escalinata de la iglesia del pueblo.

El general, durante el relato, no alzó la vista del suelo escuchando con religiosa atención al narrador.

Al terminar éste su relación, paseó el general una triste mirada por los rostros de los que le rodeaban, y entonces pudieron observar todos en el del ilustre caudillo, dos gruesos lagrimones que, surcando sus megillas iban á perderse entre los blancos pelos de su espeso bigote.

. . . . . .

Al poco rato, se presentó en el palacio del Gobernador general, la comisión de la Unión general de fabricantes de tabacos, presidida por don Manuel Valle, y de la cual formaba parte don J. Aguirre, director del periódico *El Tabaco*.

La comisión pidió á la primera autoridad de la isla el desestanco del tabaco, y como el general contestara que le era imposible acceder á tal pretensión, por la imposibilidad en que se hallaba el Gobierno de substituir en el presupuesto de la nación el ingreso de los *noventa millones* de pesetas que aquel representaba, Aguirre le interrumpió diciendo:

—Pues eso quiere decir, mi general, que España tendrá que optar entre perder la isla de Cuba ó renunciar á los *noventa millones* de pesetas.

Como herido por un pinchazo, levantóse de su asiento el general Martinez Campos, y con ademán y acento indefinibles, exclamó:

—Ni yo le conozco á usted, ni se por qué ha venido aqui, ni estoy dispuesto á tolerar insolencias... ¡Salga usted de aquí inmediatamente!

A seguida dirigiéndose á don Manuel Valle, cuyo espíritu estaba conturbado ante la escena que había presenciado, le dijo con entereza y en tono enérgico:

—Es usted no sólo presidente de la Diputación provincial de la

Habana, si que también coronel de voluntarios, y á pesar de esto, está usted siendo el juguete de los enemigos de la patria. ¡Hora es ya de que cese usted de prohijar estas cosas!

La entereza del Gobernador general de la isla, produjo muy favorable impresión en el ánimo de los que presenciaron la escena, porque precisamente energía y entereza era lo que hacía falta en aquellos momentos.

***

El general Martinez Campos desembarcó en el puerto de la Habana el día 26 de Abril, á las diez y media horas de la noche, siendo recibido por todas las autoridades, elemento oficial y una inmensa muchedumbre con gran entusiasmo y entre vítores y aclamaciones.

GENERAL ARDERIUS

Las calles y balcones estaban profusamente iluminadas, y lucían vistosas colgaduras y banderas.

El general manifestó que, una cuando la estación de las lluvias podía retrasar la campaña, se prometía y esperaba una pronta represión del movimiento separatista.

Cuando al día siguiente el general segundo cabo y gobernador de la Habana, señor Arderius, le hizo la presentación oficial de las tropas,

dijo, entre otras cosas, el general en jefe y capitán general de Cuba:

—«Recuerdo, señores, á propósito de este acto, que el inolvidable batallón de San Quintín ganó, en la anterior guerra, dos corbatas de San Fernando, y su jefe la cruz laureada, una de ellas en una magnífica retirada, y la otra, en una heróica defensa de una posición, en la cual quedó casi sin cartuchos y sin víveres.

»Yo no desconozco que esta guerra exige al ejército grandes sacrificios, pero por eso el mérito es mayor.

»Tengo plena confianza en este valiente ejército y en los voluntarios, á cuyo patriotismo se debe que aquél pueda destinarse todo á combatir la insurrección, mientras ellos guardan las ciudades y guarnecen las poblaciones, y hasta si es preciso salen también á pelear en la manigua, como ocurrió en la guerra pasada y ha empezado á suceder en esta.

»Tengo advertido á las columnas guarden la mayor disciplina, y no toleraré la más leve falta contra los heridos, prisioneros y mujeres.

»Quiero que la guerra se haga como se debe hacer; sin causar la menor molestia al ciudadano pacífico.

»La guerra ha de ser, por nuestra parte, humana.

»Yo deploro, señores, esta campaña tan inconsolable, tan vituperable siempre, y, aún más, en los precisos momentos en que la madre patria acaba de conceder un régimen á Cuba, que la coloca en ventajosa situación con respecto á las demás provincias españolas

»La rebelión será dominada, y ¡desgraciada la isla de Cuba si así no fuese!

»¡Desdichado porvenir el de ese departamento Oriental, donde hoy existe la guerra!... Basta fijarse, señores, en que allí los blancos están gobernados por los negros, y esto es bastante para formarse una idea de lo que sucedería si por desgracia llegase á triunfar un día, y hablo en hipótesis, la insurrección, y Cuba llegase á ser independiente.»

CAPÍTULO XIII

Máximo Gomez en Cuba.—Nueva derrota de los rebeldes.—Incendio y ruína.—Contra el separatismo.—Circular del Ministerio de la Guerra.—Gobiernos amigos.—Llegada á la Habana del vapor *Montevideo*.—Varios encuentros y victorias.—Consejo de guerra en Santiago de Cuba.—Rumores alarmantes.—Negociaciones de paz... frustadas.

POR telegramas particulares de Nueva York, recibidos en la Península el día 15, se tuvo noticia de que los periódicos de la capital norte-americana publicaban un despacho de la Habana, diciendo que el cabecilla Máximo Gomez, procedente de Santo Domingo y Haiti había logrado desembarcar en la isla de Cuba.

El Gobierno, por medio de sus órganos oficiosos en la prensa diaria, se apresuró á desvirtuar la noticia y neutralizar los tristes efectos que produjo en la opinión, haciendo publicar en sus columnas el siguiente suelto:

—«Hay que acoger, sin embargo, con prevención esta noticia mientras no se confirme oficialmente, pues la prensa norte-americana publica á diario informes inexactos y exagerados respecto de la Gran Antilla, incurriendo hasta en errores geográficos de bulto, con el manifiesto prurito de hacer la causa de los enemigos de España.»

A este suelto agregaron los optimistas y los amigos que hacían la causa del Gobierno, que no era la primera vez que la prensa filibustera de los Estados Unidos, órgano de los laborantes cubanos residentes en Nueva York, nos había dicho que el famoso cabecilla dominicano había desembarcado en Cuba y se hallaba al frente de una numerosa partida; y, á este propósito recordaban el relato que se publicó por aquellos periódicos, dando cuenta del encuentro que el *generalísimo* tuvo el día 27 de Febrero en la provincia de Santiago de Cuba con un pequeño destacamento de nuestras tropas, al pretender unirse á la partida de Martí, de cuyo hecho nos hicimos eco también nosotros, y, como indudablemente recordarán nuestros lectores, de él nos ocupamos en uno de los capítulos de nuestra Reseña por haberlo visto más tarde confirmado en los informes de nuestros corresponsales en el teatro de la guerra, los cuales al pedirles explicaciones cuando nos enteramos de la noticia de su segundo desembarco, nos contestaron ratificándose en su primer aserto, de cuya veracidad respondían por haber tenido ocasión de comprobarlo con testigos presenciales del combate, y que su nuevo desembarco en la isla obedecía á que á los pocos días del descalabro que sufrió su partida en aquel primer encuentro, reembarcóse para Nueva York en busca de elementos para emprender sériamente la campaña.

Cierto era lo que el oficioso suelto decía, pero también lo fué, desgraciadamente, el desembarco de Máximo Gomez el día 15, á pesar de estar anunciada su salida el 13.

***

En telegrama del día 17 comunicó el general Calleja al Ministro de Ultramar, la noticia de una nueva derrota sufrida por los rebeldes de la provincia de Santiago de Cuba.

Fuerzas de la brigada del general Suero, al mando del coronel Sanchez Echevarría, atacaron en la Ciénaga de la Rioja á la partida de Miró el día 14, dispersándola y cogiéndoles raciones y reses.

Volvió á batirla en Cascones, y más tarde en Ojo de Manteca, dispersándolos y haciéndoles un muerto y tres heridos, sin que la columna tuviese novedad.

Bien pronto se hizo sentir en la isla la presencia del *generalísimo* y los efectos del plan de campaña impuesto por la Junta de laborantes cubanos.

Según un telegrama de Nueva York del 19, trasmitiendo otros de

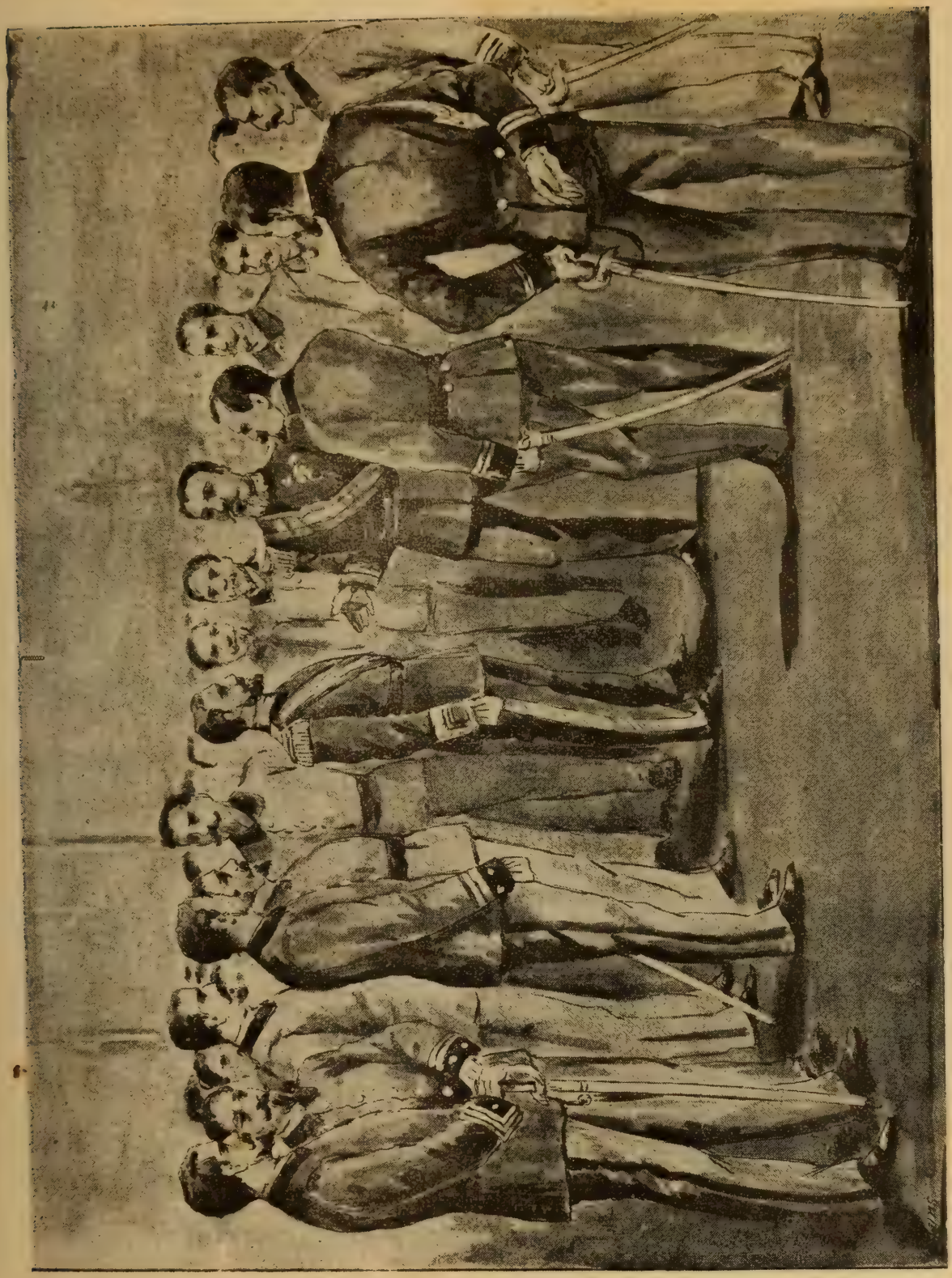
SAN MIGUEL DE NUEVITAS

la Habana, los insurrectos habían incendiado el ingenio llamado de *Dos Amigos*, siendo presa de las llamas una enorme cantidad de caña de azúcar.

Las pérdidas habían sido considerables y el hecho producido gran indignación.

Ese fué el triste *debut* del *generalísimo* de las hordas de incendiarios que se proponían *salvar* á Cuba.

Ese fué el luctuoso comienzo de la aplicación del plan de devastación y ruína, de destrucción y arrasamiento de la perla de las Antillas, que llevó el funesto *generalísimo* de los separatistas, obedeciendo los



PRESENTACIÓN OFICIAL DE JEFES DEL EJÉRCITO Y VOLUNTARIOS AL GENERAL MARTINEZ CAMPOS

acuerdos y órdenes de la Junta revolucionaria de laborantes cubanos y de los sindicatos de azucareros y tabaqueros, residentes en Nueva York.

***

La comision parlamentaria encargada de dar dictamen de la proposición presentada al Congreso, encaminada á castigar la propaganda separatista, se reunió el día 22 en el Palacio de las Cortes y aprobó por unanimidad la ponencia redactada por los señores Calbetón y Dolz, con sujeción á la cual quedó redactado y firmado el dictamen para presentarlo al Congreso.

Según el dictamen, el castigo del separatismo y su propaganda debía constituir un título especial del Código penal. Después de definir el separatismo, se prescribía que se castigara dicho delito con las penas señaladas en el mismo Código para la rebelión.

Respecto á la propaganda hecha por medio de la publicidad ó apología de dicho delito, sería castigada con la pena de relegación temporal.

Se declaraban ilícitas y sujetas á las penas generales del Código todas las asociaciones en que de cualquier manera fomentasen la propaganda de las ideas separatistas.

El proyecto de ley fué leído en el Congreso y aprobado por la Cámara en sesión del día 24.

***

En vista del incremento y desarrollo que iba tomando la insurrec-

ción y del negro caríz que presentaba el horizonte antillano, obscurecido y velado por el denso humo de los incendios llevados á cabo por los *redentores* de Cuba, y á fin de poder garantir la vida y haciendas de los isleños rurales que permanecieron fieles á la madre patria y á la bandera que había cubierto su desnudez salvaje, se dictó por el Ministerio de la Guerra en 23 de Abril, una circular que contenía, entre otras, las siguientes disposiciones:

«Se llama al servicio activo 20.000 reclutas de los 49.820 que resultan excedentes de cupo en el reemplazo de 1894.

De estos 20.000 reclutas se concentrarán 12.000 en las capitales de las zonas el día 14 de Mayo próximo.

A los 8.000 reclutas que no han de asistir á la concentración dispuesta en el párrafo anterior, se les expedirá por los jefes de las zonas respectivas licencia ilimitada, sin destinarlos á cuerpo interín no se ordene.

Para el llamamiento de los citados 20.000 reclutas, así como para su concentración en las zonas, se tendrá siempre en cuenta el orden de menor á mayor de los números obtenidos en el sorteo.»

***

El Gobierno recibió el propio día una nota del de Costa Rica dirigida á nuestro Ministro de Estado, ofreciendo toda clase de seguridades de que en aquel territorio no se haría nada que pudiese causar daño á los intereses españoles en Cuba.

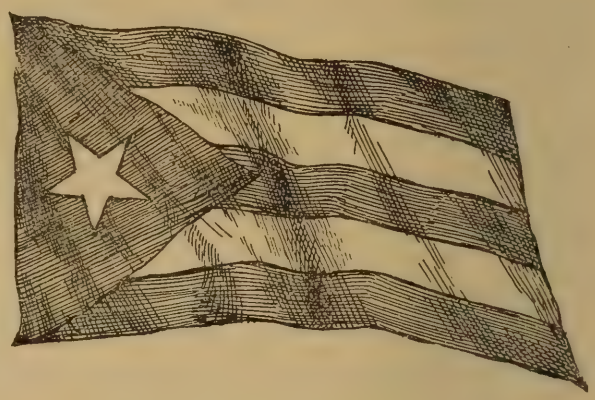
El Gobierno costaricense no se concretaba á esto, sino que encargó á su Ministro en Paris, señor Peralta, que viniese á Madrid para dar personalmente explicaciones al Gobierno de España sobre lo hecho allí por Maceo.

Otro tanto sucedió respecto de Jamaica, pues el Gobierno de Londres se manifestaba cada vez más decidido á prestar el concurso de su

amistad á España, y al efecto, reiteró por el cable las órdenes más rigurosas á sus representantes en aquellas colonias para que no consintieran trabajos que pudiesen perjudicar á España.

Lo propio ocurrió con los Gobiernos de Inglaterra y Dinamarca, según el siguiente telegrama de Nueva York, recibido en Madrid el día 25.

«Según despachos oficiales, los Gobiernos de Inglaterra y Dinamarca (esta última como poseedora de las islas de Saint Thomas y Santa Cruz), deseosos de dar una sincera prueba de amistad á España en vista de la actual situación de Cuba, han dado severas órdenes á las autoridades de sus respectivas colonias de las Antillas, á fin de que adopten enérgicas medidas encaminadas á impedir la organización de expediciones filibusteras en los territorios de su mando.»



BANDERA SEPARATISTA

***

Grata satisfacción causó en la Península el telegrama del general Arderius, fechado en la Habana el día 23, noticiando la feliz llegada á aquel puerto del vapor *Montevideo* con las fuerzas que conducía, y dando cuenta además de la nueva victoria alcanzada por nuestros valientes soldados sobre los insurrectos.

Decía el despacho oficial del general segundo cabo y gobernador de la Habana, que la columna del teniente coronel señor Bosch había

tenido un encuentro con el enemigo, en el camino de Palenque Guayabal (Santiago de Cuba) causándole diez muertos y varios heridos, cogiéndole armas, municiones y pólvora, que habían sido conducidas á Guantánamo, después de haber sido batida y dispersada la partida insurrecta.

En otro telegrama del 25, participó al Gobierno la primera autoridad de la Habana, la noticia de otros importantes combates entre nuestras tropas y fuerzas insurrectas, con igual satisfactorio resultado para nuestros bravos soldados.

Comunicaba el general Arderius en su despacho, que el día 24 había sido batida por la columna del comandante Tejerizo, compuesta de 260 hombres, una partida de 700 rebeldes, á la que causaron doce muertos, que encontró la columna que fué en su auxilio, y cuarenta heridos que retiró la partida, según manifestaron los habitantes del pueblo de Yaguas.

Nuestras tropas tuvieron que lamentar la sensible pérdida de un capitán y seis soldados.

Participaba también el Gobernador de la Habana, en su referido telegrama, que el general Salcedo había salido en persecución de Maceo, que con 700 hombres se hallaba en Zaragüica, y que el general en jefe había estado el día anterior en Puerto Príncipe, saliendo por la tarde para Nuevitas.

Asimismo daba cuenta al Ministro de haberse formado juicio sumarísimo en Consejo de guerra reunido y celebrado en Santiago de Cuba, á un teniente del quinto batallón peninsular, que no se defendió como debía, con el destacamento á sus órdenes, al ser atacado el día 24 por la partida que mandaba el cabecilla Yaguas.

Esta triste noticia causó profunda y penosa impresión en el ánimo de todos los españoles, por las fatales consecuencias que pudiera tener para uno de sus hermanos en Cuba y por el funesto desenlace que era

de presumir, y todos presintieron tendría, atendido el rigor con que castiga el hecho nuestro Código militar.

***

El mismo día que el Gobierno recibió la noticia de la llegada á la Habana del Capitán general y general en jefe del ejército de operaciones en Cuba, circularon en la Península alarmantes rumores y noticias pesimistas acerca de la marcha de la insurrección, que infundieron grande alarma y no menos desaliento en el espíritu nacional.

Una persona que había residido durante muchos años en la Gran Antilla y que acababa de llegar á la Península, huyendo del teatro de la guerra de incendio y devastación iniciada por los separatistas en la perla de nuestras Antillas, dió en el vapor trasatlántico en que hizo la travesía, graves detalles respecto de la insurrección.

Hizo inculpaciones graves y aseguró que cuando él salió de la Habana se sabía que *ocho mil* hombres esperaban armas para lanzarse á la pelea.

Añadió que luchaban ya en los campos de Cuba otros *ocho mil* hombres, y que de las partidas separatistas la mejor organizada era la de la jurisdicción de Holguín, que constaba de *novecientos* hombres con armamento magnífico.

Estos detalles, ignorados en la Península, dieron pábulo á que los pesimistas se despacharan á su gusto, augurando un desastre para España y la irremediable pérdida del más rico florón de la corona de Castilla, y á que los oposicionistas dirigieran las más acerbas censuras al partido gobernante por su imprevisión y nebulosa conducta en la cuestión capital que se ventilaba en el fértil suelo cubano; en el paradisiaco vergel de la mayor de nuestras Antillas.

* * *

Un telegrama particular publicado el mismo día 26 por *La Correspondencia de España*, vino á contrarrestar el desagradable efecto producido en la opinión por los anteriores detalles suministrados por el anónimo é ignoto viajero, y que tanta alarma y desaliento llevaron al conturbado espíritu de los pesimistas.

Según el informante del popular diario madrileño, el general Martinez Campos había abandonado la capital de la isla, dirigiéndose al punto donde existía el mayor foco de la insurrección con ánimo de entablar negociaciones con los jefes separatistas para formular un segundo convenio del Zanjón.

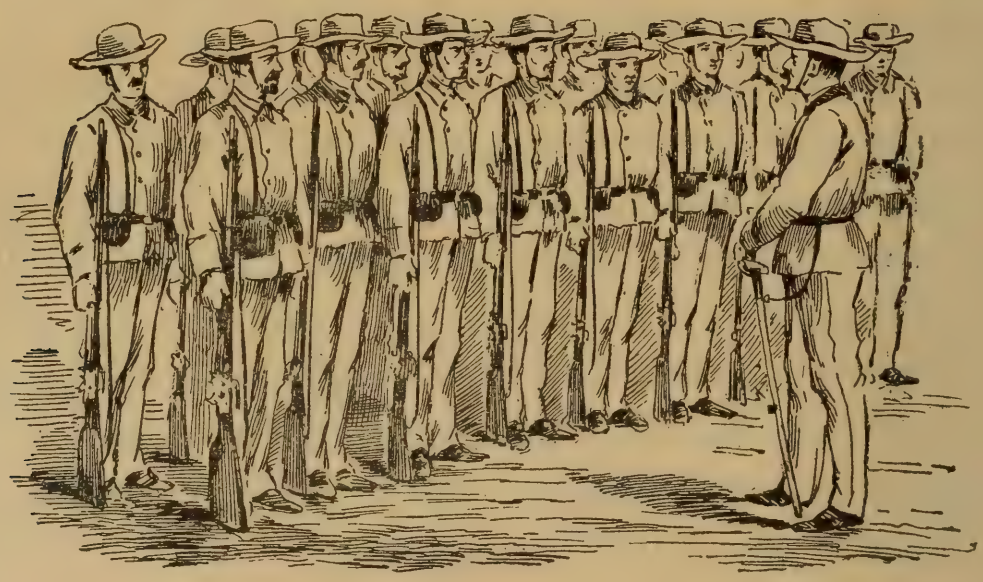
Acompañaban en su viaje al pacificador de la isla en 1878, algunos jefes de la pasada guerra separatista que condenaban el actual movimiento insurreccional, con el propósito de dictar las medidas oportunas para poner pronto término á la rebelión sin grandes quebrantos para el país cubano y para el Tesoro español.

Esta noticia fué muy bien recibida por los que á todo trance querían la paz y deseaban evitar el derramamiento de sangre española y la pérdida sensible para la madre patria de millares de hijos que habían de sucumbir en la lucha fratricida entablada en la frondosidad de la manigua antillana, víctimas de su deber patrio por defender la integridad del territorio y la honra de la bandera nacional, aún á costa de los mayores sacrificios pecuniarios por parte del pueblo español, y de algunas concesiones por la del Gobierno de la Península.

Ese deseo de los *pacistas à outrance*, estaba apoyado por miles de desventuradas madres y desoladas esposas, que lloraban la ausencia de

sus queridos hijos y amados esposos á quienes habían visto partir con la muerte en el alma, para no volverles á ver quizás ya más, en busca de una fiebre ó del mortífero plomo de una bala enemiga, y en cuyos pechos renacía la halagüeña esperanza de tornarles á estrechar entre sus amantes brazos y regar sus tostados y queridos semblantes con las lágrimas de la alegría y la felicidad.

¡Desgraciamente, como veremos en el curso de nuestra narración, aquellas negociaciones y plausibles propósitos del ilustre caudillo, no



VOLUNTARIOS DE NUEVITAS

dieron el resultado que, llevado de sus humanitarios sentimientos y de su amor al soldado, habíase propuesto alcanzar para bien de España y consuelo de millares de familias.

***

El periódico *New York Herald*, cuando ya llevaba una larga temporada de hacer la causa de los separatistas cubanos, acogiendo y pu-

blicando en sus columnas noticias falsas acerca de la marcha y estado de la insurrección y alentando á los *patriotas* laborantes á la rebelión contra el Gobierno *despótico* de la Península que les oprimía y esclavizaba con sus anacrónicas leyes, y á la lucha por la conquista de sus derechos y de su independencia, envió á España á su director y un redactor con el principal objeto de conocer en su verdadero estado las relaciones de España con los Estados Unidos, en cuanto se refería á las cuestiones de Cuba.

Esto dijeron á su llegada á Madrid los periodistas norte-americanos, pero no faltó quien supusiese que venían á otras cosas de *más interés* para el periódico, ó para ellos mismos.

Para llevar á cabo sus propósitos y principal objetivo de su viaje, solicitaron una *interview* del jefe de nuestro Gobierno, y de otros jefes de partido y prohombres políticos de la nación.

El señor Cánovas del Castillo estuvo en la conferencia que con ellos celebró el día 28, accediendo galantemente á sus solicitados deseos, muy explícito, manifestándoles que España mantenía y quería conservar las mejores relaciones de amistad con la República norte-americana y sus gobernantes.

Que el Gobierno español fiaba en la lealtad del Gobierno de Washington, pero que no podía permanecer indiferente ante la propaganda filibustera y atentatoria al derecho internacional de una parte de la prensa norte-americana, que patrocinaba la causa de los laborantes cubanos y del separatismo en la Gran Antilla española.

. . . . . .

«Esas buenas relaciones entre ambos pueblos—dijo el eminente estadista y jefe del Gabinete conservador—no se han de interrumpir por acto alguno de la iniciativa de España, pero conviene que el Gobierno de la República mantenga la reciprocidad con que hasta ahora nos trata, cuidando, como hasta ahora viene haciéndolo, de que sean

cumplidas las leyes de su país, en lo que á sus relaciones de buena amistad con España afecta.»

Y terminó sus declaraciones, el señor Cánovas, manifestando que mientras tanto, España y el Gobierno que presidía había de mantener con toda resolución sus derechos y no había de escasear sacrificio, por costoso que fuese, para conservar la integridad del territorio.

***

El señor Romero Robledo, que fué otro de nuestros prohombres políticos á quienes visitaron los periodistas norte-americanos, díjoles en la conferencia con ellos también celebrada, lo siguiente:

«España no mira con prevención á los Estados Unidos y nada recela de su lealtad en cuanto se relacione con el derecho de gentes.

La propaganda separatista que hace una parte de la prensa norte-americana; los *meetings* que con idéntico sentido se celebran en aquella República, cosas son que no bastan ni deben bastar á entibiar las buenas relaciones entre ambos países.

Las reformas para Cuba, votadas por las Cortes españolas, se plantearán á pesar del estado de guerra en que se encuentra la isla, con mayor resolución por consecuencia de ese mismo estado.

En cuanto á la firmeza con que la Metrópoli mantiene y mantendrá sus derechos en la grande Antilla nada más elocuente que la conducta que se viene siguiendo.

Dos Gobiernos, uno liberal y otro conservador han intervenido en la campaña.

De lo hecho por uno y otro resulta, que se han mandado *veinte mil* hombres á Cuba, y ha ido de general en jefe del ejército de operaciones, el primer prestigio militar de España.

Por si esos refuerzos no fueran bastantes, se preparan otros y otros más, y no habrá sacrificio que España no se imponga para conservar la integridad de su territorio y para someter en plazo breve á los rebeldes.»

***

Los dos periodistas *yankees*, sin mirar más que su interés particular ó de empresa y sin guardar al jefe del partido liberal, otro de los prohombres de nuestra política á quien se propusieran consultar respecto la cuestión cubana, le pidieron *á las once de la noche* del día 1.° de Mayo, una entrevista *para la mañana siguiente* (2 de Mayo) *á primera hora, pues tenían que marcharse*.

El señor Sagasta, en una carta lacónica y bastante seca, les dijo que le era imposible recibirlos con la premura que le demandaban, porque ese día *lo dedicaba por completo al recuerdo de las heróicas víctimas de nuestra independencia nacional*, y que si querían saber lo que pensaba respecto á las relaciones de los *yankees* con España, leyeran *El Liberal,* donde se había publicado el día antes sus declaraciones referentes al asunto y á la cuestión cubana.

Esas declaraciones del jefe del partido liberal, fueron las siguientes:

«En lo que se refiere á las relaciones de España con la República norte-americana, dice que son y deben continuar siendo muy cordiales.

A la lealtad del Gobierno de los Estados Unidos fía el correctivo que deben ponerse, y que las leyes de aquel país consientan, á los pocos enemigos nuestros que hacen la causa del separatismo.

En cuanto á la defensa de la integridad de nuestro territorio, exprésase el señor Sagasta con grandísima energía.

—Eso es de lo que no puede discutirse—dice.—Si fuese preciso,

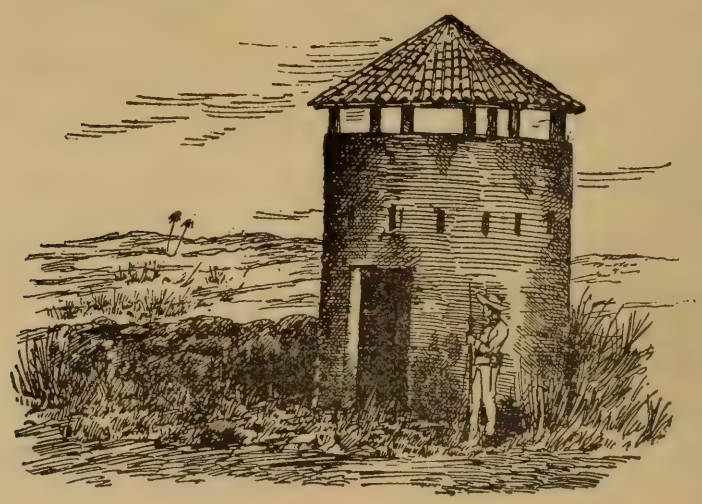
cuánto España tiene en hombres y dinero, sabríamos gastarlo en conservar nuestros derechos en la grande Antilla.

Del aspecto de la campaña de Cuba tiene el señor Sagasta impresiones poco optimistas.

Los filibusteros saben que se juegan ahora *la última carta,* y luchan á la desesperada.

Solo así se concibe el desembarco de Máximo Gomez después de organizado en Cuba un ejército de *veinte mil* hombres y de estar mandado por el general Martinez Campos.

Esa lucha á la desesperada puede imponer á España mayores sa-



FORTIN Á LA ENTRADA DE JIBARA

crificios; pero no determina vacilación ni duda alguna en el éxito seguro de nuestras armas.»

. . . . . .

No se supo, ni hemos tratado de averiguar, si los periodistas *yankees* leyeron las transcriptas declaraciones del ilustre jefe del partido liberal, publicadas por el popular diario madrileño.

Suponemos, porque así lo hemos de suponer, dado su interés por conocer la opinión del ex-presidente del gabinete liberal, que sí las leerían, y si no las leyeron... nada nos debe importar.

CAPITULO XIV

Desalientos y remembranzas.—No hay que desmayar.—El teniente coronel Giralt.—El fuerte de Jiguanì.—Glorioso combate de Chapala.—El batallón de los azules.—El capitán Caro.—Batida y dispersión en Santa Cruz del Sur de la partida capitaneada por el cabecilla Montejo.—Encuentro con la partida de José Maceo.—Gloriosa acción de San Ramón de las Yaguas.—72 insurrectos muertos.—Esperanzas de poder continuar la historia de España.

Hay momentos en nuestra vida nacional en que sin alardes de pesimismo cabe pensar que nuestra tradición gloriosa se ha interrumpido, y hasta un instante llega en que dudamos—como dice un ilustre político—si será posible *continuar la historia de España.*

Entonces preguntamos con el poeta, que fué del indómito carácter español, de aquellas sublimes ambiciones, de aquellas inmortales aventuras y entusiasmos locos á cuyo calor cubrieron nuestros capitanes el mundo corriéndolo en desenfrenada y constante lucha; qué se hicieron los famosos guerrilleros de la Independencia vencedores en Bailén, en el Bruch y San Marcial; los inmortales conquistadores de Méjico y del Perú, destructores del imperio de Moctezuma en Tabasco, Otumba y Choluca y del de los Incas en Caxamalca; los que en Covadonga supieron triunfar, y humillaron en las Navas la arrogan-

cia de los muslimes y sectarios de Mahoma, trocando por el signo de la redención la media luna clavada en los minaretes de Córdoba y en la Alhambra de Granada; dó están, en fin, los descubridores de las dos Antillas que llevaron la luz de la civilización cristiana y europea á los obscuros cerebros de sus ignaros habitantes y pasearon triunfante el pendón de las dos Castillas por todo el suelo antillano, del que en nombre de España se posesionaron para llevar á él, más tarde, el progreso social y político conquistado á trueque de ríos de sangre por los mártires de las libertades españolas.

***

Parécenos ya que el soberbio y aparatoso cortejo de nuestros andantes caballeros se ha trocado para siempre en cabalgata de armería compuesta de muñecos de cartón y de armaduras hueras.

Respiramos la tristeza difundida en el ambiente, y nos doblamos al peso de nuestros infortunios, y creemos morirnos de anemia.

Apodérase de nuestros espíritus tremendos desalientos, y no parece sino que caminamos á nuestro fin, en la solemne monotonía y lúgubre silencio de los entierros, tristes y apesadumbrados, sin que intentemos alzar la voz, ni reir, ni llorar, temerosos de turbar el fúnebre acto, de descomponer el triste cuadro.

Nuestros alientos generosos desmayan, nuestro indómito espíritu languidece, nuestras fogosas y ardientes polémicas se deshacen en la indiferencia, nuestras locuras y bríos y morunas fantasías se apagan en esa gubernamental *prudencia*, en esa incolora *corrección* parlamentaria, en esa indefinida *acción* diplomática, tan á la moda, que nos impide expresarnos con libertad y hablar como españoles.

Hoy vestimos y pensamos á la francesa, para vestir y pensar ma-

ñana á la inglesa; hoy obramos á impulsos de nuestro orgullo de raza, y mañana nos humillamos al reflexionar en nuestra impotencia y aislamiento. Vamos, en fin, atados al carro fin de siglo, á semejanza de los prisioneros que desfilaban por las calles de Roma en medio de la indiferente curiosidad del pueblo...

***

No hay que desmayar, sin embargo; pues, así como cuantos más infortunios pasamos, más queremos vivir, del mismo modo á poco que se pongan á prueba nuestras dormidas energías, el cuadro de la España de principios de siglo preséntase ante los ojos, y la raza española reaparece en todo su vigor.

Dejamos pronto la montera de Sancho para enristrar la lanza de Don Quijote...

Díganlo sino las conquistas llevadas á cabo en la guerra de Mindanao por un puñado de españoles, y la lucha verdaderamente española que se libra á diario en las frondosidades de la manigua antillana, en la que nuestros valientes soldados pelean siempre en proporción de uno contra diez, para siempre salir victoriosos.

Uno de esos combates en que el ardimiento heróico y el aliento de los corazones valen más que las modernas invenciones guerreras y los cálculos de químicos y constructores, ocurrió el día 20 de Abril en las cercanías de Bayamo (Santiago de Cuba).

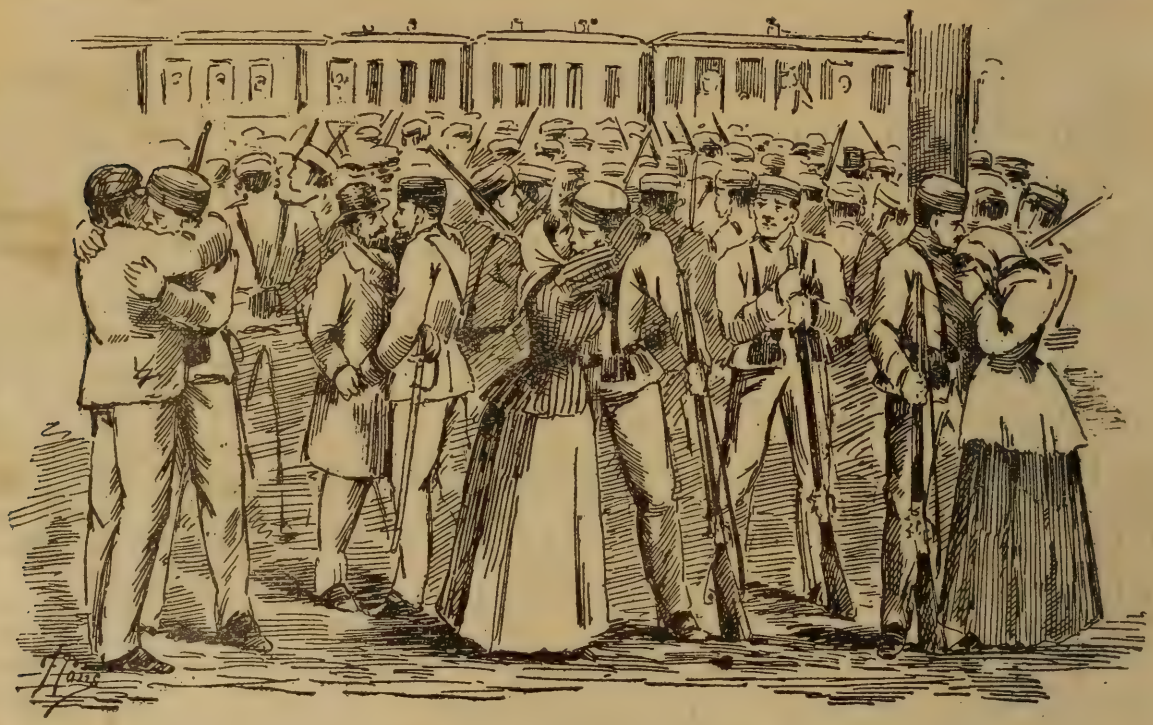
. . . . . .

El teniente coronel Giralt, es el prototipo del oficial español, verdadero amigo del soldado que llega con él hasta la misma muralla y muere con él.

Sereno por excelencia, se crece y muéstrase indiferente é impávido

ante el peligro; cuando más nutridas son las descargas del enemigo, cuando más comprometida es la situación de la columna cuyo mando se le ha confiado, mejor cruza desde la vanguardia á la retaguardia, no una sino cien veces, para animar al soldado y apreciar mejor su arrojo, la práctica guerrera de su batallón y las acertadas disposiciones del oficial.

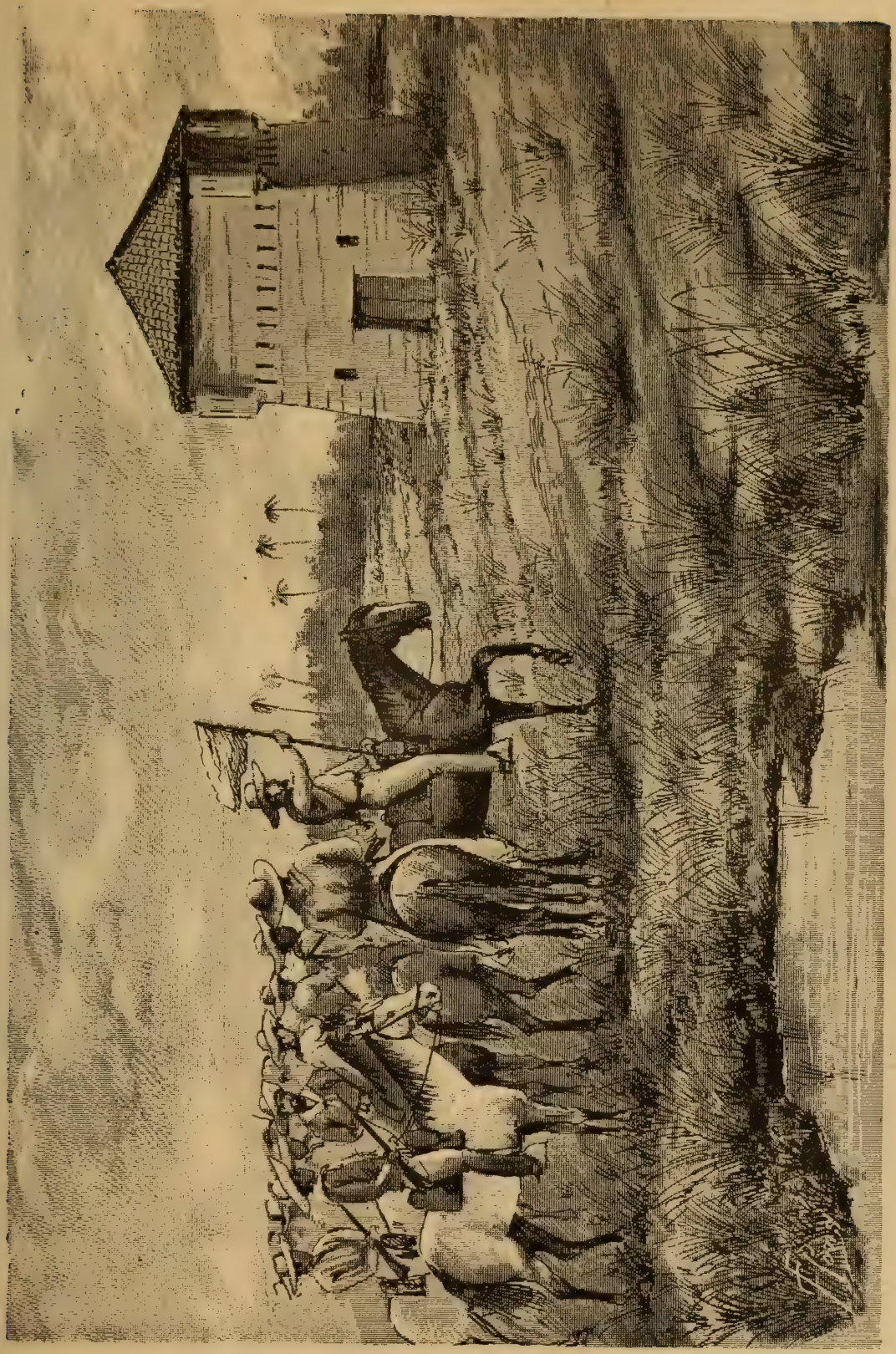
No solo con su presencia, sino con palabras cariñosas, que le dictan su amor patrio y su afecto al amigo, infunde aliento al débil, siendo el



DESPEDIDA DE LAS TROPAS EN LA ESTACIÓN FÉRREA DE MADRID

asombro de los que en él se fijan, pues si no se oculta ni un instante para dar ejemplo á los suyos, busca en cambio un abrigo protector para el individuo y le obliga á guarecerse tras él para librarle de las balas enemigas, economizando lágrimas á las madres, y vidas á la patria, sin abandonar por eso el objetivo de la victoria.

De ahí que la masa anónima de valientes que en los campos de Cuba pelean bajo sus órdenes, se arrojen al combate como locos, rían y charlen, sin acordarse del peligro que corren.



tremolando bandera de parlamento frente al fuerte de Jiguaní... (pág. 226)

***

Una partida de insurrectos formada por unos ciento cincuenta hombres montados presentóse el día 18 de Abril tremolando bandera de parlamento frente al fuerte de Jiguaní, en la jurisdicción de Bayamo, que estaba defendido por cincuenta soldados al mando del primer teniente que fué del regimiento de Otumba don José Alcalá.

La guarnición á la vista de los insurrectos y en contestación á las señales que éstos le hacían flameando á los aires el símbolo de paz, prorrumpieron en entusiastas vivas á España y á Cuba española.

El teniente Alcalá, como hombre precavido y práctico, sin fiarse de la actitud de los mambises, dió aviso telefónico de lo que ocurría á su jefe, el señor Giralt, que se hallaba en Bayamo.

El bizarro teniente coronel ordenó que salieran inmediatamente en auxilio de la guarnición del fuerte de Jiguaní, setenta y tres caballos de la guerrilla del regimiento de la Habana y el escuadrón de caballería de Hernán Cortés, quedándose en prevención de eventualidades con tres compañías del batallón, y previniendo al capitán de la guerrilla que, de empeñar combate para entrar en el pueblo, interrumpiera la línea telegráfica, señal que la haría acudir inmediatamente con el resto de la fuerza que se reservaba, pues susurrábase que las diferentes partidas rebeldes que operaban en la jurisdicción estaban reconcentrándose con objeto de dar un golpe.

***

Partió la fuerza en auxilio de sus compañeros de Jiguaní, y quedó

su jefe con deseos de seguirles para empeñar combate formal con los enemigos de España.

La casualidad vino pronto á satisfacer sus deseos; la línea telegráfica quedó interrumpida al otro día y creyendo que la interrupción era la señal de que sus hermanos habían entablado combate con los rebeldes, formó al momento su columna compuesta de *doscientos cincuenta* hombres y salió hácia el punto amenazado, mandando al capitán de la guerrilla acudiese al sitio denominado Cienfuegos donde pensaba pernoctar.

Dejó en Bayamo una compañía con los voluntarios para la defensa de la población, y por el camino de Jiguaní y el potrero de Céspedes dirigióse á Cienfuegos.

Allí supo que no corría peligro alguno el destacamento de Jiguaní por haberse retirado los rebeldes, como también que las fuerzas de éstos se habían reunido y formaban un total de *ochocientos* infantes y *cuatrocientos* caballos.

Entonces crecieron los deseos del bravo militar de empeñar combate serio con el enemigo, y con el talento previsor de un buen jefe manifestó á los habitantes del poblado de Santa Rita, compuesto de familias de rebeldes, que marchaba con la columna á Jiguaní.

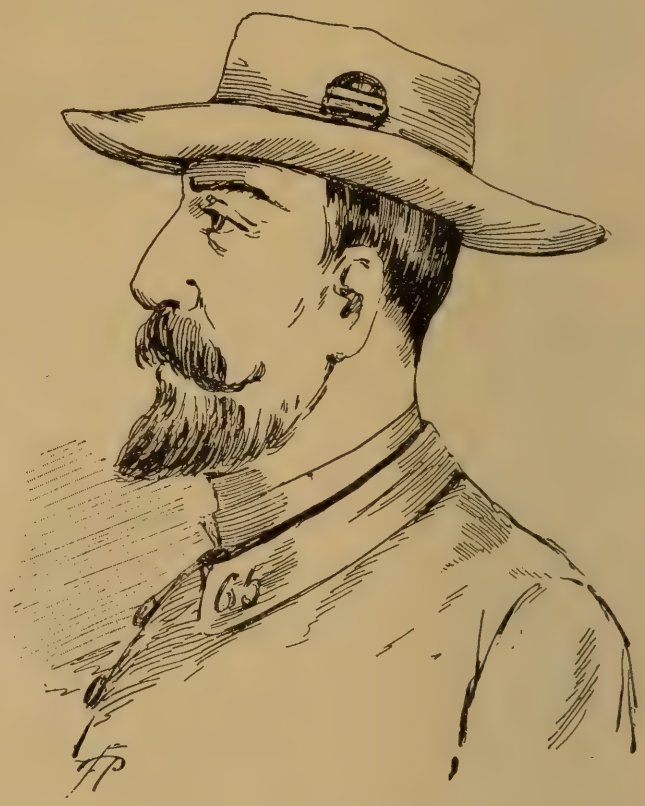
Previsto tenía el experto Giralt, que los mambises no tardarían en saber su movimiento, y le prepararían alguna emboscada; pero favorecido por el silencio y obscuridad de la noche, contramarchó hácia Bayamo.

***

Los cálculos del previsor jefe de la columna española se cumplieron al amanecer del día 20, en el sitio denominado *La Chapala*.

Alcanzada la retaguardia de nuestra columna por la caballería enemiga, en número de *cuatrocientos* ginetes, cargó con decidido empeño haciendo nutridos disparos en su vertiginosa carrera; pero su acometida fué valientemente rechazada por la primera compañía que dándole frente esperó impávida y serena el ataque.

No cejó el enemigo en su propósito y cargó dos veces más, aunque con igual negativo resultado en su acometida, pues, aquellos animosos y valientes soldados, constituyeron la cara más resistente del cuadro, logrando detener con sus certeros fuegos, el desenfrenado galope de los caballos.



CORONEL TEJERIZO

Entonces, observóse que cada ginete llevaba á la grupa un combatiente de infantería, los cuales apeándose y divididos en secciones iguales, amenazaron los flancos de la columna.

El entusiasmo y el arrojo, la imperturbable serenidad y aplomo de nuestros soldados creció con el peligro, y aquel puñado de catalanes y valencianos, amenazados por un número cuatro veces mayor, obedeciendo la orden de su querido jefe, fueron retirándose ordenadamente por espacio de dos horas conteniendo y rechazando al enemigo, hasta que ya á la vista de Bayamo, huyó este, sin haber conseguido ni por un solo momento deshacer la correcta formación de la columna.

A la inquebrantable decisión é imperturbable serenidad de nues-

tros valientes soldados, y á la pericia de su ilustrado jefe, debióse en primer lugar la victoria y un tan brillante hecho de armas, que valió al enemigo ocho muertos y cincuenta heridos, entre los cuales figuraba el cabecilla Zambrana.

***

El nombre ilustre del teniente coronel Giralt, y el batallón de los *azules*, como los mambises llaman al de la Habana, á sus órdenes, supieron imponerse en aquella ocasión, como en otras varias, á los enemigos de España, y desde entonces redoblaron las precauciones y calmaron sus impetus de guerrear y medir sus fuerzas y valor con el arrojo y serenidad de nuestros bravos soldados.

Y estos, por su parte, adoran ya en el jefe y con él marchan contentos y satisfechos al combate, pues saben que después de atenderles con solicitud y cariño, les lleva al triunfo, y esta seguridad aumenta su confianza en su valor y energía.

En esa memorable jornada, cuyo principal detalle fué la admirable retirada y la imperturbable serenidad é inquebrantable decisión de nuestros soldados á lo cual debió indudablemente la columna salvar un peligro cierto, fué herido gravemente de dos balazos en el hombro y brazo izquierdos, el valiente capitán asturiano don Alberto Caro.

Este bizarro oficial al sentirse herido y derramar generoso su sangre española por la madre patria, no quisó abandonar su puesto, ni descuidó un momento la dirección del combate, negándose á montar á caballo, á pesar de las vivas instancias que le dirigieron su jefe y sus compañeros y entrando en Bayamo á pié y con el brazo colgando.

Inmensa satisfacción sentimos al consignar su nombre en estas páginas al lado del de su ilustre jefe señor Giralt y de sus dignísimos

compañeros los primeros tenientes don José Alcalá, don Pedro V. Goncert, don Antonio García Naya y el segundo don José Molins, que figuraron como distinguidos en el parte dado al general en jefe, para perpetuar su glorioso recuerdo en la mente de todos los españoles.

***

Según telegrama oficial del general en jefe de operaciones en Cuba al Ministro de la Guerra, fechado en la Habana el día 29, el destacamento de Santa Cruz del Sur, batió y dispersó á la partida del cabecilla Mauricio Montejo, que vagaba por aquellos contornos, haciéndole tres muertos.

El general Salcedo se tiroteó en Zarahuaca con las fuerzas de Maceo, que rehuyó combate.

Aunque sin detalles, daba cuenta también el general Martinez Campos en su despacho del encuentro habido de Capello Arroyo Hondo con la partida de José Maceo á la que causaron nuestros soldados nueve muertos y gran número de heridos.

De otra nueva é importante victoria que señalaba un nuevo y glorioso triunfo para nuestras armas, se tuvo noticia el día 29 en la Península.

La columna mandada por el coronel Tejerizo encontró en Ramón de las Yaguas á una numerosa partida de separatistas.

Estos tenían, sin duda, noticia de la llegada de nuestras tropas y estaban preparados para rechazar el ataque, convenientemente parapetados en las sinuosidades de la manigua.

Cuando los soldados estuvieron á tiro de fusil, los rebeldes rompieron nutrido fuego, que no amedrentó á las fuerzas leales.

A los gritos de ¡viva España! con que contestaban al infernal vo-

cerío de los rebeldes que atronaban los aires con su grito de guerra ¡viva Cuba libre!, lanzáronse á la bayoneta con ese singular denuedo y peculiar arrojo del soldado español.

El choque fué terrible, pues al arrojo y denuedo de nuestros soldados oponían los mambises su tenacidad y coraje. Más, sucedió lo de siempre, porque sabido es que nada resiste al empuje de nuestra valiente infantería.

Después de rudo combate, en que los soldados fueron desalojando á los enemigos de los puntos en que se habían parapetado, los separatistas huyeron en distintas direcciones, dejando el campo sembrado de cadáveres y llevándose gran número de heridos.

Las bajas del enemigo fueron *setenta y dos* muertos; los heridos se ignoran, pero á juzgar por el número de muertos y lo reñido del combate debieron ser muchísimos.

Las pérdidas de la columna fueron por fortuna muy pocas, aunque sensibles.

***

España, al tener noticia del nuevo y glorioso triunfo alcanzado por sus valientes hijos sobre sus eternos enemigos, entregóse á la esperanza de una pronta sumisión de los rebeldes y subsiguiente pacificación de la Gran Antilla.

Ante hechos tan gloriosos y memorables como los que dejamos narrados á la ligera y someramente por falta de detalles y de color en nuestra paleta, no podemos menos que sentirnos orgullosos de ser españoles y haber nacido en el suelo de nuestra península ibérica, sintiendo á la par revivir en nosotros todo nuestro glorioso pasado, con

la remembranza de las hazañas y los hechos épicos llevados á cabo por nuestros gloriosos antepasados.

Confiemos, sí, en nuestras fuerzas y salgamos del entumecimiento en que vivimos.

La historia de España es una historia de desastres y de victorias, de orgías y de catástrofes, de locuras y de epopeyas...

Quizás el orden y la economía valgan poco entre nosotros; pero

el desventurado sufrió una horrible muerte á machetazos... (pág. 243)

podemos esperar mucho de nuestras colosales enérgías, desequilibrios y entusiasmos.

Que somos pobres en dinero, es cierto, y diciéndolo estamos desde que España es España; pero en cambio poseemos inagotables tesoros de ideal, de alegría, de valor y de fé; sobre todo de fé, que es la que mantiene vivo el entusiasmo patrio y el espíritu nacional y con la que podremos «continuar la historia de España.»

CAPITULO XV

Regreso del general Calleja. —Su llegada á la Coruña.—Declaraciones del ex-gobernador general de Cuba.—Notorias contradicciones.—«Ni quito ni pongo rey...»—Juicios y comentarios.—Historia militar del teniente general don Emilio Calleja.—Prisión en Guantánamo del corresponsal del *New York World*.—Encuentro y muerte del cabecilla M. Ramirez.—Suena la beligerancia.—Salvajadas filibusteras.—Indignación en la Península.

ENUNCIADO el regreso á la Península del Gobernador general *dimisionario* de Cuba, general Calleja, era esperada la llegada del vapor que le conducía al puerto de la Coruña con gran ansiedad por sus deudos y amigos y por todos los españoles, ávidos de oir de sus autorizados labios las impresiones que traía respecto al movimiento insurreccional en la isla y al curso y estado de la campaña separatista.

El día 20 de Abril á las cuatro de la tarde, había comunicado al Gobierno el general segundo cabo de la Habana, señor Arderius, embarcóse en aquel puerto el general Calleja, haciéndosele los honores militares correspondientes á su gerarquía, y siendo despedido por autoridades, corporaciones y personas de todas las clases sociales de la capital de Cuba.

El día 2 de Mayo llegó á la Coruña el ex-gobernador general de la Gran Antilla, y recibió la visita de un redactor de *La Voz de Galicia*, con quien celebró una larga entrevista, en la que el general Calleja hizo las siguientes declaraciones, publicadas al otro día por dicho popular diario.

«El ex-gobernador general de Cuba atribuye las causas determinantes de la insurrección á la tremenda crisis económica por que atraviesa la isla, en la que se dá el caso de haber braceros que trabajan sólo por la comida.

»Esta situación la explotaron los laborantes incansables residentes en Haiti, Tampa, Cayo Hueso, Costa Rica y Nueva York. Además, la escasez de fuerzas intranquilizaba al pueblo, creando un estado moral favorable á la insurrección.»

No cree que se extienda la insurrección al Camagüey, circunscribiéndose tan solo á la parte Oriental.

El general dijo *que conocía de antiguo los trabajos preparatorios de la insurrección*, teniendo noticias constantes de cuanto se tramaba dentro y fuera de Cuba.

«Desde la intentona de la isla Fernandina, tres meses antes de estallar el movimiento insurreccional en la Gran Antilla, siguió de cerca la conspiración, *sabiendo que debía estallar la rebelión el 24 de Febrero, siendo esto tan cierto, que el día anterior 23 puso en vigor, por telégrafo, en toda la isla, la ley especial de orden público.*

»Esta medida causó general sorpresa, aunque se atribuyó á la necesidad que había de imponerse al bandolerismo, cuando en realidad obedecía tan solo al conocimiento que tenía de los planes y proyectos de los separatistas.

»Conocía el propósito de los laborantes y conspiradores de producir el levantamiento simultáneamente en seis provincias; pero éste quedó circunscripto á Santiago de Cuba y á las partidas de García,

Marrero y Matagás, en Matanzas y Santa Clara, todas las cuales habían sido por él vencidas.

»El general dijo *que tenía á su lado los principales cabecillas de la pasada guerra* faltando solo al compromiso que con él tenían, Masó, Banderas, Sanguily, Guillermón y Gualberto Gomez, á los que mandó prender antes del 24 de Febrero, *sin que pudiera cumplirse la orden.*

»Insistió mucho el general Calleja en que había enviado su dimisión el mismo día en que se le notificó el cambio de Gobierno y en que diariamente telegrafiaba la verdad de lo que ocurría á los Ministros de la Guerra y de Ultramar, teniéndoles al corriente del número y fuerza aproximada de las partidas.

»Por último, declaró que no contaba con fuerzas suficientes para prevenir la insurrección, y menos para dominarla, pues solo tenía quince batallones de *seiscientas* plazas cada uno, que luego fueron reforzados por *cuatro mil doscientos quintos.*

»Estas fuerzas eran insuficientes para guarnecer los poblados, siendo además imposible la vigilancia de *quinientas* leguas de costa con *siete malos cañoneros,* únicos disponibles de los *trece* que existían á la sazón en Cuba.»

Estas fueron las francas declaraciones hechas por el ex-gobernador general y ex-capitán general de Cuba en su entrevista con el redactor de *La Voz de Galicia* al desembarcar en el puerto de la Coruña de retorno de la Gran Antilla.

***

No somos nosotros los llamados á juzgar la conducta observada por el general Calleja con los separatistas cubanos, ni los medios de que se valió y puso en acción para sofocar el movimiento insurreccio-

nal en la mayor de nuestras Antillas; pero sí hemos de llamar la atención de nuestros lectores y consignar en estas páginas, las notorias contradicciones que se observan entre las precedentes declaraciones del ex-gobernador general de Cuba á su regreso á la Península, y sus manifestaciones á raíz del alzamiento, ó sea en los primeros días de Marzo, comunicadas en despacho oficial al Gobierno, desde la Capitanía general de la Habana.

He aquí la opinión emitida por el general Calleja y por él comunicada al Ministro, en aquella fecha, respecto al movimiento separatista iniciado el 24 de Febrero en el poblado de Baire.

«Adoptando providencias rápidas y enérgicas—dijo en su comunicación el señor Calleja—hemos sofocado en seis días el alzamiento en Matanzas. Nunca hemos dudado del resultado.

»La partida del bandido Matagás en Colón, Jagüey y Santa Clara, que se ha dicho asciende á *doscientos* hombres, se formó por levas forzosas.

»Su gente, al declararse en fuga en el primer encuentro con las tropas que mandé en su persecución, apenas llegaba á *setenta* hombres.

»En Santiago, la situación es más grave, pero se está trabajando para llegar á un acuerdo pacífico y esperamos *que todo se arreglará* sin efusión de sangre.

»Mi opinión personal es que, *la perturbación se extinguirá por falta de combustible.*

»Los antiguos jefes del separatismo son, *al parecer*, fieles al Gobierno: el único jefe que tenían los insurrectos en Manzanillo, es viejo y no sirve para el caso; el otro, Rubí, está en Santiago; los demás son *leales*...

»Los separatistas con armas—concluía afirmando el general Callejas—disminuyen cada día y muchos han regresado ya á sus casas.»

Estas son las palabras del gobernador general de Cuba, trasmiti-

das por el cable al Gobierno y copiadas fielmente de sus telegramas, para que nuestros lectores puedan comprobarlas con sus declaraciones de la Coruña.

Como Beltrán de Duguesclin, ni quito ni pongo rey, es decir, ni nombro ni destituyo gobernadores, ni creo ni destruyo reputaciones y famas, pero ayudo á la verdad, en cumplimiento de mi deber de historiador imparcial y desapasionado, como aquél ayudó á su señor, cumpliendo su deber de servidor y fiel vasallo.

CABECILLA ZAMBRANA

***

Motivo de innúmeros y apasionados comentarios fueron las declaraciones del ex-gobernador y ex-capitán general de Cuba—no rectificadas por nadie, aún después de publicadas por la prensa de Madrid—y, á decir verdad, fueron objeto de acerbas censuras su imprevisión y apatía, su confianza y optimismo y sobre todo su inexplicable y paladina confesión de haber tenido á su lado á los cabecillas insurrectos y la de haber aguardado el día 23 á tomar medidas para sofocar el movimiento que debía estallar el siguiente día 24.

Nosotros, empero, haciendo justicia á las dotes de caballerosidad y de hidalguía españolas del general Calleja y á su buena intención,

de la que nunca hemos dudado, creímos y seguimos creyendo á fuer de imparciales, que los filibusteros abusaron de su buena fé, puesto que teniéndolos á su lado, pagando sueldos á algunos, los más, y dando carrera á uno de ellos, le traicionaron y se marcharon á la insurrección.

No de otro modo se explica la conducta incomprensible y extraña de la primera autoridad de Cuba frente al movimiento separatista en gérmen y latente durante la época de su mando en la isla.

Ningún motivo había para desconfiar del general Calleja ni para dudar de sus dotes y aptitudes político-militares.

El teniente general don Emilio Calleja era un hombre práctico: así lo reconocían generales de prestigio y compañeros en guerras pasadas.

El general Calleja puede decirse que había pasado su vida en la Gran Antilla y pocos podían por lo tanto conocer tan á fondo las circunstancias de aquella isla, que gobernaba por segunda vez, como el general que, en su primer período de mando, cuando la dimisión de Fajardo en 1886, dió pruebas evidentes y palmarias de haber comprendido y penetrádose de la índole del país, y de saber gobernarlo con gran tacto.

***

Don Emilio Calleja é Isasi procede del arma general de infantería, en cuyo cuerpo sirvió hasta alcanzar el empleo de capitán.

En 1857, el capitán Calleja pasó á prestar sus servicios á las Antillas, después de haber ingresado en el cuerpo de infantería de marina, que por entonces acababa de organizarse.

Cuando la anexión de Santo Domingo, pasó á una de las guarniciones de aquella isla, con el empleo de comandante.

Durante toda aquella campaña tuvo ocasión de distinguirse y se distinguió peleando denodadamente contra los insurrectos separatistas en gran número de sangrientas y gloriosas acciones.

En 1867 se trasladó con el batallón que tenía bajo su mando, á Puerto Rico, donde eficazmente contribuyó al restablecimiento del orden, gravemente alterado por la sublevacion de Lares.

De allí pasó á la Habana, de donde después de breve estancia regresó á la Península, hasta que en 1869 fué destinado otra vez á Cuba á combatir las huestes separatistas de la pasada guerra.

En la isla permaneció tres años dando pruebas de su valor y pericia en cien encuentros, y al estallar el movimiento cantonal en la Península, ascendido ya á brigadier, el señor Calleja vino á España, donde á las órdenes del general Lopez Dominguez fué destinado á operar contra los cantonales cartageneros.

Ascendido al empleo de mariscal de campo, (general de división), y con la gran cruz del Mérito Militar, pasó al ejército de operaciones en el Norte, encargándose del mando de una división hasta la terminación de la guerra carlista.

Nombrado luego segundo cabo y gobernador de la provincia de la Habana, marchó de nuevo á Cuba, donde secundó admirablemente y con gran acierto los planes y disposiciones de los gobernadores generales señores Martinez Campos y Jovellar, hasta la capitulación del Zanjón.

En aquella época desempeñó varias veces, aunque con el caracter de interinidad, el mando superior de la isla, además de la jefatura militar de diferentes provincias, que obtuvo en diversas ocasiones.

De regreso á la Península y ascendido á teniente general, fué nombrado capitán general de Andalucía, primero, y más tarde de Castilla la Vieja, de donde pasó á la Capitanía general de Cuba.

Esta es, á grandes rasgos, la historia militar de don Emilio Calleja

é Isasi, gobernador general de la Gran Antilla al estallar la actual insurrección separatista.

***

Mientras los desahogados y nada aprensivos *yankees* del *New York Herald* nos venían con la monserga de las interviews á nuestros

Alcanzada la retaguardia de nuestra columna... (pág. 228)

prohombres políticos, se recibió de Cuba el día 3, un telegrama particular dando cuenta de que en Guantánamo había sido preso el corresponsal del *New York World*.

El aprovechado y diligente *reporter* norte-americano, llamábase Fuentes, y más que corresponsal del periódico neoyorkino era un activo propagandista del separatismo cubano, que se valía de la profesión de periodista para hallar fácil acceso á todos los centros donde podía

Lucha desesperada en la manigua...

recoger informaciones que pudieran convenir á los laborantes, de los cuales era un agente asalariado, y los rebeldes pudieran utilizar.

Esta noticia hizo pensar en si el director y el redactor del *New York Herald* serían también agentes asalariados de los laborantes cubanos y habrían venido á España á hacer propaganda separatista entre nuestros políticos.

Según otros despachos del propio día 3, había habido un encuentro entre un destacamento de nuestras tropas y la partida que mandaba el cabecilla Marcos Ramirez, el cual había muerto en la refriega.

En otro telegrama se comunicó á la prensa de Madrid, la siguiente noticia:

«Según dicen desde Albany, la Asamblea de representantes del Estado de Nueva York, que como es sabido celebra sus sesiones en la ciudad citada, ha adoptado una resolución en que expresa sus simpatías hacia los cubanos rebeldes, y pide al Presidente de la República, mister Cleveland, que adopte las medidas necesarias para reconocer como beligerantes á los insurrectos de la Gran Antilla.»

Esta fué la primera vez que con alguna resonancia se oyó hablar de la después tan cacareada y asendereada beligerancia en favor de las hordas de bandoleros é incendiarios de Cuba.

Muchos fueron los que en aquella fecha se rieron de la noticia, por considerarla destituída de todo fundamento y sobre todo por lo estupenda que resultaba ante el derecho internacional, pero no habían pasado ocho meses cuando ya la pedía oficialmente la Comisión informadora de las Cámaras norte-americanas.

***

Penosa impresión é indignación profunda causó en la Península, la triste noticia recibida en Madrid el día 4, de las salvajadas cometidas en la isla por los filibusteros.

Según la prensa de Cuba, los insurrectos habían empezado á cometer actos de salvajismo y barbarie, propios tan sólo de caníbales y hotentotes sin contacto alguno con naciones civilizadas.

Referían los periódicos de la Habana, que el licenciado de la guardia civil don Miguel Laureda, que vivía en el poblado del Blanquizal, donde poseía una bodega, fué sorprendido la noche del 11 por veinte hombres de la partida que mandaba Juan Massó.

Laureda fué atado y conducido á la sabana de los espinales de *Palmas altas*, donde el desventurado sufrió una horrible muerte á machetazos, habiendo antes sufrido crueles martirios, y entre miles lamentos cometieron con él actos de una crueldad tan refinada, que el pudor y la pluma se resisten á citar por decoro, dejándolo luego amarrado é insepulto.

Decían también que aquellos bandidos habían dado igual muerte á un tal Iglesia y á otro licenciado del poblado de Bueycito.

Y que en el barrio de Vicana asesinaron á don Manuel Reitor, persona de edad y achacosa, que en la guerra pasada prestó al Gobierno muy buenos servicios al frente de una guerrilla, por lo que fué nombrado comandante de milicias.

Estas tristes noticias alarmaron de tal suerte á la opinión, que unánime pidió el inmediato envío de refuerzos al teatro de la guerra para castigo de las hordas de salvajes que infectaban la manigua, y defensa y protección de nuestros hermanos en la isla.

España entera protestó indignada de esos actos de salvajismo cometidos por los que se titulaban *libertadores* y *salvadores* de Cuba, y lloró con sus deudos la trágica muerte de aquellos honrados patriotas que no habían cometido otro delito que conservar incólume en sus co-

razones su inquebrantable amor á la madre patria y su fidelidad á la bandera que en su infancia vieran flamear en la torre ó campanario de la villa, pueblo ó aldea españolas donde nacieron.

¡Execración eterna á sus cobardes y viles asesinos, y santa paz y sempiterna gloria en la mansión celeste á sus almas!

CAPITULO XVI

Rumores de negociaciones de paz... ilusorias.—Bando-proclama del general Martinez Campos.—Obras públicas en Cuba.—Pesimismos y optimismos.—Buenos propósitos del Gobierno de Washington.—Nuevos desembarcos.—Manifiesto-proclama de Antonio Maceo.—Bando del general mulato.—Partida en Sancti-Spíritus.--Infame *canard*.—Protesta é indignación.—El hecho según informes de nuestros corresponsales.--Otro triunfo de nuestras armas.—Ataque al poblado del Cristo.—Salvagismo y ferocidad de los *mambises*.—Descarrilamiento de un tren.--Ataque al convoy.—Cruces y recompensas.

Con gran contento se recibieron en la Península, el día 6, noticias de negociaciones de paz... ilusorias.

Los optimismos alcanzaron en ese día un alza considerable en la opinión.

En el Congreso, en los círculos, en teatros, cafés y tertulias, en todas partes, se habló mucho en ese sentido.

Llegó á decirse que el general Martinez Campos había consultado al Gobierno algunos extremos de las negociaciones de paz propuestas por los filibusteros.

Con estas noticias relacionaban los optimistas la presentación de algunas partidas rebeldes á las autoridades de la isla y los insistentes rumores que circularon aquellos días referentes á la próxima terminación de la guerra.

En el Ministerio de Ultramar se dijo algo que podía traducirse en

sentido favorable para la acertada gestión del general Martinez Campos.

Asediado el Ministro por los periodistas, é interrogado acerca del fundamento de dichos rumores, contestó:

—Nada sé de negociaciónes de paz. Me felicitaron todos en casa del señor Cánovas, y eran tan exagerados los optimismos que yo, francamente, he llegado á creer algo de lo que no sabía.

El Gobernador general de Cuba, enterado ya detalladamente del estado de la insurrección había dirigido una proclama-bando á los rebeldes, en la que ofrecía amplio y completo indulto á todos los insurrectos que se sometiesen á las autoridades legítimas, exceptuando únicamente á los jefes de la insurrección.

GENERAL SALCEDO

En dicho bando, advertía el general Martinez Campos que los rebeldes presos serían castigados con todo el rigor de la ley.

Además, pedida autorización al Gobierno para realizar obras públicas en Cuba, con el doble fin de aliviar la miseria que alimentaba la insurrección y evitar que las gentes necesitadas fuesen á engrosar las filas de los separatistas, el Consejo de Ministros acordó autorizar la ejecución de dichas obras, si bien procurando que fueran de utilidad para la campaña que estaba realizando nuestro ejército.

La noticia de que el cabecilla Brú había llegado á Paris procedente del campo de la insurrección, fué muy comentada en sentido optimista, porque según se dijo, el conocido revolucionario se había decidido á abandonar el campo separatista en vista de la indisciplina que reinaba entre los insurrectos, causa suficiente para considerar perdida la causa que defendían. Persona que le conocía y habíale visitado y preguntado acerca de la marcha de la rebelión aseguró que el prestigio separatista se mostraba completamente descorazonado.

Y advertían los optimistas al comentar la noticia:

«Hay que tener en cuenta que Brú es testigo de mayor excepción y su imparcialidad no puede ser sospechosa.»

La partida de este cabecilla se componía de ochenta infantes y algunos caballos: la gente tenía confianza ciega en su jefe, y no hay que dudar que, á no desistir Brú de su propósito por las desconfianzas que abrigara, seguramente que hubiera dado que sentir en esta guerra.

***

Una observación oponían los pesimistas á los optimismos de su contrario bando; observación por cierto, no destituída de fundamento.

Desde los comienzos de la presente guerra que había podido comprobarse un cambio de táctica en los insurrectos. Estos, habían adoptado en la presente campaña una táctica distinta por completo de la empleada en la anterior guerra, como si abrigaran la creencia de que su antiguo método de guerrear fuese el culpable de sus fracasos de antaño.

Ya no eran pequeñas partidas las que formaban, sino que, organizándose en grupos de doscientos ó trescientos hombres, se reunían en momentos dados cuatro ó seis partidas para dar un golpe seguro, con-

siguiendo de este modo si no vencer, pues esto era imposible, sí al menos sorprender y hacer frente de momento á nuestras columnas compuestas á lo sumo de doscientos ó trescientos hombres y sostener el fuego durante algunos minutos para dispersarse luego y cansar á nuestros bravos soldados con una persecución inútil y fatigosa.

Aunque se atribuía, no sin motivo, que la concentración de grandes núcleos de fuerzas insurrectas al rededor de Santiago de Cuba, obedecía al propósito de llamar hácia allí la atención de nuestras columnas para facilitar la ida al Camagüey de Máximo Gomez, no cabía desconocer y era forzoso confesar, que la insurrección tenía á los dos meses de iniciado el movimiento insurreccional en la isla, más gente de la que tuvo en los más álgidos períodos de la pasada guerra de los diez años. como también, que en la actual, los insurrectos eran si no más diestros, sí más audaces, y estaban además, mejor dirigidos.

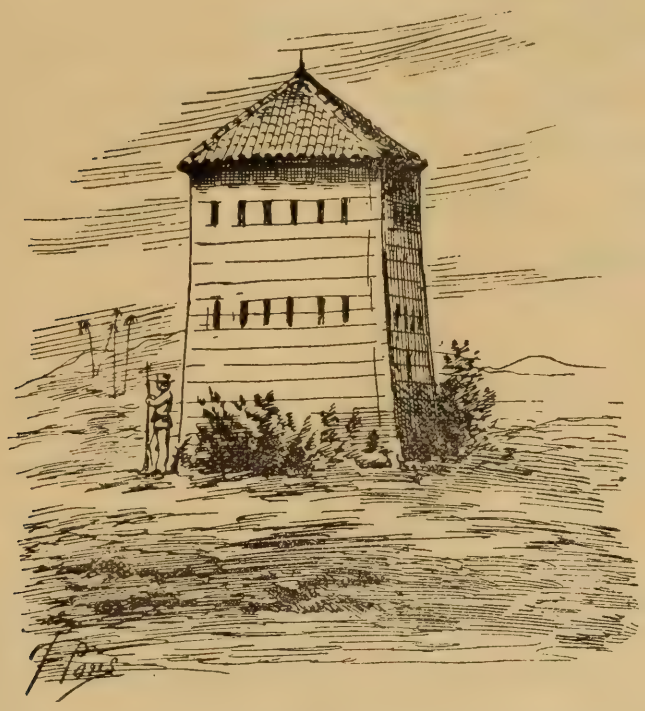
***

A estas observaciones objetaban los optimistas que era muy posible que la distinta táctica adoptada por los separatistas en la presente campaña, obedeciera á pobreza de recursos, lo cual debía de anotarse.

—Más limitados los medios con que la insurrección cuenta—añadían los *pacistas*—sus jefes saben que tienen que ganar ó perder pronto, muy pronto, porque si la guerra continua saben que han de ser vencidos.

La insurrección fué organizada muy extensamente y con toda prolijidad. Fracasada por múltiples causas es ya todo ella un desconcierto. y si luchan desesperadamente en Santiago de Cuba, no es porque de allí se propongan pasar á otra provincia, sino por animar al resto de la isla para que los secunde, creídos de que si la insurrección se extendie-

ra por todo el territorio antillano, no podría ser dominada, desconociendo ¡ilusos! que en tres provincias no podrían subsistir por falta de montañas en que guarecerse y por carencia de medios de vida y porque bloqueando la isla con buques que impidan los desembarcos de armas y municiones, á los dos meses de persecución tendrán que entregarse rendidos é indefensos y obligados por el hambre.



FORTIN EN LAS CERÇANÍAS DE NUEVITAS

En cuanto á la política adoptada por el ilustre general Campos, la confianza en que lograría la pacificación pronta de Cuba, fué unánime y absoluta, si bien no lo fué tanto con respecto á los medios que en el ánimo de todos estaba se proponía adoptar para lograrla.

Según unos, el general se había mostrado satisfecho de todo á su llegada á la Gran Antilla; según otros, no estaba muy complacido del espíritu de la opinión y no faltó quien asegurase que le tenía caviloso cierta pasividad por él observada en determinados elementos políticos poco conforme con las circunstancias y los deberes de patriotismo.

Esperaban unos que acudiría á las concesiones para llegar pronto á la pacificación de la isla, y temieron otros ante este aserto y propósito del ilustre pacificador de la guerra de los diez años, que el pan de hoy fuese hambre para mañana y que el remedio no proporcionase más que pasagero alivio al enfermo, pero no su radical curación.

Cuba padecía un cáncer que era preciso extirpar de raíz á fin de evitar que se reprodujera.

Otros opinaban que no acudiría más que á la guerra para traer la paz, y con esto temieron algunos que la guerra se prolongase y aniquilase paulatinamente las fuerzas vivas de España y agotaia las arcas del Tesoro español, dejando exhausto el erario, con perjuicio de los intereses peninsulares.

***

Lo cierto, lo que se vió fué, que el general Martinez Campos acometía obras de verdadera importancia en la isla, salvando los escollos burocráticos para dar inmediato trabajo á los que lo necesitaban, restando con ello fuerzas y medios de vida á la insurrección, y que las tropas se movían en todas direcciones, no dando punto de reposo y teniendo sin sosiego á las partidas insurrectas.

Al efecto, dispuso que comenzaran enseguida las obras del ferrocarril de Puerto Príncipe á Santa Cruz del Sur; la prolongación del de Santa Cruz á Palma Soriano y del de Bayamo á Manzanillo; prolongar la línea de Placetas á Sancti Spíritus y continuar la de Cárdenas hasta Ciego de Avila á fin de utilizar el ferro-carril de la trocha de Morón al Júcaro.

Estas previsoras y acertadas medidas del Gobernador y Capitán ge-

neral de Cuba, hicieron esperar que quitarían á la rebelión elementos de vida y darían al país una efectiva riqueza.

La organización de guerrillas utilizando licenciados del ejército y elementos del país, tomó mayores proporciones á la llegada del general Campos á la isla, prometiéndose de ellas el nuevo Gobernador general buenos resultados.

No obstante, se observó que de los poblados atacados una vez por los insurgentes, huían los vecinos, á pesar de enviarse á ellos fuerzas para defenderlos y ponerles á salvo de nuevos ataques.

***

La grata acogida dispensada por el presidente de la República norte-americana, mister Cleveland, á nuestro ministro señor Dupuy de Lome, dió motivo á que se afirmase algo nuestra confianza en la amistad de los Estados Unidos, si bien el efecto que produjo en la opinión quedó algún tanto neutralizado por haber coincidido, por casualidad, con el hecho de haber publicado el *Herald* las opiniones de los señores Cánovas, Romero Robledo, Sagasta y otros, respecto de Cuba, y los propósitos de nuestro Gobierno, contrariadas por las de Gonzalo de Quesada, Benjamin Guerra y Carlos Manuel Céspedes, miembros de la Junta revolucionaria del partido separatista cubano, residente en Nueva York.

Este hecho y otros análogos, hicieron temer que no obstante el buen deseo de mister Cleveland y su gobierno, los laborantes seguirían preparando impunemente expediciones filibusteras utilizando el egoismo mercantil de los *yankees*.

Durante aquellos dían abandonaron la isla y marcharon á Cayo Hueso y Tampa, buen número de indivíduos de la Habana y sus alre-

dedores, engañados unos por supuestos éxitos de los insurrectos y llevados otros por la irreflexión de sus pocos años, pues se trataba de niños, verdaderos niños de 14 á 18 años, á quienes sus padres no habían autorizado para salir de la isla.

La prensa cubana trató el asunto, abogando una parte de ella por que se exigieran pasaportes y se identificasen las personas, y la otra conceptuando ridícula esta medida propia tan solo de gobiernos absolutos, y con la que nada se evitaría.

CORONEL DON JOSÉ XIMENEZ DE SANDOVAL

Se habló mucho de dos *pailebots* vistos con mucha gente en la ensenada de Coloma (Pinar del Rio), asegurándose que habían ido á desembarcar en Dayaniguas; pero nada pudo saberse de cierto, á pesar de las investigaciones hechas por las autoridades y fuerzas enviadas á practicar un reconocimiento por aquella costa.

Hablóse también, aunque con igual resultado, de un desembarco de gente y armas en la Caleta, al Este de Santiago de Cuba, por el rio Baconao.

***

Mientras aquí en la Península tomaba albergue en muchos pechos la risueña esperanza de ser pacificada en plazo breve la perla de nuestras Antillas, allá en la isla batían el cobre nuestros bravos soldados, tiñendo con su roja sangre unos, la flora antillana, y cayendo otros, para no levantarse más, al mortífero y fratricida plomo separatista, al propio tiempo que por ciudades y bohios, por la manigua y poblados, circulaba con gran profusión un manifiesto proclama del general en jefe de las fuerzas rebeldes, el mulato Maceo, que producía en el ánimo de los isleños gran sensación.

El manifiesto era leído y comentado con acaloramiento, aunque la opinión sensata del país condenase los planes del jefe separatista y la tenacidad con que expresaba querer sostener la guerra contra la madre patria.

Decía así el documento á que nos referimos.

«Españoles y cubanos:

Peninsulares que habeis servido al Gobierno sin recompensa alguna y sólo guiados por el acaloramiento de las pasiones, contad con el respeto á vuestras vidas y la seguridad de vuestros intereses, si permaneceis neutrales en esta guerra de independencia.

Cubanos que fuisteis impelidos por los opresores de Cuba á servir la causa de la tiranía española contra vuestros propios derechos é intereses, contad con el perdon de vuestras graves faltas y traiciones á la patria.

Haremos la independencia para todos. Los españoles tendrán libertad económica y los cubanos serán dueños del porvenir de su patria. —*A. Maceo.*—Cuartel general en campaña, Abril 25 de 1895.»

***

Aparte, y además de la transcripta proclama que tanto excitó los ánimos de los filibusteros, á la vez que levantó enérgica protesta en los buenos hijos de España, publicó también el general en jefe de los separatistas, un bando dictando severas órdenes á los suyos para el desenvolvimiento y ejecución fiel de su plan de campaña, y en el cual se leía el siguiente párrafo, que demuestra de una manera evidente é inconcusa el firme propósito del cabecilla mulato, de querer seguir la guerra á todo evento, durara lo que durase y costare lo que costase.

Dice así el párrafo de referencia:

«Queda terminantemente prohibida toda conferencia con el enemigo y autorizados los jefes de fuerzas cubanas para ahorcar, sin formación de causa, á todo emisario español ó cubano, que venga con proposiciones de paz.»

Añádase á todo lo que dejamos consignado la noticia plenamente confirmada de que entre Sancti-Spíritus y Trinidad se había presentado una partida de *doscientos* insurrectos, y se tendrá idea del alza que tuvo en la Península la nota pesimista.

Aparejada con esta desagradable noticia vino otra, que causó profunda y penosa impresión en la opinión, y fué objeto de muchos comentarios en los primeros momentos, aumentando en gran manera el número de los pesimistas.

Era tan inverosímil el suceso, que todo el mundo lo calificó de absurdo y de *canard* filibustero, protestando indignado de que se hubiera consentido su publicación, y censurando y calificando de mal español á quien lo había comunicado.

Y, en efecto; era tan inaudito el hecho que estaba justificada la protesta y la indignación.

Se trataba de un caso no registrado aún en las páginas de la historia militar de España.

Decía el telegrama á que aludimos, que un destacamento de nues-

tras tropas en un encuentro habido con dicha partida, había rehuído el combate y se había retirado sin hacer frente al enemigo.

¿Era esto posible en nuestros bravos soldados?

¿Era siquiera verosímil en nuestro pundonoroso ejército y sus bizarros oficiales?

No, en manera alguna: sólo pensarlo era un insulto á nuestros hermanos; creerlo, hubiera sido una infamia, un vilipendio para nosotros mismos, una cobardía mayor que la del cobarde que había inventado el *canard* depresivo y en desprestigio de nuestra honra nacional... de nuestro valiente y pundonoroso ejército.

***

Nosotros fuímos los primeros en protestar de tan ruín como infame aserto, y en convencer á los irreflexivos impresionistas que se lamentaban del triste suceso, de lo absurdo é inverosímil de la calumniosa noticia.

Pronto recibimos varios telegramas de nuestros corresponsales en la Habana y en el teatro de la guerra, dando detalles del hecho y confirmando nuestro juicio y corroborando nuestras afirmaciones, haciendo justicia á la bien probada y nunca ni por nadie desmentida pundonorosidad de nuestro valiente ejército.

Atacadas de improviso nuestras tropas por quíntuples fuerzas rebeldes, el digno oficial que mandaba la pequeña columna ordenó el ataque sin titubear ni un solo momento, ni medir las fuerzas del enemigo, antes al contrario, creciéndose al peligro, como hicieron siempre los defensores de nuestra bandera, embistieron con ímpetu y sin igual denuedo, con ese arrojo y peculiar valor, rayano en temerario y propio tan sólo del soldado español, hasta ver agotadas todas sus

energías ante un enemigo cinco veces mayor en número y emboscado por añadidura.

El oficial y los soldados á sus órdenes, pelearon como pelean siempre los españoles, contra la feroz saña de los filibusteros; pero rendidos de cansancio, agobiados por el número, y agotadas sus municiones, se retiraron ordenadamente viendo lo inútil que resultaba la persistencia en combate tan desigual.

La conducta del bizarro oficial que mandaba dicha columna, y cuyo nombre sentimos no conocer para tener la honrosa satisfacción

PARTIDA INSURRECTA DEL CABECILLA ZAYAS

de consignarlo aquí, no solamente no fué reprochada, sino aprobada y ensalzada por el general en jefe señor Martinez Campos.

¡Gloria y loor á la española infantería!

***

Reaccionada la opinión y calmados los ánimos de los impresionistas con la rectificación de la conducta de nuestras tropas, recibióse otro

RIO CAUTO (Manzanillo)

satisfactorio telegrama dando cuenta de haber salido de Matanzas en persecución de dicha partida una columna compuesta del primer batallón del regimiento de María Cristina con su guerrilla, y un escuadrón del regimiento de Pizarro.

Mandaba la columna el bizarro coronel de caballería don Calixto Ruiz, muy conocido en los círculos de Madrid, donde había estado de guarnición muchos años sirviendo en el regimiento de húsares de Pavia.

Nuestras tropas consiguieron dar alcance á los insurrectos casi en el mismo sitio donde se habían batido anteriormente, y allí, después de hora y media de fuego nutridísimo, consiguieron castigar la *hazaña* de los filibusteros dispersándolos y causándoles cuatro muertos que dejaron sobre el terreno.

Los heridos que nuestros soldados vieron retirar al enemigo, pasaron de quince, y no fueron más numerosas las bajas de éste, porque nuestra caballería no pudo maniobrar á causa de lo accidentado del terreno.

De otro modo, consignaba el despacho, la retirada hubiera costado á los rebeldes muchos hombres y mucha sangre, porque nuestros soldados lucharon como leones, animados por el deseo de vengar á sus compañeros de armas.

***

Según un telegrama que el día 8 publicó el *Heraldo* de Nueva York, dirigido desde Santiago de Cuba por su corresponsal, y transmitido á la Península por la *Agencia Havas*, el mismo día que en Madrid se recibieron noticias de negociaciones de paz propuestas por los filibusteros y circularon rumores favorables á la próxima terminación de la guerra, el *general* Maceo, al frente de *mil doscientos* insurrectos

había atacado el poblado del Cristo, situado á pocas leguas de la capital de la provincia de Santiago de Cuba.

La noticia cayó como una bomba en el campo de los optimistas, y los del contrario bando se despacharon á su gusto comentando el telegrama y deduciendo de su contexto los más fatídicos augurios.

Los insurgentes no solo habían tomado la ofensiva atacando á nuestras columnas en la manigua, sino que su atrevimiento había llegado á bajar al llano y atacar poblados y descarrilar y detener trenes con tropas, á pocas leguas de la capital.

En efecto, el referido telegrama decía que los insurgentes habían penetrado en el pueblo y quemado la tienda de un español pacífico; levantaron los rieles del ferro-carril é incendiaron un puente.

La guarnición, compuesta de cien españoles, había hecho una resistencia heróica coronada por el éxito, obligando á los insurrectos á retirarse.

Un tren que conducía trescientos españoles para reforzar la guarnición fué detenido por los rebeldes y la locomotora descarrilada. Sin embargo, éstos evacuaron el Cristo antes del amanecer.

El tráfico por el ferro-carril había sido suspendido y los vecinos del poblado se dirigían á pié á la ciudad.

***

El hecho de que daba cuenta el periódico neoyorkino era, por desgracia, muy cierto, y de él se tuvo noticia detallada en la Habana el día 8 por la noche.

Según los comprobados informes de nuestros corresponsales en la capital de la Gran Antilla y en el teatro de la guerra la verdad de lo ocurrido fué lo siguiente:

Serían las diez de la noche del día 6 de Mayo, cuando los tranquilos habitantes de El Cristo, que en su mayoría se habían entregado ya al reposo y abandonádose en brazos de Morfeo, sintieron de improviso un nutrido fuego de fusilería hácia la estación del ferro-carril, donde se encontraba una guardia compuesta de veinte hombres de la primera compañía del primer batallón del regimiento de Cuba al mando de un sargento

Un grupo de ocho insurgentes á caballo había hecho fuego contra la estación férrea, siendo rechazado por nuestros soldados.

A las once fué invadido el poblado por numerosas fuerzas rebeldes y atacado por diferentes puntos el cuartel de la guardia civil, en cuya casa se encontraban con el capitán de caballería señor Lendines, ayudante del general Gascó, el primer teniente de la guardia civil don Manuel Molina, dos sargentos, un cabo y veintiun guardias, y quince soldados del referido regimiento de Cuba.

A los primeros disparos, acudieron al cuartel en auxilio de sus defensores, el teniente del cuerpo de voluntarios don Mateo Alvarez y tres indivíduos del propio instituto, quienes sostuvieron el fuego con el enemigo y cooperaron á la brillante defensa de la casa-cuartel hasta que se retiraron los filibusteros.

***

Muy cerca de tres horas duró el ataque y la defensa de El Cristo.

Al fin, viendo el enemigo que sus planes se frustraban y que sus propósitos se estrellaban contra la tenaz resistencia y el valor y heroismo de nuestros soldados, desistieron de su loca empresa, pues locura es pretender la rendición de un fuerte ó cuartel guarnecido ú ocupado por soldados españoles,—aunque estos sean un puñado de hom-

bres como en San Miguel de Nuevitas,—y comenzaron á retirarse. Pero, llevados de sus feroces y salvajes instintos y poseídos del coraje que les produjo la inesperada frustración de sus planes ante la imprevista y tenaz resistencia de un puñado de *patones,* como ellos nos llaman, desahogaron su rabia pegando fuego á la casa del conocido y honrado comerciante español don Esteban Gener.

También pretendieron incendiar la casa-cuartel atacada, por su

POBLADO DESTRUIDO

parte trasera, pero habiéndose percatado, á tiempo, de sus aviesas intenciones el capitán señor Lendines, acudió al frente de unos cuantos soldados á impedirlo, causándoles numerosas bajas.

Esto exacerbó la ferocidad de aquellos salvajes, que, dando rienda suelta á sus malvados instintos, convirtiéronse en fieras, y penetrando cual banda de vándalos en la casa propiedad de don Juan Hernandez, contigua á la de don Esteban Gener, maltrataron á la aterrada esposa de aquél, y pegando fuego á la casa y á los muebles hacinados en montón, arrojaron ¡oh bárbaros! á las llamas, á un inocente niño.

La pluma se resiste á pintar el cuadro de horror que presentaría

aquella desventurada madre y aquél inocente angel, sér de su sér, rodeados por aquellas furias del Averno que impávidos y con infernal sonrisa en sus gruesos labios, contemplaban impasibles y sordos á los angustiosos acentos de la infeliz madre y á los gritos de dolor del tierno niño, su obra de barbarie y salvagismo.

No hay léxico que contenga palabra que nos dé una idea exacta del dolor y la tortura de aquella infeliz, ni calificativo apropiado y aplicable á los bárbaros y cobardes asesinos del inocente infante.

Asimismo fué también incendiada otra casa de guano contigua á las anteriores.

En la primera de estas, encontróse luego el cadaver carbonizado de un negro insurrecto, que cayó allí á consecuencia de un disparo de Maüser.

Al siguiente día vióse que la calle que daba acceso á la casa cuartel era una gran charca de roja sangre, y las casas del pueblo estaban en su inmensa mayoría acribilladas á balazos.

La partida se componía de unos dos mil doscientos hombres, en su mayoría de color, y estaba mandada por los hermanos Maceo, los cuales establecieron su cuartel en el alto del poblado donde se halla situada la iglesia.

Desde allí dirigieron el ataque y contemplaron impunemente é impasibles las fechorías y salvajadas de sus huestes.

El propósito del jefe mulato era apoderarse de la casa-cuartel de la guardia civil, donde había un buen depósito de municiones y armamento de los voluntarios.

Más, no había contado ¡oh iluso! con el indómito valor y heroismo de nuestros soldados, que alentados valientemente por el bizarro capitán señor Lendines, supieron rechazarlos con verdadera heroicidad, después de causarles numerosas bajas, haciéndole pagar cara su loca empresa.

***

El día anterior, sin duda con alguna noticia de los movimientos y propósitos del enemigo, salió de Santiago de Cuba un tren conduciendo tropas para reforzar la guarnición del poblado El Cristo.

Delante del tren-convoy partió una máquina exploradora en la cual iba el capitán de Estado mayor don Vicente Rojo y cuatro soldados del noveno batallón peninsular.

Al llegar la máquína á la estación de Domatos, el capitán dió aviso al jefe de las fuerzas que conducía el tren, de hallarse la vía libre.

Desde allí siguió el convoy á la máquina exploradora á una distancia de doscientos metros, pero á unos tres kilómetros antes de llegar á la estación férrea del poblado El Cristo, la locomotora descarriló á consecuencia de haber sido levantados algunos rieles de la vía y obstruída esta con traviesas.

En aquel momento, el capitán y los cuatro soldados que iban en la exploradora, viéronse atacados por una partida de insurrectos, pero ya el tren-convoy llegaba en su auxilio, y descendiendo de él las tropas repelieron la acometida del enemigo, obligándole á retirarse y causándole un muerto y tres heridos.

Nuestras fuerzas tuvieron que lamentar la sensible desgracia de que en la refriega resultase herido de bala en la cabeza y el cuello, el bizarro capitán señor Rojo, dos de los soldados que iban en la máquina exploradora y siete más del convoy.

Las ventanillas de los vagones fueron materialmente acribilladas á balazos por los insurgentes.

Las partidas que atacaron al tren-convoy, en el que iba uno de los hijos del general en jefe, señor Martinez Campos (don José) y el capi-

tán señor Primo de Rivera, eran las de los cabecillas Miró, Rabí y los hermanos Lora.

El convoy de nuestras tropas, después del combate sostenido en la vía y de haber rechazado la agresión y obligado á retirarse al enemigo, continuó su marcha hacia el poblado de El Cristo, donde aquella misma noche penetraron las fuerzas de los Maceo, con ánimo de apode-

TROZO DE LA COSTA DE MANZANILLO

rarse, como dejamos dicho, de las armas y municiones que había en la casa-cuartel de la guardia civil.

El maquinista y fogonero que conducían la máquina exploradora era de la raza de color y los dos salieron heridos en el ataque. Ambos, no obstante hallarse heridos, se apoderaron de los fusiles de los dos soldados heridos también gravemente y sostuvieron con sereno valor el fuego con los rebeldes.

El general Martinez Campos, al tener noticia del suceso y de la patriótica conducta del maquinista y fogonero, dispuso que al momen-

to se les participase que al igual que á los soldados heridos, se les concedía la cruz roja pensionada del Mérito militar, en justo premio á su comportamiento.

Y el mismo general en jefe compró las cruces y las colocó á los pocos días en el pecho de aquellos valientes.

CAPITULO XVII

Censuras al Gobierno.—Presentación de rebeldes.—Carta de Martínez Campos.—Libertad del corresponsal del *New York World*.—Varios encuentros.—Pesimismos.—Desaliento de los rebeldes.—Deserciones y disolución de partidas.—Carta de José Martí.—Detalles de la batida y dispersión de la partida del bandolero Matagás.—Exacciones y amenazas.—Expedicionarios prisioneros.—El cabecilla Arcilla Duverger.—Fortificación de varios poblados.—Prisioneros escapados.—Telegrama oficial.—Alarma y temores.—Noticia triste.

La pretensión de la prensa ministerial y oficiosa en materia de noticias, rectificando las que publicaban importantes periódicos de Madrid, comunicadas por sus corresponsales en la Habana, fué motivo de acres censuras para el Gobierno y sus órganos defensores.

Pretendían éstos, obedeciendo á una consigna ministerial, negar exactitud á todo telegrama publicado por la prensa de oposición.

Cuántas noticias se publicaron en aquellos días, acerca de la marcha de la insurrección, eran rotundamente desmentidas por los diarios ministeriales, que en su afán ó sistema de negar, llegaron á desmentir de momento, hasta los ataques al tren-convoy y al poblado de El Cristo, que dejamos narrados detalladamente en el anterior capítulo.

El *Heraldo de Madrid* publicó un telegrama, dirigido desde la

Habana por su activo corresponsal, diciendo que el periódico *La Lucha* (diario cubano muy bien informado) hablaba en su número del día 4 de la probable presentación del jefe insurrecto Massó, suceso que, caso de realizarse, tendría grandísima importancia.

Pues bien, los Ministros, fieles á la consigna de negarlo todo, insistieron una y cien veces en que no se había recibido noticia alguna de la Habana en ese sentido.

Sin embargo, á última hora de la tarde del día 5, se recibía en el Ministerio de Ultramar un cablegrama del gobernador de la Habana, que fué facilitado á la prensa y decía así:

«*Habana* 5.—Se han presentado las pequeñas partidas que había en Las Villas.

La mayor, al mando del cabecilla Quintin Bravo, lo hizo ayer en Los Negros con su jefe, veintiun hombres, armas y municiones.

El resto sin importancia.—*Arderius*.»

El día antes todos los periódicos habían publicado telegramas de sus corresponsales en la Habana hablando de presentaciones de insurrectos, informes que fueron desmentidos categóricamente por los ministeriales, apoyados por la *insistencia* de los ministros en negarles exactitud, para verlos confirmados á las pocas horas por un despacho oficial.

Ahora bien: ¿á que obedecía la consigna ó pretensión ministerial?

Nadie supo explicárselo, y todo el mundo la calificó de antipatriótica y contraproducente.

***

Otros telegramas de Nueva York dirigidos á los periodicos norteamericanos por sus corresponsales en la Habana, anunciaron que en

aquellos días se sometían muchos insurrectos á las autoridades, y que entre los cabecillas que se habían acogido á indulto figuraba Juan Vega.

Dieron cuenta también los diarios neoyorkinos en su sección *Correo de Cuba* de la derrota sufrida por la partida de rebeldes mandada por los hermanos Rabí en el reñido encuentro habido cerca de *Chapala* con una columna de nuestras tropas, y en el cual los insurgentes fueron completamente batidos y huyeron en dispersión, dejando en el sitio de la lucha diez cadáveres y treinta heridos.

El Gobierno recibió el día 9 la primera carta oficial del general en jefe del ejército de operaciones en Cuba.

Dicho documento era — según debía presumirse — muy extenso, pues el general Martinez Campos había anticipado ya al Gobierno, por telégrafo, que en él expondría detalladamente todas sus noticias y observaciones acerca de la insurrección, dándole cuenta, al propio tiempo, de las medidas y resoluciones por él adoptadas para dominar el movimiento separatista.

COMANDANTE D. JOSÉ BAQUERO

No es posible, sin faltar á deberes de patriotismo, consignar aquí, hoy, y hacer por tanto públicos, muchos de los puntos trazados por el ilustre general en su carta, por referirse á noticias referentes á los pla-

nes de Máximo Gomez, á la actitud de varios de los cabecillas insurrectos, y á los medios de acción que á juicio del primer pacificador de Cuba había que emplear para conseguir la pronta terminación de la guerra ó emprender una campaña activísima, y, á su entender, de grandes resultados contra las fuerzas filibusteras.

No hay, empero, inconveniente alguno en dar cuenta á nuestros lectores de los planes comunicados al Gobierno por el general en jefe del ejército español.

Participaba el general Campos en su carta, que habia escalonado estratégica y convenientemente las tropas de que disponia, cuya vanguardia era, por el momento, la que sostenía algunas escaramuzas con los rebeldes; que tenía dada al ejército la organización exigida por el género de guerra que iba á emprender; que no consideraba necesario más tropas, por entónces al menos, y que si bien había empezado ya la estación de las lluvias, no sería esta circunstancia obstáculo para emprender las operaciones, á cuyo fin se trasladaría á Jibara.

Esto lo había realizado ya el general cuando se recibió su carta en Madrid.

***

Telegrafiaron de la Habana el día 9 lo siguiente:

«El cónsul de los Estados Unidos en esta capital, Mr. Williams, ha dirigido al gobernador general de la isla, una nota de carácter oficial, en la cual suplica que el proceso incoado contra el corresponsal del *New York World*, sea sometido á los tribunales civiles de justicia.

Antes de recibirse la súplica en el gobierno general, el general Martínez Campos había decretado la libertad del señor Fuentes y le había ordenado que partiera de la isla en plazo breve».

En confirmación de este telegrama, recibimos de uno de nuestros corresponsales, el siguiente despacho:

«*Nueva York, 8.*—El periódico *The World* publica esta tarde un despacho de Santiago de Cuba, confirmando que su corresponsal en aquella ciudad, preso por propagandista filibustero, ha sido puesto en libertad, pero que inmediatamente, en virtud de órdenes recibidas de las autoridades españolas, ha abandonado la isla.—*El corresponsal.*»

***

En la madrugada del día 9 apareció la partida que mandaba el cabecilla Matagás frente á Colón, jurisdicción de Matanzas, (Habana).

Inmediatamente cayeron sobre ella fuerzas del ejército pertenecientes al regimiento de María Cristina, que la batieron, causándola un muerto y apoderándose de muchas armas y municiones.

La columna mandada por el coronel Salamanca tuvo un encuentro el propio día en el Camagüey con la partida del cabecilla Castillo, que huyó á la primera descarga de las tropas.

Los insurrectos pretendieron penetrar en Baracoa (Santiago de Cuba), pero fueron vigorosamente rechazados, teniendo que retirarse á su campamento con grandes pérdidas.

En confirmación de estas noticias publicadas por la prensa, se recibió en Madrid el siguiente telegrama oficial:

«*Habana* 9 Mayo.—Gobernador segundo cabo á Ministros Guerra y Ultramar.

Me telegrafía desde Matanzas el gobernador militar que la partida de Matagás reapareció en Colón, siendo batida y dispersada, haciéndoles un muerto y teniendo nosotros un herido.

General Salcedo desde Santiago me dice, que el comandante del cañonero *Indio* participa, que en la Caleta verificaron los insurrectos un desembarco de armas y municiones, y que en Jaruco hay una partida de cien hombres que pretende atacar Sábana y Guandao.

El enemigo incendió ayer el puente del ferrocarril entre San Luis y los Caminos.

En Jíbara tuvimos ligero tiroteo con el enemigo.—*Arderius.*

Este telegrama produjo desagradable impresión y comenzó á verse claro respecto á que la insurrección era más grave de lo que se creía y el Gobierno afirmaba y pretendía hacer ver.

Se hicieron comentarios muy tristísimos acerca de la situación de la mayor de nuestras Antillas y de la marcha de la insurrección, deduciéndose de las últimas noticias, tanto oficiales como particulares, recibidas del teatro de la guerra, la triste conclusión de que el movimiento separatista se había extendido ya á tres provincias y que muy luego la insurrección se ensoñearía de todo el territorio antillano.

En contradicción abierta con las anteriores noticias, nos comunicó la *Agencia Fabra,* los siguientes despachos:

«*Londres,* 9.—(Vía cable Bilbao).

Un despacho de Nueva York, del cual damos cuenta con las debidas salvedades, dice que algunos periódicos norteamericanos afirman que la insurrección de Cuba toca á su término, porque los jefes insurrectos están dispuestos á acogerse al indulto que les ha ofrecido el general Martínez Campos.

La Agencia Reuter, de Londres, al reexpedir este despacho á la de Madrid, pregunta si estas noticias han tenido confirmación oficial.—*Fabra.*»

Tanto este telegrama como el indulto de que en el mismo se habla, fueron puestos en cuarentena por la opinión, sospechándose de su procedencia.

«*Londres*, 9.—(Vía cable Bilbao).

Por conducto de los Estados Unidos, recibe la Agencia Reuter un despacho de la Habana, en el que se precisan algo más los rumores que han circulado y que se comunicaron telegráficamente.

El desaliento de los rebeldes es evidente, pero el general Martínez Campos no se halla dispuesto á pactar con ellos, sin que antes realicen por completo su sumisión.

Sólo en estas condiciones accederá á tratar con los mismos.—*Fabra.*»

UNA SECCIÓN DE LA GUARDIA CIVIL

Con referencia á noticias particulares se dijo el mismo día 9, que de las partidas alzadas en el Camagüey, la del titulado coronel Castillo, hijo de don Augusto Castillo Varona, que operaba en la «Ceja de Lázaro López», límite de las jurisdicciones de Ciego de Avila y Morón, no ostentaba caracteres de importancia para considerarla una partida *formal*, y el otro grupo, á cuyo frente se había dicho que se hallaba el cabecilla Mauricio Montejo, en el término municipal de Santa Cruz, tampoco tenía condiciones para dársele gran importancia.

UN ALTO EN LA MANIGUA, DE UNA PARTIDA INSURRECTA

De la primera habían desertado muchos, presentándose siete en Morón, y de la segunda no quedaban ni noticias, pues se había disuelto por la eficáz intervención de algunas personas influyentes y las buenas disposiciones del gobernador de la provincia.

Los periódicos neoyorkinos llegados á la Península en aquella fecha, daban cuenta de un *meeting* celebrado recientemente en Filadelfia, en el cual se había leído una carta del jefe separatista José Martí, escrita sobre una mesa de palmas en la jurisdicción de Baracoa, el día 16 de Abril.

En ella relataba el activo propagandista filibustero las peripecias de su viaje expedicionario á Cuba, hasta poner pié á tierra, á las diez de la noche del día 11 de Abril, acompañado del *generalísimo* Máximo Gómez, del general Francisco Borrero, *coronel* Angel Guerra, César Sales, joven espirituano, y del dominicano Marcos Rosario.

Dos días anduvieron vagando en busca de una partida, habiendo tenido un encuentro con la guerrilla mandada por don Félix Ramón, rehuyendo el combate.

«Cuando, al fin, la encontramos,—decía la carta—*la situación estaba salvada*. Se formaron las fuerzas cubanas, saludaron y aclamaron á nuestro *generalísimo*, y éste me hizo proclamar *Mayor general del ejército libertador cubano*.»

. . . . . .

Sin comentarios.

***

En carta que recibimos, en su día, de uno de nuestros corresponsales en el teatro de la guerra, se nos dieron detalles de la batida y dispersión de la partida mandada por el bandolero Matagás, en jurisdic-

ción de Matanzas, (de que hemos dado cuenta en anterior párrafo), de los cuales no queremos privar á nuestros lectores.

El día 8 de Mayo tuvo *confidencial* noticia el comandante militar de Colón, teniente coronel señor Molina, de que en el potrero *Nieves*, de Forcada, á un kilómetro de la capital, había aparecido una partida al mando de Matagás.

A las diez y media de la noche, salió el bizarro teniente coronel al frente de veinte hombres de la guerrilla de María Cristina y fuerzas de la guardia civil en dirección al citado potrero, cubriendo los puntos estratégicos de Palmillas, Cumana, Aguas Amarillas y Aguada.

Entre doce y una de la madrugada se encontró con un grupo de hombres armados con rifles, que á los gritos de ¡Viva Cuba libre!, ¡Viva la autonomía cubana!, le hicieron nutrido fuego.

Entablóse la lucha al grito de ¡Viva España! lanzado por nuestros soldados: lucha horrorosa, aumentada por la obscuridad de la noche; pero corta y de breve duración, por la impotencia del enemigo para resistir el empuje de nuestras tropas, que en su primer acometida obligóle á retirarse al cobertizo del cual le desalojó momentos después, poniéndole en vergonzosa fuga, y causándole un muerto, que resultó ser el moreno Leopoldo Ramos, criminal de triste fama, y cuatro prisioneros.

La pequeña columna tuvo un herido de machete, que fué el guerrillero Francisco Vila.

Les recogieron un rifle, un revólver, un machete, un caballo, noventa cápsulas y otros efectos y pertrechos de guerra.

Los prisioneros fueron Andrés Ferreira, Juan Sánchez, José Moreno y Bonifacio Reyes.

* * *

Nos comunicó también en su aludida carta, nuestro celoso corresponsal, que el cabecilla Juan Massó Parra, dedicado con su partida á la recaudación de la contribución impuesta á los ingenios de toda una comarca, había mandado una carta al encargado de una de aquellas fincas apremiándole al pago de los *doscientos pesos* que semanalmente se le impusiera, y previniéndole que si en el término de unos días no se le enviaban *tres mil pesos* en armas y municiones, ó una letra sobre Nueva York, destruiría el ingenio, en el cual suspendiera desde luego la molienda hasta hacer entrega de la cantidad que se le exigía.

CABECILLA MIRÓ

Entre los prisioneros expedicionarios cogidos á Maceo, figuraban los jóvenes Granda, Odío y Boix Odío, primos, éstos, é hijo el primero, de don Manuel de la Granda, médico y diputado provincial, y el tercero, de don Edelmiro Boix, celador de policía que fué en Guantánamo.

Otro de los expedicionarios desembarcados con Maceo, que se titulaba teniente coronel y había muerto atravesado por una bala en la accion de Arroyo Hondo, fué el cabecilla en la pasada guerra Arcilla Duverger, uno de los más prácticos y conocedores de aquella jurisdicción y el mismo que en 1876 mató al teniente señor Bizmano y al cantinero Joaquín Termes, en Casimba Arriba, al sorprenderles dentro de la cantina.

La muerte de este feróz negro tuvo para la insurrección, casi la misma importancia que si hubieran caído Máximo Gómez ó Maceo.

Decía también la referida carta que, además de haberse acordado por el general en jefe la fortificación del poblado de Songo, se había dispuesto por el Estado Mayor rodear de fuertes otros poblados, como Ramón de las Yaguas, El Cristo, Dos Caminos y San Luis, para cuya construcción se solicitó el concurso de los vecinos, en maderas, ladrillos, cal, etc.

A todos esos centros de población serían destinados fuertes destacamentos que los guarnecerían, á fin de protejer á sus habitantes y asegurar el cultivo de las zonas vecinas.

Por una partida rebelde fueron incendiadas las *estancias* y *ranchos* de la colonia militar de Cayo Espíritu (Manzanillo).

De los nueve prisioneros que en la sorpresa de Ramón de las Yaguas hizo el enemigo al regimiento de Cuba, se habían escapado cuatro, que se presentaron en la Caimanera.

Dijeron que, aunque los *mambises* les pusieron *de carnada* en el combate de Arroyo Hondo, cuando se declaró entre ellos la confusión lograron evadirse, y andando toda la noche errantes y sin rumbo, consiguieron al fin llegar sin contratiempo alguno á Caimanera, cerca de Guantánamo.

***

El día 12 recibiose en Madrid el siguiente telegrama oficial del gobernador segundo cabo, general Arderius.

«*Habana* 12 de Mayo.—El general en jefe se embarcó ayer tarde para Santiago de Cuba.

El comandante Condines, del 4.° peninsular, batió al enemigo cerca de Baracoa, teniendo un herido leve y causando muchas bajas á los rebeldes.

El coronel Sandoval en un reconocimiento practicado en las inmediaciones de Palma Soriano, dió muerte al titulado coronel Pablo. *Arderius.*»

Este telegrama dió pábulo con su laconismo á los pesimismos propalados en la Península respecto á la marcha de la insurrección y de nuevo tornó á cundir la alarma entre los enemigos de la política de atracción adoptada por el general en jefe del ejército de operaciones en Cuba, temerosos de que su plan y sus propósitos no fueran otros que poner fugáz y periódico término á la guerra con otro convenio del Zanjón.

El despacho del general Arderius demostraba que los separatistas se movian mucho y tomaban la ofensiva contra nuestras tropas, mientras éstas permanecian en una censurable inacción que les alentaba y les daba vuelos para proseguir una campaña de destrucción y continuar sus fechorías y salvajadas, seguros de que quedarían impunes y sin el condigno y merecido castigo.

En este estado los ánimos, llegó el día 15, fecha de glorioso recuerdo para nuestro valiente ejército de operaciones en Cuba, pero de triste memoria para muchos españoles, y de duelo y lágrimas para muchas familias.

En dicho día se tuvo noticia en la Metrópoli del glorioso combate librado el 13 por la división del general Salcedo contra fuerzas insurrectas mandadas por los hermanos Maceo, en la márgen del río Tincho, á diez kilómetros de Guantánamo, (Santiago de Cuba), y en el cual pereció gloriosamente el bizarro jefe de la columna, teniente coronel Sr. Bosch.

Tan brillante hecho de armas, merece ser narrado en capítulo

aparte y con todos sus detalles, á fin de que nuestros lectores conozcan todas sus peripecias y puedan apreciar el arrojo y la temeridad de nuestro valeroso ejército, gloria de la nación española y admiración de la Europa y las Américas.

CAPÍTULO XVIII

Glorioso combate del Jovito.—Muerte del teniente coronel don Joaquin Bosch.—Situación apurada de la columna.—El comandante don José María de Robles.—Carta del soldado M. Viso.—Ansiado socorro.—Las escuadras de Guantánamo.—El comandante don Pedro Garrido.—Honrosa retirada.—Parte oficial.—Dolorosa impresión en la Península.—Muertos y heridos.

L día 12 de Mayo, encontrábase la columna mandada por el teniente coronel don Joaquín Bosch y Abril y el comandante señor Robles, compuesta del primer batallón de Simancas número 64, y fuerte de 405 hombres, racionándose y entregándose á un corto descanso en Guantánamo.

Al mediar la tarde, tuvo noticia el jefe de la columna señor Bosch, de que el enemigo se hallaba á tres horas de la población y se dirigía hácia ella con intento de atacarla.

Inmediatamente ordenó el señor Bosch que la columna fuera racionada para cuatro días y se dispusiera á salir en busca del enemigo.

Y á las siete de la tarde, cumplidas las órdenes del jefe, salió de Guantánamo el batallón de Simancas en dirección al punto donde se había señalado el enemigo.

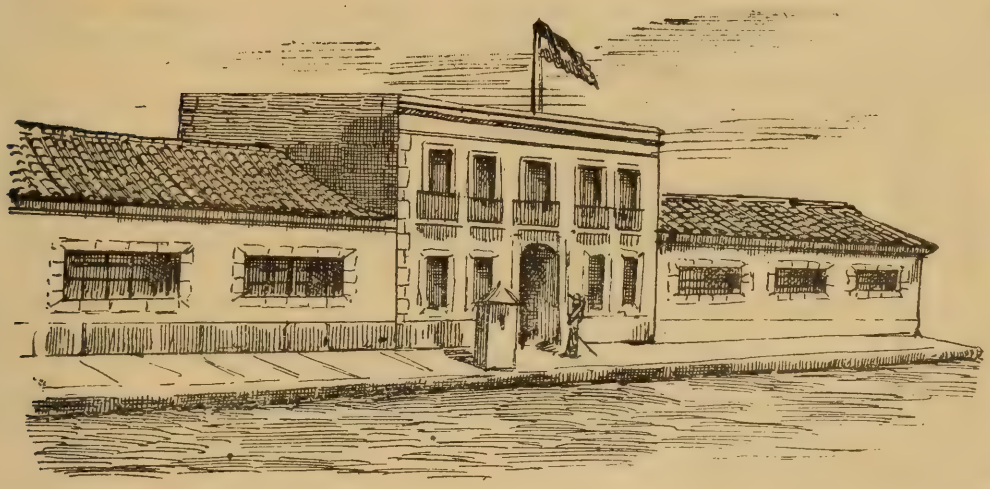
A las nueve de la noche, llegó la columna al lugar llamado Ca-

marones, sito á legua y media de Guantánamo, donde hizo alto para pernoctar, por haber cerrado por completo la noche, y esperar allí la llegada del nuevo día.

A las cuatro y media de la madrugada del día 13, púsose de nuevo en marcha la columna, tomando el camino llamado de Chapala en dirección á Jiguabos.

Mandaba la vanguardia el primer teniente de Simancas don Fernando Reina y el teniente de milicias, agregado á la columna, don Cirilo Nápoles.

Nadie pensaba en la proximidad del peligro que les amenazaba.



CUARTEL DE CABALLERIA (PUERTO PRÍNCIPE)

Nuestros soldados marchaban sin preocuparse en lo más mínimo de que quizás á cuatro pasos de ellos les acechaba la muerte traidoramente emboscada, en figura de *mambí*, tras una mata ó arbusto.

El camino que seguía la columna hacía declive y formaba una curva bastante abierta que terminaba estrechando el paso entre unos colosales *farayones* (elevaciones del terreno cuyo frente parece cortado rectamente á pico y por lo tanto inaccesible) y el río, ancho y de abundante corriente, llamado Jovito.

Al lado opuesto del río había unos platanales y entre éstos una casa, y un poco más allá de las márgenes del Jovito nace la extensa sierra de la Canasta.

***

La vanguardia de la columna, al mando del citado teniente señor Reyna, bajó por el declive del camino á la margen del rio.

Cruzó el primer *farayón*, sin novedad alguna, y cuando ya casi rebasaba el segundo, una terrible descarga acompañada de una infernal gritería del enemigo, cayó sobre ellos como lanzada de las nubes, dando comienzo al combate.

Serían las cinco de la mañana.

El resto de la columna se hallaba á la sazón en el camino, que, por lo estrecho, más propiamente pudiera llamarse callejón.

La guerrilla, á la voz de mando del teniente coronel señor Bosch. echó pié á tierra, dejó los caballos y trató de avanzar por un costado del primer *farayón*, que era el único lado accesible, mientras en la vanguardia seguía el fuego.

Entonces el enemigo rompió también el fuego desde aquel sitio, por haber esperado á que la vanguardia de la columna tropezara con la segunda emboscada para dar señales de su presencia allí.

Casi simultáneo á este segundo fuego y como obedeciendo á una consigna ó señal convenida, otras fuerzas del enemigo, emboscadas en los platanales del lado opuesto del río, rompió á su vez vivo fuego sobre el grueso de la columna.

En este estado, viéndose el jefe de nuestras fuerzas rodeado por el enemigo y colocado entre tres fuegos, comprendió que su salvación dependía de tomar ó apoderarse de los *farayones* para poder matar el

fuego de los contrarios, que desde aquellas elevaciones dominaban el camino donde se hallaba situada la columna, sobre la que á mansalva podían disparar y abrasarla con sus fuegos.

Rápido como el pensamiento y sin perder ni un momento la serenidad que en los momentos de peligro acredita el valor de nuestros bizarros militares, el teniente coronel señor Bosch ordenó al comandante Robles que con una compañía marchase á desalojar y ocupar una de las alturas donde se hallaba emboscado y parapetado el enemigo, y que el teniente Nápoles al frente de otra compañía, ocupara á su vez otra de aquellas alturas.

Encarnizada y reñida fué la lucha que se entabló entre leales y rebeldes.

Estos defendían sus puestos como fieras guarecidas en sus madrigueras, mientras aquellos les atacaban como soldados españoles; á pecho descubierto.

Al fin, un vigoroso ataque á la bayoneta de nuestros valientes soldados, animados por las voces y el ejemplo de sus bravos jefes, les obligó á abandonar sus posiciones, que fueron ocupadas por las tropas, no sin tener que lamentar la muerte de tres soldados y la herida del teniente don Eduardo Aguado Oller y otros siete indivíduos, la compañía del comandante Robles, y la de un muerto y dos heridos, la del teniente Nápoles.

***

Mientras esas dos operaciones se realizaban á la par por nuestros bravos soldados, dirigidos por sus bizarros jefes, el teniente coronel señor Bosch, que habia quedado en el camino con el grueso de la columna, dirigiose hacia el sitio donde se hallaban el capitán Vivar y el

teniente Reina, con un fusil que había recogido del suelo, y cuando animaba á los soldados y les advertia que no se apresuraran en hacer fuego y disparasen con calma y procurando hacer blanco en el enemigo, á fin de aprovechar las municiones, una bala enemiga le hirió en el lado izquierdo del pecho cortando la palabra en sus labios y cayendo en brazos de los dos citados oficiales, que se apresuraron á sostenerle al verle enmudecer y perder el sentido.

Momento de terrible angustia fué aquel para nuestras tropas, pues sabido es que nada emociona tanto al soldado como la muerte de su jefe.

La emoción, hija del natural sentimiento y pesar por la pérdida del jefe querido, produjo un instante de desaliento y confusión en las filas y un momento de vacilación en los conturbados espíritus de aquellos valientes.

TENIENTE CORONEL DON ERNESTO OTERO

Pero ya el comandante Robles habia visto coronado con el éxito su empresa y bajaba de las posiciones tomadas al enemigo para dar cuenta á su jefe de quedar cumplida su orden y realizada la operación que por él se le encomendara.

El capitán Vivar Perez, al ver regresar á su segundo jefe, apresurose á salir á su encuentro para comunicarle la triste nueva de la herida grave sufrida por el teniente coronel.

Entre tanto, el malogrado jefe del batallón de Simancas exhalaba su

último suspiro en brazos del teniente Reina, despues de balbucear con apagado acento estas patrióticas palabras, que fueron las últimas salidas de sus labios.

—¡Defended mi cuerpo como buenos!... ¡Defenderse!... ¡defenderse! y... ¡Viva España!

***

El teniente Reina, abandonando entónces á otros compañeros el cuerpo de su jefe, apresurose á dar parte de su muerte al comandante señor Robles, teniendo la desgracia en el momento de hallarse comunicando á este la triste noticia, de ser alcanzado por una bala enemiga, que le causó una herida en la pierna.

Incorporado el comandante al grueso de la columna, hizose cargo enseguida del mando de las fuerzas, y con una rápida hojeada comprendió al momento la comprometida situación en que se encontraban, pues, á pesar de haber tomado las dos alturas, la columna seguía bloqueada por el enemigo.

La primera disposición del bravo comandante fué reforzar la retaguardia con doce hombres, al mando del sargento don Carlos Vilches, para que defendiendo el camino del llano, impidiese al enemigo que les cortase la retirada.

En aquel momento tenia ya la columna veintiseis heridos y varios muertos, los cuales fueron recojidos y colocados en el centro, para resguardarles del fuego enemigo.

Los insurrectos redoblaron entonces sus ataques por vanguardia, flanco derecho y retaguardia, llegando en su terrible acometida contra la primera á una lucha cuerpo á cuerpo con nuestros soldados.

Estos contuvieron al enemigo y rechazaron sus ataques con la

serenidad y valor que demuestra siempre el soldado español ante el peligro... Pero, dejemos la continuación del relato del combate, al que con su pericia supo obtener en aquella ocasión un señalado triunfo para nuestras armas.

***

El comandante don José de Robles, en carta dirigida el día 16 á su hermano don Miguel, desde Guantánamo, refiere en los siguientes términos la segunda parte del combate.

«. . . . . .

Lo que yo sufrí en ese día no lo sabe nadie más que Dios y yo.

El espectáculo que se presentó á mi vista al ser avisado de que el teniente coronel señor Bosch estaba herido y un segundo después, que había muerto, créeme, era para desear estar en su lugar.

Sobre el camino que habíamos seguido yacían hacinados *veintisiete* muertos y heridos, entre los primeros el jefe citado, y cubriéndose casi con estos, hasta sesenta ó setenta hombres que contestaban como podían á las descargas del enemigo, sin poder intentar siquiera atacarlo en las posiciones que tenía al lado izquierdo del camino, flanqueado por el río Jovito y vallado en la márgen opuesta á la en que estaban batiéndose los míos.

Más adelante, también en el camino, un grupo de diez ó doce hombres, mandados por un sargento, hacía desesperados esfuerzos por contener la fuerza enemiga que por él trataba de acometernos, á la vez que desde una alturita á su derecha los hostilizaba también un grupo de insurrectos: el resto de la fuerza batiéndose desesperadamente para sostener una posición á la que yo les había conducido antes de la muerte del teniente coronel y de la que había tenido que desalojar al enemigo.

Las descargas se sucedían unas á otras por los cuatro costados: estábamos envueltos completamente.

Los avances á la posición que llegué á ocupar eran frecuentes y furiosos. Subí á ella, hecho ya cargo de la situación, y comprendí enseguida que de conservarla dependía la salvación de los que quedáramos.

Eran las seis de la mañana, y ya llevábamos una hora de fuego.

Modifiqué mi línea coronando el borde izquierdo de la posición, y ordené el fuego lento después de dos descargas sobre el enemigo que tenía por aquel lado, para impedirle se corriera á retaguardia y siguiera molestando á los heridos del camino.

Recomendé á todos mucha tranquilidad y que no contestaran al fuego del enemigo mas que cuando éste se aproximara lo suficiente para no desperdiciar municiones, manteniéndome por lo tanto á la defensiva interín llegasen auxilios, ó viera el modo de retirarme llevándome siquiera los heridos, que ya pasaban de treinta.

La posición que yo ocupaba, tiene la forma de una especie de 8 tendido, y es de unos seiscientos metros de largo por doscientos de ancho.

El perímetro lo defendía una sola línea de soldados, por estar imposibilitado de reducirlo só pena de, ó abandonar los heridos si lo reducía á mi retaguardia, ó que me invadiera ésta y pudieran cortarme en absoluto el camino que tenía para retirarme.

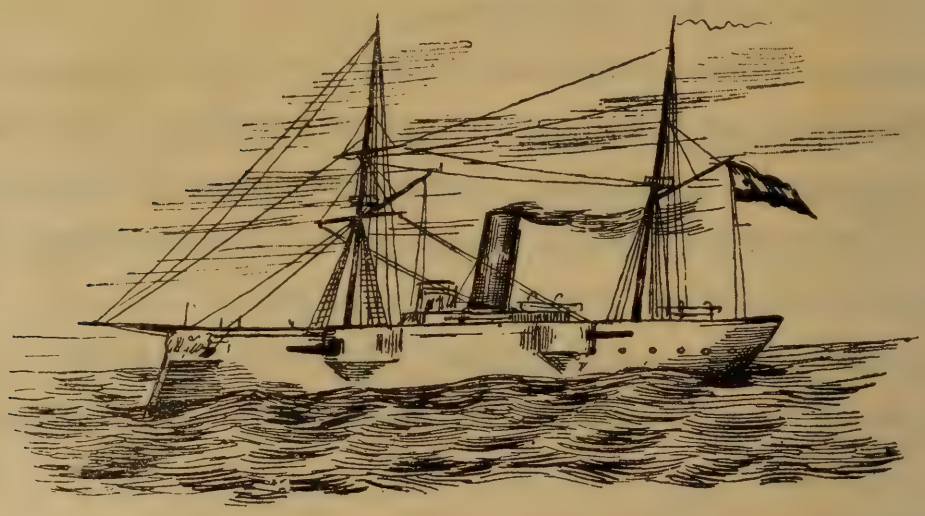
Seis horas y media mortales pasé en esta situación, y, ya me disponía á forzar la retirada con los heridos, cuando llegó en mi auxilio el comandante don Pedro Garrido con unos cien hombres de las escuadras de que es jefe.

Con este refuerzo, tomé ya la ofensiva á retaguardia, ordenándole que atacara al enemigo que en ella me hostilizaba, sostenido por cincuenta hombres de mi batallón, y consiguiendo, después de un rudo

combate de media hora, desalojarlo de las posiciones que ocupaba, ocupándolas nuestras fuerzas.

Desde este momento, ya varió todo de aspecto y pudimos enterrar los muertos y preparar los heridos para conducirlos en carruajes, que de la población mandaban custodiados convenientemente.

Dos mil cuatrocientos hombres atacaron la columna y la tuvieron en jaque durante ocho horas y media; pero no pudieron romper la línea ni hacer decaer el ánimo del soldado que la defendía, á pesar de los rudos ataques de que frecuentemente era objeto, con tal ímpetu que en



CAZA TORPEDEROS NUEVA ESPAÑA

algunos de ellos quedaron los muertos del enemigo, á los piés de aquéllos.

La jornada fué dura, pero gloriosa para sus héroes anónimos, que vienen de sus casas sin más ambición que defender la causa de la patria.

A ellos se debe, y, si alguna parte me cabe, no es más que el favor que me deparó la Providencia dándome la serenidad necesaria para arrostrar el peligro y disponer lo único que podia hacerse.

Muchos elogios se han hecho de mi, inmerecidos. Ni soy *valiente*

una bala enemiga le hirió en el lado izquierdo del pecho, (pág. 284)

ni presumo serlo; no es modestia que contigo no habia de tener; hice allí lo que he hecho siempre en toda ocasión; seguir mi conciencia, cumplir mi deber.

Que te conste, pues, que cuesta muchos disgustos el ser héroe.... aunque sea por fuerza.

. . . . . .»

* * *

No deja de tener interés también por su sencillo estilo, otra carta referente al propio hecho de armas, publicada por la prensa y dirigida en 20 de Junio, por el soldado Marcelo Viso, del segundo batallón de Simancas, cuarta compañía, á un su apreciable amigo, desde Guantánamo, de la cual copiamos los siguientes párrafos:

«.... el día 13 de Mayo, mes precioso en España, vino un aviso de que el enemigo estaba á tres horas de la población.

Eran la siete de la noche cuando nos racionaron para cuatro días, que aquí te tienes que llevar la comida á cuestas, como el caracol la casa, que es lo más pesado.

Como que estás días enteros sin ver una casa ni un pueblo, es la causa de que lleves la comida á cuestas.

Pero, vamos al grano.

Eramos unos cuatrocientos hombres los que salimos del cuartel en busca del enemigo, cuando á las nueve de la noche hicimos alto y descanso en una casa que llaman los Camarones.

Salimos de allí antes de hacerse de dia, que faltaba una hora para llegar á donde tenían la posición ellos tomada.

Así que hacia un cuarto de hora ó media hora que andábamos, los que ibamos de avanzada ya sentimos los disparos con que los insurrec-

tos nos saludaban y el silbar de las balas que los indinos nos enviaban desde sus gazaperas.

Puedes pensar como estaría mi cuerpo. Me revestí de valor y ánimos, cargué mi Maüser y arriba, llegamos á donde estaba la avanzada.

Quien no ha visto aquello no ha visto nada; caían las balas como goterones de agua en un día de tormenta de verano.

Ellos tenían una posición muy buena, arriba de un montecillo, y nosotros estábamos abajo en un río; pero, ¡valor!—decía nuestro malogrado teniente coronel...

¡Bien se portó! Desplegamos en guerrilla y, arriba, arriba, pudimos ganar una parte de la posición que tenían.

Una vez allí, venga descarga cerrada, duro.... Sin decirte ninguna mentira, cuatro horas y media de descargas cerradas.

Ellos, según se dijo, eran unos *dos mil quinientos* mandados por Maceo y Periquito Pérez.

Nosotros no vimos nada, no más sentíamos los tiros y la gritería que arman ellos, que dicen *patones*, hijos de la p... blanca, ¡al machete! ¡al machete!, que es el arma que usan.

Son muy prácticos: si todos hubieran tenido armamento, nos copan y nos achicharran, porque tenían la ventaja de ser triple gente y tener buena posición.

Así que harían unas siete horas de combate, vino refuerzo de caballería y las escuadras, que son hombres prácticos en el país, y se retiraron.

Aquel día nací: tuvimos la mala suerte de perder al teniente coronel, al médico, doce individuos y unos diez y seis heridos.

Ellos tuvieron, según se dice, entre muertos y heridos más de *doscientos* en lista. Visto por mis propios ojos unos doce, sin los que ellos enterraban...»

***

A las diez y media de la mañana, los insurrectos cesaron de hostilizar con sus fuegos á la columna por la izquierda del camino, y, entonces el comandante-jefe hizo trasladar los heridos y muertos, los fusiles, caballos, municiones y hasta los casquillos vacíos, al centro de la retaguardia, que era el único punto por donde podía emprender y forzar la retirada.

COMANDANTE DON JOSÉ MARÍA DE ROBLES

La situación en nada había mejorado á aquella hora y seguía siendo dificilísima y comprometida, pues si bien sofocado el fuego del enemigo por el flanco izquierdo, allí estaba el río, y no tenía más camino abierto que el que ocupaba la retaguardia de sus fuerzas.

Por todos los demás lados, el fuego seguía nutrido y sin interrupción, cuando oyóse el agudo son de una corneta que tocaba atención y paso de ataque, marcando al final del toque la contraseña de las escuadras de Santa Catalina del Guaso.

Eran las escuadras de Guantánamo al mando del comandante de voluntarios don Pedro Garrido.

La columna contestó, y repetida que fué la contraseña por aquellas, se le tocó marcha.

Las escuadras compuestas de ciento cinco hombres entraron batiendo marcha sus cornetas por el flanco derecho del enemigo, que les abrió paso sin resistencia alguna para no hallarse entre dos fuegos.

Así que las escuadras halláronse unidas á la columna, ordenó el jefe de ésta á su comandante que diera un ataque al enemigo que tenían á retaguardia.

Esta operación fué secundada por cincuenta hombres de Simancas al mando del teniente don Benito Gallego.

Después de media hora de rudo combate, el enemigo se retiró y las escuadras ocuparon la posición de fuerza.

Ayudaron también á realizar este ataque, don Segundo Garrido, con veinticinco hombres de Simancas y el teniente de voluntarios señor Robles.

Rechazados los insurrectos por aquel lado y desalojados de las posiciones que ocupaban á retaguardia de la columna, ordenó el jefe de ésta la preparación de los heridos y muertos para su conducción á Guantánamo, forzando la retirada.

Esta operación comenzó á las dos y media de la tarde, y cuando tocaba ya á su término túvose aviso de que el teniente coronel don Luís Bourgon, ayudante del general Bazán, hallábase con ochenta y cinco hombres del 4.° provisional y resto de Simancas, en observación en el camino de Montesano, dispuestos y preparados á proteger la retirada de la columna y conducción de heridos en coches que, al efecto, habían salido de Guantánamo.

La retirada se inició hácia las cinco de la tarde llevando á vanguardia los heridos y muertos custodiados por doscientos hombres, mientras el centro de la columna siguió retirándose ordenada y escalonadamente, y la retaguardia formada por las escuadras al mando de su

bizarro comandante señor Garrido, flanqueaba la izquierda de la columna para evitar que el enemigo les atacara de nuevo.

A las diez horas de la noche entraba en Guantánamo la extrema retaguardia de la columna del batallón de Simancas.

***

El bizarro comandante don José María de Robles, hizo la anterior campaña de Cuba hasta la paz del Zanjón.

A su regreso á España y durante los años de paz sirvió en la Península en el regimiento de San Fernando, siendo muy querido por jefes, compañeros y subordinados.

Un solo rasgo de su caracter bastará para pintar al hombre y al militar celoso de su deber.

Cuando los sucesos del Riff, era capitán y le tocó ir á Melilla.

Dos hijos suyos estaban á la sazón gravemente enfermos; su hogar era un nido de amarguras. Varios de sus compañeros, en consideración á lo angustioso de su situación en momentos tan acerbos para un padre amantísimo de sus hijos, se brindaron á sustituirle.

—Iremos por tí,—le dijeron—cuida á tus hijos que te importan tanto ó más que...

—Lo que más me importa es el cumplimiento de mi deber—contestóles—de mis hijos ya cuidará Dios y mi familia. Primero es el militar; el padre aguardará su turno.

Y fué á Melilla.

El *salto del tapón* le ascendió.

Destinado á Cuba, en los comienzos de esta campaña, su nombre viene siendo citado con elogio desde las primeras escaramuzas.

Su comportamiento en la acción del Jovito, le acreditó de militar

entendido y esforzado, sereno y animoso, pues á su presencia de ánimo debióse que el pánico no se apoderase de las tropas al ver morir á su caudillo y hallarse frente á fuerzas muy superiores, evitando con ello un desastre y un día de luto para la madre patria.

. . . . . .

Una verdadera y expontánea manifestación de duelo fué el entierro del malogrado teniente coronel don Joaquín Bosch y Abril.

A las nueve de la mañana del siguiente día 14, prévia citación en la orden general de la plaza, desfiló desde el cuartel el fúnebre cortejo, presidido por el excelentísimo señor general jefe de la segunda brigada, general señor Bazán.

Seguía al féretro, conducido en hombros de oficiales de distintos cuerpos, numerosa y lucida comitiva de jefes y oficiales del ejército, autoridades civil, municipal y judicial de la provincia y distrito, é infinidad de comisiones de hacendados, comerciantes y pueblo.

Cerraban el cortejo tres compañías de Simancas al mando del comandante señor Robles, que fueron las que tributaron al cadaver del que había sido su jefe los honores de ordenanza.

En la *Bóveda* del Ilustre Ayuntamiento dióse cristiana sepultura al ilustre y malogrado teniente coronel señor Bosch.

Inmenso fué el sentimiento y profunda la pena que en todos los españoles produjo la sensible pérdida del bravo y pundonoroso jefe militar, que dando el hermoso ejemplo que sólo dar pueden los valientes, acometió á un enemigo tres ó cuatro veces superior en número y que ocupaba inabordables posiciones.

Dediquemos un recuerdo á la imperecedera memoria del heróico é ilustre jefe que al morir, dedicó su último pensamiento á la patria querida en aras de la cual hizo el sacrificio de su vida para dejar incólume el honor de la bandera española.

* * *

El día 16 recibióse en Madrid el siguiente parte oficial en el que el general en jefe del ejército de operaciones y capitán general de Cuba, daba cuenta al Gobierno del glorioso combate del Jovito, librado por nuestras tropas contra triplicadas fuerzas insurrectas en los siguientes términos:

«*Habana 15.*—(Recibido el 16).—General en jefe á Ministros Guerra y Ultramar.

División Salcedo combate glorioso anteayer.

Cuatrocientos hombres Simancas al mando del teniente coronel Bosch y un escuadrón con comandante Garrido; partidas insurrectas, dos de cuatrocientos hombres, mandadas Antonio y José Maceo, ocupaban fuertes posiciones márgen rio Tincho, diez kilómetros Guantánamo.

CABECILLA PERIQUITO PÉREZ

Combate duró desde las cinco y media de la mañana hasta las tres y media de la tarde, que retiróse enemigo hácia Sierra Canasta y Chapala. Tuvimos sensibles bajas.

Teniente coronel Bosch, muerto; médico Ruiz, fallecido á consecuencia heridas recibidas; capitán Castrillo y tenientes batallón,

Aguado y Reina, heridos; un sargento, un cabo y nueve soldados, muertos, y dos cornetas y veintinueve soldados heridos.

Del enemigo se han visto cuarenta y siete muertos, y llevan grandes convoyes con muchos heridos.

Según dicen presentados Guantánamo, asegúrase están entre los muertos los cabecillas Tudela y Maceite, y entre los heridos Periquito Perez y Cartagena.

La pérdida del teniente coronel Bosch es muy sensible para este ejército, pues era un brillantísimo jefe, y por este correo enviaba yo propuesta á su favor por uno de sus hechos de armas.—*Martinez Campos.*»

Al ser fijada en el Congreso, en la tarde del 16, este telegrama, se leyó con avidez y penosísima impresión por los diputados, y fué general el sentimiento por la pérdida de los valientes oficiales y soldados españoles que habían dado su vida por la patria en los campos de Cuba, defendiendo el honor y la bandera nacional y la integridad del territorio.

***

He aquí la lista oficial de las bajas sufridas por nuestras tropas en el referido combate, enviada á sus jefes por el comandante señor Robles:

Relación nominal de los señores jefe, oficiales é indivíduos de tropa muertos y heridos en la acción del Jovito el día 13 de Mayo de 1895.

Muertos.—Teniente coronel don Joaquín Bosch y Abril.

Médico primero don Everardo Ruiz Mití.

Primera compañía.—Soldado Manuel Perez Martinez.

Segunda id.—Soldado Bienvenido Caraltó Colomé.

Tercera id.—Soldados Tomás Macías Mayoral, Pablo Torrelles Boada, Gregorio Nicolás Expósito, Pantaleón Jimenez Diaz y Miguel Planas Gisbert.

Guerrilla.—Sargento don Antonio Rodriguez Castelló, cabo Alejandro Rodriguez Ruiz y guerrillero Lucas Suarez.

Segundo batallón.—Primera compañía.—Soldado Gregorio Agüera Noguera.—Total, *doce*.

Heridos.—Primer batallón: Primera compañía.—Corneta Matías Abar Jaraba, soldado José Riera Diaz.

Segunda compañía.—Soldados Joaquín Boluch Nogus y José Aviñón Iglesias.

Tercera id.—Soldados José Corea Fabrada, Pedro Torres Galtó, José Andrés Tirol, Miguel Delgado, Pedro Saguero, Salvador Molina Nieves, José Adrián, Miguel Soto Valls, Mariano Martinez Alonso, Francisco Alsina, Sebastián Vivas Masip, Magín Cortafita Nieva, Francisco Rodriguez Gonzalez, Antonio García Rodriguez, José Pacheco Diaz, Manuel Gil Sebastián, Ramón Fiol Pedrós y Antonio Garro.

Cuarta id.—Soldado José Hernandez.

Escuadras de Santa Catalina.—Sargento don Miguel María Gonzalez, contusión leve.

Primer batallón: Tercera compañía.—Capitán don Manuel Castrillo Campillo.

Guerrilla.—Primer teniente don Fernando Reina Oñarte.

Quinta compañía.—Primer teniente don Julio Batalón Chamorro.

Segundo batalón.—Primer teniente don Eduardo Aguado Oller.—Total, 39.

Además, asistieron á la acción y salieron ilesos los siguientes jefes y oficiales.

Capitán don José Vivar Perez.

Primeros tenientes don Benito Gallego Sanchez, don Ricardo Fernandez Lostao y don Francisco Casado Cedrian.

Segundo teniente, don José Barceló Galán.

Segundo batallón.—Segundo teniente don Miguel Salas Ralomana.

Escuadras de Sánta Catalina.—Comandante don Pedro Garrido Romero.

Capitán, don Manuel Pineda Llorca.

Primeros tenientes, don Florencio Heve Costas y don Cirilo Nápoles Perez.

Segundo teniente, don Nicanor Reyes Vargas.

Guerrilla local de Guantánamo.—Teniente, don Juan Robles.

Las bajas del enemigo no pudieron fijarse de una manera cierta.

Se dijo que fueron *cuarenta y nueve* muertos vistos y muchos heridos: otros las hicieron ascender á un total de *ochenta y nueve* bajas.

Sobre el campo abandonaron algunos cadáveres, que fueron enterrados por habitantes de aquellas inmediaciones.

Las fuerzas insurrectas se hicieron ascender á *dos mil cuatrocientos* hombres mandados por los hermanos Antonio y José Maceo, y los cabecillas Periquito Perez, Cartagena y Lopez.

Aunque al principio se dijo que el *generalísimo* se hallaba también en la acción, no llegó á comprobarse.

El resultado del reñidísimo combate fué un día de gloria para nuestras tropas, que ante fuerzas triplicadas y emboscadas, en comprometida y apuradísima situación á causa de las condiciones del terreno en que fueron sorprendidos, se portaron como todo español sabe hacerlo y se porta en defensa de su patria y de su bandera.

. . . . . .

¡Paz á los héroes que sucumbieron en la gloriosa jornada del Jovito, y cuyos nombres dejamos consignados para eterna memoria de la madre patria!

CAPITULO XIX

Ataque al poblado de Sabana Barácoa.—Saqueo y robo.—Orden general dictada por el general en jefe del ejército de operaciones en Cuba.—Diversas noticias.—Encuentro en la Horqueta del Horno.—El coronel Santocildes.—Situación desesperada.—El enemigo rechazado y en vergonzosa fuga.—Heroismo de nuestros soldados.

HASTA el día 15 no se tuvo noticia en la Habana del glorioso combate del Jovito, narrado en el precedente capítulo, ocurrido el día 13, entre Camarones y Tiguabos, á dos leguas de Guantánamo.

El efecto que en la Habana produjo la noticia fué penosísimo é indescriptible, dando lugar á los más exagerados pesimismos.

Como las líneas telegráficas no funcionaban con regularidad, tampoco se supo hasta el día 16 en la capital de la Gran Antilla, que el mismo día 13, unos *setecientos* hombres mandados por los cabecillas Tamayo y Galano, penetraron en el pueblo de Sabana Baracoa, cerca de Maisi, dejando fuera del pueblo otros *quinientos* hombres y obligando al pequeño destacamento que lo guarnecía, compuesto de *cuarenta* hombres de Simancas, al mando del teniente don Lúcas Fernández, á refugiarse en la casa-cuartel, edificio de madera ruinoso, donde se defendió del enemigo.

Los insurrectos saquearon algunas tiendas y se llevaron de la casa de don Vicente Pérez *tres mil quinientos* pesos en metálico, de la alcaldia de barrio el sello y de otros establecimientos, víveres, ropas y otros efectos.

La fuerza que quedó fuera del pueblo estaba mandada por el cabecilla Félix Omer.

Después del saqueo y robo, abandonaron el pueblo cargados con el botín, sin hostilizar á la fuerza que constituía la guarnición y que por su reducido número vióse precisada á refugiarse en el cuartel é impotente para impedir su fechoría y emprender su persecución.

CAPITÁN D. ENRIQUE SATUÉ

***

El general Martínez Campos dictó una orden general para el ejército en operaciones el día 16, dictando algunas instrucciones.

A causa de su extensión, nos limitaremos á dar cuenta á nuestros lectores, únicamente de algunas de sus disposiciones.

Por la citada orden general, dió el general en jefe nueva organización al ejército de operaciones en la provincia de Santiago de Cuba, dividiendo el territorio militar de esta provincia en tres distritos, al mando cada uno de un general de división, ordenando que ningún

combate se empeñase sin indicarlo al grito de ¡Viva España!, á fin de evitar colisiones entre nuestras tropas; dando instrucciones tácticas para evitar fracasos; mandando que no se transmitiera ningún parte que se creyere exagerado, procediéndose contra el jefe que abultase ó disfrazara los hechos y ocultase la verdad, y disponiendo se crearan depósitos de víveres en las siguientes poblaciones:

Para el primer distrito, en Santiago, El Cobre, Palma Soriano, Ramón de las Yaguas, Alto Songo, Tiguabos, Guantánamo, Yateras, Mayari Arriba, Sagua de Tánamo y Baracoa.

Para el segundo distrito, en Manzanillo, Bayamo, Cauto del Embarcadero, Baire, Vuelta Grandes, Veguitas, Guisa y Gua ó Vicana.

Y para el tercer distrito, en Guamo ó Paso del Salado, Tunas, Minas ó Dolores, Puerto Padre, Mariaban, Gibara, Holguín, Mayari y Barajagua.

Regulaba además el uso de los cartuchos; dispuso el tiro al blanco en los descansos, que no debian pasar de tres días; señaló castigos para los que maltratasen heridos ó prisioneros enemigos; y, por fin, aconsejaba la prudencia y buen trato á los vecinos, y la decisión y el arrojo en los combates.

***

En aquellos días se habló y comentó mucho en Manzanillo, de la marcha al campo insurrecto del doctor Insáustegui, que al frente de una partida de veinte hombres se había sublevado y dado el grito de rebelión contra la Madre Patria en los primeros días de aquel mes.

El doctor Insáustegui tomó parte en la revolución del 68 y era jefe de Sanidad militar.

Vivia y ejercía su profesión de médico en el poblado de Seiba Hue-

ca, donde radicaba el magnifico central *Teresa*, propiedad de los señores Reygni y compañía.

El referido doctor era ya un anciano: su edad cifraría en los setenta años y estaba además algo achacoso, pues desde hacia poco tiempo tenia que andar inclinado.

Así mismo se habló también de haberse ido al campo de la insurrección, el señor don Salvador Ríos, con sus dos hijos.

El señor Ríos habia sido jefe en la pasada guerra y era hombre valiente y decidido y de alguna influencia entre los separatistas, por lo cual causó algún disgusto la noticia entre la gente pacífica.

En el vapor *Mortera*, llegó á Manzanillo el 8.° batallón peninsular, al mando del teniente coronel don Pablo Arredondo, que tanto se distinguió en la pasada guerra.

Este batallón organizose al siguiente día de su llegada á Santiago de Cuba, y salió enseguida á operaciones fraccionado en dos columnas, al mando del general Salcedo, en dirección á Jarahueca, donde sostuvo fuego con los insurrectos en los montes de *La lombriz*, recibiendo en este primer encuentro el bautismo de sangre.

***

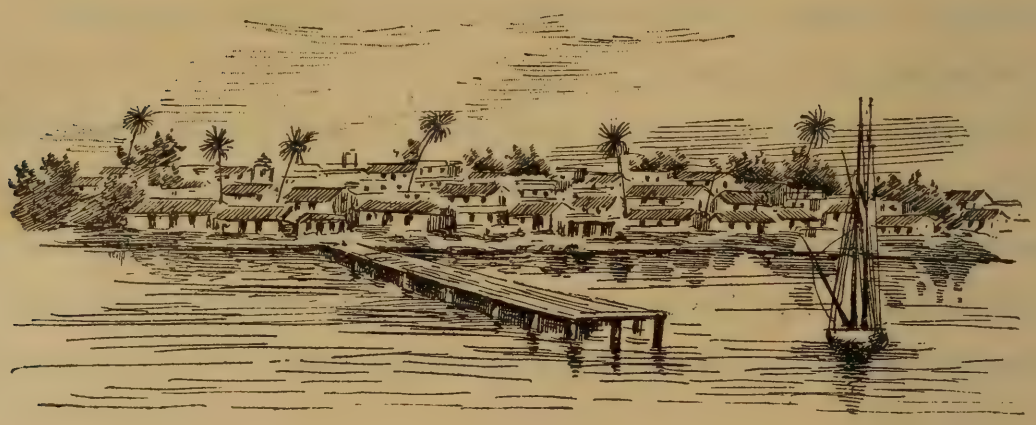
Otro brillante hecho de armas, hemos de registrar en ésta nuestra Reseña, en el cual acreditaron una vez más nuestros valientes soldados y sus bizarros jefes, su valor y pericia, su arrojo y serenidad ante el peligro, y dieron pruebas, como siempre, de que nunca les intimida ni arredra la fuerza numérica del enemigo.

El hecho ocurrió á mediados del mes de Mayo, sin que podamos precisar la fecha, por no haberlo podido comprobar de una manera cier-

ta en los informes de nuestros corresponsales, ni en los datos recogidos de la prensa.

Eran las diez horas de la mañana y el ardoroso sol de Cuba haciendo gala de su irradiantéz y potencia lumínica y calórica, enviaba sus abrasadores rayos sobre una columna de nuestros soldados, que al mando del coronel D. Fidel Santocildes, se dirigía á Bayamo.

Encontrábase la columna un poco más arriba de la Horqueta del Horno, cuando el jefe divisó hacia la izquierda del camino, una casa que calculó podría dar albergue y descanso momentáneo á sus fuerzas,



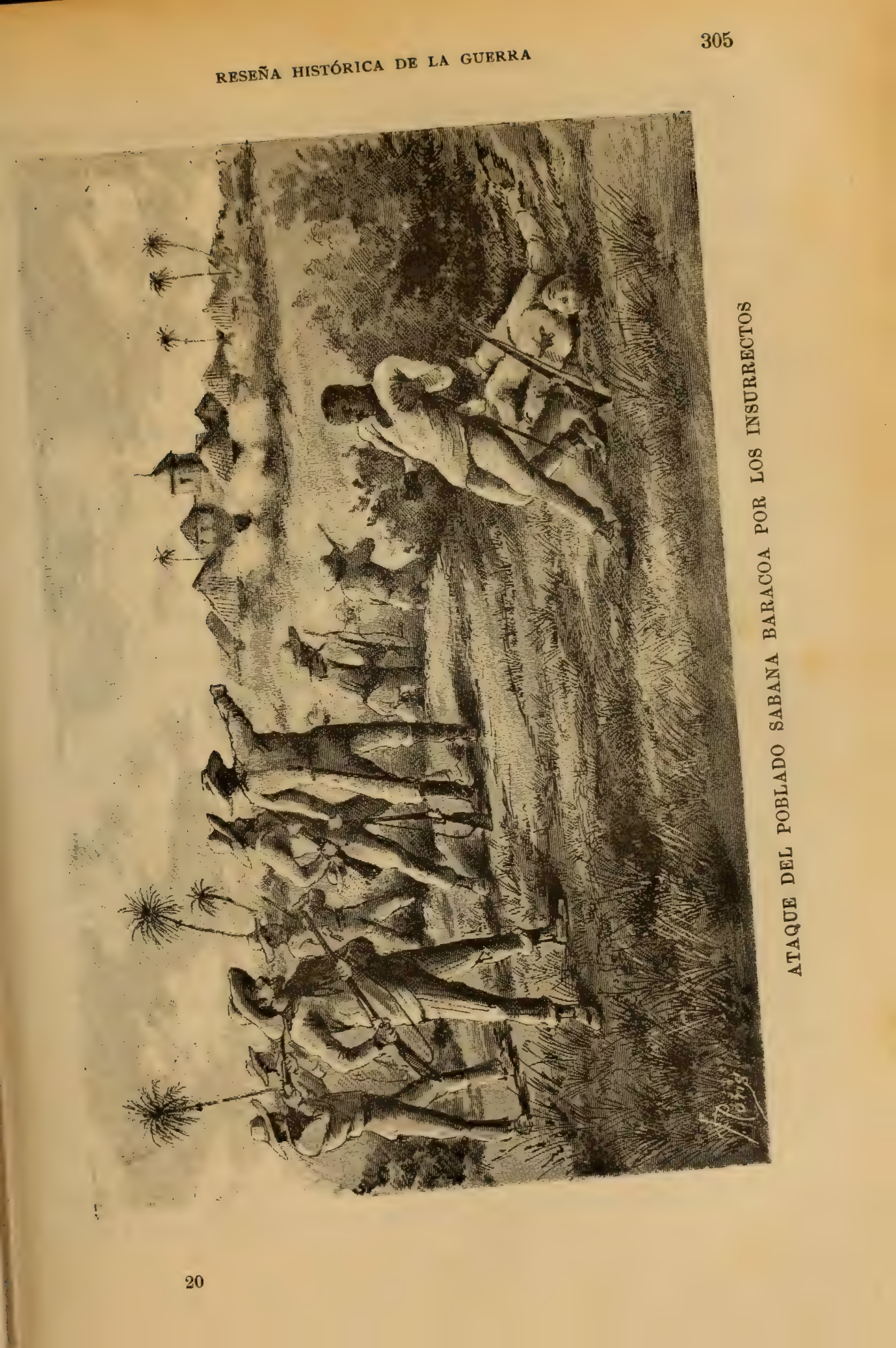
VISTA DEL PUERTO DE MANZANILLO

que comenzaban á sentirse fatigadas á causa del excesivo calor y la atmósfera de plomo que se respiraba.

El coronel señor Santocildes ordenó á su ayudante que fuese á reconocer la casa, á fin de ver si permitía llevar á cumplimiento sus deseos y propósitos.

Era la tienda *Alegría*, que había sido abandonada por sus dueños y no tenía capacidad bastante para el objeto deseado.

Teniendo esto en consideración el citado jefe, y divisándose ya, por



ATAQUE DEL POBLADO SABANA BARACOA POR LOS INSURRECTOS

otra parte, la torre vigía de Bayamo, distante una legua aproxidamendamente de aquel sitio, dió órden al ayudante para que se adelantase á la población y previniese al comandante militar de la plaza dispusiera inmediato alojamiento para la columna.

***

Ya el oficial partía en alas de su fogoso corcel á cumplir su comisión, y la tropa emprendía de nuevo su camino.

En todos los semblantes se reflejaba el deseo de llegar al término de la jornada del día para librarse de los ardores de aquel sol de justicia, y descansar de las fatigas y penalidades de una marcha por aquel ardiente suelo de volcanes, cuando dos disparos sobre la retaguardia de la columna hicieron retroceder al ayudante para incorporarse á la fuerza.

Pocos segundos después, y casi simultáneamente á los dos primeros disparos, recibió la columna una granizada de balas que sobre la retaguardia dispararon los insurrectos emboscados en la manigua y ocultos tras las matas y arbustos.

Al mismo tiempo corríanse por los flancos derecho é izquierdo, tratando de envolver á la columna, encerrándola en un verdadero círculo de fuego y con ánimo evidente de cerrarla el paso para la plaza de Bayamo, á la vez que cortarle la retirada.

Hábilmente escogido el terreno por el enemigo, en número de unos *quinientos* hombres casi todos montados y armados, para dar un golpe de mano, todas las ventajas estaban de su parte.

De un lado, el terreno que habían elegido para la emboscada les favorecía y ocultaba, ofreciéndoles al propio tiempo una fácil retirada: de otro su muchísimo mayor número y el que nuestras fuerzas se encontraban en medio del camino y en campo despejado, hacía que la co-

lumna les presentase seguro blanco por carecer de accidentes el terreno donde poder resguardarse de sus fuegos.

Eran las diez y media de la mañana.

En situación tan desventajosa para nuestras tropas y con tan brusca acometida, hacíase dificil la defensa, máxime cuando el enemigo inició sus cargas á un tiempo y por las tres distintas caras que presentaba la columma.

Ante peligro tan inminente, se impuso eficazmente la voz de mando del jefe secundada por el segundo jefe y oficiales y clases, y la serenidad y valor del soldado español demostrose una vez más, llegando á la mayor altura.

Formose el cuadro, y al ataque por cargas del enemigo, contestose con descargas cerradas, rodilla á tierra, por nuestros valientes soldados.

Al fuego que hacían los tiradores de la fuerza enemiga, se contestaba por los nuestros con fuego á discreción, lento unas veces, y otras rápido, para contener el ímpetu de los caballos cuando en un punto dado se agrupaba un buen número de ginetes que hostilizaban los flancos de la columna.

Menudeaban y repetíanse sin interrupción las cargas por parte del enemigo; pero todas eran rechazadas vigorosamente por nuestros incomparables infantes, sin lograr ni por un solo momento deshacer la corrección perfecta del cuadro, como si se tratara de un simulacro, y haciéndole en cambio numerosas bajas en hombres y caballos.

A tal extremo llegó á ponerse á raya al enemigo que, al fin, hubo de pronunciarse en fuga tan rápida y desordenada, que sus fuerzas hubieran podido quedar completamente destrozadas y sin poder rehacerse más, si en aquel momento el bizarro coronel señor Santocildes hubiera dispuesto y tenido á mano un escuadrón de lanceros que les hubiera cargado en su huída.

. . . . . .

En aquella ocasión, como en todas, el heroísmo de nuestros soldados rayó á una altura, que enorgullece á todo corazón español.

Contra fuerzas excesivamente mayores en número lucharon nuestros invictos soldados, y, ni su superioridad numérica, ni la sorpresa y brusca acometida, ni el cansancio de una prolongada marcha, ni la fatiga que les produjera el insoportable calor de aquel abrasador clima, pudo acobardarles. Todo lo olvidaron ante la inminencia del peligro y la voz del honor nacional.

A la fuerza contestaron con la fuerza, sin medir ni contar la del contrario; á la sorpresa y brusca acometida, respondieron con la serenidad y aplomo peculiares del soldado español, y aquella vez, como siempre, salieron victoriosos de la contienda, á pesar de la desigualdad numérica y de la desventajosa situación en que se vieron colocados.

¡Gloria y honor á la invencible infantería española!

CAPITULO XX

Caballería á Cuba.—Discurso de S. M. la Reina Regente.—Telegrama oficial de Cuba.—Informes particulares.—Designación de los regimientos de caballería.—Esperanzas de arreglo.—Varios encuentros y batidas.—Heróica defensa del fuerte del Esterón.--El sargento Anacleto Girbau y sus catorce compañeros.—Justa y merecida recompensa al heroísmo.—Aplausos y plácemes al general Martinez Campos.—Necesidad de ser mejor recompensada la benemérita clase de sargentos.

En el Consejo de los jueves celebrado en Palacio el día 16, se acordó por los Ministros á propuesta del de la Guerra y á peticion del capitán general y general en jefe de operaciones en Cuba, el envío á la isla de *mil quinientos* soldados de caballería en razón á que, según comunicaba dicha primera autoridad, los insurrectos iban en su mayoría montados.

Con motivo de celebrarse el día 17 el cumpleaños del rey, hubo brillantísima recepción en el Palacio de la plaza de Oriente.

Al recibir la Reina Regente á la comisión de los Cuerpos Colegisladores, cuyos respectivos Presidentes leyeron los discursos de rúbrica, contestó al de la Cámara de diputados en los siguientes términos:

«Señores diputados: cada vez que en el cumpleaños de mi amado hijo recibo los plácemes del Congreso de los diputados, mi alma experimenta una viva satisfacción.

Día tras día va así aproximándose aquél dichoso en que he de entregarle ya el cetro de su padre, tal cual lo empuñé en horas de dolor, apoyado, como entonces, en el tradicional amor de la Nación á la Monarquía, y aún enaltecido por merced del Cielo con las nuevas glorias que tan oportunamente me recordais.

Verdad es que si en el extremo Oriente nos sonríe la fortuna, hallámosla menos propicia, hoy por hoy, en el suelo de América, descubierto y en tanta parte poblado y civilizado por España.

hubo de pronunciarse en fuga tan rápida... (pág. 307)

Malos hijos están allí pugnando porque del todo desaparezca ante ellos el honroso pendón de sus progenitores; mas la misma opinión de las provincias cubanas, en general, condena y enflaquece tan odioso empeño.

De todo punto me tranquiliza, además, respecto al resultado definitivo de la lucha, el decidido concurso que los representantes de la

Nación me ofreceis en esta ocasión, y la certeza de que las grandes cualidades militares que plugo á Dios repartir entre los hijos de España, persisten hoy como ayer, lo cual responde de que la impensada y loca empresa de ahora se frustrará más fácilmente que otras anteriores.

No hay, pues, motivos para temer, sino serias razones para esperar, que conceda Dios á nuestra patria un porvenir digno de su historia.»

***

El día 19 recibióse en Madrid el siguiente telegrama oficial de Cuba:

«*Habana 18.*—El general segundo cabo á los Ministros de la Guerra y Ultramar.

El general Bazán encontró y batió las partidas de Mestre y Diaz, en Rioseco, haciéndoles tres muertos y varios heridos.

La fuerza de su mando, sin novedad.

Un cuerpo enemigo de *doscientos* hombres fué encontrado en Guadalupe, cerca de Morón, causándosele tres bajas, y teniendo herido leve.

El general en jefe acaba de salir para Cienfuegos.—*Arderius.*»

Según los particulares informes de nuestros corresponsales en el teatro de la guerra, encontrábase el día 18 la columna que manda el general señor Bazán, compuesta de 400 hombres de Simancas, una pieza de artillería, dos guerrillas y la local de Rio Seco, haciendo el rancho en este último punto, cuando fué sorprendida por varios disparos de los rebeldes.

Nuestras tropas entraron en combate con el enemigo en medio de un fuego bastante nutrido, que duró cerca de una hora, siendo contes-

tado por la columna que hizo diez certeros disparos con la artillería á 300, 600 y 700 metros, causándoles cinco muertos y doce heridos, sin que la tropa tuviera ni una sola baja.

El poblado de Campechuela fué de nuevo atacado, el día 19, por los insurrectos.

El fuego duró más de dos horas.

Desde los sitios altos del pueblo la gente veía y vigilaba los movimientos de los insurrectos.

Los fuertes sólo disparaban cuando los rebeldes estaban á tiro.

La tropa no tuvo bajas.

***

Cumpliendo el acuerdo tomado por el Gobierno en el último Consejo de Ministros, fueron designados en la tarde del propio día 19 los regimientos de caballería que habían de preparar un escuadrón para que formase parte del ejército de operaciones en Cuba, reuniendo el total de *mil quinientos* soldados acordado enviar como refuerzos á la isla.

Del sorteo verificado en el Ministerio de la Guerra, resultaron designados los regimientos siguientes:

Alfonso XII, de guarnición en Sevilla.

Villarrobledo, en Córdoba.

Lusitania, en Alcalá de Henares.

Villaviciosa, en Badajoz.

Numancia, en Pamplona.

Talavera, en Zamora.

Tetuan, en Reus.

Pavía, en Madrid.

Príncipe, en Villafranca del Panadés.

Y España, en Burgos.

El Ministro de la Guerra dispuso que estos diez escuadrones llevasen tres secciones armadas con tercerolas Maüser y sable, y la cuarta sección lanza, revólver y sable, de modo que cada escuadrón debía llevar cuarenta hombres armados de esta mortífera arma, que tanta gloria ha dado á nuestra caballería.

Los escuadrones debían conservar los mismos nombres de los regimientos de que procedían y ser mandados por un comandante del arma, dos capitanes y cinco subalternos.

TENIENTE CORONEL SEÑOR COTRINA

* * *

Los frecuentes viajes al interior de la isla y teatro de la guerra realizados por el general en jefe del ejército de operaciones en Cuba desde que se hizo cargo del mando superior de la Gran Antilla, dieron motivo á la creencia general de que el ilustre caudillo tenía tomadas disposiciones de gran importancia y preparaba con calma un plan de resultados indudables, que había de dar por resultado el total exterminio de los rebeldes en muy breve plazo.

Sin embargo, de esa general creencia hay que eliminar á los pesimistas, los cuales alegando que las dificultades se extendían y hacían

mayores cada día y la insurrección aumentaba según el conocimiento que se tenía de la importancia real del número de partidas, dudaban de los efectos del plan atribuído al general Martinez Campos.

Los esfuerzos supremos realizados por las partidas insurrectas y el fracaso de esos esfuerzos, parecía tener á los rebeldes muy desanimados. Además, y con visos de certeza, se habló de desmoralización y de desaliento entre los separatistas, la cual aprovechada podía ser base de una paz conseguida en breve plazo, aunque no á poca costa.

Por esto, la gran mayoría no creía difícil que el ilustre general Martinez Campos llevase á cabo un plan que produjera tan saludables efectos como de él se esperaban, teniendo en cuenta sus condiciones de caracter, inteligencia y actividad.

***

Según comunicó el general Salcedo á su llegada á Holguín con su columna, el día 16, tuvo varios encuentros los días 13 y 14 con el enemigo, con el cual sostuvo fuego en Camajuan, San Pedro, y otros lugares de la jurisdicción de Holguín, batiéndole y dispersándole.

La columna del teniente coronel señor Zamora batió también el día 20 á las partidas reunidas de Plazuela, Arroyo y Antonio Maceo, en Sagua, causándoles muchas bajas.

En la refriega murieron un sargento y un corneta y quedaron heridos dos soldados de la columna.

El mismo día 20, presentáronse *cuatrocientos* insurrectos al mando de José Maceo, frente al fuerte del Esterón, situado al extremo Oriental de la isla, entre la Punta de Tanamo y el surgidero del rio Sagua, é intimaron la rendición al pequeño destacamento que lo guarnecia,

compuesto de quince hombres del cuarto batallón peninsular al mando del sargento Anacleto Girbau.

Este, á presencia del enemigo, encerróse con sus compañeros en una casa de tablas inmediata al almacén de carga y contestó á su intimación con la mas heróica de las resistencias.

La lucha fué terrible; la resistencia temeraria; la defensa brillante, heroica, y concebible únicamente en soldados españoles y en hombres del temple de alma y valeroso ánimo del joven sargento Girbau.

Herido á las primeras descargas del enemigo, este valiente defensor del honor patrio y de la bandera nacional, no por esto decayó ni un solo instante su indomable valor y su esforzado ánimo.

Sin calcular su temeridad y las funestas y terribles consecuencias que había de acarrearles su inverosímil resistencia contra un enemigo veinte veces mayor en número, y no atendiendo más que al deber que les imponía el honroso uniforme que vestían y el sagrado juramento que habían hecho un día de defender hasta morir el honor de la bandera española, aquellos quince valientes no dudaron ni un momento en sacrificar sus vidas en aras de su deber y en defender la honra de España.

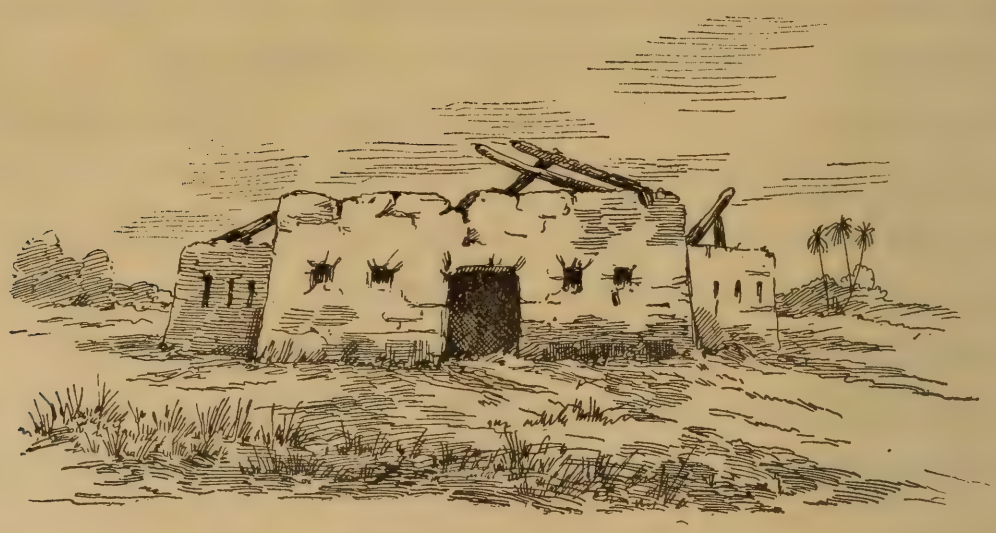
***

Acorralados por las numerosas fuerzas enemigas, los valerosos soldados que guarnecían el caserón, resistieron heróicamente el ataque de los insurrectos, sin que les hiciera desmayar ni un momento en su deliberado y temerario propósito de no rendirse, ni el número de los que les atacaban, ni el horrible fuego que les hacían, ni lo debil de la *fortaleza* que defendían, ni la herida que recibiera el que era jefe del

destacamento y dirigía la defensa con imperturbable serenidad, á pesar de tener atravesado el muslo derecho por una bala enemiga.

Cuatro soldados habían caído ya heridos por el plomo de los insurrectos, y sin embargo, la defensa del càserón continuaba con el mismo ardor y heroísmo que había comenzado.

El sargento Girbau sin parar mientes en su herida, seguía disparando su fusil contra la masa de rebeldes, animando á sus compañeros



FUERTE DE SANTA LUCIA DESTRUIDO POR LOS INSURRECTOS

á defenderse con honra hasta morir, y demostrando con su heróico ejemplo que el soldado español no sabe rendirse.

A la infernal gritería de los *mambises*, contestaban nuestros valientes soldados con entusiásticos gritos de ¡viva España! y con certeros disparos que mantenían á raya al enemigo, exacerbado por la inverosímil resistencia que les oponía aquel puñado de héroes improvisados y las numerosas bajas que en sus filas les causaban.

Al fin, después de algunas horas de incesante fuego y cuando las

municiones escaseaban ya y el peligro se hacía más inminente para los heróicos defensores de la causa de España, vieron éstos con gran sorpresa, no exenta de satisfacción, que los insurrectos se retiraban, llevándose un muerto y diez y siete heridos.

Ninguno de aquellos valientes pudo ni ha sabido explicarse la imprevista y brusca retirada del enemigo, que de momento atribuyeron á la llegada de alguna columna en su socorro; suposición que con gran sorpresa no tuvo confirmación hasta el siguiente día.

Los insurrectos, que después se supo eran en número de *trescientos veinticinco* hombres al mando del cabecilla José Maceo, armados todos de Maüssers, riffles y remingtons, atacaron al pequeño destacamento que guarnecía el *fuerte* de El Esterón, con ánimo decidido de rendirle y apoderarse de sus defensores; pero la heróica cuanto inverosímil resistencia que estos les opusieron, y las numerosas bajas que les causaron, les hizo desistir, sin duda, de su empeño, por temor de sufrir mayor número de bajas, no compensadas con el botin de guerra que pudiera ofrecerles el apoderamiento del caserón.

***

Digno es de encomio el acto de heroismo realizado por los quince valientes defensores del fuerte de El Esterón en la tarde del 20 de Mayo de 1895, y dignos son de ser consignados en letras de molde sus nombres, para perpetuar su glorioso recuerdo y presentar su patriótica conducta, como digno ejemplo que imitar, á los ojos de sus compatricios y contemporáneos y de las generaciones venideras.

El sargento Anacleto Girbáu y Palau, que tan alto supo pener el nombre del ejército español, y el honor de la bandera española, el ci-

tado día 20 de Mayo, en la heróica defensa de El Esterón, es natural de la ciudad de Igualada (Cataluña).

El 20 de Junio de 1892 ingresó en clase de voluntario en el batallón de cazadores de Barcelona, número 3.

Por sus relevantes cualidades, por su instrucción y esmerada educacion, por su puntualidad en el servicio, su disciplina y excelente trato, (así lo consignaron los jefes en su brillate hoja de servicios) fué ascendido á sargento en 1.° de Abril de 1894.

Al estallar la rebelión en Cuba, ofreciose como voluntario á pasar á la isla á defender la integridad del territorio, y habiéndosele concedido el pase, partió para la Gran Antilla con la primera de las expediciones que de la Península salieron, diciendo al despedirse de sus camaradas:

—Os prometo que pronto tendréis noticias mías.

Y, en efecto, á los dos meses de su partida, el telégrafo nos daba cuenta del heróico hecho llevado á cabo por el valiente sargento Girbau.

Quien tan alto supo mantener el honor de la bandera española; quien con tan esforzado ánimo y viril energía supo defender la integridad de la patria, y cumplir con su deber, es acreedor al aplauso y á la admiración de sus compatricios, á la vez que á una justa recompensa.

El sargento Anacleto Girbau con un puñado de valientes aragoneses y valencianos á sus órdenes, resistió heróicamente los ataques de fuerzas enemigas veinte veces superiores en número, las mantuvo á raya durante horas guarecido en un caserón de tablas, y obligoles á retirarse y desistir de su tenaz empeño.

***

A propuesta del general del ejército de operaciones en Cuba, impresionado viva y satisfactoriamente al tener noticia del heroismo del pe-

queño destacamento de El Esterón, le fué concedido al heróico sargento Girbau el empleo de segundo teniente, por considerar que la más justa recompensa que podía otorgarse al jefe que lo mandaba, era la del empleo inmediato. También fué propuesto para la cruz laureada de San Fernando.

A los soldados les premió con cruces pensionadas.

He aquí los nombres de los catorce soldados que tan brillantemente secundaron á su inmediato jefe en la defensa heróica del fuerte de El Esterón:

Andrés Alacín Campos, Anselmo Gil Saez, Anselmo Martinez Velasco, Antonio Correa Bosons, Basilio Romances Gonzalez, Cayo Delgado Herráinz, Benito Hernandez Gomez, Doroteo Hernandez Moreno, Eusebio Vallejo Soria, Eugenio Torrejón Olivares, Fernando Gracia de Dios, Fermín Luanola Borrás, Felipe Sanchez Quijano y Félix Molina Ortega.

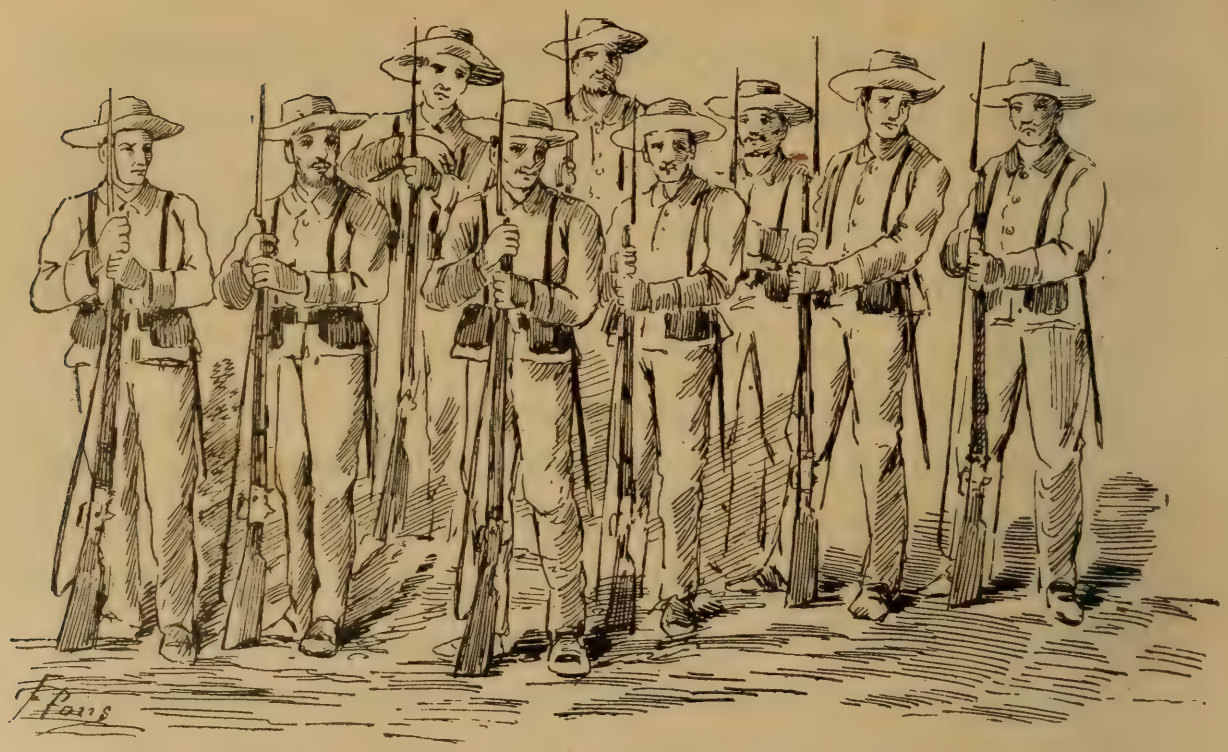
El acto realizado por el ilustre general Martinez Campos premiando con la concesión del empleo inmediato el hecho heróico del sargento Girbau, á pesar de no consentirlo la ley adicional á la constitutiva del ejército, cuyos principios fundamentales trastornaba, barrenando los reglamentos que en ella se informan y de ella se desprenden, fué aplaudido por la opinión y muy bien recibido por la dignisima clase de sargentos que con ella vieron abrirse un horizonte á su poco lisongero porvenir.

***

El plausible acto del general en jefe del ejército de Cuba vino á satisfacer la necesidad que se sentía de mejorar la situación de los sargen-

tos, elementos en el organismo militar que tan necesarios y vitales son para las relaciones entre el oficial y el soldado.

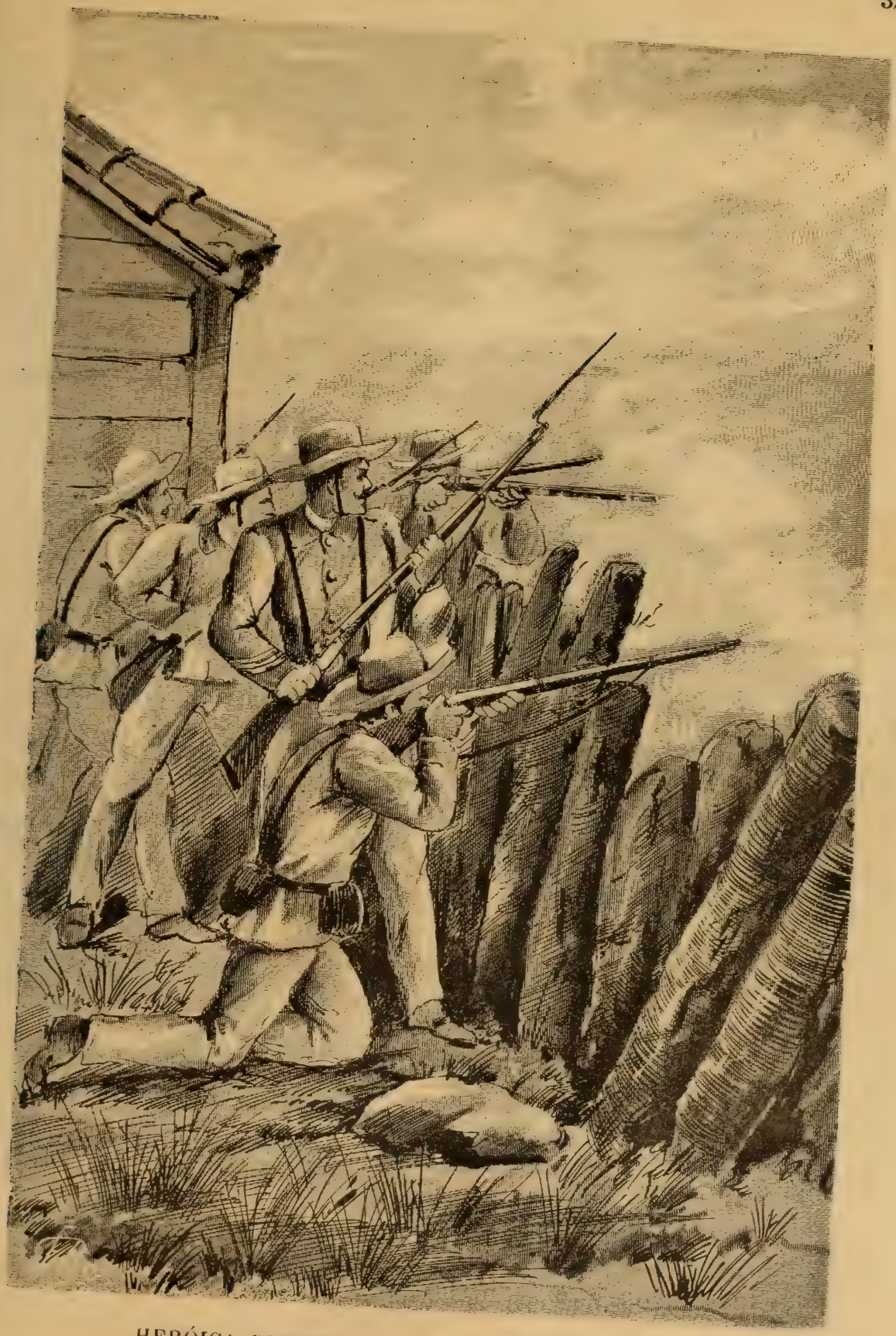
Todas las preocupaciones y desconfianzas de que fué objeto, un día, la honrada y digna clase de sargentos, habían sido ya analizadas y combatidas, siendo cosa por demás sabida que los sargentos eminentemente prácticos en todos los mecanismos del servicio, no pudieron



ESCUADRAS DE SANTA CATALINA DE GUANTÁNAMO

llegar nunca á las altas jerarquías del ejército, sino abriéndose paso por su propia virtud y mérito á través de los obstáculos que encontraron siempre los que siendo de condición humilde siguieron la noble carrera de las armas.

La historia militar de España registra varios ejemplos que demues-



HERÓICA DEFENSA DEL FUERTE DEL ESTERÓN

tran como supieron cumplir con sus deberes en todos los actos, servicios y circunstancias propias de las altas jerarquías, los que desde la clase de tropa tuvieron la fortuna de alcanzar un alto puesto en la milicia sin empañar jamás su reputación por ineptitud en el desempeño de las funciones de su alto cargo.

El general Martínez Campos, prescindiendo por la fuerza de las circunstancias, de los reglamentos y de la ley adicional á la constitutiva del ejército, procedió con gran justicia dando una recompensa superior al que tan gloriosamente la conquistó con su sangre, ya que el soldado ha preferido siempre y prefiere un ascenso en su carrera, á todas las cruces habidas y por haber.

Allá, en su día, se estudiaron proyectos y se manifestaron propósitos de asegurar un porvenir digno á la clase de sargentos, toda vez que se les privó de lo que llenaba todas sus ilusiones, que era el ascenso á oficial; pero como hasta ahora siguen en la misma situación, el espíritu justiciero del ilustre general Martinez Campos y la necesidad superior de premiar hechos heróicos realizados con ocasión de la campaña de Cuba, han roto prohibiciones y trabas en materia de recompensas, que no cabían en toda su integridad, dentro de las difíciles circunstancias en que nos hallamos.

CAPITULO XXI

La columna del coronel señor Sandoval.—Detención é interrogatorio de un presunto espía.—En busca del enemigo.—Encuentro y glorioso combate.—Memorable victoria.—Muerte de José Martí.—Máximo Gomez, herido.—Brillante carga á la bayoneta.—¡Viva España!—Fuga y dispersión del enemigo.—Heroismo de nuestros soldados.—El cadáver de Martí.—Inhumación en el cementerio de Ramón Yaguas.—Exhumación, embalsamamiento y traslación á Santiago de Cuba.—Fúnebre convoy y lucha por un muerto.—Exposición, identificación y sepelio del cadaver en el cementerio de Santiago.—El militar español ante el cadaver de un enemigo.—Acto de sepelio.—Telegramas oficiales.—Regocijo en la Península.—El agitador Martí.—Destitución y regreso á España del general Salcedo.—Comentarios.—Su sustituto.—Datos biográficos de José Martí.—Dudas acerca de la muerte del titulado presidente de la República cubana.—Carta de la viuda de Martí.—Excepticismo nacional.—Juicio de votación para premiar á los oficiales, clases é indivíduos de tropa que más se distinguieron en la acción de Dos Rios.—Relación de sus nombres.—Orden del día dirigida por el coronel señor Ximenez de Sandoval á su columna.—Orden general del ejército del día 23 de Mayo de 1895.

PASO de marcha caminaba, el día 19 de Mayo, la columna mandada por el coronel señor Sandoval, compuesta de fuerzas de caballería del regimiento de Hernán Cortés, conduciendo un convoy desde Palma Soriano á Venta de Casanova (Santiago de Cuba) para la fuerza que guarnecía el fuerte construido en este poblado, cuando de improviso las avanzadas descubrieron un *guajiro* que al ser intimado para que se detuviera, se dió á la fuga.

Perseguido en su carrera por nuestros soldados, que le acosaban á tiros, el campesino se detuvo, y después de suplicar que no le hicieran ningún daño, se entregó.

Registrado convenientemente por el jefe de las avanzadas, encontrósele una cantidad en metálico y algunos documentos.

Conducido á presencia del coronel señor Sandoval, este le sugetó al siguiente interrogatorio:

—¿Cómo te llamas?

—Carlos Chacón, señó.

—¿Que oficio tienes?

—Vaquero.

—¿A donde ibas por aquí?

Chacón guardó silencio, negándose á contestar esta última pregunta; pero ante la insistencia del interpelante, comprendió que no tenía más remedio que hablar y confesar la verdad, y exclamó:

—Señó, yo iba á Venta de Casanova á comprar víveres para Máximo Gomez.

—¿Luego, tu eres de la partida?

—¡Ay, señó! ¡Líbreme Dios de ello!—contestó atolondrado, el *guajiro*.

—Entonces, debes ser un espía.

—Yo juro á usía, señó—apresuróse á objetar el interpelado—que soy vaquero, como le tengo dicho.

—Pues, ¿á donde ibas y por que has huído al ver á mis soldados?

—Yo le diré á usía.

—Ten presente que me has de decir la verdad—advirtióle el coronel.

—La verdad, señó. Me encontraba abrevando el ganado en el río cuando aparesieron Máximo Gomez, Martí y Massó al frente de numerosas fuersas. Martí me obligó á darle un cántaro de leche que yo ordeñé á una de mis vacas y le entregué. Después me dió ese dinero y esos papeles y entregándome un caballo me ordenó fuese á comprarles víveres al poblado más inmediato.

—¿De modo, que quieren víveres?—exclamó el coronel Sandoval —Pues, vamos á llevárselos al momento; guíanos tu, Chacón, y así llegaremos antes.

***

Chacón palideció, y púsose á temblar como un azogado.

Pero, ¿cómo negarse ni resistir á obedecer la orden del coronel?

¿Se había negado, acaso, á cumplir la comisión que le encargara Martí?

No; porque temió que de haberse negado pudiera sobrevenirle algún daño, y precisamente se hallaba en aquel momento en idéntico caso y en iguales circunstancias.

El coronel Sandoval le interrumpió en sus reflexiones, dirigiéndole las siguientes preguntas:

—¿Están muy lejos de aquí?

—Unas pocas leguas, señó.

—¿Hácia qué lado quedaron?

—Cerca de Dos Rios, á la margen opuesta del Contramaestre.

—Pues, en marcha, y guíanos por el camino más corto.

A la orden del jefe, la columna siguió la marcha, guiada por Chacón, en dirección al sitio donde según éste se encontraban los insurrectos.

La columna iba reforzada por dos compañías de los batallones peninsulares 2.° y 9.°

Las fuerzas insurrectas estaban formadas por *ochocientos* hombres á caballo, al mando del *generalísimo* Gomez y del titulado presidente de la República cubana José Martí, y de los cabecillas Massó, Maestre, Borrero y Estrada.

A poco de haber emprendido la marcha nuestras tropas, comprendió el coronel Sandoval que la jornada era larga y la columna necesitaba algún descanso, por lo que ordenó un breve alto, que los soldados quisieron aprovechar para hacer el rancho.

***

Dispuesto todo lo necesario para condimentar la comida, hubo que ir por agua al río, y quince soldados al mando de un sargento se encaminaron en busca del necesario elemento.

No bien llegaron á la orilla del Contramaestre y empezaron á llenar las ollas, se oyeron tres ó cuatro disparos en las avanzadas, que fueron seguidos de una nutrida y formidable descarga, acompañada de ese vocerío peculiar del enemigo al comenzar sus ataques.

Era que habíase trabado combate entre los soldados que habian ido por agua al río y una avanzada del enemigo.

Con maravillosa rapidez organizáronse nuestras fuerzas y á los pocos segundos cargaba con irresistible furia contra el enemigo, trabándose terrible lucha cuerpo á cuerpo, en la que el machete y la bayoneta chocaban con rabiosa ira, arrancando vidas y sembrando de muertos el campo.

Hora y medio duró la refriega, en la que el enemigo, lo más escogido y brillante de las huestes separatistas, contó con anonadar la columna española, prevalecido de su superiodad numérica.

Once veces acometieron los rebeldes al machete, y otras tantas fueron rechazados por nuestros bravos soldados.

En medio de la refriega y entre los filibusteros, destacábanse un hombre joven, moreno y extremadamente nervioso, y otro viejo ya, alto, con bigote cano y vestido de negro.

Eran los dos jefes de la insurrección cubana: José Martí y Máximo Gómez. El primero, ginete en un magnífico caballo y armada su diestra con un excelente rewolver Smhit, con puño de nácar, corría de un

GRUPO DE SOLDADOS PREPARANDO EL RANCHO

lado á otro arengando á los suyos y animándoles á los gritos de ¡Viva Cuba libre!... ¡A ellos!

A su lado se veia dictando también disposiciones y dando órdenes, al *generalísimo* de los filibusteros.

***

Llevado del ardor del combate ó arrastrado quizás por su fogosa cabalgadura, llegó un momento en que el titulado presidente de la Repú-

blica cubana, se puso á tiro del rifle con que el práctico de la columna don Antonio Oliva se defendía como un valiente de los ataques del enemigo.

Al distinguirle, apuntole cuidadosamente al pecho y disparó con tan certera precisión, que el proyectil fué á herirle en mitad del pecho.

El famoso agitador separatista, abrió los brazos, soltó el rewolver y cayó del caballo al suelo, inerte y sin vida.

Los rebeldes se arremolinaron en derredor del cadáver de Martí para protegerle con sus cuerpos.

Nuestras tropas intentaron apoderarse de él, atacando con temerario arrojo al númeroso grupo que lo defendía, pero el enemigo habia formado un murallón de carne humana y un círculo de hierro que lo protegía.

Máximo Gómez era uno de los que con mayor ahinco lo defendía del tenaz empeño de nuestros soldados en apoderarse de él.

La lucha se habia entablado cuerpo á cuerpo y todo el interés de los combatientes se habia concentrado y habia quedado reducido á un mismo deseo: el de retirar el cadáver de su jefe civil, por parte de los separatistas, y el de apoderarse de él, por parte de nuestras tropas.

Un momento hubo en que los nuestros llegaron junto al mismo cadáver.

Uno de nuestros valientes soldados iba ya á hacer presa en él, cuando un machetazo del *generalísimo*, que no se separaba del cadaver ni lo habia abandonado un solo momento, le cercenó la mano.

En aquel momento sonó un disparo y vióse al *generalísimo* Gómez caer del caballo que montaba, herido en el cuello.

La confusión fué entonces espantosa en las filas enemigas.

Todos los insurrectos se reconcentraron hacia el punto donde habia caido herido su jefe, para defender su cuerpo y librarle de caer en poder de nuestras tropas.

***

El bizarro coronel Sandoval, aprovechando aquellos momentos de confusión en las filas enemigas, se puso á la cabeza de un grupo de soldados y machete en mano ordenó un ataque á la bayoneta al grito de ¡Viva España!

El muro de carne humana que se habia formado al rededor del cuerpo de Máximo Gómez resistió con tenacidad, digna de mejor causa, el brioso empuje de nuestras bayonetas que se hundian en los pechos de los filibusteros, sin lograr abrir brecha en sus apretadas filas, pues al caer uno era al momento sustituido y cubierto el hueco que dejara por otro y otros.

Al fin, lograron los rebeldes colocar á su general sobre un caballo y llevárselo precipitadamente.

Mas, no pudieron hacer lo mismo con el cadáver de su jefe civil, del que se apoderaron al cabo nuestros soldados, después de sostener una sangrienta y épica lucha.

La sangre borbotaba á raudales de los heridos pechos, y el machete cercenaba cabezas y brazos: la furia era inmensa.

Ciegos de furor parecian estar nuestros soldados, y ébrio de coraje y rabia el enemigo.

El aspecto que ofrecía aquel ensangrentado campo de batalla era horripilante, conmovedor.

Aquel supremo instante, aquel momento terrible no podrá borrarse jamás de la memoria de ninguno de los combatientes.

—¡Viva España!—gritaba continuamente el coronel Sandoval, al frente de sus valientes soldados.

—¡¡Viva...!!—contestaban estos, ébrios de entusiasmo y locos de

furor acometiendo denodadamente al enemigo, como si recordando en aquel momento el reciente infortunio del Jovito, quisieran vengar en aquel sólo instante la muerte del malogrado coronel Sr. Bosch.

***

El enemigo debilitaba por momentos su resistencia; nuestros bravos soldados, animados por su valiente jefe, arremetíanle con mayor furia y redoblaban sus ataques.

Al fin, un último esfuerzo de nuestras tropas y la fuga del *generalísimo*, inició en sus filas la retirada, y no pudiendo resistir por más tiempo el empuje de nuestras bayonetas, emprendió precipitada huida y declarose en completa dispersión.

Dueños del campo nuestras tropas, replegáronse y se dedicaron á la triste tarea de recoger y curar á los heridos y dar sepultura á los muertos, poniendo en sitio seguro el cadáver de Martí, como valioso trofeo de la victoria obtenida.

Terminada tan penosa faena, distribuyose un ligero rancho.

Llevaban ya ¡doce horas de ayuno! y el hambre y la fatiga los tenía rendidos.

Veintiseis fueron los cadáveres recogidos y enterrados en el lugar de la refriega.

Chacón, el *guajiro* que sirvió de guía á nuestras tropas, y el práctico señor Oliva, identificaron el cadáver de Martí, en cuyos bolsillos se encontraron varias cartas y documentos y un reloj de oro con sus iniciales, manifestando además el primero, que el otro herido á quien el enemigo había retirado precipitadamente del campo de batalla, y á quien con fiereza tanta había defendido de los ataques de nuestros soldados, era el *generalísimo* Máximo Gomez.

A las cinco de la tarde emprendía la columna el regreso hacia el punto de su destino.

***

Como prueba del ardimiento y ciego furor con que pelearon nuestros bravos soldados, consignaremos dos hechos que bastan por sí solos para que nuestros lectores puedan formar una pálida idea de lo que en aquella memorable jornada ocurrió.

SARGENTO D. ANACLETO GIRBAU

Cuando más empeñada era la lucha y con mayor ardimiento se *batía el cobre*, el corneta del quinto batallón peninsular Miguel Urbaneja y Torres, recibió dos heridas graves en el brazo izquierdo.

Los compañeros, al verle herido, pretendieron retirarlo del campo de acción, pero el valiente Urbaneja se opuso á ello, y resistiéndose con titánicos esfuerzos al deseo de sus camaradas, exclamó:

—¡No me voy...! ¡Es inútil cuánto hagais y me digais, pues todavía

me queda un brazo libre y bueno para llevar la corneta á mis labios ó empuñar el machete para atacar á esos morenos!

. . . . . .

Otro soldado del 9.° peninsular, en uno de los ataques á la bayoneta contra el grupo de insurrectos que defendía el cadáver de Martí, cayó herido por un balazo que le atravesó el muslo derecho.

Al ir á retirarlo sus compañeros, les dijo:

—¡Dejadme, que aún puedo hacer fuego sentado...! Ahora serán más certeros mis disparos, porque así podré apuntar á mi sabor.

¡Quien sabe si uno de sus disparos fué el que hirió en el cuello al *generalísimo* de los separatistas!

***

Los filibusteros, al retirarse y emprender precipitada y vergonzosa fuga, se dividieron en tres grupos, llevando en uno de ellos á su jefe y general Máximo Gómez, herido.

El cadáver de Martí, después de identificado fué conducido á Ramón Yaguas, en cuyo cementerio fué enterrado provisionalmente.

El coronel Sandoval se incautó de las armas del titulado presidente de la República cubana y se hizo cargo de la correspondencia oficial y particular que se le encontró.

También se recogió el caballo de Estrada, en cuyo maletín encontrose la correspondencia de este cabecilla, lo cual hizo suponer que habia sido también herido.

El cadáver de Martí presentaba cinco heridas de bala, una en el pecho, otra en la región anterior del cuello y las restantes en las extremidades inferiores.

Del reconocimiento facultativo practicado, resultó que las dos primeras eran mortales por necesidad.

El traje que vestia el jefe civil de los separatistas era de rayadillo azul, sombrero de castor con escarapela y polainas de chagrín.

En el maletín que Martí llevaba á la grupa de su caballo, encontrarónse documentos muy importantes, relativos á los planes futuros de los filibusteros, así como cartas de determinadas personalidades comprometidas en el movimiento separatista.

Los documentos que se encontraron en el bolsillo del *guajiro* Chacón, eran manifiestos-proclamas camagüeyanos, haciéndoles ver que la guerra no era de raza.

***

Al llegar á la Habana la noticia del victorioso combate de Dos Ríos y de la muerte del jefe civil de los separatistas José Martí, noticia que con la celeridad del rayo se extendió inmediatamente por los cuatro ámbitos de la capital, el general Salcedo pidió á persona de su confianza las señas del famoso agitador filibustero, para mayor seguridad en la identificación de su cadáver.

Facilitadas que le fueron y puesto de acuerdo con el doctor don Aureliano Valencia, que hasta hacia muy poco tiempo habia residido en Jiguaní, dispuso que este saliera cuanto antes para Ramón Yaguas, con objeto de identificar el cadáver y proceder á su embalsamamiento, á fin de poder ser trasladado y enterrado en Santiago de Cuba.

El médico señor Valencia, cumpliendo la orden del general Salcedo, salió de la Habana á las once de la noche del día 21, acompañado de un práctico, que conducía las substancias é instrumentos necesarios para el enbalsamamiento del cadáver de Martí

En la mañana del siguiente día 22, cerca del poblado de Palma Soriano, encontróse el doctor con la columna del coronel señor Sandoval, y manifestándole la orden que llevaba, siguieron la marcha hacia Ramón Yaguas, donde procediose á la exhumación del cadáver de Martí y á su inmediato enbalsamamiento.

Terminada la operación, salió de nuevo la columna en dirección á la capital de la provincia, conduciendo el cadáver para darle definitiva y cristiana sepultura en aquel cementerio.

A poco de emprender la marcha el fúnebre convoy, presentose ante la columna una partida de rebeldes, mandada por el cabecilla Rabí, y comenzó á hostilizarla, siguiéndole en su marcha hasta las inmediaciones de San Luís, sin cesar de disparar contra los soldados.

Las tropas, que habian contestado, aunque sin trabar combate, á los disparos del enemigo, recibieron orden de atacarles, y entónces se entabló una reñida acción en que nuestros valientes soldados mostraron una vez más su reconocido valor y arrojo.

En la refriega lograron hacer prisioneros á nueve separatistas y causaron nueve muertos y numerosos heridos á la partida.

De la columna resultó herido en el cuello el teniente don José de La Torre y Morales, natural de Cuba, y bravo oficial que se distinguió mucho por su valor y arrojo en la campaña de Melilla.

Nuestras tropas se apoderaron de un lujoso ataud que llevaba la partida de Rabí.

Los rebeldes habian intentado desenterrar el cadáver de Martí y trasladarle de Ramón Yaguas á otro sitio.

***

El día 26 llegaron á Santiago de Cuba los restos mortales del titulado presidente de la República cubana é infatigable propagandista filibustero José Martí.

El cadáver fué depositado y expuesto inmediatamente en el cementerio de Santiago, para que lo vieran y examinasen cuantas personas lo tuviesen por conveniente.

Numeroso público acudió á ver el cadáver, que aunque embalsamado, según hemos dicho, encontrábase bastante descompuesto.

Sobre un sencillo túmulo fué colocado el féretro de pino, pintado de negro, al que custodió un piquete de cien soldados.

A las ocho de la mañana del siguiente día 27, se dió cristiana sepultura al cadáver del que habia sido jefe civil de los separatistas cubanos.

Levantose acta del enterramiento, y antes de dar tierra á los restos de Martí, levantó la tapa del ataud que los encerraba el coronel señor Sandoval y dirigiéndose al numeroso público que presenciaba el acto, preguntó:

—¿Hay entre ustedes algún pariente ó amigo del que fué en vida don José Martí? Hago esta pregunta por si alguien quiere hacerse cargo del cadáver para tributarle el último homenaje.

El coronel hizo una breve pausa, y en vista de que nadie respondía á su pregunta, prosiguió diciendo:

—Señores, ante la muerte no hay enemigos, y entre hombres de hidalga condición y cristianos sentimientos, como nosotros, deben cesar y desaparecer toda clase de odio y rencores. Nadie que se sienta inspirado de nobles sentimientos debe ver en estos yertos despojos un enemigo, sino el cadáver de un hermano. Los militares españoles luchan en el campo de batalla hasta morir, pero después del combate guardan consideración al vencido, y respetan y tributan honores al muerto.

Seguidamente anunció á los circunstantes que se costearía por los

españoles una lápida para el nicho que debia guardar los restos de Martí.

Esta conducta levantada y noble del hidalgo coronel Sandoval, mereció unánimes elogios y plácemes.

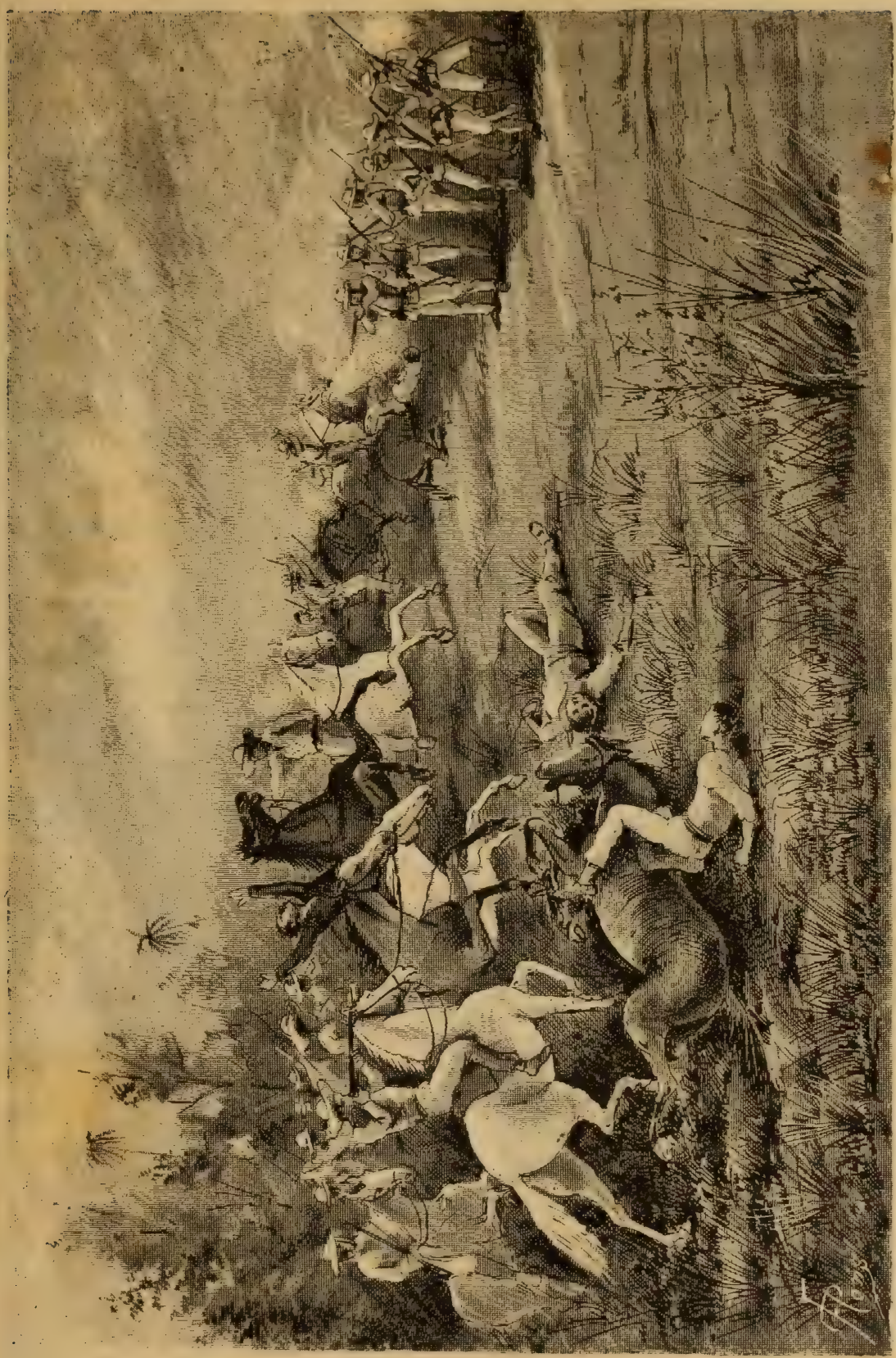
***

Hé aquí el acta de sepelio de José Martí.

ACTA.—En el cementerio general de la ciudad de Santiago de Cuba,

y se dedicaron á la triste tarea de recoger y curar á los heridos y dar sepultura á los muertos, (pág. 330)

á los veintisiete días del mes de Mayo de mil ochocientos noventa y cinco: constituídos en el mismo, á las ocho de la mañana, el señor



abrió los brazos, soltó el revolver y cayó del caballo al suelo, inerte y sin vida (pág. 328)

coronel don José Ximenez de Sandoval, jefe de la columna que libró la acción de Dos Rios el día diez y nueve del corriente mes; comandante de infantería del primer batallón del regimiento de Cuba número 65, don Manuel Tejerizo Cabrera; el comandante capitán de caballería y ayudante del Excmo. Sr. general don Jorge Garrich, don Enrique Ubieta Mauri; el capitán de infantería don Enrique Satué y Carbonell, ayudante á las órdenes del citado señor coronel Ximenez de Sandoval, y el doctor en medicina y cirugía don Pablo A. de Valencia y Fons, se procedió, cumpliendo la orden del Excmo. Sr. general gobernador militar de esta plaza, á la identificación y enterramiento del cadaver del titulado presidente de la cámara insurrecta, don José Martí.

En su virtud, y verificada la identificación, dispuso el señor coronel antes citado, se procediera á darle cristiana sepultura, como así se verificó á presencia de los antes dichos señores y numeroso grupo de vecinos de esta ciudad, en el nicho número 134 de la galería Sur.

Y cumpliendo lo ordenado por S. E. firmamos esta acta para los efectos que procedan y su constancia en lo porvenir.—Manuel Tejerizo.—Enrique Ubieta Mauri.—Enrique Satué.—Pablo A. de Valencia.—J. Ximenez de Sandoval.»

*

Hasta el día 22 no tuvo el Gobierno noticia oficial de la victoria alcanzada por nuestras tropas en la acción de Dos Rios y de la muerte del jefe civil de los separatistas cubanos.

En dicho día se recibió en los Ministerios de la Guerra y Ultramar, confirmación oficial del brillante hecho de armas, por el siguiente importante telegrama comunicado por el general segundo cabo y gobernador de la Habana.

«*Habana 21.*—(Recibido el 22).—El general Salcedo me comunica que la columna del coronel Sandoval encontró entre Bija y Dos Rios. á la orilla derecha del rio Contramaestre, á las partidas reunidas de Máximo Gomez, Martí, Massó, Borrero, Maestre y Estrada en número de *setecientos* insurrectos, con los cuales libró reñido combate, rompiendo contra ellos nutrido fuego que se sostuvo sin interrupción durante más de hora y media, teniendo el enemigo que abandonar el campo á la desbandada, sin tiempo siquiera para recoger sus muertos.

Entre éstos se ha reconocido al titulado presidente de la República cubana José Martí, cuyo cadaver fué recogido á pesar del empeño del enemigo en retirarlo.

Los insurrectos han tenido además otros catorce muertos y muchos heridos, que iban retirando durante la acción.

También se ha recogido la correspondencia de Martí que es muy curiosa y dá muchos datos importantes de los planes que tenían los separatistas.

Dejaron sobre el campo de batalla muchas armas, once caballos útiles con monturas, y bastantes efectos que tampoco pudieron salvar en la huída.

Por nuestra parte tuvimos cinco muertos y siete heridos.

Varios prisioneros que hicieron nuestras fuerzas, aseguran que Máximo Gomez y el cabecilla Estrada deben estar muertos ó mal heridos.

De esta noticia me falta comprobación.—*Arderius.*»

***

En ampliación de este telegrama y comunicando nuevos detalles acerca de la muerte de Martí, recibió el Gobierno, el día 26, otro des-

pacho oficial del general Arderius concebido en los siguientes términos:

«*Habana 26.*—Previa formal identificación, ha sido enterrado en el cementerio de Ramón Yaguas, el cadaver de José Martí.

Este dirigió personalmente los suyos en la acción de Dos Rios.

Practicado reconocimiento facultativo del cadaver, resulta que el infatigable agitador separatista murió de dos balazos, uno en el pecho y otro en el cuello.

Dícese, aunque no oficialmente, que el coronel Sandoval ha presentado al general en jefe, el reloj de Martí, varias cartas y documentos.

Se dice también que Máximo Gomez cayó herido del caballo en la última carga á la bayoneta de nuestros soldados, los cuales trataron de apoderarse de él, no pudiendo conseguirlo porque el cabecilla Borrero, cruzando bajo los fuegos de los nuestros, lo recogió y llevó fuera del campo de batalla.

El general Suarez Valdés, ha tenido confidencias de que Gomez no está herido, pero creencia general afírmalo.—*Arderius.*»

***

La noticia del glorioso triunfo obtenido por nuestras tropas sobre el grueso de los rebeldes cubanos produjo gran regocijo en la Península, y el triunfo fué más importante aun por la muerte del famoso agitador separatista, que por la derrota que sufrieron los insurrectos, sin embargo de ser tan grande para la importancia de esta guerra.

El Gobierno y la nación, así como al tener conocimiento de la acción del Jovito, en vez de entregarse á consideraciones pesimistas, señaló el comportamiento del coronel señor Bosch como digno y nobilísimo ejemplo que imitar á cuantos por la patria peleaban y dispues-

tos se hallasen á pelear, con la victoria de Dos Rios hizo que renaciese la esperanza y se reiterase la confianza en la eficacia de los medios empleados para la extirpación de la cizaña filibustera.

El agitador Martí era el alma de la insurrección, y en la proclama que había dirigido á los cubanos al desembarcar en la isla, justificando

DETENCIÓN É INTERROGATORIO DEL ESPIA CHACON

la guerra por su consejo emprendida, se revelaba sus condiciones de organizador y de político.

El, Máximo Gomez y Antonio Maceo, constituían la trinidad directiva de la sublevación.

Gomez y Maceo eran los brazos, Martí la cabeza.

Muchos comentarios se hicieron respecto á la muerte del jefe civil de los separatistas cubanos; pero ninguno de ellos ha llegado, hasta hoy, á comprobarse.

Hubo quien dijo que contrarió mucho al general Martinez Campos y retrasó la conclusión de una paz como la del Zanjón, pues se afirmó que Martí iba á verse y entenderse con el general en jefe del ejército de operaciones en Cuba, cuando le sorprendió la muerte á orillas del Contramaestre.

Aquel rumor y esta afirmación tomaron cuerpo y consistencia al tenerse noticia en la Península, el día 26, de la imprevista é inesperada vuelta del general Salcedo.

El telegrama del general Arderius al Gobierno, diciendo que, según le comunicaba el general en jefe, había cesado el general Salcedo en el mando de la división que tenía á sus órdenes y que en el primer correo se embarbaría para la Península, llamó grandemente la atención y fué muy comentado por la prensa y la opinión.

Nadie se explicaba ni supo á qué causas atribuir el hecho de que el general Salcedo dejara tan de improviso el mando de las tropas que estaban en acción.

Mucho se habló acerca de la destitución de este general, refiriéndose hechos y detalles ocurridos en una entrevista que celebró con el general en jefe, de la que surgió su inmediato relevo y subsiguiente regreso á la Península; pero por entrañar alguna gravedad lo que se dijo y no haber podido comprobar la verdad de lo ocurrido, omitimos consignarlo aquí, por no pecar de ligeros, ni de indiscretos.

Sin embargo, no renunciamos á desentrañar la verdad de lo que, sin duda, ocurrió y dió motivo á la destitución y reembarco del general Salcedo, para dar de ello cuenta, en su día, á nuestros lectores.

El general Martinez Campos pidió que se nombrara sucesor al ge-

neral dimitido señor Salcedo, y por acuerdo del Gobierno, á propuesta del Ministro de la Guerra, quedó nombrado el general don Pedro Mella, que desempeñaba á la sazón el cargo de fiscal del Consejo Supremo de Guerra y Marina.

* * *

El célebre agitador y famoso propagandista filibustero, alma de la actual insurrección cubana, don José Martí, era joven, inteligente, instruído, de actividad incansable, y genio emprendedor.

El fué quien desde Nueva York puso en juego su influencia y su prestigio, organizando la insurrección que habia de estallar el domingo de carnaval de 1895, en las seis provincias de la mayor de nuestras Antillas.

No era hombre de lucha, pero sí de gran acción, propagandista y tenaz mantenedor de las ideas separatistas.

Tenia cuarenta y dos años, y era Licenciado en Derecho.

Cursó los dos últimos años de su carrera en la Universidad de Zaragoza, precisamente en los tiempos en que también ponia fin á sus estudios el actual ministro de Ultramar don Tomás Castellano.

Del *Album del porvenir*, obra publicada en 1890, en Nueva York, por E. Trugillo, tomamos los siguientes datos biográficos de José Martí, escritos indudablemente, no sólo con su beneplácito, sino con arreglo y sujeción á los datos que él mismo facilitaría á alguno de sus compañeros de emigración y conjura.

«Nació en la Habana el día 28 de Enero de 1853....

Desde muy niño, empezaron contra ese *cubano irrevocable*, las persecuciones del Gobierno español.

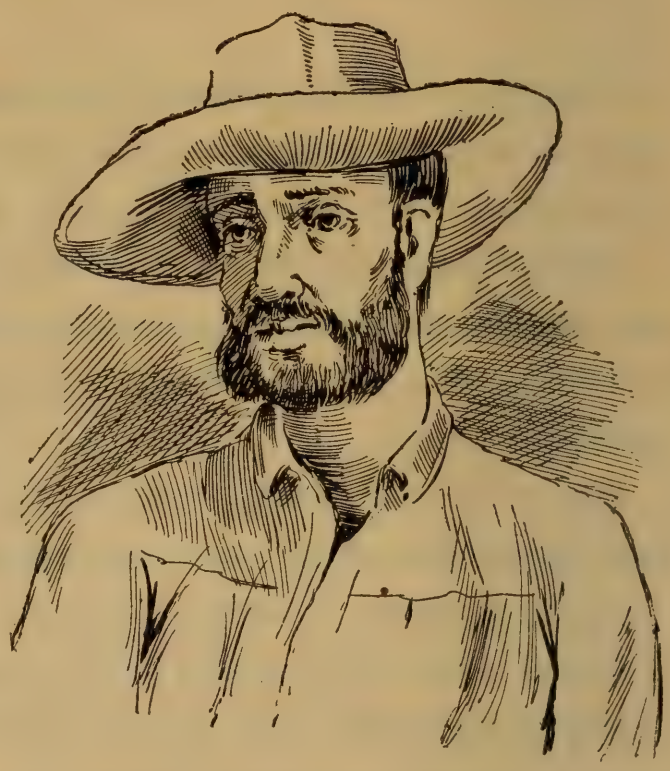
En 1869, después de aquellos días de expansión y libertad de imprenta que concedió el general Dulce á los cubanos, fué preso José Martí...

Después de haber probado, en esa su corta edad, las amarguras del del presidio, fué desterrado á España.

En Junio de 1873 obtuvo el grado de licenciado en Derecho en la Universidad de Zaragoza, y en Septiembre del mismo año, el de Filosofía y letras.

A los diez y nueve años de edad, publicó en Madrid un folleto político titulado *El presidio político en Cuba...*

A raíz de la proclamación de la República española, puso en manos del eminente don Estanislao Figueras, otro folleto abogando por la independencia de Cuba.



ESPÍA CARLOS CHACON

En una sesión solemne celebrada en la Academia de jurisprudencia, pretendieron los federales hacer declarar á los cubanos residentes en Madrid, que se contentaban con la República federal española, y Martí se opuso, reclamando para su patria la independencia.

A su oposición debióse que fracasara el proyecto de fundar en Madrid, por aquel entonces, un casino cubano.

En 1873 se trasladó á la República de México... En 1877 pasó á la capital de la República de Guatemala...

Poco después de firmada la paz del Zanjón, volvió á la Habana. El general Blanco, considerándolo complicado en el movimiento de Agosto de 1879, lo deportó á España.

A principios de 1880, llegó Martí á Nueva York, por la vía de Francia, *prófugo del confinamiento indefinido á que se le había condenado por el Gobierno español.*

Pasó Martí desde Nueva Yok á Caracas, en donde permaneció muy poco tiempo, regresando á los pocos meses á la capital de la gran República norte americana.

Desde entónces vino representando las aspiraciones de los cubanos independientes, y consagrando toda su inteligencia y actividad á la causa separatista....

***

Se consideró de tal importancia y trascendencia para la marcha de la insurrección, la muerte de su jefe civil, que en los primeros momentos no se dió crédito en España á la noticia de su muerte, á pesar de asegurarla los telegramas oficiales: tal era el escepticismo que se había apoderado del espíritu nacional, y la poca confianza en las noticias contradictorias que á diario nos comunicaba el Gobierno, respecto á la guerra y curso de la campaña.

Preciso fué que la prensa extranjera diera cuenta en sus columnas del suceso, y se ocupara de ella con motivo de negarse una sociedad de seguros, en la que hacía tiempo se habia asegurado la vida el conocido separatista, á indemnizar á su viuda.

Esta, hubo de pedir una audiencia al general Arderius para cerciorarse de la verdad, y suplicarle, en caso de ser cierta su viudez, le entregara el cadáver de su esposo don José Martí; pero el general se negó á recibirla.

Con motivo de haberse ocupado en sus columnas el periódico *La Lucha*, de la Habana, de la audiencia pedida por dicha viuda al general gobernador, dirigió esta señora al director de aquel diario, la siguiente carta:

Sr. Director de *La Lucha*.

Muy señor mio: Ya que aparece publicada en su periódico la solicitud de una conferencia que pretendí con el señor general Arderius, acto que suponia esencialmente privado, ruego á usted publique también que lo que me proponía obtener de aquella autoridad, era que nos facilitara á mi hijo y á mi, el modo de conseguir el cadáver de mi marido, para hacerlo enterrar en el panteón de mi familia.

Queda á sus órdenes, s. s. q. b. s. m.—*Carmen L. de Martí.*

Sólo á la publicación de esta carta y á la del *acta* de sepelio que dejamos transcrita, adquirió visos de certeza la noticia de la muerte del titulado presidente de la República cubana y jefe civil de los separatistas, puesta en duda por el escepticismo nacional.

Posteriormente se supo que Máximo Gómez había declarado á un corresponsal del *Heraldo*, de Nueva York, que era completamente cierta la muerte de Martí, ocurrida en una sorpresa de que fué víctima, cuando se dirigía á la costa para embarcarse, por ser necesaria su presencia en el extranjero.

Declaró también el *generalísimo* que con Martí murieron casi todos los que le escoltaban, y que él mismo fué herido y estuvo á punto de caer en poder de las tropas españolas.

A poco de haberse separado de mí Martí—dijo Gómez—oí un nutrido fuego hacia la parte á donde aquel se había dirigido.

Como sólo llevaba una pequeña escolta, esperando encontrar á Banderas ó á Rodriguez, á la primera sospecha de que hubiese podido tener un encuentro con las tropas peninsulares, Borrero se apresuró á ir á reunirse con él.

Levanté campo apresuradamente y seguí con mi gente á Borrero; pero llegué ya demasiado tarde.

Martí habia sido ya muerto y barrida toda la vanguardia de nuestra columna.

El desgraciado Martí cayó en una estrecha quebrada, entre hombres y caballos muertos.

El lugar de la emboscada habia sido tan bien escogido, que fué para nosotros un ataque concentrado.

Estabamos materialmente envueltos.

Yo recibí heridas ligeras al defender con mi cuerpo el cadáver de mi desventurado compañero, y por último, un balazo me dejó aturdido, y haciéndome perder el equilibrio, caí al suelo.

Borrero me salvó.

Al fin, logramos atravesar las líneas enemigas, y nos retiramos, dejando en el campo el cadáver de Martí.

Repasamos el río, descansamos y dimos sepultura á uno de mis ayudantes de campo, lo cual dió motivo á que se hiciera circular el rumor de mi propia muerte.

Nos procuramos medicinas para curar á los heridos, y proseguimos nuestra marcha.

Yo permanecí por aquellos alrededores algunos días, para conferenciar con los jefes que merodeaban por Holguín y las Tunas, hasta que conseguí conferenciar con Antonio Maceo, para mi marcha definitiva al Camagüey.

***

El coronel señor Ximenez de Sandoval, al siguiente día de la memorable acción de Dos Ríos, dispuso que se abriera juicio de votación para los siguientes jefes, oficiales, clases é individuos de su columna, que más se distinguieron en el combate.

CONDUCCIÓN DE PRESOS

Capitán del segundo batallón peninsular, don Fernando Iglesias Expósito.

Segundo teniente, don Vicente Sanchez de León.

Sargento, don Francisco García Carrasco.

Figuraban, además, en el parte de la acción, como distinguidos:

Teniente coronel del segundo batallón peninsular, don Manuel Michelena Moreno.

Capitán del mismo batallón, don Antonio Serra Ortiz.

Segundo teniente, don José Cañizares y Gómez de Humaran.

Primer teniente del noveno peninsular, don Manuel Montoro.

Capitán de Estado Mayor, don Alfredo de Escario.

Capitán de infantería, á las órdenes del coronel señor Sandoval, don Enrique Satué Carbonell.

Primer teniente, íd. íd., don Armando Montilla de los Ríos.

Capitán de caballería, don Oswaldo Capaz.

Médico mayor, don Juan Gómez y Valdés.

Cabo, Eustaquio Durante Sanchez.

Propietarios y prácticos de la columna, que se ofrecieron voluntarios á acompañarla:

Don Rogelio Cigarreta y don Manuel Passos, vecinos de Palma Soriano.

Práctico del batallón, don Antonio Oliva.

***

Así mismo dictó el coronel señor Ximenez de Sandoval, el día 22, la siguiente orden de la columna, encomiando la heróica conducta de sus soldados en la memorable acción de Dos Ríos, y ofreciéndoles la recompensa á que por ella se habían hecho acreedores, en justo premio á su valor y disciplina.

«*Orden de la columna del dia 22 de Mayo, en Santiago de Cuba.*

Soldados: He tenido ocasión de observar vuestro heróico comportamiento en la acción de Dos Ríos, y, no sé qué admirar más, si vuestro valor y serenidad en el combate, ó la gallarda prueba de disciplina

y confianza que en vuestros jefes y oficiales y clases habeis demostrado tener.

La primera vez que en acción reñida os habeis hallado, ha sido ese día, y la victoria más completa fué el justo premio á vuestras virtudes militares.

Sobre el campo de la acción, cuando entusiasmados vitoreasteis á S. S. M. M. y general en jefe, tuve ocasión de elogiar vuestro comportamiento, que por telégrafo expuse á vuestros generales de división y brigada, solicitando la recompensa á que os considero acreedores.

Ambos generales os felicitan con expresivas frases y S. M. la Reina Regente (q. D. g.), y su gobierno responsable, por conducto del general en jefe, que no ha escatimado sus elogios, también han tenido para vosotros, que os hallais lejos de la patria, y á gran distancia de vuestras familias, palabras halagüeñas, que al inundar vuestros nobles corazones de alegría, os harán sentir el agradecimiento.

Pronto, muy pronto obtendreis la recompensa; perserverad en vuestra conducta, no desmayeis jamás, y vuestros sucesivos hechos demuestren sois dignos del aprecio y estimación de vuestro coronel.—*Ximenez de Sandoval.*»

***

Tan pronto como el bizarro coronel señor Sandoval recibió en San Luis el cablegrama de felicitación de S. M. la Reina Regente y de su Gobierno responsable, por la victoria alcanzada sobre las huestes filibusteras, en la memorable acción de Dos Ríos, trasmitió al general de división don Juan Salcedo y Montilla de los Ríos, el siguiente despacho:

«A la protección de Dios y al valor y disciplina de las fuerzas á mis órdenes, debióse éxito lisongero. Suplico á V. E. sirvase manifes-

tar á S. S. M. M., general en jefe y Gobierno, que fueron vitoreados sobre posiciones conquistadas, así como mi inmenso agradecimiento y el de jefes, oficiales, clases y tropa, por felicitación que nos llena de júbilo y entusiasmo, quedando reconocidísimo á tan honrosa distinción. El rewolver de Martí lo conservo en mi poder para ofrecerlo como pequeña prueba de respetuoso cariño al general en jefe, y en recuerdo de esta operación debida á su gran prestigio, que alienta y lleva al soldado seguro á la victoria.—*Ximenez de Sandoval.*

. . . . . .

Hé aquí la carta dirigida por el propio coronel señor Sandoval, al Ministro de la Guerra, remitiéndole el reloj de Martí.

«Excmo. Sr. D. Marcelo de Azcárraga.

Santiago de Cuba, 24 de Mayo de 1895.

«Mi respetable general: debido á la protección de Dios, tuvo la columna á mis órdenes la suerte de dar muerte, en la acción de Dos Rios, al agitador filibustero y propagandista incansable don José Martí (q. e. p. d.)

He dedicado á nuestro querido general en jefe el revolver que se le ocupó, y me permito la libertad de remitir á V. E. el reloj con sus iniciales entrelazadas, que se le encontró en el bolsillo del chaleco.

Suplico á V. E. se sirva aceptar el recuerdo y el respetuoso saludo y distinguida consideración de S. S. S. y subordinado

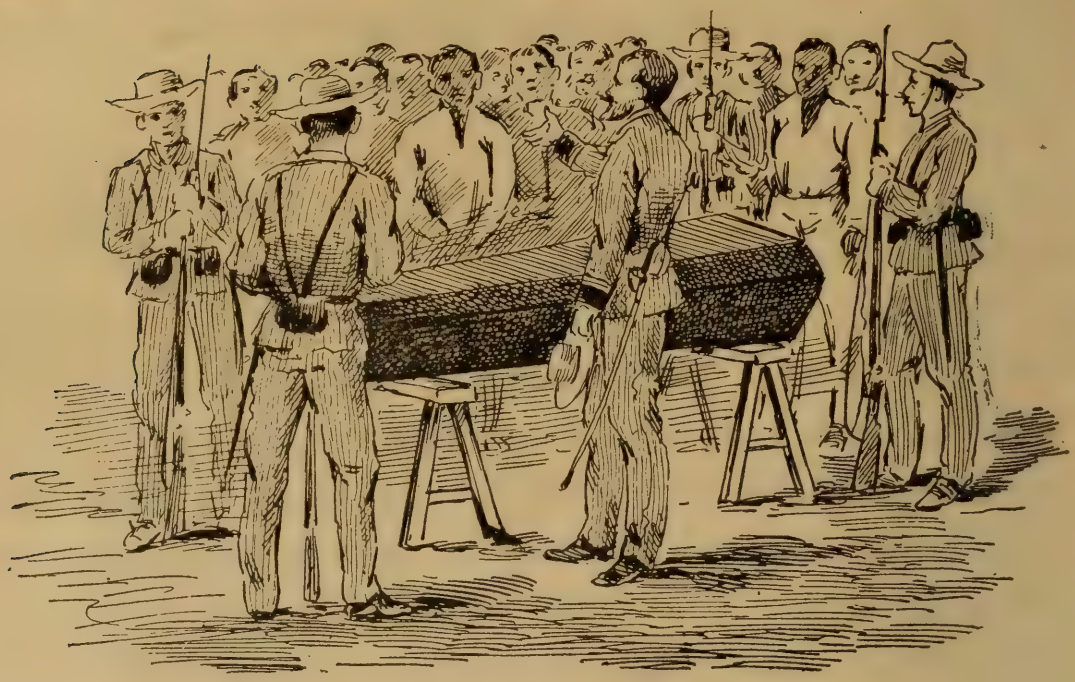
Q. B. S. M.

José Ximenez de Sandoval.»

***

La trascendencia del glorioso combate librado en Dos Rios y la importancia del triunfo obtenido por nuestras tropas, no sólo por la de-

rrota que en él sufrieron las huestes separatistas, sino por la muerte del famoso agitador filibustero, jefe civil de la insurrección separatista, fué bien pronto reconocida por el general en jefe del ejército de operaciones en Cuba, el cual para perpetuar el recuerdo de tan brillante he-

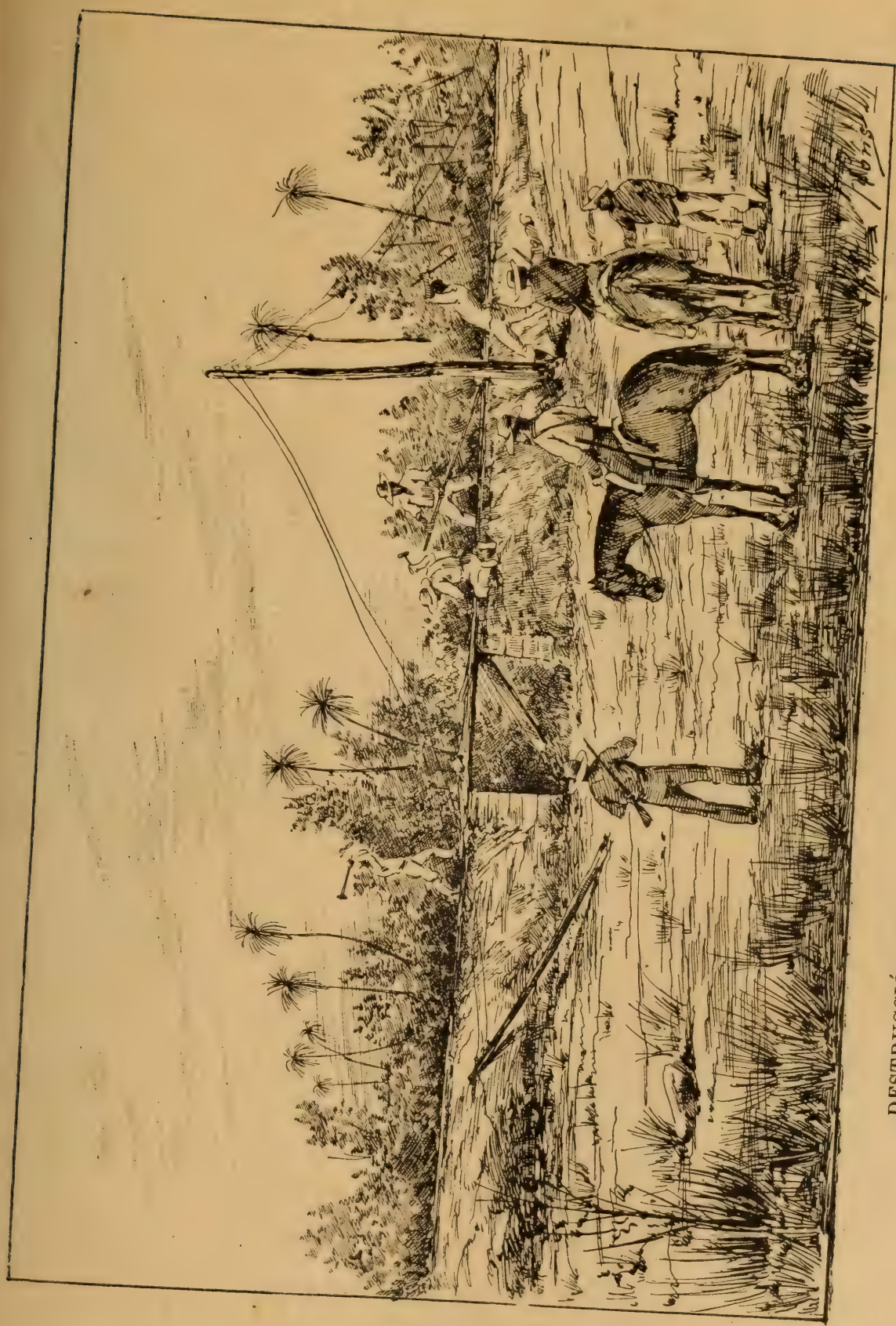


SEPELIO DEL CADAVER DE JOSÉ MARTÍ

cho de armas, dictó el día 23, la siguiente orden general al ejército de su mando en la isla:

«*Orden general del ejército del día 23 de Mayo de 1895.*

«Al llegar á esta ciudad, he tenido la satisfacción de conocer el glorioso hecho de armas ocurrido en Dos Rios el día 19 del actual, en que la columna del señor coronel don José Ximenez de Sandoval compuesta del 2.° y 9.° peninsular y Hernán Cortés, ha batido al enemigo muy superior en número, rechazando victoriosamente los ataques de su caballería y poniéndole en completa dispersión merced á oportunos



DESTRUCCIÓN DE LA LINEA FERREA DE SANTA CATALINA A JAMAICA

y decididos ataques á la bayoneta. En poder de nuestras tropas quedaron quince cadáveres enemigos, entre ellos el del cabecilla Martí, uno de los principales agitadores de esta desgraciada insurrección.

El jefe de la columna al dar parte del hecho menciona varios de los jefes y oficiales que con su valor y acierto han contribuído al buen éxito de la acción, poniendo en primer lugar al capitán de la segunda compañía del segundo batallón peninsular don Fernando Iglesias y Expósito y segundo teniente de la misma don Vicente Sanchez de León, para quienes se ha abierto juicio de votación por considerarles acreedores al ascenso.

Tanto estos dos bravos oficiales como los demás que el parte menciona serán debidamente recompensados, pues el Gobierno de S. M. desea premiar á todos los que se distingan, y yo ansío ocasiones de elevar propuestas de recompensas en que figuren cuántos jefes, oficiales y soldados lo merezcan.

S. M. la Reina Regente y el Gobierno, que prosiguen con constante atención los acontecimientos de esta campaña, han dado las gracias por cablegrama al ejército y al coronel Sandoval.—*Martinez Campos.*»

***

La noticia del glorioso combate de Dos Rios produjo grata impresión en la Península por la importancia excepcional de la victoria obtenida por el bizarro coronel señor Sandoval y fuerzas á sus órdenes.

La muerte de Martí se consideró por la opinión como un tremendo golpe para la insurrección, y las heridas del *generalísimo* Máximo Gomez y cabecilla Estrada, sobre todo la de aquél, conceptuóse como un

hecho muy favorable para la pronta terminación de la guerra, á causa del desaliento que había de ocasionar á los insurrectos la falta de sus primeros y principales directores.

En la Bolsa fué saludado con un alza el triunfo de nuestras tropas y se notaron muchos optimismos con motivo de la victoria alcanzada por el coronel señor Sandoval.

En los pasillos y en el salón de conferencias del Congreso abundaron también los optimismos, llegando algunos á suponer que la muerte de Martí había de ser para los insurrectos cubanos lo que la muerte del ilustre patricio señor Ruiz Zorrilla, habría de ser para los revolucionarios españoles.

No faltó quien, impulsado por las corrientes optimistas producidas por la noticia de la muerte del jefe civil de los separatistas cubanos, supuso que la guerra terminaría en un plazo brevísimo; pero estos augurios, hijos de la fantasía y el buen deseo, fueron combatidos por las gentes de más reflexivo juicio, que á la lisonjera impresionabilidad de aquéllos objetaban que una campaña como la separatista no podía acabar tan brevemente como terminan las guerras en campo abierto entre ejércitos regulares.

La opinión de políticos conservadores de la Gran Antilla fué que se llevaba mucho adelantado para llegar á la pacificación de la isla, pero que aún quedaba mucho que hacer.

Sin embargo, nadie dejó de reconocer la importancia y trascendendel triunfo obtenido por nuestros valientes soldados, y el duro golpe sufrido por la insurrección con la muerte de su jefe civil y herida de su *generalísimo*.

***

El coronel señor Ximenez de Sandoval, fué recompensado por el Gobierno, en justo premio á su arrojo y pericia en la memorable acción de Dos Ríos, con la Cruz de María Cristina.

En dicho combate fué muerto también el americano Georges R. Boyuton, que habia ido á proponer á Martí un lanza-bombas de dinamita, de su invención. Celebraba la primera entrevista en el momento de la sorpresa, en la que quedaron ambos muertos.

DON ANTONIO OLIVA
práctico de la columna del cor. Sandoval

Innegable es, sin que pueda dar lugar á la menor duda, que la muerte del titulado presidente de la República cubana y jefe civil del separatismo, desconcertó los planes de los filibusteros y desalentó algún tanto á los insurrectos.

Los jefes quedaron, de momento, desorientados y divididos, encontrándose faltos de municiones de boca y guerra, y surgiendo entre ellos muchos piques y antagonismos.

La herida de Máximo Gómez dió ocasión á conocer las aspiraciones de Maceo á la supremacía en el ejército *libertador* cubano, de lo cual era una ostensible prueba el traje que vestía, copiado del que según fotografías usaba el presidente revolucionario Bolivar.

Massó y Miró no se conformaban con ello y aspiraban también, á su vez, á sustituir al jefe civil, uno, y al *generalísimo* el otro, aunque sin

condiciones para ello ninguno de los dos citados cabecillas.

Destruído el plan de Gómez y Martí de invadir el Camagüey, y no habiendo en aquel entonces en esta provincia más que tres ó cuatro partidas sin importancia, á las que combatian con interés muy visible los elementos del país, la insurrección quedó reducida á muchos hombres quizás, pero en su mayoría sin armas, acosados por todas partes, acorralados en muy poco y abrupto terreno, y faltos de toda clase de recursos.

Lo único que en aquella fecha tenía importancia real y manifiesta, era el laborantismo que dentro y fuera de Cuba hacía la causa separatista.

***

Por la riqueza de pormenores, y por la exactitud de los incidentes, es interesantíma y completa la relación que del prenarrado combate de Dos Ríos contiene la correspondencia que á continuación insertamos, y que concuerda, con muy ligeras variantes, con nuestra precedente narración.

A la amabilidad de uno de los oficiales, cuyo nombre nos está vedado publicar, que formaban parte de la columna del coronel señor Sandoval y asistieron al citado combate, debemos tan curioso trabajo, que publicamos íntegro, seguros de que lo leerán con gusto nuestros lectores:

Sr. D. . . . . .

Barcelona.

Muy señor mío y amigo: Accediendo á sus deseos, tengo el gusto de remitirle la descripción que me pide del combate que en la mañana

del día 19 del actual, sostuvimos en la sabana de «Dos Ríos», con las partidas insurrectas del titulado *generalísimo* Máximo Gómez y otros cabecillas.

El día 17 de este mes salimos de Palma Soriano la media brigada que manda el coronel Ximenez de Sandoval, conduciendo un convoy de víveres á Ramón Yaguas.

Constituían el núcleo de nuestras fuerzas, el segundo batallón peninsular, una compañía respectivamente del quinto y noveno batallones peninsulares, y 28 jinetes del primer escuadrón de caballería de Hernan Cortés, al mando del capitán don Oswaldo Capaz, natural de Santiago de Cuba.

Servia de práctico á la columna, el cubano blanco, Antonio Oliva, paisano.

En Ramón Yaguas hicimos alto, sin haber ocurrido novedad en el camino.

Al siguiente día salimos en dirección á Ventas, marchando á vanguardia la caballería de Hernan Cortés.

Al pasar la subida de «Arroyo Yibes», y al entrar en terrenos de «La Lengua del Sao», la vanguardia encontró el camino interceptado. El enemigo lo habia cruzado de parte á parte con doce alambres, distantes cincuenta metros uno de otro, perfectamente tersos y á media vara de altura.

El capitán Capaz dispuso fuesen cortados, y el tránsito quedó libre.

Ese sistema de interceptar los caminos es práctica de los insurrectos, usada ya en la pasada guerra del 68, y la emplean para demorar la marcha de las tropas.

Al amanecer del día 19, salimos de Ventas para Dos Ríos con la misma vanguardia.

Atravesó ésta el río Contramaestre, y al entrar en los montes del «Salado», divisó la extrema vanguardia á un hombre que montaba un

magnifico caballo y que al ver la fuerza huyó, haciéndose con esto sospechoso. Salieron en su persecución cuatro números, que después de una regular carrera y de intimidarle con algunos disparos, lograron darle alcance.

El fugitivo era un *guajiro* que dijo llamarse Carlos Chacón, y al registrarsele le fueron ocupados varias cartas de Máximo Gómez, José Martí, Paquito Borrero y Juan Massó, y varias monedas de oro y plata, que, según se desprendía del contenido de unas esquelas, era para hacer varias compras.

El prisionero, que fué conducido á presencia del jefe señor coronel Sandoval, declaró bajo juramento que en la zona de las Ventas habia visto la fracción montada de Massó, la escolta de Máximo Gómez, mandada por uno que le llaman Bellito, las fuerzas de Paquito Borrero, y á José Martí, indicando también el lugar donde estaban reunidas todas esas fuerzas.

Entonces emprendimos nuevamente la marcha, y al penetrar en terrenos llamados Travesía, descubrimos un rastro de caballos. A setecientos hombres montados había hecho ascender el prisionero las fuerzas insurrectas que había visto.

Estábamos, pues, sobre una pista cierta, y era seguro ya que de un momento á otro tendriamos que habernoslas con un enemigo tan numeroso como la media brigada, y mandado por el más militar de los jefes insurrectos, el *generalísimo* Gómez.

Como á las once y media de la mañana, del propio día 19, al entrar nuestra vanguardia en la Bija, el cabo de la punta de la extrema citada vanguardia, divisó fuerzas enemigas.

El ¡alto! dado por nuestros soldados, fué contestado por varias descargas hechas por cuatro jinetes insurrectos armados de rifles relámpago.

Nuestra caballería cargó, y los cuatro exploradores huyeron hasta

incorporarse á otro grupo de *treinta y cinco* á *cuarenta* que gritaban: ¡Bellito, al machete! ¡Viva Cuba libre!

Después de dos descargas de Maüsers, hechas por los de Hernan Cortés, que contuvieron las bravatas del enemigo, gritó á su vez el capitán Capaz á su gente ¡soldados, al machete! ¡Viva España! ¡Viva Cuba española!

El enemigo esperó la carga; pero al tener cerca la fuerza, volvió

FORTIN Y BARRACONES INCENDIADOS POR LOS INSURRECTOS

grupas y huyó, practicando con esta huída una táctica que ellos usan para atraer las tropas á determinado lugar, donde tienen preparada una emboscada.

Persiguióles nuestra caballería legua y media, hasta llegar á la sabana de «Dos Ríos», donde estaba el cuartel general insurrecto, retrocediendo luego á reunirse con el grueso de la columna, y dando el capitán Capaz parte al coronel Sandoval de donde se encontraba el enemigo.

En los momentos en que nuestra vanguardia se unía al cuerpo de la columna acampada en el intermedio de la Bija y Dos Rios, y transcurridos tres minutos de dar el capitán Capaz parte al jefe de lo ocurrido, se presentó el enemigo en correcta formación y á toque de clarín, enarbolando la bandera insurrecta.

El abanderado avanzó y clavó en tierra su bandera de rayas azules y blancas con rojo triángulo de plateada estrella al centro.

La segunda compañía del segundo batallón peninsular que formaba la avanzada de nuestra columna, y que iba á poner muy alto el pendón rojo y amarillo, rompió el fuego bravamente contra la caballería enemiga, contestando ésta con igual denuedo.

Entre las fuerzas insurrectas se destacaban dos hombres vestidos de negro.

Uno de ellos llevaba un sombrero chico de castor y montaba un fogoso y hermoso caballo blanco. Ambos, revolver en mano, arengaban á los suyos, lanzándolos á la pelea.

El combate se desarrollaba furiosamente.

Un corneta de los nuestros, acosado por un grupo de insurrectos, gritó:

—¡Práctico, que me matan!

El práctico, Antonio Oliva, acudió en su auxilio, y cuando se disponía á disparar sobre el insurrecto más próximo al acosado córneta, el jinete del caballo blanco á que he aludido, apuntó contra él.

Oliva se volvió rápidamente, y abandonando su blanco primitivo, disparó contra dicho jinete, hiriéndole en el pecho.

No cayó de este disparo aquel hombre y volvió el práctico á disparar sobre él, hiriéndole esta vez en el cuello.

Sucumbió, al fin, y se desplomó del caballo, dando su cuerpo en tierra y quedando inerte el que antes con tantos bríos arengaba á los suyos.

Los insurrectos al ver caer á aquel jefe, se avalanzaron intrépidos á recuperar el cadaver, pero la caballería de Hernán Cortés y toda la fuerza, á toque de corneta, resistió bizarramente los QUINCE ATAQUES del enemigo é impidió que se lo llevasen.

Aquel cadaver era el de José Martí; del que se titulaba Presidente de la República cubana.

En el último de los ataques marchaba á la cabeza de los resueltos insurrectos, el otro ginete vestido de negro, de que antes hablé.

Era un hombre anciano, blanco y con bigote cano. En una descarga se le vió caer del caballo, saltando su cuerpo tres veces en el suelo.

Nuestros soldados quisieron apoderarse de él, pero fué tan furiosa y tenaz la defensa que de él hicieron, que no pudieron lograrlo, llevándoselo los insurgentes.

Ese hombre era Máximo Gomez.

Después de una hora de combate feroz, unas veces cuerpo á cuerpo y otras á distancia de veinte metros, el fuego del enemigo fué apagándose hasta que, al fin, se declaró en dispersión y huyó, quedando dueños del campo nuestros valientes soldados y terminando el combate más reñido y famoso de esta guerra.

Queda V. complacido, amigo mío, y mande á su affmo. s. s.—*X**...

Habana 30 de Mayo de 1895.»

***

Otras varias versiones se publicaron acerca del trascendentrl combate de Dos Rios, que por lo novelescas é inverosímiles no debemos hacernos eco de ellas en nuestra Reseña, toda vez que no tuvieron ni han tenido aun confirmación particular ni oficial.

La índole de nuestra obra y la imparcialidad en que debe inspi-

rarse todo historiador, nos veda recoger y consignar rumores y cuentos referidos al oído, sin más visos de verdad que el poderoso vuelo de la fantasía meridional de sus narradores, quienes desconociendo por completo los fundamentos de una medida tomada por el general en jefe del ejército de operaciones con un subordinado suyo de elevada categoría, que causó gran sorpresa en la Península, se echaron á buscar su génesis en una supuesta intriga política y atribuyeron al hecho un origen fantástico ó por lo menos falto de verosimilitud.

DON VICENTE ROJO (capitán de Estado Mayor)

El regreso imprevisto é inopinado á la Península de cierto general con mando de un cuerpo de ejército en la isla, causó gran extrañeza y dió lugar á muchos comentarios y congeturas en adivinación de las causas que pudieron haberlo motivado,

Que algo pasó, es innegable; pero que lo que pasó no ha llegado á ser aun del dominio público, es también muy cierto.

Nosotros hemos tratado de inquirir la verdad de lo ocurrido; pero nada en concreto y que podamos afirmar y hacer público, hemos conseguido averiguar.

No por esto renunciamos á lograrlo un día y, entonces, daremos de ello cuenta á nuestros lectores.

Interín, debemos atenernos y nos atenemos á las versiones ministradas por nuestros corresponsales en Cuba, á la oficial, y á la del testigo, que bien podemos calificar de mayor excepción, que dejamos transcrita.

***

Un deber de patriotismo y de justicia nos obliga á no cerrar este capítulo, sin enviar un afectuoso saludo y nuestros más sinceros y entusiastas plácemes, á los bravos militares y valientes soldados, que con su heróico comportamiento en la memorable jornada del 19 de Mayo de 1895, tan alto supieron poner el honor de la bandera española, conquistando un tan señalado triunfo sobre las huestes de Máximo Gómez y sus secuaces.

Plausible comportamiento digno de señalarse y ser consignado en las páginas de la historia patria para perpétuo recuerdo y emulación de cuantos pelean por la honra de España y la integridad del territorio, en los campos de Cuba, y provechosa enseñanza de nuestros eternos é ingratos enemigos.

¡¡Gloria á los héroes de Dos Ríos!!

CAPITULO XXII

Opinión del coronel Sandoval.—Reacción.—Proclama patriótica.—Plausible reforma de reglamento de recompensas al ejército.—Telegramas oficiales.—Nota desfavorable.—Atropellos de los insurrectos.—Varios encuentros.—Consejo de Ministros.—Llamamiento á filas.—Baja en la Bolsa.

Con la victoria de Dos Ríos, y la muerte del jefe civil de los separatistas, José Martí, abrióse un corto paréntesis de inacción en los insurrectos, los cuales durante algunos días no dieron señales de vida.

Llevó también un rayo de esperanza al espíritu nacional, respecto á la pronta terminación de la guerra y pacificación de la perla de nuestras Antillas.

Consultado el coronel señor Ximenez de Sandoval por uno de nuestros celosos corresponsales en el teatro de la guerra, acerca de la invasión del Camagüey por las fuerzas filibusteras, y las consecuencias que para la insurrección pudiera tener la muerte de su jefe civil, dijo el héroe de Dos Ríos:

«La invasión proyectada hace tiempo por Martí, Máximo Gómez, Massó, y otros jefes separatistas de Holguín, Las Tunas, Bayamo y Manzanillo, con quienes debían contar para un alzamiento en la provin-

cia, ya que no sería político que sólo contasen con las fuerzas de color que hacen la guerra en la jurisdiccion de Cuba, Guantánamo y Baracoa, ha fracasado con la muerte de Martí.

»Pudiera suceder, empero, que para demostrar una falsa vitalidad y robustez, de que carecen en su organización, intentaran algo en el sentido expresado; pero seguramente sería un fracaso para ellos, pues el sensato Camagüey, y las ricas Villas, no están dispuestos á correr aventuras ni á perder el bienestar que á los pueblos proporciona la paz».

Hablando en el supuesto de la posible muerte del *generalísimo* Gómez, á consecuencia de la grave herida que recibiera en el combate de Dos Rios, manifestó el señor Sandoval, que no creia posible ni bastante la autoridad de los titulados general Antonio Maceo y Bartolo Massó, para continuar el movimiento, por no tener renombre ni gozar de gran prestigio este último, y porque la altivez y soberbia de aquel pondría á ambos frente uno del otro.

Cuanto á la actividad de José Miró, la consideraba doblemente criminal y digna de enérgica censura, porque si censurable era que los hijos de la hermosa Antilla empuñasen las armas contra la Madre patria, en un hombre que habia nacido en la Península era de todo punto condenable, y constituia un crimen de lesa patria, el contribuir con su rebeldía y la de las fuerzas de que dispusiera, al derramamiento de sangre entre hermanos nacidos bajo el mismo cielo y entre conterráneos que hablaban el mismo dialecto que él aprendiera de labios de la que le dió el ser.

***

Según tengo entendido—continuó diciendo el bizarro coronel—Miró es un revoltoso y un eterno tránsfuga, sin ideas ni convicciones

propias. Figuró, primero, en las filas carlistas; después, como entusiasta republicano; más tarde fué monárquico de la legitimidad, cuando el inolvidable Rey Don Alfonso XII vino al trono, y, por último, ha venido á hacer causa común con los insurrectos cubanos, los cuales en su interés debian de expulsarlo por denigrar la causa que defienden.

—¿Cree usted que la insurrección durará hasta Diciembre?—preguntole su interpelante.

—Mi opinión es que puede muy bien durar hasta esa fecha; pero también creo firmemente que si el Gobierno de S. M. hace un esfuerzo, y en plazo brevisimo aumenta el contigente de tropas hoy en campaña, puede terminarse mucho antes.

—Y respecto á la organización de esas fuerzas, ¿qué opina usted?

—Si las tropas que el Gobierno envie, salen de la Península perfectamente organizadas, por batallones sueltos con sus jefes y oficiales naturales, conociendo los jefes á sus sobordinados, y éstos á los que les mandan, será más conveniente.

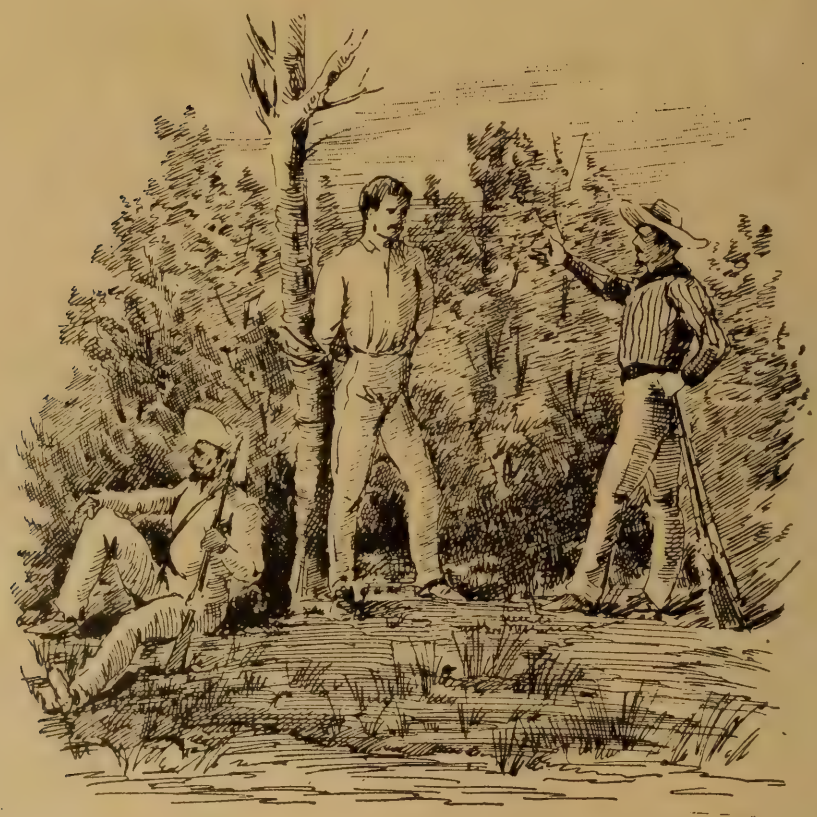
Las organizaciones en los puntos de desembarque con prisas y dificultades mil, las estimo deficientes siempre, porque para la guerra uno de los factores más importantes es la sólida y bien ordenada organización de las tropas que en ella han de tomar parte, y es preciso que los soldados no sean sólo llevados al combate por la imperiosa voz de sus jefes, sino que el prestigio de éstos por el conocimiento anterior de sus buenas cualidades, sea el que los induzca gustosos al cumplimiento de su deber.

Yo creo que organizándose en la Península veinte batallones de cazadores con oficialidad brillante y distinguida, podrian estas unidades orgánicas ser la base, con un prudencial y periódico refuerzo destinado á cubrir bajas y á compartir los peligros y penalidades de los que aquí nos hallamos, para conseguir en breve plazo la completa pacificación de la isla».

Esta fué la opinión del ilustrado militar y bizarro jefe que llevó á sus soldados á la victoria.

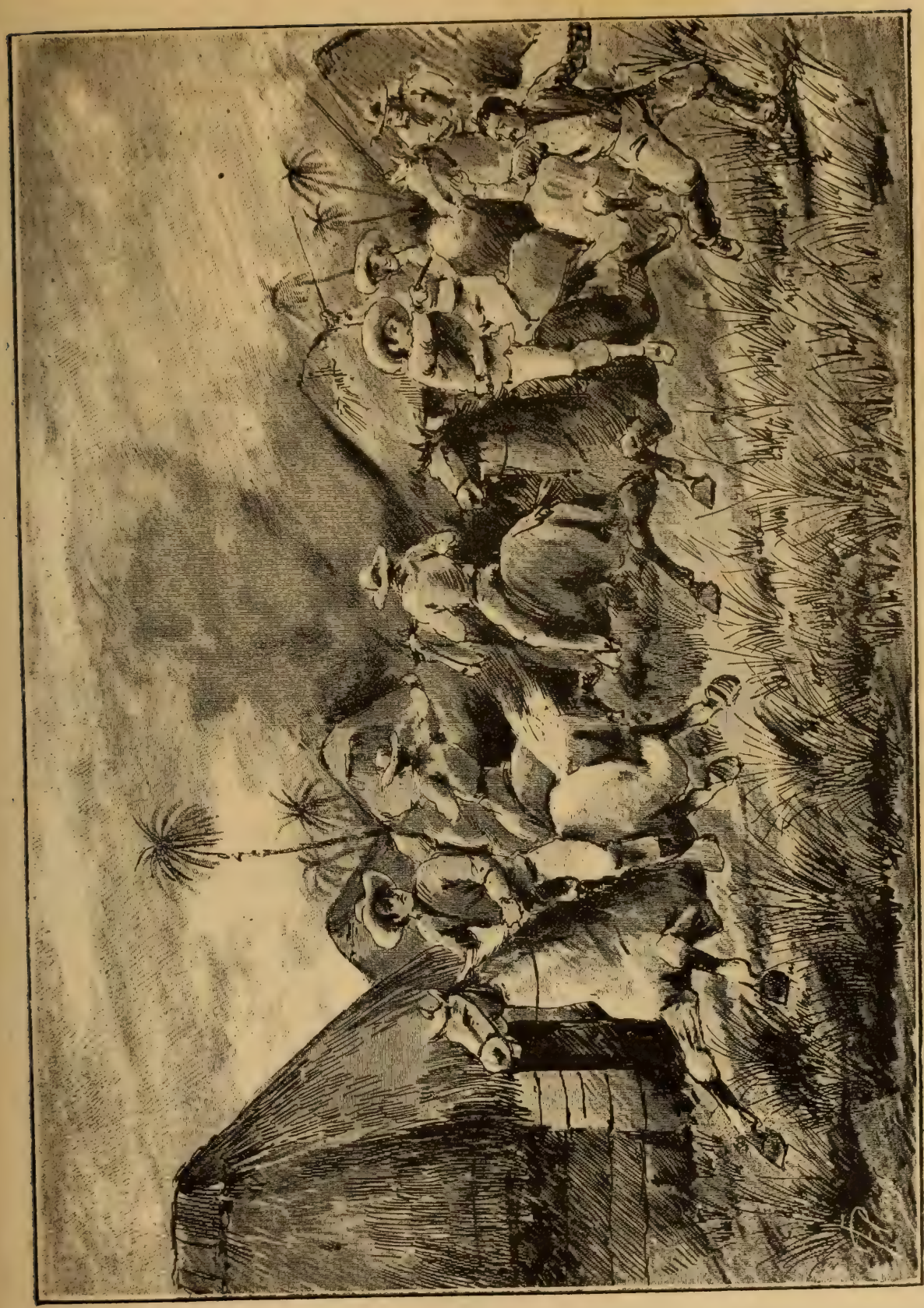
***

El brillante hecho de armas llevado á cabo por el nunca ni por nadie desmentido valor y temerario arrojo de nuestros bravos soldados,



ATROPELLO DEL ESPAÑOL DON PEDRO RUIZ

conducidos por la pericia y alentados por el ejemplo de sus jefes, en la márgen derecha del Contramaestre, vino á reaccionar la opinión en la la Metrópoli, agoviada por el peso de las noticias pesimistas comunica-



INCENDIO Y SAQUEO DE LAS AFUERAS DE BARACOA

das á mediados de mes por algunos corresponsales de periódicos peninsulares, respecto á la marcha de la insurrección y curso de la campaña de Cuba.

Hé aquí el juicio formado en una de las correspondencias á que nos referimos, acerca de la situación de una de las provincias de la hermosa Antilla, publicada por uno de los diarios de mayor circulación en la ciudad condal.

«Santiago de Cuba, 10 Mayo de 1895.

Sr. Director de.....

Muy señor mío: De *pesimista* se me calificará, al ocuparme de estos acontecimientos, por los que desde lejos ven las cosas de más rosado color, siendo estas de suyo tan negras por más de un concepto.

Cuestión de raza va siendo, y esto ha hecho que en el Camagüey y en las Villas no haya estallado también el movimiento. Gracias á esto, y no á otra cosa, no se ha hecho ya general la rebelión. Esta es una de las ventajas para la causa de España, pues si lo contrario fuera, no habría mucho bueno que esperar de estos ilusos levantiscos en su fanatismo por la soñada independencia, único *desideratum* á que aspirar para poder medrar.

Con todo, así las cosas no dejan de estar bastante embrolladas, á pesar de la venida del general Martinez Campos y de sus huestes, que hasta ahora no son bastantes para dar al *traste* con esas partidas que no dejan de ser numerosas y que casi cada día engruesan más con la salida de algunos *blanquitos,* jóvenes locos é inexpertos, acaudillados por un conocido botarate que figuró en la pasada guerra, que no escarmienta, calavera consuetudinario, al fin, y rebelde.

Otro hay como éste que se titula coronel: un catalán, de buena familia y nacido en una linda villa cercana á Barcelona, llamado Miró.

Unido á Maceo, mucho dá que hacer ese loco de atar, haciendo ambos una guerra vandálica, talando, incendiando y destruyendo;

quemando puentes, levantando rails y matando á machetazos á gente indefensa, en la que se sacian satisfaciendo venganzas personales, según dicen.

Y lo cierto de ello es, que hasta ahora no se les ataca en debida forma, pues nada vemos, tal vez porque no penetramos lo que intenta el general al distribuir parcialmente las guerrillas.

Créese que la mayor parte de las fuerzas las tiene concentradas en Manzanillo y Guantánamo para que no puedan apoderarse los rebeldes de esos puertos de mar, cerrándoles el paso al Camagüey, medios estratégicos para dar tiempo á que lleguen más fuerzas á fin de poder circunvalar al enemigo y atacarle con las guerrillas, ocupando militarmente el territorio.

Esto es lo que se trasluce ó se supone, pues desde su llegada ha estado muy pocos días en la ciudad. Tiene á su disposición un vapor, y sin decir á donde vá, sale por estas costas, y luego se sabe que ha estado en la Habana y en los principales puertos, diligente y activo como siempre.

Mas, ¿qué sucede? que en su ausencia merodean las partidas por estos contornos, dan sustos á la gente pacífica en el Caney y en El Cristo, y cometen fechorías que mantienen la alarma y el pavor.

Esto hace que nada pueda referir, hasta ahora, que sea laudable; el período es álgido y la borrasca se está corriendo.

Tal es la situación; pero confiamos mucho en la pericia del general y de los que tiene á su lado, y en el valor y abnegación de nuestras bizarras tropas, que no tardarán en pacificar el país.

¡Ojalá que así sea para nuestro sosiego y tranquilidad, y para honra y gloria de España.—*X.***»

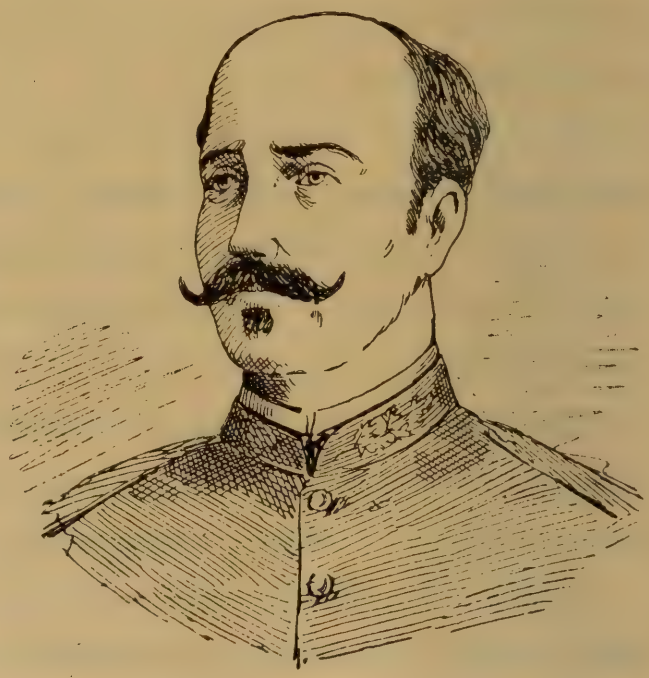
***

Por aquellos días circuló profusamente por la Habana una hoja publicada por los insurrectos excitando á los voluntarios á que no cumplieran la orden dictada por el capitán general de incorporarse á las filas.

A esta hoja criminal contestaron los patriotas cubanos con la siguiente proclama:

«¡¡¡ALERTA!!!

«Los cobardes laborantes que, sin coraje ni verguenza para luchar con las armas, conspiran sin cesar entre nosotros, han lanzado una proclama á los voluntarios con el visible intento de producir disgustos, prevenciones y choques entre los españoles y llegar por el desconcierto y desunión de los buenos á donde nunca llegarán dando la cara y presentando el pecho.



DON RAMON MORROS PALACIOS
Jefe de la clínica del Hosp. Milit. de Santiago de Cuba

La órden del general en jefe mandando incorporarse á las filas del ejército, á los quintos de los sorteos del 92 al 94, que sirven en voluntarios, es necesaria y justa.

Necesaria, porque la patria necesita del esfuerzo de sus hijos para combatir al enemigo; justa, porque los mozos que sufrieron sorteo en esos años, son los que hoy derraman su sangre en la manigua, peleando por la patria, por la paz, por la civilización y los intereses de todos.

¡Españoles! ¡Voluntarios! El enemigo es y será impotente para triunfar en lucha noble, cuerpo á cuerpo; pero su victoria será fácil si logra dividirnos aun más de lo que estamos, y nuestra derrota y nuestra ruína y la del país serán ciertas, si escuchamos sus venenosos consejos disfrazados con el traje del amigo.

Unión estrechísima, confraternidad verdadera de todos los amantes de España y de la civilización.

Amistad sincera, amor de hermanos entre el ejército, marina y voluntarios.

Obediencia y fé ciegas en nuestras autoridades, y pronto, muy pronto alcanzaremos el triunfo, y con él la paz, la tranquilidad y la vida del trabajo honrado, que es nuestro porvenir y nuestro orgullo.

¡Viva España!

¡Viva Cuba española!

¡Viva el Ejército!

¡Viva la Marina!

¡Vivan los voluntarios!

¡Viva el general Martinez Campos!

Habana, 24 de Mayo de 1895.»

. . . . . .

Este hermoso rasgo de patriotismo, por parte de hermanos nuestros, fué unánimemente aplaudido en la Habana por todos los hijos leales á la madre patria, en cuyos nobles pechos ardía el santo amor á España, y el eco de sus aplausos repercutió en la Metrópoli tan luego se tuvo noticia y ocasión de conocer el documento transcripto.

El acto era excesivamente sincero y digno de aplauso, porque aquellos que lo realizaron eran precisamente los mismos que habían de dar su preciosa sangre al mismo tiempo que firmaron la contra-proclama que tanto levantó los ánimos.

***

De conformidad con lo solicitado por el general en jefe del ejército de Cuba, el Gobierno autorizó, en 18 de Mayo, al general Martinez Campos para dar mayor ampliación al art. 23 del reglamento de recompensas en tiempo de guerra; para sustituir el juicio de votación, cuando este fuese absolutamente imposible á causa de operarse en pequeños destacamentos donde no exista más jefe que aquel á quien toca abrirlo y no los vocales que la ley previene, con una averiguación sumaria, cuya aprobación definitiva debía someterse á la autoridad de dicho general en jefe, oyendo á los oficiales que estimase conveniente: y para premiar hasta el empleo de capitán.

Esta disposición fué muy bien recibida por el ejército y aplaudida por la opinión, que consideró muy justo se premiaran los actos de valor, y la abnegación y heroísmo de nuestros valientes soldados, sin trabas ni cortapisas de ningún género, y se abriera horizonte en la carrera militar, creando un porvenir á la meritísima clase de sargentos, que tanto venía distinguiéndose en la actual campaña.

***

En la presidensia del Consejo de Ministros se facilitó á la prensa, el día 29, el siguiente despacho oficial.

Las noticias que el cable trasmitía, tenían excepcional interés y contrastaban abiertamente con los optimismos de aquellos días, porque ellas daban la nota desfavorable de que la insurrección se extendía á otras provincias de la isla y el espíritu en la lucha del elemento fili-

bustero no andaba tan abatido como muchos habían supuesto después de la muerte del cabecilla Martí.

Decían así los telegramas de referencia:

«*Habana 28.*—(Recibido el 29).—El general en jefe me dice que á su paso por Cabonico supo que Maceo se presentó el 22 en Sagua Tánamo, atacando sin éxito con grandes bajas.

Siguió á Cabonico Mayor, cuyos puntos no atacó.

En un cuartón de Sagua hizo grandes destrozos en los plantíos.

Se han presentado en el Camagüey dos pequeñas partidas, que son perseguidas de cerca por pequeñas columnas.—*Arderius.*»

. . . . . .

«*Habana 29.*—General encargado despacho á los Ministros de Guerra y Ultramar.

General Salcedo comunica que enemigo causó ligeros desperfectos vía férrea Guantánamo.—*Arderius.*»

* * *

Estas noticias fueron muy pronto confirmadas y ampliadas con detalles por telegramas particulares dirigidos á la prensa y á las Agencias telegráficas por sus corresponsales en el teatro de la guerra.

Según estos despachos la columna que mandaba el teniente coronel señor Zamora y el destacamento á las órdenes del teniente señor Miranda, dispersaron las partidas que intentaron el ataque á Sagua de Tánamo, causándoles algunas bajas.

Una partida de insurrectos al mando del cabecilla Rouen volvió á amenazar la importante población de Baracoa, amagando un ataque y llegando á un kilómetro de la población.

Los rebeldes saquearon algunas tiendas de los barrios situados á

extramuros de la plaza, llevándose alpargatas, víveres y otros efectos.

El pueblo de Sabana, cerca de Baracoa, fué también visitado é invadido por los filibusteros, los cuales no se concretaron á saquear tiendas, pues se llevaron prisionero al acaudalado propietario español don Pedro Ruiz, después de haberle robado cuanto tenía.

Atáronle codo con codo y así le tuvieron toda una noche: al ama-

PRESENTACIÓN DE UN GRUPO DE INSURRECTOS

necer quisieron machetearle, pero indivíduos de su familia que figuraban en la partida lograron que decidiera de su suerte un Consejo de guerra, el cual por mayoría de votos le concedió la libertad.

***

De Santiago de Cuba telegrafiaron con fecha 30, que un destacamento de tropas que habia salido para protejer la conducción de reses,

destinadas al consumo, tuvo que sostener fuego con fuerzas enemigas, que le atacó á un cuarto de legua de la población.

El comandante Tejerizo, hubo de salir de la capital con doscientos hombres para batir al enemigo, al que logró dispersar, causándole dos muertos y varios heridos.

De otro encuentro dió también cuenta el telegrafo, ocurrido en Guadalupe, cerca del Cristo, con una partida de doscientos hombres, que quemaron los cuarteles de Morón.

El comandante Varela salió con fuerzas en su persecución, y dándoles alcance penetró en su campamento y les causó tres muertos y siete heridos, poniéndoles en completa dispersión, sin tener que lamentar las tropas más que las heridas leves de un soldado.

También confirmó la prensa la noticia de que los insurrectos habian destruído la línea férrea de la Caimanera á Santa Catalina y Jamaica (Santiago de Cuba).

En el Consejo de Ministros celebrado en Palacio, y presidido por la Regente, el día 30, ocupáronse los consejeros de la corona, de las noticias publicadas por la prensa, reconociendo su gravedad y viendo en ellas un reflejo de la situación de la isla.

El presidente del Consejo, señor Cánovas del Castillo, al hacer el acostumbrado resumen de política general, dedicó preferente atención á la guerra de Cuba, exponiendo á la Regente con toda sinceridad su criterio.

Dijo que no se le ocultaban las dificultades que precisaba vencer para llegar á la completa pacificación de la isla, añadiendo que aunque la empresa no era obra de un día, debia esperarse mucho del general Martinez Campos y del valiente y sufrido ejército que á sus órdenes peleaba.

En atencion á ese optimismo del presidente, se convino en que no se enviaran nuevos refuerzos, á menos que los pidiera dicho general en jefe.

En ese caso se le mandarían cuántos necesitase.

Por R. O. del propio día 30, fueron llamados para que nuevamente se incorporasen á filas, el 10 de Junio inmediato, los soldados de caballería que disfrutasen licencia ilimitada, á fin de cubrir las vacantes ocurridas en sus respectivos regimientos, por la marcha de los escuadrones expedicionarios á Cuba.

Las desagradables noticias recibidas del teatro de la guerra, causaron una considerable baja en los valores públicos, y la espectación que habia por conocer detalles é informes acerca de la verdadera situación de la Gran Antilla, originó al *interior* una nueva baja, después del cierre oficial de fin de mes.

CAPITULO XXIII

Espíritu patrio.—Optimismos.—Ideas falsas.—Rumores desmentidos.—Planes del general Martinez Campos.—Puntos de vista y afirmaciones.—Refuerzos á Cuba.—Noticias pesimistas.—Disposiciones del Gobierno.—50.000 hombres á Cuba.—Situación crítica de nuestras tropas.—Recursos para Cuba.—Proyecto de ley.

La prensa de la Metrópoli reflejó en sus columnas la desagradable impresión que á la opinión causara las noticias de la guerra.

Empero, consignó también de una manera unánime la idea de que la insurrección podría costar grandes sacrificios al país, más, al fin, abrigaba el patriótico convencimiento de que sería dominada.

El espíritu general no podía ser más excelente: todos se manifestaron dispuestos á poner de su parte cuánto fuera posible, á fin de ahogar aquella fratricida lucha.

Afortunadamente, entre nosotros, duran poco las impresiones pesimistas: son á manera de chispas que muy luego se extinguen. Pero de estas impresiones se valieron los especuladores de Bolsa para conseguir su objeto.

Los optimistas y ministeriales, se apresuraron á reaccionar la opinión, argumentando que no nos debía causar estrañeza alguna el au-

mento de la insurrección, y su extensión á algún otro departamento, pues esto obedecía tan sólo á la crísis que se dejaba sentir en la isla, y á la idiosincrancia de sus naturales, el primero; y la segunda, á la topografía y configuración del terreno y á la manigua, que les ayudaba en su peculiar sistema de guerrear.

—Hay *ochenta mil* voluntarios peninsulares—advertian los optimistas — que guardan las ciudades, que son patriotas probados, y que además de defender los intereses de España, defienden los suyos particulares.

DON MANUEL MECHELENA

Mientras existan, la insurrección no penetrará en las ciudades, por muy potente que se encuentre, pues una cosa es batirse entre breñas y en emboscadas, y otra, luchar á pecho descubierto.

Las pequeñas columnas que persiguen á los sublevados no han tenido aún ni un solo fracaso, y eso que se baten siempre en la proporción de uno contra cinco, y á veces contra diez, escogiendo el enemigo el terreno y valiéndose de todos los más reprobados ardides propios de los cobardes.

Otra cosa que tampoco nos favorece, es las distancias. Mientras se preparan expediciones pasa un tiempo precioso, del que se aprovechan los filibusteros para propalar noticias falsas y falsear los hechos.

***

Cierto que á todo suple nuestro carácter y el empeño que tiene España de no perder lo único que le queda de su grandioso poderío colonial.

Hay, además, que combatir la falsa idea que en el extranjero nos tienen, de que los cubanos han sido maltratados y aherrojados por nosotros, y que por esta causa les asiste la razón para rebelarse contra sus opresores.

Los cubanos han sido tratados, ni más ni menos, que como los demás españoles.

De todas nuestras conquistadas libertades disfrutan ellos sin haber contribuído á esa conquista con una sola gota de sangre; nuestras leyes son las suyas, ellos tienen acceso á todas las carreras civiles y militares, desempeñan puestos en la administración del Estado, y si se les han enviado empleados peninsulares prevaricadores, no han faltado tampoco en las provincias de la Metrópoli; y si ven arruinadas su agricultura é industrias, no se hallan en mejores condiciones las demás provincias españolas.

Su rebelión no nace de ahí; nace del ódio de raza, al reconocerse inferiores á la nuestra, y los ódios de familia sabido es que son siempre los más intensos.

Los cubanos se hallan en el caso del hijo calavera y dilapidador, que achaca al cariño y mimos de su madre sus propios males.

Mal administrados han estado, es muy cierto; pero esto no significa que ellos, dados sus temperamento y educación, hayan de administrarse mejor.

Elocuente prueba de nuestro aserto son, todas las Repúblicas latinas donde se habla el idioma de Cervantes.

Lo que más apena é indigna es que usan de nuestra propia lengua para denostarnos é injuriarnos. Debieran arrancársela, ya que tanto nos odian, porque mientras la hablen demostrarán á la faz del mundo que son unos hijos ingratos.

***

La actividad y celo desplegados por el ilustre general Martinez Campos desde que se hizo cargo del mando superior de la Gran Antilla, estaban reflejados en sus comunicaciones al Gobierno dándole cuenta del resultado del estudio completo que habia hecho del movimiento separatista, y exponiendo ideas y formulando planes para combatirlo con eficacia.

Esto era un mentís al falso rumor que habían propalado los alarmistas, de que el general sentía desmayos y pensaba en dimitir.

Los que estaban en el secreto oponian á ese rumor, la siguiente afirmación:

—El general está firmemente decidido á ultimar la campaña, y tiene fé en el buen é inmediato resultado de sus planes.

Acerca de lo expresado por el general en jefe del ejército de operaciones en Cuba, en sus comunicaciones al Gobierno, se dijo lo siguiente:

La insurrección de Cuba se nutre principalmente del estado moral de la isla, que es como una condensación del espíritu público reflejado con fidelidad en las cartas del general, y á su crudeza, en opinión del representante del Gobierno, habían contribuído las cuestiones económicas, más que las políticas.

La misma organización de aquellos partidos, en concepto del ilus-

tre informante, respondía más bien á intereses locales que á principios ni doctrinas de derecho constitucional, de suerte que si la acción política de España había de emplearse en la guerra paralelamente á la acción militar, precisaba que el Gobernador general de la isla, tuviese en esta parte de sus funciones, una libertad amplísima, que nada hubiese que la pusiera trabas á su acción, que ejerciera una semi-dictadura á fin de no tener que retroceder ante el peligro de salirse del estado legal, á reserva de tener que pedir, en su día, un *bill* de indemnidad á las Cortes.

***

Acaso nacieran de aquí los rumores que en aquella fecha circularon referentes al proyecto de cerrar las Cámaras sin que se legalizasela situación económica de Cuba, porque si hubiera habido que llegar á lo que indicaban las comunicaciones del general Campos, el votar los presupuestos no hubiera tenido más objeto que cubrir las apariencias constitucionales, pero á sabiendas de que la obra de los Cuerpos colegisladores no habría de aplicarse ni un solo día, ni quizá en un solo punto.

Estos conceptos y puntos de vista en la cuestión tan debatida de la política antillana, que consignamos aquí haciéndonos eco de rumores y afirmaciones no desmentidos, detenidamente meditados, contribuyeron á hacer mucha luz en el obscuro y embrollado problema de la guerra.

En el Consejo de Ministros celebrado el día 2 de Junio en la Presidencia, ocupáronse los Consejeros de la Corona preferentemente en los asuntos de Cuba, acentuándose en el Gobierno un imprevisto y radical cambio en el designio de ofrecer al general Martinez Campos más elementos para sofocar la insurrección.

El siguiente día 3, recibióse el siguiente despacho oficial de Cuba: «*Habana 3.*—Gobernador segundo cabo á Ministro de la Guerra. General jefe que salió ayer Cuba para Cienfuegos, escalas Tunas,

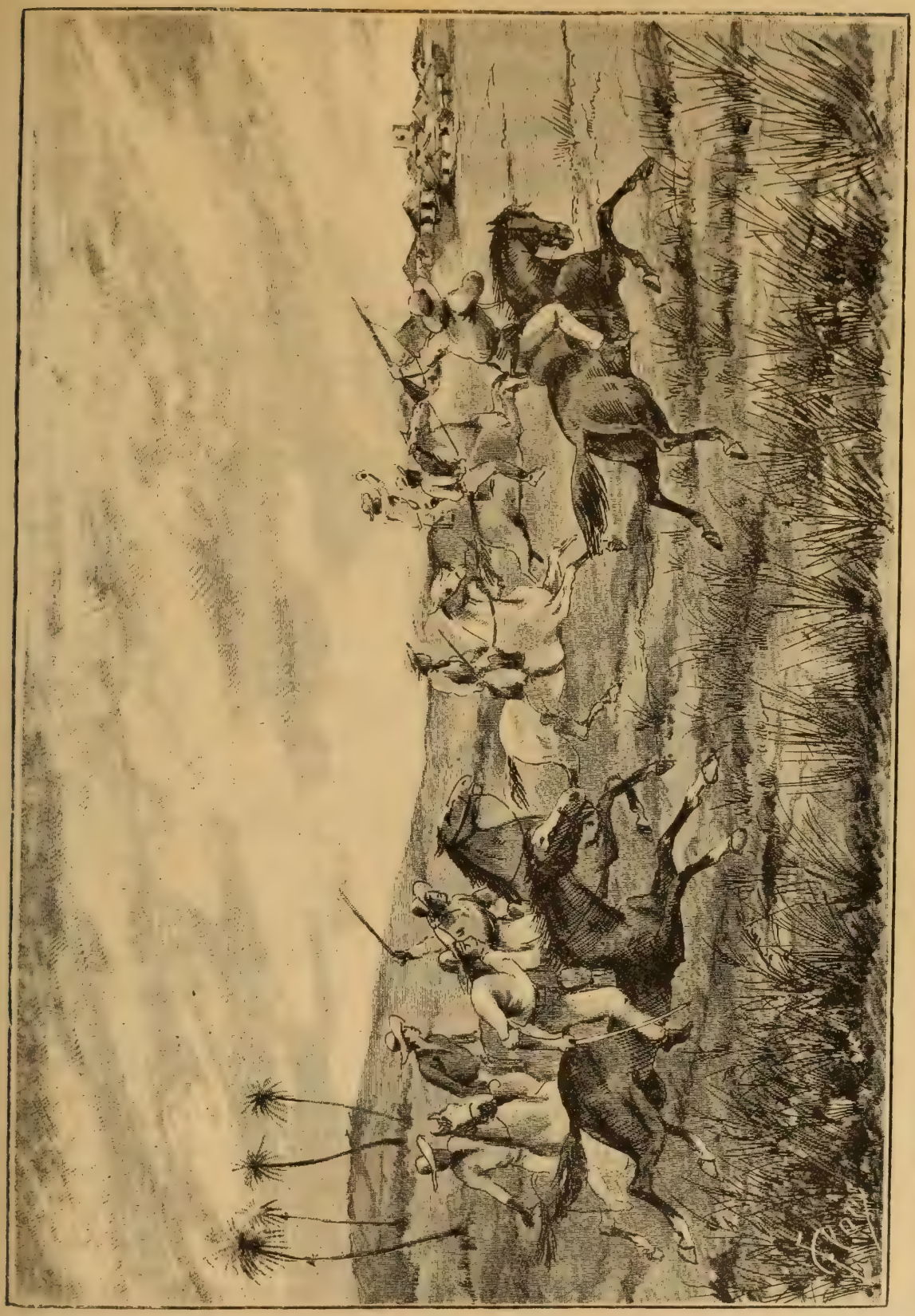
PENALIDADES DE NUESTRAS TROPAS

Casildas, ordéname diga presentado Guantánamo 44 indivíduos procedentes partidas desencantados acción Jovito...—*Arderius.*»

***

Honda impresión produjo en todos los círculos el siguiente despacho oficial de Cuba recibido en Madrid el día 5.

Los términos en que estaba redactado demostraban que la insurrección tenía mayor importancia de la que se le venía suponiendo.



ATAQUE AL POBLADO DE ALTAGRACIA

El general segundo cabo de la isla de Cuba con fecha 4 de Junio, dijo al Ministro de la Guerra, por encargo del general en jefe de aquel ejército, lo siguiente.

«Anúnciase inmediato desembarco de algunos cabecillas y que Máximo Gomez está decidido á pasar á Puerto Príncipe.

Hay agitación en otras provincias.

La conspiración que abortó en Febrero, por no estar hecha la zafra y haberse adelantado el departamento Oriental, amenaza estallar, á pesar del último manifiesto del partido autonomista y de mis propios esfuerzos.

Necesito seis batallones más, por lo menos, en pié de guerra.—*Campos.*»

El Gobierno en vista de este telegrama, dispuso la inmediata salida de diez batallones.

Además del inmediato envío de estas fuerzas, dispuso que los dos batallones que habian en Puerto Rico, se destinasen directamente á la jurisdicción de Sancti Spíritus, y que el Ministro de la Guerra preparase más refuerzos, con objeto de tener en Cuba, al terminar la época de las lluvias, *cincuenta mil* hombres, ó sea un ejército en condiciones de ocupación.

La Compañía trasatlántica, dispuesta á cooperar á esta obra nacional, circuló despachos á sus representantes para que designasen los barcos que habia disponibles.

Consideróse también de excepcional importancia, el activar la vigilancia de las costas de Cuba, á fin de impedir el desembarco de expediciones filibusteras, y que los insurrectos recibieran refuerzos en hombres y pertrechos de guerra.

Esta necesidad dejábase sentir desde que estalló la insurrección, y habria sido más conveniente que estuviera ya atendida; pero nuestros gobernantes, como la generalidad de los mortales, no se acuerdan de

Santa Bárbara hasta que oyen retumbar el trueno anunciante y precursor de la tormenta ó tempestad.

Otra de las necesidades á la que el general Martinez Campos deseaba atender con premura y gran empeño, era la seguridad de las fincas, porque sus indefensos dueños se veían obligados á pagar las contribuciones que les imponian los insurrectos, y á auxiliarles con confidencias por miedo de que destruyesen la propiedad y sacrificasen sus personas con que les amenazaban.

Los diez batallones debian ser sorteados por unidades entre regimientos y batallones de cazadores. En el caso de corresponder á regimientos, éstos debian sortear entre los dos batallones de que se componian.

***

A la vez que se enteraba oficialmente el Gobierno de la gravedad de los acontecimientos en la Gran Antilla, la prensa toda publicaba noticias pesimistas, que llevaba la intranquilidad á todos los ánimos.

Algunos periódicos afirmaron que se habian recibido noticias particulares del teatro de la guerra, referentes á las operaciones del segundo batallón peninsular en Cuba, que revestian extraordinario interés.

El batallón hallábase en jurisdicción de San Luis, departamento Oriental, donde se aseguraba que los insurrectos en armas eran *siete mil*, y que de no mandarse pronto refuerzos, la situación de nuestras tropas era muy crítica y comprometida, y habría campaña para rato:

Nuestros valientes y animosos soldados sufrian mucho, habiéndose presentado dificultades hasta para racionarse, que allanó el general Martinez Campos en su visita de inspección.

Las lluvias torrenciales eran terribles y dificultaban toda operación, llevando los soldados dos meses ya de marchas fatigosas, con fango á media pierna, y durmiendo á la intemperie.

El batallón tenía ya *doscientas* bajas, casi todas por enfermedad, pues por acción de guerra no habia tenido más que tres. Habia multitud de enfermos con úlceras en los piés.

En la provincia de Puerto Príncipe se presentaron varias partidas, el primero de Mayo.

El principal cabecilla era Aquilino Sanchez, que se incorporó á la partida de Massó. Habia otras capitaneadas por Rafael Torres, Morell y Vázquez.

CAPITAN DON OSVALDO CAPAZ

En Manzanillo, al pié de las Tunas, la colonia militar consistía en un fortín de madera, un horno y ocho barracones. Cuando aparecieron partidas, hubo de ser abandonada por las tropas, y los insurrectos la incendiaron.

***

A causa de hallarse poco menos que agotado el crédito que tenía en cartera el ministro de Ultramar, fué precisa una autorización de las

Cortes para negociar billetes de Cuba; autorización que pidió por medio del siguiente proyecto especial, que presentó en el Congreso en la sesión del día 6.

PROYECTO DE LEY.—A LAS CORTES.—Al otorgar en la ley de 29 de Mayo último y con carácter ilimitado, el crédito necesario para atender á los gastos extraordinarios que ocasionare el restablecimiento del orden público en la isla de Cuba, significaron ardientemente las Cortes su voluntad de conceder al Gobierno cuántos recursos se precisaren para el pronto y completo logro de tan preferente necesidad nacional.

Por otra parte, la conversión de los billetes hipotecarios de 1896, que debian quedar recojidos con la emisión de 1890, no ha podido verificarse hasta hoy, ya por circunstancias especiales de orden económico, ya por que ineludibles necesidades de gobierno, no tan imperiosas como las actuales, lo han demorado indefinidamente, determinando á las Cortes en diferentes ocasiones á decretar la aplicación de los billetes citados á otros fines diversos de los de su creación.

En virtud de estos precedentes, como complemento y desarrollo de la mencionada ley de Mayo próximo pasado, el ministro que suscribe, de acuerdo con el Consejo de Ministros y autorizado por S. M., tiene el honor de someter á la aprobación de las Cortes, el siguiente proyecto de ley:

Artículo único. Queda en suspenso la conversión de los billetes hipotecarios de la isla de Cuba de 1886, dispuesta por el párrafo primero del artículo 14 de la ley de presupuestos de 13 de Junio de 1890.

Los billetes hipotecarios de la isla de Cuba de 1890, creados por virtud de dicha ley y emitidos por Real decreto de 27 de Septiembre del mismo año, podrán aplicarse á arbitrar recursos mediante su pignoración ó venta, para atender á los gastos que origine el restablecimiento del orden público en la citada isla, con cargo al crédito extraordinario concedido por la ley de 29 de Mayo último.

Madrid 5 de Junio de 1895.—El Ministro de Ultramar, *Tomás Castellano.*

A pesar de la importancia de este proyecto de ley, fué aprobado por las Cortes sin discusión y con el concurso de todos los partidos que en las Cámaras tenían representación.

***

En pocos días dejó ultimado el Ministro de la Guerra, el trabajo de organización de los diez batallones expedicionarios, formándose uno con los dos de cada regimiento á quien correspondía marchar, pero como ni aún así llegaba al total de hombres que debia tener, dispuso se completaran con setenta plazas de los otros regimientos, si no alcanzasen á cubrir este cupo los voluntarios, por medio de sorteo.

Los oficiales de los batallones habian de ser los mismos de los regimientos, y en caso que no bastasen debia acudirse á los voluntarios, y si preciso fuere, á los de la reserva.

Los batallones debian ir mandados por tenientes coroneles, reservándose los coroneles para mandar los regimientos que se organizasen en Cuba.

Se pensó en que estas fuerzas fuesen mandadas por oficiales generales; pero consultado el general Martinez Campos por el Gobierno, acerca de si debian mandarle algún teniente general, contestó que no lo consideraba necesario.

El general en jefe del ejército de operaciones en Cuba, significó al Gobierno su agradecimiento por el envío que se le anunciaba de mayores refuerzos que los que tenia pedidos, y manifestó que esto habia producido excelente efecto en el país, levantando el espíritu público.

Se dispuso, además, que se aumentase con tres comandantes de

Estado Mayor, y dos oficiales primeros y cinco segundos del cuerpo auxiliar de oficinas militares, las plantillas de los mismos del distrito de Cuba; con cuatro capitanes y cuatro primeros tenientes de infantería, la plantilla de la Secretaría de la Subinspección de este arma; con un oficial primero y cinco segundos de Administración militar, la plantilla de este cuerpo, en el distrito de Cuba; y con dos médicos mayores y siete primeros, y un farmaceútico mayor, otro primero y un segundo ayudante, la brigada sanitaria.

Y se destinó un comandante, cuatro capitanes y un primer teniente de artillería, á la Maestranza, pirotecnia y parque de Santa Clara y Puerto Príncipe.

***

Se expidieron órdenes á los agentes consulares de España en la República norteamericana, para que estrechasen la vigilancia, en vista de los preparativos que según noticias estaban haciendo los filibusteros, para organizar expediciones con destino á Cuba.

A dichos agentes se les encargó, además, que abriesen una información á fin de que el Ministro de España en Washington pudiera entablar las oportunas negociaciones y conseguir la intervención del Gobierno y las autoridades norte-americanas, con objeto de que no fueran violadas las leyes de la neutralidad, sobre todo, siendo como eran cordiales las relaciones entre los Estados Unidos y España.

Según las noticias que se tenían, el principal foco de los trabajos de los laborantes estaba en Filadelfia y algunos puertos de la costa de la Florida meridional.

Notábase grande actividad, en aquellos días, en los manejos de los separatistas cubanos, desde la reciente llegada á los Estados Unidos

del general venezolano Quesada, el cual se había convertido en uno de los más bulliciosos campeones de la causa del filibusterismo antillano.

Aseguróse que dicho general disponía, ó por lo menos aparentaba disponer, de fuertes sumas para organizar expediciones de hombres, armas y municiones con destino á la Gran Antilla.

El señor Dupuy de Lome, nuestro ministro en Washington, que

El capitán Capaz dispuso fuesen cortados, (pág. 358)

desde que se hizo cargo de la legación de España en la República norte-americana viene revelando tanto celo como actividad en el desempeño de su difícil eargo, llamó la atención del Gobierno de Washington acerca de las expediciones filibusteras que se organizaban en el valle inferior del Missisipí, y sobre el hecho verdaderamente escandaloso de que muchas personas circulasen armadas en varias comarcas de los Estados de la Unión, haciendo público alarde de que iban á unirse á los rebeldes cubanos.

Todas estas noticias, que entresacamos y recopilamos de la prensa extrangera, infundieron alarma grandísima en los ánimos; pero no bastaron á que nuestro espíritu patrio decayera ni un solo momento, ni nos abandonó la confianza de que, al fin y al cabo, habíamos de vencer.

***

El día 7 recibió el Gobierno el siguiente despacho oficial del general en jefe del ejército de operaciones en Cuba.

«*Habana 6.*—El gobernador general á los Ministros de Ultramar y Guerra.

Columna coronel Castellani rechazó enemigo día 1.º entre Rio Gua y arroyo Camacho (Manzanillo). Destacamento oficial y 25 hombres octavo peninsular en ingenio «Tranquilidad» rechazó ataque enemigo cinco veces superior, llegando lucha arma blanca y haciéndole cuatro muertos y muchos heridos. Destacamento tuvo cuatro muertos y cinco heridos. Salió persecución guerrilla Isabel la Católica, cogiendo cinco prisioneros.—*Campos.*»

Como se desprende de este parte, los insurrectos continuaban tomando la ofensiva y comenzó ya á llamar la atención la inferioridad numérica en que siempre peleaban nuestras tropas.

Otros despachos recibidos de Nueva York dieron cuenta de que los filibusteros se agitaban mucho en los Estados Unidos, habiendo motivos fundados para creer que estaban organizando nuevas expediciones con destino á Cuba.

Las noticias consignadas en estos telegramas, no hacían más que confirmar las previsiones del general Martinez Campos.

Mucho llamó la atención que siendo como era Martí el alma de la conspiración en los Estados Unidos, los entusiasmos y trabajos de los laborantes en vez de resentirse de la muerte de su direetor y *verbo*, aparecieran más excitados y resueltos á lanzarse en la criminal vida de aventuras.

***

Agravando estas noticias recibiéronse otros telegramas particulares, dando cuenta de que en Santiago de Cuba se abrigaban temores de que Maceo trataba de reunir fuerzas en número de *cinco mil* hombres para intentar un ataque á aquella ciudad.

Esta noticia, propalada por los alarmistas, carecía de todo fundamento y estaba sólo alimentada por un temor excesivo, porque nada había que pudiera justificar atrevimiento tan inconcebible.

El Ministro de la Guerra participó al Consejo que estaban dispuestos los diez batallones destinados á reforzar el ejército de Cuba.

La plana mayor de cada batallón componíase de un teniente coronel, dos comandantes, dos médicos, un capellán y un abanderado, que había de llevar la bandera del primer batallón del regimiento de origen.

En estos batallones quedaba suprimida la música y banda de tambores.

Cada compañía había de constar de un capitán, cuatro tenientes, cinco sargentos y ocho cabos.

Los batallones dispuestos para la marcha, eran los siguientes:

Baleares, San Fernando, Extremadura, Borbón, Aragón, Gerona, Guadalajara, América, Andalucía y Zamora.

Las fuerzas expedicionarias tocarían en Puerto Rico, donde recibirían instrucciones del general en jefe.

El Ministro de la guerra dió cuenta al Consejo, que con el llamamiento de *ocho mil* excedentes de cupo y de mil reclutas que gozaban licencia ilimitada, habría número suficiente para cubrir bajas en el ejército de la Península.

***

El día 9 recibió el Gobierno el siguiente telegrama oficial de la primera autoridad de la pequeña Antilla:

«*San Juan de Puerto Rico, 9 Junio.*—Capitán general á Ministro de la Guerra.

General Martinez Campos me ordena le envíe un batallón de los tres que hay aquí.

Quedan dos en esta isla, y dice está autorizado por el Gobierno.

En su consecuencia, y vista la premura, le mando el 2.° provisional con *novecientos* hombres, que es el único que está concentrado, y no tiene impedimento ninguno.

Embarcará el 10...»

Este telegrama se comentó mucho, dando lugar á creer que el general Martinez Campos se hallaba muy apurado y á que los cálculos pesimistas tuvieran buena acogida, á pesar de que, según el Gobierno, no tenía importancia alguna la noticia, puesto que obedecía al acuerdo del general en jefe del ejército de operaciones en Cuba con el señor Cánovas, de que hubiera siempre á su disposición en la pequeña Antilla fuerzas de aclimatación.

El general Martinez Campos participó el mismo día, que en Sebo-

rino las tropas del coronel Canellas habían tenido un encuentro con la partida de insurrectos mandada por José Maceo, resultando herido en el combate el teniente don Mariano Nieto y dos soldados.

Los rebeldes tuvieron tres muertos y siete heridos, habiéndoseles cogido pertrechos y municiones.

El teniente coronel Vasallo derrotó con su columna á la partida del cabecilla Sevilla, causándola grandes destrozos y arrebatándola una bandera.

CORONEL CANELLA

En Matanzas las fuerzas del regimiento de María Cristina fueron hostilizadas por los insurrectos, á su paso por Punta Larga y Sabanilla, resultando muerto el soldado Andrés Bermudez y herido el soldado José Peña Collaso.

***

El Gobierno recibió aviso de nuestro representante en los Estados Unidos, señor Dupuy de Lome, de que una nueva expedición filibustera compuesta de dos buques con armas y hombres, había salido de la Florida con rumbo á las costas de Cuba.

En su vista, el Gobierno telegrafió inmediatamente al señor Dupuy

de Lome, para que formulara una enérgica reclamación ante el Gobierno de Washington.

Practicadas las oportunas averiguaciones por nuestro celoso corresponsal en la Habana, á quien nos apresuramos á telegrafiar á fin de que procurase indagar los fundamentos de la noticia y nos comunicara detalles acerca de la importancia de la expedición filibustera, nos informó que la noticia procedía de Jacksonville y era cierta; que los expedicionarios embarcaron á bordo de un buque inglés llamado *Mary* el cual habia salido de Cayo Hueso el día 5 conduciendo *dos cientos ochenta* filibusteros, armas y municiones, asegurándose que habían conseguido desembarcar en Cuba.

El general Martinez Campos salió de la Habana para Nuevitas con propósitos de permanecer allí algún tiempo por ser su presencia indispensable.

Esta noticia coincidió con una baja grandísima eu los fondos españoles, que nadie supo de momento explicarse ni averiguar su fundamento ó la causa á que obedeciera.

Más tarde se supo que había obedecido á un rumor lanzado por los agiotistas que propalaron la noticia de que el general en jefe del ejército de Cuba había presentado la dimisión de su cargo, en vista de que la insurrección tomaba cada día más proporciones.

La noticia fué desmentida muy pronto con el solo hecho de saberse la salida del general Martinez Campos para Nuevitas.

***

De varios encuentros, aunque no de importancia, nos dieron cuenta nuestros activos corresponsales en el teatro de la guerra.

Una columna del regimiento de Cádiz batió el día 12 á una parti-

da insurrecta en las sabanas de Guanabacoa, teniendo nuestras tropas dos heridos y causando al enemigo numerosas bajas.

Los voluntarios de Yateras y la guerrilla de la Palma batieron y dispersaron al enemigo entre Bella vista y Caridad, ocupando el campamento y apoderándose de varios efectos.

Las partidas de Campanini y Agramonte con *cincuenta* hombres, intentaron penetrar en Morón, provincia de Puerto Príncipe, siendo rechazadas con grandes pérdidas por el pequeño destacamento que lo guarnecía.

Morón es un pueblo importante situado al Norte de la isla y á pocas leguas de la costa y que es el límite de la famosa trocha al Júcaro.

Su estación es la última del ferrocarril militar, servido por el cuerpo de ingenieros; es cabeza de partido, tiene juzgado de instrucción y su población excede de 8000 habitantes.

A tres cuartos de legua, por el ferrocarril, se halla el pueblo de Ciego de Avila, en el que, hasta en tiempo de paz, hay guarnición aunque no numerosa, y donde hay oficina de administración militar y se hallan los talleres y hospital de ingenieros.

Consignamos estos datos para que teniendo en cuenta nuestros lectores estos antecedentes, comprendan la audacia grande que revelaba el intento de ataque á un pueblo de la importancia de Morón.

Ya no eran solo Campanini y Centillo los que por allí merodeaban, sino que los telegramas acusaban la aparición y presencia de un nuevo cabecilla que se decía pariente del célebre Ignacio Agramonte, muerto en la pasada insurrección y tenido por los separatistas como á su principal mártir.

***

Con referencia á telegramas de Nueva York, nos informó nuestro celoso corresponsal en la Habana, el día 13, que el crucero americano *Raleigh* había marchado á Cayo Hueso, por orden del Gobierno de Washington, á fin de vigilar la costa é impedir la salida de expediciones filibusteras para Cuba.

Esta medida del gobierno norte-americano nos hizo pensar en si

VISTA DE MORÓN

la vigilancia del *Raleigh* tendría por objeto impedir la salida de algún buque filibustero, ó más bien su misión era protegerle y custodiarle en su corta travesía á las costas de Cuba.

A ésta nuestra suposición dió lugar el Gobierno de Washington, con la conducta algún tanto obscura y sospechosa que venía observando desde los comienzos de la insurrección separatista en Cuba.

También nos confirmó en su despacho, nuestro referido corresponsal, sus anteriores informes respecto á la expedición filibustera salida de Cayo Hueso, la cual se sabía ya de una manera cierta que había desembarcado sin obstáculo en La Guaya á ciento cincuenta millas del

punto de partida. La expedición fué transportada por el vapor de Filadelfia *Jorge W. Chlids*, llevando é remolque las goleta inglesa *Mary-Jane*.

Así mismo nos dió cuenta nuestro informante, de que el día 8 la partida de insurrectos que mandaba el cabecilla Durán llegó al pueblo de Cuevitas y lo incendió.

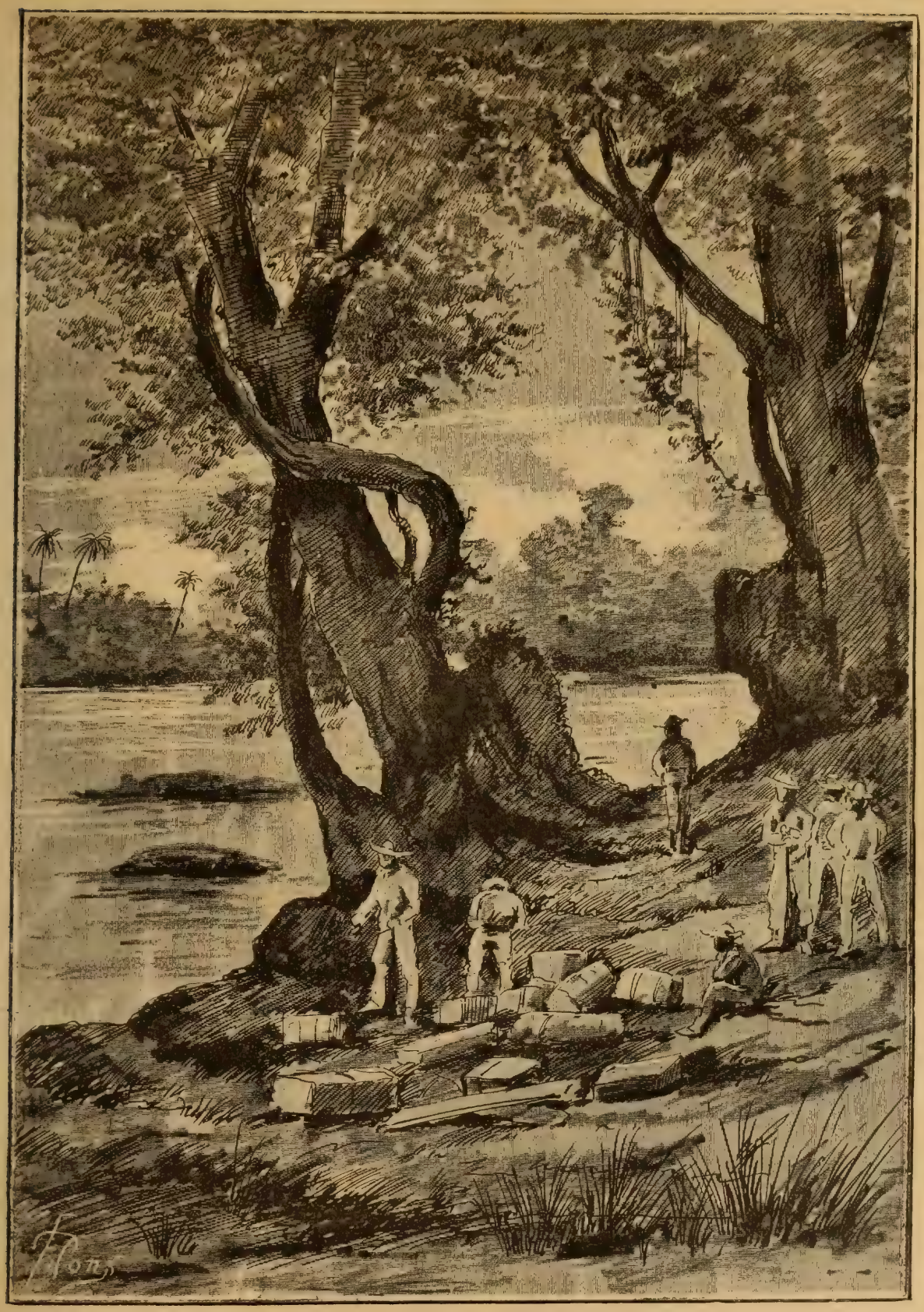
Cuevitas no dista más que cuatro kilómetros de Santiago.

En el incendio quedaron destruidas veinte casas.

No limitaron á esto su acción los insurrectos, sino que, penetrando en el pueblo, machetearon hasta dejarles muertos á cinco vecinos é hirieron á otros dos.

Entre las cinco personas asesinadas se hallaba un súbdito italiano.

Y por último, aseguraba nuestro citado corresponsal, que Máximo Gomez con buen número de fuerzas insurgentes había invadido el departamento Central (Camagüey).



INSURRECTOS PROTEGIENDO UN DESEMBARCO

CAPITULO XXIV

Alarma.—Reacción.—*Interview* con Máximo Gómez.—La prensa extrangera.—Proclama del Presidente de la República norteamericana.—Juicios de la prensa extrangera.—Filibusteros á Cuba.—Máximo Gómez en el Camagüey.—Dimisión del general Martinez Campos.—Viaje á Madrid del general Weyler.—Sus declaraciones en el Congreso.—Sus efectos.—Eran *falsas en absoluto*.—Consejo de Ministros.—Más fuerzas á Cuba.—Organización de la escuadra antillana.—40 buques de guerra al mar de las Antillas.—Puntos de embarque de los diez batallones.—Nuestras fuerzas en Cuba.—Cabecillas filibusteros.—Nuestras bajas hasta el 30 de Mayo.—Las del enemigo.—Reunión de autonomistas en Puerto Príncipe.—Actos de salvajismo de los *mambises*.—Período de lluvias.—Suspensión de operaciones.

NTE la gravedad de las noticias que dejamos consignadas al final del precedente capítulo, la opinión se alarmó hasta el extremo que los pesimistas llegaron á presentar poco menos que perdida la isla de Cuba para la dominación española.

El meridionalismo ó excesiva impresionabilidad del carácter español, empujaba á la opinión tan pronto á optimismos prematuros como á desfallecimientos intempestivos, marcando en ella esas violentas oscilaciones tan deplorables como injustificadas, que presentaban un día como casi terminada la guerra, para considerar al otro como perdida nuestra dominación en el nuevo mundo descubierto por el inmortal genovés.

Ni lo uno ni lo otro; y, esto último, especialmente, en ningún caso.

Desde el primer día abrigamos la creencia de que la campaña habia de ser larga y accidentada; que sin duda alguna exigiría grandes sacrificios á la madre patria en hombres y dinero; que tal vez hiciera necesarios más poderosos esfuerzos que en otras ocasiones; pero nunca dudamos y siempre hemos tenido la más absoluta confianza de que, en último término, la actual guerra separatista terminará como terminaron las tentativas anteriores: con el triunfo definitivo de nuestras armas sobre los filibusteros.

***

Las impresiones sobre el curso de la insurrección, recibidas el día 13, fueron menos pesimistas que en los días anteriores, permitiendo que se reaccionara en sentido favorable para los intereses españoles la opinión pública, y por consecuencia de este movimiento, que se restablecieran en parte los valores públicos de los quebrantos sufridos en tres ó cuatro cotizaciones sucesivas.

El corresponsal del *New York Herald* en Cuba, celebró una *interview* con el *generalísimo* Máximo Gómez.

El jefe dominicano tenia *dos mil* hombres bajo sus órdenes y parecía agobiado por grandes preocupaciones.

La muerte de Martí habia desconcertado todos los planes del alzamiento general de la isla. Este cabecilla que era, en realidad, el jefe civil y el alma de la insurrección, cayó en una sorpresa que le preparó el coronel Sandoval.

Los insurrectos que le escoltaban fueron casi todos muertos y el mismo Gómez al tratar de socorrerle, estuvo á punto de perecer y se libró de la muerte con gran trabajo.

La prensa extrangera se ocupó en aquellos días de la guerra de Cuba en sentido favorable á España.

El *Journal des Debats* dijo que la situación era grave, pero no desesperada.

Hacia extensas consideraciones acerca de la táctica de los rebeldes,

VAPOR TRASATLÁNTICO «BALDOMERO IGLESIAS»

que consistia en tener siempre en jaque á las tropas leales.

Además, los separatistas—consignaba el articulista—cuentan con el apoyo moral y material de aquellos de sus partidarios que residen en los Estados Unidos, y á los cuales los americanos *han tenido la torpeza* de demostrar su simpatía.

Esto no obstante,—añadía—el resultado de la lucha no es dudoso, *España triunfará* y Cuba saldrá de la contienda empobrecida.

En los mismos ó parecidos términos publicó su opinión *The Times*, diciendo en sus columnas:

«La opinión general aquí es, que la revolución cubana no tiene probabilidades de éxito, aunque pueda prolongarse algunos meses.

»España cuenta con hombres y recursos para sofocar la insurrección separatista que asola los fertiles campos de la hermosa isla.

»La estación de las lluvias impide al presente la inmediata adopción de medidas rigurosas para acabar con la insurrección, pero *España la dominará....*»

***

El Presidente de la República de los Estados Unidos, publicó una proclama, el día 12, advirtiendo á los ciudadanos americanos la obligación en que estaban de abstenerse de todo acto que envolviera violación de las leyes de neutralidad internacional en lo que se refiriese á Cuba.

El importantísimo documento presidencial ordenaba á los funcionarios de la República, que empleasen la mayor diligencia para asegurar el cumplimiento de las leyes y para castigar á los que se hicieran culpables de su violación.

El Gobierno de Washington hizo públicas las instrucciones dadas por el Ministro de Marina al comandante del crucero *Raleigh* enviado á Cayo Hueso con la misión de vigilar á los laborantes cubanos.

En aquellas se ordenaba al comandante, que su buque cruzase por las cercanías de Cayo Hueso; que desempeñase con actividad y celo la misión que se le confió, y que, procurando no molestar indebidamente al comercio legítimo y honrado, procediera con prontitud á abordar y registrar las embarcaciones que le parecieren sospechosas de llevar armas, municiones ó gente para Cuba.

El ministro de Estado señaló el hecho de haber aumentado de una manera considerable y peligrosa, la actividad de los cubanos y excu-

banos domiciliados en los Estados Unidos, y de las personas y centros que favorecían la causa de los laborantes.

Por el verdadero interés que tenia para España, así como por los términos en que estaba redactada, insertamos á continuación la proclama que el presidente de la República de los Estados Unidos de la América del Norte, mister Cleveland, publicó contra los filibusteros y laborantes cubanos que en aquella nación se dedicaban á trabajos de organización de expediciones á Cuba que mantuvieran ó cooperaran á mantener el espíritu de rebelión, y ayudaran á sostener y fomentar la actual insurrección en la gran Antilla.

***

Tan importante documento, que fué considerado como el más categórico y severo que habia salido de la Cancillería de Wastington, decia así:

«Ciudadanos: Considerando que la isla de Cuba está siendo teatro, en la actualidad, de graves trastornos civiles, acompañados de resistencia armada á la autoridad del Gobierno establecido en España, potencia que está y deseamos permanezca en las mejores relaciones de amistad y paz con los Estados Unidos; y

Considerando que las leyes de los Estados de la Unión prohiben á sus ciudadanos y á los que se hallen dentro de su jurisdicción y sujetos á ella, que tomen parte en tales trastornos en sentido contrario al Gobierno allí establecido, aceptando ó ejerciendo funciones en contra de él para servicios de guerra, alistándose ó procurando el alistamiento de otros para dicho servicio; equipando ó armando, ó procurando que sean equipados ó armados buques de guerra para el repetido servicio; aumentando la fuerza de cualquier buque de guerra dedicado á ese

servicio y procurando que llegue á un puerto de los Estados Unidos: y poniendo en práctica, proveyendo ó preparando medios para empresas militares salidas de los Estados Unidos contra el territorio del Gobierno español.

Por tanto, en reconocimiento de las leyes antedichas y en cumplimiento de los deberes de los Estados Unidos hacia una potencia amiga y como medida de precaución y con objeto de que los ciudadanos de de los Estados de la Unión y todos los demás que se hallen dentro de su jurisdicción, puedan evitarse el incurrir en las penas y castigos impuestos por la ley;

Yo, Grower Cleveland, presidente de los Estados Unidos de América, exhorto por la presente á todos los ciudadanos y demás habitantes de esta República, á que se abstengan de toda violación de las leyes anteriormente aludidas, y les advierto que todas las violaciones á dichas leyes, serán rigurosamente castigadas; y por la presente ordeno, además, á todos los funcionarios de los Estados Unidos, encargados de la ejecución y fiel observancia y cumplimiento de dichas leyes, la diligencia más extremada para impedir las violaciones citadas, y que lleven á los Tribunales y castiguen á los que las hayan infringido.

En testimonio de lo cual, firmo la presente de mi mano y la mando sellar con el de la Cancillería de Estado.

Dada en la ciudad de Washington, hoy 12 Junio del año de Nuestro Señor de 1895, y el 119 de la independencia de los Estados Unidos de América.—*Grower Cleveland*, presidente.—*Richard Olney*, secretario de Estado.»

* * *

El Ministro del Tesoro dictó una severa circular á los funcionarios del ramo de Aduanas para que vigilasen los despachos con objeto de

impedir que se hiciera contrabando de guerra para Cuba, debiendo dar cuenta inmediatamente de cuánto observasen.

El Procurador general debía proceder á instruir sumarios contra las personas que los cónsules españoles y las autoridades de la República denunciasen como autores de violación de las leyes de neutralidad.

El hecho de haber partido del Ministro de relaciones exteriores la

ENTREVISTA DEL CORRESPONSAL DEL *NEW YORK HERALD* CON MAXIMO GOMEZ

iniciativa de esta série de importantes medidas, confirmó la creencia de que se debían á las observaciones formuladas por nuestro representante y ministro de España en Washington, si bien este fué un detalle que por temor al *jingoismo* ó patriotismo *yankee,* calló el Gobierno norte-americano.

* * *

La proclama de mister Cleveland, fué muy bien recibida en la península, y unánimente aplaudida por toda la prensa, que la consideró como un acto de simpatía á España.

La prensa extrangera dió el relieve que merecía á la actividad adoptada por los Estados Unidos, considerándola como la realización de un deber.

Reveló también confianza absoluta en los recursos que España tenía en su mano para acabar con la insurrección, y consignó la creencia de que esta sería en breve aniquilada.

El *Evening Standard*, de Londres, dijo que la nación que pidió y obtuvo de la Gran Bretaña, cuando la guerra civil, cuantiosas indemnizaciones porque en sus puertos se pertrecharon naves destinadas á los Estados del Sur contra los del Norte, era la misma que toleraba y consentía la propaganda filibustera en su territorio, los alistamientos y los embarques de separatistas, y las expediciones filibusteras con armas, víveres y pertrechos de guerra con destino á combatir á una nación amiga; «como que sin temor de ser contradichos—añadía—podemos afirmar que la insurrección cubana debe en gran manera su vitalidad presente, á los auxilios de todo género que recibe de los Estados Unidos.

«De tal modo es esto cierto, que si el día que acabase la rebelión, España reclamara á los Estados Unidos una indemnización por los daños y perjuicios que ahora le causa fomentándola, sería punto menos que imposible á su Gobierno, aducir una razón que le sirviera de excusa para no pagarla.

«Hora era, pues, ya, que el Gobierno de Washington interviniera oficialmente en el hecho y adoptara medidas encaminadas á hacer respetar las leyes de neutralidad internacional.»

Le Siécle entendía, que si la insurrección cubana no tuviese el apoyo moral y material de los Estados Unidos, ya estaría terminada, pero

que en aquella misma fecha se encontraba allí el general aventurero Quesada ocupándose públicamente en reunir hombres y dinerò para ir con ellos á Cuba. Esto sin contar las expediciones que se preparaban en la parte baja del Missisipí y en diversos Estados del Sur.

***

En otros varios periódicos extranjeros vimos confirmada la noticia del desembarco de nuevas fuerzas filibusteras en Cuba.

El Corresponsal de *L' Independence Belga* en Nueva York, daba cuenta á su periódico de que un despacho de Jacksonville anunciaba que una numerosa partida de filibusteros americanos, había abandonado secretamente el territorio de los Estados Unidos y dirigídose á desembarcar en la costa septentrional de la isla de Cuba, en la provincia de Las Villas, con gran provisión de armas y municiones.

Los expedicionarios lograron unirse á un cuerpo de *dos mil* insurrectos, y llevaron consigo á la isla quinientas libras de dinamita, acompañándoles un fabricante de pólvora explosiva y un electricista muy práctico.

«Corre el rumor, añadía el corresponsal—de que el jefe insurrecto Máximo Gomez ha desembarcado en el Camagüey donde se le han juntado al poco tiempo, *setecientos* insurrectos.

«Dícese también que el general Martinez Campos se esfuerza en agrupar en un solo haz á todos los indígenas del viejo partido constitucional. Con tal objeto ha convocado una conferencia en la Habana.»

The New York Herald, dió cuenta también de la expedición de Cayo Hueso, y según el periódico filibustero el embarque se efectuó en un punto de la Florida que no citaba.

Desembarcados los hombres, armas, municiones y efectos, se unie-

ron con *dos mil* insurrectos que les estaban esperando para proteger el desembarque.

Repetía lo de la dinamita, y consignaba que el buque que había transportado á los expedicionarios, estaba equipado para resistir cualquiera tentativa para detenerle, y repeler cualquiera intento de apresarle.

***

El día 14 recibió el Gobierno un extenso telegrama del general Martinez Campos.

Ese despacho, que pertenecía al grupo de los que no estaban destinados á la publicidad, determinó varias conferencias entre los ministros.

Todos los consejeros responsables se enteraron de toda la gravedad de los sucesos que se desarrollaban en la isla de Cuba.

Sobre ellos guardaron todos una absoluta reserva, pero algo llegó á traslucirse, por que de algo se enteró un personaje del partido liberal.

Esto fué todo lo que dijo la prensa; pero no obstante la reserva de los ministros y el silencio de los periódicos, llegó á traslucirse algo de lo que ocurría y lo que en realidad ocurrió fué que el general Martinez Campos ofrecía su dimisión al Gobierno en los siguientes términos:

«Habiendo invadido los insurrectos el Camagüey, cosa que él creía imposible y no había podido evitar, y considerando que con ello su política y su misión en la gran Antilla habían fracasado, creíase obligado á ofrecer su dimisión al Gobierno.»

El Consejo de Ministros acordó reiterarle la confianza del Gobierno y enviarle más refuerzos.

La inesperada y grave determinación del ilustre general Campos no trascendió al público, y los pocos que de ella se enteraron no llegaron á conocer las causas en que aquél fundaba decisión tan extraña é imprevista y tan en inarmonía con su caracter y temperamento.

Sin embargo, nosotros nos atrevemos á afirmar sin temor á equivocarnos ni á tener que rectificar nuestro particular aserto, que el deseo manifestado por el ilustre caudillo al Gobiern o, reconoció por causa y obedeció, no á desalientos ni desmayos ante la gravedad de su situación y agravación de la marcha del movimiento insurreccional por el aumento y extensión que había tenido y tomado la insurrección, sino por los obstáculos que le oponían los partidos antillanos al desarrollo de su plan, apoyados por algunos políticos peninsulares y hasta por algunos indivíduos del Gabinete del señor Cánovas, y la conducta algún tanto obscura y nebulosa que el Gobierno seguía con él, no obstante hallarse enterado de los manejos de sus enemigos.

GENERAL GARCIA NAVARRO

***

Vino á dar grandes visos de verosimilitud á la anterior noticia y contribuyó en gran manera á corroborar la exactitud de lo manifestado por el personaje del partido liberal á quien se atribuyó la revelación de lo ocurrido en el Consejo, el viaje imprevisto y precipitado del general Weyler á Madrid, no se sabe si oficial ú obedeciendo á órdenes ó á un llamamiento del Gobierno.

El comandante general del ejército de Cataluña llegó á Madrid el día 15 y estuvo por la tarde en el salón de conferencias del Congreso hablando extensamente, á excitación de varias personas que le interrogaron, acerca de casi todas las cuestiones relacionadas con la insurrección separatista en Cuba.

Nosotros no oímos al general Weyler; pero las referencias de sus declaraciones—hechas sin reservas de ninguna clase—fueron tan autorizadas, que no hubo posibilidad racional de ponerlas en duda.

Nos limitaremos, sin embargo, á dar una reducidísima síntesis de aquellas manifestaciones, despojándolas de algunos conceptos graves, por si hubiesen circulado con alguna exageración.

Atribuyó el general Weyler excepcional gravedad á la situación de la isla de Cuba, y he aquí las palabras con que expresó su opinión respecto á la marcha de la campaña y á la política seguida por el general en jefe de aquel ejército.

«Creo que antes de enviar á la gran Antilla al general Martinez Campos ha debido enviarse á un teniente general, para que en ningún caso sufriese menoscabo alguno el mayor de los prestigios militares de España.

»Opino—dijo—que se ha perdido tiempo en Cuba antes de emprenderse las operaciones, tiempo que ahora no puede recuperarse por la estación que se atraviesa.

»Entiendo que con relación á los insurrectos, debe seguirse una política diametralmente contraria á la que se sigue, si no se quiere in-

currir nuevamente en la candidez de dejarse engañar por los filibusteros.

»Yo soy partidario, en fin, de que se manden de una vez todos los soldados que sean necesarios para dominar la insurrección, y de que para lograr este fin se proceda con gran energía y sin contemplaciones de ninguna clase.»

***

Apenas se disolvió el corro de diputados y periodistas que habían escuchado al general Weyler, supieron los ministros por algunos de los primeros, las manifestaciones hechas por el comandandante general del cuarto cuerpo de ejército, y se negaron á dar crédito á varias de ellas.

La prensa ministerial reflejó en sus columnas, al siguiente día, la opinión del Gobierno, que no admitió la posibilidad de que el general Weyler hubiese expuesto los juicios y emitido los conceptos que cuantos le oyeron le habían atribuído.

Al dar cuenta el periódico *El Heraldo* del día 17, de la entrevista que en la noche anterior tuvo el general Weyler con el ministro de Ultramar, dijo textualmente lo que sigue:

«No estuvimos desacertados al ser parcos en la exposición de los juicios del general Weyler. No en balde *hicimos punto*, *por lo que pudiera ocurrir*, pues esta mañana *El Nacional* dice que dicho general visitó anoche al ministro de Ultramar, para hacer constar que eran *falsas en absoluto* las declaraciones que se le atribuían, y de cuya *imputación protestó indignado.*»

Y más adelante añadía;

«El general Weyler es una persona respetable y seria para explicarse bien el alcance de nuestra discreción.»

Nadie supo explicarse bien lo que dicho periódico quiso decir en el segundo párrafo de su suelto.

Si el *Heraldo* oyó, como los demás, al general Weyler, nadie con más títulos y derecho que él para que por el *Heraldo* se supiese la verdad de las manifestaciones del capitán general de Cataluña... pero el *Heraldo* tuvo á bien no añadir más á lo que dejamos copiado.

De modo que lo que dejamos consignado de referencias autorizadas é informes fidedignos, nadie—incluso el general Weyler—lo ha rectificado hasta el presente.

Inútil es decir el efecto que en la opinión produjeron dichas declaraciones y los comentarios á que dieron lugar entre los dos bandos contrarios de *pacistas* y *guerristas*, y entre los partidarios de la guerra con la guerra y la guerra por la paz.

***

El Consejo de ministros celebrado en la presidencia en la tarde del 16, fué consagrado casi por entero al exámen de la cuestión de Cuba, bajo sus múltiples aspectos, y por incidencia se ocuparon los consejeros responsables de las declaraciones del general Weyler, hechas en uno de los pasillos del Congreso.

El juicio que á los ministros les merecieran los pareceres emitidos por el capitán general de Cataluña, lo reservaron los discretos indivíduos del Gabinete.

Respecto del curso de la campaña, se explicaron los ministros la paralización de las operaciones, porque se estaba en el período de las lluvias.

Por eso hacía dos días que no recibía el Gobierno noticias de ningún nuevo hecho de armas.

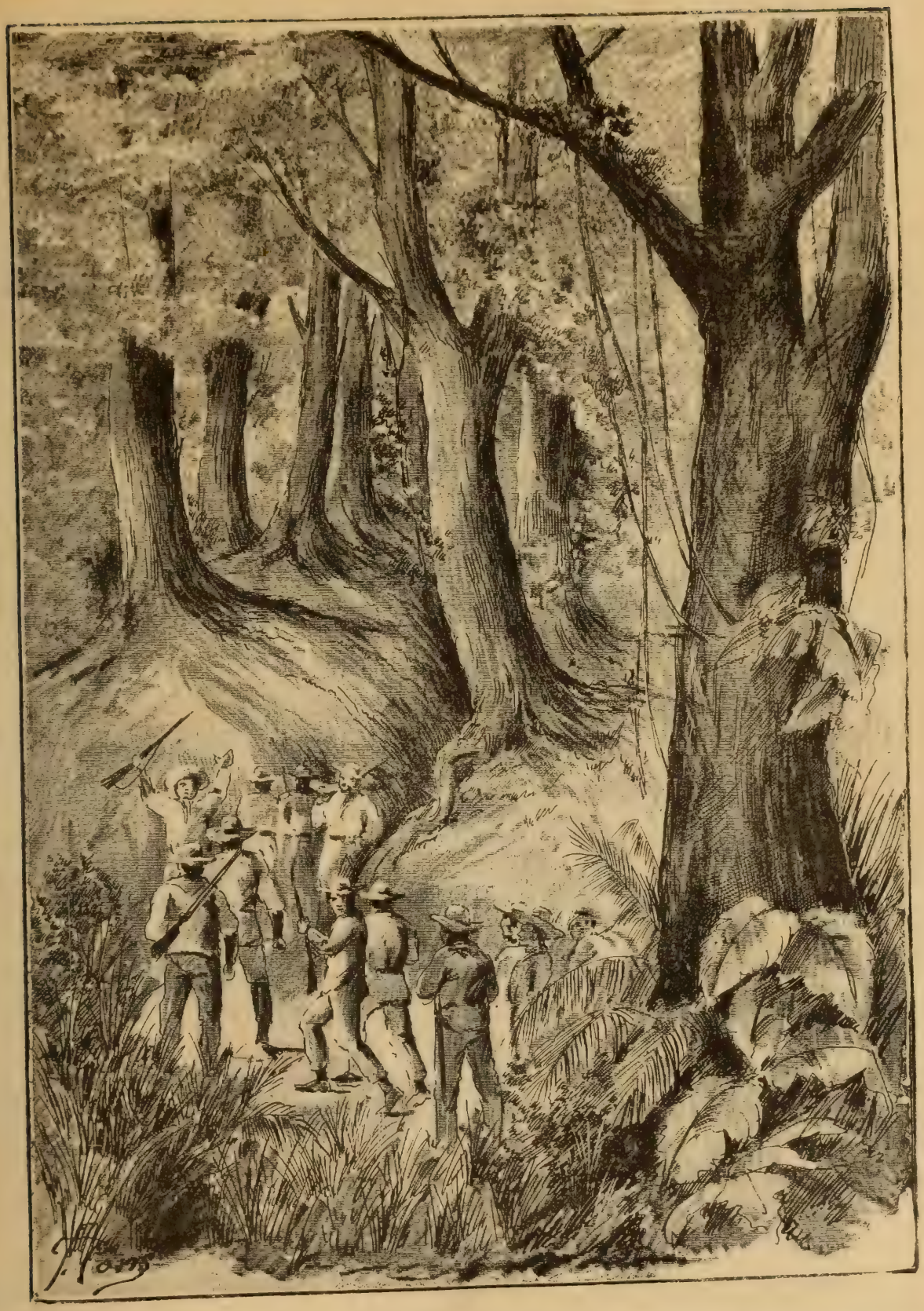
Comentaron los consejeros las noticias más detalladas que el general Martinez Campos mandó por el último correo, y se enteraron de lo que el Presidente y el general Azcárraga le contestaban por el correo que el día anterior había salido de Madrid.

De todo ello resultaron las conclusiones siguientes:

gritó á su vez el capitán Capaz á su gente, ¡soldados, al machete! y ¡viva España! (pág. 360).

La campaña exigía grandes esfuerzos por parte de España para dominar la insurrección, y el Gobierno acordó telegrafiar al general Martinez Campos participándole que, además de los diez batallones que habían de embarcarse en aquellos días, podía disponer por el pronto de *veinticinco mil* hombres, que se compondrían de las tres armas; infantería caballería y artillería.

Ese nuevo contingente de fuerzas saldría para Cuba en la fecha que el general en jefe del ejército de operaciones señalara.



MARCHA DE UNA PARTIDA INSURRECTA POR EL INTERIOR DE LA MANIGUA

Las bajas en el ejército de la Península se cubrirían con el resto de los escedentes de cupo y con los soldados de la primera reserva activa.

Se ocupó el Consejo de la organización de la escuadra para vigilar las Costas de Cuba—medida tan reclamada por la opinión—y acordó que debía componerse de cuarenta buques por lo menos.

Detalles muy importantes de esa organización, convinieron los ministros en tenerlos muy reservados.

***

Por lo que se hizo público, se supo que eran base de esa escuadra los buques de guerra que ya se encontraban en la Grande Antilla, y las seis lanchas cañoneras, que la casa Vea Murguía, de Cádiz, estaba construyendo.

En el Ministerio de Marina se dió la siguiente nota oficiosa:

«Con la adquisición acordada de diez y nueve buques de guerra, la cual se hará en un plazo máximo de diez meses, habrá dentro de poco en la Gran Antilla 40 barcos de guerra.

Estaban destinados ya á aquellas aguas los siguientes:

De 1.000 á 1.200 toneladas: los cruceros *Infanta Isabel*, *Colón* y *Conde de Venadito*.

De 600 á 700 toneladas: el *Nueva España* y el *Filipinas*.

De 500: el *Galicia*, *Yañez Pinzón*, *Martín Alonso Pinzón*, *Magallanes* y *Concha*.

De 300: el cañonero *Álcedo*.

De 1.800: el *Sanchez Barcáiztegui* y el *Jorge Juan*.

Debian marchar en breve para la isla, el crucero *Isabel II* y el cañonero *Marqués de Molins*.

Habian de construirse, además, por adquisición directa, en el término de dos meses, diez y nueve barcos de 40 á 300 toneladas, para los cuales acordó el Consejo destinar un crédito de 4.500.000 pesetas.

El inspector de ingenieros navales señor Torrelló y el capitán de fragata señor Villaamil, debian salir inmediatamente para Londres, donde se unirían al exministro señor Cervera, constituyendo los tres la comisión encargada de procurar la construcción de esos barcos, cuyo coste fijó el Ministro de Marina en 2.500 pesetas por tonelada, habiendo desechado la proposición que se le habia hecho para construirlos al tipo de 3.500 pesetas.

El ministro de Hacienda quedó encargado de resolver las dudas que ofreciera la aplicación del crédito para esas construcciones navales.

Resumen de los buques de guerra que habian de constituir la escuadra destinada á vigilar las costas de Cuba.

Buques en Cuba, navegando.	17
Idem en construcción.	6
Idem que se adquirirían en el plazo de dos meses.	19
Total.	40

Y, en efecto, todos se mandaron á Cuba.

***

Hé aquí los días de salida y los puntos de embarque de los diez batallones que se enviaron á Cuba:

El día 18 salió del puerto de Málaga el vapor *Montevideo*, con dos batallones.

El día 19 salió de Cádiz con otros dos batallones el *Reina Cristina*.

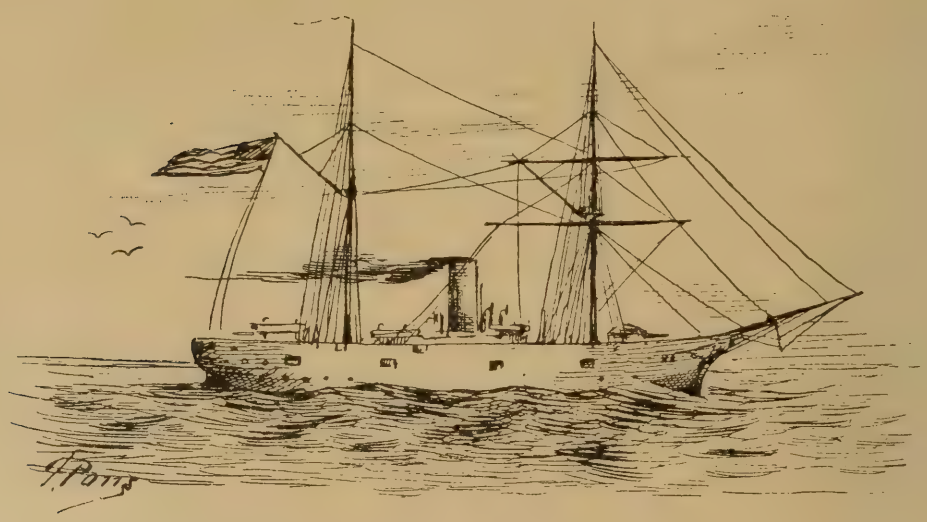
El día 20 el *San Francisco*, de la Coruña, con un batallón y dos compañías.

El 21 el *Antonio López*, de Valencia, con un batallón de 144 soldados, procedentes de las Baleares.

El 23 el *Alfonso XII*, de Barcelona, con dos batallones.

Y, por último, el *Santo Domingo* y el *Baldomero Iglesias*, de Cádiz, el 26 y 28 con otros dos batallones.

Con este nuevo envío de tropas, se componia el ejército de opera-



CRUCERO NORTE-AMERICANO *RALEIGH*

ciones en Cuba, de un total general de *cincuenta y tres mil novecientos once* hombres, distribuídos en la siguiente forma:

Infantería.—42 batallones y 15 compañías sueltas.

Caballería.—18 escuadrones.

Artillería.—Un batallón de plaza y una compañía de montaña.

Ingenieros.—Un batallón mixto.

Guardia civil.—26 compañías y 12 escuadrones.

Orden público.—Un batallón.

Total general de unidades orgánicas: 45 batallones, 42 compañías y 30 escuadrones.

El personal que constituía el ejército de operaciones, se dividia así.

Generales, 20.—Jefes, 228.—Oficiales, 1.845.

Tropa.—Infantería, 39.885.—Caballería, 2.596.—Artillería, 671.—Ingenieros, 414.—Guardia civil, 4.400.—Infantería de marina, 2.700.—Guerrillas locales, 1.152.

Total de tropa, 51.818 hombres, á los que hay que añadir los 976 de que se componia el batallón de orden público.

***

Los principales cabecillas filibusteros que figuraban en la insurrección mandando fuerzas, según los informes de nuestros corresponsales en el teatro de la guerra, eran á fines del mes de Junio de 1895, los siguientes:

Máximo Gómez, Antonio y José Maceo, Massó, Miró, Quintín Banderas, Periquito Pérez, Guerra, Rabí, Estrada, los hermanos Tamayo, Reitor, Planas, Hierrezuelo, Castillo, Feria, Clotilde Rodriguez, Mariño, Mendieta, Aguilar, Matamoros, Ramirez, Lozano, Liens, Garzón, Zayas, Arimón, Montejo, Justo Sánchez, Morell, Torias, Vazquez, Matagás, Mora, Sartorius, Manana, Zamora, Carballo, Bonnes y el polaco Roloff.

Las bajas de nuestro ejército (no las producidas por enfermedad, sino en acción de guerra) desde el 27 de Febrero al 30 de Mayo, fueron las siguientes, según los partes oficiales:

Se habian reñido en esos tres meses de operaciones *treinta y cinco* combates, en los cuales tuvieron nuestras tropas un jefe, seis oficiales

y cuarenta y un soldados, muertos; y un jefe, diez oficiales y ciento veintiseis individuoss de tropa, heridos.

Las bajas comprobadas de los insurrectos fueron; seis cabecillas y ciento setenta y un rebeldes de diferentes categorías, muertos; y sesenta y ocho heridos.

El general Martinez Campos al salir de la Habana para el campo de operaciones, dispuso que los nueve batallones peninsulares organizados en aquella fecha, tomasen por su orden de numeración, las denominaciones siguientes:

Batallón de Bailén, peninsular número 1.—Idem de la Unión, peninsular núm. 2.—Idem de Alcántara, íd. núm. 3.—Idem de Talavera, íd. núm. 4.—Idem de Chiclana, íd. núm. 5.—Idem de Baza, íd. número 6.—Idem de San Quintín, íd. núm. 7.—Idem de Vergara, íd. núm. 8. —Idem de Antequera, íd. núm. 9.

***

En Puerto Príncipe se celebró el día 17 una importante reunión de autonomistas, á la cual asistieron los jefes militares de la insurrección de los diez años.

En la reunión los congregados examinaron la situación de la isla; *se demostró* que los separatistas carecian de elementos para sostener la lucha, y se nombró una comisión formada por personas influyentes que habia de dirigirse á la provincia de Santiago de Cuba.

La comisión llevaba el encargo de aconsejar al titulado *generalísimo* de los rebeldes, Máximo Gómez, que desistiera de la lucha emprendida, porque la mayoría del país rechazaba el separatismo y temia las consecuencias de la guerra.

Según nuestros informes, los autonomistas deseaban que fuese el

diputado señor Montoro quien presidiese la comisión y dirigiese las negociaciones que á esta se le encomendaran.

Estas noticias fueron recibidas y leidas en la Península con prevención, y en rigor no necesitaban comentarios.

Imparciales narradores, queremos ser circunspectos y limitarnos á recordar á nuestros lectores el manifiesto autonomista de Abril, y los efectos que produjo; así como señalar el resultado que obtuvieron aquellas otras comisiones que iban y venian desde la Habana al campo de operaciones, en tiempo del general Calleja, y las órdenes dictadas por Máximo Gómez, Maceo y Massó, de fusilar ó ahorcar á todo emisario español ó cubano *«que venga con proposiciones de paz»*.

Esos propósitos de los autonomistas cubanos coincidieron precisamente con la desagradable y triste noticia que el mismo día nos comunicó nuestro activo corresponsal en la Habana, de haber sido sorprendidos y capturados por una partida de insurrectos cerca de Jíbara, unos cuantos soldados españoles y varios paisanos, á quienes ahorcaron.

Los cadáveres de aquellos infelices, víctimas del salvajismo y ferocidad de aquellas hordas, fueron hallados horriblemente mutilados, lo cual hizo suponer que fueron objeto de crueles tormentos.

Esos actos de salvajismo y crueldad produjeron general indignación, tanto aquí como en la Habana, sobre todo cuando las fuerzas españolas se habian conducido siempre de una manera noble y humana con los prisioneros que habian hecho al enemigo.

Esa fué la contestación práctica de los insurrectos, á los acuerdos de los autonomistas cubanos.

El período de las lluvias habia empezado ya en la isla, entorpeciendo las operaciones.

No es posible formarse, ni dar idea exacta de cómo se ponen los campos y los caminos durante la estación de las lluvias.

Los ríos se convierten en impetuosos torrentes que todo lo destruyen y arrastran; los campos en una extensa laguna, en un inmenso

Los cadáveres de aquellos infelices, víctimas del salvajismo y ferocidad (pág. 423)

lodazal que borra y hace desaparecer de la superficie de la tierra toda huella de caminos y veredas. Aquello no es llover, es diluviar.

Las penalidades del soldado en una marcha son en esa época grandísimas.

La columna del coronel Santocildes fué sorprendida en operaciones y llegó á Manzanillo después de arrostrar cuatro ó cinco días de lluvias. Más de cuarenta soldados llegaron descalzos por haber dejado los zapatos sumidos en el cenagoso fango.

Para dar una idea de cómo estarian los caminos, baste decir que la

columna tuvo que abandonar una acémila por ser imposible sacarla del lodo en el que se habia atascado.

A causa de las lluvias eran bastantes los enfermos.

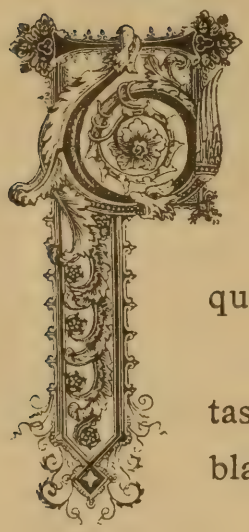
Estos, merced á las disposieiones del general Martinez Campos, se hallaban muy bien atendidos.

Se habian construído varios hospitales, y se habia dotado á todas las fuerzas de personal facultativo.

Por efecto de las lluvias se suspendieron y paralizaron las operaciones, abriéndose un corto paréntesis de descanso en la lucha fratricida que tantas lágrimas estaba costando á las infelices madres, que vieron partir con el alma hecha pedazos al sér de su sér, y del cual esperaban con mortal ansiedad noticias que, quizá, no habian de recibir jamás.

CAPITULO XXV

Ataque y heróica defensa de Altagracia.—El sargento Vidal.—Muerte del cabecilla Borrero —El *generalísimo* Gomez.—Saqueo é incendio.—Gloriosa salida y retirada del destacamento.—Las fuerzas insurrectas.—Atropellos y amenazas.—Ascensos y recompensas.—Relacion nominal de los héroes de Altagracia.—Muertos, heridos y contusos.—Activa persecución de los rebeldes.—Varios encuentros.—Expediciones filibusteras y noticias *yankees*.—Nuevas batidas.—Deserciones.—Suicidio del teniente coronel señor Liñero.—Honroso rasgo de la Regente.



TRANQUILO dormía, en la madrugada del 17 de Junio, el pequeño destacamento que guarnecía el poblado de Altagracia, cuando de improviso fué interrumpido su sueño por un disparo y la voz de alerta del centinela, que anunciaba la presencia del enemigo.

Sin tener noticias de la presencia de partidas insurrectas en aquellas cercanías, vióse de repente invadido el poblado por una considerable masa de separatistas.

El poblado de Altagracia se halla situado á veinticinco kilómetros de Puerto Príncipe, en la línea del ferro-carril que parte de esta capital á Nuevitas y San Miguel, entre Puerto Pilon y Bonilla.

Serían las cuatro de la madrugada, cuando el galopar de algunos caballos, el fuerte golpear en las puertas de las casas del poblado de

Altagracia y una infernal gritería mezclada con vivas á Cuba libre, á Máximo Gomez y á los orientales, hicieron comprender al centinela del destacamento que en la casa cuartel velaba el sueño de sus compañeros, la presencia del enemigo en el pueblo.

Un disparo de fusil y una voz de alerta, despertó á los que dormían y previno á los de la guardia la aparición de los insurrectos, ni prevista, ni soñada por nadie.

En el acto, los treinta y dos hombres que formaban el destacamento, se apercibieron á la defensa.

El comandante del puesto, sargento Vidal Fernandez, reunió á toda su gente y les manifestó su inquebrantable resolución de defenderse á todo trance y hasta el último extremo.

Un entusiasta ¡viva España! salido de labios de aquellos valientes, acogió las palabras del bravo sargento, y al momento se distribuyeron todos y ocupó cada uno el puesto que le designara su jefe, dispuestos á rechazar el ataque del enemigo y á vender caras sus vidas, que prontos estaban á sacrificar en aras de su amor patrio y en defensa de la honra de España y del honor de la bandera nacional.

Entre tanto, los insurrectos habían invadido por completo el poblado y comenzaron á saquear é incendiar algunas casas y pegar fuego á la estación férrea.

Mientras los ginetes enemigos merodeaban por el poblado y sus alrededores, la infantería formada por más de doscientos *mambises*, se dirigió hácia la casa-cuartel ocupada por nuestros soldados é intimó la rendición al destacamento.

El jefe de este, sargento Vidal, contestó á la intimación, mandando hacer fuego á discreción contra los separatistas, los cuales á su vez contestaron al fuego de nuestros soldados con numerosos disparos contra la improvisada fortaleza, que acribillaron á balazos.

A las primeras descargas de nuestros soldados, vióse caer al suelo,

desplomado como una masa inerte del caballo que montaba, al jefe que mandaba el grupo de insurrectos que les intimara la rendición, cuyo cuerpo se apresuraron á recoger y retirar, llevándolo al sitio donde se hallaba el grueso de sus fuerzas, que después se supo estaban mandadas por el *generalísimo* Gomez.

Mientras tanto, otro jefe tomó el mando y se puso al frente del grupo hostilizador, continuando el ataque contra la casa-cuartel que ocupaba el destacamento.

CABECILLA FRANCISCO BORRERO
(PAQUITO)

***

Al dar parte los *mambises* á su *generalísimo*, de la muerte de su jefe, que no era otro que el cabecilla Paquito Borrero, el mismo que le salvara de una muerte cierta en el combate de Dos Rios, exclamó lleno de indignación, á la vez que de sentimiento:

—¡Borrero... muerto!... ¡Estoy en desgracia!

Y dando orden para que se le presentara el cadaver, lo examinó y reconoció atentamente en silencio, añadiendo después de contemplarle durante algunos minutos:

—No hay hombre necesario en este mundo; pero hay que vengarle. ¡Muchachos, seguidme!

Y clavando las espuelas en los híjares de su caballo, partió éste á

galope tendido en dirección á la casa-cuartel, con ánimo decidido de dirigir personalmente el ataque.

Sus ayudantes picaron á su vez espuelas á sus corceles y salieron en seguimiento de su general. Pronto le dieron alcance, le cerraron el paso, y sugetando uno de ellos por las bridas á su caballo, otro le gritó:

—¡Mi general! vuestro nombre es una enseña, y vuestra vida, la vida de la revolución.

Máximo Gomez, contuvo sus bélicos impulsos, y volviendo grupas se dirigió al sitio donde los suyos habían depositado el cadaver de su amigo.

Contemplóle de nuevo y le examinó detenidamente, viendo que tenía una herida en la mejilla derecha, por la que le había penetrado el proyectil, saliéndole por la región occipital: un balazo mortal por necesidad, que había atravesado toda la bóveda craneana.

—¿Cómo murió vuestro jefe?—preguntó el *generalísimo* á los que habían conducido el cadaver.

—Al frente de las fuerzas que hemos atacado el cuartel—respondióle uno de los *mambises*—pero no han sido las balas de sus defensores las que le han muerto, sino las que al mismo tiempo nos han disparado de algunas casas inmediatas.

***

Al oir las anteriores palabras el *generalísimo*, ordenó que un grupo de sus fuerzas saliera inmediatamenle á pegar fuego á las casas del pueblo, avisando antes á sus moradores para que las desalojasen.

El titulado comandante Calunga salió al frente de un numeroso grupo de rebeldes hácia el pueblo, á cumplir las órdenes de su jefe.

Mientras, el destacamento continuaba en su puesto defendiéndose briosamente del ataque de los insurgentes.

Hombres y mujeres, ancianos y niños, al aviso de incendio, se apresuraron á abandonar sus casas, y entre las descargas, y oyendo silbar las balas que entre los dos bandos se cruzaban, huyeron casi desnudos á la manigua, echándose sobre la hierba para contemplar de lejos la destrucción de sus viviendas.

Pocos segundos después, un grupo de *mambises*, con la camisa atada á la cintura, desnudo el pecho, y con pencas de guano encendidas en la mano, corrían de un lado á otro del pueblo y aplicaban la incendiaria tea á los *ranchos* y á las casas, dando desaforados gritos de ¡fuego!, y vivas á Cuba libre y á la independencia cubana.

En breve todo aquel conjunto de bohios y casas fue presa del incendio y convirtióse en una inmensa y terrible hoguera, cuyos rojizos resplandores iluminaban los negros rostros de aquellos vándalos, dándoles el siniestro é infernal aspecto de furias del Averno.

En tanto, los insurrectos que atacaban la casa cuartel, viendo que la granizada de balas que lanzaban sobre el destacamento no intimidaba á aquel puñado de héroes, decidieron poner fuego también á la casa.

Tan infernal pensamiento pusiéronlo en el acto en ejecución, sin que pudieran impedirlo nuestros valientes soldados, logrando que á los pocos momentos empezaran á arder algunos postes.

Pronto el incendio fué tomando incremento, merced á ser de madera la *fortaleza* defendida por el destacamento, y en breve la casa cuartel ardía por sus cuatro costados é iba á quedar convertida en cenizas.

Mas, no por eso el valiente sargento Vidal ni sus subordinados se desalentaron ni decayó, un solo momento, su valor y serenidad.

En aquel momento, cuatro negrazos, despreciando el peligro de

ser abrasados por las devoradoras llamas, que envolvian ya al destacamento, penetraron en el bohío-cuartel, machete en mano, y dando desaforados gritos de ¡viva Cuba libre! la emprendieron á machetazos contra los sitiados.

Uno de ellos, un Hércules de bronce, después de derribar al suelo de un solo tajo á uno de los soldados y matar al cabo José Bernal, atacó al sargento dirigiéndole furioso golpe á la cabeza; pero el bravo y sereno Vidal, parole el golpe con el fusil, contra cuyo cañón partiose en dos el machete, y atravesole el pecho con su bayoneta.

Los soldados continuaron contestando al nutrido tiroteo de los rebeldes, rechazando á los otros tres negros é impidiendo que los demás entraran en la casa.

* * *

El destacamento había sufrido ya sensibles bajas.

Algunos soldados habían muerto; otros estaban heridos.

Pero, no por eso pensó el heróico sargento Vidal en desistir de la lucha y rendirse á los enemigos de España.

Sin embargo, el incendio aumentaba por instantes y pronto iban á ser pasto de las devoradoras llamas, que les rodeaban y envolvían ya, aprisionándolos por un círculo de fuego.

Entonces, el intrépido Vidal, decidió abandonar aquel horno, cuyo intenso calor y el denso humo que despedían las rojas llamas hacía irrespirable la atmósfera y les amenazaba con una segura muerte por asfixia.

—¡Compañeros!—dijo á sus subordinados.—Antes que morir achicharrados, preferible es cien veces morir matando.

—¡Si, si!—respondiéronle á una, todos aquellos valientes.

—¿Estais, pues, dispuestos á abriros paso por entre esa canalla?

—¡Si!—contestaron en tono enérgico, todos á la vez.

—Pues, ¡á ellos! y ¡viva España!—gritó el sargento Vidal.

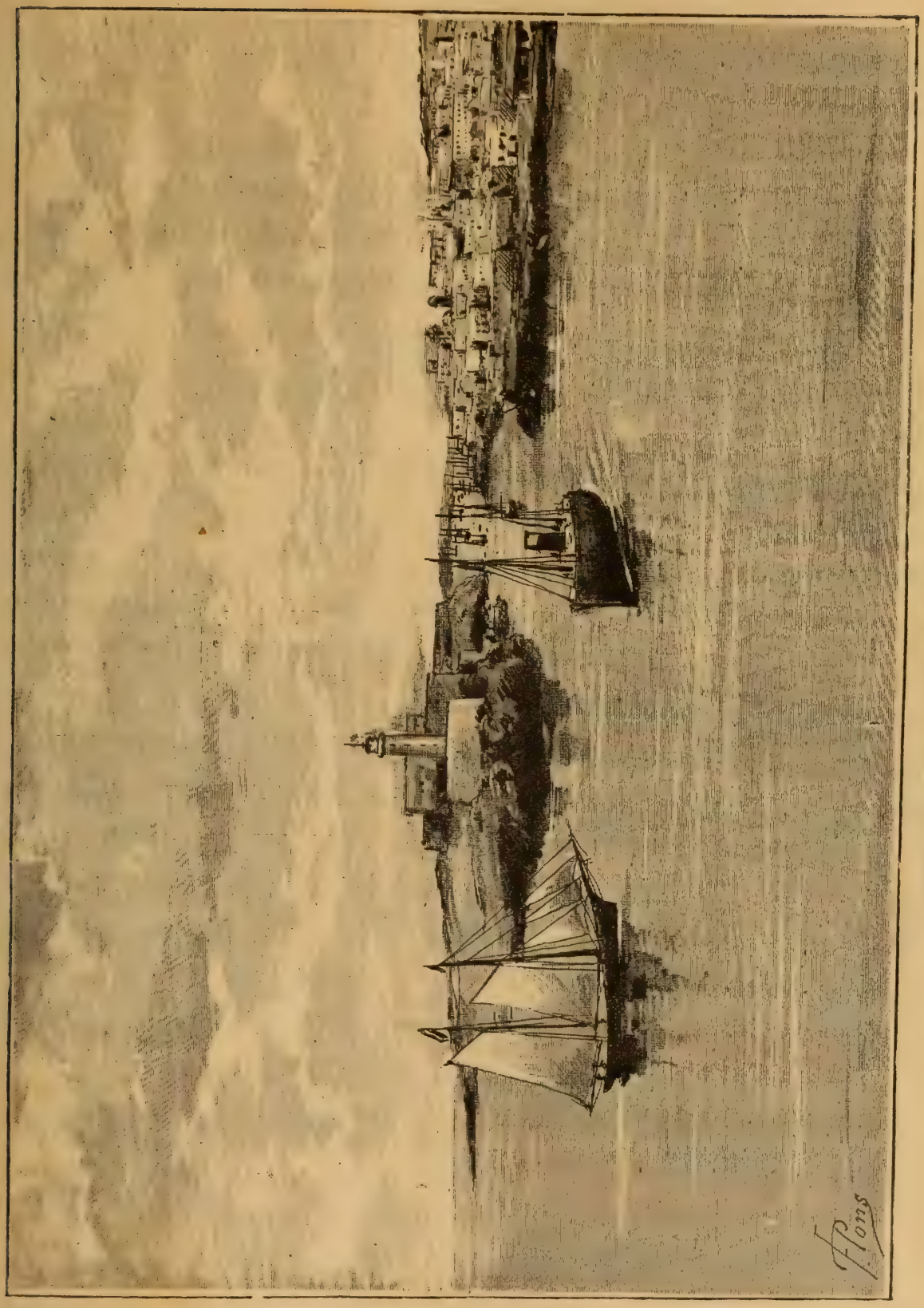
—¡Viva!—gritaron con entusiasmo los soldados.

Antes de abandonar aquel puñado de héroes el cuartel, el arrojado Vidal repartió grandes cantidades de municiones entre los soldados, y arrojó al fuego las que éstos no podían llevar, á fin de evitar que el enemigo se apoderase de ellas.

Hombres y mujeres, ancianos y niños, al aviso de incendio, se apresuraron á abandonar sus casas (pág. 430)

Inmediatamente se puso á la cabeza de sus soldados, y atravesando el círculo de fuego que les circundaba, salió de la casa incendiada dando un atronador grito de ¡viva España! ¡á la bayoneta!

—¡Viva Cuba española!—gritaron los soldados siguiendo á su jefe y saltando la hoguera que quemaba sus piés.



ENTRADA DEL PUERTO DE LA HABANA

***

A la fantástica cuanto imprevista aparición de aquel grupo de valientes, surgidos del fondo de aquella hoguera y circundados por la rojiza luz del incendio, cual aureola descendida del cielo para coronar su arrojo é intrepidez y deslumbrar al enemigo y anunciarle su seguro triunfo, los insurrectos quedaron atónitos y suspendieron por un momento el fuego.

Aquel puñado de hombres, avanzando por entre las llamas, con la bayoneta calada en la punta de sus fusiles despidiendo luminosos haces de luz por la refracción del incendio, hizo comprender á los incendiarios *mambises* su extrema resolución de batirse á la desesperada y abrirse paso entre ellos, sembrando á su alrededor la muerte y la destrucción.

La heróica resistencia de aquel grupo de españoles, dispuestos á atacar á pecho descubierto á un enemigo veinte veces superior en número, hizo vacilar á los insurrectos en acometerlos y acorralarlos.

Cuando las municiones arrojadas al fuego por el Sargento Vidal comenzaron á estallar, sembrando el espanto en las filas de los rebeldes, el incendio habia llegado á su apogeo, y la casa-cuartel estaba convertida en horrible hoguera.

Nuestros soldados no podian resistir ni un segundo más los efectos de las llamas, que lamian ya sus rostros y sus vestidos.

Entónces el sargento Vidad dispuso batirse en retirada hacia el inmediato ingenio de *Dos Marías*.

***

Los insurrectos, repuestos de la sorpresa que les causara la aparición y el heroísmo de aquel puñado de hombres, al ver que estos se les escapaban, cuando creíanse seguros de haberlos vencido, reanudaron sus ataques con mayor furor, poseidos de la rabia y el coraje que sentian por verse burlados.

Momentos hubo en la nueva lucha, que llegaron á tocar y herir con sus machetes á los soldados. Pero estos, serenos y obedeciendo á la voz de mando de su jefe, continuaron batiéndose en retirada correcta y teniendo á raya con sus certeros disparos al enemigo, hasta llegar á la casa de calderas del citado ingenio *Dos Marías,* situado á unos mil metros de Altagracia.

En la retirada no abandonaron á los heridos que los separatistas les iban causando, á excepción de uno sólo que por su estado de gravedad tuvieron que dejar escondido en la manigua é hicieron prisionero los revolucionarios, y cuyo cadáver apareció luego horriblemente macheteado.

El pequeño destacamento logró, al fin, ponerse en salvo, y los insurgentes abandonaron el lugar del combate, desistiendo de atacarles en su nuevo refugio, temiendo acaso que acudiera alguna columna en su socorro.

Un militar menos sereno y valeroso que el sargento Vidal hubiera perdido toda su gente y todo su parque: el intrépido y arrojado Vidal Fernandez perdió un cabo y cuatro soldados, muertos, y tuvo seis más heridos; total *once.*

Los insurrectos súpose después que tuvieron diez y siete bajas; entre estos el titulado general Paquito Borrero, muerto, y herido en un pié el titulado comandante Calunga.

Dió la casualidad que, por un error, la segunda fuerza que fué contra el pueblo, se batió con la que ya estaba en acción, disparándose más de doscientos tiros unos contra otros.

Los rebeldes se retiraron del pueblo al ser ya de día, cruzando la línea férrea, cuyos hilos telegráficos cortaron al principio del ataque, mientras por otro lado, otros se ocupaban en aglomerar sobre la vía piedras y travesaños hacia la parte de las minas, por si iba algún tren con tropas en auxilio de los atacados, hacerlo descarrilar.

El incencio fué observado por los que iban en un tren que, conduciendo ganado, habia salido de Puerto Príncipe á las cinco de la mañana, y el cual regresó á tiempo de dar aviso de lo que ocurría y evitar la salida del tren general de pasageros.

***

Las fuerzas insurrectas eran de caballería é infantería, bien montadas, equipadas y armadas.

Según los informes de nuestro corresponsal, con referencia al relato que le hizo un vecino y comerciante de Altagracia, los insurrectos llegaron á su casa y llamaron á la puerta, y apenas se les abrió esta, se abalanzaron sobre todas las existencias que en la casa había.

El propietario se quejó al que los mandaba, el cual puso dos centinelas para que protegieran lo poco que ya le quedaba.

—¿Quién era ese jefe?—preguntóle nuestro informante.

—Nicasio Mirabal, á quien conozco muy bien—contestole el preguntado.

—Y ¿fueron obedecidas sus órdenes?

—La vigilancia de nada sirvió, porque me hicieron salir á la calle para pegar fuego á la casa, pudiendo solo salvar un saco de café y otro de azúcar y arroz, y algunas latas de sardinas.

—¿Qué distintivo usaban los separatistas?

—Todos ellos llevan la escarapela en el sombrero.

—¿Y no dijeron por qué incendiaban el poblado?

—Según oí decir á algunos, porque era un pueblo muy español. Otros gritaban, «nos han matado al jefe y ahora no ha de quedar ni un poste en pié.»

. . . . . .

Al jefe de la estación del ferrocarril le quitaron cuánto dinero tenia, y porque pidió que siquiera le dejaran un doblón le amenazaron con fusilarle.

En cuanto tuvo ocasión se escapó y se fué al pueblo, donde se escondió, tardando tanto en reaparecer, que llegó á suponerse se lo habian llevado prisionero ó habian cumplido la amenaza que le hicieron.

***

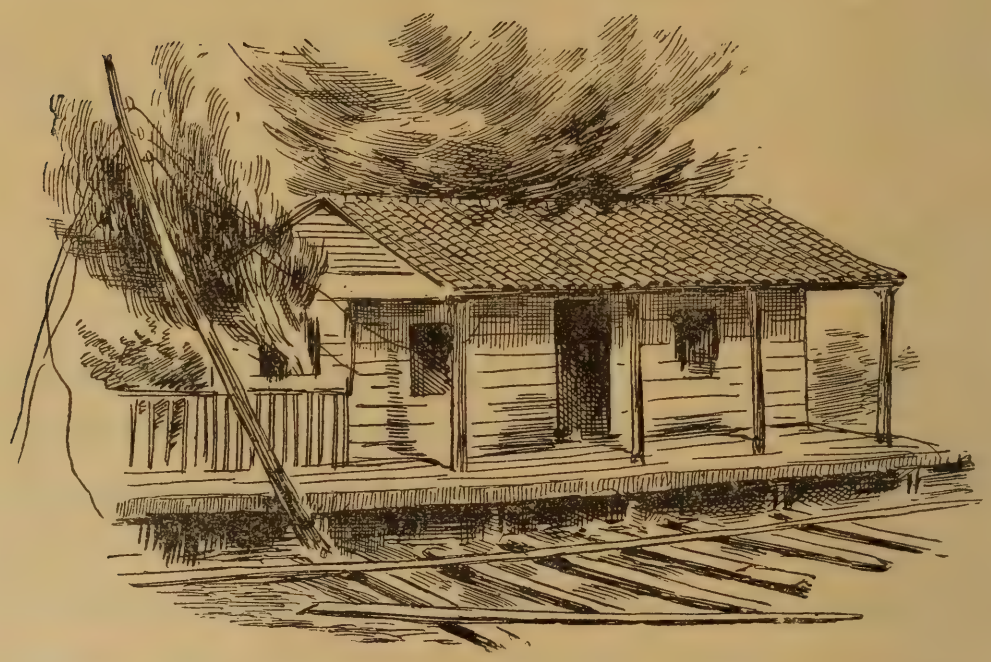
El general en jefe del ejército de operaciones en Cuba, tan luego tuvo noticia de la heróica defensa llevada á cabo por el destacamento que guarnecía el poblado de Altagracia, y del heróico comportamiento de su jefe, nombró á éste segundo teniente de la reserva y concedió recompensas á todos los defensores del puesto, mandando abrir, además, juicio contradictorio para la concesión al sargento don Antonio Vidal y Fernández de la cruz laureada de San Fernando.

El nuevo acto de justicia del ilustre general Martinez Campos, ascendiendo á oficial al heróico sargento Vidal, fué unánime aplaudido por la opinión y mereció que de él se ocupara el veterano é ilustrado general señor Sánchez Bregua, en un artículo que publicó *El Liberal*, y que, por los juicios y conceptos que en él consignó el insigne escritor militar y defensor de la clase de sargentos, creemos oportuno transcribirlo á continuación.

«Los Sargentos.—Otro acto de justicia ha realizado el ilustre cau-

dillo del ejército de Cuba, premiando con el ascenso á oficial al sargento señor Vidal, que defendió con heroismo nunca bastante celebrado, el puesto de Altagracia, en cuyo empeñado y sangriento combate tuvo cinco muertos y seis heridos, de los veinticinco hombres que mandaba, rechazando, aún después de tan sensibles bajas, á los insurrectos.

No vaciló un momento el general en jefe en conceder el empleo inmediato al héroe de esta sangrienta pero gloriosa jornada.



INCENDIO Y DESTRUCCIÓN DE LA ESTACIÓN DE ALTAGRACIA

¿Qué otra recompensa pudiera ser bastante para premiar ese comportamiento extraordinario, en que no es posible dar pruebas más relevantes de serenidad y bravura defendiendo sin retroceder un paso, ante fuerzas numerosas, la santa causa de la patria?

¿Quién, ante hechos de esta naturaleza, no prescinde de las restricciones que la prudencia aconseja, pero que no podrán ser nunca aplicadas á los que realizan actos de gran resonancia, que encuentran

eco de entusiasmo en el corazón de todos los amantes de la nación?

Para nosotros, es autoridad moral incontrastable en esta cuestión de recompensas á los sargentos, el caudillo del ejército de Cuba, y su criterio es de importancia para resolver el problema del porvenir de esta benemérita clase, en cuyo favor escriben tantos y tan renombrados escritores del orden civil.

Y la competencia de estos en asuntos militares no puede ser desdeñada, porque nosotros mismos hemos declarado en el Senado, cuando se discutió la división territorial que habiamos aceptado con mucho gusto, máximas, conceptos y argumentos de los publicistas civiles, por lo mucho que habian influído en nuestro ánimo, pues el talento superior se apodera de las cuestiones importantes, las estudia, analiza y concreta tan oportuna y técnicamente, como pudiesen hacerlo los escritores militares más distinguidos, algunos de los cuales, pues hacemos justicia á todos, aunque tengan opiniones diversas, no por eso dejan de abogar por un porvenir más seguro para los sargentos.—*José Sánchez Bregua*».

***

Terminado el juicio, concedióse al héroe de Altagracia la más alta distinción militar por acción de guerra, exclusivamente creada para premiar á los valientes.

Hé aquí la Real orden comunicada por el Ministerio de la Guerra al general en jefe del ejército de Cuba y al Presidente del Consejo Supremo de Guerra y Marina, dando cuenta de haber sido concedida por S. M. el Rey, y en su nombre por la Reina Regente del reino, de acuerdo con el informe del Consejo Supremo de Guerra y Marina, al sargento Vidal y Fernandez, la cruz de segunda clase de la Real y mi-

litar orden de San Fernando, por su heróico comportamiento en la brillante defensa de Altagracia.

«Excmo. Sr.: En vista del expediente de juicio contradictorio instruído en averiguación de si pudiera tener derecho á la cruz de San Fernando, el sargento del segundo batallón provisional de Puerto Rico, hoy segundo teniente de la escala de la reserva don Antonio Vidal Fernandez, en atención al comportamiento que observó como jefe del destacamento de Altagracia (Puerto Príncipe), rechazando el ataque que dirigieron al mismo los insurrectos, en la madrugada del 17 de Junio próximo pasado;

Considerando que el expresado sargento no tenia á sus órdenes en el momento del ataque, más que veinticinco hombres, pues los seis restantes de los treinta y uno de que se componia el destacamento se encontraban de retén en la estación del ferrocarril;

Considerando que esta pequeña fuerza ocupaba una casa de guano sin condición alguna para la defensa, llegando algunos insurrectos á penetrar en ella machete en mano, siendo rechazado y muerto uno de ellos por el mismo sargento Vidal;

Considerando que á la media hora de iniciarse el ataque por el enemigo, sin que lograra su intento, á pesar de las sensibles pérdidas que habian sufrido los defensores, empezó á arder la casa que estos ocupaban, y no pudiendo sostenerse en ella por las proporciones que tomaban las llamas, dispuso el expresado sargento la retirada sobre el ingenio «Dos Marías», distante un kilómetro, colocando antes de marchar, las cajas de municiones de repuesto, que no podian llevar, en el lugar en que más incremento tenia el incendio, á fin de que estallaran y no cayeran en poder de los contrarios, como así sucedió;

Considerando que efectuó la retirada bajo el fuego enemigo, llevándose los heridos, logrando esconder en la manigua los que no podian seguirle, que fueron recojidos más tarde, consiguiendo llegar al

mencionado ingenio, donde se fortificó y en el que se le incorporaron los seis soldados destacados en la estación, dejando entonces de hostilizarle los insurrectos.

Considerando que la fuerza del destacamento tuvo cinco muertos, seis heridos y dos contusos, entre estos el propio sargento Vidal; y teniendo en cuenta que los hechos mencionados realizados por el interesado se hallan comprendidos en los casos 2.° y 9.° del art. 27 de la ley de 18 de Mayo de 1862;

El Rey (q. D. g.), y en su nombre la Reina Regente del reino, de acuerdo con el informe del Consejo Supremo de Guerra y Marina de 19 de Diciembre del año último, por resolución de 2 del corriente, ha tenido á bien conceder al sargento don Antonio Vidal Fernandez, la cruz de segunda clase de la Real y militar orden de San Fernando, con la pensión anual de seiscientas pesetas, señalada á su categoría en el art. 8.° de la ley expresada, abonable conforme á la Real orden de 17 de Noviembre de 1875, desde el día 17 de Junio del año próximo pasado, en que tuvo lugar el hecho de armas.

Es así mismo la voluntad de S. M., que como noble ejemplo y estímulo para los demás, se ponga al interesado en posesión de tan distinguida condecoración con las formalidades de ordenanza.

Dios guarde á V. E. muchos años.—Madrid 20 de Enero de 1896. —*Azcárraga.*

***

El Congreso, en la sesión celebrada el día 21, tomó el acuerdo de que se hiciera constar en acta, el entusiasmo con que habia sabido la noticia del heroismo del sargento Vidal y los veinticinco soldados á sus órdenes, que habian resistido y puesto en fuga á un número de

enemigos veinte veces mayor, en el poblado de Altagracia, en la provincia de Puerto Príncipe.

Fué lo más oportuno y patriótico de ese día y un deber de España para con aquellos bravos soldados, demostrándoles en nombre de la Madre Patria el agradecimiento á su conducta; y la Cámara de Diputados, como representación del país, cumplió esta sagrada obligación, con aplauso unánime de la opinión, si bien, no tan pronto como hubiera sido de desear.

A la amabilidad de don Antonio Vidal, comandante retirado y padre del sargento Vidal Fernandez, residente en esta capital, debemos algunos datos biográficos del héroe de Altagracia, que con gusto publicamos á continuación.

SARGENTO DON ANTONIO VIDAL FERNANDEZ

Don Antonio Vidal y Fernandez, cuenta hoy 23 años de edad.

A los 16 años sentó plaza como voluntario en el regimiento de Otumba, de guarnición en Valencia, siendo ascendido á sargento á los tres años de servicios.

Cursó bachillerato y tomó el grado en 1893, en el Instituto de Valencia; estuvo dos años en el colegio preparatorio militar de Lugo, y

á principios del 95 pasó al regimiento de Luchana, de guarnición en la ciudad condal.

Al estallar la guerra en Cuba alistóse como voluntario para ir á luchar contra los eternos enemigos de la madre patria y á defender la integridad del territorio de la perla de nuestras Antillas, embarcando en el puerto de Barcelona el día 4 de Mayo de 1895, formando parte del batallón peninsular provisional de Puerto Rico, número 2.

Desembarcó en San Juan de Puerto Rico el día 19 de Mayo, desde donde pasó con su batallón á la Gran Antilla, desembarcando en el puerto de Nuevitas el día 10 de Junio.

Destinado desde luego á guarnecer el poblado de Altagracia, salió al frente de la fuerza que se le designó á posesionarse de su cargo, llegando el día 15 al punto de su destino, donde á las 48 horas fué atacado por los insurrectos.

***

Por reflejarse en ella su caracter, la belleza de su alma, su educación, su bondad de sentimientos, su cariño á la familia, sus entusiasmos bélicos y patrióticos, y sobre todo su modestia, que es la característica de los héroes, insertamos íntegra la carta que á sus señores padres dirigió, á raiz de la memorable jornada del 17 de Junio, dándoles noticia del suceso en el cual fué protagonista.

Dice así la carta á que nos referimos, y que á fuerza de ruegos hemos podido conseguir de su señor padre nos autorizara á publicarla:

«Puerto Príncipe, 24 Junio de 1895.

Muy queridos padres de mi alma: Aun estoy sin saber noticias de ustedes, y mi estado de ánimo, respecto del particular, por fuerza ha de ser intranquilo; pero suframos con santa resignación las adversida-

des de esta vida, y esperemos, pues no hay cosa más dulce que la esperanza.

De salud me hallo en muy buen estado, y que todos VV. la gocen idénticamente es el ideal de mis deseos.

Cuando reciban ésta, habrán sabido ya por los periódicos lo sucedido en la noche del 16, cuando el enemigo me atacó en el poblado de Altagracia.

Yo espero de VV. que no se intranquilicen por nada, que más que todo deben velar por mis hermanitos que quedarían desamparados si sus preciosas vidas faltaran.

Yo, hoy, no puedo velar por ellos; soy hijo de la guerra y mi segunda madre me llama abriendo sus brazos para cobijarme en su seno.

Los azares de la guerra traen consecuencias muy terribles para los indivíduos, como así también otras que halagan su amor propio y son la vanagloria y orgullo de la familia.

Mírenlo pues todo, por el lado bueno, y V., querido padre, prepáreme para cuando regrese á mi querido hogar, ese sable que tan honrosamente ha sabido llevar tanto de oficial como de jefe, que juro bajo palabra de honor llevarlo á mi costado, siguiendo su tan digno como encomiado ejemplo.

En virtud de orden superior me trasladé con mi fuerza desde el destacamento á esta capital, formándoseme juicio contradictorio en el que resultará si se hicieron méritos bastantes ó no, para la *laureada*.

Me presenté á la Comandancia general y el general señor Mella, como así mismo otro de su categoría, me dieron la mano de caballero, dirigiéndome palabras de cariño extremo y muy animosas, hasta el punto que no pude contestarles, porque emocionado profundamente lloré como un niño.

¡Adios! y contéstenme siempre muy pronto, y con mis recuerdos á los tios de Benabarre, Barcelona y demás familia, den un abrazo muy

grande á mis hermanitos, y VV. reciban toda el alma y el corazón todo de su hijo que les quiere entrañablemente, siendo su mayor ansia el verles para darles fuertes y efusivos abrazos.—Su hijo, *Antonio Vidal Fernandez.*»

***

Hé aquí, ahora, la lista de todos los bravos soldados que al mando del sargento Vidal formaban el destacamento que guarnecía el poblado de Altagracia, la mañana del 17 de Junio, en que fué atacado por los separatistas.

Grande es la satisfacción que sentimos al tener la honra de consignar aquí sus nombres, para perpetuar su gloriosa memoria en la mente de todos sus hermanos y compatriotas, y servir de ejemplo, digno de imitar, á sus compañeros de armas.

Batallón peninsular de Puerto Rico, número 2

RELACIÓN nominal de los indivíduos del mismo, correspondientes á la segunda compañía, de que se componía el destacamento del poblado de Altagracia, y que se encontraron en el ataque de la madrugada del día 17 de Junio de 1895, con expresión de los muertos, heridos y contusos.

CLASES	NOMBRES	MUERTOS	HERIDOS	CONTUSOS
Sargento.	DON ANTONIO VIDAL FERNANDEZ			1
Cabo.	» José Bernal Bernal	1		
»	» Pedro Ruiz Hernandez		1	
Soldado.	» Agustín Marco Pitarch			
»	» Carlos Graulosa Planella	1		

CLASES	NOMBRES	MUERTOS	HERIDOS	CONTUSOS
Soldado.	» Franco Banasco Ginés			
»	» Joaquín Gatueca Sacreu			
»	» José Domingo Lozano		I	
»	» Manuel Casanova Mateu			
»	» Manuel Salarit Vicent	I		
»	» Manuel Guillamon Gual		I	
»	» Manuel Gimeno Barrechina			
»	» Nicolás Ferrer Folch		I	
»	» Pascual Cerezuela Rubio			
»	» Pedro Salvatella Roura			
»	» Pedro Rigau Socarrats			
»	» Pedro Flor Aparicio			
»	» Ramón Soler Furnó		I	
»	» Rafael Torrent Camprubí			
»	» Ramón Miró Alcover			
»	» Salvador Tort Rovira		I	
»	» Salvador Font Millán	I		
»	» Simeón Valero Sobero			
»	» Tomás Bayarri Vallés			
»	» Toribio Ferrer Camps			
»	» Vicente Munt Pí			
»	» Vicente Tomás Pallarés			
»	» Vicente Aymerich Navarro	I		
»	» Vicente Sos Gomez			
»	» Vicente Gimenez Valero			I
»	» Vicente Forés Montía			
»	» Vicente Segura Catalá			
32	*Total*	5	6	2

Esta relación fué tomada por nuestro corresponsal del expediente formado en la Mayoría del batallón, y, por lo tanto, respondemos de la certeza de los datos en ella consignados.

***

En aquellos días se notó grande actividad por parte de nuestras columnas en la persecución de los rebeldes, obedeciendo á las órdenes comunicadas por el general en jefe, y los encuentros se sucedieron con frecuencia.

La columna del general Serrano, en siete días de activa persecución, alcanzó dos veces la retaguardia de las huestes del *generalísimo*, que rehuía todo encuentro.

El día 11 cruzáronse varios tiros, resultando en la columna un muerto y dos heridos y en la partida tres heridos y un muerto.

En la Vuelta de Remedios, alcanzó dicha columna á una partida de cuarenta hombres á la que causaron varias bajas, y en el ingenio «Cubano» coparon otra.

La columna del coronel Copello, que operaba en la provincia de Santiago de Cuba, tuvo ocho encuentros con las partidas de José Maceo y Periquito Perez, apoderándose de treinta y dos caballos, y haciéndoles varios heridos y tres muertos; uno de éstos se titulaba capitán.

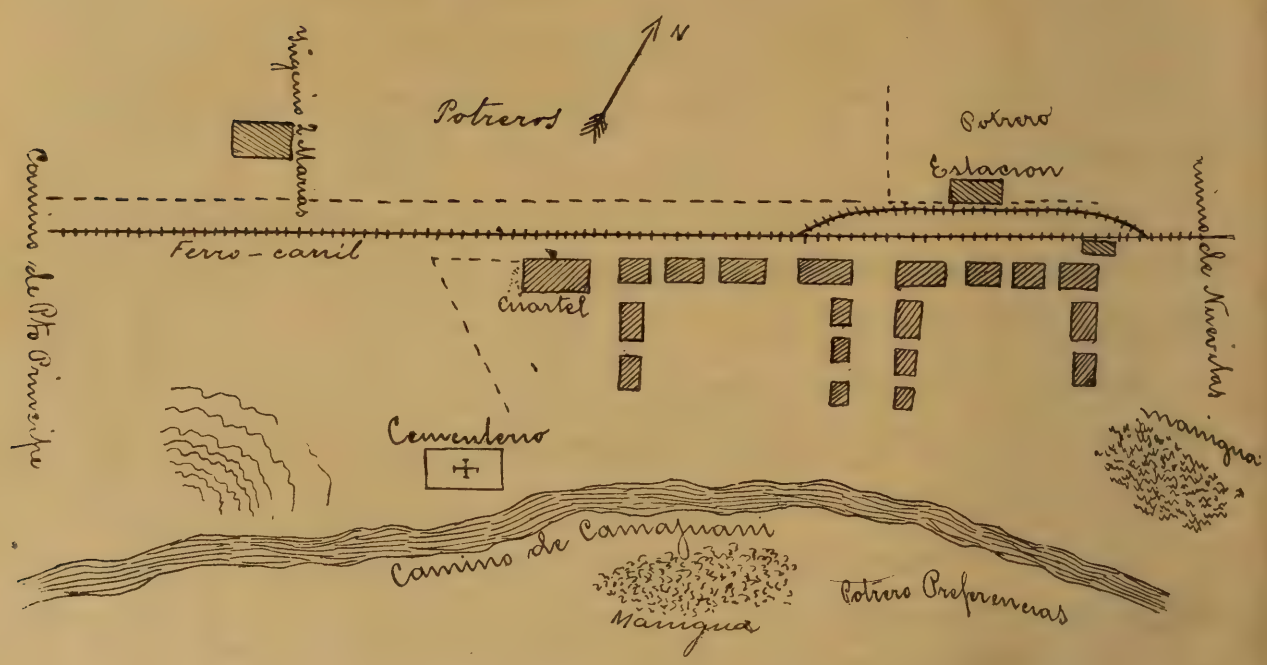
En Aguadillas, provincia de Santa Clara, batieron nuestras tropas á la partida del cabecilla Basilio Guerra, cogiéndole armas, caballos y municiones.

El capitán de la guardia civil, señor Hernandez, con ciento setenta hombres de su instituto y una guerrilla, batió el día 16 en Caridad (Santiago de Cuba), á José Maceo que mandaba seiscientos hombres, causándole buen número de muertos y heridos.

El coronel Canellas, en diferentes combates sostenidos con el enemigo en Filipina, Vuelta Costa, Paso Lengo y Dos Bocas, derrotó á los separatistas causándoles doce muertos vistos y varios heridos, que retiraron, y cogiéndoles armas, municiones y caballos.

Entre los muertos figuraba el titulado coronel Evaristo Longo.

En las noches del 15 y 16, pequeños grupos de insurrectos tirotea-

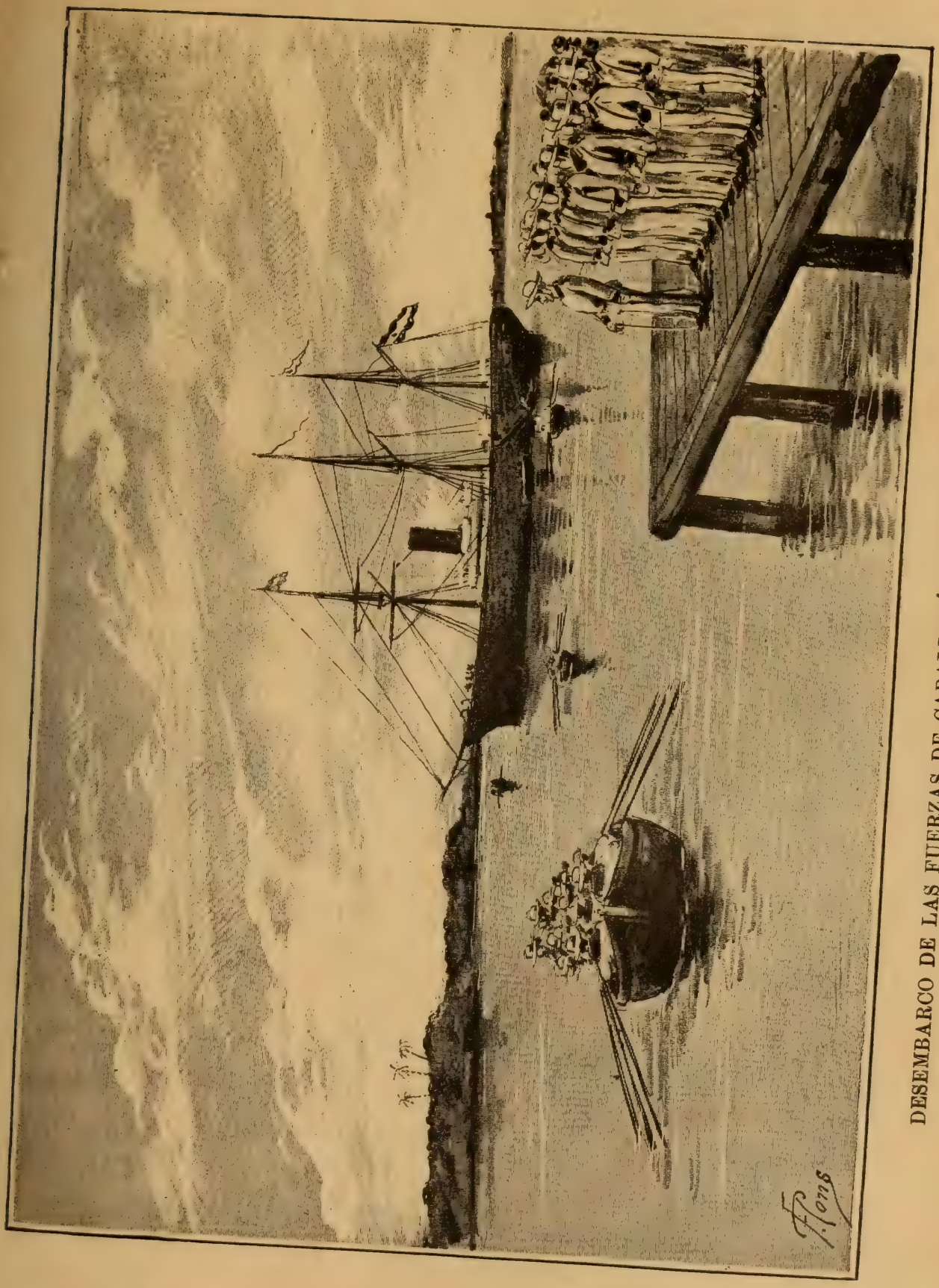


CROQUIS DEL POBLADO DE ALTAGRACIA

ron Puerto Príncipe, causando un muerto y un herido á la avanzada Potrero.

En la Habana circularon rumores de que en la provincia de Pinar del Río se notaba alguna agitación y se abrigaban temores de que la expedición filibustera que hacía días había salido de Cayo Hueso, dirigíase á las costas de aquella provincia con ánimo de desembarcar.

Al mismo tiempo se supo que el cabecilla Enrique Collaso había manifestado sus deseos y propósitos de invadir la referida provincia de



DESEMBARCO DE LAS FUERZAS DE CABALLERÍA, EN EL PUERTO DE NUEVITAS

Pinar del Río, y como la expedición había sido organizada por él, se dedujo de ahí el rumor de que ésta se proponía desembarcar en aquellas costas.

***

Los periódicos neoyorkinos recibidos en la Península el día 17, publicaban noticias, cuyo origen se delataba enseguida, acerca de las expediciones filibusteras que iban reforzando y aprovisionando á los insurrectos cubanos.

Dijo el *New York Herald* que un crucero español dió caza á un buque sospechoso que avistó en aguas de Cuba, un día de la semana anterior.

El buque filibustero logró escapar de la persecución del crucero, y desembarcó en la costa cubana cien hombres, cien fusiles, dos millones de cartuchos y doscientos cincuenta mil duros en oro.

Los hombres que formaban la expedición, suponíase que se habían incorporado á las huestes de Máximo Gomez.

Suponíase en Nueva York, que el buque á que se referían los periódicos, era el vapor *Bridgetan*, de Filadelfia.

Otras noticias publicaron dichos diarios, que desde luego podía asegurarse eran falsas ó muy exageradas.

Decían que la villa Canasí, Ayuntamiento importante de la provincia de Matanzas, había sido incendiada por los separatistas.

Atribuíase el incendio á los expedicionarios filibusteros desembarcados hacía pocos días del vapor norte-americano *George W. Chids*.

Otra estupenda noticia, señalada únicamente como rumor, dieron también los indicados periódicos.

Fué aquella, la de que el general Martinez Campos había sido herido.

Al final de la información daban cuenta de que los pasajeros llegados á Tampa, cuartel general de los separatistas cubanos en el continente, habian dicho que Maceo al frente de dos mil hombres habia efectuado la captura de un tren ó convoy de municiones, armas y víveres, entre Jíbara y Holguín, el día 12, haciendo prisioneros á ciento veinticinco soldados que lo custodiaban, y apoderándose de ochenta mil duros en plata, destinados á pagar las tropas, además de mil fusiles y gran cantidad de municiones de boca y guerra.

***

El general Navarro batió á la partida que mandaba el cabecilla Garzón, en Santa Rosa (Santiago de Cuba), causándole muchas bajas, destruyéndole el campamento y cogiéndole armas y municiones, caballos y efectos. La tropa tuvo tres heridos.

La columna del teniente coronel Michelena, batió y dispersó á la partida de Rabí, compuesta de cuatrocientos hombres, en Magota (Santiago de Cuba), haciéndole varias bajas y cuatro prisioneros, además de cojerle armas, municiones y un hospital provisional con seis camas.

En confirmación de estas noticias, recibió el Gobierno el siguiente despacho oficial:

«*Habana 21.*—El gobernador general al Ministro de la Guerra.

El general Navarro batió las partidas que encontró en Tenorio, haciéndoles muchas bajas y un prisionero. Este aseguró que Garzón tuvo nueve muertos en el encuentro de Santa Rosa.

Han sido rechazados los ataques á los fortines del ingenio de Santa Rosa de Santiago de Cuba, causando al enemigo tres bajas.

Los nuestros sin novedad.

En Santa Clara se ha levantado una partida de treinta hombres. —*Arderius.*»

De un suceso grave y de importancia suma, nos dió cuenta nuestro corresponsal en la Habana, en telegrama del día 19.

El despacho se refería al hecho de haberse pasado al enemigo con armas y monturas cuarenta voluntarios del regimiento de caballería

CADAVER DE UN INSURRECTO ABANDONADO EN LA MANIGUA

de Camajuaní, y á rumores de otras deserciones y del abandono de Morón por todos los hombres útiles.

De esta noticia se hizo eco en sus columnas *El Ejército Español*, diario militar de Madrid, en su editorial del día 19; pero el Gobierno se apresuró á desmentirla.

Sin embargo, resultó cierta y tuvo más tarde confirmación oficial, en el siguiente telegrama que por orden del Presidente del Congreso se fijó á última hora del día 22 en las tablillas del Palacio de la representación nacional.

«*Habana* 22 Junio.—A consecuencia de haber desertado diez y seis voluntarios del regimiento de Camajuaní, que habia tenido hace ya días otras deserciones, el teniente coronel Liñero se ha suicidado.—*Arderius*.»

***

También en la Bolsa, donde si suelen circular muchas mentiras, también se saben no pocas veces con anticipación noticias que más tarde se confirman oficialmente, corrió la tarde del propio día 22, á primera hora, el rumor de la referida deserción.

Aunque el suceso no pudiera tener importancia desde el punto de vista numérico, en el concepto moral entrañaba la especie circulada tal gravedad, que cuando se difundió por el Congreso se apresuraron los periodistas á procurar desvanecer sus dudas interrogando, primero al señor Ministro de Ultramar, que no la desmintió, y después al general Azcárraga, quien la confirmó y explicó, anunciando que iba á facilitarse á la prensa el telegrama en que se daba cuenta del hecho.

El despacho fué el que dejamos transcrito en el precedente párrafo.

De suponer es que ese telegrama contuviera pormenores circunstanciados, omitidos al darle el Gobierno publicidad oficial, teniendo en cuenta los detalles que el Ministro de la Guerra comunicó verbalmente á los periodistas y diputados.

—No se trata—dijo el general Azcárraga—de desertores de ninguno de los batallones de voluntarios que tan bizarra y desinteresadamente defienden á la patria en la isla de Cuba. La deserción se refiere al escuadrón de voluntarios de Camajuaní, escuadrón que lleva el título de regimiento, porque lo mandan un coronel y un teniente

coronel honorarios, y que se compone de *ciento trece* hombres, incluyendo en este número los sargentos, cabos y soldados.

Esta fuerza, cuyos individuos perciben haber, á semejanza de la del ejército, se organizó durante la guerra anterior, y se batió bravamente contra los insurrectos.

En la actualidad, la mayoría de los que forman el escuadrón son hombres procedentes del campo, siendo su coronel el diputado á Cortes señor Zozaya, que actualmente se encuentra en Madrid, y su teniente coronel el señor Liñero, víctima de su pundonor, que le ha impulsado á privarse de la vida.

El escuadrón de Camajuaní en hallaba se la jurisdicción de Remedios, y hace pocos días, que es lo más grave del hecho, tuvo ya otras deserciones, circunstancia que ha prodncido, indudablemente, el suicidio del caballeroso teniente coronel señor Liñero.»

***

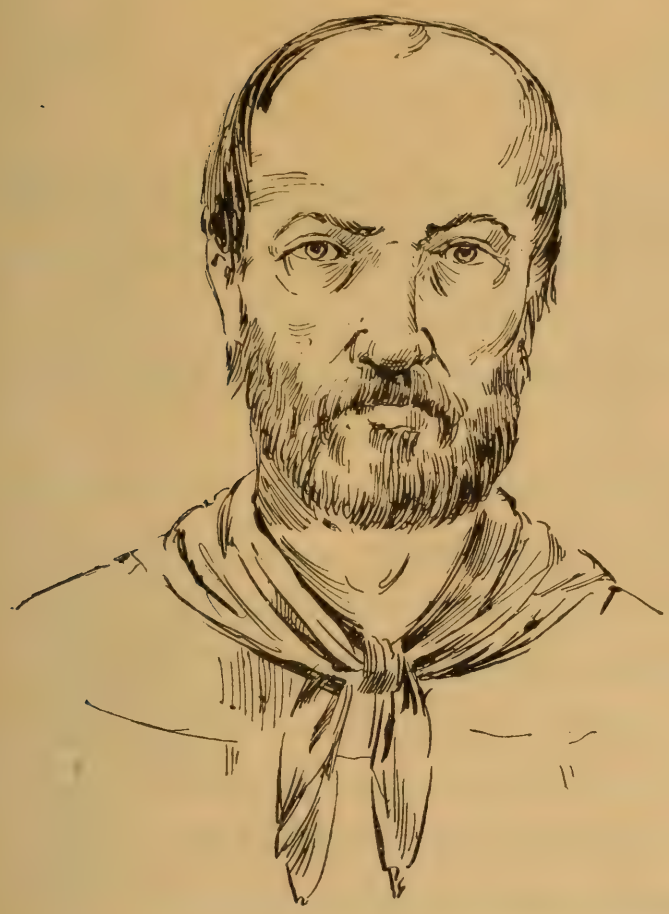
El expresado regimiento de voluntarios de Camajuaní sirvió en toda la pasada guerra con una lealtad tal, que fué objeto por ello de toda clase de distinciones, y su jefe el coronel señor Fortuny fué agraciado con el título de conde de Placetas.

A la muerte de este ilustre patriota, que fué quien lo creó, tomó el mando del regimiento el señor Vergara, y después el honorable Zozaya, quien por ser diputado se encontraba cuando ocurrió el hecho en Madrid, desde donde atendia á cuantos gastos originaba el cuerpo.

Hacía días que empezaron las deserciones, pasándose de un golpe á la insurrección diez y ocho hombres, con armas y caballos; deserciones que continuaron hasta producir el suicidio del segundo jefe.

Don José Liñero, teniente coronel del regimiento de voluntarios de

Camajuaní, y jefe del escuadrón en ausencia de su coronel don Martín Zozaya, habia nacido en la montaña de Santander, y tendría unos cincuenta y seis años, estaba casado y tenía varios hijos y nietos, cuando se suicidó ante la deslealtad de algunos de sus subordinados.



CABECILLA RAFAEL CAZALLAS

Muerto en la acción del central «San José»

Poseía una tienda de víveres y quincalla en Guadalupe, barrio de Camajuani.

El infortunado y pundonoroso don Enrique Liñero, prestó buenos servicios en la pasada guerra, peleando como soldado en el mismo regimiento que tan brillantísimas páginas tenia escritas en su historia, por su brillante campaña en la guerra anterior, sin reparar en que por pelear por la patria, era quemada su tienda y su finca incendiada por los insurrectos.

Ese soldado obtuvo los ascensos por méritos de guerra, y cuando don Francisco Gómez, por su avanzada edad, tuvo que dejar el mando como teniente coronel, Liñero fué ascendido por ser el comandante más antiguo y encargado del regimiento en las ausencias de su coronel.

El hecho de haberse suicidado el pundonoroso y patriota Liñero,

al ver que sus soldados desertaban al campo rebelde, sin considerar que dejaba numerosa familia, reveló que las deserciones fueron del regimiento y no del escuadrón, pues este, desde hacia año y medio y á propuesta del señor Zozaya, habia adquirido completa independencia de aquel.

El desventurado Liñero servia en el citado cuerpo desde 1868, y murió pobre.

¡Descanse en paz tan insigne patricio!

. . . . . .

Al tener noticia la Reina Regente por sus Consejeros, de la muerte del pundonoroso jefe del escuadrón de voluntarios de Camajuaní, ordenó inmediatamente al jefe de su cuarto militar, que dirigiera al general en jefe del ejército de operaciones en Cuba, el siguiente telegrama:

«S. M. la Reina Regente se ha enterado con profundo sentimiento de la muerte del bizarro teniente coronel Liñero, del regimiento de Camajuaní. La augusta señora desea que V. E. me diga todo cuanto pueda hacer en favor de la familia de quien tan desinteresados servicios ha prestado al Rey y á la patria.»

Este honroso rasgo de la Regente fué muy aplaudido por la opinión, y con gusto nos complacemos en consignarlo aquí, porque él revela las virtudes y la bondad de sentimientos que adornan y enaltecen á la augusta señora que regenta el trono de los Alfonsos, siempre atenta y cuidadosa de premiar el valor y la lealtad de sus súbditos y consolar y aliviar infortunios y desventuras.

CAPITULO XXVI

Estado de guerra en Puerto Príncibe.—Máximo Gómez en el Camagüey.—Noticias de Nueva York.—El Gobierno de la República dominicana.—Cónsules generales en Tampa y en el Canadá.—El vapor correo *Buenos Aires*.—Encuentro en Rioseco.—La cuestión Mora.—*Interview*.—Carta de despedida de los sargentos de la expedición de Junio.—Carta de *Un militar*.—Situación legal de los sargentos.—Acuerdo censurado.—Noticias de la isla.—Orden del *generalísimo*.—Quema y ataques.

El general en jefe del ejército de Cuba, señor Martinez Campos, publicó el día 18 el bando que determina la ley marcial, declarando en estado de guerra la provincia de Puerto Príncipe.

Máximo Gómez, con parte de las fuerzas insurrectas que bajo sus inmediatas órdenes operaban en la jurisdicción de Santiago de Cuba, invadió el día 9 la provincia de Puerto Príncipe, donde ya se habia alzado en armas el marqués de Santa Lucía.

El primer acto de fuerza realizado por Máximo Gómez en el Camagüey, fué el ataque con el grueso de sus fuerzas del poblado de Altagracia que dejamos narrado en el precedente capítulo.

Según carta de nuestro corresponsal en Nueva York, recibida el día 18 y fechada el 7 en la capital de los Estados Unidos, los promoto-

res del movimiento revolucionario en Cuba, Quesada, Céspedes, Collazo, etc., se encontraban en aquella fecha en Fernandina, después de haber celebrado una junta magna en Jacksonville, según se decia, para resolver la cuestión de quien habia de reemplazar á Martí.

A pesar de las patrañas que propalaban allí los laborantes, no cabia la menor duda acerca de la muerte del titulado Presidente de la República cubana y jefe civil de la insurrección separatista.

Entre los papeles que se le encontraron habia una carta de un cubano, residente en los Estados Unidos, dirigida á Martí á un pueblo de Santo Domingo, donde estuvo escondido antes de pasar á Cuba.

Las noticias del campo insurrecto acusaban que los rebeldes no tenian armas para la gente, y que también carecian de municiones.

Las partidas más numerosas no se habian visto en algunos días, y se suponía que se habian dirigido á algún punto de la costa para protejer el desembarco de nuevos expedicionarios y de dos cargamentos de armas que se habian enviado recientemente desde allí.

Las partiditas volantes continuaban cometiendo violencias, incendiando ingenios y realizando indignos actos de venganza.

Para llenar la vacante del difunto ministro de Relaciones exteriores de la República norteamericana, mister Franz O. Gresham, fué nombrado mister Richard Olney, que desempeñaba el cargo en el gabinete de procurador general de la República.

***

El Gobierno de la República Dominicana, dando una nueva prueba de las excelentes relaciones que con España sostenia, envió órdenes terminantes á sus gobernadores, para que impidiesen en sus provin-

cias la existencia de clubs cubanos que se dedicaran á conspirar contra el orden de cosas existente en la isla de Cuba.

Al efecto, según participó el día 18 el activo é inteligente diplomático señor Escoriaza al señor ministro de Estado, habia quedado ya disuelto por orden gubernativa, el único club cubano que existia en el distrito de Monte Cristy, y dispuesto que el ciudadano dominicano que contribuyó á su instalación, trasladase su residencia á otra ciudad.

El señor duque de Tetuán expresó al señor Escoriaza en términos muy lisongeros para el general Heureaux y para su representante en España, el agradecimiento del Gobierno, por la conducta que en los asuntos de Cuba venia observando el gobierno dominicano.

Digno de alabanza es, y un unánime aplauso de la opinión mereció, el noble proceder del general Heureaux, ilustre hombre público que regía los destinos de aquella nación hermana, y presidía su gobierno.

Acordose por el gobierno la creación en Tampa de un consulado general, desempeñado por un cónsul y un vice cónsul, pertenecientes á la carrera, y que, por consecuencia, reemplazase al agente consular que á la sazón desempeñaba el cargo.

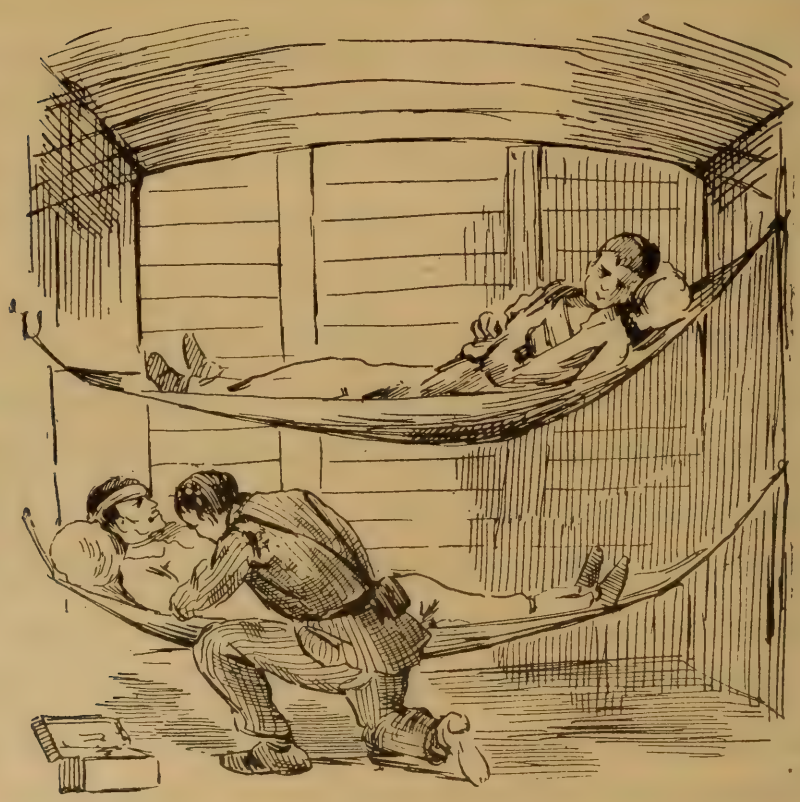
El Gobierno, sin poner en duda la lealtad de aquel y de otros agentes que representaban los intereses españoles en varios puntos de América, comprendió la imposibilidad que á un comerciante, por ejemplo, que prestaba el servicio gratuitamente, pudiera exigirsele que además de atender á sus negocios propios y al despacho del consulado, consagrase su atención á los deberes de vigilancia indispensable y que imponia la situación geográfica de la localidad en que ostentaba su representación.

También se acordó que en el Canadá se crease otro consulado, servido asi mismo por funcionarios de la carrera.

***

El vapor correo *Buenos Aires* llegó á la Habana el domingo 16, después de haber desembarcado en Nuevitas seis escuadrones de caballería.

En dicho buque iba el contralmirante señor Delgado Parejo, co-



CURA DE SOLDADOS HERIDOS, EN UN HOSPITAL PROVISIONAL

mandante general del apostadero de la Habana.

El señor Delgado Parejo tomó posesión de su cargo el día 18, proponiéndose ir lo más pronto posible á Santiago de Cuba.

Un despacho de la Habana del 18, nos anunció que el capitán Her-

nando habia tenido un encuentro junto á Rioseco, con la partida insurrecta mandada por Maceo, y después de largo tiroteo en que le causó numerosos heridos, la obligó á refugiarse en las montañas.

Otro de los telegramas de Washington, expedido el 9, nos dió cuenta del rumor que circulaba, y del cual se hacian eco algunos periódicos, referente á que el Gobierno norteamericano habia resuelto poner de nuevo sobre el tapete, la famosa cuestión Mora, pidiendo á España el pago inmediato de la indemnización de un millón y medio de pesos fuertes, reclamados por los interesados en dicho asunto, alegando que Mora era ciudadano norteamericano y que sus bienes fueron confiscados, habiendo sido reconocidas sus reclamaciones en 1886 por el Gobierno español, según afirmaban algunos periódicos norteamericanos.

Estos, al tratar la famosa cuestión, lo hacian en términos que no pudieran lastimar las susceptilidades de España, pero en cambio no ocultaban el deseo de que el Gobierno español entregase el millón y medio de pesos que há muchos años venia reclamando el de Washington, á título de indemnización por los perjuicios que durante la anterior guerra de Cuba sufrió el indicado Mora, quien como se recordará, se naturalizó ciudadano de los Estados Unidos.

Decian también que hacia bastante tiempo que el gabinete americano dirigió al español una nota sobre el particular, la cual estaba redactada en términos muy corteses.

Y añadian, que la nota no envolvia amenaza alguna y habia sido dirigida de conformidad con el acuerdo tomado por el Congreso, y que era de desear que el Gobierno español diese una respuesta satisfactoria antes de la convocatoria del Congreso americano, que debia reunirse en Diciembre inmediato.

Nuestro Gobierno atribuyó á manejos filibusteros la algarada promovida por la prensa norteamericana con la ya célebre reclamación,

y afirmó y aseguró no haber recibido nota alguna del Gobierno de Washington que al asunto se refería.

***

Como hubiese circulado con insistencia el rumor de que se habian levantado partidas insurrectas en la provincia de Pinar del Río, nos apresuramos á pedir informes acerca de su fundamento á nuestro corresponsal en Madrid, el cual nos comunicó el día 20, que habiendo rogado á uno de los individuos del Gabinete que le manifestara si tenia ó no fundamento alguno aquella noticia, obtuvo de él la siguiente contestación:

—No es cierto; puede asegurarse sin temor á que nadie lo desmienta, que hayan partidas insurrectas en Pinar del Rio.

La rebelión—añadió—tiene su foco de acción principal, como es sabido, en Santiago de Cuba; en la de Puerto Príncipe no presenta aún los caracteres de gravedad que en la anterior, pero no es posible despojar de importancia el hecho de hallarse en ella Máximo Gomez, siquiera eso no haya conseguido todavía gran número de prosélitos; y no hay que negar, por último, que se observe agitación separatista y hasta la presencia de algún pequeño grupo insurgente en el límite de Las Villas con la provincia de Puerto Príncipe.

Cuanto aparte de esto se diga acerca de las proporciones de la insurrección—terminó diciendo el consejero de la Corona—es completamente falso.

***

Por lo sentida y patriótica, integramos á continuación la carta de despedida que los sargentos de la expedición de Junio dirigieron á la prensa y al público.

He aquí el documento de referencia:

«Señor director del *Heraldo de Madrid*.

Respetado señor nuestro: Nos dirigimos á usted, señor director, para rogarle se sirva ser intérprete de nuestros sentimientos.

Ante todo, damos á usted gracias, y á la prensa toda, por la desinteresada defensa que de nosotros hacen.

Ténganlo seguro, y confíe nuestra patria querida: nos haremos dignos hijos de la consideración que nos dispensan.

Sabremos morir con honra si no acertamos á vencer; y cuando lleguemos allá, al lado de nuestros hermanos y compañeros, les entregaremos los periódicos que ustedes han escrito, abogando porque cese nuestra desventura. Gracias, muchas gracias, señor director.

¿Cómo expresar nuestra gratitud...? Creíamos atrofiados todos los corazones, sordos todos los oídos, indiferentes todas las miradas para advertir nuestros males... Pero hemos nacido en España, ¡patria querida!... y, son ustedes españoles. No existe en torno nuestro el vacío, no;... el ambiente de la patria satura nuestro espíritu y fortifica nuestro ánimo.

La generosa tarea de ustedes forma singular contraste con el empeño de nuestros *defensores*. ¡Dios se lo pague!

Nuestra ignorancia no es tan crasa como la suponen. Nos damos cuenta de todo; tenemos sentimientos, afecciones, dignidad personal é idea del honor...

Ingresamos en el ejército y llegamos á sargentos al amparo de una ley que nos otorgaba el derecho al ascenso á oficiales...

Hoy llevamos diez y ocho y veinte años de servicios; tenemos treinta y ocho y cuarenta de edad, y otra ley prohibe el ingreso en las Academias militares después de los veintiseis...

No molestamos á usted más. Nada pedimos; para nosotros no hay ni primer tercio de escala, ni proximidad al retiro, ¡ni podemos dejar á nuestras familias parte de nuestra mezquina paga!

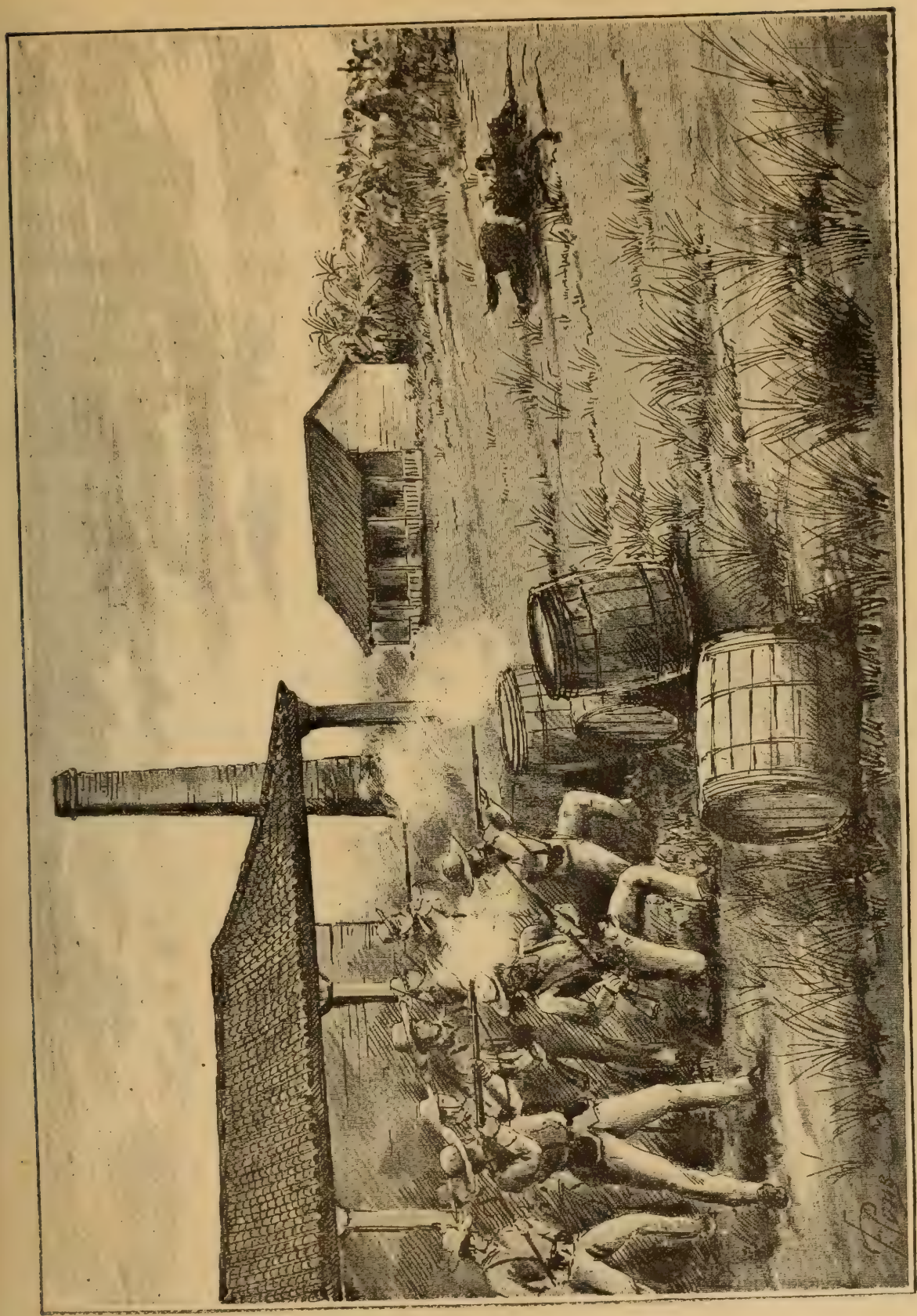
Ahí quedan nuestras esposas y nuestros hijos; ahí, en esa hidalga tierra ¡madre querida!

DEFENSA POR NUESTRAS TROPAS DEL FUERTE «SANTA ANA»

Nada solicitamos para nosotros; imploramos, si, caridad para ellos; son las fibras de nuestro corazón.

¡Ellos son quienes van á sufrir más que nosotros mismos!, los que hayamos tornado infelices y desventurados.

Nosotros tendremos, bajo un clima mortífero y en un suelo insa-



COMBATE DEL CENTRAL «SAN JOSÉ»

lubre, ancha tumba desde Punta Maisí al Cabo de San Antonio...

No se diga hijo de esta noble tierra quien con el pensamiento fijo en ella no sepa pelear y morir en su defensa, al grito de ¡¡viva España!!; y, con un recuerdo de gratitud para ustedes, se despiden

Los sargentos de la expedición de Junio de 1895.

La Coruña, 19 de Junio de 1895.

P. D.—Nos proporcionaría usted inefable placer haciendo pública esta sincera prueba de reconocimiento hácia la prensa española.»

***

Una de las cuestiones que constituían en aquella fecha uno de los problemas del día, era la de los sargentos.

Por conducto de uno de nuestros distinguidos colaboradores nos envió *Un militar* copia de una carta que dirigió al señor ministro de la Guerra, en la que se decían, entre otras cosas, las siguientes:

«En todos los cuerpos é institutos de nuestro ejército existe la *interior satisfacción* que recomiendan las Ordenanzas y que exige como base la disciplina. Entre todas *las clases* puede y debe existir, excepto en la de sargentos, á quien asestó golpe de muerte la ley del 86.

»Numerosos caudillos de nuestro ejército, en el pasado y en el presente tiempo, procedieron de las clases más humildes. Como que los héroes no están ni arriba ni abajo; están en el corazón de nuestros valientes soldados.

»Habiendo bastante número de sargentos en el ejército, que en un período de tiempo relativamente pequeño y en armonía con lo preceptuado en el real decreto de 9 de Octubre de 1889, han de obtener el retiro, los cuales ingresaron en la carrera de las armas con sacratísimos

derechos, ¿no se les repararía ascendiéndoles á segundos tenientes, progresivamente y por antigüedad, con destino á Cuba?

»Esta sería una medida que vería con gusto nuestro ejército y la opinión del país, y hasta satisfacción produciría á los sargentos, que solo ingresaron en la milicia con la ventaja del mencionado Real decreto de 9 de Octubre de 1889 y ley de destinos civiles.

»En la revuelta Europa y en la más que revuelta España no se sabe lo que puede ocurrir en lo porvenir. Pues bien; es de absoluta necesidad, para levantar más el espíritu militar, que el soldado en todo tiempo, sea de paz, sea de guerra, tenga la esperanza de llegar á los más altos puestos...

»Pero no ascender á empleos superiores al de sargento, como recientemente ha ocurrido en Cuba, con destino á la reserva, pues tal procedimiento mata todos los estímulos.

»Debe tenerse en cuenta que si bien en las Academias se estudia la ciencia militar en todos sus órdenes, también resulta que los estudios que se hacen en la juventud son de fácil olvido y los que se practican por veteranos en la edad madura, sólo la muerte puede borrarlos.

»El actual ministro de la Guerra es uno de los generales que más han contribuído al bienestar del ejército. Que prosiga su obra...»

***

La situación legal de los sargentos para los efectos del ascenso—cosa que tanto se discutió—estaba claramente definida en el reglamento de recompensas en paz y en guerra á las clases de tropa, cuyo artículo 10 dice «que en tiempo de guerra las acciones de señalada conducta y valor de los indivíduos y clases de tropa, los méritos distinguidos y

los peligros y sufrimientos de las campañas, serán premiados, concediéndose á los sargentos el empleo de segundo teniente de la escala de reserva, mientras ésta subsista, de las armas de infantería y caballería.»

En tiempo de paz, tenían los sargentos la Academia militar preparatoria de Trujillo, creada para ellos, y en la que podían ingresar para hacer los estudios hasta la edad de 27 años, dispensándoles el estudio del bachillerato y disfrutando los alumnos de un haber de tres pesetas diarias.

Además, según el párrafo 6.° del artículo 6.° de la ley adicional á la constitutiva del ejército, los sargentos que pasaren á la situación de retirados, disfrutarán los derechos pasivos correspondientes á los empleos de alferez, teniente ó capitán, según el premio de que estuviesen en posesión.

TENIENTE SEÑOR MESEGUER

En aquella fecha, los sargentos que ascendían á oficiales por méritos de guerra sólo podían pasar á la escala de reserva, porque la ley constitutiva del ejército dispone en su artículo 6.°, que ni aun por méritos de guerra puede ascenderse á oficial de la clase activa sin pasar por las academias.

Pero ese precepto ha sido ya modificado, á consecuencia de las enseñanzas de la actual campaña de Cuba y de la falta de oficiales, por el digno ministro de la Guerra, general señor Azcárraga, á quien aque-

llas sirvieron de fundamento para acometer la reforma en beneficio de los sargentos que se distingan por sus hechos de armas.

***

Objeto de comentarios y de censuras—que por varias partes y muy autorizadas nos llegaron y de ellas se hicieron eco en sus columnas varios periódicos—fué la medida adoptada por el digno ministro de la Guerra, ilustre general Azcárraga, abreviando los cursos en las Academias militares.

Los que cometaron el acuerdo, argumentaban de este modo:

En la pasada guerra civil hubo necesidad de acudir á este sistema, y aun á otros más radicales, para atender con la urgencia que el caso requería, á las numerosas unidades de nueva creación que hicieron elevar el efectivo de nuestro ejército en campaña á más de *tres cientos mil* hombres.

Pero lo que en aquella época estuvo justificado por la carencia absoluta de oficiales subalternos, no lo estaba á la sazón, por la razón poderosísima de tener más de *dos mil* oficiales de esta clase en las reservas activa y gratuita, permanente.

¿A qué abreviar los cursos existiendo una reserva tan numerosa de subalternos?

Si por causas, que somos los primeros en respetar—decían los comentaristas—no quiere el general Azcárraga disponer el destino á Cuba de los subalternos de la reserva activa, ¿por qué no acepta los servicios de los de la escala gratuita que han solicitado diferentes veces ir á combatir á los enemigos de la patria?

Esa escala la formaban aquellos sargentos veteranos, obligados en mal hora á abandonar las filas del ejército.

Todos ellos debieron ser los primeros llamados á defender la integridad del territorio en la gran Antilla.

***

Nos comunicó uno de nuestros activos corresponsales de Cuba, en telegrama del día 23, algunos pequeños encuentros de nuestras tropas con los insurrectos; la aparición de otra partida de treinta separatistas en Soledad—poblado de Puerto Príncipe, cercano á Las Villas—y la presentación á las autoridades de varios jóvenes, pertenecientes á familias distinguidas, que se habían unido á los insurrectos de Puerto Príncipe.

Nos dió cuenta también nuestro informante de que el día anterior había llegado á la isla el segundo batallón del primer regimiento de infantería de Marina, y que los voluntarios de Santiago de Cuba habían recibido orden de entrar en campaña para reforzar las fuerzas del ejército.

Por el ministro de la guerra se aprobó la organización de las guerrillas en el ejército de Cuba.

En la región de Puerto Príncipe se debía formar una guerrilla de 150 á 200 hombres, con fracciones de 50 indivíduos.

Cada una de las fracciones debía ser mandada por dos oficiales, dos sargentos y cuatro cabos.

En Santiago de Cuba debían formarse tres guerrillas y dos en Bayamo y Manzanillo, de cien hombres cada una al mando de un capitán, dos tenientes, dos subtenientes, cuatro sargentos y ocho cabos.

Las tropas nuevamente agregadas formaban dos batallones de infantería que se denominarían octavo y noveno peninsulares. Cada ba-

tallón estaba compuesto de seis compañías, formando un total de 896 plazas y representando un gasto anual para el Tesoro de 290.215 pesos.

***

Cuando en algunos ingenios, deseosos sus dueños de aprovechar el canicular, se emprendieron los trabajos preparatorios para moler la caña que no pudieron cortar en la época ordinaria de la molienda, circuló una orden manuscrita de Máximo Gomez, refrendada por don Salvador Cisneros, B. Marqués de Santa Lucía y fechada en Najasa el 1.° de Junio, conminando con incendiar los campos de caña y demoler las fábricas de las fincas azucareras en las que se intentase hacer la zafra.

Estas amenazas del *generalísimo* intimidaron á los dueños de los ingenios y les decidieron á paralizar los trabajos y abandonar la caña que ya tenían cortada, quedando con ello sin trabajo un millar de *guajiros* que se habían contratado para «El Senado» y «El Lugareño».

El rumor público atribuyó esta medida de Gomez al propósito de engrosar las filas rebeldes con esa gente, que careciendo de pan y trabajo, pensó que acudiría á echarse en brazos de la revolución. Mas los cálculos le salieron fallidos y contraproducente la medida, pues aquella masa de jornaleros acudió en su mayoría á afiliarse á las guerrillas del Gobierno.

Los grupos de insurrectos ó comisiones que en las inmediaciones de las ciudades vigilaban á fin de impedir que del campo entrase nada que pudiera ser objeto de comercio, particularmente ganado, continuaban quemando las carretas con los artículos que de las fincas y *sitierías* conducían y deteniendo las piaras de reses, á cuyos conductores les instruían de las penas severas á que serían sometidos si reincidían.

En Matanzas fueron reducidos á prisión muchos sospechosos y relevada la guarnición de Santiago de Cuba.

En Caney, los insurrectos atacaron á la guarnición del fuerte de Santa Ana y fueron valerosamente rechazados, dejando tres muertos.

HEROICA DEFENSA DEL INGENIO «TRANQUILIDAD»

El coronel Michelena atacó también á una partida de rebeldes, que huyó á la desbandada, presa del mayor pánico, dejando sobre el campo veintidos muertos, entre ellos al cabecilla Polanco que mandaba la caballería.

CAPITULO XXVII

El combate del central «San José».—El comandante señor García Delgado.—Batida y dispersión de las partidas insurrectas.—Muerte del cabecilla Rafael Cazallas.—Su identificación y conducción á Placetas.—Acta de identificación.—Presentación de rebeldes.—Soldados heridos.—Crítica situación de la columna.—Jefe y oficiales que la mandaban.—Disgregación de la partida de Cazallas.—Ataque y heróica defensa del ingenio «Tranquilidad».—El teniente don Dionisio Riancho.—Lucha desesperada.—Las bajas del enemigo.—Nuestros muertos y heridos.—Brillante fiesta en Manzanillo, en honor y obsequio de los héroes del ingenio «Tranquilidad».—Discurso del Alcalde.—Misa de campaña.—Desfile.—Visita á los heridos y al hospital de Caridad.—Banquete en el Casino Español.—Brindis.

El día 23 de Junio, tuvo conocimiento el comandante García Delgado, por una pareja de la guardia civil, de que numerosas fuerzas enemigas se hallaban acampadas en el central San José.

Inmediatamente se dispuso á salir á atacarlas, con dos compañías á sus órdenes, en combinación con la guerrilla montada que se encontraba en la plaza y se componía de setenta á ochenta caballos.

Esta fuerza, salió con la anticipación necesaria para llegar al chucho del central San José, al propio tiempo que la infantería, la cual tomó el tren de vía estrecha y llegó á las tres de la tarde próximamente al chucho de la mencionada finca entablando acto seguido combate con los insurrectos.

El central San José es uno de los ingenios ó fincas azucareras más importantes de la jurisdicción de Santa Clara y se halla situado en la línea férrea de San Juan de Remedios á Placetas.

En su *batey* se hallaban acampados los insurrectos, desde algunas horas antes de ser sorprendidos por nuestras tropas, habiéndose reunido allí todas las partidas que merodeaban por la jurisdicción y que en junto ascendían á unos mil doscientos ó mil trescientos hombres, de los cuales una gran parte carecían de armas.

A las tres de la tarde llegaban al apeadero del central San José, las dos compañías del batallón de Isabel la Católica al mando del comandante señor García Delgado, que desde Placetas habían salido en busca del enemigo.

Al llegar el tren al apeadero del central y parar para bajar la fuerza que conducía y había visto ya al enemigo, éste hizo fuego contra ella, contestando en el acto la columna con varias descargas tan certeras, que se vieron caer sobre el campo enemigo numerosos heridos y muertos.

Los insurrectos emprendieron precipitada fuga, en completo dispersión hácia Vista Hermosa y San Andrés.

El bizarro jefe de la columna dispuso continuasen en el tren trece heridos de nuestras tropas y dos muertos que resultaron al descender del tren, y continuó el combate y emprendió la persecución del enemigo.

Las partidas insurrectas eran las mandadas por los cabecillas Rafael Cazallas y Justo Sanchez, y sus fuerzas se hicieron ascender á seis cientos ó setecientos hombres.

***

El general Luque, al enterarse del suceso, se trasladó desde Santa Clara á Camajuaní, á donde llegó á las once y media de la noche, siguiendo desde allí á San Andrés.

El escuadrón de caballería de Loma Cruz, mandado por el teniente coronel de voluntarios señor Garí, se unió á la columna de Isabel la Católica en los momentos de ser ésta atacada por los insurrectos.

En dicho combate murió el jefe de la partida insurrecta levantada en Vueltas, Rafael Cazallas, cuyo cadaver fué enterrado por los suyos en las lomas de San Andrés, distante dos leguas del lugar de la acción.

La muerte de ese cabecilla fué de gran significación para la causa separatista por las simpatías que disfrutaba y el prestigio que entre los suyos tenía por su valor y condiciones personales.

Noticioso el comandante militar de Placetas de la muerte del cabecilla Cazallas y sabedor por confidencias que tuvo de que al cadaver se le había dado sepultura en un lugar no distante de aquella población, salió la mañana del día 23, acompañado de las autoridades civiles, de varios jefes y oficiales del escuadrón de voluntarios de Camajuaní, médicos municipales, y escolta guardia civil y voluntarios, en dirección al sitio en que tuvo lugar el encuentro.

Una vez en el central siguieron el rastro del enemigo, y en las lomas llamadas Bella Unión, cerca de una cañada, encontraron una sepultura recientemente hecha, y en ella casi á flor de tierra, un cadaver que resultó ser el del susodicho cabecilla.

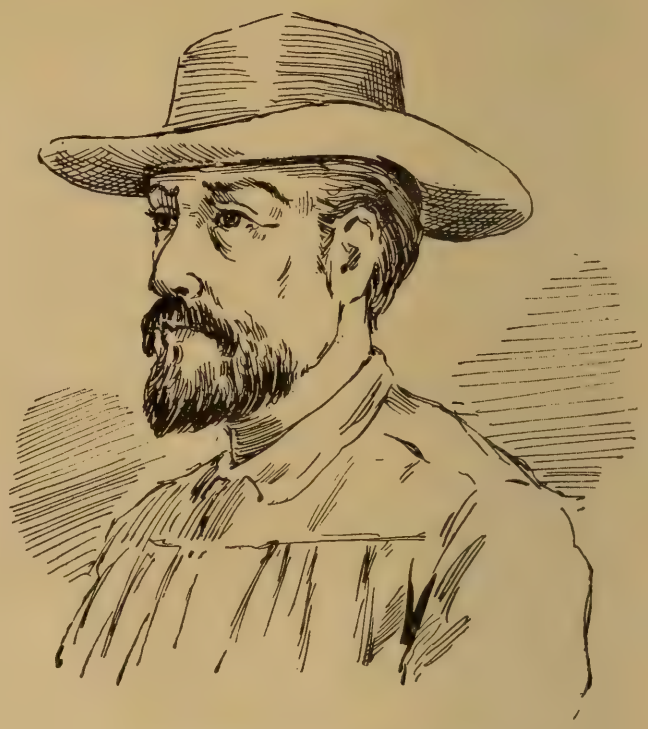
Reconocido é identificado por algunas de las personas presentes, dispuso, sin embargo, el referido comandante de armas, su traslación á Placetas, con el fin de que la identificación revistiera mayor solemnidad, tratándose de un jefe separatista muy conocido en aquella comarca y de relativa importancia y significación entre los insurrectos.

Así se hizo, regresando todos á Placetas, acompañando y custodiando el cadaver del jefe insurrecto.

***

Al llegar el fúnebre convoy á Placetas, el señor comandante militar ordenó que se depositase y expusiera el cadaver en el cementerio de la villa y se formase el oportuno expediente para que, con las formalidades debidas, se hiciere constar por escrito el suceso y se procediera á levantar el acta correspondiente.

Un número considerable de vecinos acudió á ver el cadaver, en el cual reconocieron todos al que en vida habíase llamado don Rafael Cazallas.



CABECILLA DURAN

Confirmada la identificación por el testimonio del público, procedióse á levantar la oportuna acta, en los términos que se consignan en el siguiente documento que, en su día, nos remitió nuestro activo corresponsal en la Habana, asegurando ser copia íntegra y fiel del acta de referencia.

«*Acta de identificación.*—En la villa de Placetas á veinte y tres de Junio de mil ochocientos noventa y cinco.

Ante el señor comandante de armas y Secretario nombrado, com-

parecieron don Domingo Perez Avalo, don Leandro Castañón y Diaz, don Francisco Casanova y García y don José Rosas Rodriguez, todos vecinos de este término y propietarios, á los que se les recibió juramento en debida forma, y dijeron: Que el cadaver que se les ha puesto de manifiesto pertenece al que en vida se llamó don Rafael Cazallas, persona á quien conocían desde hace muchos años.

Y respondiendo de haber dicho la verdad por su juramento, se les leyó íntegra la presente acta, y hallándose conformes con lo en ella consignado, firman después del señor comandante, por ante mi, de que certifico.—Siguen las firmas.»

Al cadaver se le dió sepultura ante los testigos don Domingo Perez, don Francisco Sanchez, don José Flores Pedrosa, don José Roche, don Justo Ledesma y don Hilario Candela.

***

Con la muerte del cabecilla Cazallas y la activa persecución de que fué objeto su partida, después del combate librado en San José, fueron muchas las presentaciones de insurrectos, llegando á más de veinte las efectuadas en un solo día en San Juan de Remedios, Placetas, Vueltas, Camajuaní y Zulueta.

Los soldados heridos y trasladados á Remedios, en cuya enfermería reglamentaria fueron perfectamente asistidos por el doctor Sariñena, facultativo de reconocida pericia, se llamaban:

Soldados.—Fermín Iglesias Illón, Rufino Azañón Rodriguez, José Garmendia Allerde, Juan Mackón Orbi, Antonio Clariment Galindo, Fermín Abad, Ricardo Collaso Moreno, José Zabala, Ignacio N... y Isaac Bermudez Cortés.

También fué herido gravemente y hecho prisionero, un insurrecto

apellidado Gallo, el cual fué conducido igualmente á dicho hospital militar y asistido y curado como nuestros soldados.

Al llegar el tren que conducía los heridos á la estación de Remedios, varios vecinos condujeron en hombros los catres en que iban aquellos colocados y los llevaron desde la estación de Hernando al Hospitar militar.

Otros fueron llevados en coches, que pagó el M. I. Ayuntamiento.

Los médicos y farmacéuticos de Zulueta, no obstante ser civiles y no tener nada que ver con lo militar, se portaron admirablemente y demostraron caballeroridad y filantropía.

Las sensibles bajas causadas á la columna, se atribuyeron en su mayor parte, á haberse aproximado el tren que conducía la tropa hasta el mismo sitio en que se hallaba la fuerza enemiga parapetada tras unos bohíos, desde donde pudo hacer á mansalva un nutrido fuego á la columna al bajar del tren.

Otra versión, completamente distinta, atribuyó dichas bajas á lo pantonoso del terreno, que imposbilitaba la rapidez en los movimientos y la brevedad en realizar las operaciones, allí donde el fango llegaba á media pierna de los soldados.

A la pericia y serenidad del comandante señor García Delgado, debióse el no sufrir la columna mayores bajas.

Su oportunidad en mandar formar pequeños cuadros al saltar del tren, á fin de resistir el empuje de la caballería enemiga, que los soldados resistieron victoriosamente, evitó que aquella penetrara entre los nuestros y causara mayor número de bajas, y dió lugar al propio tiempo á que llegase el refuerzo de los ochenta hombres de la guerrilla montada que en combinación con las dos compañias habia salido de Placetas.

Debido á la oportuna llegada de este refuerzo, que inmediatamente cargó contra los rebeldes, ó quizás á la muerte de su jefe, el enemigo,

cuyas fuerzas se hicieron ascender á más de setecientos hombres, se declaró desde luego en completa dispersión, fraccionándose en pequeños grupos y huyendo hácia las lomas de Bella Unión.

***

Según nuestros informes fué por demás crítica la situación del comandante señor Delgado al detenerse el tren en el centro de la fuerza enemiga.

Esta, recibió á la columna con descargas mortíferas para la tropa, á causa de estar hacinada en vagonetas descubiertas; pero causó admiración á quienes lo presenciaban, el arrojo de aquellos bravos soldados que, bajo el fuego de la caballería enemiga cinco veces superior en número, en un instante se arrojaron de las vagonetas, y en pelotones acometieron al enemigo con denuedo tal, que á los quince minutos los insurrectos abandonaron el campo dejando dos muertos y un herido, y catorce caballos.

Las dos compañías de Isabel la Católica formaban un total de dos cientas sesenta y tres plazas y estaban mandadas por los siguientes jefe y oficiales:

Comandante, señor García Delgado.

Capitán, don José Gimenez.

Primeros tenientes, señores Pallardo, Cano, García y Martín.

Segundo teniente, señor Ventura.

Los insurrectos en su huída cortaron las líneas telegráficas y telefónica y destruyeron una alcantarilla del ferrocarril en San Andrés.

Se supuso que su propósito al reunirse en el Central de San José fué atacar el poblado de Zulueta, lo cual impidió la oportuna batida de la columna del bizarro comandante señor Delgado.

Tres fueron las partidas que se reunieron en San José; la de Castillo, la de Cazallas y la del pardo Periquito Diaz.

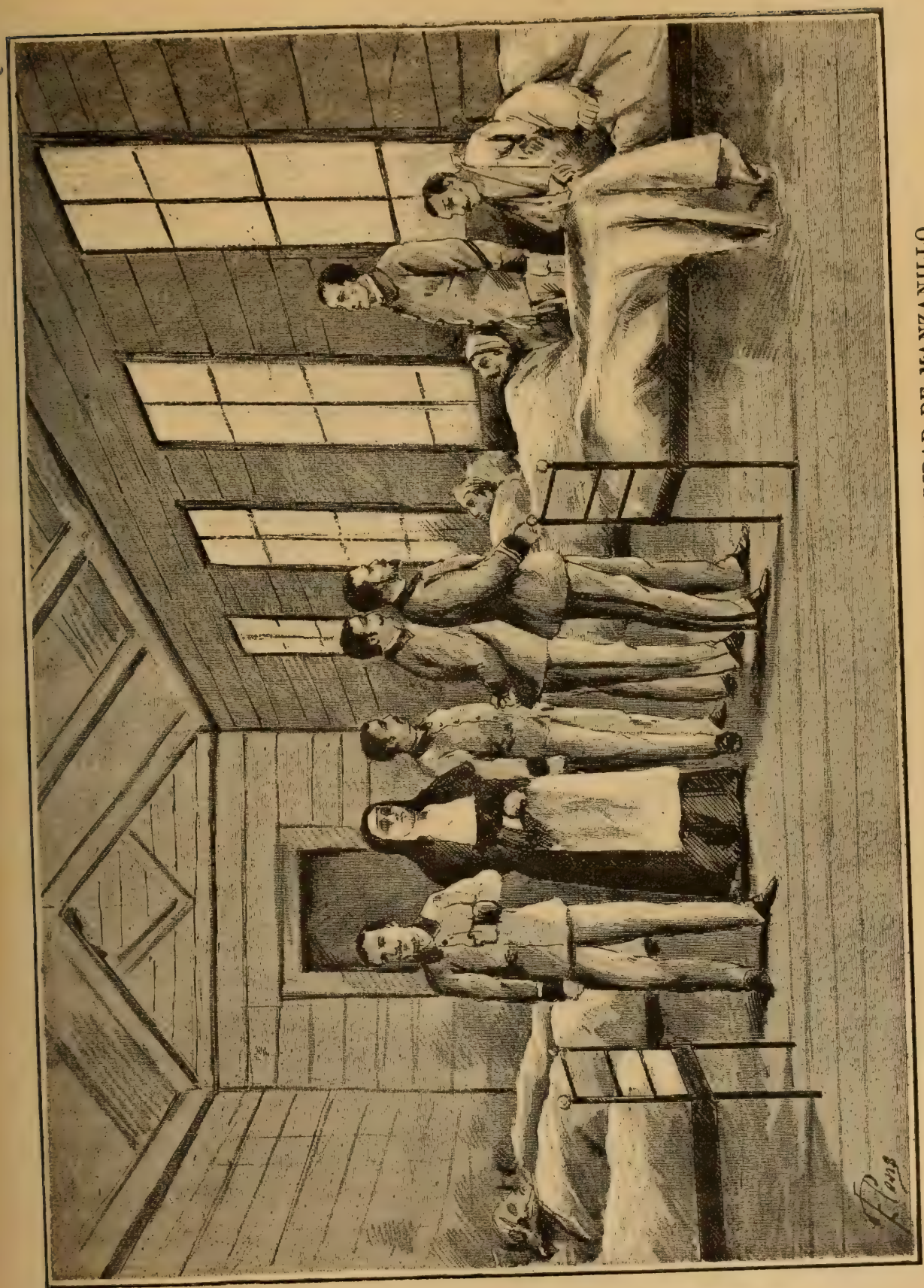
Llegaron á la una de la tarde al central y estuvieron hasta las tres, llevándose caballos, armas y monturas.

Después de la acción y de la batida llevada á cabo por la columna del señor Delgado, éste regresó al ingenio donde pernoctó.

FIESTA EN MANZANILLO EN HONOR Á LOS HÉROES DEL INGENIO «TRANQUILIDAD»

A consecuencia de tan brillante hecho de armas, fueron muchas las presentaciones de rebeldes, y el espíritu público se levantó y sacudió el medro de que estaba poseido,

Más tarde se supo por un vecino de Jagüey que los insurrectos de dicha partida enterraron varios muertos que conducian en la retirada de San José, en el potrero Alcantarilla, y por un presentado al comandante de armas de Camajuaní, que aquella se hallaba dividida y por completo desmoralizada.



VISITA Á LOS HERIDOS EN EL HOSPITAL DE CARIDAD DE MANZANILLO

***

Digno de ser narrado también con todos sus detalles, fué el brillante hecho de armas llevado á cabo por el primer teniente del batallón de Isabel la Católica, don Dionisio Riancho Obregón, en la mañana del 4 de Junio.

Nos referimos al ataque por la partida insurrecta que mandaba el cabecilla Amador Guerra, del ingenio «Tranquilidad» y heróica defensa del destacamento que lo custodiaba compuesto de veinticinco soldados y un sargento al mando del referido teniente señor Riancho.

Casi á las puertas de Manzanillo, esto es, á tres cuartos de legua escasos, se halla situado el ingenio central de la viuda del señor don Roque Reig, titulado «Tranquilidad».

A unos cuarenta metros del ingenio había una casa de madera, destinada á guarecer al destacamento, á cuyo alrededor estaban construyendo una trinchera ó empalizada de postes, los soldados que componían aquél.

Donde se levantaba la trinchera, que no estaba aun terminada, había un camino que conducía al cercano poblado del Congo.

Serían las cinco de la mañana, cuando el soldado que estaba de centinela en la empalizada, vió aparecer en el camino una carreta tapada por su exterior con hojas de plátano y yaguas, figurando llevar viandas.

Dentro de la carreta iban escondidos unos veinte hombres que formaban la vanguardia de la partida, á más del carretero y narigonero que guiaban la yunta.

Cuando el pesado vehículo llegó á pocos pasos de la trinchera y

frente á la puerta de la misma, que coincidía con la de la casa, se atascó en el lodazal del camino.

***

Ante ese imprevisto accidente, los que iban ocultos dentro de la carreta, saltaron precipitadamente al camino é hicieron fuego sobre el centinela, lanzándose á la vez á las aspilleras y acometiendo con gran brío la puerta de entrada.

El centinela disparó su fusil y dió la voz de alarma.

Al instante salió el sargento en unión de dos soldados á inquirir lo que ocurria, siendo recibidos por el enemigo con una descarga cerrada que les causó la muerte inmediata.

Los *mambises* se habían pegado á la empalizada, y metiendo unos los cañones de sus rifles por entre las aberturas de los troncos y subidos otros en lo alto de los postes, pudieron disparar á boca de jarro contra aquellos tres valientes cuánto desgraciados defensores de la honra nacional.

Apercibida la demás fuerza del destacamento que se hallaba en la casa, acudió á la defensa de la trinchera, trabándose el combate cuerpo á cuerpo y rompiendo el fuego á quema ropa.

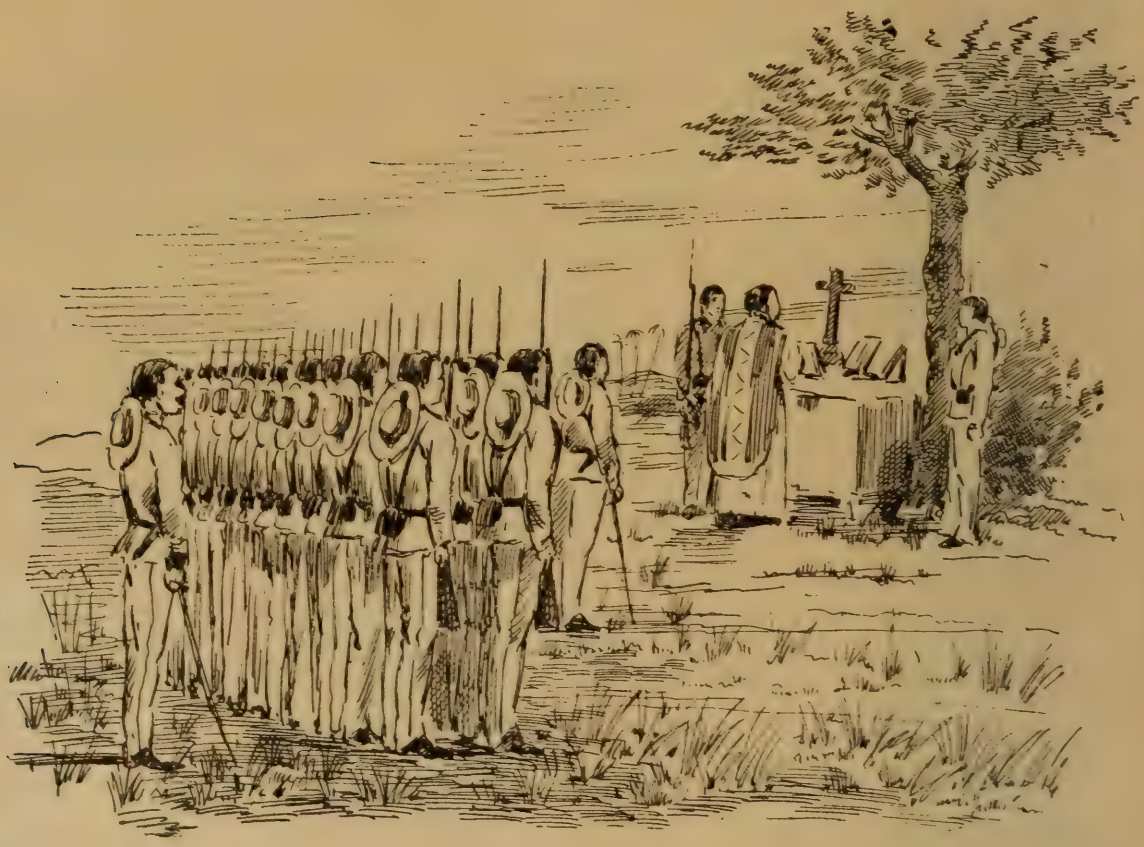
El teniente-jefe del destacamento, con una serenidad y un aplomo admirables, sin tener en cuenta el considerable número de enemigos que por doquier le rodeaban—en aquel momento se había reunído ya á la vanguardia todo el grueso de la partida, que se dijo se componia de más de 150 hombres,—y sin dar oídos á las repetidas intimaciones que se le dirigían para que se rindiera, diciéndole que estaba irremisiblemente perdido y que morirían él y todos los suyos, animaba á sus soldados y se multiplicaba de una manera pasmosa, desafiando á la muer-

te, que por todas partes le amenazaba y dando admirable ejemplo de valor y serenidad, pronto á todo y atento siempre á sustituir al desventurado que caía bajo el plomo enemigo, con otro valiente que vengara la muerte de su compañero de armas.

La lucha, desde sus principios fué ruda y terrible.

El combate duró una hora.

Al fin, el enemigo, al ver las considerables bajas que se le hacían



MISA DE CAMPAÑA EN SUFRAGIO DE LOS HÉROES MUERTOS EN EL INGENIO «TRANQUILIDAD»

y comprendiendo lo imposible que iba á serle conseguir lo que en un principio juzgara tan fácil,—sin tener en cuenta que se trataba de soldados españoles, de soldados que jamás se rinden y son leones en la

pelea,—empezó á desmayar y á recojer sus heridos, no sin seguir atacando, hasta que se retiró, dejando cuatro muertos al pié de la empalizada.

***

Tan pronto tuvo conocimiento el comandante militar de Manzanillo de la presencia del enemigo en el central «Tranquilidad» ordenó que saliera en auxilio del destacamento que lo custodiaba la guerrilla de Isabel la Católica, al mando de su comandante señor García; pero cuando llegó esta fuerza al ingenio ya el enemigo se había retirado.

Sin embargo, en el reconocimiento que practicó por aquellas inmediaciones recogió un herido que dejaron en un cañaveral y logró hacer tres prisioneros que habían perdido sus cabalgaduras.

Según estos manifestaron, los insurrectos llevaban diez y siete heridos, en su mayoría de gravedad suma, figurando entre ellos el segundo de la partida, que era un mulato llamado Ferrales, que tenía fama de muy valiente y atrevido.

Posteriormente se dió como segura su muerte y que los heridos ascendían á veinte y tres, todos pertenecientes á la escolta del cabecilla Amador Guerra, escogida por éste entre los más valientes y atrevidos de su partida.

Los cuatro cadáveres que los insurrectos dejaron sobre el campo de la acción, fueron recogidos y llevados al Hospital civil de Manzanillo, donde se expusieron al público para su identificación y fueron enterrados después en el cementerio de la ciudad.

Los muertos resultaron ser:

José Varona, barbero establecido en Campechuela.

Antonio María Millanés, vecino de Punto Nuevo.
Pedro Marín, zapatero y vecino de Campechuela.
Alberto Fonseca, (a) *El herrero*, de Manzanillo.

***

La treta ó engaño con que pretendieron los *mambises* sorprender al destacamento que custodiaba el ingenio «Tranquilidad» y penetrar en éste, no dejó de ser ingeniosa y astuta, y á no haber tropezado con el valor y la serenidad del teniente señor Riancho, el éxito de su arriesgada empresa hubiera sido completo, logrando apoderarse de veinte y seis armamentos y muchas municiones y de un fuerte situado á las mismas puertas de Manzanillo.

Esto les hubiera alentado y dado nuevos bríos, además de proporcionarles el abastecimiento de viveres en la tienda del ingenio, que estaba muy bien surtido, y que era lo que ellos pretendían y se habían propuesto principalmente.

Gracias al accidente de haberse atascado la carreta, y al denuedo y valor de un puñado de valientes, no pudieron lograr su intento, dando ocasión una vez más á que nuestros soldados demostrasen su heroísmo y castigaran su osadía.

La causa de que la carreta llegara tan cerca de la empalizada, sin que el centinela que en ésta había le diera la voz de ¡alto!, fué debida á la espesísima neblina que cubría el horizonte y que no permitió á aquél verla de lejos.

Las bajas que sufrió el destacamento consistieron en cuatro muertos y cinco heridos.

Muertos: el sargento Manuel Oñate, y los soldados Jaime Quinellas, Tomás Cuervo y Bernardo Fernandez.

El desgraciado Quinellas falleció al ser conducido á Manzanillo.

Heridos: Mauricio Andreu, Ignacio Cubillas, Juan Sanchez, Tomás Ruiz y otro que no pudo dar su nombre por tener destrozada la boca por un balazo.

Unos y otros fueron conducidos el mismo día á Manzanillo, en cuyo cementerio se dió cristiana sepultura, á la mañana siguiente, á los cuatro primeros.

***

El domingo siguiente, día 9 de Junio, tuvo lugar la brillante fiesta que por iniciativa del Casino Español, jefes y oficiales de voluntarios y otros valiosos elementos de Manzanillo, se celebró en honor y obsequio de los héroes del ingenio «Tranquilidad».

El programa anunciado se cumplió en todas sus partes, en medio del mayor regocijo y entusiasmo de todo el pueblo.

A las cinco de la mañana, la banda de cornetas del batallón de voluntarios tocó llamada, y salió á recorrer las calles tocando diana y poniendo la ciudad en movimiento.

El batallón, entre tanto, empezó á reunirse en el cuartel, y á las seis, en correcta formación y á los acordes de la música, emprendió la marcha hácia el lugar donde tuvo efecto la acción heróica, distante como ya hemos dicho, tres cuartos de legua de la ciudad, en busca de los héroes en cuyo honor iba á celebrarse la fiesta.

A vanguardia del batallón, abría la marcha el relevo del heróico destacamento del central «Tranquilidad».

Llegados al ingenio, confundiéronse voluntarios y soldados en apretado abrazo, en medio de atronadores vítores y entusiastas vivas á España y á Cuba española, y después de efectuado el relevo, regresó

el batallón á la ciudad, llevando también á vanguardia al bizarro teniente señor Riancho y sus catorce heróicos soldados. Tres de éstos quedaron enfermos en la casa.

A la entrada de la población esperaban á los héroes, las autoridades militares y civiles y un inmenso gentío, con la música del batallón de cazadores de Colón.

A su llegada se hizo un corto descanso y se vitoreó al bizarro oficial señor Riancho y á sus bravos soldados, á España, á Cuba, al Rey y al batallón de voluntarios.

INCENDIO DEL POBLADO DE CUEVITAS

El alcalde de Manzanillo, pronunció un breve y sentido discurso, ensalzando la brillante acción del central «Tranquilidad» y elogiando el heróico comportamiento de sus defensores.

Con espíritu noble y levantado terminó su oración la primera autoridad popular de Manzanillo, haciendo fervientes votos por la pronta

consecución de la paz y protestando de una guerra entre hermanos, en cuyos pechos no debiera albergarse sino amor y cariño.

El popular alcalde, tan querido y respetado por el pueblo todo de Manzanillo, fué objeto de una gran ovación.

Su patriótico discurso fué acogido con atronadores aplausos y entusiásticos gritos de ¡viva nuestro alcalde! por la numerosa concurrencia que lo escuchó.

***

En cumplimiento del tercer número del programa, batieron marcha la banda y las músicas, y el batallón dirigióse con la numerosa comitiva y un inmenso gentío que les escoltaba á la plaza del Recreo de la ciudad, donde debía celebrarse una misa de campaña en sufragio de las almas de los que tan heróicamente habían muerto dias antes defendiendo el ingenio «Tranquilidad», y la honra de España é integridad del territorio antillano.

En dicha ceremonia ofició el capellán del batallón cazadores de Colón, asistiendo la guardia civil, voluntarios, bomberos y demás fuerzas francas de servicio, amenizando el acto las músicas de Colón y de voluntarios.

Terminada la misa, verificóse el desfile de las tropas ante los generales señores Lachambre y Santocildes.

A tan solemne acto asistió, además, un numeroso gentío en el que figuraban bellas damas y preciosas señoritas, que adornaban los altos de la Casa Capitular, donde la galantería del alcalde hizo que se colocaran asientos, y llenaba los pórticos de la plaza.

Después del desfile, los generales Lachambre y Santocildes con sus ayudantes, el comandante militar señor Castellari, el alcalde señor

Otero Pimentel, jefes y oficiales del ejército, de voluntarios y de bomberos, y una numerosa y escogida comitiva, llevando á su frente la escuadra del batallón de voluntarios y la música de Colón, á los bélicos sones de un bonito paso-doble, se dirigieron al Hospital militar á visitar y saludar á los heridos de la memorable jornada del 4 de Junio.

Todos los visitantes, y muy especialmente los generales Lachambre y Santocildes, tuvieron para los heridos y enfermos frases de elogio y encomio á su valor y heróico comportamiento, y palabras de consuelo para su lamentable estado: frases y palabras que, sin duda, llevarían al alma de los pobres soldados algún lenitivo al angustioso dolor que sentían por verse postrados en la cama de un hospital, lejos de su querida patria y sin tener á su lado para que les asistieran y prodigaran los cariñosos cuidados que su estado requería, á sus amantísimas madres ó hermanas.

***

Por suscripción popular se recogieron fondos con que se obsequ ó á los heridos y enfermos.

Los señores Gonzalez, Mera y Tallés, distribuyeron tres pesos á cada uno de los heridos en el ingenio «Tranquilidan», dos á los de otras acciones y uno á los demás enfermos.

La escuadra de gastadores del batallón de voluntarios, con un desprendimiento y generosidad que les honran, obsequió también con otros tres pesos á cada uno de los heridos en la acción del central «Tranquilidad».

Terminado tan noble y caritativo acto, la comitiva presidida por el caballeroso é hidalgo general Santocildes, dirigióse á la morada del señor alcalde, acompañando al héroe y protagonista de la fiesta, te-

niente don Dionisio Riancho, á su alojamiento, que era la propia casa del señor Otero.

Los catorce soldados del destacamento fueron repartidos entre algunas casas de comercio, que se disputaron la honra de alojar á los héroes del ingenio «Tranquilidad».

Por la tarde, una comisión presidida por la primera autoridad local, pasó al Hospital de Caridad, con el nobilísimo objeto de visitar á los enfermos albergados en el benéfico establecimiento civil y hacer partícipes, también, á los desgraciados que gemían en el lecho del dolor, del obsequio que se hiciera á los soldados.

Entre aquellos, había dos heridos insurrectos, que se encontraban allí procedentes de otras acciones de guerra, á los cuales la comisión les hizo entrega de igual socorro con que obsequiara á sus compañeros de infortunio.

¡Hermoso rasgo de nobleza que honra á los que lo llevaron á cabo, y que nos complacemos en consignar y aplaudir!

¡Muy bien por el señor Otero y demás señores de la comisión!

¡Así debe ser, y lo es siempre, el corazón español!

Valiente hasta el heroísmo en la pelea; duro y fuerte en la lucha con sus enemigos.

Compasivo, generoso é hidalgo con los vencidos.

Todos los enfermos recibieron el correspondiente socorro de manos del dignísimo alcalde, y todos oyeron de labios del señor Otero y demás comisionados frases de consuelo.

Con el producto de la suscripción, que continuó abierta hasta recolectar la suma necesaria, se hizo luego un giro de veinticinco pesos oro á cada una de las familias del bravo sargento y valientes soldados que murieron en el ataque del ingenio «Tranquilidad».

¡Nobilísimo acto que fué unánimente aplaudido, ya que noble y generoso es demostrar de algún modo á las infelices madres que llora-

ban desconsoladas el prematuro fin y noble sacrificio de sus queridos hijos, que la madre patria no las olvida y sabe premiar su abnegación con el agradecimiento y el recuerdo!

...acudieron al lugar del siniestro así que advirtieron el incendio. (Pág. 498)

¡Triste, pero al fin, consolador tributo rendido en nombre de la patria á sus heróicos defensores!

***

A las siete de la tarde, la escuadra de gastadores del batallón de voluntarios y la música de Colón, anunciaron con sus acordes haber llegado la hora de la continuación del programa de la fiesta.

Al efecto, se dirigieron á la morada del señor alcalde, acompañan-

do á las comisiones, en busca de los valientes soldados y heróicos defensores del ingenio «Tranquilidad», reunidos ya con su bizarro jefe y vistiendo todos traje nuevo, incluso el sombrero y calzado, y que esperaban correctamente formados en el patio de la casa.

Incorporados á la comitiva, pasaron á la morada del general Lachambre para impetrar su vénia, y continuaron luego su marcha en dirección al casino.

En el salón principal del Círculo Español, se había colocado una mesa para veinticinco cubiertos, elegantemente adornada, donde tomaron asiento entre los distinguidos comensales, los héroes del central «Tranquilidad».

Durante la comida reinó entre obsequiantes y obsequiados la mayor cordialidad.

Llegada la hora de los brindis, los señores Otero, Lachambre y Santocildes, Jimenez, Camino y otros, pronunciaron sentidas y elocuentes frases laudatorias para el bizarro teniente señor Riancho y sus soldados, brindando todos por la paz, por España, por Cuba, por el Rey, por el general en jefe, por el ejército español y los voluntarios; brindis que fueron acogidos por la concurrencia con atronadores aplausos y contestados con entusiastas vivas.

El teniente señor Riancho, con fácil palabra, pero profundamente emocionado, dió las gracias en su nombre y el de sus soldados, al Casino Español y á los iniciadores de la fiesta por sus obsequios y atenciones, de los cuales conservarían todos gratísimo y perdurable recuerdo, brindando al terminar su breve y sentido discurso, por España, por Manzanillo y su primera autoridad popular, por el Casino Español, por el Rey, por los generales Lachambre y Santocildes, por el ejército y por los voluntarios.

Una salva nutrida de aplausos coronó el elocuente discurso del bizarro oficial.

Uno de los soldados,—español, sin duda, de pura raza—con la mayor oportunidad y galantería, obsequió con una flor que arrancó de uno de los ramilletes que adornaban la mesa, á una de las bellísimas hijas del alcalde señor Otero.

La galantería fué muy celebrada por todos los concurrentes.

El banquete fué costeado por el Casino, y los obsequios á los heridos y ropa á los catorce soldados, por suscripción popular.

La fiesta estuvo brillantísima, reinando en todo ella el mayor orden y la mayor corrección, la mayor alegría y el mayor entusiasmo.

Por ello merecen sus iniciadores bien de la patria y nuestro más sincero y entusiasta aplauso.

CAPITULO XXVIII

Incendio del poblado de Cuevitas.—Alarma y sobresalto en Santiago de Cuba.—Cuevitas.—Auxilio oportuno.—La guerrilla local de Santiago.—Huída de los incendiarios.—Brutales asesinatos.—Saqueo é incendio.—Don Victoriano Baldoquin.—El jefe de la partida.—*Interview*.—Indignación y protesta.—Bando del general Salcedo.—Comentarios y aclaración.

De intento dejamos de narrar, al dar cuenta de él en capítulo anterior, el incendio del poblado de Cuevitas, (Santiago de Cuba) á fin de hacerlo extensamente y con todos sus pormenores y tristísimos detalles en capítulo aparte.

Sumida se hallaba en el poético silencio de una plácida noche de verano la ciudad de Santiago de Cuba, y entregados sus pacíficos moradores al descanso de sus diurnas tareas, cuando de pronto fué aquél interrumpido por el extenso vibrar de las campanas de la torre dando la señal de fuego.

Eran las once de la noche del día 8 de Junio.

Al principio creyóse que el siniestro ocurría en la población por lo que la alarma consiguiente cundió con la celeridad del rayo entre los azorados habitantes, que sobresaltados se arrojaban de sus lechos para inquirir si el voraz y terrible elemento había hecho presa en sus propias casas.

Pronto pudieron tranquilizarse los sobresaltados ánimos al saber que se trataba de un incendio en uno de los pequeños poblados inmediatos á la ciudad.

Apresuradamente salieron algunos vecinos á la azotea de la casa del señor Cañellas, desde donde contemplaron el imponente espectáculo que el devorador elemento ofrecía en medio de la semi-obscuridad de la noche.

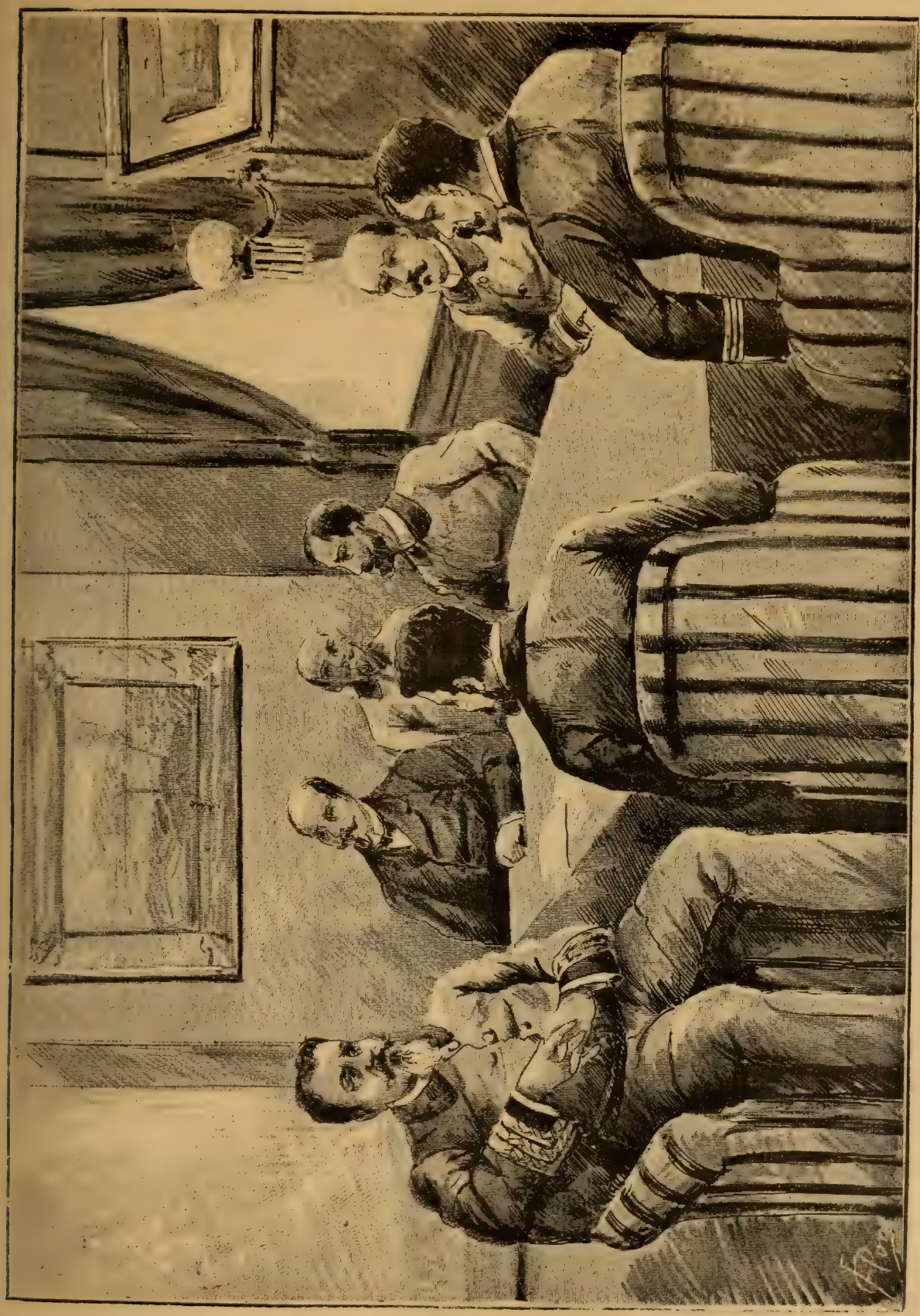
Hácia el noroeste, detrás de las montañas que rodean á Santiago

ASESINATOS EN EL POBLADO DE CUEVITAS

de Cuba se levantaba inmensa columna de rojas llamas y negra y espesa humareda.

Entre la semi-obscuridad que en los espacios reinaba, veíanse claramente los progresos del incendio, que á ratos parecía extinguirse para crecer enseguida con mayor ímpetu y fuerza.

La noche serena, sin un soplo de brisa, hacía que la densa columna de humo con destellos rojizos se elevase con terrible lentitud y dere-



ENTREVISTA DEL GENERAL MARTINEZ CAMPOS CON LOS JEFES DE VOLUNTARIOS DE LA HABANA

cha hácia el firmamento tachonado de estrellas, mostrándose cada vez más potente y voraz.

Por la situación de las llamas, bien pronto dedujeron los conocedores del país, que el poblado que ardía era Cuevitas.

***

Cuevitas es el segundo de los paraderos de la línea férrea entre Santiago de Cuba y El Cristo, y formaba un poblado compuesto de la estación del ferro-carril, algunas docenas de casas en su mayoría de guano, y algunas quintas de recreo donde las personas pudientes de Santiago acostumbraban á pasar los veranos.

Por su proximidad á la capital, Cuevitas presentaba siempre gran movimiento.

Los entusiastas bomberos de Santiago quisieron acudir al lugar del siniestro, pero se les hizo desistir de sus buenos deseos y nobles propósitos, atendiendo á que hubieran llegado cuando ya el incendio, falto de combustible, se habría extinguido.

Veintiseis hombres de la guerrilla local de Santiago que se hallaban prestando servicio de vigilancia por los alrededores de la población, acudieron al lugar del siniestro así que advirtieron el incendio.

Al llegar á Cuevitas encontraron á los incendiarios entregados á su infame y vandálica tarea, y tratando de propagar el fuego á las pocas casas que las llamas habían respetado.

Con verdadera furia cayó la guerrilla sobre ellos, poniéndolos en inmediata fuga é hiriendo á dos de los criminales, é impidiendo que el fuego se propagara á los bohíos que aun quedaban intactos.

Cuevitas no tenía destacamento: por su proximidad á la capital se creían sus habitantes seguros y garantidos de no ser atacados por los

filibusteros, y nadie había previsto el audaz golpe de aquellas hordas de salvajes ó banda de foragidos.

Situado á tres kilómetros de Santiago, distancia que recorre el tren en diez minutos, era el lugar favorito de las personas pudientes de la ciudad para ir á pasar el verano. Sus casas de madera, no muy grandes, pero todas limpias y pintadas, eran de agradable aspecto. En su parte más alta, algunas quintas más amplias y con mayores comodidades completaban el panorama.

Posteriormente, para evitar que los insurrectos quemaran los puentes del ferrocarril, se construyeron varios fortines á lo largo de la línea, uno de ellos á quinientos metros de dicho poblado, dominando el puente llamado del Purgatorio, nombre que toma del arroyo que por allí discurre.

***

En Cuevitas no había cundido aun temor ni alarma de ningún género.

A las nueve y media de la noche del 8, pasaron por el poblado veintiseis hombres de la guerrilla local de Santiago, al mando de su teniente don Antonio Meseguer, los cuales prestaban servicio de vigilancia recorriendo la línea.

Indudablemente, los insurrectos vieron pasar la guerrilla desde la guarida en que se hallaban ocultos ó apostados en las inmediaciones del poblado, y aunque en número cuatro ó cinco veces superior, no creyeron prudente atacarla, esperando ocasión de poder cometer impunemente los actos vandálicos, cuya ejecución tenian proyectada y allí les llevara.

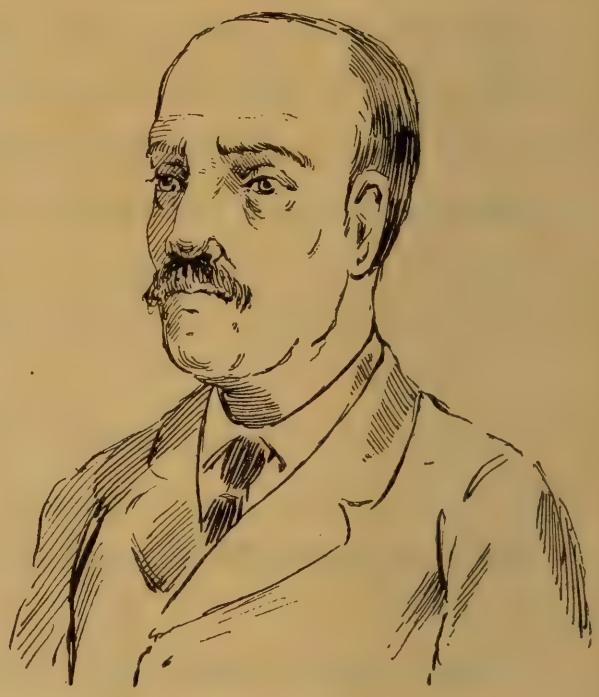
Esperaron, pues, que la guerrilla continuara su marcha, y una vez

la creyeron lejos ya del que habian escogido por teatro de sus fechorías, penetraron cautelosamente en el poblado.

Serían unos ciento treinta hombres, todos de la raza de color; pero según dijeron los vecinos, por el escándalo y horrible vocerío que armaban, parecian trescientos.

Su jefe, que era un blanco llamado Durán, se quedó con un grupo de veinte hombres á legua y media del poblado, en el camino real de Bayamo.

Entraron con gran sigilo por la parte alta del poblado, hacia la izquierda, yendo de Santiago al Cristo.



DON VICTORIANO BALDOQUIN

***

En medio de la única calle del poblado se hallaban conversando tranquilamente, formando un grupo, los vecinos don Tirso Marcos Garcia, don Antonio Castañeda, don Victoriano Baldoquin y el súbdito italiano, vendedor de baratijas, don Antonio Roche, cuando de improviso se vieron rodeados por un numeroso grupo de *mambises*, los cuales, sin mediar palabra ni explicación alguna, los ataron fuertemente y los arrastraron hacia las afueras del poblado.

Al hallarse á unos quinientos metros de distancia de la población, la emprendieron con ellos á machetazos, asesinándolos cobarde y villanamente.

En tanto, otro grupo de foragidos penetraba en la tienda panadería de don Pedro de la Llana.

Pidierónle de beber y después de haber bebido cuanto quisieron, se apoderaron del dueño del establecimiento, de su compadre don Salvador Peña, exguardia municipal y del trabajador don Miguel Nicolás, y atándolos también codo con codo los arrastraron á las afueras de la población y allí los asesinaron brutal y alevosamente.

Antes de abandonar el establecimiento, pegaron fuego á la casa.

Mientras esto ocurría, los demás de la banda se entregaban del mismo modo al pillage y al incendio.

Provistos de latas con petróleo iban pegando fuego, á cuantas casas al paso hallaban, después de saquearlas.

El nuevo y bonito ápeadero «Gloria», que hacia muy poco habia costado mil quinientos pesos, y las casas del señor Batlle, alcalde de barrio, la de don Juan M. Villalón, en la cual se hallaban depositados los útiles de la escuela del pueblo, las de don Pedro de la Llana, don José de la Llana, don Manuel Arango, don José Rovira, señora viuda de Bernal, y además un largo colgadizo con cinco viviendas, donde habitaban otras tantas familias, fueron pronto pasto de las llamas.

En junto, quedaron destruídos catorce edificios independientes unos de los otros.

***

Entregados se hallaban aquellas gavillas de incendiarios á su infame y devastadora tarea, y, seguramente, hubieran destruído por completo el poblado, cuando se presentó un oportuno, aunque algo tardío auxilio.

La guerrilla local de Santiago, antes citada, y que como hemos

dicho pasó por Cuevitas á las nueve y media de la noche, al llegar al crucero de los montes de Santa Inés y Enramadas, advirtió el siniestro resplandor del incendio, y volviendo sobre sus pasos, dirigiose apresuradamente al poblado.

Al llegar á Cuevitas, y ver el horrible espectáculo que á sus ojos presentaba el voraz elemento, cayó con furia sobre las hordas mambises, quienes sorprendidas en medio de su infame tarea y cobardes como todo criminal, se dieron á la fuga, no sin que se les hicieran dos muertos y varios heridos.

Los valientes guerrilleros se dedicaron entonces á aislar el incendio, ya que otra cosa no era posible, á fin de preservar de las llamas á los pocos bohíos que el devorador elemento habia respetado y á los cuales no habia llegado aun la tea incendiaria de los *mambises*.

En aquel momento se presentó al jefe de la guerrilla que dirigia tan humanitaria operación, teniente señor Meseguer, el vecino don Victoriano Baldoquin, herido por aquellas hordas salvajes y que pudo librarse de ser rematado, merced á la intervención del jefe de la partida.

Refirióle lo ocurrido y después de habersele prestado los auxilios necesarios y que su estado requeria, salió guiando á los guerrilleros al sitio de la hecatombe, con objeto de recoger los cadáveres de sus desventurados compañeros de martirio.

Con gran sorpresa y alegría, al reconocer los muertos, vióse que el súbdito italiano don Antonio Roche vivia aún, á pesar de haber sufrido siete horribles machetazos.

Recogidos heridos y muertos, fueron trasladados á Cuevitas y de allí á Santiago, en cuyo cementerio dióse cristiana sepultura á estos, ingresando los heridos en el hospital civil.

***

Reconocido por los facultativos el don Antonio Roche, vióse que que su cuerpo se hallaba materialmente destrozado.

Tenia siete machetazos; tres en el brazo izquierdo, de los cuales uno le destrozó el cúbito y el radio, lo que hizo necesaria su amputación; otros dos próximos á la clavícula izquierda y los dos restantes en la parte izquierda de la cabeza.

El otro herido, don Victoriano Baldoquin, tenia una sola herida trasversal en la cara, de poca gravedad.

Como su estado no le impedia hablar, fué interrogado convenientemente por la autoridad judicial, á la que hizo las siguientes manifestaciones.

—«Me llamo Victoriano Baldoquin Septien, tengo cincuenta y tres años y hace más de veinte que estoy en Cuba, dedicado siempre á los trabajos del campo. Al comienzo de esta guerra estaba desempeñando el cargo de capataz en el cafetal *Alianza*, situado en término de Brazo de Cauto, pero á consecuencia de la insurrección se paralizaron los trabajos y entonces hube de trasladarme con mi familia á Cuevitas.

»La noche del suceso, hallábame conversando con otros vecinos del pueblo en medio de la calle Real, ó sea la única del poblado. Había estado hablando con Castañeda, con Tirso, y con ese (y señaló al desgraciado italiano, tendido en la cama inmediata) y ya me retiraba á mi casa, cuando no bien había andado unos veinte pasos, me ví rodeado por quince ó veinte hombres, que me dijeron:

—No grites y sigue.

»Comprendí enseguida al verlos armados con rifles y carabinas, que eran filibusteros, y temiendo que me macheteasen quise escaparme.

»Entonces uno de ellos me pegó un machetazo, causándome esta herida que V. vé, y atándome codo con codo me obligó á que pasase delante.

»No teniendo otro remedio, obedecí la orden, considerándome ya hombre perdido.

»Cuando estuvimos fuera del poblado, me volví hácia los primeros que detrás de mi venían y les dije que deseaba hablar con el jefe, porque yo era un hombre pacífico, que no me metía con nadie, y nunca en mi vida había cojido un arma en mi mano.

»Entonces uno de la partida, reconociéndome, sin duda, me pre-

vióse que el súbdito italiano don Antonio Roche vivía aun... (pág. 502)

guntó si había sido capataz en el cafetal *Alianza*, y habiéndole contestado que si, convenció á sus compañeros para que me condujesen á donde estaba su jefe.

***

«Seguimos caminando como cosa de media hora, hasta llegar al camino real de Bayamo, donde se encontraba con una escolta el jefe de la partida.

Presentáronme á él, y yo le repetí lo mismo que había manifestado á mis aprehensores, rogándole que no me matasen porque era un pobre padre de familia con ocho hijos.

El jefe mandó que me dejasen en libertad, y yo me volví al pueblo.

—¿Quien era el jefe de la partida?—preguntó el juez al herido.

—Unicamente oí que le llamaban Durán.

—¿Es blanco ó de color?

—Blanco.

—¿Y los demás?

—Todos eran negros.

—¿Mientras le conducían á V. nada dijeron de importancia?

—No cruzaron ni una palabra. A poco de llegar al sitio donde se hallaba el jefe, oyéronse tiros y vióse venir al grueso de la partida huyendo, por lo que, concedida ya mi libertad por el jefe, huí yo también en opuesta dirección á la que ellos emprendieron.

—¿No vió V. que llevasen heridos?

—No me era posible distinguirlo á la distancia que de ellos me hallaba.

—De qué fuerzas se componía la partida?

—Según mis cálculos de unos ciento veinte hombres.

***

Nuestro celoso corresponsal en Santiago de Cuba, trasladóse con las fuerzas que al siguiente día del triste suceso salieron para el inmediato poblado de Cuevitas, teatro de las fechorías de las hordas filibusteras, con objeto de informarse personalmente, con todos sus detalles, de la verdad de lo ocurrido.

He aquí la conversación que sostuvo con uno de los vecinos de

Cuevitas, testigo presencial de los hechos, y que nos trasmitió en su día por carta que tenemos á la vista:

—A qué hora se presentaron los insurrectos?

—Serían las diez de la noche próximamente.

—¿Donde se encontraba V. cuando ellos entraron en el poblado?

—En mi casa, que es la primera del pueblo, entrando por el camino, á la izquierda.

Yo, al principio, cuando percibí el ruído de los caballos creí que sería tropa que procedente del *Puerto de Boniato* se dirigía hácia el camino de Santiago, atravesando la población, y ya me iba á recoger, cuando oí llamar á la puerta con fuertes golpes.

—¿Quién vá?—pregunté.

—Abra, don José—contestóme una voz desconocida.—Somos gente de paz.

—¿Y abrió V.?—preguntóle su interpelante.

—Inmediatamente; pero con gran sorpresa y sobresalto ví que en vez de ser soldados, como yo me creía, eran insurrectos.

—¿Le conocían á V.?

—Algunos de ellos, sí; pero esto no fué óbice para que apuntándome con los fusiles me ordenaran que callase y les franqueara la entrada.

—¿Usted les hizo resistencia?

—No señor. Me dijeron que no tuviera temor ninguno y que me echara al suelo con mi familia, boca abajo, porque habría tiros.

—¿Y obedeció V. la orden?

—Iba á cumplirla; pero cuando ví que era cosa de morir abrasados por el calor que comunicaban las llamas de la casa contigua á la que habían pegado fuego, dije á mi familia que sacaran de la casa cuántos enseres pudieran y recogieran lo más preciso para ponernos á salvo del voraz elemento.

—¿No les impidieron salir?

—Me amenazaron con pegar fuego también á mi casa si la abandonaba; pero yo, sin atender la amenaza, cogí á una de mis niñas de la mano y seguido de los demás de la familia, salí de la casa, importándome poco lo que pudieran hacer.

—¿Sabe V. si tenían alguna avanzada por estas inmediaciones?

—Eso me advirtieron cuando salí de la casa, pero yo no tropecé con ninguna.

—¿Usted no es capitán de voluntarios?

—Si señor; mandaba la compañía de *El Dajao*, que actualmente está desarmada.

—Pero ¿no tenía V. aquí á los voluntarios?

—Algunos había, de los cuales mataron aquella noche á unos y á otros se los llevaron consigo.

—¿Hace muchos años que está V. en el país?

—Cuarenta y nueve, y tengo setenta y seis...

***

«Este era el país del oro—continuó el interpelado—Aquí el que quería trabajar, en poco tiempo conseguía labrar una fortuna; pero hoy, está esto muy mal. Si yo tuviera dinero para abandonar la isla con toda mi familia, lo haría enseguida porque aquí ya no se puede vivir.

»Yo sé lo que son las guerras, pués fuí militar en mi patria, allá por el año 54, y combatí contra los carlistas y estuve en Vicálvaro, donde un casco de granada me señaló para toda mi vida.

Y esto diciendo, mostraba una extensa cicatriz en forma de abolladura que tenía en la frente.

—¿Y qué opina V. de la actual insurrección?

—Que la cosa está muy mala, pues ni en la *guerra grande* ni en la *guerra chica* pasadas, tuve ocasión de ver ni oir lo que en esta se dice y he visto.

—¿Es cierto que los rebeldes machetearon alevosamente á algunos vecinos de este poblado?

—Si señor, muy cierto... ¡Aquello fué horrible!.. Estaban reunidos

ARRESTO DEL DIRECTOR DE «LA DISCUSIÓN»

unos cuantos en la calle Real frente á la casa de don Pedro Lallana, cuando fueron sorprendidos por los insurrectos y amarrados codo con codo, los llevaron á las afueras de la población y allí les dieron machete.

—¿Sabe V. los nombres de los muertos?

—Fueron cinco: Pedro Lallana, Antonio Castañeda, Tirso Marcos García, conocido por el sobrenombre de *El pollero*, Salvador Peña y y Miguel Nicolás, además de don Victoriano Baldoquin y un súbdito italiano, que se escaparon milagrosamente de la muerte y á quienes

recogieron los guerrilleros de Santiago y condujeron al otro día al hospital de la ciudad.

—¿A qué número ascendían los insurrectos que incendiaron el poblado?

—Serían unos cien hombres, todos negros.

—¿Quién era su jefe?

—Se dice que un tal Durán, que por cierto es el único blanco que figura en la partida.

***

Tal fué, y así ocurrió, según los autorizados informes que á raíz del suceso recibimos de nuestros activos corresponsales en la isla, el acto de salvajismo y barbarie llevado á cabo por una de aquellas gavillas de facinerosos é incendiarios que se titulan *libertadores* de Cuba.

El hecho produjo indignación profunda y una general protesta en toda la isla, que repercurtió en la Península y en toda Europa.

A consecuencia del vandálico suceso, resolvióse por la Comandancia general de Santiago de Cuba, adoptar enérgicas medidas de represión.

A primera hora de la mañana del día 9, circuló la noticia de que se iba á publicar un bando de gran importancia.

Deseoso nuestro celoso corresponsal de darnos cuenta de él enseguida, dejó el encargo á un compañero suyo, antes de salir para Cuevitas, de transmitirnoslo en el acto de su publicación, por el cable.

Así lo hizo aquél, y á las dos de la tarde del citado día 9, nos transmitía por cable el referido bando, copiado íntegro de un ejemplar impreso que se le habia facilitado por persona que podia hacerlo, au-

torizado con la firma del general Salcedo, comandante general del distrito de Santiago de Cuba.

Mas, al regreso de nuestro corresponsal á la ciudad, á las seis de la tarde del propio día, hallose con una novedad.

El cablegrama expedido por su compañero integrando el bando publicado por la primera autoridad militar del distrito, habia sido detenido en aquella comandancia general por haberse observado en el texto un error de concepto ó *lapsus plumæ*, una frase que decia precisamente todo lo contrario de lo que el bando consignaba.

En su consecuencia, nos envió otra copia por correo, que íntegra transcribimos á continuación, para conocimiento de nuestros lectores.

***

Decía así la referida disposición del comandante general del distrito de Santiago.

BANDO

Don Juan Salcedo Montilla de los Ríos, comandante general del primer distrito de operaciones en esta isla.

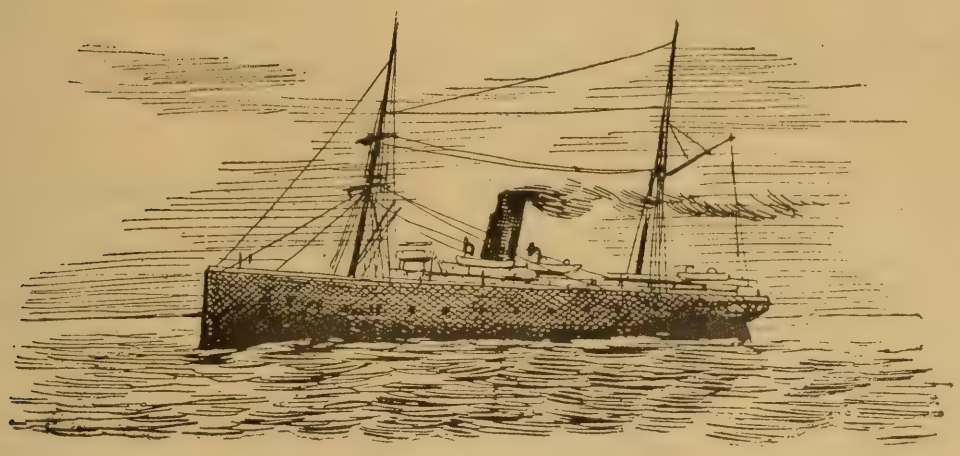
Hago saber: La seguridad de vidas y haciendas, por las que y por razón de mi cargo, estoy en el imperioso deber de velar, oblígame á tomar medidas extraordinarias, que se hallan justificadas por los brutales asesinatos cometidos por los rebeldes en la noche de ayer, en el poblado de Cuevitas.

A fin de que los servicios de campaña de mis tropas tenga toda la extensión que necesita para hacerse sentir con todos sus efectos.

Vengo en hacer público, que desde el anocheeer hasta los claros de la mañana y á partir del día 12 del corriente mes, expondrá su vida todo vecino de la capital, poblado y caserío que salga de sus viviendas

para el campo abierto, pues todas mis columnas, patrullas y emboscadas que operan en él llevan la consigna de hacer fuego, y por lo tanto el riesgo es inminente.

Advertidos quedan los leales, honrados y tranquilos habitantes, de esta medida indispensable para acabar con la confusión en que vi-



VAPOR «VILLAVERDE»

vimos, y que aumentada con la sombra de la noche es protectora de crímenes y venganzas.

Santiago de Cuba 9 de Junio de 1895.—*Salcedo.*

***

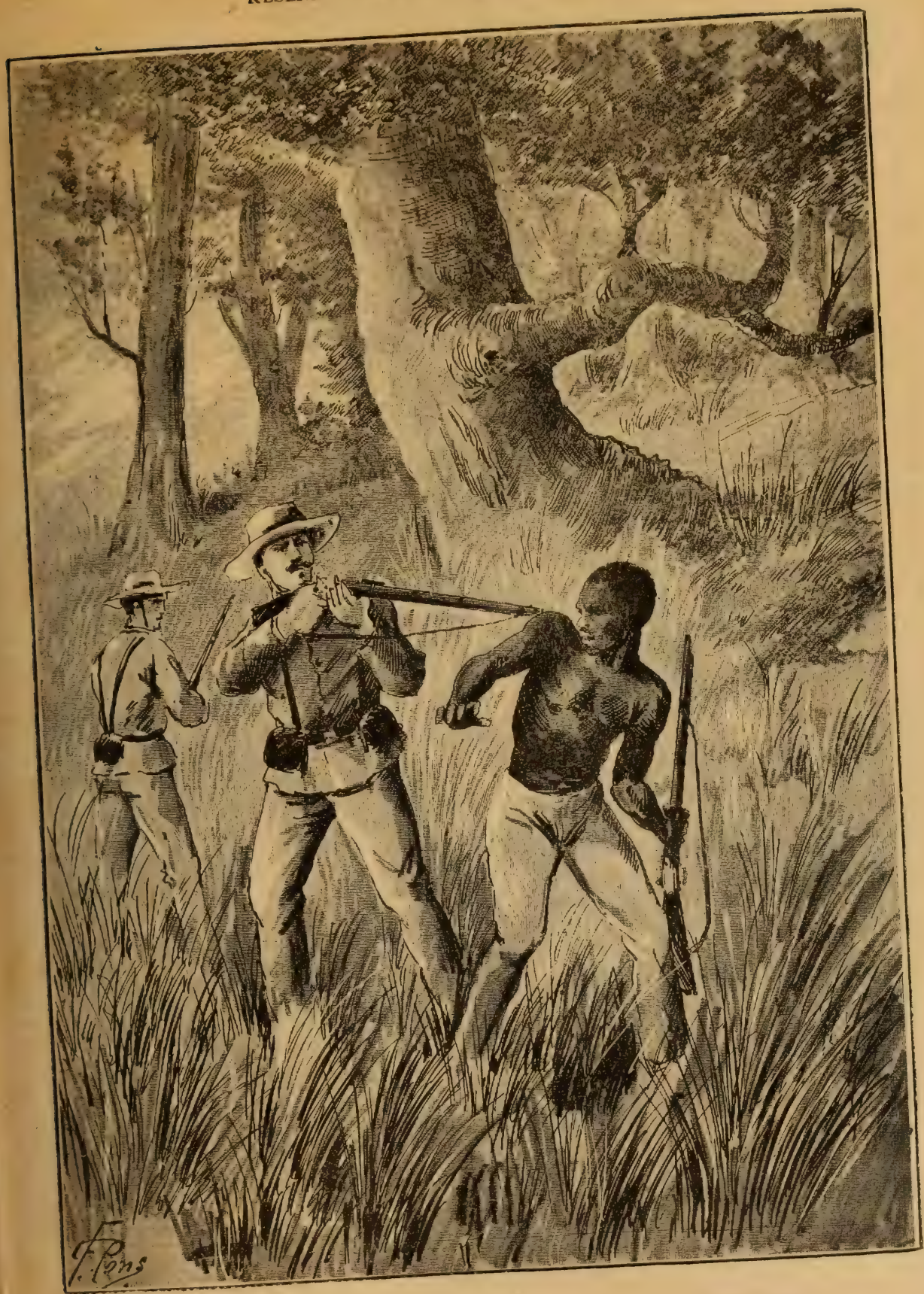
El bando transcrito produjo gran alarma y fué muy comentado por los habitantes á quienes comprendía la advertencia del general Salcedo, los cuales creyeron ver en la disposición de su comandante general, una prohibición indirecta de salir de sus casas desde las primeras horas de la noche hasta la mañana.

Y así era, en efecto, según de su texto se desprende.

Por ello hubieron de recurrir al general en jefe y al Gobierno, á fin de que fijaran su atención en lo extraordinario y contrapruducente que resultaba la medida adoptada por dicho general.

Así debieron comprenderlo el Gobierno y el general Martinez Campos, porque ambos á la vez indicaron al refeido comandante general del distrito de Santiago, la conveniencia de que aclarara su extraordinaria disposición, á fin de que cesara la alarma y zozobra que entre aquellos pacíficos habitantes y los buenos patriotas habia producido.

Afortunadamente, la indicación fué desde luego atendida por la primera autoridad militar de Santiago, y aclarada prontamente la confusión, disipose bien pronto la alarma reinante en la segunda capital de la Gran Antilla.



SORPRESA DE UN ESPÍA POR UNA AVANZADA ESPAÑOLA

CAPITULO XXIX

La prensa de la Habana.—Circular sobre imprenta.—Prisión del director de *La Discusión*.—*El Ejército Español*.—Telegrama oficial.—Explicaciones del ministro de Ultramar.—Conferencia política.—Los partidos políticos en Cuba.—Conferencia de los coroneles de los batallones de voluntarios con el capitán general de la Gran Antilla.—Patriotismo de los voluntarios.—Una disposición del general Martinez Campos.—Aplausos y plácemes.

Tal grado habia llegado en los últimos días del mes de Mayo, la embozada campaña separatista que una parte de la prensa periódica de la Habana venia haciendo desde sus columnas, que el digno gobernador general vióse precisado á publicar, el día 1.° de Junio, una circular sobre imprenta, de la cual entresacamos los dos párrafos siguientes:

«La ley no reconoce delitos de imprenta; así lo establece el artículo 16.

Pero el Código penal de la isla y el Código penal de la Península, como legislación supletoria, tienen previstos los delitos contra la forma de gobierno y contra el orden público, y en ellos puede incurrir é incurre la prensa cuando directa ó indirectamente incita á la rebelión;

cuando ataca la forma de gobierno y las instituciones sancionadas por el Código fundamental del Estado; cuando atenta al prestigio de la autoridad y disciplina del ejército; cuando publica noticias de la guerra para indicar á los enemigos resueltos ó solapados las operaciones de campaña; cuando valiéndose de los telegramas y correspondencias, propala noticias falsas ó exagera los hechos, ó de algún modo trata de popularizar á los cabecillas de la insurrección y sus partidas.

Entónces se descubren, con toda su siniestra gravedad los elementos generadores del delito, que son la intención y el daño, requiriendo imperiosamente al poder público para defenderse y defender las instituciones y el orden social, por medio de la represión, que debe ser tanto más enérgica cuanto mayor es el peligro y más graves las circunstancias.

. . . . . .

No se propone este gobierno general crear el más leve obstáculo al ejercicio del derecho que reconoce á todos los ciudadanos el art. 13, párrafo 2.° de la constitución vigente; no pretende dictar, aún cuando las circunstancias pudieran aconsejarlo, medida alguna que cohiba el libre desenvolvimiento de la prensa periódica para realizar sus nobles fines; pero no está dispuesto á consentir que, con las armas de la ley se atente contra la misma, poniendo en peligro la seguridad y la paz públicas.

Habana 1.° de Junio de 1895.—El general encargado del despacho. —*José Arderius*.»

***

A pesar de la transcrita circular del gobierno general, notose á los pocos días en aquella prensa local cierta tendencia que obligó á las

autoridades á ordenar la prisión del señor Coronado, director de *La Discusión*.

Según los informes de nuestro bien informado corresponsal en la Habana, el señor Coronado, director de *La Discusión,* abogado, hacendado y consejero del gobierno de la región central de la isla de Cuba, fué preso por la jurisdicción militar, el día 23 de Junio, á consecuencia de haberse publicado en su periódico una correspondencia de Bayamo, en la que se decia que el ejército que estaba allí no tenia más ropa que la que se le dió al salir á campaña; que no se le daba más que un rancho al día en muchas ocasiones servido á las ocho de la noche, y que todavia no se les habia abonado ninguna paga, sin que por eso se amenguase ni debilitase el valor y constancia del aguerrido y sufrido soldado español.

COMANDANTE SEÑOR GARCÍA DELGADO

Esa correspondencia produjo profunda sensación y general disgusto en la Habana y fué muy comentada y discutida en la Península.

No fueron menores los comentarios á que dió lugar la prisión de un periodista consagrado hacia años á la defensa de España, á la cual queria servir seguramente, al publicar una correspondencia que manifestaba celoso cuidado por la situación del ejército que por la patria combatía.

***

El Ejército Español, importante diario militar que vé la luz pública en Madrid, ocupándose en su editorial del día 25 de la prisión del señor Coronado, después de consignar que la noticia publicada por otros colegas tenia una gravedad que no era posible desconocer, la comentó en los siguientes términos:

«Las noticias publicadas en *La Discusión*, de la Habana, y relatadas en una correspondencia de Bayamo, ha llegado también á Madrid y no ciertamente por conducto de insurrectos.

Nosotros no quisimos hacernos eco de ellas por razones de patriotismo que no se ocultarán á los lectores; pero no por eso fué menor nuestro disgusto al enterarnos de que en la Habaua los pagos se hacen en plata, con gran merma del haber de los oficiales, y que fuera de la Habana no hay la mayor regularidad en los cobros, cosas ambas inesperadas, pues buen cuidado tuvo el gobierno de decir, cuando se fué el general Martinez Campos, que llevaba millones de pesetas, ¡y qué mejor empleo podia darse á esos millones que poner al corriente en sus pagas á los jefes y oficiales del ejército que allende los mares lucha y pelea en defensa de la integridad del territorio patrio!»

Este suelto del órgano en la prensa del ejército español levantó gran polvareda, y dió motivo á que descargara sobre el Gobierno y el general en jefe del ejército de Cuba, un diluvio de acres censuras y graves cargos.

***

A consecuencia de esa general protesta de toda la prensa de España, ante el incalificable hecho denunciado por el corresponsal en Bayamo del diario cubano *La Discusión*, y á cuyo aserto daba la más completa verosimilitud la prisión de su director, señor Coronado, el ministro de Ultramar en nombre y á excitación del Gobierno, telegrafió al general Martinez Campos pidiéndole informes acerca de la exactitud de los hechos relatados en el referido diario de la Habana.

La contestación del general en jefe del ejército de operaciones en Cuba y capitán general de la gran Antilla, á las preguntas que le habia dirigido el ministro de Ultramar, fué la que se contiene en el siguiente despacho:

«*Habana* 28.—General en jefe á ministro de Ultramar.

El origen del rumor de que al ejército no se paga es el artículo de *La Discusión*.

Efectivamente, el ejército pasa grandes penalidades, pues opera en esta estación con lluvias constantes.

Sin embargo, cobran las tropas sus haberes en los primeros días del mes vencido.

Los cuerpos que están en el interior es muy posible que cobren con algún retraso, como no puede menos de suceder por la dificultad de comunicaciones; pero los recursos enviados por V. E. permite estén las pagas al corriente.—*Campos*.»

***

El texto del precedente despacho fué mucho más extenso del que se facilitó á la prensa, y de él dió después explicaciones muy detalladas el ministro de Ultramar.

El general Martinez Campos manifestó en su telegrama que con

los fondos que se le habían remitido tenía por entonces sobrados recursos para atender á las necesidades de la guerra y del ejército; que para evitar que á éste faltasen víveres, había hecho varias contratas, una de ellas en Bayamo, que rescindiría, porque las exigencias del momento le obligaron á aceptarla en condiciones poco favorables, y que

LUCHA ENCARNIZADA ENTRE UN DESTACAMENKO DE TROPAS Y UNA PARTIDA REBELDE

los pagos á las tropas se hacían en la moneda legal, excepto las cantidades divisionarias, que forzosamente tenían que hacerse en plata.

En cuanto al número de enfermos por consecuencia de la fiebre amarilla, decía el general Campos, que la enfermedad endémica era aquél año menos intensa que otras veces y por consecuencia que hacía menos víctimas de lo que podía temerse.

Estas ampliaciones particulares del señor Castellano al despacho oficial del general en jefe del ejército de Cuba facilitado á la prensa, y que fueron publicadas en todos los periódicos de Madrid, calmaron la

indignación que en el ánimo de todos los españoles produjeron las noticias comunicadas por el corresponsal de *La Discusión* y corroboradas más tarde con agravantes por *El Ejército Español.*

***

En uno de los primeros días del mes de Junio celebróse en el palacio de la Capitanía general de la Habana una entrevista política entre los jefes de los partidos conservador y reformista de la gran Antilla y el general Martinez Campos, de la que nos dió cuenta nuestro celoso corresponsal en los siguientes términos:

«Invitados por el capitán general y general en jefe de este ejército de operaciones, reuniéronse en su despacho los señores marqués de Pinar del Rio y conde de la Mortera, con asistencia del Secretario del gobierno general, con objeto de tratar algunas cuestiones políticas y aunar elementos para acometer la organización de un solo partido en la isla.

»A pesar del caracter reservado de la conferencia que con nuestra primera autoridad militar celebraron los jefes de los partidos conservador y reformista cubanos, puedo comunicar la importante cuestión que en ella se trató, gracias á las expansiones de algunos correligionarios de los señores Herrera y Carvajal que anoche en el Casino comentaban con vivo interés la actitud de sus respectivos jefes.

»El general Martinez Campos indicó á sus invitados la necesidad de unir los elementos conservadores de la isla, á la sazón divididos, para organizar con ellos un solo partido.

»Contestóle en primer término el señor Herrera, manifestando con gran vehemencia al ilustre caudillo que, gastados como estaban todos los prohombres del partido de Unión constitucional, y contando en su

seno el reformista la representación más importante de la riqueza del país, en él debían refundirse los elementos conservadores á que aludía el Gobernador general, los cuales, desde luego podía asegurar serían recibidos por sus amigos con los brazos abiertos.

»Don Leopoldo Carvajal, con gran calma y tranquilidad, replicó entonces, que le sorprendían extraordinariamente las manifestaciones que acababa de hacer el señor Conde de la Mortera, las cuales no correspondían á la severidad del acto y alteza de miras de la ilustre persona que lo había producido, por la falta de exactitud en la peregrina aseveración que había hecho, y que por grandes que fueran los deseos del partido que acaudillaba y en aquel momento representaba, de contribuir á la realización del fin patriótico que perseguía y se proponía el general Martinez Campos, jamás aceptaría las proposiciones del señor Herrera, que merecían calificarse de *exigencias,* y que antes de someterse á ellas, él y sus amigos políticos se retirarían á la vida privada.

CORONEL COPELLO

Tomó entonces la palabra el general, y, en elocuentes frases llenas de consideraciones políticas de gran altura, manifestó que aprobaba las reformas que se habían votado por las Cortes y se habían de establecer en la isla, no para uso y beneficio de un solo partido, si no para

el bien del país, por lo que la gravedad de las circunstanctas, por que el mismo atravesaba, aconsejaba á todos gran moderación y prudencia y un acto de verdadero patriotismo en aras del bienestar común y de la tranquilidad de la madre patria.

. . . . . .

El resultado de la entrevista fué nulo y de efectos contraproducentes, por haberse, á consecuencia de ella, ahondado más las diferencias y enconado los ánimos entre los dos partidos.

Los términos empleados por cada uno de los conferenciantes en su respuesta á la proposición de la primera autoridad de la isla, bastan por sí solos para juzgar como se merecen á unos y á otros. y formar opinión acerca de su patriotismo.

***

En abierta oposición á la conducta de los políticos antillanos, estuvo la observada pocos días después, por los jefes de los batallones de voluntarios de la Habana, en la entrevista que tuvieron con el general en jefe del ejército de Cuba.

Importantísima fué—nos dijo nuestro celoso corresponsal en la Habana, en carta fechada el 11 de Junio—la conferencia que celebraron ayer tarde á la una, con el ilustre general Martinez Campos, los señores coroneles de los batallones de voluntarios de esta plaza.

El general les manifestó, que el objeto de haberles reunido antes de salir de nuevo de la Habana para el campo de operaciones y teatro de la guerra, habia sido el de satisfacer el deseo que sentía de expresarles una vez más sus sentimientos de simpatía y reconocimiento, en nombre de la Madre patria, hacia el noble instituto de voluntarios que tan dignamente comandaban, y las esperanzas que en él tenía funda-

das para la defensa de la capital y conservación del orden público, como también para exponerles su fundada creencia de que contando con su patriótico concurso y leal cooperación, en plazo relativamente breve quedaría sofocada la parricida insurrección.

Añadió que confiaba en que el civismo y el espíritu patriótico de de que tantas y tan brillantes pruebas habian dado siempre los voluntarios, se mantendría en aquellas circustancias á igual altura que se habia mantenido en todas ocasiones, no dejándose dominar por corrientes pesimistas y antipatrióticas que con aviesos fines se lanzaban á la circulación y de las que se hacian eco, de buena fé, algunas personas.

***

En nombre de los coroneles allí presentes contestó al general el señor conde de la Mortera, coronel del quinto batallón de voluntarios de la Habana, agradeciendo á S. E. las frases de simpatía y cariño que habia dirigido al instituto á que tenia la honra de pertenecer, y haciendo constar que este, se hallaba entonces como siempre, identificado con la causa de la patria y subordinado á los mandatos de la autoridad, y que tenia fé plena en el próximo triunfo de la causa nacional y confianza ciega en el insigne caudillo que se hallaba al frente de aquella provincia española, sin experimentar desmayos ni vacilaciones, ni dejarse influir de injustificados pesimismos.

Por último, el señor Herrera, reiteró al capitán general y general en jefe del ejército de Cuba, en nombre de todos los voluntaaios de la Habana, la adhesión leal y perdurable de este instituto á la causa de la Madre patria, haciendo la patriótica manifestación de que cuantos á él pertenecían, sin excepción ninguna, se hallaban dispuestos á realizar

cuantos sacrificios fueran necesaaios, los mayores si preciso fuere, en aras de la integridad nacional.

Antes de retirarse del palacio de la Capitania general, una vez terminada la conferencia, los coroneles de voluntarios expresaron á S. E. el deseo que á todos animaba de acudir más tarde á bordo del *Villaverde*, con el objeto de despedirle al partir de nuevo para el campo de operaciones.

El general accedió al deseo de los coroneles, agradeciendoles con sentidas frases la atención que querian dispensarle.

Habiéndose enterado el ilustre caudillo, en la citada conferencia, de que existía entre los quintos del cuerpo de voluntarios ultimamente incorporados á filas, uno con empleo de oficial, resolvió que tanto él como cuantos se hallaran en idéntico caso, conservaran su empleo durante todo el tiempo que permanecieran en el servicio, aunque sin disfrute de haberes por no permitirlo las leyes.

El acto realizado por el ilustre pacificador de la Gran Antilla, dando nueva y merecida demostración de simpatía y aprecio al benemérito cuerpo de voluntarios, fué aplaudido sin reservas y con entusiasmo por todas las clases sociales de la capital de la isla.

E. REVERTER DELMAS

SEGUNDA PARTE

LA CAMPAÑA

PARTE SEGUNDA

La campaña

CAPÍTULO PRIMERO

Aumento de la insurrección.—La prensa cubana.—Pesimismos y alarma.—Organización de lus fuerzas filibusteras.—Opinión acerca de la guerra.—Temores de sublevación en Pinar del Río.—Expedición filibustera á Bahía Honda.—Telegrama oficial.—Informes del general Martinez Campos.—Organización militar de la provincia de Puerto Príncipe.—Fortificación de Gibara.—Destrucción de la vía férrea de Gibara á Holguin.—Ataque del Puente Grande.—El teniente Suarez.—El general Suarez Valdés y el *general* mulato Maceo.

La progresión creciente del movimiento insurreccional en la provincia de Santiago de Cuba, y la invasión del Camagüey por Máximo Gomez, que había llegado á Puerto Príncipe cruzando la frontera al frente de dos mil hombres, burlando la vigilancia de las tropas que se habían enviado al departamento central para detenerlo, determinó al general en jefe del ejército de operaciones en Cuba á pedir al Gobierno tropas adicionales para sofocar el nuevo levantamiento é impedir su propagación á

otras provincias del suelo antillano, y salir á campaña á dirigir personalmente las operaciones con ánimo de imprimir á estas mayor actividad en la persecución de las partidas rebeldes.

La invasión del departamento central de la isla (Camagüey) significaba que la insurrección que hasta entonces había estado limitada á la provincia de Santiago de Cuba (departamento Oriental) iba á hacer teatro también de sus fechorías la contigua de Puerto Príncipe.

Centenares de isleños se unieron á Gomez al aparecer en el Camagüey, y el marqués de Santa Lucía nombrado sustituto de Martí, tomó de nuevo las armas acompañado de buen número de jóvenes cubanos de buenas familias.

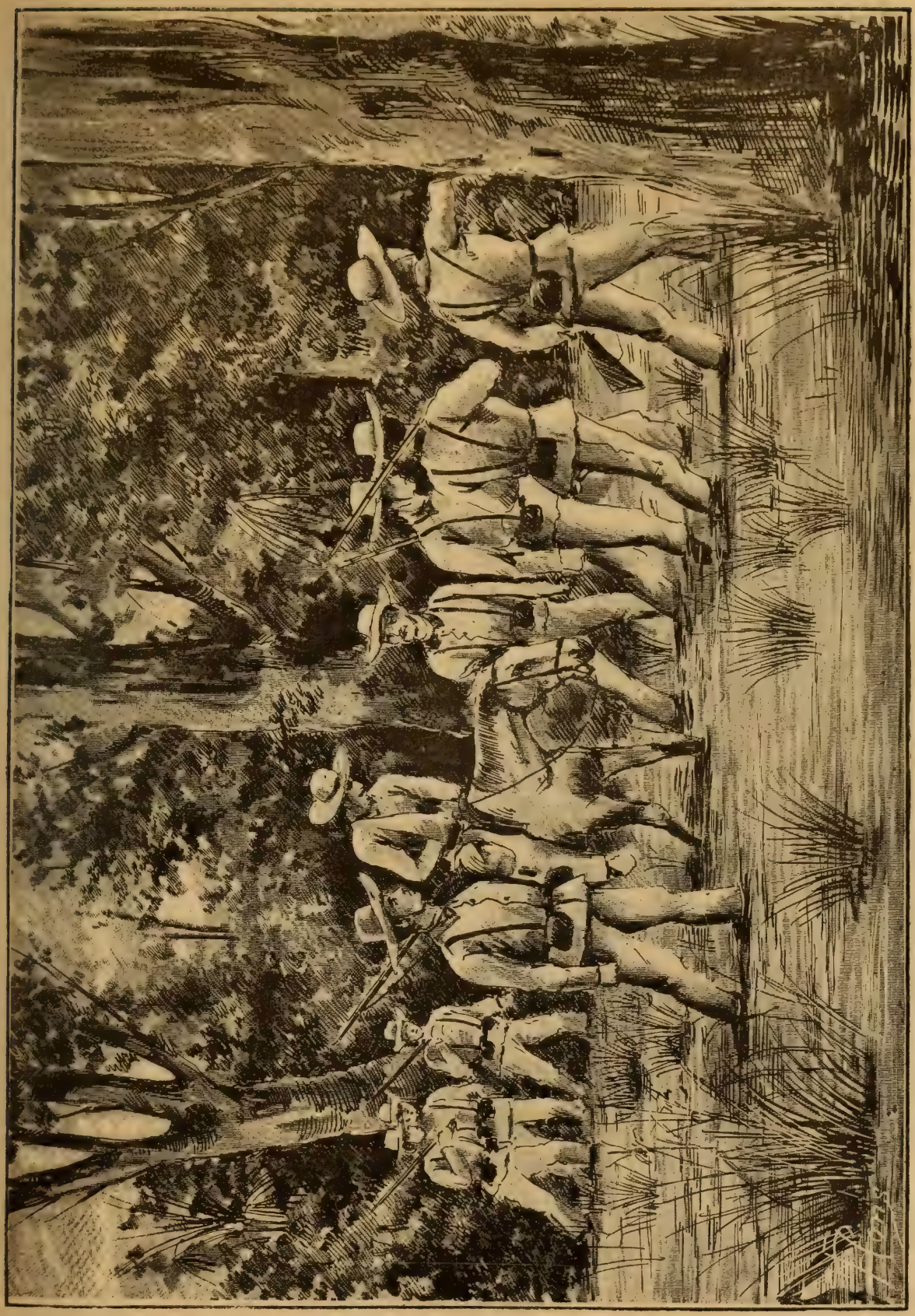
Los revolucionarios embargaron las cosechas de café, cacao y tabaco en el interior y prohibieron á los hacendados que llevasen sus productos al mercado.

El gobernador militar de Santa Clara, general Luque, estableció una nueva línea estratégica militar en la frontera de la provincia, con objeto de impedir una invasión por los rebeldes de Puerto Príncipe.

Antonio Maceo, que quedó de *mayor general* de las fuerzas insurrectas en la provincia de Santiago de Cuba, con mil doscientos hombres destrozó el 6 de Junio el ferro-carril de Gibara á Holguin, cerca de Auras y saqueó al día siguiente los poblados de Santa Lucía y Fray Benito en la jurisdicción de Holguin.

***

La prensa cubana llegada á la Península aquellos días, reflejaba en sus columnas el estado de los ánimos en la isla y el juicio que á la opinión merecía la guerra que asolaba los ricos y fértiles campos de la hermosa Antilla.



...por tener que caminar con fango hasta la rodilla... (pág. 548)

El *Diario del Comercio*, de Guantánamo, refería que las partidas de José Maceo y Periquito Perez, hicieron descarrilar el tren ascendente de Caimanera á Jamaica (Cuba), quemando siete vagones nuevos de plataforma y dos coches de viajeros.

Creían los insurrectos, según les oyeron decir algunos pasajeros que iban en el tren, que este conducía al general Martinez Campos.

Se valieron de los reparadores para levantar los rieles de la vía y detuvieron á los viajeros en el monte hasta que hubieron consumado el descarrilamiento.

Otra partida insurrecta, después de saquear la tienda del ingenio *Romelia*, amarró á un arbol á dos de los capataces de la finca, blanco el uno y el otro de color, y los machetearon horrible y villanamente. El que menos de aquellos infelices presentaba catorce heridas en su destrozado cuerpo.

La Opinión, de Pinar del Río, daba cuenta de la detención á la llegada del tren general de pasajeros, el día 26 de Mayo, de cuatro jóvenes de 18 á 20 años, que llegaron á la estación de aquella ciudad, procedentes de la Habana, indocumentados todos, y los cuales al ser interrogados por el inspector señor Urbieta manifestaron que su objeto era dar un paseo hasta Guanes.

Conducidos al Gobierno provincial dijeron llamarse Ramón Cabrera, Mario Castellano, Emilio Espinosa y Aurelio Royo, todos estudiantes y vecinos de la Habana.

Su viaje, según opinión del citado periódico, obedecía á manejos revolucionarios y á intentos de alterar el orden público en la rica provincia de Vuelta Abajo.

La línea ferrea de Santiago de Cuba á San Luis, fué ocupada militarmente.

Otro periódico de aquella ciudad refería que dos cubanos llamados Ramón Sanchez y Américo Rosario, identificados como individuos que

habian peleado á las órdenes de Maceo en el ataque de El Cristo, fueron detenidos por la policia en el momento de pretender embarcarse para Filadelfia.

Al primero le fueron ocupados varios pliegos cifrados para la Junta revolucionaria de Nueva York.

El segundo se hallaba convaleciente de varias heridas.

***

En Sancti Spiritus se agitaba la idea entre el comercio y los hacendados, de formar cuatro escuadrones, comprometiéndose á pagar los caballos, las monturas y la manutención de los animales.

Las armas y municiones debia proporcionarlas el Gobierno y los escuadrones habian de ser mandados por un capitán y dos tenientes del cuerpo de voluntarios, á quienes se les asignaría el mismo sueldo que disfrutaban los del ejército, abonándose á los individuos igual sueldo que á los soldados de caballería.

Del citado *Diario del Comercio* copiamos las siguientes líneas, por creer que el hecho que refiere merece ser consignado en estas páginas para estímulo de los que lo llevaron á cabo y por él se hicieron acreedores al reconocimento de la Madre patria.

«Hemos oído hacer los más vivos elogios acerca del heróico comportamiento de los cuatro prácticos de la segunda guerrilla montada de Simancas, los cuales en los momentos en que el fuego era más intenso, en la acción de Jovito, y teniendo que llevar un parte al jefe de la columna, se brindaron voluntariamente á desempeñar tan arriesgada comisión atravesando pié á tierra por entre los fuegos del enemigo, las fuerzas de Simancas y las escuadras de Santa Catalina, en el supremo instante en que más reñido era el combate.

»Al llegar sanos y salvos junto al jefe y entregarle el parte, prorrumpieron en vivas á España, á Simancas y al teniente coronel señor Bosch, después de haberse jugado cien veces la vida llevados de su patriotismo.

»Hechos de tal naturaleza no deben quedar ignorados, á fin de que la opinión pública secundando las justas alabanzas de sus dignos compañeros de armas, admiren en los prácticos don Cecilio Urgellés, don Amador Cuenca, don Ramón Torres y don Nicolás Gomez, el valor y serenidad de cuatro valientes patriotas que merecieron bien de la patria y se hicieron acreedores á una honrosa recompensa por parte del Gobierno de S. M.»

Los cuatro prácticos eran cubanos.

GENERAL LUQUE

* * *

De otro periódico de Nueva York, órgano de los laborantes cubanos y defensor del separatismo, tomamos las siguientes líneas referentes á la organización de las fuerzas filibusteras, según el plan del difunto agitador José Martí.

Presidente y jefe político; vacante por fallecimiento de don José Martí, blanco.

Generalísimo: Máximo Gómez, blanco.

Primera división que comprende las jurisdicciones de Cuba, Guantánamo y Baracoa:

Mayor general: Antonio Maceo, de color.

Brigadier: José Maceo, de color.

Jefes: Periquito Perez, blanco; Quintín Banderas, de color; Victoriano Garzón, de color; Alfredo Goulet, íd.; Félix Romeu, íd.

Segunda división que comprende las jurisdicciones de Manzanillo, Bayamo y Cauto:

Mayor general: Bartolo Massó, blanco.

Brigadier: José Rabí, de color.

Jefes: Amador Guerra, blanco; Jesús Rabí, de color; Joaquín Rector, blanco; Juan Vega, de color; Saturnino Loza, blanco.

Tercera división que comprende las jurisdicciones de Holguín, Mayari, Las Tunas y Guaimaro.

Mayor general: vacante.

Brigadier: Francisco Borrero, blanco.

Jefes: José Miró y Argenter, blanco; Angel Guerra, blanco; Luis de Féria, blanco; N. Marrero, blanco.

Santiago de Cuba 30 Mayo de 1895.

***

La penosa impresión que en nuestro ánimo dejó la lectura de la prensa cubana, unido á las contradictorias noticias que circulaban en la Península acerca de la marcha de la guerra y la decisión del general en jefe de aquel ejército de salir á campaña y dirigir personalmente las operaciones, nos decidieron á pedir informes á persona competentísima en asuntos de guerra, residente en Santiago de Cuba, referentes al estado de la insurrección en el departamento Oriental.

Nuestro ilustrado informante establecía, en su respuesta á nuestra

carta, como condiciones indispensables para sofocar la insurrección, las circunstancias siguientes:

Que se reforzara el ejército expedicionario con *treinta mil* hombres y que fuera un teniente general á ponerse á las órdenes del general en jefe.

Consideraba preciso, además, que se aumentasen las fuerzas que operaban en Santiago con quince batallones, con ocho las de Puerto Príncipe y con otros siete ú ocho, también, las de las Villas y Matanzas.

En cuanto al teniente general, explicaba el informante la necesidad de su envío, por la conveniencia de que estuviesen constantemente bajo la dirección inmediata de un mando los generales que se hallasen en operaciones, cosa que no podia suceder con la precisión y regularidad exigidas, cuando el general Martinez Campos, por ineludibles atenciones del gobierno en la isla, se viera precisado á abandonar frecuentemente el teatro de la guerra para trasladarse á la Habana.

Respecto al estado y marcha del movimiento insurreccional hacía constar en la misma carta que la insurrección que habia estallado con caracteres verdaderamente gravísimos, ofrecía á la sazón aspectos menos temerosos, desde el punto de vista de la duración de la guerra.

***

Tan pronto como tuvo conocimiento el gobernador militar de Pinar del Rio, señor Morós, de que se trataba de alterar el orden público en la provincia de su mando, dispuso que con la escasa fuerza que contaba se formase una columna volante al mando del capitán don Carlos Rodríguez, la cual saliera á recorrer los términos de Cabañas, Mariel, Bahía Honda, Artemisa y Cayajabos.

Reconocidos esos términos por la columna, no se notó alteración de ninguna clase, y aunque se dijo que el bandido Perico Delgado merodeaba con su banda por allí, no llegó á adquirirse conocimiento exacto de que el dicho fuese cierto.

Las tropas fueron muy bien recibidas por el vecindario de dichas poblaciones, que las obsequió con bebidas y cigarros.

Sin embargo, en una correspondencia fechada en Cayo Hueso y que publicó *Las Novedades* de Nueva York, leímos la siguiente noticia:

«En la noche del miércoles (5 de Junio) llegó aquí del golfo, una pequeña embarcación que se acercó á la parte Oriental de este Cayo y ancló muy cerca de la playa.

»A los pocos momentos echó al agua un bote que vino á tierra con mensajes para los cabecillas cubanos que desde hace días esperaban aquí instrucciones de la isla.

»Enseguida salieron mensageros de confianza en todas direcciones para avisar á los que se habian alistado, y á las pocas horas pudieron ver los habitantes de esta localidad, grupos de cubanos armados y equipados que se dirigieron á la playa y embarcaron en el buque que estaba anclado.

»Obsérvase que faltan de sus amarras muchas embarcaciones menores, y que han desaparecido también muchos revolucionarics de nota, entre ellos los *generales* Roloff y Serafín Sanchez.

»Aquí prevalece la suposición de que se dirigen á Bahía Honda, donde habrán de reunírsele otros buques expedicionarios con contingentes de Tampa y de Jacsksonville, formando todos ellos una formidable expedición.

»Aunque los cabecillas de aquí tratan de guardar el secreto, se sabe que el número de los expedicionarios de este Cayo, ascienden á *ciento setenta y cinco.*»

Bahía Honda se halla situado en la costa de la provincia de Pinar

del Rio, y de ahí seguramente nacieron los rumores de agitación que nos comunicó nuestro celoso corresponsal en la Habana.

***

En la madrugada del 23 llegó á la Habana el general Martinez Campos.

blanco el uno y el otro de color y los machetearon horrible y villanamente... (pág. 530)

Al siguiente día comunicó al Gobierno el siguiente despacho oficial:

«*Habana 24.*—En el encuentro de San José, el enemigo tuvo 24 heridos, y fué muerto el cabecilla Cazallas, procedente de Camajuaní, y otros dos, habiéndose presentado nueve.

El día 21 y 22 fué batida una partida en Puerto Benjamo, haciéndose al enemigo tres muertos y teniendo nosotros un herido.

Se ha presentado el mulato Príncipe.

A la partida Montejo, perseguida por la sección Hernán Cortés, se le hicieron cinco prisioneros.

Se confirma la muerte del cabecilla Borrero en el ataque de Altagracia.—*Campos.*»

Contestando á los informes que el Gobierno teníale pedidos acerca de sus impresiones relacionadas con el estado de la insurrección, curso de las operaciones de guerra, envío de refuerzos, necesidades de la campaña y cuantía de los recursos indispensables para sostener todos los gastos durante un período determinado, expresóse el ilustre generel en jefe del ejército de Cuba, en los siguientes términos:

«La insurrección vá extendiéndose y es muy probable que aun adquiera mayores proporciones; pero teniendo en cuenta la presente estación propóngome economizar, cuánto posible me fuera, penalidades innecesarias al ejército en operaciones, limitando éstas á las puramente indispensables para tener á raya á los insurrectos, y para la defensa de los poblados y propiedades que pudieran ser objeto de sus ataques.

»Considero por consecuencia que con las fuerzas de que dispongo, aumentadas con las que componen la nueva expedición que está embarcándose, tendré elementos bastantes para llegar á mediados de Septiembre ó primeros de Octubre sin grandes dificultades, proponiéndome emprender entonces nuevamente y con extraordinario vigor las operaciones.»

***

El ilustre caudillo revelaba, además, en su telegrama de información, que tenía impresiones mucho menos pesimistas de las que en co-

municaciones anteriores había expuesto, respecto al curso de la insurrección y dificultades para dominarla.

El Gobierno acordó apoyar resueltamente al general Martinez Campos, y preocupóse, así mismo, de cooperar á que los autonomistas y portoriqueños saliesen del retraimiento.

El general en jefe dió la siguiente organización militar á la provincia de Puerto Príncipe:

Dividió la provincia en dos centros de operaciones; Oriental y Occidental.

En cada centro debía operar una brigada: la primera á Oriente, bajo las órdenes del general Serrano Altamira, y la segunda á Occidente, mandada por el coronel García Aldaba.

El distrito debía mandarlo el general de división, don José Gimenez Moreno.

En Gibara, el aspecto de la población era tranquilo y reinaba gran entusiasmo en la fortificación de la villa.

La suscripción popular abierta con este objeto, ascendía ya en aquella fecha á *cuatro mil* pesos.

El espíritu público era excelente en toda la isla, lo cual daba la seguridad de la adhesión y lealtad á España del país cubano.

Con los nuevos refuerzos que se enviaban y estaban embarcándose, se reunirían en Septiembre, en la isla, un ejército de *cincuenta mil* soldados regulares, bien adiestrados, y cuarenta barcos de guerra.

Esto, y la actitud de los Estados Unidos, ya correctísima, quitaría toda ilusión á los insurrectos y les haría desmayar en su loca empresa, determinando entre ellos la pronta deposición de las armas ante la imposibilidad de resistir á nuestro valientes soldados, con los cuales rehuían todo encuentro.

***

Según nos comunicó por carta nuestro corresponsal especial en Holguín, el día 5 de Junio y hora de las 7 de la mañana próximamente, viéronse cruzar la vía férrea de Gibara á Holguin, por junto el kilómetro 27 de la línea, numerosas fuerzas insurrectas al mando de los cabecillas Maceo, Miró, Rabí, Sartorius y otros, en dirección á Purnio.

Al llegar á unas lomas que hay cerca de Guajavales hicieron alto, y llevados de sus feroces instintos de destrucción, destacáronse unos cien hombres, los cuales mientras el grueso de las fuerzas se situaba detrás de la loma y colocaba á la vista su centinela de vanguardia quedaron destrozando la vía.

Cerca del sitio nominado Piedra Picada, levantaron algunos rieles, cortando á hachazos las traviesas y tirando los tornillos y grapas que sugetaban aquellos á una alcantarilla que había á corta distancia, y la cual destruyeron después.

Las líneas telegráficas y telefónicas de aquellos alrededores fueron también cortadas y destruídas.

Luego se corrieron en dirección del paradero de Aguas Claras, y destruyeron otra alcantarilla.

Al llegar al Puente Grande, con ánimo sin duda de hacer nuevos destrozos, se encontraron frente á un grupo de soldados, compuesto de doce hombres al mando del sargento Miguel Gonzalez, destinados á cubrir la línea y pertenecientes al destacamento que guarnecía el citado poblado.

Diéronles el ¡alto! y al contestar las tropas ¡viva España! hicierónles fuego.

El sargento y los doce individuos á sus órdenes contestaron, cruzándose entre ambos bandos nutrido tiroteo.

Al percibir los disparos el comandante del destacamento teniente de infantería del regimiento de la Habana, don Eusebio Suarez García, dispuso en el acto la salida de veinte hombres en auxilio de sus com-

Puesta en marcha la columna en busca del enemigo... (pág. 547)

pañeros, al mando del teniente de infantería de marina, á sus órdenes, don Juan Ruiz, los cuales unidos á los pocos momentos á aquellos batiéronse desde el puente, rodilla en tierra, durante media hora.

***

Al observar los centinelas de la vanguardia de los insurrectos, que las tropas del destacamento habian acudido en auxilio del grupo que

defendía el puente y que sostenian el fuego, dieron aviso á sus jefes, los cuales ordenaron la salida de otros doscientos hombres, para que en dos direcciones distintas atacasen el puente.

Visto esto por el comandante del puesto, señor Suarez, y comprendiendo que el copo de sus soldados era inminente, por no disponer de más fuerza, salió con cuatro números para ordenar á los suyos la retirada.

Al llegar al puente, dió orden al teniente Ruiz de batirse en retirada, y colocándose al frente de aquel grupo de valientes, emprendió una ordenada retirada, acosado y perseguido por el enemigo, hasta ganar el fuerte.

El enemigo, entónces, se retiró dejando de hostilizarles.

Como complemento á estos detalles, insertamos la versión oficial remitida por el comandante general del apostadero de la Habana, señor Delgado Parejo.

Decia la comunicación de referencia:

«En la jurisdicción de Gibara ha sido atacado por Maceo, Rabí y Miró, que llevaban *mil doscientos* hombres, un destacamento de *diez y seis* soldados de infantería de Marina, pertenecientes al segundo batallón del segundo regimiento, los cuales después de defenderse heróicamente cerca de una hora contra fuerza tan superior, fueron auxiliados por el teniente del mismo cuerpo don Juan Ruiz, que mandaba *veinte* soldados.

La lucha continuó cuerpo á cuerpo, lográndose salvar los pocos soldados de una muerte segura, batiéndose en retirada con gran orden hasta el fuerte, donde continuaron atacando al enemigo hasta dispersarle.

No obstante la terrible refriega, solo hubo cuatro bajas en nuestros soldados.

Desde un principio se echó de menos á un soldado llamado Ignacio Carril, al cual se le encontró más tarde en la manigua muerto á machetazos.

Los otros tres desgraciados que tan dignamente murieron defendiendo el honor de su patria y su bandera, se llamaban Antonio Cancela, Fidel Fiol y José Ramos.

También resultó herido de arma blanca en la cabeza otro soldado.

El destacamento de los diez y seis hombres habia salido de Aguas Claras á proteger la vía férrea que va de Gibara á Holguín, encontrándose al enemigo en el camino.

Es digno de grandes elogios el valor demostrado por el teniente Ruiz, sargento y soldados de infantería de Marina á sus órdenes, lanzándose á luchar con un número tan considerable de enemigos».

***

Ampliando detalles de esta lucha épica, recibimos de uno de nuestros celosos corresponsales en el teatro de la guerra los siguientes informes:

«Custodiando la vía de Aguas Claras, encontrábanse allí, doce hombres de la segunda compañía del segundo batallón de infantería de Marina, los que, á campo descubierto, sin fuerte ni trinchera donde parapetarse, sostuvieron reñido fuego con los dos mil hombres de Maceo, quemando nuestros soldados hasta el último cartucho, quedando allá muertos, con los casquillos al lado, dos de aquellos valientes, Antonio Cancela y José Ramos, viniendo á Holguín por entre la manigua algunos otros, y sin que se sepa hasta hoy nada, de tres de ellos.

Personas que han visto los cadáveres de los dos soldados muertos por el enemigo, dicen que están acribillados á balazos en gran número de partes. Es decir, que esos dos valientes que han muerto heróicamente cumpliendo su deber, defendiéndose con diez compañeros más

contra dos mil hombres, esos dos valientes, no fueron respetados por el enemigo, ni aun despues de muertos.

Uno de los tres que se internaron en el monte, llamado Gerónimo Blanco Incógnito y que milagrosamente ha escapado con vida, cuenta lo siguiente:

—Viéndonos ya perdidos, sin cápsulas que disparar y con más de mil hombres que nos venían encima, nos escondimos en el monte, saltamos un maizal y vimos un bohío donde había una mujer.

Temiendo que ésta nos denunciase al enemigo, cambiamos de dirección internándonos algo en la manigua, teniendo necesidad de detenernos y agacharnos, para que el ruído de la hierba no llamase la atención de los de la partida, que ya cruzaban demasiado cerca. Pasó la caballería y no nos vió; pero después, un grupo de la infantería nos divisó, haciéndonos prisioneros.

Nos ataron á la cola de un caballo, y así fuimos conducidos un largo trecho, hasta que uno de los jefes, dijo:

—Soltarlos ahí en ese monte.—Nosotros respiramos, creyéndonos ya salvados; pero notando que no nos soltaban, sino que nos conducían á algunos pasos de la orilla del monte, exclamamos:

—¡Por Dios, no nos maten!—Entonces un negrazo, que, á pesar de llevar en una oreja una argolla de metal como la que usan las mujeres, tenía aspecto de fiera, y después resultó serlo, nos contestó cogiéndome por la muñeca con la mano izquierda.

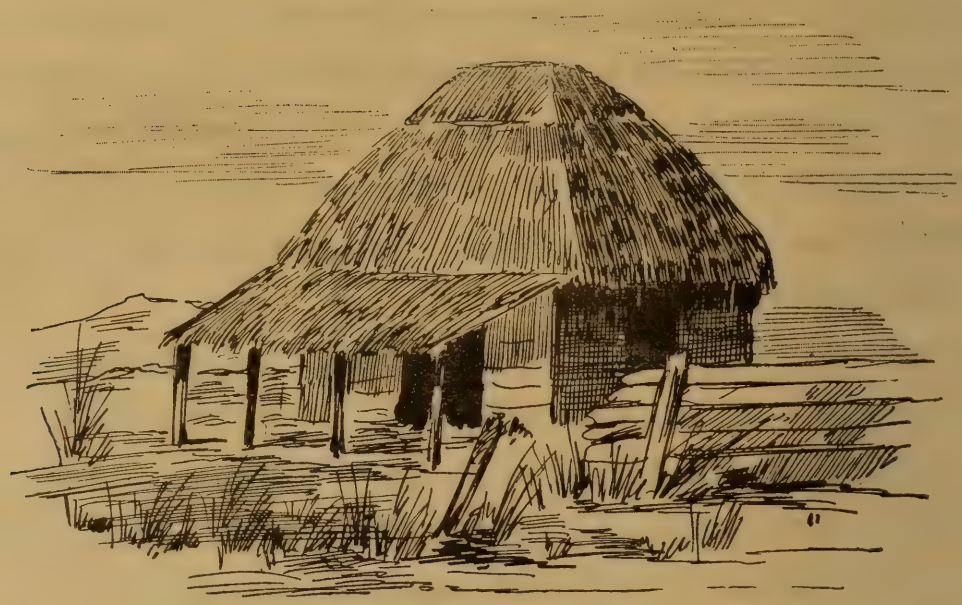
—No tengas cuidado; yo seré tu padrino.

Y diciendo esto, comenzó á descargar sobre mi cabeza y cuerpo tremendos machetazos, en tanto que con mi compañero hacían otros lo mismo.

Nos dejaron tendidos en el suelo creyéndonos muertos, no sin razón, pues motivos había para estarlo. Como yo había oido hablar de la ferocidad de los mambises, contenía la respiración y no me costó tra-

bajo hacerme el muerto, porque hasta creo que lo estaba y he resucitado, permitiendo esto la Vírgen del Carmen para que cuente lo que han hecho con nosotros y sepa todo el mundo qué clase de gente es esa; pero mi compañero se quejaba de los agudos dolores que sentía y como lo oyeron los de la partida, que ya se alejaban, dijo uno:

—Todavía viven esos sinvergüenzas. Vamos á rematarlos.



BOHÍO DEL DESTACAMENTO «EL MULATO»

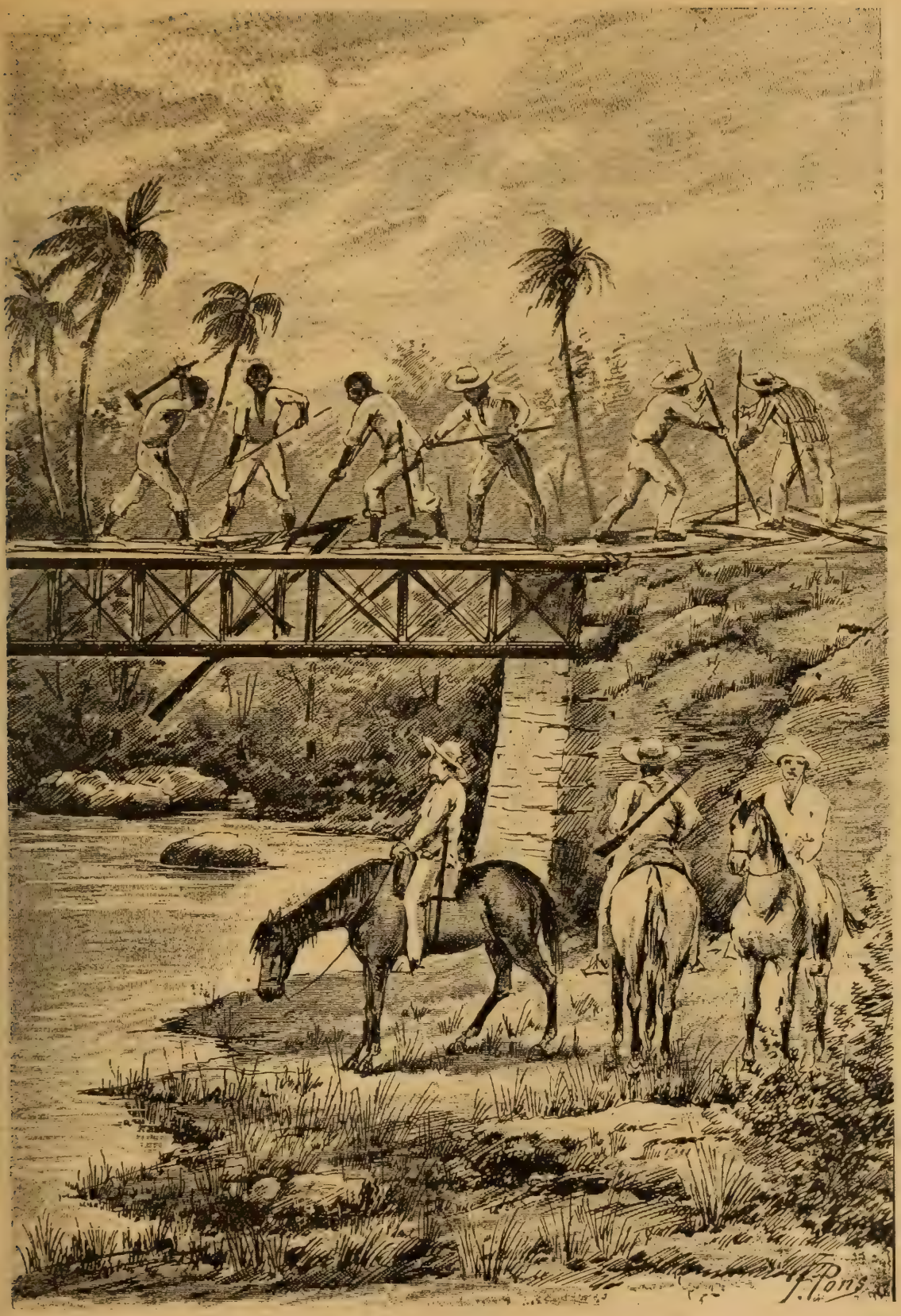
—Dejarme á mí,—exclamó otro y acercándose á mi compañero, lo destrozaron por completo, dejándolo muerto de verdad.

A mí me empujaron con el pié y dijeron:

—Este no necesita más; ya está despachado.

Se fueron, y creo que yo también me fuí para el otro mundo, pues todo el día y la noche de ayer, han pasado para mí inadvertidos.

El soldado se llama Jerónimo Blanco Incógnito, y es natural de Miaño, provincia de Pontevedra, y pertenece á la segunda compañía del segundo batallón de infantería de Marina.



DESTRUCCIÓN DE UN PUENTE POR LOS INSURRECTOS

***

Los machetazos recibidos por Blanco Incógnito en la parte posterior de la cabeza, habíanle destrozado esta por completo, dividiendo el cráneo de tal manera, que sin exagerar puede decirse que en la herida le cabia holgadamente una mano cerrada.

El infeliz soldado presentaba las siguientes heridas: Una profunda de tres centímetros en el hombro izquierdo; otra de cinco centímetros en la paletilla del mismo lado, que interesaba el hueso; otra de íd. ídem que dividía los músculos posteriores de la base del cuello y dejaba al descubierto la columna vertebral; otra que se extendía desde la mitad posterior del cuello hasta reunirse en ángulo con otra transversal que corria desde el hoyo occipital á raíz del pelo, hasta la oreja izquierda. Este mandoble dividió completamente la apófisis mastoidea izquierda y por la acción del músculo que á ella se ata por arriba y que va hacia adelante y abajo á atarse junto al hoyuelo del cuello y la clavícula, se separó del cráneo como una pulgada, lo cual unido á la retracción del colgajo en forma de > en la conjunción de ambas heridas, ofrecía un aspecto de horrible degolladura que horripilaba.—Otra también transversal, tres centímetros por encima de la anterior, como de ocho centímetros que dividía el occipital en todo su espesor; y otra paralela á ésta, cuatro centímetros más arriba y de igual longitud, que cortaba la parte superior del hueso en forma de casquete esférico, siendo recta la parte de abajo, por servirle de límite el corte del hueso de la otra herida.

La ciencia médica representada en el hospital de Holguín por los reputados doctores Bellver, Atienza y Toledano, extremó todos los recursos para salvar al soldado Jerónimo Blanco Incógnito.

El tren que salió de Gibara á las siete de la mañana del día en que tuvo lugar el combate de Aguas Claras, tuvo que detenerse en Auras, por habérsele roto un tornillo á la máquina que lo arrastraba. Este accidente y la consiguiente demora para reparar la avería ó desperfecto, dió tiempo á que se recibiera el aviso telegráfico comunicado desde Aguas Claras y se dieran las órdenes oportunas á Gibara para que saliese otro tren de auxilio conduciendo las fuerzas disponibles, las cuales llegaron á aquella estación cuando ya la partida se habia retirado.

También salieron de Holguín cien hombres de infantería de Marina al mando del comandante don Julio Diaz de la Torre.

En total salieron doscientos veinte y cinco hombres: veinte y cinco para reforzar la guarnición de Aguas Claras, cien para Auras y otros cien para Cantimplora.

El enemigo pudo realizar, sin embargo, los vandálicos hechos que dejamos narrados, porque desde Holguin fué materialmente imposible hacer más de lo hecho, ó sea prestar más prontos auxilios, por encontrarse todas las fuerzas en operaciones en las inmediaciones de Cauto, á las órdenes del general Suarez Valdés, quien parece operaba con su columna por aquellas cercanías en combinación con otras fuerzas, á fin de impedir el paso de Máximo Gomez al Camagüey.

Por otra parte, la importancia de la plaza de Holguín constantemente amenazada por el enemigo, impedía desprenderse por completo de todas las fuerzas que la guarnecían.

De todos modos, los que se enteraron al detalle de todo lo hecho y de los elementos con que se contaba, opinaron que los encargados del despacho de aquella división, en ausencia del general Valdés, hicieron cuánto pudieron y quizás evitaron que el enemigo intentase apoderarse de Holguin.

Según refirieron algunos fugitivos procedentes de Fray Benito, las partidas insurrectas tomaron la dirección de Holguin, lo cual que-

dó confirmado por la noticia que posteriormente se tuvo de que habían atravesado el poblado de Auras en aquella dirección.

***

Al tener conocimiento el general Suarez Valdés, por el parte que le enviara el teniente Suarez, de la presencia del enemigo por aquellas inmediaciones, salió con la columna en la dirección que aquel le señalara, llegando al anochecer del día 7 á una jornada de Holguin, donde acampó y pernoctó para dar descanso á sus tropas y esperar el día.

Noticioso Maceo de la proximidad del general, por confidencias que recibió al entrar la noche del 7, y no dudando de que su presencia obedecia al intento de atacarle, enviole un propio con una nota en que le decía, que estaba muy cerca de él, y que al amanecer le tendría á su disposición para librar un combate.

El general contestó al emisario que aceptaba el reto y aguardaría la mañana para entablar la lucha.

Precisamente el bizarro general Valdés no tenia otros deseos que batir á los insurrectos.

Mas, el *valiente general* mulato, una vez tuvo la garantía con la respuesta que á su nota habíale dado el jefe de la columna, de que las tropas españolas no le molestarían hasta por la mañana, ya fuera porque deseara continuar su ruta, ó porque dudase del éxito de un combate con el contingente de fuerzas del general, que llevaba más de dos mil hombres, apresuróse á levantar el campo y emprendió la marcha, aprovechando la obscuridad de la noche, en dirección á las próximas colinas.

La ansiedad que devoraba á nuestro ilustre general por ver llegar

la hora de medir sus fuerzas con las del jefe insurrecto, túvole toda la noche en vela.

Era tal su impaciencia por ver asomar por Oriente el carro de la Aurora, que momentos hubo en que llegó á pensar que la noche iba á ser eterna; tan largo parecíale el tiempo que el astro del día tardaba en volver á aparecer en el horizonte.

Mas, como todo tiene fin en este mundo, y las leyes de la Naturaleza son inmutables, y el curso de los astros no puede interrumpirse ni estos dejar de obedecer al mandato de su Creador, llegó el momento deseado.

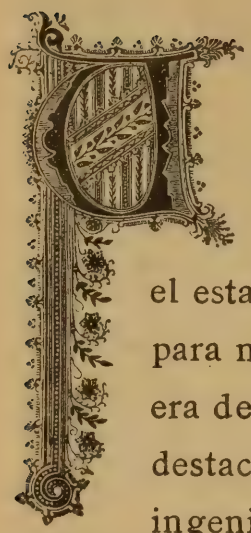
Con un suspiro de satisfacción saludó el general la aparición del alba, que con su rosada tinta iba tiñendo de luz bosques y colinas, y enseguida apercibióse á la lucha, dando las oportunas órdenes á sus ayudantes de campo para que las transmitieran á los jefes de los batallones á sus órdenes.

Puesta en marcha la columna en busca del enemigo, pues no quiso esperar á ser atacado y si atacar él, pronto se convenció de su candidez en dar crédito á la nota de Maceo, comprendiendo entonces que el reto que le enviara el *general* mulato no habia sido más que un ardid de que se habia valido éste para huír durante la noche y evitar el encuentro.

Al comprender la burla que le habia jugado el *mayor general* de los insurrectos, el pundonoroso Suarez Valdés se exasperó y maldijo su candidez, jurando no descansar un momento y continuar la persecución del cobarde filibustero hasta encontrarlo y obligarle á batirse.

CAPITULO II

Malas noticias.—Penalidades de las tropas.—La rendición de «El Mulato».—El teniente Becerra.—El ex-cabo de la guardia civil don José Andujar.—El soldado Julián Cambra.—Desarme é incendio.—Nuestros soldados.—Çombate de «Cerca de Piedra».—Crítica situación de la columna.—El teniente don Gustavo Rodrignez.—Brillante carga y dispersión del enemigo.—El comandante Tejerizo.—Persecución de los rebeldes.—Destrucción del campamento insurrecto.—Regreso á Santiago.—Varios detalles del combate.—Muertos y heridos.



UNA série de noticias á cual más pesimistas, que produjeron en los ánimos una impresión profunda de disgusto, se recibieron en la Península el día 26.

La campaña, á causa de las lluvias torrenciales y el estado pantanoso de los caminos, se había hecho penosísima para nuestras sufridas tropas; la persecución de los rebeldes era de todo punto imposible, y el aprovisionamiento de los destacamentos que guarnecían los poblados y custodiaban los ingenios hacíase dificilísimo por las dificultades que ofrecía la conducción de los convoyes.

Nuestros pobres soldados sufrían grandes penalidades en sus marchas, por tener que caminar siempre con fango hasta la rodilla y haber de dormir sobre un suelo cenagoso cuya humedad atería sus miembros, pues para preservarse de ella solamente disponían de la

delgada manta, que la mayoría de las veces estaba completamente mojada.

Los oficiales tenían la ventaja sobre los pobres soldados de llevar hamaca para dormir y poder usar el impermeable, que les preservaba de la humedad y de la lluvia.

¿No sería altamente patriótico y humanitario que, en un país en que

le salió al encuentro un grupo de insurrectos que le obligaron á seguirles... (pág. 553)

tanto dinero se gasta en cosas supérfluas, estudiara el Gobierno la manera de proveer de impermeables á los soldados del ejército de operaciones en Cuba?

La salud es la vida, el vigor, la fuerza, la alegría... y, ella representa y significa para el soldado español, la victoria.

Sólo esta consideración debiera bastar para que el Gobierno cuidara más y se preocupara con solícito y patriótico afán de la salud de sus soldados.

Con ello, además, menguaría la cifra de los enfermos en la isla,

cosa muy digna de tenerse por todos conceptos en cuenta por nuestros gobernantes y estadistas.

Aparte estas noticias, que conturbados tenían todos los ánimos, trasmitiónos el cable la desagradable nueva de haber sufrido nuestro ejército un sensible fracaso.

Díjose que la fuerza destacada en el poblado El Mulato se había rendido con armas al enemigo, sin oponer resistencia.

El Gobierno se decidió por fin á hacer público un despacho del general Martinez Campos que trasmitía la noticia en los siguientes términos:

«En el poblado de Mulato, donde había un destacamento nuestro de veinte y cinco hombres, al mando de un teniente de la reserva llamado B..., presentáronse los insurrectos, sin que la fuerza leal opusiera resistencia.

Rendidos al enemigo y entregado el puesto con armas y municiones, se ignora si la fuerza regresó á Puerto Príncipe, distante ocho leguas de Mulato, ó desertaron...»

Díjose que el teniente habíase rendido á una fuerte partida insurrecta que mandaba Máximo Gomez, y aseguróse que el jefe del destacamento rendido había sido sometido á juicio sumarísimo y condenado á ser pasado por las armas.

A muy tristes comentarios dió lugar la desagradable noticia, pues á todo el mundo extrañó que se dejasen destacamentos tan pequeños ó reducidos, á larga distancia de las ciudades, sin condición alguna de defensa y rodeado por todas partes de montes firmes.

El destacamento que guarnecía el poblado de El Mulato estaba formado por veinte y cinco hombres de infantería al mando de un teniente, y ocupaba un bohío y tienda bodega donde se albergaban los soldados encargados de los caballos que en tiempo de paz se mandaban desde Puerto Príncipe á aquellos potreros y montes.

Cuando por razón de la presente guerra se retiraron todos los puestos de la guardia civil, porque resultaban pequeños ó con escasa fuerza para poder defenderse de los ataques del enemigo, destinaron al destacamento de El Mulato veinte y cinco hombres mandados por un teniente.

Como único medio de defensa para un caso de ataque, hicieron un foso y clavaron una empalizada de postes y tablas frente á la casa-bohío que ocupaba la fuerza, y que era de guano.

Los otros lados estaban *naturalmente* resguardados con los árboles que lo circundaban.

Díjose que se proyectaba suprimir ese destacamento por iuútil y peligroso para la fuerza allí destacada desde la invasión de la provincia por Máximo Gomez.

***

El día 19 de Junio había eu El Mulato una fuerza de veintiun soldados de infantería, tres guardias civiles y un segundo teniente, sin más clases que un soldado distinguido que hacía las veces de cabo.

El establecimiento ó tienda bodega inmediato al bohío que ocupaba el destacamento, era el que racionaba á la tropa y pertenecía á don José Andujar, natural de Extremadura, cabo segundo de la guardia civil, licenciado, y á la sazón teniente de voluntarios.

Dirigióse á caballo á Puerto Príncipe, el indicado día 19, el vecino de Magarabomba don Francisco Vara, cuando al hallarse entre El Mulato y Caobillas, le salió al encuentro un grupo de insurrectos que le obligaron á seguirles y lo condujeron á presencia de su *generalísimo*.

—¿Donde va usted?—preguntó Máximo Gomez.

—A Puerto Príncipe—contestó Vara.

—Pues hay que cambiar de ruta, porque necesito de V. un servicio. Lléguese á El Mulato y dígale de mi parte al teniente que manda el destacamento, que le doy un cuarto de hora de término para que se rinda con su gente y entregue las armas.

El señor Vara dirigióse al poblado á cumplimentar la orden del jefe insurrecto.

Serían las cinco y media de la tarde cuando llegó á El Mulato y preguntó por el comandante del puesto.

—No está—le respondieron.

Y en efecto, el teniente se había ausentado y se hallaba en una tienda de un tal Castañeda, distante del poblado como medio kilómetro.

Entonces el señor Vara expuso á los soldados la misión que allí le llevaba y comunicóles la orden que habíale encargado trasmitir á su jefe, el *generalísimo* de los insurrectos.

Los soldados al enterarse del mensaje que en nombre de Máximo Gomez les trasmitiera su emisario, llamaron al señor Andujar, dueño del establecimiento contiguo y que abastecía al destacamento, y segundo teniente de voluntarios, como ya hemos dicho, y le enteraron de la orden ó intimación del jefe rebelde.

—Diga usted á Máximo Gomez—contestó el valiente Andujar—que los españoles no se rinden, y que si quiere las armas, puede venir cuando guste á arrancarlas de manos de los que sabrán defenderlas hasta morir.

Y volviéndose á los soldados, añadió:

—¡Muchachos, prepárense! echar cápsulas al suelo y disparar sin precipitarse á la voz de mando.

***

En esa situación se hallaban los soldados, animados del mayor entusiasmo por las palabras de su jefe accidental y dispuestos á recibir á tiros al enemigo, cuando á los pocos minutos apareció otra vez el señor Vara.

—¡Alto! ¿Quién vive?—gritó el centinela del destacamento.

—¡España!—respondió Vara.

—¿Qué se ofrece?—preguntole Andujar al reconocerle.

—Me manda á decirles Máximo Gómez que no quiere derramamientos inútiles de sangre, y que les dá un nuevo término de cinco minutos para rendirse.

En aquel momento llegó el teniente jefe del destacamento y al enterarse de lo que ocurría manifestó al señor Vara que estaba dispuesto á rendirse por considerar una loca temeridad tratar de repeler el ataque de fuerzas tan numerosas, sin contar con elementos de defensa para correr siquiera el albur de salir airoso del combate, é inútil por tanto el sacrificio de sus soldados, que forzosamente habian de sucumbir á la desigual y desproporcional fuerza numérica del enemigo, y cuyas vidas estaba obligado á defender y á no exponer en balde.

—No se rinda usted, mi teniente—objetó Andujar—todo está listo para la defensa, y no es tan bravo el tigre para que el león no se atreva con él.

En aquel instante, de un cercano y extenso pinar donde se ocultaban, salió la fuerza insurrecta en número de unos mil hombres, los cuales avanzaron en grupo cerrado hacía el bohío que ocupaba el destacamento.

Próxima ya á la casa, Andujar gritó á los soldados.

—¡No se rindan; siganme á mí!

Pero la tropa, obedeciendo el mandato de su jefe, salió del bohío siguiendo á su teniente y entregaron las armas, municiones y correajes al jefe insurrecto.

Un soldado, llamado Julián Cambra, al ir á apoderarse de su fusil uno de los *mambises*, exclamó:

—¡Yo no rindo mi arma!

Y aseguida gritó con estentórea voz:

—¡Viva España!

—¡Cómo, patón!—interrumpiéronle los insurrectos arrojándose sobre él y desarmándole.

—Sí... ¡viva España!—repitió aquel valiente, forcejeando para desasirse de los que le sujetaban—y matarme si quereis. Yo no me rindo, me obligan.

—¿Quieren ustedes venir con nosotros? — preguntó el jefe insurrecto.

GENERAL SUAREZ VALDÉS

—¡Nunca!—gritaron los soldados—nosotros somos españoles y no traicionaremos jamás á la Madre patria.

***

Después del desarme del destacamento, los insurrectos penetraron en el bohío y se apoderaron de más de 1.500 cápsulas y algunas man-

tas. Aunque había más municiones, algunos soldados lograron esconderlas, así como un Maüser de un indivíduo enfermo que se hallaba en otro *rancho* inmediato.

Terminada la operación, los *mambises* pegaron fuego al bohío y á la tienda contigua, que ocupaba el destacamento, los cuales quedaron reducidos á escombros.

Consumada su obra se retiraron por el camino de Magarabomba, sin que se disparara ni un tiro en toda la operación.

Tan pronto desaparecieron los rebeldes, regresó al lugar del suceso el señor Andujar, que pudo escurrirse con su tercerola por entre las malezas y árboles que circundaban el bohío por la parte de atrás.

Interrogado algún tiempo después del suceso, el señor Andujar, por uno de nuestros corresponsales en el teatro de la guerra, acerca de la rendición del destacamento, le manifestó lo siguiente:

—Si la fuerza me sigue, todos se hubieran salvado con armas y municiones. El enemigo para llegar hasta nosotros por el sitio que yo me fuí, y por el que pudieron haberse escapado todos, tenía que cortar cinco cercas de alambres, porque el cuartón lo tenía yo dividido y cercado, y les hubiera sobrado tiempo para salvarse.

—¿Y á qué atribuyó usted la rendición del jefe del destacamento?

—Ni me lo expliqué entónces, ni he podido explicármela aún. Solamente la atribuí á su carácter y temperamento y al recuerdo de su mujer y sus seis hijos que residen en Jerez, y de los cuales era su único apoyo y sostén, para el cual les mandaba todos los meses sesenta pesos.

—Y los soldados ¿qué decían?

Todos se manifestaron muy indignados ante la resolución de su jefe. Eran todos unos valientes, y decididos estaban á resistir el ataque del enemigo y defender hasta morir su puesto, pero la orden y la voz de su teniente les obligó á rendirse muy á pesar suyo.

—¿Qué razones opuso á las objeciones que le hizo usted para que

no se rindiera ó al menos se escapara salvando así las armas y municiones?

—Dijome que la resistencia era temeraria é inútil por carecer de elementos para la defensa contra un enemigo cien veces superior en número; y muy preciosas y para él sagradas las vidas de sus soldados, para que inútilmente las sacrificara.

—¿Y respecto á su proposición de escaparse para librar al menos de que cayeran en poder del enemigo las armas y municiones de todo el destacamento?

—Objetome á su vez, que para él era más cobarde huir que rendirse, si de cobardía podia calificarse una rendición obligada por la fuerza de las circunstancias y de la situación.

—¿Cuánto perdió usted en el incendio de su tienda-bodega?

—Unos dos mil pesos; todo cuanto tenía, y gracias que hacia unos días habia mandado á mi familia á la capital, porque si no, sabe Dios lo que hubiera sucedido, á causa de que esa gente me tienen muchas ganas desde la época en que merodeaba por aquí una partida de bandoleros, á cuya persecución y muerte ó captura de algunos cooperé con la guardia civil, á cuyo benemérito cuerpo he pertenecido muchos años.

—¿Y cuándo dieron parte de lo ocurrido?

—Cuando yo regresé al poblado pregunté al señor Becerra si habia dado el parte, y como me contestase que para qué tenia que darlo teniendo que trasladarse con la fuerza á la capital á presentarse á sus jefes, lo hice yo en un papel cualquiera y lo mandé con un propio al comandante que residia en Magarabomba, señor Talavera.

***

Al día siguiente trasladóse á Puerto Príncipe, en una carreta, la

fuerza desarmada, y el teniente señor Becerra en un caballo, que les facilitó el referido señor Andujar.

A las once de la mañana entraron en la ciudad y se presentaron en la Comandancia militar.

Inmediatamente fué puesto en prisión el señor Becerra é incoóse la correspondiente sumaria para cuya formación fué nombrado juez instructor el comandante don Jesús López de León, y secretario el teniente don José Subirana.

El comandante del puesto ó jefe del destacamento que guarnecia el poblado de El Mulato, y que se rindió con armas y sin oponer resistencia alguna á las fuerzas insurrectas del *generalísimo* de los insurrectos Máximo Gómez, llamábase don Antonio Becerra y Romero, nacido en Carmona, provincia de Sevilla, el día 9 de Agosto de 1850, y era hijo de don Tomás Becerra y Buiza y doña María Romero y Ortega.

Tanto él como los soldados de infantería á sus órdenes, que componían el destacamento, pertenecian á la tercera compañía del batallón de Zaragoza, cuyo comandante señor Talavera residia en Magarabomba.

El ministro de la Guerra, manifestó que el teniente Becerra estaba en poder de las autoridades españolas, las cuales instruían la correspondiente sumaria.

Esta se siguió por el procedimiento ordinario, y de la información de los hechos resultó muy atenuada la responsabilidad que en los primeros momentos se habia atribuído á dicho oficial, siendo inexacto que se rindiera sin resistencia, y apareciendo que únicamente había cometido una falta de poca importancia, que no podia ser castigada con la terrible pena que se habia supuesto.

El general Azcárraga dijo, finalmente, que el susodicho teniente Becerra se habia rendido á los insurrectos, después de agotados todos los medios de defensa, y viéndose dominado por fuerzas mucho mayóres que las que él mandaba.

Estas noticias ó informes del digno ministro de la Corona, causaron el mejor efecto en la opinión, por redundar en honor de nuestro ejército, y de uno de sus valientes oficiales, cuya supuesta conducta deploraban todos, por las tristes consecuencias que para él y su desgraciada y numerosa familia habia de tener.

Referencias particulares disminuyeron también mucho la impor-

—¡Yo no rindo mi arma! (pág. 556)

tancia de la rendición llevada á cabo por el teniente Becerra en El Mulato.

Desde luego súpose que en aquel punto no existía fuerte alguno, circunstancia que, considerada militarmente, despojó al hecho de determinados caracteres de gravedad, severamente castigado en el ejército.

Además, las condiciones del lugar en que se hallaba el teniente Becerra, la misión que en el le retenía, el escaso número de hombres

VAPOR TRASATLÁNTICO «ALFONSO XII»

que mandaba y lo crecido, en cambio, de enemigos que le obligaron á la rendición, constituían, al parecer, otras tantas circunstancias atenuantes, que todo español deseó se confirmasen por la vida y por el buen nombre del mencionado oficial, y por el honor del ejército de la Nación.

***

Acerca del combate librado en las inmediaciones de Santiago de Cuba, entre las fuerzas que guarnecian la capital del departamento Oriental y la partida rebelde que merodeaba aquellos contornos y tenia poco menos que bloqueada la ciudad, impidiéndo la entrada del ganado destinado al consumo, nos comunicó nuestro celoso corresponsal en Santiago, los detalles siguientes:

A consecuencia de haberse apoderado los insurrectos el día anterior y otros, de las reses que se conducian á la ciudad para su consumo, dispuso la autoridad militar que al amanecer del día 29 saliese de la plaza una columna de sesenta infantes y diez y seis soldados, al mando de un capitán, á fin de que protegiesen la traida del ganado para el consumo público, y hiciesen á la vez el forraje para las acémilas de la guarnición.

Al alborear el día salió dicha fuerza de la ciudad y al llegar al punto nominado «Cerca de Piedra», en el camino de Bayamo, distante una legua escasa de la capital, el enemigo que estaba emboscado en la frondosidad de la manigua, dejó pasar la vanguardia y centro de la pequeña columna, y al tener á tiro á la retaguardia, rompió sobre ella por ambos lados del camino un nutrido y horrible fuego, con tan mala suerte para nuestras desprevenidas tropas, que á las primeras descargas les

ocasionaron siete heridos, dos de ellos de tal gravedad que murieron dos horas después.

La sorprendida fuerza sostuvo con el valor y serenidad propio y peculiar del soldado español aquel infernal fuego, encerrada en el callejón, así puede llamarse el estrecho camino que recorría, y en que se encontraba.

Uno de los peones que iba á buscar el ganado, volvió á escape á la ciudad y dió conocimiento del hecho á las autoridades.

Inmediatamente se dispuso la salida de los ciento setenta hombres que procedentes de la brigada disciplinaria de Mahón habian llegado dos días antes, y veinte caballos del primer escuadrón del regimiento de caballería de Hernán Cortés.

Del mando de esta fuerza se hizo cargo el bizarro comandante don José Tejerizo, que tanto se distinguiera días antes en la acción de Ramón Yaguas.

***

Los veinte caballos de Hernán Cortés se adelantaron á los infantes de Mahón, llegando al campo de la accción en momentos muy críticos para sus compañeros de armas, pues los insurrectos en número considerable y diez veces superior habían salido ya al camino y cargaban al machete sobre la infantería, que no podia revolverse en el estrecho callejón en que se hallaba encajonada.

Nuestra caballería, llevando al frente al bravo teniente don Gustavo Rodríguez, cargó con ímpetu tal y cayó sobre la masa de insurrectos con tal inresistible furia y coraje que á los pocos momentos huían estos hacia el puerto de Bayamo, y nuestros soldados se veian libres de aquella horda de salvajes y de sus terribles machetes.

Minutos después llegó el comandante referido con la fuerza de la brigada disciplinaria y unido á toda la caballería, emprendió la persecución del enemigo hasta el pié del puerto de Bayamo.

Durante la marcha fué hostilizado por los insurrectos cuatro veces, dos por retaguardia, una por vanguardia y la otra por el flanco derecho.

En el punto llamado «Maboa», pequeña ranchería situada cerca del puerto de Bayamo, encontró dos grandes *pailas*, en las que se estaba

Los soldados formaban vistosos grupos... (pág. 571)

cociendo el rancho para los *mambises*, los cuales tuvieron de abandonarlas en su precipitada huída. Ambas fueron destruídas por nuestros soldados, los cuales se apoderaron, además, de cinco hamacas de tela blanca, llenas de sangre, y cuatro caballos, tres con monturas y uno sólo con el freno, que aquellos habían abandonado también al levantar el campamento.

Disperso ya el enemigo, y en vista de lo avanzado de la hora y el estado de cansancio y fatiga de la tropa, que aún estaba sin almorzar,

á pesar de ser ya la una de la tarde, el jefe de la columna dispuso el regreso á la capital, sin haber sido molestado durante él, en lo más mínimo, por el enemigo.

***

Durante la persecución de los rebeldes por la columna, el comandante señor Tejerizo, en previsión de lo que pudiera acontecer, ordenó que veinte hombres al mando de un oficial ocupase un bohío que habia inmediato al camino, y en él tomase posiciones.

El enemigo, á su vez, pensó también ocuparlo, sin percatarse de la operación realizada por nuestras tropas, en cumplimiento de la previsora orden de su jefe; pero al intentarlo, la fuerza apostada dejó que se acercara sin hostilizarle, y cuando estuvo á corta distancia recibiole á descargas cerradas, obligándole á huír y ocasionándole dos muertos que abandonó, y varios heridos que pudo retirar.

Según noticias adquiridas después en la ranchería de «Maoba», los insurrectos pasaron por allí, conduciendo un muerto y seis heridos, creyendose con algún fundamento por los rastros de sangre que se encontraron en todo el trayecto recorrido por nuestras tropas, que debieron sufrir más bajas, las cuales pudieron retirar por otras direcciones.

La columna hubo de lamentar la muerte de dos soldados y cinco heridos.

Los nombres de nuestros valientes soldados que fueron baja, son los siguientes:

Camilo Canales, soldado del primer escuadrón de caballería de Hernán Cortés; muerto.

José Iglesias Seijo, de la segunda compañía del primer batallón de Cuba; muerto.

Jesús Fernández González, de la quinta compañía del noveno peninsular; dos heridas de bala, una en el brazo derecho y otra en la pierna izquierda, muy grave.

Manuel Maroto Cols, del primer escuadrón de Hernán Cortés; herido de bala en el índice de la mano izquierda, grave.

Eladio Olavarieta Corbaja, de la brigada de transportes de Administración militar; dos heridas de bala en ambos muslos, grave.

Andrés Fuentes Roldan, de la misma; herida leve.

Joaquín Garcés Salvador, del primer escuadrón de Hernán Cortés; herida leve.

Además, resultaron heridos los paisanos don José Grilo y don Antonio Pereira Castro, el primero gravemente y el segundo que falleció al ingresar en el Hospital civil.

***

Los oficiales que acompañaron al comandante señor Tejerizo en la referida acción, fueron el capitán ayudante del general Garrich, señor Rodriguez; el teniente ayudante del general Salcedo, señor Montilla; el teniente de artillería de á pié, señor Muñoz; y los tenientes de caballería de Hernán Cortés, señores Rodriguez, Guerrero y Caballero.

Se distinguieron muy especialmente los dos ayudantes y el teniente señor Rodriguez, y se hicieron referencias muy halagüeñas respecto á las acertadas disposiciones y serenidad del jefe de la columna, comandante señor Tejerizo, el cual pudo contar con un nuevo triunfo en su brillante historial militar.

La acción de «Cerca de Piedra», si bien no tuvo gran importancia militar, alcanzó alguna notoriedad por la circunstancia de haber tenido lugar muy cerca de la capital de Santiago de Cuba, cuyos habitantes

oían los disparos desde sus casas y desde las calles de la población, en la cual reinó gran alarma é inquietud durante la ausencia de la guarnición; alarma que aumentó considerablente cuando al regreso de la columna atravesó ésta las calles conduciendo los muertos y heridos en camillas, y obtuvo, además, muy buenos resultados para la tranquilidad de la capital del departamento Oriental, que desde aquel día vió libre de insurrectos sus inmediaciones y pudo abastecerse sin contratiempo ni contrariedad alguna.

CAPÍTULO III

Despedida de las tropas expedicionarias de Cuba.—Salida de Málaga del batallón de Borbón.—Llegada á Cadiz —Su embarque en el *Montevideo*.—Despedida del pueblo coruñés á los batallones de Zamora y Reus.—El coronel señor Izquierdo.—Arenga á los soldados.—Su embarque en el *Reina María Cristina*.—Valencia al batallón de Guadalajara.—Zaragoza al batallón de Gerona.—Fiesta militar.—Detalles de patriotismo.—La villa de Olot al batallón de Aragón.—Alocuciones del alcalde de Olot al pueblo y á los soldados.—Llegada de las tropas expedicionarias á Barcelona.—Su embarque en el *Alfonso XII*.—Despedida del pueblo de Madrid al batallón de San Fernando.—Escenas conmovedoras.

CARIÑOSA y entusiasta fué la despedida que en todas las poblaciones de España se hizo á las tropas expedicionarias de Cuba.

A las seis de la tarde del 17 de Junio, salió de Málaga para Cadiz el tren que conducía al regimiento expedicionario, al mando del teniente coronel don Emilio Millán Ferriz.

Embarcaron 691 soldados pertenecientes al primer batallón del regimiento de infantería de Borbón, los cuales debían completarse hasta 900 con fuerzas que se hallaban en Cadiz, de los regimientos de Alava y Pavía.

Asistieron al acto, las autoridades locales, civiles y militares y un gentío numeroso del pueblo.

Los soldados iban sin armas, contentos y alegres, y vestían traje de mecánica.

Hubo despedidas enternecedoras y detalles curiosos y conmovedores. Estando la tropa embarcada ya, recibióse un telegrama oficial concediendo permuta á un soldado que la había solicitado.

Un ayudante le buscó, comunicóle la concesión, y el soldado, loco de alegría al recibir la noticia, sin esperar á que abrieran la portezuela del coche, se tiró por la ventanila y corrió á arrojarse en brazos de su llorosa y desventurada madre, que á pocos posos contemplaba silenciosa el vagón en que viera entrar á su amado hijo, con el alma aso-

un bote seguía á todo remo al vapor,... (pág. 572)

mado á sus ojos velados por una nube de lágrimas que resbalaban por sus pálidas megillas.

A las once de la mañana del siguiente día 18 llegó el batallón á Cadiz.

Esperábanle en la estación los generales Rodas y Castillejo, comisiones del Ayuntamiento y de los cuerpos de la guarnición, y varias bandas de música.

Al entrar el tren en agujas, los soldados, asomados á las ventanillas de los coches, agitaban los pañuelos y las banderolas y daban vivas entusiastas á España y á Málaga y Cadiz.

En el andén de la estación había numeroso gentío, entre el que se veían muchas familias de los expedicionarios que habían salido de Málaga en el correo para despedirlos en Cadiz.

Allí esperaban para unirse á sus compañeros de Borbón, los 144 soldados de los regimientos de Alava y Pavía, que debían completar el batallón expedicionario.

***

Inmediatamente dirigióse el batallón completo á los muelles, rodeado de numeroso gentío que le aclamaba.

Durante el trayecto las familias de los soldados los abrazaban conmovidos, originándose tristísimas escenas.

El embarque se hizo penosamente por el mal estado del mar, á causa del fuerte viento Sudeste que reinaba; pero sin haber tenido que lamentar accidente ni percance alguno por el acierto con que lo dirigieron las autoridades de Marina.

Las mujeres lloraban, gritando con emocionado acento.

—«Nos quitan lo mejor de cada casa para no devolvérnoslo ya más.»

Los soldados les respondían:

—«No lloreis por nosotros: la patria nos llama allende los mares, y es preciso ir á defenderla. Pronto volveremos victoriosos.»

El espectáculo era conmovedor.

El muelle durante el embarque ofrecía un aspecto muy pintoresco y animado.

Los soldados formaban vistosos grupos sentados sobre los morrales y rodeados de sus parientes y amigos á quienes procuraban consolar y distraer de su tristeza con palabras animosas y esperanzas de un próximo regreso.

Recorrían el muelle infinidad de vendedores ambulantes con comestibles y vinos, que en su entusiasmo ofrecían gratis á los expedicionarios.

El trasbordo al trasatlántico *Montevideo* se hizo difícil y lentamente, á causa del estado del mar.

Los soldados de Extremadura que desde el día anterior se hallaban á bordo del *Montevideo*, recibieron á sus compañeros de expedición con gran alegría y entusiasmo.

En un remolcador colocóse una banda de música que durante el embarque estuvo tocando himnos nacionales, situado en uno de los costados del *Montevideo*.

Embarcaron también 120 soldados del depósito de Ultramar y muchos jefes y oficiales, algunos de los cuales llevaban á sus familias.

Los generales y las comisiones militares fueron á bordo á despedir á los expedicionarios.

En la orden de la plaza del día 18 se publicó una entusiasta despedida.

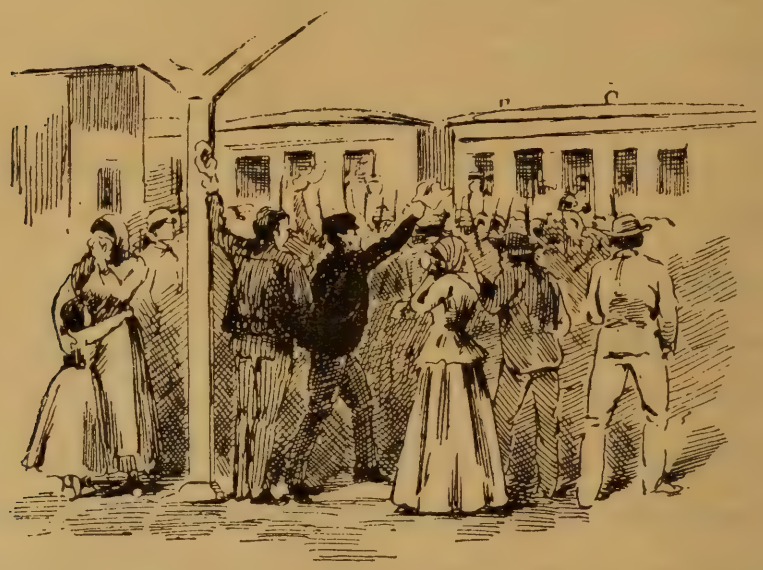
Al verificarse el trasbordo de los soldados al vapor *Montevideo*, cayóse uno de éstos al agua por uno de los costados del buque pudiendo ser sacado, afortunadamente, sin consecuencias.

Algunos reclutas procedentes del depósito de Ultramar, que habían embarcado por la mañana, fueron redimidos á metálico. Sus padres recorrieron desolados las oficinas, temiendo que el vapor marchara llevándose á sus hijos, haciendo inútil su sacrificio.

El *Montevideo* zarpó á las cuatro de la tarde, en medio de los vivas y aclamaciones de unos, y de los suspiros y lágrimas de otros.

Cerca de la punta de San Felipe, observaron los soldados que iban asomados á la mura de popa, que un bote seguía á todo remo al vapor, distinguiéndose de pié en él á un oficial que hacía señas con un pañuelo para que parase.

Advertido el capitán, mandó detener la marcha del buque, pudiendo entónces ser alcanzado este por el bote, en el cual iba el abanderado



DESPEDIDA DE LAS TROPAS EN ZARAGOZA

del batallón de Borbón que se había entretenido y quedado en tierra.

Recogido el rezagado oficial por la tripulación del *Montevideo* volviose á poner en movimiento la hélice, y pronto la ciudad flotante perdiose en las lejanías del horizonte.

***

Desde las primeras horas de la mañana del 20, todo era movimiento y vida en las calles de la Coruña: un movimiento inusitado notábase en toda la población.

Las calles de la carrera que habían de recorrer las fuerzas expedicionarias ostentaban vistosas colgaduras.

A las puertas del cuartel agolpábase gran gentío, ávido de contemplar la salida de las tropas.

El día era expléndido, y el mayor entusiasmo reinaba en la multitud.

La oficialidad de los batallones expedicionarios, con su coronel al frente, despidióse de los generales, y pasó á casa del general Sánchez Bregua, á darle igualmente el adiós de despedida.

El veterano general, emocionadísimo y poseído del ardimiento de sus buenos tiempos, los despidió con sentidas frases.

El cuartel de Alfonso XII, donde se alojaban los batallones de Zamora y Reus, había sido adornado con colgaduras y ofrecía en su interior un aspecto animadísimo.

A él acudieron numerosas comisiones de los diversos cuerpos é institutos de la guarnición, á despedir á sus compañeros.

A las doce y media llegó el general Moltó, comandante general del distrito, acompañado de los generales Pin, Valderrama, Lluch, Caballero y Alasa.

Revistada la fuerza, el general quedó muy complacido del buen aspecto que ofrecía la tropa, que en su mayoría eran mozos del país, recios y fuertes.

El capitán general señor Moltó dirigióles una sentida y patriótica arenga, haciendo brillantes elogios del coronel Izquierdo, que marchaba voluntario mandando su batallón, y terminando con estas frases:

—«Dichosos los que vais á pelear por la patria.

Aquí quedamos nosotros esperando ir á compartir á vuestro lado las glorias de la campaña. Todo os asegura un brillante éxito: para ello, no es preciso sino que conserveis siempre el mismo acatamiento á la disciplina y recordéis que sois españoles.

Día solemne es hoy para todos; hoy que partís de España para ir á defender en la perla de nuestras Antillas, descubierta por el inmortal Colón, y conquistada por nuestros antepasados, la integridad del territorio patrio y la honra de la bandera española».

Con frases entusiastas, cariñosas y llenas de amor patrio, terminó el general enalteciendo al glorioso regimiento de Zamora y dando vivas á España, al ejército, á Galicia y á la Coruña, que fueron entusiásticamente contestados por las tropas.

***

El coronel señor Izquierdo, en el acto de la jura de la bandera del batallón, dirigió á sus soldados la siguiente arenga:

—«Soldados: muchos de vosotros procedentes de otros cuerpos de esta séptima región, habeis venido á incorporaros al que tengo la honra de mandar. Como soldados españoles que sois, no dudo de que poseais todos la alta virtud y merecimientos que son la característica de nuestro valiente ejército. Por lo tanto, solo una indicación tengo que haceros: la fé que habeis jurado á la bandera de los cuerpos en donde serviais; el valor conque prometisteis defender hasta derramar la última gota de vuestra sangre, siempre que la patria os lo mandare; la constancia conque sin duda alguna habiais de velar, porque se conservaran gloriosas y sin mancilla, es todo lo que reclamo de vosotros para la que desde ahora os cobija á todos: la del regimiento de Zamora.

Ella es gloriosa también: esa enseña que ahí veis, se ha paseado orgullosa é inmarcesible por apartadas regiones, coronando á cuántos al amparo de su sombra protectora marcharon al combate y la vieron tremolar, ya en Flandes, ya en Africa.

Otro tanto espero que sucederá en la campaña que vamos á em-

prender allende los mares, si con alma y vida me prometeis serle fieles y sacrificar por su honor, que es el vuestro y el de España, vuestras vidas cuando preciso sea.»

—¿Lo jurais así?—preguntó el bizarro coronel.

—¡Lo juramos!—contestáronle sus soldados.

—¡Viva España!—gritó entónces el señor Izquierdo—¡Viva el rey!, ¡viva Zamora!

—¡Viva...a!—respondieron con entusiasmo todos los allí reunidos.

***

A la una salió la fuerza del cuartel, acompañada de la música que iba tocando el himno del regimiento.

Disparáronse cohetes, y una inmensa multitud que esperaba la salida de las tropas, aclamó con entusiasmo á los soldados.

El día era hermoso: un expléndido sol hacía brillar los colores nacionales de las banderas y colgaduras y arrancaba chispas de luz de las brillantes armas.

De los balcones, cuajados de hermosas damas y bellas jóvenes, caía una lluvia de flores sobre la tropa, que avanzaba dificilmente entre aquel océano viviente; todos querían abrazar ó estrechar la mano á los oficiales y á los soldados; todos se atropellaban para saludar al bizarro coronel Izquierdo.

Las mujeres del pueblo lloraban, entregando furtivamente á los soldados chocolate, limones para preservarse del mareo, tabaco, fruta y algún dinero.

Todo el tránsito fué una ovación continuada. Al pasar por delante de los edificios donde se hallan instaladas algunas sociedades recreativas, el entusiasmo llegó al delirio; especialmente delante del casino *Reu-*

nión de artesanos y en la calle Real, el espectáculo fué indescriptible.

En la calle de Panaderos un paisano ofreció al coronel de Zamora una corona de laurel y flores naturales.

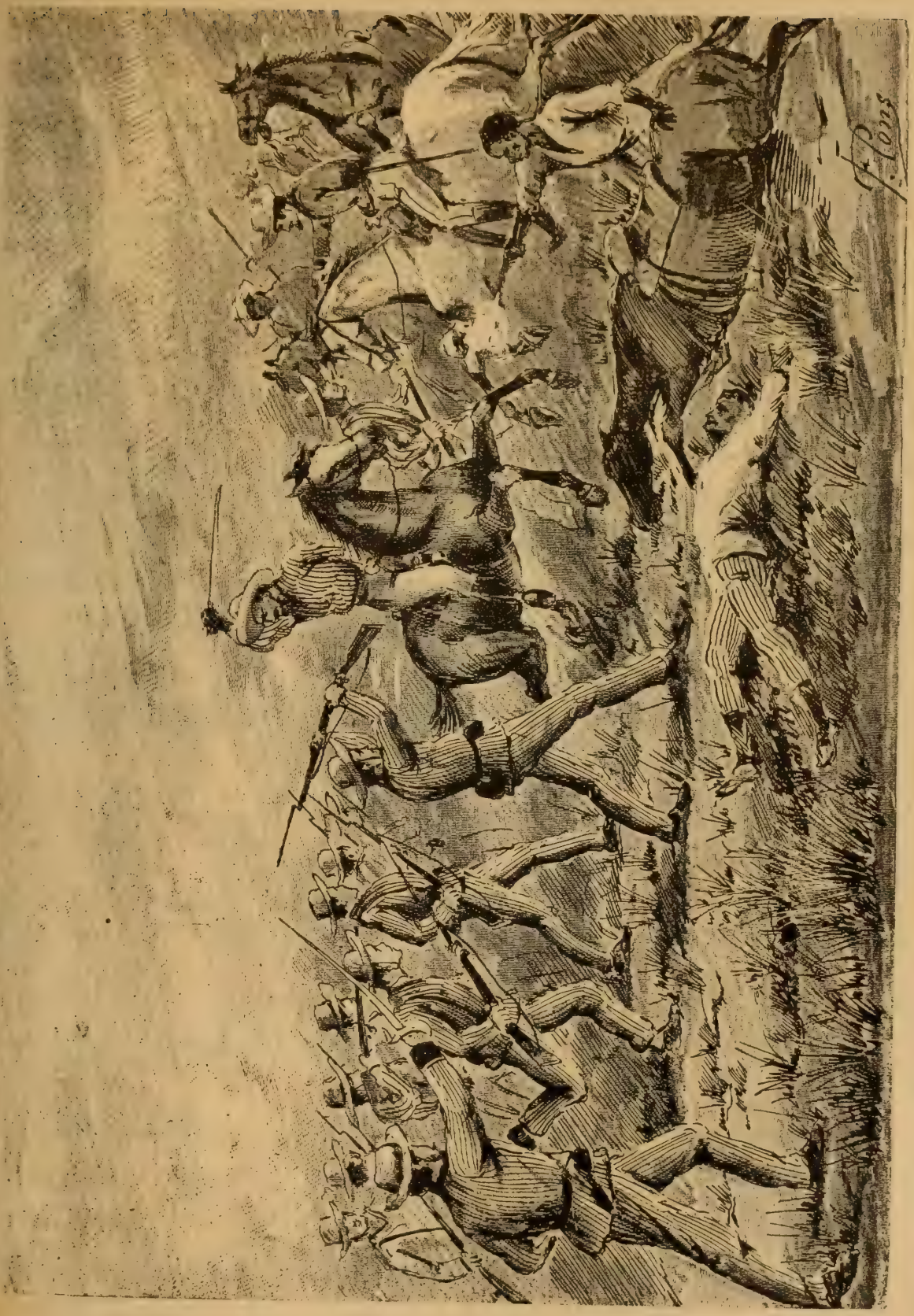
Los muelles se hallaban abarrotados de gente; el muelle de hierro,

Hubo despedidas enternecedoras... (pág. 569)

el de la Marina, y hasta la costa habian sido invadidos por la multitud, para presenciar desde allí el embarque.

El aspecto de la hermosa bahía durante este, era magnifico é imponente y quizás nunca visto en la Coruña.

Al comenzar el embarque, gran parte del público ocupó toda clase



SANGRIENTO COMBATE DEL CACAO

de embarcaciones, las cuales alcanzaron precios considerables, calculándose que fueron más de tres mil personas las que había sobre el agua.

A medida que los soldados iban embarcando en los gabarrones, para transportarlos al Trasatlántico, la muchedumbre los aplaudía y vitoreaba con delirante entusiasmo.

Las bandas de música de Zamora y Reus ejecutaron alegres piezas en el muelle de hierro durante el embarque de las tropas, que se hizo con facilidad y rapidez en las gabarras que para este servicio estaban destinadas, las que iban colocándose unas tras de otras, en condiciones de poder ser remolcadas por los vapores *Cabo Mera* y J. F. hasta el buque trasatlántico.

Varias embarcaciones engalanadas con banderas y gallardetes, llevando comisiones oficiales y particulares, pasaron á bordo del vapor correo *Reina María Cristina* que conducía al batallón, tributando á este una despedida cariñosa y entusiasta.

El Ayuntamiento en corporación fué recibido por el general Moltó, que en nombre del ejército dió las gracias al Municipio de la Coruña por la brillante despedida tributada á las tropas.

***

El embarque terminó á las cuatro, y una vez acomodada la tropa, se les repartió un rancho extraordinario.

Más tarde, el capitán del vapor ofreció á los jefes y oficiales un banquete, que fué presidido por el general Moltó.

La música del batallón de Reus tocaba en el muelle la marcha de Cadiz, mientras la de Zamora, colocada en una de las gabarras, lo hacía en uno de los costados del vapor. Este había dado fondo en la ba-

hía á las doce y media y llevaba ya á bordo 500 hombres del regimiento de América.

La fuerza embarcada se componía de 31 sargentos, 49 cabos y 822 soldados. Entre los oficiales iban voluntarios, según pase concedido á última hora, el capitán don Gustavo Izquierdo, hermano del coronel, y el teniente señor Blanco.

Con el coronel señor Izquierdo iba también otro hermano que era teniente, y próximamente se les reuniría en Cuba, otro que era comandante y no pudo acompañarles por hallarse herido en una pierna.

El vapor zarpó á las ocho de la noche, en medio de ruidosas aclamaciones y vítores de la multitud que aguardaba su salida del puerto para dar el adios de despedida á los valientes soldados á cuyo valor y patriotismo había encomendado la patria la defensa de la integridad de su territorio y el honor de su bandera.

Los vaporcitos le escoltaron hasta fuera de bahía, saludándole con cohetes y luces y despidiéndole con vivas á España, al ejército y á Cuba española.

***

El día 21 zarpó del puerto de Valencia con rumbo á Cuba el vapor trasatlántico *Antonio Lopez*, conduciendo el batallón de Guadalajara.

Los expedicionarios fueron despedidos á bordo por el comandante general de Marina, los generales residentes en la ciudad del Turia, los coroneles de los cuerpos de la guarnición, el alcalde, el Presidente de la Diputación provincial y numerosas comisiones particulares.

Un inmenso gentío acudió á los muelles, y multitud de botes y

lanchas llenos de gente rodearon el buque, para presenciar el embarque y dar un patriótico adios de despedida á los expedicionarios, presentando aquellos un hermoso golpe de vista y un aspecto muy pintoresco.

Los soldados iban muy animosos. Uno que estaba enfermo en el Hospital pidió el día anterior el alta para poder marchar con sus compañeros de armas á defender la honra de la patria en los campos de Cuba.

El alcalde entregó al jefe del batallón expedicionario mil pesetas y varias cajas de habanos para que se obsequiara á los soldados y oficiales.

El presidente de la Diputación regaló también cigarros habanos á los oficiales y peninsulares á la tropa.

El coronel del regimiento y los oficiales del segundo batallón permanecieron á bordo del trasatlántico *Antonio Lopez* hasta la hora de levar anclas.

Embarcaron también en el buque expedicionario 140 indivíduos del batallón regional de Baleares.

A la una de la tarde se sirvió á bordo del trasatlántico un espléndido *lunch* á los oficiales, y á las cuatro se dió un rancho extraordinario á la tropa.

La despedida fué entusiasta y verdaderamente conmovedora. El jefe del batallón expedicionario, señor Tavira, al zarpar el buque, dió vivas á España, á Valencia y al ejército, que fueron contestados con delirante entusiasmo por la multitud.

***

El día 23 celebróse una gran fiesta militar en el campo de San Gregorio, de Zaragoza, para despedir al batallón de Gerona, que debía marchar el siguiente día á Cuba.

Repartióse á los soldados un rancho extraordinario, y á los sargentos un almuerzo de tres platos y vinos generosos.

En todos los labios, el adios; en todos los corazones el ¡viva España!... (pág. 583)

Los jefes y oficiales se reunieron en fraternal y expléndido banquete, que fué servido por el restaurant del *Lyon d' Or*.

A él asistieron, además de la oficialidad del regimiento, el capitán general, señor marqués de Ahumada; el general Losada, jefe interino de la división, y los generales Martitegui y Aizpurúa, que habían sido coroneles del regimiento de Gerona.

Hubo entusiastas y elocuentes brindis, en los que predominó la nota patriótica.

Los soldados hicieron notables experimentos de tiro. Algunos

hubo que hicieron tantos blancos como tiros dispararon. Un soldado, entusiasmado al ver caer el blanco, gritó:

—Así caerán los Maceo y Máximo Gomez, si se ponen al alcance de nuestros fusiles.

Esta patriótica frase fué muy celebrada entre los que la oyeron.

A las ocho de la mañana del día siguiente, el batallón oyó misa en el santuario de la Virgen del Pilar, repartiéndose á los jefes, oficiales y soldados expedicionarios medallas de plata y escapularios.

A las dos de la tarde, acompañado de un gentío inmenso, dirigióse á la estación férrea, á la que acudieron las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, y las corporaciones municipal y de la provincia.

Al partir el tren, los soldados cariñosamente obsequiados y atendidos por todas las clases sociales de la inmortal ciudad, se despidieron con un entusiasta y nutrido grito de ¡viva Zaragoza!

El pueblo zaragozano vivamente impresionado y descubierto en señal de consideración y respeto, respondióles con entusiásticos vivas al ejército y al batallón de Gerona.

***

Al reseñar *El Diario de Avisos*, de Zaragoza, la conmovedora despedida tributada por los zaragozanos al batallón expedicionario de Gerona, dijo entre otras cosas, lo siguiente:

«Noble Zaragoza: hay que estar orgullosos de ser tus hijos.

Si las pequeñeces de la vida ordinaria te merecen desprecio, cuando tocan á mostrar algo grande, sales del letargo y eres eternamente la misma; la Zaragoza de la Reconquista, la Zaragoza de las libertades patrias, la Zaragoza épica de los sitios.

No; aquí nunca muere el entusiasmo. Se podrá encerrar largo tiempo en una urna, pero nunca se sepulta en una tumba; porque de la

tumba no se sale, y Zaragoza saca sus entusiasmos cuántas veces son necesarios.

Hoy los ha sacado de verdad. ¡Qué despedida al batallón de Gerona! Y hay que tener en cuenta que hacía un calor tropical, horroroso, terrible; y que la hora de marcha era las dos de la tarde; y qne la estación de Barcelona está lejos, y que en el camino los rayos del sol caían á plomo, abrasadores, sofocantes.

Pues así y todo, Zaragoza estaba en la estación.

¿Clases...? ¿Personas...? ¿Categorías? Allí no había más que españoles: todos éramos unos.

Los entorchados del capitán general se rozaban con la blanca blusa del trabajador; la medalla rectoral del jefe del claustro universitario ha empujado y sido empujada por cientos de personas del pueblo.

Era aquello una mezcla hermosa, una confusión sublime.

En todos los labios, el adios; en todos los corazones el ¡viva España! Nadie lloraba, ni aun las mujeres; porque allí el deber patrio tenía, sin duda, un altar en cada alma.

¿Detalles? Imposible: sólo dos; dos muy grandes, conmovedores, sublimes.

Atravesando el gentío, se ha presentado al bravo coronel de Gerona, señor Alonso, un hombre de edad con el pelo cano.

—Mi coronel—le ha dicho—yo soy un antiguo soldado; yo me he batido en la guerra carlista; yo me he batido en Cuba y quiero ir otra vez á morir por España. Lléveme V. S. en su batallón.

—Lo agradezco y lo siento en el alma; pero no puede ser—ha contestado el señor Alonso, admirando aquella bizarría.

El buen hombre se quedó mohino.

—¿Cómo se llama V., valiente?—le preguntó el coronel.

—Juan Falcón—respondióle con gran modestia el interpelado.

. . . . . .

Otro detalle:

Esta mañana se ha presentado al capitán general un mozo joven que dijo llamarse Rufino Antoñanza, hermano de José Antoñanza, soldado del batallón de Gerona que vá á Cuba.

—Mi general—ha dicho—vengo á pedir á V. E. me permita ir á Cuba con mi hermano: somos gemelos é iguales en todo. Si á él lo han sangrado, á mi me han tenido que sangrar también y quiero correr su misma suerte.

—Imposible—le contestó el general—Usted no es soldado.

—Efectivamente, no soy soldado; pero quiero serlo con mi hermano y esto es lo que he venido á pedir á vuecencia; y si no me dejan ir me pego un tiro.

El general, conmovido ante aquel rasgo de amor fraternal, hizo las gestiones necesarias y los dos hermanos modelos han marchado juntos á correr una misma suerte en los campos de Cuba.»

***

La despedida que la villa de Olot hizo al segundo batallón del regimiento de Aragón, fué de lo más entusiasta, de lo más cariñosa y brillante que se ha conocido durante la presente guerra.

No fueron sólo las familias de los soldados, los deudos y amigos los que acompañaron al batallón y salieron á la carretera á despedirle, fué la población en masa. Mujeres, viejos y niños en abigarrado conjunto, en mezcla hermosísima y conmovedora, abandonaron sus hogares, sus faenas y quehaceres para dar el adios de despedida á los que habían sido sus cariñosos compañeros durante el corto tiempo que llevaban de guarnición.

El día 21 de Junio fué un día de duelo y de lágrimas para la liberal villa de Olot.

Debióse uno y otro al patriotismo de aquellos honrados vecinos,

TENIENTE GENERAL DON MARCELO AZCARRAGA

MINISTRO DE LA GUERRA

y á las entusiastas y sentidas alocuciones dictadas por un corazón eminentemente patriota, que el alcalde don Ramón Torras dirigió al pueblo, invitándole á despedir á las tropas.

El distinguido abogado señor Torras fué, sin duda, quien despertó

el ánimo y el entusiasmo en los espíritus de sus conciudadanos, y, seguro es, que ninguno de ellos olvidará en mucho tiempo, el acto llevado á cabo por su primera autoridad administrativa, que, á sus excelentes dotes de carácter reune una vasta ilustración y un acendrado patriotismo.

Al partir el batallón de la villa para Barcelona, costaba gran trabajo apartar y separar á los vecinos de los soldados, los cuales eran por aquellos abrazados en su camino, interrumpiéndoles su marcha: eran verdaderas cadenas las que formaban unos y otros con sus brazos, como si fuertemente unidos trataran de comunicarse mejor sus sentimientos y sus deseos.

El pueblo de Olot en masa salió fuera de los límites de la villa acompañando á los soldados; el espectáculo á más de sentimental y conmovedor resultó vistosísimo por el caprichoso conjunto que formaba la tropa y el pueblo marchando unidos en estrecho abrazo por la carretera.

Cuando llegó el supremo momento de separarse para continuar su marcha, la tropa, y regresar á sus hogares, el pueblo, fué aquello una explosión de toda clase de sentimientos: pesar, disgusto, entusiasmo, lágrimas de emoción que iban á perderse en labios sonrientes, gritos del alma que salian temblorosos y sofocados de pechos agitados por la viva sensación que experimentaban.

Cuando la silueta de los últimos soldados perdiose á lo largo de la carretera, aún resonaban en el espacio las voces de ¡adiós! y los gritos de ¡Viva España! ¡viva Aragón!

***

El alcalde de Olot, dando ejemplo de un patriotismo digno de tener

muchos imitadores, publicó las siguientes alocuciones al pueblo olotense, y á los soldados de Aragón:

«Olotenses: la insurrección separatista que nuevamente ha germinado en la hermosa isla de Cuba, merced á espíritus rebeldes y levantiscos que pretenden, en vano, arrebatarnos aquel pedazo de tierra española, reclama sacrificios á la Nación, y su valeroso ejército es el llamado á sostener enhiesta nuestra bandera inmaculada en aquellas apartadas regiones, luchando hasta vencer ó morir por la integridad de la patria.

Al regimiento de Aragón, de tan brillante historia y que en el corto tiempo que lleva de estancia en esta villa, se ha captado las simpatías y el aprecio general, le ha correspendido organizar y mandar á la guerra filibustera un batallón expedicionario que parte mañana para Barcelona, en cuyo puerto embarcará con rumbo á la gran Antilla.

Habitantes de Olot: este pueblo viril que tiene fé y creencias, y, por lo mismo, siente arder en su pecho la llama del más acendrado patriotismo, no necesita, en verdad, de excitación ni estímulo para demostrar á sus bizarros jefes y oficiales y á sus valientes y sufridos soldados, puñado de héroes anónimos que del pueblo salen y con el pueblo viven, que su corazón está con ellos, y que merecen toda su admiración y cariño.

Mañana, pues, que esos leales defensores de la patria marchan llenos de entusiasmo y ardimiento á derramar su sangre en lejanos países, es de nuestro deber que, concentrados todos en un puro y solo sentimiento salgamos en masa á darles una cariñosa y respetuosa despedida, evidenciándoles que nos hacemos partícipes de sus glorias y sufrimientos, que indefectiblemente han de repercurtir en nuestros corazones, alentándoles á perseverar en la fé y confianza que tienen y por ellos abrigamos, en que no tardarán en llegar para España días mejores, que vislumbramos en las lejanías del horizonte del revivir nacional.

Es cuanto nos cumple hacer como fiel reflejo de nuestros sentimientos siempre generosos, y así lo espera de vuestra hidalguía y patriotismo, vuestro alcalde.—*Ramón Torras.*

Olot 20 de Junio de 1895.»

. . . . . .

«Soldados: la población olotense con la que habeis fraternizado y de la que habeis sabido conquistar todas sus simpatías, os vé partir con profundo sentimiento á dó os llama vuestra deber de soldados y vuestro patriotismo de españoles.

Vais á defender de la rapacidad traidora de los filibusteros, la más preciada perla de nuestras Antillas.

Vuestra abnegación, vuestro valor y heroismo ingénitos en el soldado español, son garantías segurísimas de que no conseguirán aquellos hijos espúreos de España, arrebatarnos aquel pedazo de tierra española; aquel resto sagrado de nuestro antiguo esplendor y poderío colonial.

Nuestro honor y el de vuestra inmaculada bandera están en ello empeñados; y, no lo dudeis: el Dios de los ejércitos premiará con el galardón de la victoria vuestros esfuerzos y heroismo, y la patria agradecida os contará entre sus más preclaros hijos.

Soldados: el pueblo olotense os acompaña en espíritu á aquellas apartadas latitudes, y hace fervientes votos para que después de haber ahogado en sangre la hidra del separatismo, regreseis á vuestros patrios lares, cubiertos de honor y gloria.

Soldados: ¡Viva España!, ¡viva Cuba española!, ¡viva el ejército!, ¡viva el regimiento de Aragón!—El alcalde, *Ramón Torras.*

Olot 21 Junio de 1895.»

***

El tren que transportó á Barcelona el contingente de fuerzas, perteneciente al primer batallón del regimiento de Aragón, á las que había correspondido marchar á Cuba, llegó á la estación férrea á las seis y media de la mañana del 22.

En el anden aguardaban á nuestros valientes soldados, el teniente coronel primer jefe de dicho batallón, señor Monteverde, el comandante del mismo, señor Hernandez, y todos los oficiales que habian sido destinados á formar parte de él.

Las clases y la tropa llevaba guerrera usada de paño, pantalón de faena, morral y correaje, para cambiarlo por un traje nuevo de mecánica.

Con las fuerzas que formaban dicho primer batallón, vino el abanderado llevando enfundada la enseña de la patria.

Así que descendieron del tren, formaron frente á la estación, y pasada lista y hallándose presentes todos los soldados, se dirigieron al cuartel de Roger de Lauria, donde fueron alojados hasta el próximo día de su embarque.

A las siete de la propia mañana llegó de Olot el contingente del segundo batallón, que fué á reunirse con el del primero en el cuartel donde habíase este alojado.

A la llegada del primer batallón á la estación del ferrocarril, produjéronse conmovedoras escenas.

Algunas mujeres del pueblo, madres ó parientes de los soldados, abrazarónse á ellos llorando.

Al preguntar á algunos de ellos si marchaban contentos á Cuba, contestaron:

—Sí, señor: qué remedio nos queda, si no conformarnos con nuestra suerte; no vamos á llorar como niños porque nos sea fatal el destino.

***

Llegó el día del embarque de las fuerzas expedicionarias, y Barcelona les tributó una despedida sino entusiasta, sí cariñosa y conmovedora.

A pesar del calor intenso y sofocante que se dejaba sentir aquel día y de los abrasadores rayos de un sol tropical que quemaba y despedía fuego de su rojo disco, un numeroso gentío acudió al muelle de la Barceloneta á presenciar el embarque y dar el adiós de despedida á los valientes que iban á luchar en la manigua por la integridad de la patria.

Muchas fueron las escenas tristes que se desarrollaron en el muelle. Madres sofocadas por el llanto que besaban amorosamente y con la congoja que les producía el dolor de una separación quizás eterna á sus amados hijos; hermanos que se abrazaban en doloroso silencio, sin poder articular palabra; deudos y amigos que se estrechaban con efusión las manos y mútuamente se animaban con la esperanza de volverse á ver muy pronto; soldados que viéndose solos en el momento de partir, sin tener á su lado nadie que les diera un apretón de manos, embarcábanse tristes y pensativos, ó reflejando en sus rostros la mayor indiferencia; y, otros, en fin, que partían con el semblante risueño, llevando consigo el instrumento nacional, la guitarra; esa compañera inseparable del soldado español, que durante las eternas horas de un viaje largo y hastioso había de distraerles haciéndoles reir ó llorar, según las notas que vibraran de sus cuerdas....

Las tropas embarcaron en el trasatlántico *Alfonso XII*, á cuyo bordo pasaron las autoridades militares, civiles y eclesiásticas á despedirles. Mientras éstas permanecieron en el buque, la banda del Asilo Naval tocó varios paso-dobles, entre ellos el de *Cádiz*, cuyos patrióticos sones lograron excitar algo el entusiasmo de los soldados que vitorearon á España, á Cataluña y Aragón.

Al zarpar el vapor, escoltado por infinidad de pequeñas embarca-

ciones y por los vaporcitos *golondrinas* que le rodeaban, fué saludado con las banderas por la Sanidad marítima, los Clubs de regatas y el vigía de Montjuich, y vitoreado por el numeroso gentío que ocupando aquéllas le seguía y acompañó hasta la salida del puerto.

***

El pueblo de Madrid, entusiasta siempre en todas sus manifestaciones de patriotismo y de simpatía al ejército de la Nación, tributó también una despedida cariñosa y brillante al batallón expedicionario de San Fernando.

Desde las primeras horas de la mañana del 27, estaba el batallón dispuesto para marchar á Santander donde debía embarcar para Cuba á bordo del vapor *Alfonso XIII* de la Compañía trasatlántica.

En la iglesia del Buen Suceso oyó misa, y por la tarde fué recibida la oficialidad por la Reina Regente, en el palacio nacional de la plaza de Oriente.

La Regente conversó largo rato con los oficiales, á quienes regaló cuarenta cajas de cigarros habanos, y cuatro mil tabacos peninsulares y cuarenta arrobas de rico Valdepeñas, para que fueran repartidos entre los soldados del batallón.

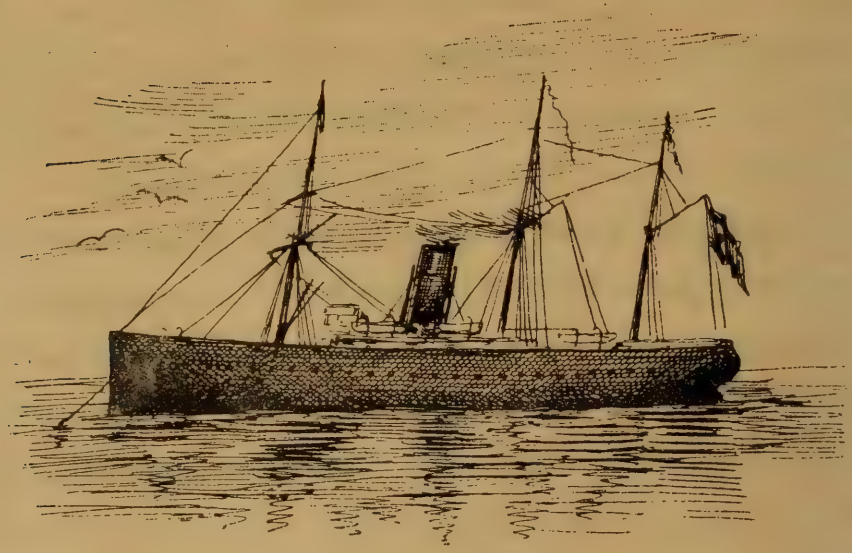
El Obispo de Sión, repartió también entre los expedicionarios medallas de la Purísima Concepción.

El batallón formó, después de anochecido, frente al cuartel en que se alojaba, y salió en columna hacía la estación del Norte, seguido de una inmensa multitud que aclamaba y vitoreaba á las tropas.

Las mujeres seguían llorosas á los soldados, muchos de los cuales tenían que hacer ínauditos esfuerzos para separarse de los brazos que les aprisionaban, como si intentaran retenerles é impedir que de ellas

los separasen. ¡Eran sus infelices madres y hermanas, que presintiendo iban á perderles para siempre no querían separarse de ellos hasta el supremo instante de la partida, cobrándose de una sola vez lo que la ausencia les iba á arrebatar por tiempo indefinido!

Asomadas á los balcones para presenciar el paso de las tropas, las señoras saludaban con sus blancos pañuelos á los expedicionarios, y en



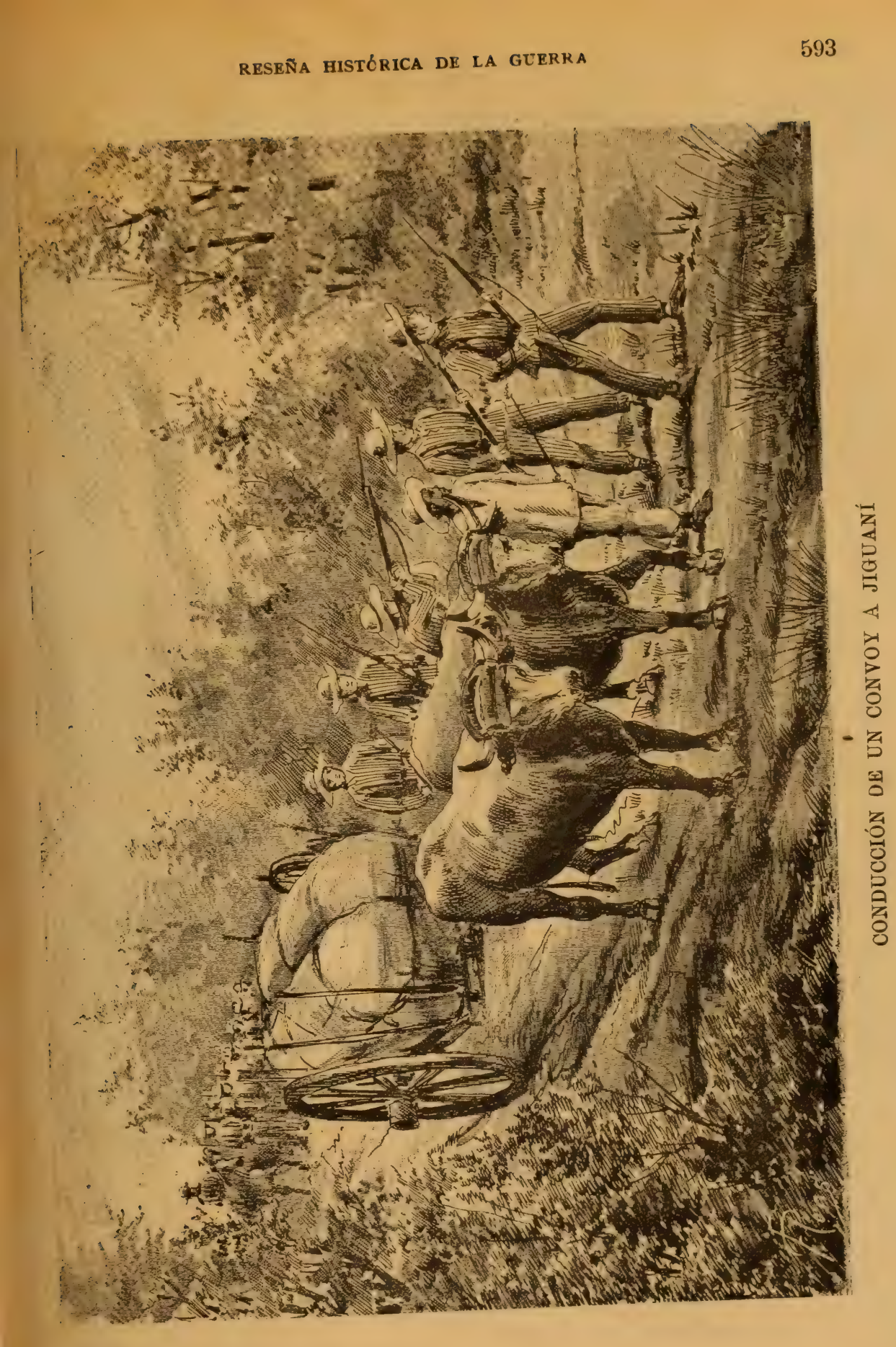
VAPOR TRASATLÁNTICO «MONTEVIDEO»

la estación aguárdabales un numeroso gentío qué había acudido á darles el adiós de despedida.

En el andén y en la plaza y alrededores de la estación se habían reunido y conglomerado unas diez mil personas, deseosas de manifestar sus simpatías y sus deseos á las fuerzas expedicionarias.

Muchos hombres y niños, para presenciar la salida del tren se habían encaramado á los árboles ó habíanse subido á lo alto de los vagones que se hallaban en distintas vías de aquél.

Fué tal la aglomeración de público en el andén y en las vías, que



CONDUCCIÓN DE UN CONVOY A JIGUANÍ

en el embarque de las tropas se invirtió mucho más tiempo del que se necesitaba.

Los soldados se despedían de sus familias, amigos y deudos, animándoles con la esperanza de un próximo regreso al hogar patrio, sanos y victoriosos.

***

Fueron tantas las tristes y conmovedoras escenas de que fué teatro el andén de la estación, que sería prolijo y se haría pesado á nuestros lectores enumerarlas todas, una por una.

Entre la multitud conglomerada en el andén, veíase á una mujer de humilde aspecto que había llegado de Búrgos, para despedir á su hijo:

La desventurada madre no cesaba de abrazar y besar al conmovido soldado.

—Hijo de mi alma,—decía la infeliz entre abrazo y beso—¡sabe Dios si te volveré á ver!...

—No piense V. en eso, madre,—contestábale con emocionado acento el militar—para Noche-buena ya estoy de vuelta.

Al llegar el fatal y cruento instante de la separación, costó gran trabajo al hijo poder desprenderse de los brazos de su madre, á quien en vano se esforzaba en consolar con la lisongera esperanza de un próximo regreso.

. . . . . .

En otro lado veíase un interesante grupo, formado por tres agraciadas jóvenes y un apuesto militar.

Este, con voz velada por el sentimiento que embargaba su alma, decía:

—No lloreis: rezar y encomendarme á la Virgen del Pilar, y vereis cómo vuelvo sano y salvo.

Una de las jóvenes, anegada en llanto, entrególe un escapulario con la imagen de la Virgen que acababa de invocar.

Después, y sucesivamente una tras otra, se arrojaron llorando las tres en brazos de su hermano.

Las voces de los jefes ordenando el embarque, obligaron al conmovido militar á desprenderse de los brazos de la tercera de las jóvenes, que le tenían aprisionado y le estrechaban contra su agitado pecho, y dando un postrer y rápido beso á cada una de ellas, corrió á arrojarse con los ojos arrasados en lágrimas, en uno de los coches, cayendo en brazos de sus camaradas, que conmovidos habían presenciado la triste y dolorosa escena.

***

El batallón de San Fernando iba mandado por el bizarro teniente coronel don Luís Moreno Navarro, el cual no había estado nunca en Cuba, y gozaba de una magnífica posición social.

La oficialidad la componían los comandantes don Baldomero Borbón y don Domingo García; los capitanes don José Miquel, don Cándido Gómez, don Francisco González, don Bartolomé Latorre, don Trinidad Casanovas, don Joaquín Alvarez, don Julián Larroy y don Luís Galán.

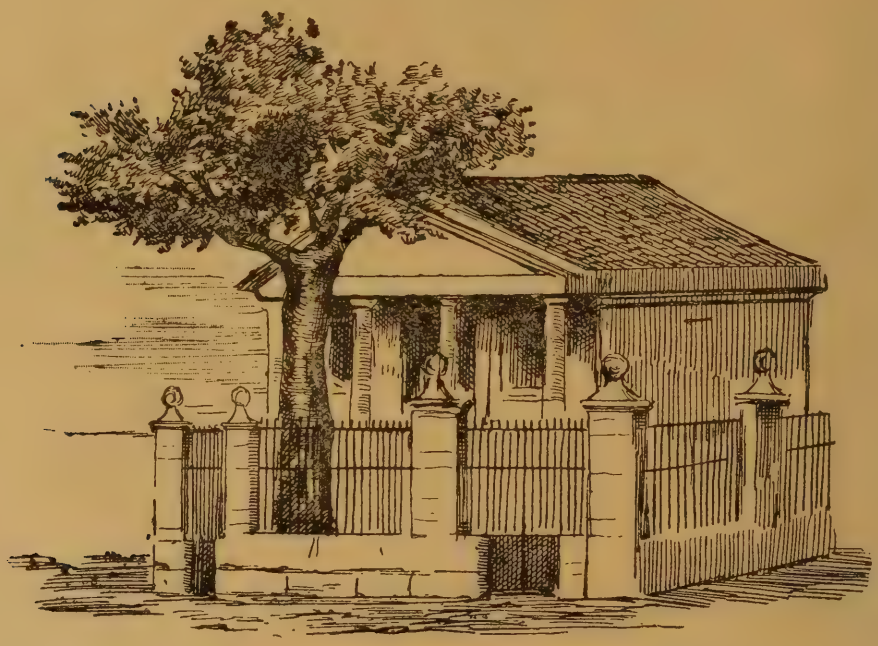
Formaban también parte del citado batallón, 18 primeros tenientes y ocho segundos, y cinco sargentos, ocho cabos y 137 soldados por compañía.

La mayoría de los soldados procedían de las provincias catalanas, de Extremadura y Búrgos.

La banda de cornetas iba con el batallón.

En ella figuraban cuatro niños, el que más de 14 años de edad. De ellos, uno conocido por el apodo de *Chicharra*, hacía tres meses que había ingresado como educando.

Este y otros dos, marchaban voluntarios á Cuba, y al restante, que era natural de Madrid, le correspondió en suerte.



EL TEMPLETE (Habana)

Monumento elevado en un ángulo de la plaza de Armas, en conmemoración de la primera misa que Colón hizo celebrar en la isla de Cuba

Entre los soldados iba uno, natural de Fuente Ovejuna (Córdoba), á quien la suerte le había designado marchar por tercera vez.

Las dos primeras, cambió su suerte con otros soldados mediante entrega de cantidades en metálico.

Al verificarse el tercer sorteo y corresponderle nuevamente *bola negra*, no quiso ya oponerse á su síno y resignose con su suerte.

Al despedirse, en la estación, de sus camaradas y amigos, les dijo:

—Yo me empeñé en no ir á Cuba, y el destino se ha empeñado. á

su vez, en que vaya. A la tercera vá la vencida, ¡sabe Dios lo que me tendrá reservado en la campaña contra los *mambises!*

. . . . . .

Al fin, llegó el supremo instante de la partida y el doloroso momento de la separación indefinida para muchos; eterna, quizás, para algunos.

El jefe de estación dió la señal de marcha, hizo sonar el pito el jefe de tren, el mónstruo de hierro abrió sus válvulas, y dando al aire un agudo silbido y vomitando vapor por sus costados y denso humo por su ancha chimenea, arrancó magestuoso arrastrando el convoy.

Al partir el tren, un nutrido y entusiástico grito de ¡viva España! salió de todos los labios y pobló los aires, yendo á perderse en las inmensidades del espacio.

***

A las nueve de la mañana del 28 llegó á Cadiz el batallón expedicionario de Baleares, mandado por el teniente coronel don Antonio Torrecillas.

Al pasar el tren por Jerez fué saludado el batallón por comisiones de la guarnición de aquella ciudad.

En Cadiz fueron recibidos los expedicionarios por los generales Rodas y Castillejos, comisiones de la guarnición con música, y numerosa concurrencia, en la que figuraban muchas familias de soldados de Baleares, que eran hijos de Cadiz y su provincia.

Esto dió lugar á despedidas muy tiernas, y á escenas en extremo conmovedoras.

Inmediatamente se dirigió el batallón al muelle, embarcando en el trasatlántico *Baldomero Iglesias* la plana mayor y cuatro compañías.

El resto de la fuerza debía hacerlo al siguiente día con el batallón de San Fernando, en el vapor *Santo Domingo*.

Los soldados iban contentos. Al llegar á la estación asomábanse á las ventanillas de los coches, agitando los pañuelos y gorras y dando estruendosos vivas á España y á Cadiz.

Durante el embarque hubo la misma animación que en los días anteriores y se reprodujeron las tristes escenas de siempre entre los que partían y los que se quedaban.

Al amanecer del 29 zarpó el *Baldomero Iglesias*, conduciendo además de las cuatro compañías y la plana mayor de Baleares, muchos jefes y oficiales rezagados de expediciones anteriores.

***

El día 29 á las seis de la mañana llegó á Cadiz el tren que conducia el batallón de San Fernando, procedente de Madrid.

En la estación esperaban á las fuerzas expedicionarias los generales Rodas y Castillejos y todo el elemento militar, con música.

Los soldados demostraron gran entusiasmo, dando constantes vivas á España y á Cuba española, y mueras á los filibusteros.

El público, que era muy numeroso, les aclamó acompañándoles hasta los muelles, donde formó el batallón.

El general Rodas los revistó antes de embarcar y felicitó al teniente coronel que los mandaba, y todos hicieron grandes elogios del brillante estado de disciplina y entusiasmo demostrados por el batallón de San Fernando.

El entusiasmo de los soldados fué delirante, vitoreando á sus jefes y á España.

A las ocho de la mañana dió comienzo el embarque en balandras

remolcadas por vaporcitos, habiéndose efectuado sin accidentes. Embarcó también el resto del batallón de Baleares.

Las familias de los expedicionarios, abrazando á sus parientes decían llorando.

—«No volveremos á verlos: ¡ya no volverán!»

La impresión producida por estas conmovedoras escenas, fué muy grande, tomando en ella parte todo el público.

A las cuatro de la tarde zarpó el vapor *Santo Domingo* llevándose los últimos soldados correspondientes á la segunda de las expediciones á Cuba.

¡España les acompañó con el pensamiento y el alma!

CAPITULO IV

Nuevo caracter de la guerra separatista.—Pesimismos y esperanzas.—Atropellos y fechorías de los *mambises*.—Asamblea separatista.—El *Atlante*.—Proyectos de ley aprobados por el Congreso.—Carta de Puerto Príncipe.—Varios encuentros y combates.—El poblado de San Gerónimo.—Un recuerdo.—Sangriento combate del Cacao.—Un héroe.—El médico militar don Urbano Orad Gajias.

DESDE la muerte del *poeta* Martí, jefe civil de la insurrección, el carácter de la guerra que hacían los rebeldes cambió de faz.

Convencidos de que el *negocio* se había frustrado, se dedicaban al saqueo é incendio de poblados y haciendas, asolando y destruyendo vegas é ingenios, realizando actos de crueldad y de salvajismo con sus víctimas y sembrando á su paso el terror y la desolación.

El plan de campaña—si plan tenían aquellas hordas—era de destrucción, y como podían llevarlo á cabo á mansalva, pues nunca hacían frente á nuestras tropas ni arriesgaban el negro pellejo, la impresión que en los ánimos producía su infame procedimiento era de que la situación anormal de la gran Antilla duraría algún tiempo.

Al principio, la guerra se dirigía desde los Estados Unidos, pero

con la mayor vigilancia de aquellas autoridades, las comunicaciones é inteligencias se habían hecho más difíciles, y los laborantes residentes en la gran República se limitaron á procurarse fondos y reclutar gente

GENERAL CARMONA

y embarcarla, y á imprimir, allá en la isla, dirección al movimiento insurreccional.

Temíase como cosa probable, como se había dicho ya antes, que hubiese bastante gente unida á la insurreción; pero el hecho de haber, á la sazón, tan pocos blancos en la manigua, retraía á ciertas personas

de posición de las ciudades, con quienes se había contado desde el principio.

Cierto era que se habían unido á los insurrectos algunos jóvenes, hijos de buenas familias, y que otros se encontraban en la Florida, esperando el momento oportuno de incorporarse á los rebeldes; pero la mayoria de los insurrectos eran negros, y sólo había unos cien americanos aventureros, repartidos en las varias partidas.

De las noticias comunicadas por nuestro celoso corresponsal en Nueva York, con referencia á las recibidas del campo de la insurrección, en la capital de los Estados Unidos, por conducto fidedigno, podía inferirse que el movimiento insurreccional no haría camino, y que nuestras tropas, á excepción de la caballería, que hacía mucha falta, no tendrían ocasión de batirse á campo raso con los enemigos de España, si bien serían víctimas de muchas sorpresas, haciéndose necesario el envío de más tropas para poder evitar el incendio y robo de propiedades, que era el único punto de mira de aquellas hordas de salvajes que infestaban los campos de la hermosa Antilla.

***

Los periódicos de Cuba llegados á la península en el último vapor correo del mes de Junio, seguían publicando detalles de los atropellos y fechorías que estaban llevando á cabo en la isla las partidas insurrectas.

A la larga lista de ingenios demolidos ó incendiados, agregaban otros actos no menos odiosos é infames, perpetrados por aquellas hordas de vándalos.

Santa María de Loreto, magnifico cafetal, propiedad de don Cástulo Ferrer, había quedado reducido á cenizas; la Loma del Gato, pequeño poblado de unas treinta casas, había sido igualmente pasto de las lla-

mas, y lo mismo había sucedido con el Carmen y Dos Palmas, pequeños poblados, El Horcón, cafetal, y algunas casas de Hongolorán, pueblo de alguna importancia.

Es decir, que los rebeldes, covencidos de su impotencia para vencer, se habian dedicado á destruir: era una venganza que parecía tomaban del país por haber rechazado la revolución.

Quemaron también la casa de don Jerónimo Latorre, arrendatario del ingenio Palmarejo, y unos veinte ó treinta hombres, todos de color, antiguos obreros de otro arrendatario, se personaban diariamente, ó poco menos, en la casa del que había sido su amo, y allí, trocados los papeles, ordenaban con imperativas y descompuestas voces que les ensillasen los mejores caballos, exigiendo otros retribución en metálico ó especies, y llevándose siempre lo mejor que al paso hallaban, no sin gozarse antes en la humillación de aquel á quien, meses atrás, sólo hablaban sombrero en mano y con las más grandes consideraciones.

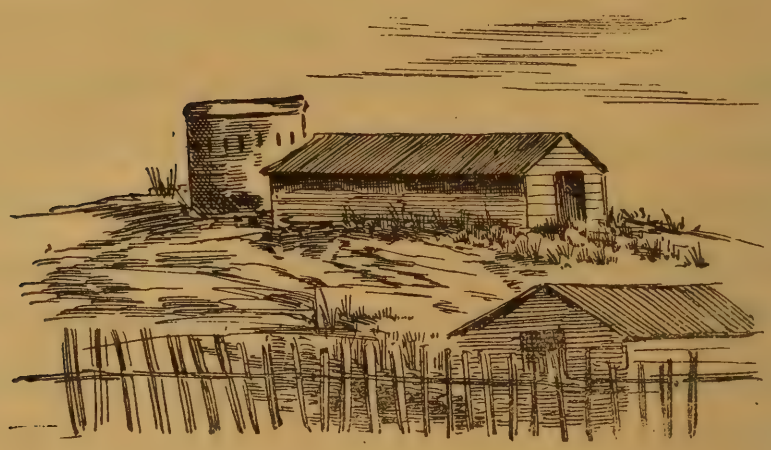
Esto hacía expresarse á uno de los periódicos de la isla, en los siguientes términos:

«He aquí el sentimiento que se descubre en el fondo de la criminal revuelta que presenciamos: la tendencia de colocarse arriba los que hasta hoy han estado debajo, tendencia que se revela tanto en los blancos como en los negros, con la pequeña diferencia de que constituyendo exigua minoría los primeros, y alcanzando creciente número los segundos, claro está que al fin y á la postre quedaría planteada la cuestión de razas, y, por esto, y no por otra cosa, decimos y opinamos muchos, que la presente insurrección reviste los caracteres de un movimiento *racista*.»

***

El periódico *The Times,* de Londres, publicó en su editorial de la mañana del 28, un despacho de Filadelfía, anunciando que habían sido convocados en Nueva York, para el día 10 del inmediato Julio, todos los clubs separatistas cubanos; y añadía, que la Junta general tendría por objeto elegir el Presidente y el Gobierno provisional de la futura (sic) República cubana.

Después de este *ridículo simulacro* de gobierno—decía el periódico



FORTIN Y BARRACONES EN BARACOA

londonense—se tratará de emitir un empréstito destinado á alentar á los insurrectos y subvenir á las necesidades de la guerra separatista.

La noticia, que desde luego revelaba su origen filibustero, no produjo ningún efecto en la Península.

El Gobierno, según opinión de su presidente, el señor Cánovas, tenía seguridad en la leal adhesión del país cubano, y, por ello se prometía, que la insurrección sería prontamente sofocada.

Por otra parte, según despachos de Nueva York, recibidos en la Península el 29, el crucero americano *Atlante,* designado, como anteriormente dejamos dicho, por el Gobierno de Washington para vigilar las costas de Cuba é impedir el desembarco de nuevas expediciones fi-

libusteras en la isla, había salido de aquel puerto el día anterior para cumplir dicha misión.

El *Atlante* es un crucero protejido de la armada norte-americana, que desplaza 3180 toneladas; tiene 82 metros de eslora y 13 de manga; una máquina que desarrolla una fuerza de 3345 caballos y alcanza una velocidad máxima de 17 millas por hora.

Está armado con dos cañones de 8 centímetros, cuatro de 6, y doce ametralladoras, y componen su tripulación 272 hombres.

***

Dos importantes, justísimos y patrióticos proyectos de ley, fueron aprobados por las Cortes liberales, antes de su clausura por el Gobierno conservador, decretada en 1.° de Julio, después de haber prestado durante tres meses firme apoyo á un Gobierno formado por un partido enemigo.

¡Espectáculo nunca visto en España, el que dió una mayoría parlamentaria de oposición y fruto de combinaciones entre los oligarcas liberales, respondiendo como siempre, á pesar de su naturaleza heterogénea, al llamamiento del interés nacional!

Esa conducta altamente patriótica del partido liberal mereció generales aplausos de la opinión, y con ella conquistóse su ilustre jefe la estimación pública.

El artículo 29 de la ley de presupuestos fué reformado en su texto y quedó así aprobado por el Congreso, después de la enmienda presentada y apoyada por el general Ochando.

«Art. 29. El Ministro de la Guerra, al hacer uso de la facultad que le concede el artículo 9.° de la ley orgánica de las escalas de reserva de 6 de Agosto de 1886 en lo referente á subalternos, sólo podrá

destinar á Ultramar á los primeros y segundos tenientes de dichas escalas que no hayan cumplido cuarenta y cinco años de edad. Los segundos tenientes irán con el empleo inmediato.

A los segundos tenientes de la reserva gratuita ingresados en la misma por virtud del Real decreto de 10 de Abril de 1889, y comprendidos en la regla 2.ª del art. 24 del Real decreto de 27 de Octubre de 1886, que soliciten ser destinados á la isla de Cuba, mientras dure la insurrección, se les podrá conceder el pase á aquel ejército, si no excedieren de los cuarenta y cinco años de edad, ingresando en las escalas de reserva retribuída á los seis meses de servir en campaña con buen comportamiento.

En las mismas condiciones, á falta de los anteriores, podrán solicitar su destino á Cuba los segundos tenientes de la reserva gratuita que, acogidos como los anteriores, á la ley de 10 de Julio de 1885, obtuvieron dicho empleo por virtud del Real decreto de 16 de Diciembre de 1891.

Se autoriza al Ministro de la Guerra para conceder el empleo de segundos tenientes de dichas escalas, en las armas y cuerpos de sus respectivas procedencias, á los sargentos del ejército que, encontrándose en el tercer período de reenganche, soliciten servir en Ultramar, siempre que reunan condiciones, dictando el Ministro de la Guerra, tanto para este caso como para los anteriores, las instrucciones que considere necesarias.

La prescripción novena del art. 10 del Reglamento de recompensas para las clases de tropa de 29 de Octubre de 1890, tendrá fuerza de ley, y el empleo de segundo teniente y sucesivos que se concedan á los sargentos en campaña, serán de las escalas de reserva retribuída.»

. . . . . .

El dictamen emitido por la Comisión para examinar el proyecto de ley presentado á las Cortes para pensionar á las viudas y huérfanos de

militares, aprobado también por el Congreso, estaba redactado en los siguientes términos:

«Artículo 1.° Las viudas y huérfanos de jefes y oficiales del ejército cuyos causantes al contraer matrimonio tuvieran á lo menos el grado de capitán, tendrán derecho á pensión con arreglo á las disposiciones del Reglamento del Montepío militar de 1.° de Enero de 1796.

Art. 2.° Para disfrutar de los derechos á que se refiere el artículo anterior, no será obstáculo la subsistencia de reales órdenes que en algunos casos particulares se hayan dictado.

Art. 3.° La fecha del matrimonio para el disfrute de los beneficios que concede esta ley, será la del casamiento canónico, bien ratificando el civil para darle el carácter de legitimidad exigido por el art. 7.° del decreto del Ministerio-regencia de 9 de Febrero de 1875.

Art. 4.° El reconocimiento y abonó de las pensiones que se concedan con arreglo á esta ley se sugetarán, en cuanto á sus atrasos, cuantía y forma de percibo, á los preceptos de las legislaciones de clases pasivas y contabilidad vigentes.

Palacio del Congreso, 22 de Junio de 1895.—*Federico Ochando*, presidente.»

***

A raíz de la sublevación del Camagüey, recibimos una carta de un querido compatriota y amigo, residente desde hacía algunos años en la capital del departamento central de la grande Antilla, conocedor por lo mismo de la opinión del país y á quien teníamos pedidos informes acerca del espíritu y estado de los ánimos de aquella provincia; de la cual entresacamos y copiamos á continuación algunos párrafos, porque

ellos dan idea exacta de la situación de aquel pedazo de nuestra hermosa Antilla.

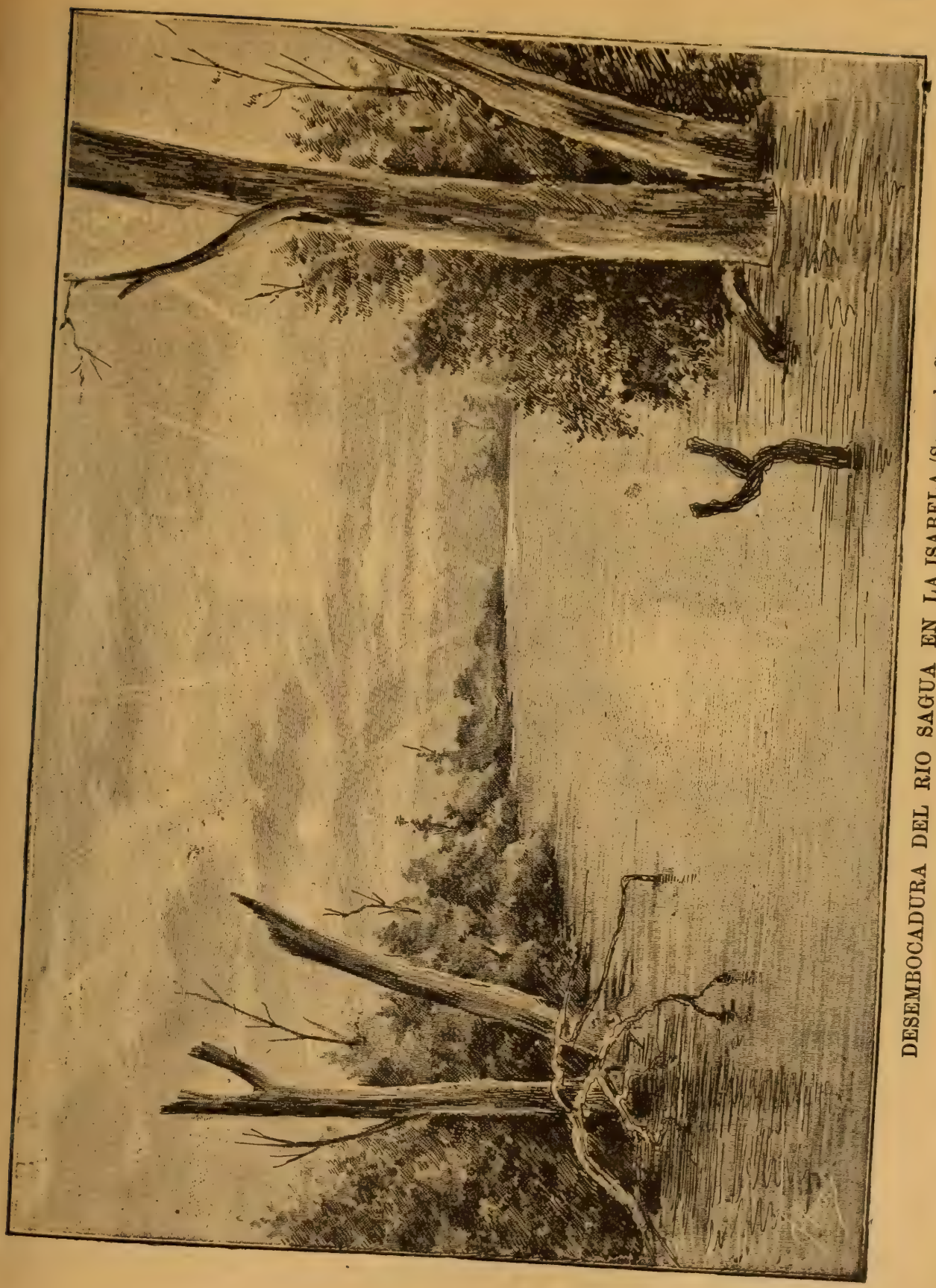
«La situación de Puerto Príncipe, que es la clave del porvenir de las guerras en esta isla, es hasta el presente buena, por más que no deje de haber elementos levantiscos que quieran, á todo trance, echarse al campo, y partidas de jóvenes fogosos é irreflexivos que se han

Una numerosa partida insurrecta perteneciente á las fuerzas mandadas por Máximo Gomez,... (pág. 612)

echado ya, pero que han vuelto á los pocos días con sus ardores bélicos más mitigados.

Entre estos últimos figuraban unos cuantos niños de 11 á 14 años, los cuales tan pronto como tuvieron el primer encuentro y simulacro de acción con una guerrilla que les hizo una descarga al aire, se dispersaron y volvieron á sus casas.

Esos niños, como elemento de guerra, ocioso es decír que tienen muy poca importancia, pero como síntoma de cuales son las ideas



DESEMBOCADURA DEL RIO SAGUA EN LA ISABELA (Sagua la Grande)

que han oído predicar en sus casas y á sus familias, considero que merece fijar la atención acerca de cual puede ser la suerte y el porvenir de un país en donde se predica en el hogar de la familia el ódio á la Madre patria, y en donde se vá formando el corazón de los jóvenes al calor de esas mismas ideas y sentimientos.

Si Máximo Gómez lograra penetrar en esta provincia, seguro que se agregarían á sus fuerzas muchos de sus habitantes.

Los Maceo, en cambio, no son temibles aquí, porque siendo como son los caudillos de la gente de color, esto es bastante para que aquellos, que en su mayoría son blancos, no los quieran.

Además, el guerrillero negro pelea dentro del terreno que conoce, y la gente de Maceo, acostumbrada al terreno montuoso é inextricable de Santiago de Cuba, no ha de cambiarlo por el de esta provincia que es llano y desabrigado para ellos...

Lo que hace más daño aquí son las partidas de bandidos que, al mando de Lino y Nicasio Mirabal, vienen devastándola desde hace año y medio.

Con la guerra se ha descuidado su persecución, y esto, y el serles cada día más difícil encontrar presas á su gusto, ha exacerbado su ferocidad, y ya cuando no pueden robar, incendian las fincas y matan á alguno de los indefensos encargados de ellas.

Todos los negocios de campo, que son los únicos del país, están abandonados, y la miseria vá poco á poco cundiendo de las ciudades á las villas, de las villas á los poblados y de los poblados á las *sitierías* y ranchos, para aumentar la gravedad de la situación.

. . . . . .

En los últimos días han variado mucho las cosas, pues ha ocurrido que un señor marqués de Santa Lucía, que en la otra guerra fué vicepresidente de la titulada República cubana, ha venido á ojos vistos de todo el mundo conspirando y catequizando gente entre las familias

acomodadas de esta capital, y el otro día se ha levantado en armas con treinta y tantos hombres de buena posición social, con los cuales marchose al campo de la insurrección, y como la mayor parte son personas de influencia en el país, supónese que arrastrarán consigo algunos cientos de guajiros.

Esto hace cambiar el aspecto de la guerra, porque indica que el Camagüey, que tantas protestas ha hecho de querer la paz y el orden, no ha hecho más que esperar, como ya se sospechaba, una ocasión propicia para lanzarse al campo insurreccto.

El marqués de Santa Lucía es un sectario impenitente, aunque estrafalario, que su amor al separatismo le hizo renunciar el título de marqués, y hasta cambiar la nacionalidad española por la ciudadanía norte americana, á la que pertenece hoy.

Mas, lo que aquí asombra á todo el mundo, es que ese movimiento se ha estado preparando sin recato alguno, y se decía y anunciaba en público como si se tratase de un viaje ordinario cualquiera, en tanto que las autoridades han permanecido impasibles é indiferentes á la vista de una serie de actos ilícitos que en mi concepto han debido reprimir...

Aquí se abriga la creencia de que á la altura que han llegado las cosas, debe procederse con energía y sin blandura contra los eternos enemigos de España, respondiendo á la guerra con la guerra y deportando á Fernando Póo ó á las Marianas á los que conspiren contra la paz y el orden de esta hermosa isla, y contra la soberanía de la Madre patria.

Estos medios serían los únicos de eficacia segura con unas gentes que nos odian de muerte, y que no se recatan en decir que si pudieran hasta se sacarían la sangre española que por sus venas corre...—*X**

***

El día 17 regresó á la Habana con su columna el general Navarro, después de trece días de operaciones, durante los cuales visitó los parajes de Zacotea y Begona, Ayabo y Escandell, habiendo tenido varios encuentros con los rebeldes, á los cuales batió y dispersó, causándoles doce muertos y muchos heridos y cogiéndoles caballos, municiones y armamento.

Nuestras tropas tuvieron siete heridos.

Una numerosa partida insurrecta perteneciente á las fuerzas mandadas por Máximo Gómez, atacó el día 28 en jurisdicción de Morón (Puerto Príncipe), á setenta guerrilleros que bajo las órdenes del capitán don Francisco Agüero defendían la causa legítima de España, y custodiaban la recomposición de la línea telegráfica de San Jerónimo, destruída por las huestes del *generalísimo*.

Los bravos voluntarios, á pesar de que luchaban contra fuerzas insurrectas muy superiores en número, se batieron heróicamente, rechazando el ataque de los rebeldes y obligándoles á retirarse, después de haberles causado diez y nueve muertos y muchos heridos.

La guerrilla tuvo también sensibles bajas, perdiendo catorce hombres y sufriendo heridas otros ocho.

Entre los muertos contóse el práctico Modesto Garnier, el sargento Carballo, un corneta y varios guerrilleros, y entre los heridos el bizarro teniente don Bautista Lisbonne.

El combate fué rudo y encarnizado, y la lucha al machete y cuerpo á cuerpo.

Fuerzas de Guantánamo batieron á una partida enemiga, el día 29, causándole tres muertos.

Un grupo de insurrectos montados, hicieron una descarga contra un fuerte, cerca de Guantánamo, causando una baja en el destacamento que lo guarnecía.

El propio día 29, corrió el rumor en la península, de que Máximo Gómez había conseguido posesionarse del poblado de San Jerónimo, en la provincia de Puerto Príncipe; pero el Gobierno, sin negar en absoluto la posibilidad de que la noticia pudiera resultar cierta, aseguró no tener telegrama alguno de las autoridades de Cuba en que se le diera cuenta del suceso.

Al siguiente día se insistió en la certeza de la desagradable noticia, afirmando que el *generalísimo* de las fuerzas insurrectas, al frente de buen número de rebeldes, había logrado penetrar en el referido poblado, prendiendo fuego á una parte de él y haciéndo totalmente estéril la defensa del destacamento que lo guarnecía.

***

Era y es San Jerónimo importante pueblo de la provincia de Puerto Príncipe, y punto militar de alguna importancia, por hallarse á mitad del camino central, entre el Príncipe y la trocha del Júcaro, y bifucarse en él las comunicaciones con Occidente, Vertientes y Magarabomba.

Tenía en la guerra anterior dicho poblado para su defensa cinco fuertes enlazados, y una guarnición de más de 150 hombres de dispersos y enfermos, más una guerrilla de insurrectos presentados, al mando todos del capitán de infantería don Agustín Brañas.

A fines de Octubre del año 1874, los insurrectos no andando muy sobrados de municiones, que les eran necesarias para invadir las Villas, decidieron apoderarse de las abundantes que existian en San Jerónimo,

y acercando á las puertas del Príncipe su caballería, atacaron el poblado y fuerte de Juan Gomez, el fuerte 42 y $^1/_2$ de la trocha del Este, Caobillas y el campamento de Flores, sobre la trocha de Bagá.

En la tarde del 28 de Octubre, un grupo de la guerrilla de presentados, al mando del sargento Espin, salió á forrajear, regresando á las

TEATRO DE TACON Y CALLE SAN RAFAEL (Habana)

siete de la noche con las fuerzas insurrectas, á cuya cabeza iban, y dando la consigna al centinela, entraron en el fuerte principal, sorprendiendo á la guardia de prevención y macheteando á 60 soldados y haciendo prisionero al capitán, á quien hirieron de cuatro machetazos, uno de bastante gravedad en la cabeza.

Resistiéronse los fortines, reforzados con los que se salvaron del fuerte, hasta el día siguiente en que por orden del capitán ya prisionero,

á quien á ello forzaron los insurrectos, se rindieron todos, menos uno.

Sometidos el capitán y un teniente á Consejo de guerra, á pesar de haberse comprobado el abandono en que se les había tenido y los hechos ocurridos, fueron condenados, á muerte el primero, y á diez años de presidio, el segundo; pero atendido el estado de gravedad del capitán, á consecuencia de las heridas recibidas, se le conmutó la pena por la de cadena perpetua, y después de degradado frente á las tropas y ejecutados otros actos que nos abstenemos de relatar, fué enviado al presidio de Ceuta.

El confinado produjo reclamación sobre reclamación, hasta que, por fin, consiguió ser oído, y revisado el proceso por el Consejo Supremo de Guerra y Marina, por acuerdo de este alto tribunal, fué puesto en libertad.

No se conformó, empero, con sólo su libertad el pundonoroso oficial, si no que persistió en sus reclamaciones pidiendo su rehabilitación, y tales fueron los argumentos que adujo al expediente, en tal forma se evidenció lo injusto del fallo pronunciado por el Consejo de guerra, que hace más de dos años se reconocía al desventurado capitán Brañas, el derecho al goce de retiro como tal capitán del ejército, y se rehacía con ello en parte lo hecho, puesto que la tardía reparación no pudo serlo de las privaciones sin cuento y sufrimientos que padeciera el infeliz en su prisión y durante su largo martirologio.

. . . . . .

Según nuestros particulares informes comunicados por uno de nuestros celosos y bien informados corresponsales en el teatro de la guerra y los cuales concordaron con las noticias oficiales, no resultó cierto que Máximo Gomez se apoderara de San Gerónimo, y si únicamente que á su paso por cerca de este poblado con una fuerza de 600 hombres, con la que se supuso dirigíase á Santa Clara con propósito de incorporarse á las partidas que se habían alzado en esta provincia, pe-

netró en dicho poblado é intimó la rendición al pequeño destacamento que lo guarnecía, al cual obligó á entregarse incendiando el fortín y varias casas que lo circundaban.

***

Sangriento y desgraciado para nuestras tropas fué el encuentro que en las primeras horas de la tarde del 27 de Junio tuvo la columna mandada por el comandante Sanchez, compuesta de 360 hombres, con la partida insurrecta del cabecilla Rabí, en número de 800 rebeldes, en las inmediaciones de Cacao, poblado sito en la jurisdicción de Holguin, (Santiago de Cuba).

Atacada la columna por numerosas fuerzas rebeldes, que ocupaban ventajosas posiciones á la entrada del pueblo, intentó cuatro veces tomar una posición favorable, sin resultado.

Desde el comienzo de la tarde habíanse estado tiroteando y dándose unos y otros varias cargas á la bayoneta ó al machete, sin ningún resultado decisivo.

Nuestros valientes soldados, superiores en valor, eran inferiores en el número y todos sus esfuerzos no lograron sino contener el avance de las fuerzas insurrectas.

Bien entrada la noche, el jefe de nuestra columna dió la señal de retirada hácia Guisa, poblado cercano á Cacao. La fuerza se reconcentró y cruzando un arroyo, fué retrocediendo en buen orden, después de recoger los heridos, las armas y las municiones de que se llenó el terreno, para ganar y acampar en el monte próximo.

Iba á retaguardia de la columna un grupo de unos cuarenta soldados, y entre ellos el médico primero de Sanidad militar, don Urbano Orad Gajias.

Cuando el grueso de nuestra fuerza húbose internado en el monte y la retaguardia iba á penetrar en él, notó el señor Orad que habían quedado rezagadas dos acémilas con municiones.

El médico arengó á su gente, la hizo retroceder y juntos fueron á recoger las acémilas con las municiones que llevaban.

De esto se percataron los mambises y se aprovecharon para rodear á los nuestros, comenzando á atacarles con un fuego vivísimo.

El valiente Orad no se arredró; formó en cuadro á sus hombres, y él solo, con dos soldados, se adelantó y apoderóse de las acémilas, emprendiendo luego la retirada para unirse á la columna.

Mas, al llegar á la entrada del monte, encontróse con que estaba cubierto por los insurrectos que le impedían el paso y le atacaron haciéndole nutrido fuego.

Entonces, colocó á la tropa contra un farallón de piedra, y resistió el ataque y contestó al fuego del enemigo.

En pocos momentos los nuestros sufrieron trece bajas; dos muertos y once heridos. Media hora después, los insurrectos viendo la imposibilidad de rendir á aquel puñado de héroes y contando también numerosas bajas, se retiraron en desorden.

El médico Orad recogió sus heridos y se dirigió á un bohío próximo, donde los curó. Durante todo este tiempo, los mambises estuvieran acechando y hostilizando á las tropas, las cuales contestaban á sus disparos y les mantenían á raya, mientras su bizarro jefe se dedicaba á la humanitaria obra de curar á sus compañeros heridos.

Cuando el médico terminó la cura de los heridos volvió á convertirse en militar, salió con los suyos del bohío, y siempre bajo el fuego del enemigo y siempre teniéndole á raya, se dirigió á Jiguaní, donde llegó con el convoy transportando los heridos separados de la columna, á las cuatro y media de la madrugada del día 28.

La columna había seguido con el grueso de la fuerza hácia Guisa,

á donde llegó en la mañana del siguiente día, habiendo tenido varios muertos y heridos.

En su retirada fué también herido, aunque por fortuna de poca gravedad, el valiente Orad.

¡Cuánto valor, cuánta abnegación y cuánto heroísmo!

La cura de los heridos en el mismo campo de batalla, realizada por el médico señor Orad, el héroe de la jornada, fué una verdadera epopeya; pues, la lluvia de balas enemigas que caían sobre los infelices soldados heridos, hacía estéril el trabajo empleado en su curación, al ser de nuevo heridos de muerte, hasta que viendo lo inútil de su humanitario empeño hubo de desistir y abandonarlo para convertirse en soldado, y trocando el bisturí por el fusil y el machete, pelear como tal y luchar con el enemigo.

DON URBANO SANTOS ORAD (Capitán de Sanidad)

A su heróico valor y energía, á su arrojo y serenidad debieron su salvación cuarenta de nuestros soldados, los cuales, sin duda alguna, hubieran muerto á manos del enemigo, si él, con el auxilio del valiente sargento señor Lozano, otro héroe de aquella sangrienta jornada, no

les hubiese animado y reconcentrado, dirigiéndoles en la ordenada retirada por escalones que dispuso, y paralizando los ataques del enemigo á quien supo mantener á raya con su bravura y su pericia, á pesar de tener un pié destrozado por un balazo.

***

Por ese heróico hecho y prévio el juicio contradictorio correspondiente, se concedió al señor Orad Gajias la cruz laureada de San Fernando con 1.500 pesetas de pensión anual.

El hoy médico mayor de Sanidad don Urbano Orad Gajias, no lleva en el espadín que de su cintura cuelga, un simple signo de asimilación al ejército. Es efectivamente á un tiempo, médico y militar: esto lo ha probado en muchas ocasiones.

El valiente Orad maneja tan bien el bisturí como la espada; ha causado tantos heridos á los enemigos como ha curado de los nuestros, y toma parte en un ataque y sabe dirigir un combate con la vista y el ánimo seguros que posee en la clínica.

Antes de ser un héroe, ya era Orad un valiente.

Cuando los primeros sucesos de Melilla, estaba él allí, en el regimiento de Africa, y el 2 de Octubre se batió contra los riffeños, y con gran peligro de su vida salvó aquel día la del artillero Trinidad Ponce.

En la clínica de heridos del hospital de Melilla se le adoraba.

Su hoja de servicios es brillantísima; tanto como la nota de sus estudios en la carrera facultativa.

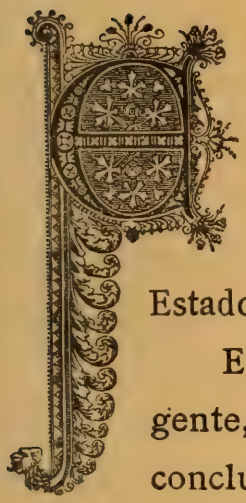
Con doble vocación y con aptitudes dobles, resulta tan buen militar como médico sabio, habiendo conseguido hermanar dos cosas

muy opuestas: la espada que hiere y el bisturí que sana. Desfibrando con éste, ha salvado muchas existencias y ha merecido bien de muchas madres; hiriendo con aquella, ha ganado la cruz de San Fernando y merecido bien de la patria.

¡Gloria y loor al héroe del Cacao!

CAPÍTULO V

La cuestión Mora.—Ponencia de ministros.—Consejo con la Regente.—La prensa.—La opinión.—Consideraciones del autor.—La minoría republicana parlamentaria.—Mensaje al presidente del Consejo de Ministros.—Acuerdo del Gobierno.—Real orden.—Codicia de los *yankees*.—Decreto concediendo el crédito para Mora.—Dinero para Mora.



El principal asunto tratado por el Gobierno del señor Cánovas en el Consejo de Ministros celebrado el día 2 de Julio fué el de la cuestión Mora, nombrándose para estudiarle una ponencia formada por los Ministros de Estado, Gobernación y Ultramar.

En el Consejo celebrado el día 4 con asistencia de la Regente, el señor Cánovas manifestó que la obligación era muy concluyente por estar reconocida por varios Gobiernos, y la ponencia de ministros se había de fijar especialmente en la cuestión de intereses que estaba aún por resolver.

Es decir, que manifestó, entonces y después, el jefe del gabinete conservador, que el compromiso estaba contraído por el partido liberal siendo ministro de Estado el señor Moret.

En la noche del 5 estuvieron reunidos durante tres horas en la secretaría de Estado los tres ministros ponentes en el referido asunto Mora, señores duque de Tetuán, Cos Gayón y Castellano.

El primero de los ministros mencionados dió cuenta circunstanciada á sus compañeros de las peripecias porque había pasado el asunto, mostrándoles todos los documentos que importaba conocer, para tomar un acuerdo y proponerlo al Consejo de Ministros.

El acuerdo fué que debía pagarse la indemnización pedida por el ciudadano norte-americano Mora y reclamada por el Gobierno de Washington.

Mucho se combatió esta decisión de nuestros gobernantes de pagar millón y medio de pesos por el asunto Mora.

Lo combatieron rudamente durante varios días los periódicos de mayor circulación de España, y se demostró que el partido liberal había supeditado siempre el pago á la aprobación de las Cortes.

Todo fué inútil. El Gobierno, sin duda, no pudo eludir el pago, y acordó pagar.

En el Consejo de Ministros celebrado en la Presidencia el día 15, se puso al examen y aprobación del Gabinete el dictámen de los ministros nombrados ponentes en el asunto Mora.

El señor Cánovas del Castillo confirmó plenamente cuánto se había dicho, ó sea: que no había otro remedio sino reconocer el crédito y proceder á satisfacerlo.

***

La opinión pública protestó, por medio de sus órganos en la prensa de oposición, de ese acuerdo del Gobierno conservador, considerándolo como un acto de debilidad ante la injusta reclamación apoyada por el Gobierno norte-americano, ó como el precio de la neutralidad, en la cuestión cubana, de los Estados Unidos.

Y, en efecto; la única contestación que debió dar el Gobierno de

España á las reclamaciones de los Estados Unidos, en el asunto Mora, debiera haber sido entablar una *excepción dilatoria*, toda vez que ni las circunstancias anormales por que á la sazón atravesaba el país, ni la índole de la fantástica deuda consentían que se aceptase como compromiso ineludible el pago de *¡millón y medio de duros!*

El Gobierno manifestó por órgano de sus representaciones en la prensa, que era en aquel momento ineludible satisfacer la reclamación de la República norteamericana.

¿Por qué? ¿Que razón alegó el Gobierno, para afirmar que era ineludible, entonces, lo que no lo había sido años atrás, en todo el tiempo que mediaba desde Noviembre de 1886 á Julio de 1895?

No lo supimos, ni lo sabemos aun, porque no lo dijeron los periódicos conservadores, ya que no es decir nada, en conclusión, repetir una y otra vez que en un Consejo de ministros celebrado por los liberales, se acordó hacer efectiva la deuda.

No llevaría ésta aparejado ningún título ejecutivo, ni tendría fuerza alguna coactiva el pago, cuando habían transcurrido diez años, y ni liberales, ni conservadores, se creyeron obligados á cumplir semejante pacto.

¿Es que posteriormente al año 1886, despues de ese acuerdo del Consejo de Ministros del partido liberal. ocurrió algo nuevo y se ratificaron tales compromisos?

No es creible, ni lo ha dicho nadie, y por lo tanto debemos rotundamente negarlo.

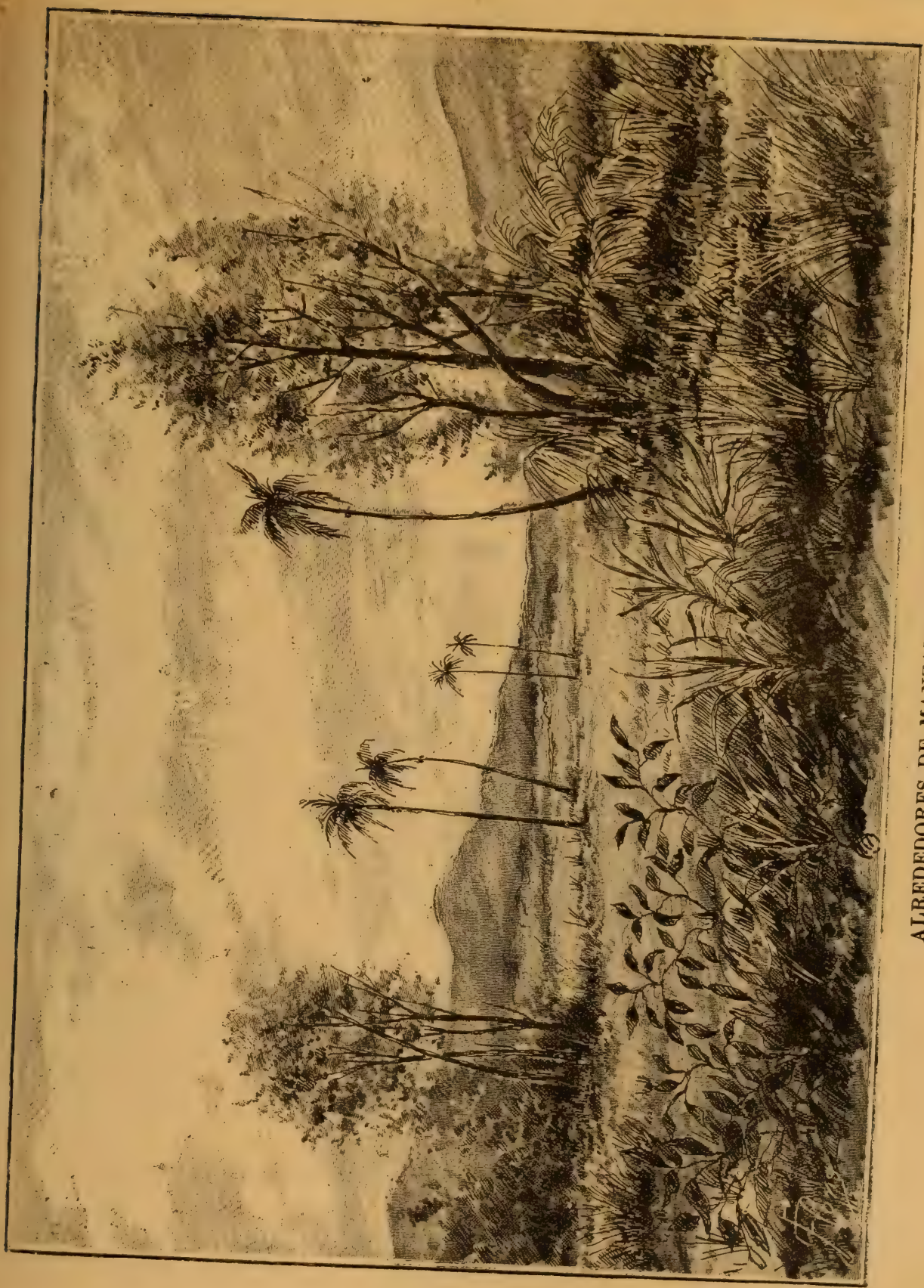
Si tal cosa hubiera sucedido, no se lo hubieran callado los conservadores en las múltiples ocasiones que habían sido Gobierno y oposición y otra vez poder desde el año 1886, época en que se formuló la reclamación Mora. Y no se lo hubieran callado tampoco al conceder ésta, cuando tan necesitados estaban de argumentos para apoyar la necesidad del pago de la imaginaria deuda Mora.

***

Es más; los liberales arguyeron en contra de ese, al parecer, tan claro compromiso de 1886, que siempre que se había tratado de este

CASA TORRE DE LOS PRACTICOS (Matanzas)

asunto, se había declarado que estaba pendiente de resolución, porque en frente de la reclamación de los Estados Unidos había otras de España, que compensaban sobradamente la cantidad que se pedía por aquel Gobierno.



ALREDEDORES DE MANZANILLO (Santiago de Cuba)

Esto afirmó periódico de la comunión fusionista tan caracterizado dentro del partido liberal y bien informado como *El Correo*, y lo afirmó, sin duda, con el asentimiento tácito de su jefe el señor Sagasta, que debía tener motivos para saber el grado de fuerza y de carácter obligatorio que tenía el acuerdo de su Consejo de ministros en el año 1886.

Por consiguiente, el compromiso no tenía entónces más obligación ejecutiva que en el año 1886, el año 1890 y el año 1892, épocas todas en que gobiernos conservadores y liberales la eludieron.

¿Es que de repente se le dió al compromiso una fuerza ejecutiva que jamás tuvo?

¿Es que esa fuerza se la otorgaron las circunstancias de la guerra de Cuba?

Pues, precisamente, esas circunstancias anormales de la guerra nos eximía de ventilar tales asuntos, porque de lo contrario, cabía pensar y se podía decir, con razón, como se pensó y se dijo, que el triunfo invocado por el Gobierno del señor Cánovas al obtener de los Estados Unidos el respeto absoluto de la neutralidad, no era tal triunfo, no era una imposición del derecho internacional, no era el resultado natural de las buenas relaciones entre dos pueblos amigos, sino beneficio com prado mediante la satisfacción de la demanda Mora.

Y, á ese precio nadie en España podía querer la neutralidad, porque con ella no sólo padecía nuestro exhausto Tesoro, sino también la dignidad nacional.

Mas adelante veremos cómo pagaron los *yankees* la condescendencia y liberalidad de nuestros gobernantes.

***

En el Congreso se reunieron, el día 11, los diputados de la minoría republicana, para tratar de la cuestión Mora.

En la reunión se convino en que significaba un gran sacrificio para la Nación el pago de la indemnización Mora y se sostuvo que el determinar el derecho de la reclamación correspondía al Parlamento.

En su consecuencia, se acordó dirigir una carta á los jefes de las demás minorías parlamentarias para que se adhirieran al Mensaje que se redactase, pidiendo la reunión de las Cortes con objeto de resolver el asunto.

La carta fué dirigida á los señores Sagasta, Silvela y marqués de Cerralbo, y el señor Pí quedó encargado de redactar el Mensaje.

Los señores Sagasta y Silvela se negaron á asociarse al pensamiento de la minoría republicana del Congreso, alegando que la cuestión Mora estaba íntimamente relacionada con la política de la guerra, y á su juicio no se debía discutir por el Parlamento mientras la guerra existiera, si no en aquella medida que el Gobierno mismo juzgase necesario.

Por resumir todos los argumentos que se adujeron contra la indemnización Mora, publicamos el notable Mensaje que las minorías republicana y carlista del Parlamento, dirigieron al Presidente del Consejo de Ministros.

«Excmo. Sr. Presidente del Consejo de Ministros:

Los diputados y senadores que suscribimos, después de haber examinado detenidamente el asunto relativo á la indemnización de los perjuicios que don Antonio Máximo Mora supone haber sufrido en la pasada guerra de Cuba, y sin prejuzgar ahora si es justa ó injusta la reclamación, entendemos que no se le puede pagar sin previa aprobación de las Cortes.

Se trata de un convenio internacional y de un gasto que no figura en los presupuestos, y sólo las Cortes pueden hacer definitiva la negociación y legal el pago.

Cuando esto no fuera, todos los ministros de Estado que han in-

tervenido en este negocio después del año 1886, han dicho, sin vacilación ni ambajes de ningún género, que al Parlamento corresponde otorgar ó negar el crédito de que se trata. Eso dijeron el señor Moret en la sesion del Congreso de 23 de Febrero de 1888, y el señor marqués de la Vega de Armijo, en la de 18 de Enero de 1889.

Añadió el marqués que así lo entendía la misma República de los

DESTRUCCION DE UN CAMPAMENTO INSURRECTO POR NUESTRAS TROPAS

Estados Unidos, cuyas Cámaras habían rechazado frecuentemente convenios sobre reclamaciones análogas, sin que los ministros que los habían suscripto se hubiesen creído en el deber de abandonar sus puestos.

Aducen algunos para la inmediata satisfacción del crédito Mora, la actual guerra de Cuba; mas nosotros creemos tan depresiva esta consideración para España como para aquella República.

Sería depresivo para aquella República suponerle capaz de someter á una mera indemnización de interés particular la política internacional y la observancia del derecho de gentes; y lo sería para España

prescindir de las condiciones que sus leyes fundamentales exigen por miedo á que aquella República favoreciese en Cuba la causa de los insurrectos.

Esperamos que el Gobierno, á quien en primer término cumple velar por el decoro de la Nación y respetar los esfuerzos de las Cortes, atenderá á estas, si breves, decisivas consideraciones, y suspenderá el pago de la indemnización hasta que las Cortes, ordinaria ó extraordinariamente reunidas, la aprueben y abran el oportuno crédito.

Madrid 28 de Julio de 1895.»

. . . . . .

Suscribieron este documento los diputados señores Azcárate, Avila, Ballesteros, Barrio y Mier, Baselga, Becerra de Bengoa, Carvajal, conde de Casasola, Julián (don Gonzalo), Junoy, Labra, Lostau, Llorens, Marenco, Melgarejo, Moya, Muro, Ojeda, Pedregal, Pí y Margall, Prieto y Caules, Rodríguez (don Calixto), Salmerón, Sanz, Sol y Ortega, Vázquez de Mella y Zubizarreta, y los senadores señores González (don José Fernando) y Ramirez Guinea.

***

En el Consejo de ministros celebrado el día 31, se trató también del pago de la indemnización á los herederos y acreedores de Mora, habiéndose aprobado el crédito extraordinario, informado favorablemente por el Consejo de Estado.

Respecto de los plazos en que aquella debía ser satisfecha nada se acordó, pues aún no había recibido el Gobierno la contestación del señor Dupuy de Lome, nuestro ministro y representante en Washington, que estaba encargado de proponerlos al Gobierno de los Estados Unidos.

El Gobierno contestó al Mensaje de las minorías parlamentarias

por medio de Real orden publicada en la *Gaceta* del día 6 de Agosto, la cual tras algunos *Considerandos,* terminaba así:

«S. M. el Rey (q. D. g.), y en su nombre la Reina Regente del Reino, se ha servido resolver, de acuerdo con el Consejo de Ministros, que no procede la solicitada suspensión de los acuerdos adoptados respecto del pago con cargo al crédito ya abierto, con arreglo á la ley vigente de contabilidad.

De Real orden lo digo á V. E. para su conocimiento y el de los demás diputados y senadores que, en uso del derecho de protección que la Constitución concede á todos los españoles en su artículo 12, firman con V. E., la exposición dirigida á esta presidencia.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Madrid 31 de Julio de 1895.—El presidente del Consejo de Ministros, *Antonio Cánovas del Castillo.*—Señor don Francisco Pí y Margall.»

Cuando los codiciosos *yankees* vieron que España tenía dinero para pagar los *treinta millones* de reales por el *negocio* Mora pidieron también intereses.

El Gobierno apresurose á matar la cuestión en sus comienzos para que cesaran las dificultades que con el tiempo irían agravándose, y ordenó á nuestro representante en Washington que ofreciese á los Estados Unidos satisfacer de una sola vez, y no en plazos, lo convenido respecto á la indemnización.

Esta promesa surtió el efecto apetecido, (¡y cómo no!) logrando el Gobierno español que el de Washington renunciara á la reclamación de esos intereses.

Acerca de esto conferenciaron en 12 de Agosto, los señores Cánovas y Castellano, acordándose en el Consejo de ministros celebrado el siguiente día 13, pagar la indemnización Mora el 15 de Septiembre inmediato, pignorando Cubas del 90, pero no las afectas al crédito para la guerra, sino de otra série, puesto que esta cantidad

figuraba dentro del presupuesto de la isla para 1895-96 con el carácter de atención extraordinaria.

Esto aumentaba el *déficit*, pero el ministro de Ultramar confiaba en que el alza en la recaudación de Aduanas lo haría mucho menor que el del presupuesto del último ejercicio.

***

TIPO DE UN NEGRO-ÑÁÑIGO

La *Gaceta* del día 20, publicó el decreto concediendo el crédito para Mora, cuya parte dispositiva decía así:

«Artículo 1.° Se concede al Ministro de Ultramar un crédito extraordinario de pesos 1.500.000 con aplicación á un capítulo adicional, artículo único, sección sexta, «Gobernación», del vigente presupuesto de la isla de Cuba, para satisfacer la reclamación que con motivo del embargo de bienes á don Antonio Máximo Mora formuló el Gobierno de los Estados Unidos de América, y en cumplimiento del compromiso contraído por el Gobierno de S. M. en 29 de Noviembre de 1886.

Artículo 2.° El referido crédito extraordinario se cubrirá con la deuda flotante del Tesoro de la gran Antilla.

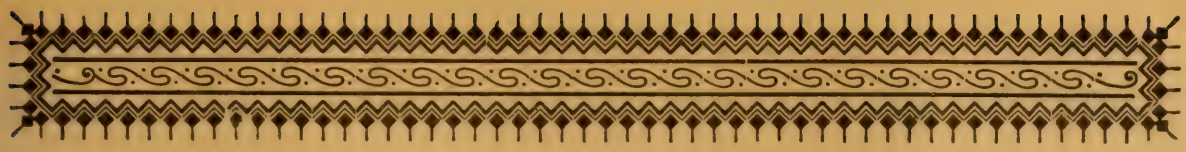
Artículo 3.° El Gobierno dará oportunamente cuenta á las Cortes.

Dado en San Sebastián á 19 de Agosto de 1895.—*María Cristina.* —El Ministro de Ultramar, *Tomás Castellano y Villarroya.*»

En 14 de Septiembre, quedaron fijadas de una manera oficial por el Gobierno de Washington los detalles del pago de la célebre indemnización.

El señor Dupuy de Lome, ministro de España en los Estados Unidos, firmó un giro por valor de *un millón cuatrocientos cuarenta y nueve mil dollars*, contra un agente financiero español en Londres.

Dicho documento de crédito fué entregado al Subsecretario de Estado, el cual lo endosó á favor de los interesados en el cobro.... y la famosa indemnización fué satisfecha á pesar de las protestas de la opinión y de la precaria situación del Tesoro nacional.



CAPITULO VI

La prensa extranjera. —Respuesta á un artículo de *L' Intransigeant.*—Comunicación del secretario de Estado de la gran República al procurador general de los Estados Unidos.—Circulares del procurador general á los procuradores de distrito y alguaciles federales de los Estados de la Unión.—Estudio y consideraciones del autor acerca de las causas generadores de la insurrección.—Examen de la capital cuestión de Cuba bajo su aspecto político.

La prensa extranjera sin distinción de nacionalidad, lo mismo franceses que ingleses, alemanes que italianos, vino ocupándose en sus columnas en la cuestion de Cuba, desde que los *patriotas* cubanos, con pretexto de recobrar una libertad que á España debían, y con intento de sacudir la soberanía de España, á la que debían y deben su civilización, comenzaron la nueva campaña de ruína y desolación que devasta los campos de la hermosa Antilla.

Mas, el mayor número de aquellos periódicos, por causas diversas, solo contribuyeron á extraviar de un modo lamentable la opinión europea, hablando de lo que ocurría en Madrid y la Habana con un desconocimiento completo de hombres y cosas, y con una ignorancia tal, que no estaba justificada ni aun tratándose del centro de Africa ó de las inexploradas regiones del Polo Norte ó de la Patagonia.

Esto dió tema y ocasión á un conocido y reputado escritor que se ocultaba con el pseudónimo de *Demonax*, para publicar en uno de los diarios de mayor circulación de la villa y corte un artículo en contestación á otro inserto en *L' Intransigeant* de Paris, escrito pos Mr. Henry Rochefort.

La excepcional importancia que reviste el asunto, nos mueve á insertar íntegros algunos de sus párrafos, por coincidir con las nuestras sus opiniones.

Decía así el artículo de referencia:

«No puedo recoger ni encerrar en los estrechos límites de un artículo todos los errores que leo y que escriben con la mayor formalidad del mundo, todos los periodistas extranjeros; pero voy á procurar hasta donde me sea posible contestar á los de mayor bulto, añadiendo de paso algunas observaciones personales que tengo el derecho de examinar y exponer, no solo porque soy español, sino también porque nací cubano.

Muchos periodistas y no pocos hombres políticos extranjeros, presentan á la isla de Cuba, como país sometido á un yugo tiránico, impuesto á la raza indígena por la raza conquistadora.

En primer lugar, niego en absoluto que exista en Cuba, en el sentido científico de la palabra, en su acepción propia, lo que se llama raza indígena.

Los escasos aborígenes que habitaban en la isla, en la época del descubrimiento, no tardaron en desaparecer, y la mezcla de blancos, negros y chinos, etc., que ha producido el tiempo, no puede llamarse raza indígena, ni tampoco, después de cuatro siglos de fusión, hay raza conquistadora.

Los productos étnicos actuales, son de los más variados que puede ofrecerse, si bien en Cuba como en todas partes, la inteligencia ha dominado al número. Por consiguiente tenemos que, en puridad de ver-

dad, no se trata allí de que la raza indígena pelea para reconquistar una libertad y una independencia que ni en ley natural, ni en cuerpo de derecho poseyó jamás.

España dió á Cuba lo que podía darle; su civilización, sus leyes, su amor.

Se habla de la mala administración; es verdad, la administración colonial nuestra, no siempre ha sido modelo digno de imitación.—¿Pero tiene razón Mr. Henry Rochefort para motejarnos en ese concepto cuando la administración colonial de su propio país ofrece tantas deficiencias, y ocasiona tantos motivos de queja?

España no podía dar á Cuba más de lo que tenía, y en materia de administración colonial, era preciso seguir la evolución progresiva. Los adelantos del país, las leyes liberales, la represión de los empleados poco escrupulosos, todo ha ido viniendo en su día, porque Mr. Henry Rochefort está atrasado en más de cuarenta años, ignora la verdad de lo que pasa en Cuba, escribe sobre aquella isla artículos de política de antecámara calcados absolutamente sobre los mismos que ya publicó hace años, cuando los movimientos separatistas.

Tanta libertad como la que tenemos en España, se disfruta en la isla de Cuba, y según lo aprendido por mi mismo y oído á don Nicolás Salmerón, testigo irrecusable, *en España hay más libertad, pero menos igualdad que en Francia.*

Precisamente cuando se estaba estudiando un plan importantísimo de reformas para Cuba, ha venido la insurrección á retardar el momento de llevarlas á la práctica.

Nadie se opone tanto á ellas como los mismos insurrectos; nadie como ellos daría razón á los partidados de la tiranía española soñada por Mr. Rochefort, si en España hubiera quien apoyase semejante absurdo.

No: aquí todos, conservadores y liberales, carlistas y republicanos,

en mayor ó menor grado, deseamos que Cuba posea las mismas libertades que la Metrópoli; pero más libertades que las concedidas á España por nuestras leyes, no es posible ni prudente.

. . . . . .

Otro de los errores que deben combatirse, es el contínuo solicitar de los Estados Unidos un apoyo directo en favor de los insurrectos cubanos; apoyo que algunos llegan á querer que se convierta en anexión, mientras otros se contentan con que se les reconozca el caracter de beligerantes. Los que hemos vivido en aquellos países, los que hemos examinado y estudiado de cerca estas cuestiones, sabemos que los Estados Unidos son un pueblo demasiado práctico y demasiado sensato para apasionarse por una cuestión de nombre, y que la forma republicana adoptada ó no por otros países, no les parece motivo suficiente para emprender una guerra ó para faltar á los deberes de buena vecindad internacional.

GENERAL SEÑOR ECHAGÜE

Los hombres de Estado norteamericanos saben lo poco que ganarían con una anexión de Cuba, porque la población de color y la asiática que hay en la isla, representa para ellos un estorbo; aumentar el número de católicos no es cosa que tampoco les complazca, y, dejando

aparte la diferencia de idioma, de raza y de costumbres, la anexión crearía en el presupuesto de los Estados Unidos un desequilibrio que sería preciso remediar de algun modo, porque desaparecerían los ingresos de aduanas representados por la parte del comercio de importación y exportación que existe hoy entre la República norteamericana y la isla de Cuba.

Este lado utilitario de la cuestión no se colma con los términos republicanos que entona Mr. Rochefort desde su periódico, sino con razones de más peso.

. . . . . .

Hemos de reconocer que la situación actual de nuestra hermosa Antilla, es grave; pero no podemos creer que los Estados Unidos salgan de la actitud amistosa y perfectamente correcta que ha adoptado para con España, porque además de la consideración que acabo de indicar, allí se sabe mejor que en parte alguna, que la insurrección no es el grito unánime de un pueblo que lucha por su independencia, que no es el supremo esfuerzo de una nación que combate para librarse del usurpador, sino la reunión de los piratas de los cayos antillanos, de los filibusteros de ambas Carolinas, de esa población internacional que pulula á orillas del Misisipí, en busca siempre de empresas aventureras, unidos á los descontentos del país y á los numerosos obreros sin trabajo, colocados en situación dificílisima por la prolongada crísis industrial y comercial que atraviesa la hermosa isla.

¿Cómo es posible que en semejantes condiciones concediesen los Estados Unidos la beligerancia á los que sólo son considerados como rebeldes por el derecho de gentes?

España empleará hasta su último hijo y su última peseta si fuese necesario; pero triunfará sin género ninguno de duda, y después que se restablezca la paz y la normalidad en la isla, entonces será llegado el momento de exigir responsabilidades y emprender las reformas que *todos* deseamos.

Mientras haya un sólo insurrecto en el campo cubano, nuestro deber y nuestro honor nos mandan combatir, y ya en otras ocasiones hemos demostrado que sabemos cumplir con uno y con otro.»

***

A consecuencia de las continuas y múltiples reclamaciones formuladas por nuestro ministro en los Estados Unidos, señor Dupuy de Lome, al Gobierno de Washington, se expidió por el secretario de Estado de la gran República al Procurador general la comunicación siguiente:

«*Departamento de Estado.—Washington 10 de Junio de 1895.*

Señor: Según rumor público y noticias de los periódicos, se están haciendo tentativas para ayudar á la insurrección que actualmente existe en la isla de Cuba, por medio del reclutamiento de hombres, el equipo y armamento de buques y otros actos ilegales verificados en varias partes de los Estados Unidos.

Aunque á este departamento no se le han dado pruebas tangibles que confirmen los rumores y noticias de referencia, creo de la mayor importancia el evitar toda circunstancia que pueda motivar quejas de que el Gobierno de los Estados Unidos ha dejado de cumplir de alguna manera la plenitud de sus deberes hácia una nación amiga.

En tal virtud, tengo el honor de indicarle respetuosamente que se llame acerca de este asunto la atención de los fiscales y alguaciles federales de los distintos distritos del litoral desde Nueva York á Brownsville, encargándoles eficazmente que velen por el fiel cumplimiento de las leyes de neutralidad de los Estados Unidos, castigando con rigor toda infracción de las mismas. Soy de usted respetuosamente.—*Ricardo Olney*, secretario de Estado.»

Hé aquí, ahora, las circulares expedidas en cumplimiento de la

anterior comunicación por el Procurador general á los procuradores de distrito y alguaciles federales de la costa del Atlántico.

«*Departamento de Justicia.—Washington 13 de Junio de 1895.*—A los procuradores de distrito de los Estados Unidos.—Remito á V. copia de una carta del 10 del corriente, del Secretario de Estado, relativa á rumores y noticias de que en este país se ejecutan actos ilegales para ayudar á la insurrección existente en la isla de Cuba.

Dé V. los pasos convenientes y necesarios para impedir toda violación de las leyes de neutralidad en el sentido indicado, actuando con rigor y prontitud, en unión del alguacil mayor, á quien he escrito sobre sobre el mismo asunto.

Soy de V. respetuosamente, *Judson Harmon*, procurador general.»

. . . . . .

«*Departamento de Justicia.—Washington 13 de Junio de 1895.*—Hoy he mandado al procurador de su distrito copia de un oficio del Secretario de Estado, referente á las tentativas que se dice se están verificando, para organizar en este país expediciones, con objeto de ayudar á la insurrección de la isla de Cuba.

Consulte V. con el fiscal, quien le mostrará la correspondencia relativa á este asunto, y dé V. los pasos necesarios y convenientes para impedir toda violación de las leyes de neutralidad en el sentido indicado, obrando con prontitud y rigor.

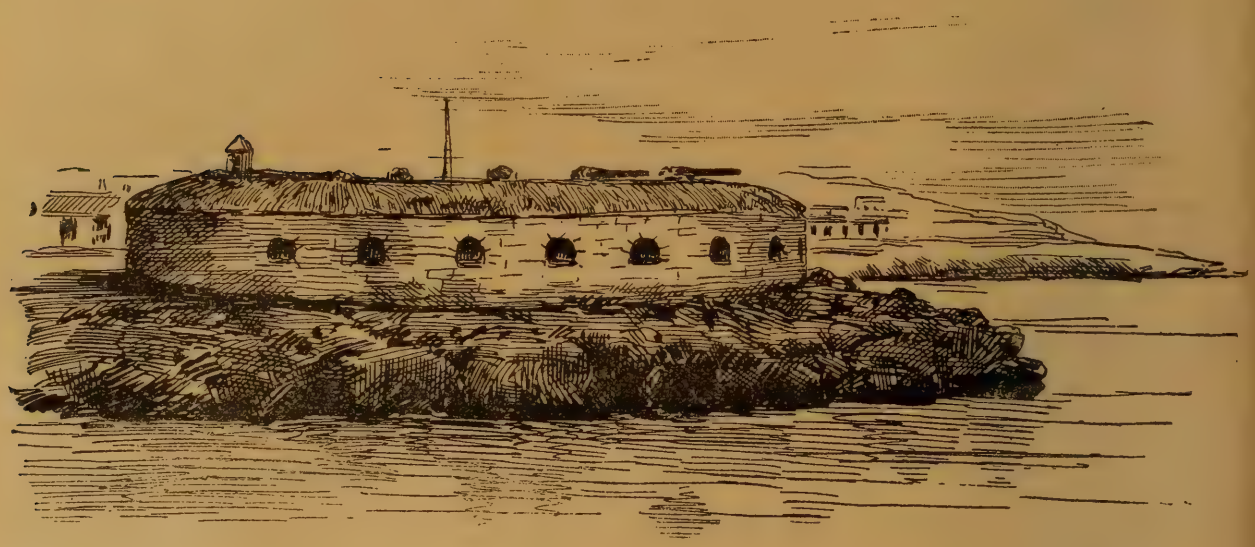
Soy de V. respetuosamente, *Judson Harmon,* procurador general.—A los alguaciles federales de la costa del Atlántico.»

***

Estudiando é inquiriendo las causas generadoras de la insurrección cubana y de su creciente desarrollo, se vé bien claramente que no

ha sido todo política, falta de atribuciones y propaganda de mal ó peor género lo que ha dado alientos á los separatistas y bandoleros que asolan y arruinan la hermosa isla.

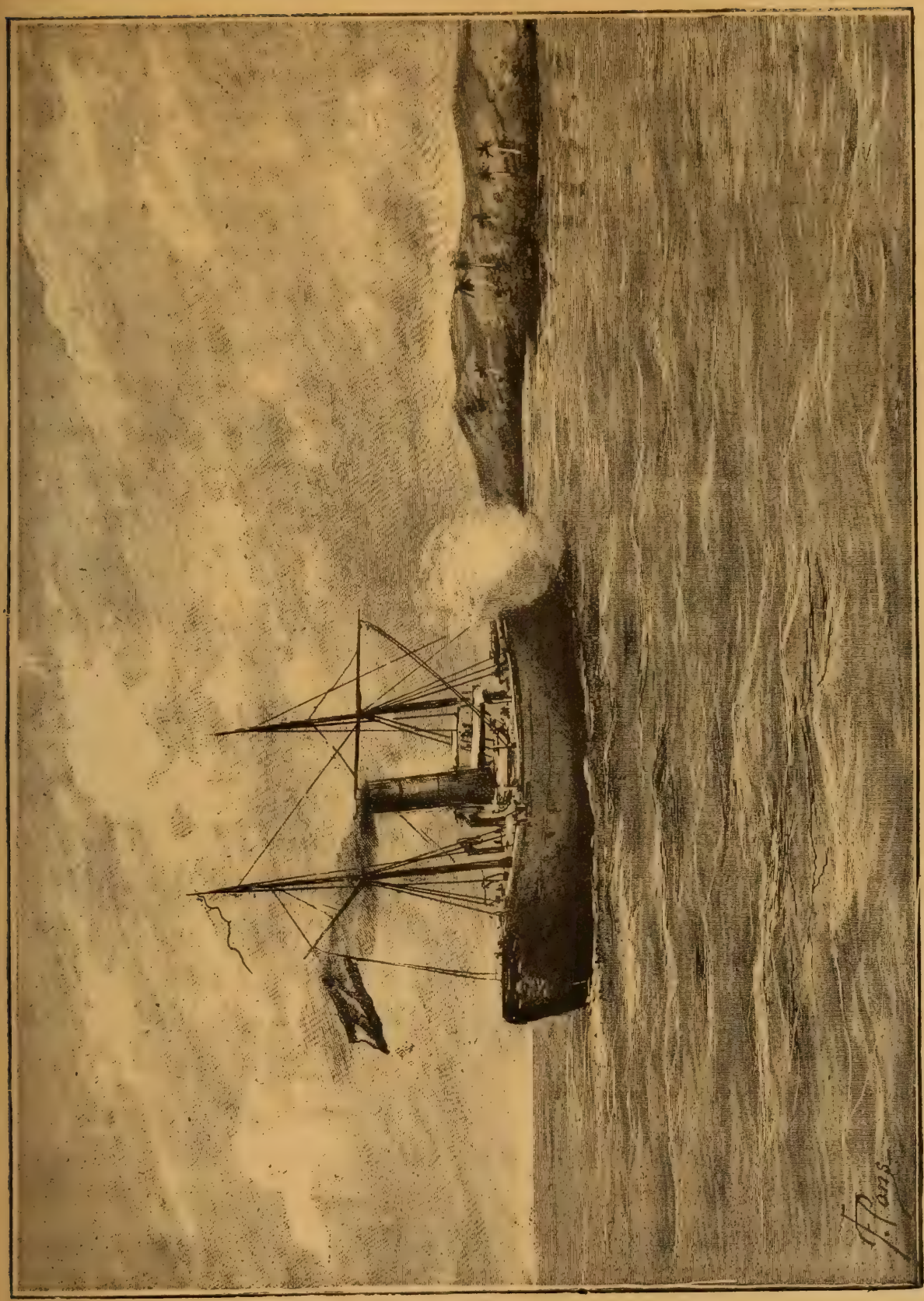
Hay que reconocer también como uno de los principales factores ó fundamentos de la malhadada revolución, la falta de moralidad administrativa, cuyo alcance nadie puede dejar de reconocer, y por conse-



BATERIA DE LA REINA (Habana)

cuencia, todo lo malo y hasta raro inclusive que viene ocurriendo en la perla de nuestras Antillas, se puede esperar en un país en que las leyes tienen solo aplicación cuando interesan á personajes y grandes colectividades, y son letra muerta para el resto de los ciudadanos.

Al terminarse la guerra anterior y después de la que ha dado en llamarse *chiquita*, se promulgó una ley, en virtud de la cual se habían de convertir en títulos de la Deuda todas las cantidades pendientes de pago hasta la fecha de aquella (7 de Julio de 1882), estableciendo diferencias en las clases de títulos que se creaban para la conversión.



EL «MAGALLANES» CAÑONEANDO AL ENEMIGO

Por aquella fecha, y sucesivamente, hubo créditos favorecidos y los hubo totalmente postergados, como aconteció con los de los infelices licenciados y sucede todavía con los de los comerciantes que habían suministrado provisiones á nuestras tropas en el período ó períodos de la guerra.

A ninguno de nuestros gobernantes se le ha ocurrido pensar en el desprestigio que constituye para nuestra nación el desatender esos créditos, quizás porque en su ancha conciencia ó característica despreocupación de nuestros políticos no hayan visto en ellos sino algo así como de poca monta, que poco ó nada habría de influir en ningún sentido para el porvenir de aquella hermosa provincia; y, este es, en nuestro juicio, un grande y lamentable error.

Aparte de la propaganda inconsciente de tantos perjudicados que no han podido ocultar la desesperación que les produce el acto incalificable de que han sido objeto, ¿cómo desconocer en ningún caso, la fuerza moral que aportó al separatismo?

Nuestros patriotas y sufridos soldados se vieron privados de lo más necesario, sus modestas y sagradas consignaciones les faltaron por espacio de *¡catorce meses!* y en este lapso de tiempo tuvieron que vivir del crédito que les dispensó el comercio antillano, facilitándoles el aumento de rancho, los zapatos y las vestiduras para librarlos del hambre y la desnudez más absoluta; y á ese desprendimiento que, aunque llevase consigo el interés de la utilidad no por ello deja de ser menos meritorio, se correspondió con un olvido ó sarcástica risa que no es concebible, pero que se realizó.

¿No es motivo de deprestigio para una nación civilizada y culta, el que después de tantos años aún permanezcan sin pagar esos créditos?

No puede alegarse como causa de tal desatención la falta de dinero, pues si con títulos de la Deuda se han pagado unos créditos, de la misma manera se podían y debían haber pagado los otros. La ley debió sre una para todos.

Además, ¿no hubo dinero para pagar una fantástica indemnización por imaginarios perjuicios á un supuesto ciudadano norteamericano? Pues si para esto hubo dinero, con mucha más razón debiera haberlo habido para satisfacer deudas que eran sagradas; deudas de sangre.

En defecto de esos actos de equidad, que ningún sacrificio hubieran costado, tuvimos la triste y vergonzosa consecuencia de ver en las calles públicas infinidad de hombres astrosos y demacrados, que recordaban sus actos de patriotismo, de servicios personales ó pecuniarios, exhibiendo un abonaré por alcances ó por suministros á nuestras tropas.

Esto, aparte de lo inícuo, preciso es confesar, que es vergonzoso.

Ahora bien, con estos precedentes ¿puede existir el crédito y el entusiasmo de otros tiempos? Imposible, por muy arraigado que tenga cada cual su amor á la Madre patria; y de aquí que en la presente campaña el comercio de la Habana haya negado el crédito al general en jefe del ejército de operaciones, y que actualmente se haga sensible y sea motivo de preocupación nacional cualquier retraso en el pago de sus haberes á las tropas, y que éstas recuerden junto con el comercio de ayer, mendigo ó filibustero hoy, la suerte que pueden correr.

Las iniquidades de esa especie con que se ataca el derecho más sagrado, el derecho de propiedad, no pueden por menos de dar, en su día, sus frutos.

***

Examinando, ahora, la capital cuestión de Cuba, bajo el punto de vista político, que es otro de los aspectos que ofrece la actual insurrección, hemos de confesar sinceramente que jamás esperamos, y menos podemos esperar á la presente, que la acción de las armas sea bastante

para aniquilar la insurrección cubana; y al opinar así, lejos de hacer un agravio á nuestros valientes soldados, les hacemos justicia.

Al contrario de los que creen que la guerra puede acabarse con las armas, los cuales necesitan creer que esas armas están actualmente mal manejadas, ya que 150.000 soldados españoles no sólo no han sido capaces de acabar con 30.000 *mambises* desarrapados. después de un año de penosa campaña, si que ni siquiera echar á 5.000 de ellos de la provincia de Pinar del Río, ni tampoco impedir las correrías de un departamento á otro del *generalísimo* Gómez con otros 5 ó 6000 rebeldes, ni aún evitar á una población como Bayamo, la molestia de un largo y riguroso bloqueo.

GUARDIA DE O. P. DE LA HABANA

No hay escape posible; los que sostienen que el problema de Cuba es un problema esencialmente militar, tienen que censurar forzosamente la gestión militar de la campaña, tienen que dudar indefectiblemente ó de la pericia del general en jefe, ó de la actividad é inteligencia de los jefes de columna, ó de la aptitud general de nuestros soldados, ó de todo ello á la vez.

Los que creemos que el ejército español está luchando, no contra los filibusteros de la manigua, sinó contra todo el pueblo cubano, y sostenemos que un ejército no es instrumento adecuado para someter á todo un pueblo, no necesitamos censurar á Calleja, Martinez Campos,

ni Weyler, ni á sus jefes de columna, ni á sus incomparables é invictos soldados; ni siquiera nos paramos á censurar la ineficacia de nuestras fuerzas navales que hasta ahora solo han conseguido apresar el minúsculo *Competidor*, de tantos barcos grandes y pequeños como han tocado en las costas de la isla, llevando expediciones de hombres ó contrabando de guerra.

A nuestro juicio, echar sobre el ejército exclusivamente la árdua tarea de pacificar la isla de Cuba es tan acertado como querer regenerar la sociedad destruyendo la humanidad, que es el sistema que emplean los anarquistas.

Hay muchas cosas en el mundo que no son cuestión de fuerza.

***

No es el talento guerrero ó la habilidad del *generalísimo* de los filibusteros, Máximo Gómez, ni la intrepidez del *mayor general* mulato Maceo, el peor enemigo de España; no es el laborantismo emigrado que manda á la manigua armas y municiones, malas y pocas, lo que eterniza la resistencia de los insurrectos; no son el clima ni el terreno, con serlo grandes y formidables, los mayores obstáculos para la pacificación de la gran Antilla.

Con lo que no pueden nuestros soldados es con la malquerencia de los habitantes. Viejos, mujeres, niños, que esconden al mambí fugitivo, que dan de comer al hambriento, que cuidan al herido ó enfermo, que avisan del peligro á la partida ó al grupo ó al espía que engaña á nuestros soldados, que le niegan el auxilio que guardan para los enemigos de España; esos son los enemigos con los que no pueden ni las bayonetas, ni las balas de nuestros cien mil fusiles.

Hay que cambiar á todo trance esos ánimos, ó nos decidimos á asolar la isla.

Esto último es humanamente imposible, y negarse á intentar lo primero es, consciente ó inconscientemente, ayudar á que la guerra dure indefinidamente, como duran todas las guerras sostenidas, no por un Gobierno, sinó por un pueblo.

CAPÍTULO VII

Consideraciones del autor acerca de la cuestión cubana, bajo el punto de vista del derecho internacional.—Juicio y apreciaciones sobre la conducta de nuestro Gobierno.—Comentarios al discurso del presidente del Consejo de ministros.—Su interpretación y suposiciones.—Lo que debiera hacer España.

Como punto de partida á otro género de consideraciones, como tema digno de ser también estudiado bajo otro punto de vista, el del derecho internacional, la capital cuestión de Cuba, insertamos á la letra el telegrama que en 7 de Junio nos comunicó nuestro ilustrado corresponsal en la capital de las islas británicas.

«Londres, 6 Junio.—El *Standart* de hoy asegura que, una vez concluída la insurrección cubana, España reclamará de los Estados Unidos el pago de una parte de los gastos que origina la actual campaña.

El *Standart*, agrega, que esta pretensión se fundará en la ayuda prestada por los Estados Unidos á los laborantes cubanos y á los buques armados que han salido de sus playas con destino á Cuba, á donde van á engrosar las filas revolucionarias y que no podrían haber zarpado sin el consentimiento de las autoridades americanas.—*X**.»

El *Standart*, periódico que goza fama de bien informado y cuya

seriedad le ha dado indiscutible autoridad universal al tratar de política internacional, tendría poderosas razones para dar al público tamaña noticia, no en forma de suposición, sino de modo categórico, que es como lo hizo.

Creyendo oportuno hacernos eco en esta nuestra Reseña de tal versión, la recojemos y vamos á someterla á un somero aunque concienzudo é imparcial estudio.

¿Donde tuvo su origen la guerra de Cuba? En los Estados Unidos: esto es innegable y no puede ofrecer ya la menor duda.

En los Estados de la Unión norteamericana hallaron seguro asilo los filibusteros para sus conspiraciones, sin que fuesen molestados por nadie; en la gran República encontraron dinero, hombres y un periódico, *The New York Herald,* que se convirtió en paladín del filibusterismo cubano; en los Estados Unidos, en fin, se han pertrechado los insurrectos, han fletado y fletan barcos, han organizado y organizan expediciones facciosas, han insultado pública y groseramente á España, y el Gobierno *yankee* toleró siempre aquellas injurias hechas á una Nación á la que llamaba y sigue llamando amiga.

Esto sentado, vencida la insurrección cubana—cosa que no admite duda de ninguna clase—¿no podría España, fundada en el derecho reclamar á los Estados Unidos una indemnización por los perjuicios irrogados con su conducta atentatoria á las leyes internacionales y al derecho de gentes?

Negar la complicidad de los Estados Unidos en la actual insurrección de Cuba sería pretender negar que el sol tiene luz propia y es el regulador universal del día y de la noche, del tiempo y de las estaciones en ambos hemisferios: los documentos encontrados á Martí, jefe civil de la insurrección separatista, los informes diplomáticos españoles residentes y representantes de España en la América del Norte y la conducta que en la Habana ha seguido y sigue el consul de la gran

República, constituyen un buen expediente que puede servir de base á una formal reclamación.

***

Y no es creible que España, tan celosa siempre de su honra y fama, ha de conformarse hoy con arrojar de Cuba á sus malos hijos los filibusteros. Algo más está obligada á hacer en cumplimiento de su sacratísimo deber de honra nacional: necesita aniquilar para siempre el gérmen del mal á fin de que no pueda retoñar, cosa que sólo puede conseguir exigiendo responsabilidad moral y material á los Estados Unidos, cuya nación, infatuada con su riqueza y poderío, más aparente que real, se propone hacer burla de la que ella cree decadente y debil España, hasta lograr sus fines, que no son otros que la anexión de la hermosa isla por medio de una ocupación militar.

No conocen los ilusos *yankees* á España; ignoran por lo visto, que se acerca el día de una explicación categórica para deducir responsabilidades y trazar el camino que haya de recorrerse.

Si los norteamericanos, en vez de publicar noticias falsas sobre la guerra cubana y hacer la causa de los filibusteros de una manera solapada, falaz y cobarde, fijaran su atención en el modo de obrar de nuestro celoso é ilustrado Ministro de la Guerra, general Azcárraga, de acuerdo con el Gabinete de que es jefe el ilustre estadista señor Cánovas del Castillo, y los generales gobernadores de la gran Antilla, deducirían grandes consecuencias, porque ¿quién será tan míope que no vea algun plan oculto en el contínuo envío de esas grandes expediciones militares á Cuba?

Pensar otra cosa sería dudar del patriotismo de nuestros gobernantes, sería poner en duda su españolismo, sería negar que por sus venas

corre la roja é hirviente sangre del Cid, del Gran Capitán, de Hernán Cortés y de Pizarro.

¿Tan potente se considera al filibusterismo que se crea necesario organizar en la isla un ejército de *doscientos mil* hombres, sin contar los veinte mil voluntarios que allí existen?

¿Es verosímil que puedan creerse necesarias esas fuerzas para triunfar de unos cuantos aventureros y algunos miles de *mambises*, fanáticos negros los más, desmoralizados y en evidente discordia entre sí, desde la muerte de su jefe civil Martí y su segundo jefe militar Maceo (José)? No es posible.

TENIENTE GENERAL PANDO

¿Es que han vuelto los tiempos de conquista, y España pretende realizar la de alguna de las islas que baña el mar de las Antillas, cercana á la hermosa Cuba? Tampoco.

***

¿Qué pretende y se propone, entonces, nuestro Gobierno, con su afán de crear una poderosa escuadra, y con el envío de esas numerosas

fuerzas á Cuba? Indudablemente que algo, y ese algo se adivina y lo ha dejado vislumbrar y entrever el jefe de nuestro Gobierno en el discurso que pronunció en la sesión del Congreso del día 7 de Agosto del corriente año de 1896, con ocasión del debate político promovido por la minoría liberal al discutir los presupuestos generales del Estado.

«No se trata solo de las atenciones de Cuba—dijo el señor Cánovas.—Los recursos extraordinarios se plantearon para hacer frente á contingencias posibles, á complicaciones probables, á conflictos que bien podrían llegar, y que con sus cargas y sus gastos habrían de pesar necesariamente sobre el presupuesto de la Península.

»Solamente hipotéticos son ciertos peligros. Pero ¿y si la suposición se convierte en un hecho? Para ese caso hay que tener barcos, hay que tener dinero.

»Es ocasión de que dispongamos, de que comprometamos, para las grandes necesidades de la guerra, el porvenir de la Península, el porvenir de España.

»Frente á tan extrema dificultad, y diciendo tan solamente aquello que mi posición me permite decir, yo os excito para que, convencidos de cual es la verdadera situación en que nos encontramos, *y todos habreis leído entre líneas lo que no digo*, no discutamos los recursos que el Gobierno después de un maduro estudio os demanda, cual si os encontrarais en circunstancias normales.»

***

Así planteó la cuestión el señor Cánovas del Castillo ante el Congreso de diputados de la Nación.

Y aún dijo más el presidente del Consejo de Ministros en su magistral discurso:

«Partiendo de esos dos aspectos—uno el de la guerra de Cuba y otro difícil de tratar ante una Asamblea deliberante—dije que para la guerra de Cuba la autorización concedida al Gobierno bastaba; porque aun cuando se tratase de adquirir buques que vigilaran las costas de Cuba, eso mismo pertenecía á la guerra de Cuba, eso mismo pertenecía á la insurrección que todos estamos tan empeñados en sofocar; pero al lado de esto, podíamos sentir la necesidad de adquirir buques que no sirvieran jamás contra los insurrectos; teníamos que preparar armamento y fortificaciones y medios de guerra, que tampoco hubieran de emplearse jamás contra los insurrectos, y con esto sólo que digo, digo ya lo suficiente para que todo el mundo caiga en la cuenta de lo que era, á mis ojos, el segundo aspecto de la cuestión.»

. . . . . .

«Y con efecto, el Gobierno tiene más de un trato, más de una negociación entablada para aumentar nuestra marina de guerra, si no hasta el punto de que sea superior á cualquiera marina posiblemente contraria, porque esto no es facil lograrlo entre las naciones,—tanta es la diferencia que entre unas y otras existe respecto al número y calidad de las fuerzas navales,—sí, para reunir un núcleo de fuerzas que ofrezca ya riesgo para quien, impremeditadamente, ataque nuestro honor ó la integridad de nuestro país; un núcleo tal de elementos navales que pueda infundir respeto; porque no es lo mismo *intervención contra naciones débiles y desarmadas*, no es lo mismo hacer guerras fáciles, que guerras árduas; y meramente con hacer un tanto más difícil la guerra, con hacerla un tanto más peligrosa, con hacer ver que pudiera herir grandes intereses del país provocador, es posible que se ahorren muchas contiendas, de otra manera inevitables.»

Ahora bien; ¿es posible que un hombre de Estado, un jefe de gobierno hable como ha hablado en pleno Parlamento el señor Cánovas del Castillo?

¿Es posible que invoque y recurra al patriotismo de las oposiciones para salvar la obra financiera de su ministro de Hacienda por mera cuestión de amor propio ó de cariño y consideración á uno de sus patrocinados consejeros?

¿Es posible que para satisfacer su amor propio ó mezquinos intereses de partido, afirme que es preciso, «es ocasión de que dispongamos, de que comprometamos para las grandes necesidades de la guerra, el porvenir de la Península, el porvenir de España?»

No, en manera alguna; y, por ende, hay que creer, hay que abrigar la seguridad de que las palabras del presidente del Consejo de ministros fueron inspiradas por su santo amor á la madre patria, y sus actos obedecen á su obligada previsión de hombre de Estado y jefe del Gobierno que rige los destinos de la Nación.

***

La insurrección cubana toca á su término: la pacificación de la hermosa isla será en breve un hecho.

Cuando luchan dos masas, vence siempre la mayor, y en esta contienda fratricida, la mayor es España, que sólo con el peso de su población, puede aniquilar la población de la isla. Esto lo sabe y lo proclama el último insurrecto. Sobre ello no hay duda ninguna en el propio ánimo de los filibusteros, que reconocen que por las armas, por el esfuerzo físico y militar y económico y político, por cuanto significan las energías de una nación, jamás nos podrán hacer perder la soberanía, ni hacernos salir de la isla.

Con la próxima expedición de tropas á Cuba, reuniranse en la isla á últimos de Septiembre del año corriente *doscientos mil* hombres de todas las armas.

¿Puede obedecer sacrificio tan inmenso como el que representa para España y su exhausto Tesoro el envío de tan numerosas fuerzas y el sostenimiento de tan poderoso ejército en la mayor de nuestras Antillas, al sólo plan y único objetivo de reducir á la obediencia á treinta ó cuarenta mil rebeldes desorganizados y diseminados por la isla en pequeñas partidas? No lo creemos, ni es verosimil, pues á más de significar ello para España la ruina de su Tesoro y del país, y la desgracia de millares de familias, sería una vergüenza nacional exponer al sacrificio de sus preciosas vidas á doscientos mil soldados españoles, para reducir ó castigar á treinta ó cuarenta mil *mambises* desarrapados y salvajes.

La esperanza de los insurrectos no está en vencer. Está en que nos cansemos, en que desistamos de nuestra voluntad de resistir, en que se agoten las energías indomables de España para la lucha.

No conocen ¡desventurados! á España, ni á los españoles. Eso no hay que esperar suceda jamás, porque no puede suceder, ni sucederá. España no puede renunciar jamás á la posesión del suelo y del alma de Cuba. Si tal aconteciera, España habría muerto, y pronto pasaría á ser otra Grecia ú otra Polonia: de soberana se convertiría en esclava ó feudataria.

Abandonando esa hipótesis del desistimiento de España á seguir conservando su soberanía en la Gran Antilla, y fundados en el heroísmo de nuestros soldados y en la abnegación de nuestro pueblo, hay que confiar en que no resultarán estériles tantos sacrificios, y hay que esperar en breve plazo la pacificación de la perla de nuestras Antillas, por la lucha heróica de nuestros valientes é invictos soldados, hasta el último instante, hasta vencer.

***

Pacificada la isla, reducida la rebelión y sometidos los insurrectos, mejorada su situación política con la semi-autonomía que le darán las reformas aprobadas en Cortes, nada habrá ya que temer en la gran Antilla.

Y, entonces, ¿no sería posible, teniendo en cuenta la conducta de hoy de nuestro Gobierno, que presenciáramos cuestiones de índole muy diversa, como por ejemplo, la siguiente?

Estacionado el general Weyler, ú otro cualquiera de nuestros ilustres generales, en la isla de Cuba, con un ejército de doscientos mil hombres á sus órdenes, y hecha por el Gobierno de Madrid al Gobierno de Washington una reclamación en forma enérgica por su conducta atentatoria al derecho internacional durante la insurrección, ¿qué responderían los norteamericanos sabiendo que solo á cuatro días de navegación habían doscientos mil fusiles y bayonetas manejados por doscientos mil soldados españoles mandados por un general de prestigio, descendiente de aquellos grandes capitanes que con sus proezas asombraron al mundo, dejando tras sí perdurable y eterno recuerdo grabado en mármoles é impreso en las páginas de la historia patria?

¿Saben los Estados Unidos de lo que son capaces doscientos mil españoles? Un golpe tal, pondría en armas á toda la América del Norte; las pequeñas Repúblicas del Centro se aprestarían á sacudir el predominio y la omnipotencia de la gran República; Méjico volvería con cariño su mirada hacía Tejas, y los Estados Unidos se hallarían en el más completo aislamiento, pues debemos hacer notar que los grandes puentes, las grandes fábricas, las grandes ciudades, y la soberbia y el gran orgullo de los *yankees*, no son armas para asegurar el triunfo de una guerra.

Podrían los norteamericanos mirar con desdén á España por carecer ésta de millones de *dollars*; podrían decir también que hay muchas millas de mar entre ambos pueblos y que no tenemos buques para

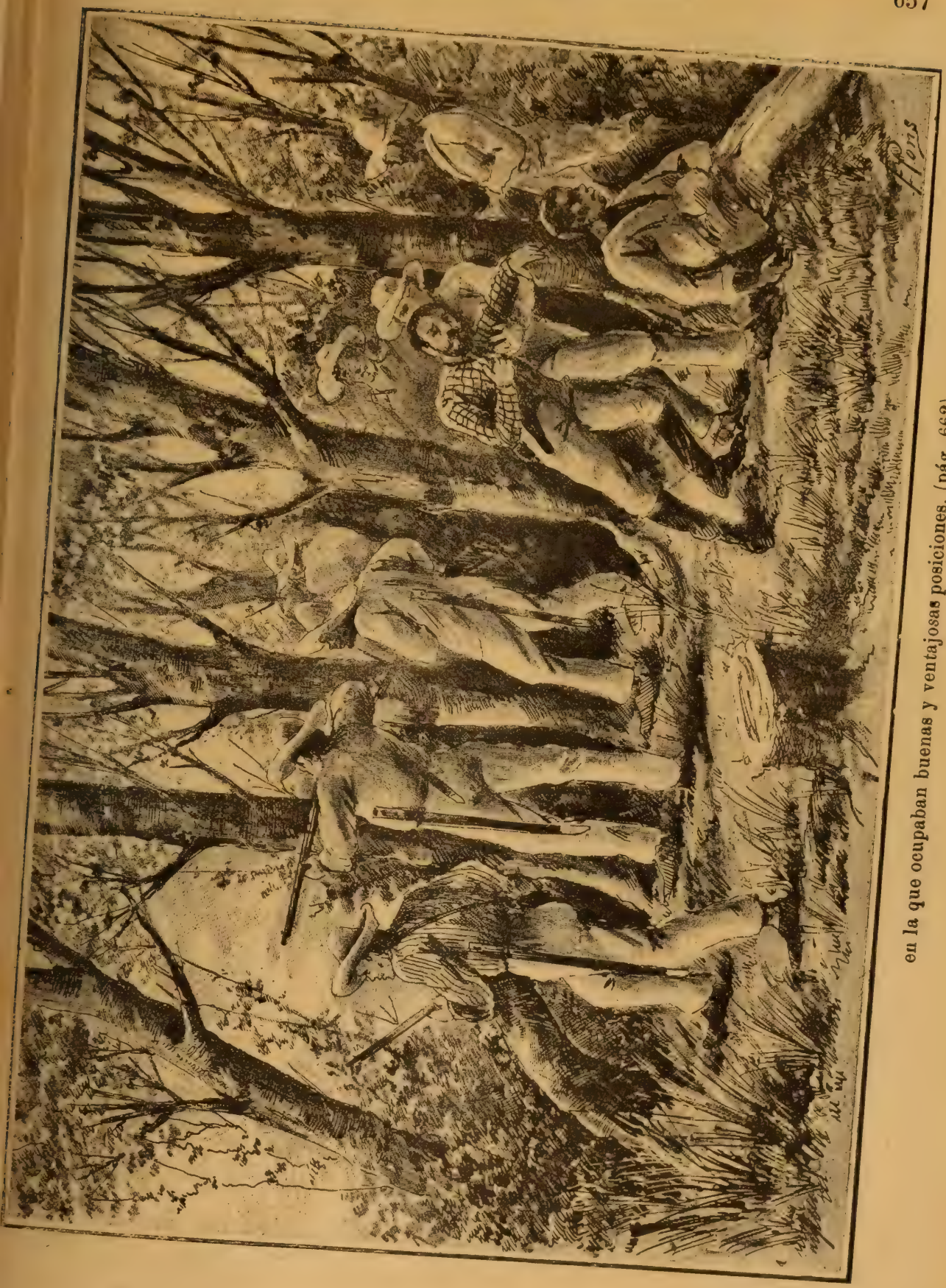
transportar á nuestros soldados; pero esas arrogancias, esas fanfarronadas *yankees*, caen por su propio peso con decir que España, para luchar y vencer, sólo necesita pólvora y balas, y ambas cosas abundan mucho en la patria de Hernán Cortés y Pizarro; y respecto á barcos, nos sobran con los que tenemos, para contender con los suyos y colocar el nombre de España á la altura que nuestros gloriosos antepasados supieron siempre colocarla.

Además, Inglaterra, la eterna rival de los Estados Unidos, vería con mucho gusto esa contienda y procuraría fomentarla y protejerla. Europa entera mostraría sus simpatías por una Nación que se atreviera con el preponderante orgullo *yankee*, y con los mantenedores de la absorbente doctrina de Monroe... y la conflagración, sería terrible.

VOLUNTARIO DEL BATALLON CHAPELGORRIS DE GUAMUTAS

Los Estados Unidos verían que su ejército es irregular y adolece de falta de organización y disciplina militar, tan indispensable en una guerra, y que su modo de pelear sólo puede admitirse en lucha civil, como la famosa llamada de *secesión* en la cual demostraron, al fin, que Mercurio está sobre Marte en aquella tierra.

Tan rudo golpe moral para los Estados Unidos está reservado, quizás, á España, para proclamar muy alto que no se juega impunemente



en la que ocupaban buenas y ventajosas posiciones. (pág. 662)

con una Nación legendaria y ex-soberana del mundo, á quien se debe el descubrimiento de las Américas y la civilización de sus habitantes, y para demostrar á los filibusteros que no solo puede y sabe vencerles, sino que se atreve también con quienes les protejen y ayudan.

Eso debiera hacer España, y eso acaso haga su Gobierno, que para algo más que para someter á unas hordas salvajes ó bandas de foragidos está organizando en Cuba un poderoso ejército que, si llegara á pisar el suelo americano, hallaría grandes simpatías en aquellas pequeñas vecinas Repúblicas.

CAPITULO VIII

El batallón 4.° peninsular.—Su gloriosa campaña en Cuba.—Sorpresa de los insurrectos.—Encuentros y combates en Mayari de Arriba y en los montes de Mícaro.—Ataque del poblado de San Benito.—Reñido combate en Seborneo.—Batida y dispersión del enemigo.—Reconocimiento en Monteoscuro.—Destrucción de un campamento enemigo.—Expedición del 4 ° batallón peninsular á través de la manigua.—Su brillante y gloriosa campaña.—Orden del coronel jefe de la columna á las tropas.—Rumores de relevo del general Martinez Campos.—El Gobierno los desmiente.—Interés é impaciencia de la opinión.—El ministro de la Guerra en la Presidencia del Consejo.—Encuentro en Samasaltas.—Derrota de una guerrilla.—Sensibles bajas.—Muerte del cabecilla Amador Guerra.—Siete héroes.—Telegrama oficial.—Otros varios encuentros.—El cañonero *Magallanes.*—Muerte del cabecilla Aramburo.—Bando del general en jefe del ejército de Cuba.—Circular del alcalde de Manzanillo.—Censuras y resultados.

Ha sido tanto y bueno lo realizado por el 4.° batallón peninsular, que fué el primero que embarcó para Cuba; ha sido tan brillante y gloriosa la campaña llevada á cabo por dicho batallón en la gran Antilla, que nos mueve á dedicar algunas páginas de esta nuestra Reseña, á la narración de unas operaciones dignas en todos conceptos de figurar en la historia de esta campaña, para perpetuar su recuerdo en la mente de todos los españoles.

El citado batallón, á las órdenes del bizarro coronel Canellas, efectuó una marcha á través de la inextricable manigua y una correría por la jurisdicción de Santiago de Cuba, desde el 28 de Mayo al 6 de Junio, digna de una epopeya.

Esa marcha por terrenos completamentente abandonados por sus habitantes, entre barrizales y empinados montes y con diarias lluvias torrenciales, en busca y persecución constante de un enemigo invisible, nos patentiza una vez más la abnegación y resistencia de nuestros valientes y sufridos soldados.

Racionada la fuerza para cuatro días y con sal para ocho, salió de

TIPO DE UN GUAJIRO

Santiago, el día 28 de Mayo, á emprender la arriesgada operación de sorprender y desalojar al enemigo de sus guaridas en el monte y la manigua, haciendo diariamente indispensables y forzadas jornadas, largas y penosísimas, bajo una contínua y torrencial lluvia y con fango hasta la rodilla, y reconocimientos tan expuestos y arriesgados que, podemos asegurar, no se habían realizado jamás con resultados tan prácticos, batiendo constantemente á los insurrectos, sorprendidos en

sus escondidas guaridas, y los cuales nunca podían pensar en que un día pudieran ser desalojados de ellas por nuestras tropas.

La sorpresa que les causó la imprevista y nunca por ellos soñada presencia de nuestros temerarios soldados en aquellos bosques y cerros, no pudo ser más elocuente para demostrarles la intrepidez y arrojo del soldado español, para quien no hay nada imposible, y el efecto moral que en ellos causó la temeridad del batallón 4.° peninsular, indudablemente debió de hacer decaer su ánimo, al no poderse ya considerar seguros y á salvo de las balas y bayonetas de nuestros soldados, ni en las frondosidades de la manigua.

***

Mayarí de Arriba, los tres Jarahuecas, los montes de Seborneo, Monteoscuro, y cuantos se encuentran desde Mayarí de Arriba á Sabanillas, fueron minuciosamente reconocidos por la columna del bizarro Canella, lo cual explica sus contínuos encuentros con el enemigo en el primero de dichos poblados, en San Benito, en los montes de Mícaro y de Seborneo, Jarahueca, Bajarahueca del Medio, Monteoscuro y Jarahueca Alta, y la sorpresa del cuartón «Leonor».

En Mayarí de Arriba entró en fuego la columna, derrotando y dispersando á una pequeña partida que estaba de avanzada.

Ya dentro de los montes de Mayarí, sostuvo un combate con fuerzas numerosas de insurrectos.

En los montes de Mícaro, la sexta compañía que había salido á practicar un reconocimiento, se batió con bravura contra superiores fuerzas enemigas, apresándoles dos caballos ensillados lujosamente, con pistoleras, y una bolsa de curación, que se supuso pertenecían á dos de sus principales jefes.

En ese combate se distinguieron por su arrojo y pericia los tenientes señores Mora y Martín.

En San Benito tuvo la columna un encuentro, la tarde del 2 de Junio, con otra partida insurrecta, á la que batió y dispersó, causándole numerosas bajas.

El poblado estaba ocupado por los insurrectos, y á pesar de la resistencia que dentro y fuera de él opusieron á nuestras tropas, fué tomado á la bayoneta y á la carrera por nuestros bravos soldados, los cuales los desalojaron y les hicieron huír á la desbandada.

Se distinguieron en esta acción los primeros tenientes señores Martín y Casado, don José Miranda y don Fernando Acebedo, y el segundo teniente señor Nespereira.

***

Desde San Benito continuó la columna la persecución del enemigo, y al cruzar un camino dificilísimo y peligroso, llamado de *La Lombriz*, recibió muchas y nutridas descargas de los rebeldes, situados en inaccesibles farallones.

Al entrar, más tarde, en el sitio denominado «Seborneo» y en el momento en que la vanguardia de la columna atravesaba el río del mismo nombre, el enemigo rompió un nutrido fuego desde la opuesta orilla, en la que ocupaban buenas y ventajosas posiciones.

Desde aquel instante se desarrolló un combate formal y serio y glorioso, como siempre, para nuestras tropas. Forzado el paso del río con la protección de la vanguardia, mandada por los tenientes Casado y Nieto, que con serenidad y valor sin igual, contuvo al enemigo desde el centro del mismo río, pasó una compañía á la carrera á la opuesta orilla, y empeñando reñida y desigual lucha con el enemigo,

después de media hora de fuego, apoderóse de una magnifica posición que aquel ocupaba, mientras otra compañía, la cuarta, que estaba á retaguardia se apoderaba por el flanco izquierdo de otra no menos importante y ventajosa, de las cuales desalojóles y dispersó con sus fuegos de flanco, ocasionándoles muchas bajas.

En esa operación distinguiéronse el capitán y primeros tenientes de la cuarta compañía, señor Navas y don Antonio Carpinell y don Juan Gimeno Esparra.

Una vez vadeado el río por toda la columna, continuó el fuego, logrando, al fin, después de una tenáz resistencia dispersar por completo al enemigo, ocupándole un fusil Remington, dos escopetas, catorce macutas con ropa, una cartera con ochenta cartuchos Maüsser y unos trescientos Freire-Brull, y cuatro caballos ensillados.

Distinguiéronse igualmente en ese glorioso combate los primeros tenientes señores Acebedo, Miranda, Navarro, Espinosa y Lopez Morillo.

Las bajas ocasionadas al enemigo no se pudieron precisar, pero por familias del campo se supo que fueron bastantes, corroborando su afirmación los muchos rastros de sangre observados, y el dato comprobado de que sólo los del término de Jarahueca tuvieron dos muertos y once heridos.

Las tropas hubieron de lamentar las heridas graves de un primer teniente y dos soldados.

En el reconocimiento verificado por la columna en Monteoscuro, término de Jarahueca alta y sitio denominado cuartón de Leonor, sorprendió una partida de cincuenta hombres que sostuvieron un corto pero nutrido fuego.

Marchaban á vanguardia de la columna, en esta acción, el bravo coronel señor Canellas, el teniente coronel señor Zamora, el comandante de Estado mayor señor Dueñas y los primeros tenientes señores

Navarro, de caballería, y don Fernando Acebedo, ayudante de campo del general Martinez Campos y oficial á las órdenes del jefe de la media brigada, todos los cuales se precipitaron con arrojo sobre el enemigo, que les recibió con descargas cerradas sin lograr contener su empuje, y entrando luego en combate las fuerzas le obligó á desalojar el campamento y á huír en completa dispersión, apresándole tres indivíduos y cuatro caballos ensillados.

***

El batallón 4.° peninsular, en su atrevida expedición á través de la manigua, estuvo en contínuo fuego y lucha continuada con el enemigo, mandado por los cabecillas José Maceo, Montoya, Planas y otros que se ignora; y esa arriesgada operación fué considerada en la isla como de indudable importancia y como un golpe de gran efecto para los insurrectos.

Terminó tan difícil y penosa operación, en Sabanillas, á donde llegó la columna á las 5 de tarde del día 6 de Junio, con un convoy de enfermos y heridos, y con la mitad de la fuerza descalza.

El racionamiento de la tropa durante la expedición, nadie puede imaginarse cuántas dificultades y cuántos sacrificios costó, y si aquellas fueron vencidas debióse en un todo al celo, actividad y profundo conocimiento que del país y clase de campaña posee el bravo é inteligente coronel señor Canellas, terror y pesadilla de los enemigos de su demarcación.

Al día siguiente continuó la columna su marcha hacía Jiguabo para descansar, municionarse y equiparse de ropa y calzado.

En aquel campamento, el coronel jefe de la columna, dió la orden siguiente á sus tropas, en la cual se refleja el carácter, la energía y el temple de alma de tan bizarro militar.

«Soldados: la expedición que acabais de realizar por terrenos dificilísimos ocupados por nuestros enemigos, y los contínuos fuegos con ellos sostenidos y los brillantes hechos de armas por vosotros alcanzados en Mayarí de Arriba, Montes de Mícaro, poblado de San Benito, Jarahueca baja, Jarahueca de enmedio, montes de Seborneo y sorpresa del cuartón de «Leonor», me han llenado de satisfacción y orgullo, no

Se batieron aquellos bravos en retirada (pág 671.)

sabiendo qué admirar más, si vuestro valor y serenidad en los distintos combates ó vuestra abnegación y disciplina en las largas jornadas, sin raciones ni elemento alguno de subsistencia.

Elogiando vuestras virtudes militares, dí inmediato conocimiento al Excelentísimo Señor Capitán general en jefe y á nuestros generales de división y brigada, para que teniendo en cuenta lo difícil y arriesgado de la operación, así como los terrenos que habeís recorrido, vírgenes aún de la huella del soldado español en la actual campaña, os premie cual mereceis, y yo por mi parte, sólo me toca demostraros mi

cariño y mi admiración, y manifestaros que el pequeño mérito que puede corresponderme, queda reducido á haberos acompañado y procurado imitaros.—Vuestro coronel, *Francisco de Borja Canellas.*

***

A los pocos días de propagarse á la provincia de Puerto Príncipe la insurrección, contenida hasta entónces en la de Santiago de Cuba, se aseguró—y el rumor tenía grandes visos de veracidad—que el general Martinez Campos había significado al Gobierno la conveniencia de su relevo, toda vez que había fracasado su plan de impedir á Máximo Gómez que extendiese al Camagüey el movimiento separatista.

El día 5 de Julio volvió á decirse que el general en jefe del ejército de operaciones en Cuba, había dirigido una nueva carta al señor Cánovas del Castillo, insistiendo en la necesidad de que el Gobierno meditase si, como él creia, sería conveniente su sustitución por otro general que rectificase errores de procedimiento en que noble y francamente reconocía había incurrido.

Por de contado, los ministros, que negaron en absoluto la existencia de la primera carta del general Martinez Campos, á que anteriormente nos hemos referido, negaron así mismo que existiese la segunda, afirmando por el contrario, que el general en jefe del ejército de Cuba expresaba en sus despachos una gran confianza en que la campaña sería mucho más corta de lo que creyó en los primeros momentos.

Se dijo también á última hora de la noche del citado día 5, en un centro oficial, que el Gobierno había recibido y se facilitaría á la prensa en la Presidencia del Consejo, un telegrama de la Habana, referente á uno ó varios encuentros entre nuestras tropas y las partidas separatis-

tas; pero el despacho anunciado ó no existió ó no se consideró conveniente facilitarlo á los representantes de la prensa.

Tal interés despertó en la opinión el rumor de la dimisión del general Martinez Campos, y tal impaciencia hubo por conocer el despacho que se había anunciado, que los consejeros responsables fueron asediados á preguntas cuando el día 7 llegaron á la residencia oficial del jefe del Gobierno, con el objeto de celebrar Consejo de ministros.

El ministro de la Guerra negó que existiera el propósito de reemplazar al gobernador general de Cuba.

«Es inútil—añadió—que se molesten en buscar el nombre del general que ha de reemplazarle, ó en inquirir si ha de sustituirle el Tamerlán de Persia, porque ni el Gobierno ni el ministro de la Guerra se ocupan en tal cosa.»

En el mismo sentido se expresó el ministro de Ultramar, el cual negó así bien la existencia de telegrama alguno de las autoridades de Cuba.

***

Un despacho de la Habana, transmitido por la *Agencia Fabra* desde Nueva York, el 5 de Julio, anunció que el capitán señor Las Heras, con ochenta voluntarios, había tenido el día anterior un encuentro en Salmasaltas (Santiago de Cuba) con cuatrocientos insurrectos de caballería, mandados por Amador Guerra.

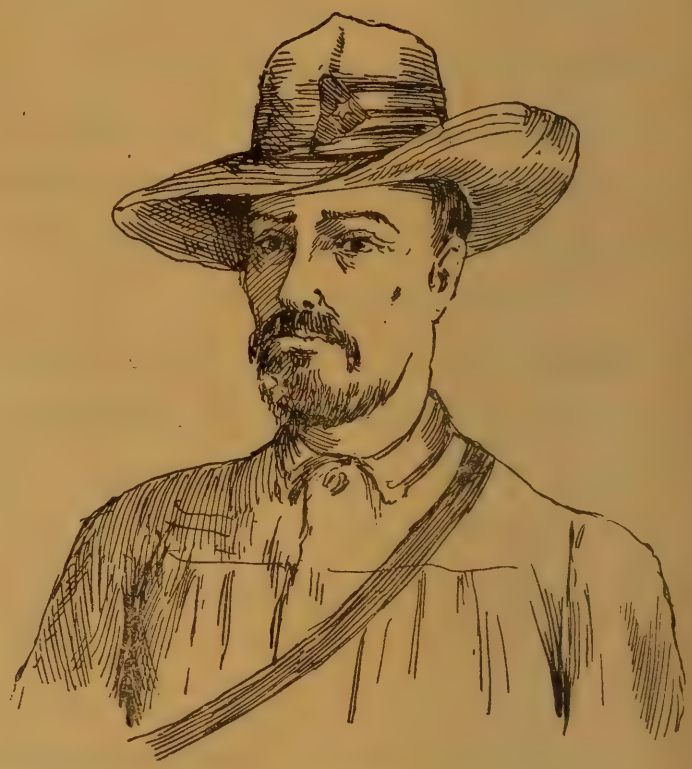
Los primeros tuvieron 17 muertos y 19 heridos.

Amador Guerra, sus tenientes, Rafael Borrero, Tamayo y Ferrero, y otros 60 insurrectos quedaron muertos en el campo de batalla.

Esta noticia nos fué confirmada por nuestro celoso corresponsal en Santiago de Cuba, con los siguientes detalles:

Con objeto de reparar la línea telegráfica de Manzanillo á Yara, salieron el día 30 de Junio de la primera de estas poblaciones, ochenta guerrilleros de infantería, armados de tercerola y machete, al mando de su capitán don Pedro Las Heras, teniente coronel de voluntarios, y de los tenientes don Ginés Roca y don Emilio Saez.

Al día siguiente, lunes 1.° de Julio, regresaba á Manzanillo la pequeña columna, después de reparada la vía, cuando á las once y media de la mañana, al atravesar la Sabana de Don Pedro, la partida de Amador Guerra, fuerte de más de cuatrocientos ginetes, emboscados en el lugar conocido por «Cayo Redondo», le hizo una descarga cerrada, é inmediatamente, sin dar tiempo á los voluntarios á reponerse de la sorpresa ni poder formar el cuadro por no llevar los guerrilleros fusiles ni bayonetas, cargaron los insurrectos á la voz de ¡al machete!, envolviendo á la guerrilla por todos lados.



CABECILLA AMADOR GUERRA

La lucha fué horrible, pues desde el primer momento se entabló el combate cuerpo á cuerpo entre ambos lados.

El celador de telégrafos pudo huír y llegó á Manzanillo á dar parte de lo que ocurría.

Poco después llegaban en caballos en pelo cuatro guerrilleros heridos de machete, ingresando en el hospital, dando cuenta de la dispersión total de la guerrilla.

El capitán y los oficiales, viendo lo inútil de toda resistencia, pusiérónse en salvo, gracias al práctico y á los buenos caballos que montaban.

Por la noche se presentaron los pocos que pudieron abandonar el campo de la lucha y encontrar caballos en los que trasladarse á Manzanillo.

Al recibirse la noticia en esta población, organizose una columna, que salió inmediatamente hacía el sitio del encuentro, á donde llegó á la madrugada.

El enemigo había desaparecido.

Procedióse á reconocer el campo, encontrándo veinte muertos, todos de machete, y quince heridos que fueron recogidos y trasladados á Manzanillo.

Las bajas del enemigo no llegaron á averiguarse. En el campo se hallaron algunos muertos, entre ellos el ayudante de Amador. De éste se aseguró que, al dirigirse á un grupo de cinco guerrilleros, intimándoles la rendición, le dispararon á boca de jarro sus tercerolas, hiriéndole en el vientre, de cuyas heridas falleció á las pocas horas.

Lo mismo la herida que la muerte la corroboraron los informes adquiridos en Jibara por donde pasaron los insurrectos después de la acción.

También se aseguró que habían resultado heridos en la refriega los segundos de Guerra, Rafael Borrero y Marcelo Tamayo.

***

La muerte del cabecilla Amador Guerra, según los datos comunicados á nuestro informante por un testigo ocular, ocurrió de la manera siguiente:

Al ser sorprendida la guerrilla por la caballería enemiga, que cargó á la carrera y machete en mano, después de una descarga de fusilería, parece que el capitán y demás oficiales mandaron hacer alto á su fuerza, y rodilla en tierra disparar contra el enemigo, sin lograr, empero, contener el empuje de la caballería que se les vino encima.

Al trabar combate personal y perderse el orden, oyose una voz de ¡al monte, muchachos!; pero aquel se hallaba á alguna distancia para poder ganarlo á pié, y ya muchos se hallaban heridos, otros se batian desesperadamente sin atender á nada ni á nadie, y otros huian buscando donde parapetarse para vender caras sus vidas.

Entre estos últimos figuraban los guerrilleros Juan Palomo, Manuel Varela, José Rojo, Juan Llorens, José Barragón, Marcelino Díaz y un pardo, cuyo nombre no consignó nuestro corresponsal, quienes lograron ganar el cayo del monte más próximo, que no tendría más de un dordel en cuadro, y tomando ascendiente sobre sus compañeros el José Barragán, ordenó á los demás hacer fuego.

Al advertir Amador Guerra el fuego que desde el cayo se le hacía, dirigiose al monte con unos catorce hombres á caballo, con ánimo sin duda de apoderarse de aquellos siete valientes.

En el camino encontró al cabo Alejo Arias á quien hirió de un machetazo y al sargento José Marcos García á quien también hirió, aun quede menos gravedad.

Llegado frente al cayo donde se habían refugiado los siete bravos guerrilleros, intímoles la rendición con descargas cerradas, acompaña-

das de gritos de ¡viva Cuba libre! y ¡entréguense!; pero aquellos valientes, buscando nuevas posiciones detrás de los postes para defenderse mejor de las balas de sus enemigos, decidieron resistirse desesperadamente y vender caras sus vidas, antes que rendirse.

El fuego que el enemigo les hacía era horrible, quedando á los pocos minutos muertos el pardo mencionado y heridos dos compañeros más.

Amador Guerra y un tal Trillo, no cesaban de gritarles que se entregasen, y cuando acababa de dar la orden á los suyos para que los hicieran *picadillo*, bajó el brazo derecho, pidió el auxilio de Trillo y de un mulato alto que tenía á su izquierda, y se retiró gravemente herido.

La fuerza enemiga sostuvo unos minutos más el ataque contra los cuatro guerrilleros que quedaban; pero de repente se retiraron todos

Barragán ordenó al corneta, que era uno de los cuatros que habian quedado ilesos, tocar llamada, acudiendo nueve heridos de bastante gravedad. Repitióse el toque dos veces más, y viendo que no acudia nadie, emprendieron la marcha hacía el monte, á la ventura y con rumbo desconocido.

***

Además de los muertos y heridos del enemigo que dejamos anotados en el anterior párrafo, se supo luego que había muerto también el titulado capitán José Clará, y sido herido un tal Rodríguez.

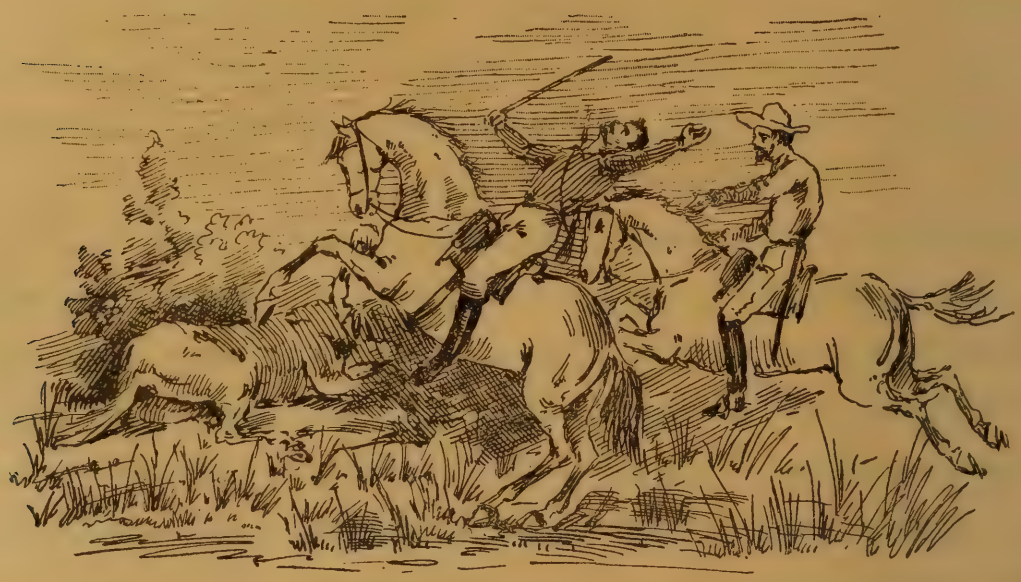
Los despachos atribuyeron mucha importancia á la muerte de Amador Guerra, por ser el jefe de la caballería insurrecta y uno de los cabecillas de más prestigio en el campo separatista.

Guerra era blanco, de gran carácter y de inteligencia no vulgar.

Como segundo de Bartolo Massó, se alzó en la jurisdicción de Manzanillo apenas diose el grito de rebelión en Baire.

Se titulaba brigadier y fué el que atacó á Campechuela y el que se batió con denuedo casi á las puertas de Bayamo.

Los cabecillas Borrero y Tamayo, que resultaron heridos también, tenían bastante significación entre los suyos, sobre todo este último, á causa de gozar de gran influencia en Bayamo.



bajó el brazo derecho, pidió el auxilio de Trillo... (pág. 671)

No habiendo obtenido confirmación oficial la noticia de la muerte de Amador Guerra, el Gobierno pidió al general Martínez Campos aclaraciones precisas acerca del encuentro y combate de Sabana don Pedro.

Por fin, recibióse del general en jefe del ejército de Cuba el siguiente despacho:

«El día 29 de Junio salió una columna de Manzanillo, compuesta de un capitán, dos oficiales y setenta guerrilleros, ocho de ellos montados, para proteger la recomposición de la línea telegráfica.

BRILLANTE CARGA DE LA GUARDIA CIVIL MANDADA POR EL COMANDANTE SEÑOR ARMIÑAN, EN LA ACCIÓN DE VISTA HERMOSA

El cabecilla Amador Guerra estaba emboscado en Cayo Redondo con doscientos hombres á caballo, y cuando nuestra guerrilla marchaba descuidada, los insurrectos echáronse encima, haciéndonos muchos muertos y heridos.

El choque fué tremendo: ante acometida tan brusca rehiciéronse nuestros soldados, siempre obedientes á la voz de sus jefes, y dieron un empuje formidable.

Los hechos heróicos fueron muchos, resultando muertos los cabecillas Amador Guerra, José Clará y Ramos, y heridos los hermanos Borrero y Tamayo.

***

Nuestros corresponsales en la isla nos dieron cuenta de varios encuentros de poca importancia, entre nuestras tropas y los insurrectos.

La columna del comandante señor Chabrán, compuesta de doscientos cincuenta hombres, encontró en Las Villas á las partidas de los cabecillas Castillo y Zayas, que formaban en junto quinientos rebeldes.

Nuestras tropas derrotaron á los insurrectos haciéndoles bastantes bajas y apoderándose de cuarenta y siete caballos y algunas armas.

De otro encuentro nos dieron también noticia, habido cerca de Camajuaní con la partida del cabecilla Aldama, en el cual fué éste herido, perdiendo además diez hombres en el combate.

La partida se dispersó.

En la costa del Manatí el cañonero *Magallanes* percibió una numerosa fuerza de insurrectos, en número mayor de cuatrocientos, que supuso esperaría proteger algún desembarco.

Acercándose á tierra comenzó á cañonear al enemigo, y bajo la protección de sus fuegos, desembarcó una compañía de infantería de

marina, que con sus disparos dispersó y puso en fuga al enemigo causándole numerosas bajas y obligándole á refugiarse en la manigua y á desistir de su supuesto propósito.

En las montañas de Mogote, cerca de San Luís (Santiago de Cuba) la columna del comandante Michelena derrotó á una partida de cuatrocientos rebeldes mandados por el cabecilla Rabí. Nuestras tropas se apoderaron del campamento rebelde, incendiaron el hospital é hicieron varios prisioneros.

Despachos oficiales confirmaron la noticia de que el general Navarro había derrotado á las fuerzas rebeldes mandadas por el cabecilla Garzón en las Montañas de Gran Piedra, cerca de Santa Rita (Santiago de Cuba) haciéndoles algunos prisioneros y cogiéndoles armas y municiones.

Otro despacho particular de la Habana anunció que las fuerzas insurrectas mandadas por el titulado coronel García, habían tenido un encuentro con nuestras tropas en Baire (Santiago) siguiéndose un serio combate, cuyo resultado fué la completa derrota y dispersión del enemigo que sufrió numerosas bajas.

***

La prensa de Nueva York, con referencia á telegramas de la Habana, publicó el día 7 de Julio, la noticia de haber perecido en una acción el cabecilla Aramburo.

Nuestro corresponsal en la Habana nos dió cuenta del hecho de armas en que murió dicho cabecilla, en los siguientes términos:

«El cabecilla Aramburo, que figuró al principio del movimiento insurreccional en la partida de Amador Guerra y que se presentó á indulto en Manzanillo, lanzóse nuevamente al campo rebelde, cuando

creyó que estos volvían á levantar cabeza, en Trinidad con una pequeña partida.

En su persecución salieron fuerzas al mando del capitán Benet, y habiéndole dado alcance, el día 5, en el ingenio «Palmarito», de la sucesión del señor conde de Casa Brunet, fué dispersada la partida, mu-

se entabló el combate cuerpo á cuerpo entre ambos bandos. (pág. 668)

riendo en la acción el citado cabecilla Aramburo. Identificado el cadaver fué enterrado en San Pedro.

De nuestras tropas el capitán Benet sufrió una ligera herida en la frente.»

La noticia fué confirmada oficialmente por el general segundo cabo de la Habana á nuestro Gobierno, en el siguiente despacho oficial:

«Habana 7 (Recibido en Madrid á las 5'30 tarde).—Al ministro de la Guerra.—El general en jefe salió hoy de Placetas, (Sancti Spíritus).

Batida dispersa partida Valle (Trinidad), muriendo su cabecilla Aramburo.

General Salcedo, con general Bazán, verificado reconocimiento Yateras, teniendo ligeros combates, dos muertos, seis heridos; enemigo, seis muertos.

General Navarro batió partida Lora día 5 en Botija, Norte Cobre, haciéndole tres muertos, dos prisioneros, cogiéndole caballos y armamento.—*Arderius.*»

***

El general Martínez Campos, publicó un bando el día 9, en virtud de las facultades de que estaba investido, cuyo texto es el siguiente:

«Para fijar de un modo claro y preciso la manera de proceder con los rebeldes que se aprehendan en hecho de armas ó en operaciones y con los que se presentasen voluntariamente á nuestras autoridades y á las columnas, he tenido á bien resolver lo siguiente:

Artículo 1.° Los prisioneros que se hagan en cualquier hecho de armas ó por las tropas, serán sometidos á procedimiento sumarísimo por el jefe de la columna, tomando, al efecto, declaraciones á tres ó cuatro soldados de los que directamente hayan cooperado al hecho.

Terminado el primer período del juicio se remitirá á la autoridad judicial con los acusados y testigos, á los efectos que previene el artículo 655 del Código de justicia militar.

Art. 2.° Serán objeto de procedimiento sumarísimo todos los delitos comprendidos en los títulos V y VI del tratado 2.° del citado Código de justicia militar.

Art. 3.° Los que resulten sólo meros ejecutores de la rebelión, no sean cabecillas, titulados jefes ó capitanes, no pertenezcan á partidas

incendiarias, ni aparezcan responsables de otro delito, serán conducidos á la Habana en unión de sus procesos, para cumplir la sentencia del Consejo de Guerra en el presidio de Ceuta, á donde se irán enviando con oportunidad ó para resolver respecto á ellos, según las circunstancias aconsejen.

Art. 4.° Los que se encuentren en el caso del artículo anterior, ingresarán en el Morro para esperar su ulterior destino, y cuando las circustancias lo exijan se organizará en dicho castillo un depósito de prisiones, á semejanza de lo que se hizo en la guerra pasada.

Art. 5.° Los que voluntariamente se presenten á nuestras columnas ó á las autoridades, podrán desde luego restituirse á sus hogares, dando conocimiento de ello, con relación nominal, á los gobernadores militares de la provincia.

Habana 4 de Julio de 1895.—*Arsenio Martínez Campos*».

Esta última y benévola disposión del general en jefe del ejército de Cuba, fué el portillo por el cual entraron y salieron en el campo de la insurrección separatista cuantos quisieron, pues se repitió varias veces el caso de *señoritos* que se iban con los insurrectos, se cansaban, volvían á su casa, y se volvían á la insurrección, á la cual comunicaban todo lo que habían observado.

***

Esa benevolencia del general Martínez Campos fué muy censurada por la opinión, sobre todo por los *guerristas*.

De conformidad con el referido bando de la primera autoridad de la isla y en ampliación de las benévolas disposiciones, el alcalde de Manzanillo, señor Otero Pimentel, dirigió á los alcaldes de los barrios del campo, la siguiente

«*Circular.*—Habiéndome manifestado varios individuos presentados, que la mayor parte de los alzados y familias que les acompañan están disgustados y deseosos de volver á sus hogares, lo que no efectúan por temor de ser detenidos ó molestados por las Autoridades ó por las tropas, se servirá usted ejercitar su esmerado celo y patriotismo para hacer llegar á conocimiento de todos los individuos y familias de ese barrio, que se hallen ausentes de sus domicilios, corriendo riesgos y privaciones, que los bandos del Excmo. Señor Capitán general don Arsenio Martínez Campos conceden ámplio y generoso indulto á todos los insurrectos que, como presentados se sometan á las autoridades legítimas, sin que nadie los moleste ni perjudique en lo más mínimo, como pueden comprobarlo las manifestaciones de todos los que se han presentado y presentan diariamente, pudiendo por lo tanto regresar á sus moradas ó á otros puntos, en la completa seguridad de poder vivir tranquilos y protegidos por el Gobierno, como si no se hubieran ausentado de ellas.

En cuanto se relaciona con las familias de los rebeldes que permanecen en sus casas, bien público y notorio es que las Autoridades no las han molestado, ni molestan en nada, y antes bien aprovechan todas las ocasiones que se les presentan, para prestarles los servicios que puedan necesitar en su triste situación.»

Esta circular del alcalde de Manzanillo produjo inmediatos resultados, pues á consecuencia de ella fueron en gran número los rebeldes que se presentaron... para volver á los pocos días al campo insurrecto, después de haber descansado en sus casas y abrazado á sus familias, y enterarse de noticias y datos que pudieran convenir á sus jefes y á la insurrección.

CAPITULO IX

Sorpresa y ataque de Seborucal.—Muerte del capitán señor González Lopez y del sargento Morales.—Fuga y dispersión de la partida.—Detalles.—Nuestras bajas.—Honras y honores á las víctimas de Seborucal.—Alarmantes rumores.—La casilla misteriosa.—Invasión del poblado de Rojas por los rebeldes.—Más detalles.—Infructuosa persecución del enemigo.—Telegrama oficial.—El capitán don Juan Gonzalez Lopez.—Glorioso combate de Vista Hermosa.—El comandante Armiñan y el teniente Castiñeira.

En la jurisdicción de San Juan de los Remedios, provincia de Santa Clara, ocurrió el día 12 un encuentro, si así puede llamarse al hecho que vamos á narrar, entre un pequeño destacamento de nuestras tropas y una numerosa partida de insurrectos.

Una columna en operaciones, compuesta de fuerzas de infantería de marina y de Borbón, al mando del comandante señor Añino, marchaba por el camino llamado de Puerto Príncipe, á poco más de una legua hacia el Este de Remedios, barrio de Tetuán, colindante con el término de Caibarien, en donde empiezan las primeras estribaciones de la sierra del Seborucal. monte intrincado, nacido entre piedra viva y en el cual apenas si se encuentra espacio suficiente para que el hombre siente las plantas de sus piés.

Silenciosos y ocultos entre los seborucos, acechaban los traidores

mambises el paso de nuestros soldados por el camino que bordea la abrupta sierra, y cuando la vanguardia de la columna, formada por fuerzas de infantería de Marina al mando del capitán don Juan González Lopez, á hora muy avanzada de la tarde, descendía por los barrancos del río Jiquibú, que corta transversalmente el camino, una descarga horrible de fusilería á quema ropa, seguida de alaridos de triunfo, resonó entre aquellas breñas, ocasionando la muerte del capitán señor Gonzalez Lopez y la del sargento don Ildefonso Morales.

El grueso de la columna, al mando de su bizarro jefe señor Añino, lanzóse bravamente sobre las fuertes posiciones que ocupaba el enemigo, que en vano trató de defenderlas.

CAPITAN DON JUAN GONZALEZ LOPEZ

Arrollado por el empuje de nuestros valientes soldados y sin tratar de de resistirlo, huyó cobardemente con toda la precipitación que le permitia las condiciones del suelo, ante el decidido empeño de aquellos bravos en conquistar sus posiciones y deseosos de vengar la muerte de sus compañeros de armas.

Una sección de Borbón y otra de infantería de Marina se internaron en el monte en persecución de los rebeldes hasta donde la ya escasa

claridad del día lo permitió, sin que lograran dar alcance á los que huían.

Reunidas de nuevo las dos secciones al grueso de la columna, cargaron los soldados con los tristes despojos de los desgraciados capitán y sargento, y en un tren de la vía estrecha llegaron todos á Caibarien, cuando había cerrado ya la noche.

Además de los dos muertos mencionados, tuvo la columna un corneta herido levemente y varios soldados contusos.

El alcalde de barrio de Rojas iba de práctico de la columna.

A la madrugada siguiente, la columna con su comandante á la cabeza, salió nuevamente para el Seborucal, llevando dos buenos prácticos que buscó y proporcionó el alcalde municipal de Caibarien.

La tropa iba animada del mejor espíritu, deseosa de encontrarse con los insurrectos, para vengar la alevosa muerte de sus desgraciados compañeros.

***

Hé aquí algunos detalles de ese desgraciado encuentro, comunicados por uno de los oficiales que formaban parte de la columna del bizarro comandante señor Añino.

Treinta y cinco números de la primera compañía del heróico batallón de infantería de Marina, con su valiente y dignisimo capitán don Juan Gonzalez Lopez á la cabeza, formaban la vanguardia de la columna.

Ciento cincuenta números de la segunda compañía del primer batallón del regimiento de Borbón formaban el grueso de la columna, mandado por su distinguido jefe.

Serían las tres horas de la tarde cuando los toques de corneta anunciaron llamada y tropa, y pocos momentos después, aún sin haber terminado el rancho una gran parte de la fuerza, se les vió salir en correcta formación llevando como prácticos dos guardias municipales.

La primera noticia de la acción ó encuentro, se tuvo en Remedios por las descargas cerradas y fuego graneado que como á las cinco de la tarde se oyeron desde los fortines del camino del Príncipe.

Siguiendo por el camino real de Puerto Príncipe, se llega al poblado de Rojas ó Tetuán, distante una legua próximamente de Remedios, y poco más adelante siguiendo la orilla del río Jiquibú, se encuentran unos tejares, en donde existe una poceta conocida con el nombre de la Paila, y todavía algo más allá, ya en pleno Seborucal, existe un montecito junto á la propia barranca del rio citado, que fué en donde parece tuvo lugar la acción ó encuentro.

Como á las nueve de la noche llegó á Remedios un tren extraordinario de Caibarien que produjo la consiguiente alarma, ó mejor dicho, curiosidad, á causa de la expectación que reinaba respecto al resultado del encuentro y suposición de que en él vendrían los heridos, ó por lo menos que traería noticias ciertas y fidedignas de lo ocurrido.

Por ello acudió en masa la población á la estación, donde adquirió pronto el convencimiento de que tan sólo se trataba de noticias oficiales y de carácter reservado.

Pero las malas noticias difícilmente se ocultan, y cunden pronto, y á los pocos momentos circulaba ya la nueva fatal de la muerte del bizarro capitán del primero de infantería de Marina don Juan Gonzalez Lopez, y del valiente sargento de la segunda compañía del primer batallón de Borbón, don Ildefonso Morales.

Así mismo se supo también que en la casa Ayuntamiento se preparaba la capilla ardiente para ambos y que no tardaría en llegar el tren que conducía los cadáveres y los heridos.

***

De una y media á dos de la madrugada llegó á la estación de Remedios el tren anunciado, con dos casillas custodiadas por voluntarios de Caibarien.

En una iban los dos cadáveres y en la otra los heridos, los cuales fueron conducidos en catres á la enfermería, y aquellos en camillas á la Casa-Ayuntamiento, en hombros unos y otros de numeroso público que acudió solícito á la estación. La camilla en que iba el cadáver del desventurado capitán señor Gonzalez López fué sacada del andén en hombros de señores jefes y oficiales de la guarnición, incluso por el señor comandante militar don Agustín Devós.

Ninguno de los heridos ofrecía afortunadamente gravedad, pues según todos los informes solo se trataba de contusiónes y una leve herida en un pié y otra en una mano, á consecuencia de haberse reventado el cañón de un fusil Maüser.

Los heridos fueron en total cuatro soldados. El práctico llamado Domingo, y cuyo apellido ignoramos, recibió también varias contusiones á consecuencia de haberle matado el caballo y haber sufrido la caída consiguiente.

Con elegancia y severa sencillez estaba adornada la capilla ardiente en la Casa-Ayuntamiento donde fueron depositados los restos de los dos valientes, cuyos nombres quedarán grabados en la historia patria en justo tributo á su eterna memoria por haber cumplido como buenos los sagrados deberes de soldados defensores de la honra nacional, sirviendo de modelo y estímulo á los que lo mismo que ellos sabrán sacrificarse en el cumplimiento de su deber.

La Municipalidad se hizo cargo de todos los gastos que ocasionó el

entierro del bizarro capitán y valiente sargento, y el vecino don Alejandro Tutor ofreció á precio de factura el lujoso sarcófago en que reposa el malogrado González Lopez lo mismo que el más modesto pero elegante, que ocupa don Ildefonso Morales, honrando así á quienes honra y honores se ganaron.

La fuerza de voluntarios, alternando con los de infantería de Marina, dieron la guardia de honor á los dos féretros.

CONDUCCIÓN DE HERIDOS

Desde los primeros momentos vióse al lado del señor comandante militar, al alcalde municipal, jefes y oficiales del batallón de voluntarios, señor Juez de primera instancia y demás autoridades, y á distinguidas personas de todas las clases sociales, acudir presurosas á demostrar el pésame y tomar parte en el duelo que fué general en la población.

A las cinco de la tarde verificóse el entierro al cual concurrieron todas las fuerzas francas de servicio y un público inmenso que acudió, defiriendo á la invitación de la autoridad militar, á rendir el último tributo y homenaje á los dos mártires de la fratricida guerra cubana.

***

Por telégrafo y correo se recibieron noticias y detalles de la acción que revistió importancia suma por la sensible desgracia ocurrida á los valientes que sucumbieron á la alevosa traición de los cobardes *mambises*.

Mas, como quiera que se hicieran correr los más contradictorios y alarmantes rumores respecto al número de nuestras bajas y forma en que tuvo lugar el encuentro, á fin de desvirtuarlas y comprobar las noticias oficiales, base de todas las apreciaciones, las autoridades determinaron la salida de la columna hacia Rojas en el tren del medio día, para que practicase un detenido reconocimiento.

En el paradero de vía ancha y durante el trayecto á Caibarién, oyóse circular la versión más absurda respecto á una misteriosa casilla de la vía estrecha, procedente de Rojas, cuyo contenido nadie había podido averiguar.

En ella suponían los fantaseadores debían hallarse los muertos de la clase de tropa, pues daban por seguro que la vanguardia había sucumbido á la primera descarga de los rebeldes, y que la casilla había sido conducida al cementerio, donde asegurábase *fantásticamente* que había quien había oído mandar abrir una zanja para enterrarla.

A las doce salió de Caibarién el tren de vía estrecha, llegando á la media hora á la primera estación que es la de Tetuán ó Rojas.

La fuerza expedicionaria formada por la segunda compañía de Borbón y parte de la primera del batallón de infantería de Marina, formó frente al paradero, saliendo en correcta formación, de dos en dos, á campaña, tomando el camino real de Remedios, á Puerto Príncipe y si-

guiendo la misma dirección que la del día anterior cuando ocurrió el encuentro.

Esto hizo suponer á muchos que iban á practicar un reconocimiento en el lugar de la acción, y á otros que, en combinación con otras columnas, seguirían hasta el ingenio *Dolores*, de Abreu, para atacar al enemigo.

***

Antes de partir la columna—decía nuestro comunicante—informé á mis jefes y compañeros con todos sus detalles, del recibimiento y pompas hechas á las infortunadas víctimas de la cobarde traición de los *mambises* y de cómo se había dispuesto su sepelio con el mayor lucimiento. También conferencié con el ilustrado doctor don Enrique Domínguez Hidalgo, con el jefe de la estación y su distinguida y amable familia, con el encargado y dependientes de la tienda mixta y con otros vecinos, quienes á su vez me informaron de algunos detalles referentes á la referida acción.

En la noche del martes (11 de Junio) los rebeldes invadieron el poblado de Rojas en busca de armas y efectos, cuyo hecho fué puesto en conocimiento inmediatamente del señor Devós, por el alcalde de barrio don Ignacio Cauto.

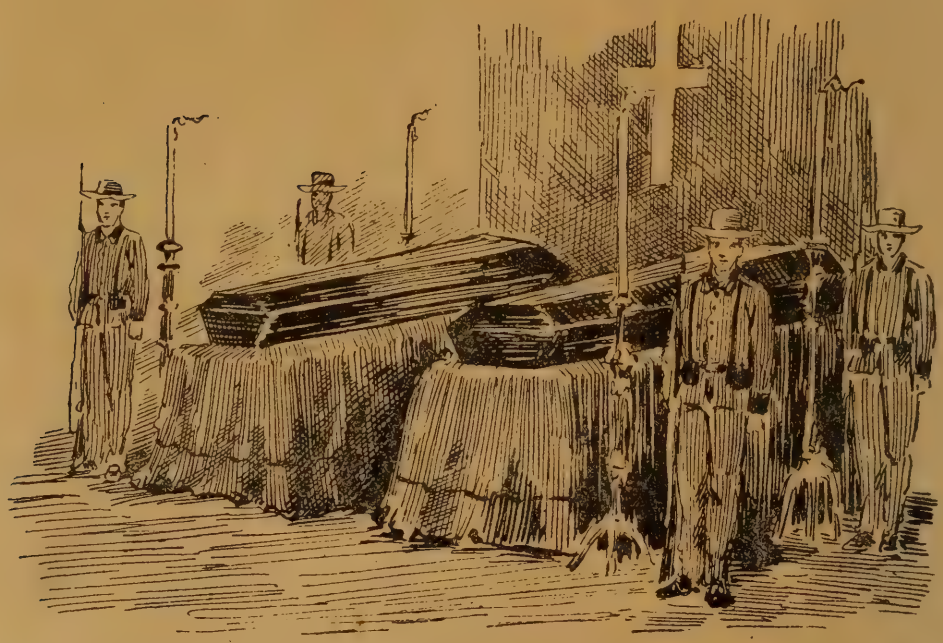
El digno comandante militar de Remedios, tan luego recibió el parte formó con el mayor celo y diligencia la combinación para sorprender á los invasores y dispuso la inmediata salida de fuerzas al mando del distinguido comandante señor Añino, formando la vanguardia el malogrado capitán señor Gonzalez Lopez con 35 hombres de infantería de Marina y clases correspondientes.

Aunque esta última fuerza se adelantó y separó algo, en un princi-

pio, de los 150 hombres de Borbón, muy pronto se unieron y así continuaron hasta Rojas.

Los prácticos de la columna fueron hasta llegar á este poblado, los guardias de aquel término don Salvador Framet y don Domingo Martinez, pues ya desde Rojas se ofreció á serlo y lo fué, el alcalde de barrio que dijo sabía donde estaban los insurrectos.

Puesta en marcha la columna, abandonó Rojas, y atravesando los tejares de Jiquibú y la Paila, se internó en el Seborucal por una vere-

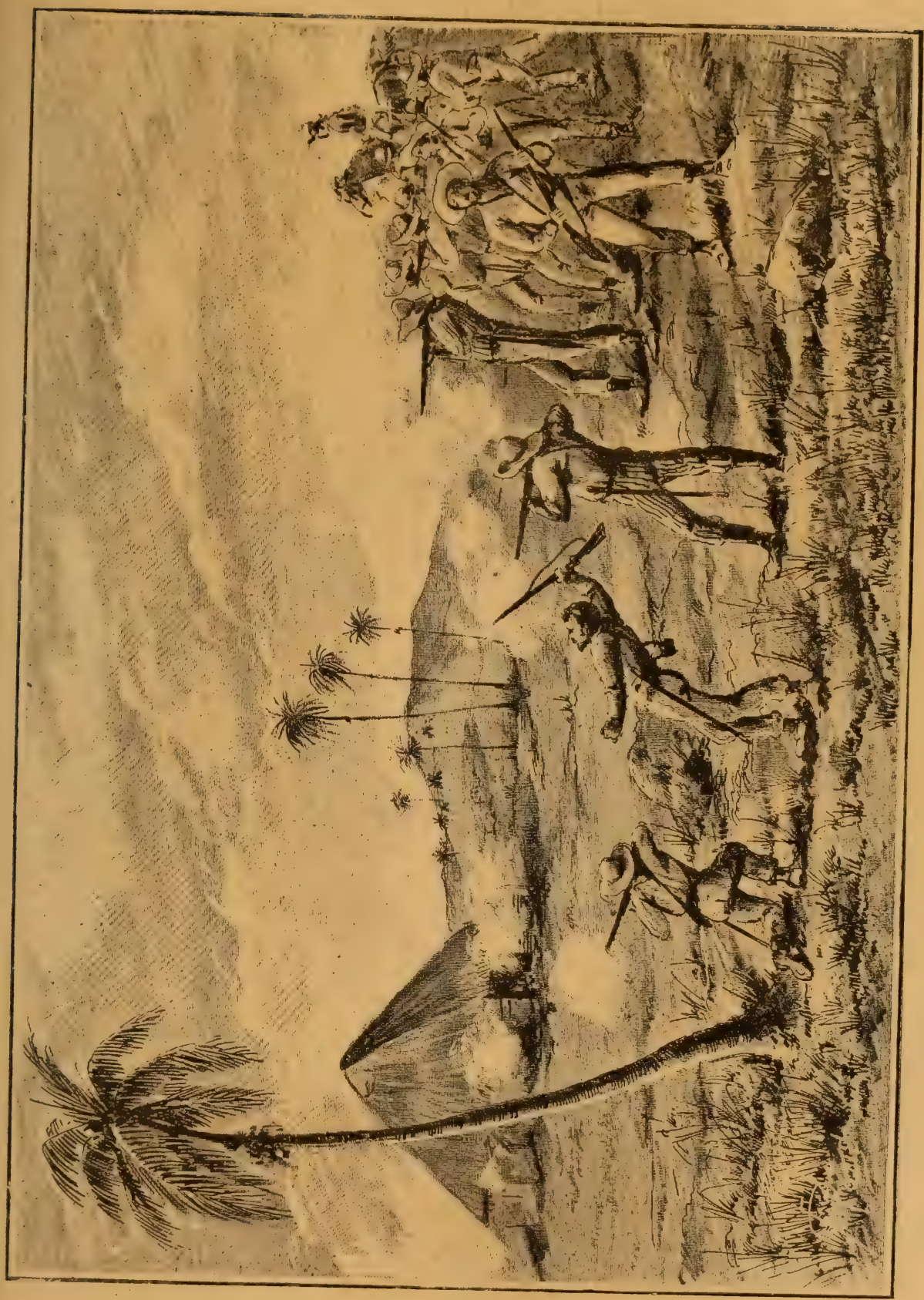


LOS CADÁVERES DEL CAPITÁN GONZALEZ Y SARGENTO MORALES, EN LA CAPILLA ARDIENTE DE LA CASA-AYUNTAMIENTO DE REMEDIOS

da, donde los soldados no podían caminar sino de uno en fondo.

Siguiendo por dicho *trillo* ó vereda la columna, recibió de pronto el alto que la dieron los insurrectos emboscados y ocultos en los seborucos.

Nuestra fuerza no contestó á la intimación de las avanzadas enemigas y continuó su marcha sin precauciones de ningún género.



ATAQUE Y HERÓICA DEFENSA DEL *FUERTE* «PROVINCIAL»

Un segundo ¡alto! dado por los rebeldes no tuvo tampoco contestación, hasta que al tercero, que tampoco fué contestado por las tropas, rompió el fuego el enemigo.

***

El combate comenzó á las cinco y cuarto de la tarde y duró media hora, replegándose la fuerza hácia Rojas después de una batida infructuosa por el interior de la sierra, por haberse hecho de noche y comenzado á llover, siendo preciso aislar los aparatos del telégrafo.

Por la demora en el aviso, no llegó el tren de auxilio hasta las diez y media de la noche, con los doctores Dominguez Hidalgo, Cabrera y Mir, fuerzas de voluntarios y botiquín que el administrador señor Pavón (de F. C. Unidos de Caibarien) condujo personalmente.

Reconocidos los cadáveres del capitán Gonzalez Lopez y del sargento Morales, vióse que el primero tenía una herida cuyo orificio de entrada correspondía al costado izquierdo, entre la quinta y sexta costillas, y la salida por la tercera del costado derecho, habiendo atravesado el proyectil la pleura y fracturado el antebrazo derecho; y el segundo una herida también intercostal.

Ambas heridas fueron producidas por Maüsser y eran mortales de necesidad.

Examinados los heridos, el corneta presentaba un leve rasguño en el dedo pulgar de la mano izquierda, cara externa, y el práctico don Domingo Martinez, contusiones leves.

Desde Rojas los heridos y cadáveres fueron trasladados á Caibarién, y de allí á Remedios.

La columna pernoctó en Rojas, donde permaneció hasta el siguiente día á la una, sin que su digno jefe el bizarro comandante señor Añino

quisiese aceptar un catre donde descansar, que galantemente le ofreció el jefe de la estación férrea don Basilio Munaris, á quien contestó al ofrecérselo: «Cuando mis soldados carecen de comodidades, yo tampoco tengo derecho á aceptarlas». Y pasó la noche en una silla.

***

He aquí el telegrama oficial del gobernador de la Habana al Gobierno, confirmando la muerte del bizarro capitán don Juan Gonzalez, y dando cuenta del encuentro en el Seborucal.

«Habana, 12.—General Arderius á Ministro Guerra.

Encuentro Seborucal, jurisdicción Remedios, desalojado enemigo fuertes posiciones; muerto capitán infantería marina Juan Gonzalez, que mandaba vanguardia, y un sargento; noche impidió persecución enemigo.—*Arderius.*»

El capitán señor Gonzalez Lopez era un bizarro é instruidísimo militar, cuya muerte fué muy sentida en toda la nación.

Cuando marchó el regimiento de infantería de marina á Cuba, solicitó su pase á aquel ejército y para conseguir el destino, hubo de emplear todo género de influencias.

El fué el primer oficial de nuestra infantería de Marina que entregó su vida en aras del honor patrio, en los arrasados campos de Cuba.

Así como siempre cae la mancha en el mejor paño, así la inexorable Parca cortó prematuramente el hilo de la existencia de uno de nuestros oficiales más distinguidos.

El bravo capitán Gonzalez era joven muy estudioso é inteligente: fué á Melilla donde á los muchos datos y observaciones recogidos sobre el terreno africano, unió la acción benemérita de rescatar á los cautivos del *Icod.*

Después quiso ir á Cuba con su regimiento y sus compañeros de armas á pelear por su patria y su bandera y defender la integridad y honra nacionales, y allá fué, en efecto, impulsado por su amor patrio y honor militar.

Y allí, peleando en la vanguardia y desafiando los peligros de una alevosa emboscada de los cobardes enemigos de España, encontró no lauros y honores que poder ostentar orgulloso ante sus compañeros, después de conquistar el lábaro de la victoria, sino la muerte; muerte traidora pero gloriosa, que envolvió su inolvidable nombre entre negras gasas de crespón para pasar á las páginas de la historia patria á ser eterno recuerdo de sus compatriotas.

¡Descanse en paz el distinguido y malogrado oficial!

GENERAL MONROY Y RUIZ

***

El comandante militar y el alcalde municipal de Sancti Spíritus, tuvieron noticias el día 14 de que una partida de insurrectos, en número considerable, se hallaba en el arroyo «La Guanábana», puesto cercano á la población, con el propósito de *pelear con los patones á los cuales esperarían si se atrevian á salir.*

En Sancti Spíritus no había fuerzas disponibles para salir de ope-

raciones militares, propiamente hablando; pero el deseo de aprovechar aquella oportunidad de prestarse los rebeldes al combate, y no rehuir ni rechazar el reto por los mismos lanzado, hizo que el pundonoroso y bizarro comandante militar se decidiera á cometer lo que se juzgó una verdadera temeridad.

El bravo comandante señor Armiñán, perteneciente al benemérito cuerpo de la guardia civil, formó una columna compuesta de los siguientes elementos de fuerza para salir en busca del enemigo: 18 voluntarios del regimiento de caballería de Camajuaní; 12 guerrilleros del segundo batallón de Alfonso XIII; 17 guardias civiles de caballería; 12 soldados de infantería del batallón cazadores de Alfonso XII; 9 soldados desmontados del escuadrón de Numancia; 1 soldado del batallón de la Unión; 22 voluntarios de Sancti Spíritus, y 16 guardias civiles de infantería: total 107 hombres.

Formada y dispuesta esta fuerza, púsose en marcha tomando el camino llamado de la Habana. El comandante Armiñán con la caballería se adelantó al trote, ávido de demostrar á los *mambises* que el soldado español no rechaza nunca un reto de sus enemigos, ni rehuye jamás un combate, ordenando á la infantería que se incorporara en el lugar donde se suponía se hallaba el enemigo.

Como á unos tres cuartos de hora de marcha, divisó la vanguardia á los insurrectos, que ocupaban la loma y potrero de Vista Hermosa, situado en el camino de Yayabo, resueltos al combate y envalentonados por la superioridad del número y las ventajosas posiciones que ocupaban.

El comandante Armiñán dió orden al grupo que formaba la vanguardia de que atacase, y, aquellos valientes, al oir el mandato de su jefe, sin arredrarse ante la superioridad numérica del enemigo, cumplieron la orden cargando con arrojo y denuedo temerarios á los insurrectos, que por un movimiento envolvente se interpusieron en número

considerable entre la vanguardia y el resto de la fuerza montada, á la vez que por el flanco derecho presentábase otro grande grupo de rebeldes que marchaba paralelo al camino y rompió el fuego con propósito de cortar la retirada á la vanguardia.

Generalizado el combate, el jefe ordenó al primer teniente don Fernando Castiñeira que con el resto de voluntarios de Camajuaní y grupo de Alfonso XIII cargara sobre el flanco derecho enemigo y lo desalojara de una casa inmediata desde la cual hacía fuego, á la vez que él, con el capitán don José Penabilla, el veterinario segundo don José Fernandez y los guardias civiles de caballería se lanzaba al trote sobre los insurrectos y cargando con indomable furia sobre ellos rompía la línea enemiga y lograba reunirse con la vanguardia, que, con valor imponderable peleaba cuerpo á cuerpo y uno contra veinte.

Con aquel fiero avance é irresistible carga logróse más unidad en el combate, y obligóse á los enemigos á retirarse detrás de las líneas en que se presentaron.

Mientras tanto, el bravo teniente Castiñeira, habíase apoderado de la mitad de la casa antes mencionada, y luchaba fieramente por apoderarse de toda ella y desalojar al enemigo.

Al fin, lo consiguió, haciendo huir á sus tenaces defensores á tiempo que, por el mismo flanco derecho aparecía nuevamente numerosa y apretada fila de rebeldes que intentaron por siete veces consecutivas, sin resultado siempre, cargar al machete contra nuestros soldados, que se batían con un valor sin igual, rechazando los furiosos ataques del enemigo, á la vez que las demás fuerzas insurrectas los hostilizaban con sus disparos desde todas partes, como haciendo alarde de su superioridad numérica.

Un momento supremo llegó, en que los combatientes se confundieron y mezclaron. Nuestros bravos soldados realizaban prodigios de valor y serenidad, luchando á brazo partido uno contra diez.

Por la retaguardia avanzaba una fuerza enemiga de más de 150 hombres, que considerando copados y vencidos á aquel puñado de valientes, desplegaba al viento dos banderas y lanzaba al aire estentóreos gritos de ¡viva Cuba libre!, en señal de victoria.

De pronto oyéronse por retaguardia repetidas descargas de fusilería, que dieron á comprender claramente á nuestros ya fatigados ginetes que llegaba la infantería en su auxilio.

Entonces, reanimados con la presencia de sus compañeros de armas y con el propósito firmísimo de morir todos ó vencer, dejóse oir la voz del comandante Armiñán ordenando á sus valientes guardias cargar á rienda suelta.

Tan impetuosa y brillante fué la carga, que el enemigo vióse arrollado y derribado por el irresistible empuje de nuestra caballería, la cual abriéndose paso por entre sus apretadas filas lo puso en vergonzosa huída, logrando al fin unirse á la infantería que la saludó y recibió con el triunfal grito de ¡viva España!

***

El combate duró hora y media: el enemigo tuvo veinte muertos y considerable número de heridos, á juzgar por los que se vieron caer sobre el campo y retirar por los *mambises*, y por los informes de los vecinos de los poblados inmediatos.

El cabecilla Legón, herido en una pierna, fué retirado por sus parciales, y sobre el campo del combate quedaron catorce caballos muertos, y otros doce con monturas, ensangrentados y heridos.

La columna sufrió cuatro bajas; dos muertos y dos heridos. Los primeros fueron el guardia Emilio Isidro Ignacio, y el guerrillero de

Alfonso XIII, José Egido Clemente; y los segundos los voluntarios de Camajuaní, Manuel Martinez Rosamontes y Silverio Quesada.

Tuvo, además, dos caballos muertos, dos extraviados de la guerrilla de Alfonso XIII, cuatro de los de Camajuaní, y dos de la guardia civil, heridos.

El guardia y guerrillero, muertos de arma blanca, fueron ente-

y los guardias civiles de caballería se lanzaron al trote sobre los insurrectos... (pág. 694)

rados en el cementerio de Sancti Spíritus, y los heridos conducidos al hospital militar.

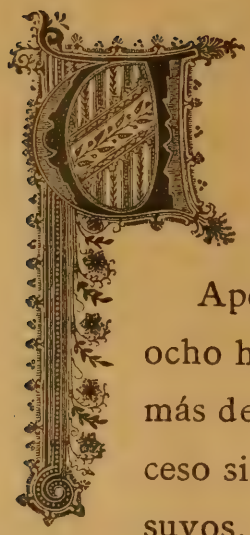
Entre los muchos actos de heroismo y valor personal que realizó aquel puñado de valientes, merece especial mención el del bravo teniente Castiñeira, que en lucha personal dió muerte al insurrecto que mató al guardia Isidro, é hirió á otro que capitaneaba un grupo de ocho *mambises*, por los cuales se vió atacado y acorralado, y contra

todos se defendió valerosamente, obligándoles á dispersarse sin sufrir la más leve herida.

También el guardia municipal de Sancti Spíritus, Anastasio Duarte, se batió con la mayor bravura y serenidad, siempre en primera línea, consumiendo 57 cartuchos de tercerola y derribando y poniendo fuera de combate con sus certeros disparos á más de diez enemigos.

CAPÍTULO X

Ataque y heróica defensa del *fuerte* «Provincial».—Ocho contra trescientos.—El cabo don Florencio Lucas Martin.—Incendio del *fuerte* y del poblado.—Salida del destacamento y abandono del *fuerte* incendiado.—Heróica retirada.—El paisano don Timoteo Gutierrez.—Bajas del enemigo.—Columna de auxilio.—Nombres de los héroes del «Provincial».—Fuerzas enemigas.—Detalles.—Muerte del cabecilla Machado.—El héroe del «Provincial».—Relación oficial.—La cruz laureada.—Recompensas.



Un hecho verdaderamente excepcional é inconcebible fué el ocurrido en el *fuerte* llamado «Provincial», situado en el barrio del mismo nombre y término de Santa Clara, el día 14 de Julio de 1895.

Apenas si se concibe ni tiene explicación racional, que ocho hombres en lucha desigual, durante hora y media, con más de tres cientos insurrectos armados, puedan contar el suceso sin daño alguno en sus cuerpos, salvos y libres entre los suyos.

En el barrio del Provincial, término de Santa Clara y como á cinco leguas de la ciudad, existía el poblado que, como punto céntrico de extensa *sitiería*, daba su nombre al barrio.

Componíase el citado poblado de quince ó veinte casas, la mayoría de ellas techadas de guano: entre éstas hallábase la alcaldía de barrio y la casa-cuartel de la guardia civil, convertida en *fuerte*.

Componían el destacamento, el primer teniente, jefe de línea, señor Romero, el cabo don Florencio Lucas Martin, y diez guardias.

Con objeto de recoger las pagas y conducir el dinero á su destino, habíanse trasladado á Santa Clara el señor Romero y cuatro de los guardias, quedando hecho cargo del pequeño destacamento mientras regresaban aquellos, el cabo Lucas con los restantes seis guardias.

Serían las siete y media de la mañana del citado día 14, cuando desde la casa-cuartel, que se hallaba situada sobre una altura, se divisó á lo lejos, por el lado del cementerio, camino de Manicaragua, una larga fila de gente armada, que se dirigía hácia el poblado.

A medida que se acercaban, iban haciéndose sospechosos, por sus actitudes y trajes poco uniformes, á los del destacamento, y el cabo Martin, en la convicción de que aquella fuerza era de rebeldes, dirigióse al aparato telefónico á pedir comunicación con Manicaragua para dar conocimiento de la aproximación y presencia de la partida insurrecta á aquel destacamento.

Mas, encontró la línea cortada ó interrumpida.

Trató, entonces, de comunicarse con el Escambray, para que desde este punto dieran aviso á Santa Clara, y encontróse igualmente con la comunicación interrumpida.

Entregado á su propio esfuerzo y al de su reducido destacamento, el valiente cabo Lucas con sus seis guardias y el municipal Tortoré Zurita aprestáronse á la defensa, y firmes en sus puestos y decididos á todo, esperaron al enemigo, que en número considerable invadió el poblado á los gritos de ¡mueran los *patones!*... ¡viva Cuba libre! á la vez que rompían un nutrido fuego contra el *fuerte*, fabricado de tablas y con techo de guano, sin otra defensa que dos pequeños tambores de ladrillos, recientemente levantados en previsión de los acontecimientos.

***

Contestado vigorosamente el fuego del enemigo por aquellos ocho valientes y rechazada altivamente toda intimación de rendirse, los rebeldes concibieron la idea de incendiar la casa-cuartel para obligar así á sus intrépidos defensores á que se rindieran.

A cumplimentar ese infernal propósito, lanzóse con osada valentía uno de los insurrectos, llevando en la mano larga penca de guano encendida.

Los defensores del *fuerte* dejáronlo acercarse sin hostilizarle, y cuando ya cerca del colgadizo de la casa iba á levantar el brazo para pegar fuego á la techumbre de guano, una descarga cerrada de fusilería le hizo caer de espaldas, exánime y sin vida.

GENERAL MELGUIZO

Detrás de él, destacáronse y se adelantaron otros dos con igual propósito, que sufrieron la misma suerte, y sucesivamente otros y otros que también cayeron para no levantarse más, hasta que atemorizados ante tan heróica resistencia de aquel puñado de valientes, nadie más osó ya ponerse á tiro de sus fusiles.

Entonces, el enemigo cambió de táctica y de procedimiento, incendiando todas las casas y bohíos inmediatos al destacamento y un pequeño ingenio *trapiche* situado á poca distancia del poblado.

Una hora habría transcurrido desde que empezó el incendio, cuando desde la casa situada frente al *fuerte* propagáronse las llamas, avivadas y empujadas por el viento, al techado del cuartel.

—«Cuando la *cobija* cayó ardiendo sobre la sala de armas—refirió el cabo Lucas—mandé salir á los guardias y al municipal á la calle, con bayonetas caladas, y aprovechando la oportunidad de que la mayor parte de los enemigos se hallaban entregados á la penosa y delicada tarea de retirar los muertos y conducir y curar á los heridos, que fueron diez, y nueve respectivamente, abandoné el *fuerte* y fuí á situarme con mi fuerza en la «Loma alta», tomando posiciones de defensa á la entrada de espesa manigua, y aunque nos siguieron treinta *mambises* montados, no se determinaron á subir, retirándose hácia el poblado á los gritos de ¡viva Cuba libre!»

***

Previendo el cabo Martin que el enemigo tuviese avanzadas en los caminos, en cuya previsión no se equivocó, dirigióse con su fuerza por el monte con rumbo á «Los Azules», llegando, por fin, en su admirable y heróica odisea, sano y salvo con sus compañeros, al fuerte del Escambray.

Digno de mención y de ser consignado su nombre en estas páginas, es el hecho llevado á cabo por el vecino del poblado «Provincial», don Timoteo Gutierrez.

Este valiente y patriota paisano, dueño ó dependiente de una de las tiendas del Provincial, hizo armas contra los enemigos de España,

matando de un disparo de Remington al titulado capitán insurrecto Victor Machado, jefe del llamado regimiento de Güinea, é hiriendo gravemente de otro á un titulado teniente.

Los rebeldes lanzáronse furiosos contra el intrépido Gutierrez, al que hirieron de un disparo y remataron de un tremendo machetazo.

Su cadaver se encontró arrimado á una cerca de piñas, boca arriba y tapado el rostro con un pañuelo, y colocado encima de éste el sombrero de aquel valiente cuánto desdichado patriota, que creyó un legítimo derecho defender su persona y sus intereses de una agresión injustificada y vandálica.

Los insurrectos condujeron sus muertos y heridos á una casa situada en las inmediaciones del poblado, sin duda para curar á éstos y dar sepultura á aquéllos, dirigiéndose después al potrero de la propiedad de don Toribio Gonzalez, vecino de Santa Clara, donde acamparon.

Avisadas las fuerzas que operaban en aquella zona, la columna del teniente coronel señor Teruel recibió orden de marchar á toda prisa, y así lo efectuó, hácia el lugar del suceso, sin que en él encontrase ya á los rebeldes, en cuya persecución continuó la marcha, sin resultado.

***

He aquí los nombres de los héroes del Provincial:

Cabo, don Florencio Lucas Martin.

Guardias, don Manuel Rivero Gonzalez, don Pedro Laviano Ongay, don Manuel García Yañez, don Pedro Sierra Parra, don David Gonzalez Sierra, don Nemesio Garrido Fortuna, y el guardia municipal don Joaquín Fortoré Zurita.

Para realizar el ataque al poblado y *fuerte* Provincial se reunieron varias partidas, asegurándose que concurrieron las de los cabecillas Machados, Fleitos, Rego y otros varios grupos.

El jefe á quien prestaban más atención y guardaban más consideraciones era un hombre alto, de unos cincuenta años de edad, de barba cerrada, larga y canosa.

Las noticias oficiales y la relación del suceso publicado en *La Lucha*, de la Habana, no discreparon de nuestra narración, la cual, además, la confirmaron posteriormente personas que por varios motivos, algunos muy dolorosos, tuvieron la desgracia de ser testigos presenciales en el lugar mismo en que se desarrollaron los hechos.

A la narración que precede, solo tenemos que añadir los siguientes detalles:

En la casa-cuartel ó *fuerte* del Provincial, además del cabo Lucas Martin, los seis guardias civiles y el guardia municipal, se hallaba un corneta de voluntarios, que en los primeros momentos de la invasión del poblado, se prestó á salir por la parte posterior de la casa para ir á dar parte á Manicaragua de lo que sucedía en Provincial, y del cual nada se supo más respecto á lo que le hubiese ocurrido, por que no se tuvieron noticias de su paradero.

El jefe que mandaba las fuerzas rebeldes que invadieron é incendiaron el poblado «Provincial», fué el médico don Juan Bruno Zayas, titulado coronel.

La partida, después de acampar durante breve espacio de tiempo en la finca del señor Gonzalez, de Santa Clara, siguió la marcha hacia Potrerillo, acampando nuevamente en la loma del Carnero, desde donde contramarchó con rumbo á Agabama.

***

Dichas partidas insurrectas, estaban mandadas por los cabecillas Zayas, Bethancourt, Pablo Roqueta, los tres hermanos Rodriguez y Victor Machado.

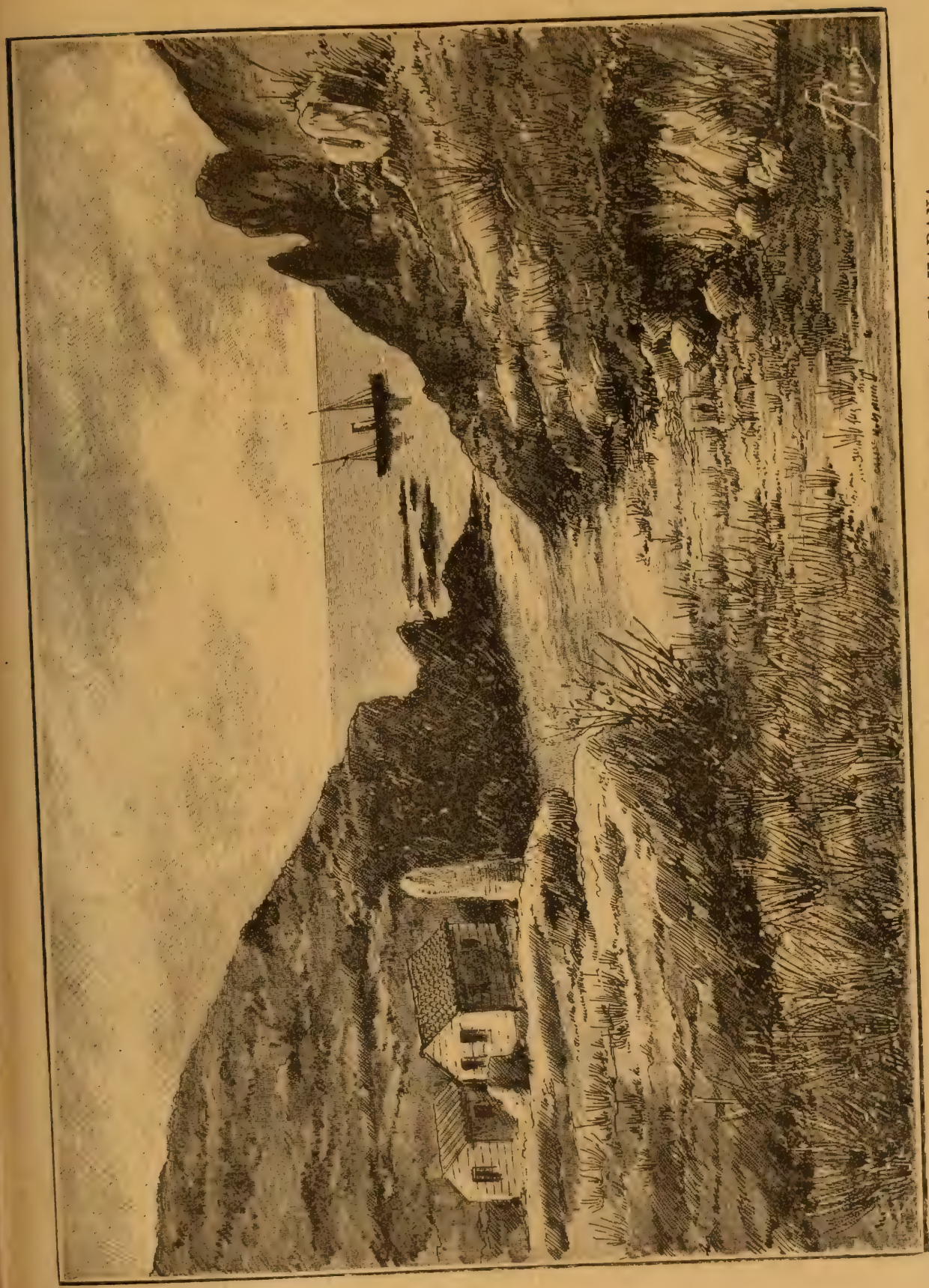
Este último murió á consecuencia del disparo que le hizo el intrépido paisano señor Gutierrez, (q. e. p. d.)

Los heridos insurrectos fueron conducidos á la casa tienda de Ro-

que en lucha personal dió muerte al insurrecto que mató al guardia Isidro... (pág. 696)

maguera, en cuyo lugar les hizo la primera cura el médico y jefe Juan Bruno Zayas.

El héroe del Provincial, don Florencio Lucas Martin, que de manera tan heróica defendió su puesto contra fuerzas *cuarenta* veces superiores en número y puso á salvo á un destacamento con grande honor para las armas españolas, fué propuesto para la cruz laureada de San Fernando.



«EL CANO» SITIO EN LA COSTA NORTE DE LA ISLA, INMEDIATO A LA HABANA

Al efecto, se dió curso á la solicitud del interesado con honroso y favorable informe del digno Gobernador militar de la provincia de Santa Clara, para la formación del correspondiente juicio contradictorio.

Los guardias que acompañaban al cabo Lucas en aquel memorable suceso, fueron también propuestos para una recompensa.

Don Florencio Lucas Martin, tenía 29 años edad y es natural de Durnelos, provincia de Santiago. Marchó á Cuba de guardia civil, en Octubre de 1891, siendo destinado á la comandancia de Santa Clara; ascendió á cabo en Octubre de 1893, y poco antes de estallar la actual insurrección se le destinó á prestar servicios en el puesto ó destacamento del Provincial.

***

El hecho de armas que dejamos narrado, de conformidad con los informes de nuestro corresponsal en el teatro de la guerra y de testigos presenciales del suceso, en consonancia con las noticias oficiales, y que valió al cabo don Florencio Lucas Martin su cruz laureada, parece increible y fabuloso.

Apenas puede concebirse cómo hay valor que pueda acometerlo, ni suerte que lo realice con fortuna.

Es algo que se sale de la heroicidad y entra en el milagro.

Se concibe un combate de cuarenta contra mil, muriendo los cuarenta; no se concibe el combate de ocho contra más de trescientos, sin que los ocho sufran nada.

Realizar este hecho casi imposible, fué la gloria del valiente y arrojado cabo de la guardia civil Lucas Martin.

El cabo Lucas y los seis hombres que mandaba y un guardia mu-

nicipal, se hallaban en la *inexpugnable* posición ó *fuerte* llamado «Provincial», construído con tablas y techo de guano, cuando llegó al poblado una partida de *trescientos* ginetes insurrectos. Estos, sabiendo que contaban con poca fuerza enfrente, intimaron al destacamento la rendición, siendo contestados con una descarga, qne mató á dos ó tres separatistas é hirió á cinco ó seis.

Formalizóse el ataque, pero se redobló también el rigor de la defensa.

Al cabo de una hora de combate los insurrectos tenían diez muertos y nueve heridos; la pequeña fuerza del *fuerte* «Provincial» no tenía ni heridos ni muertos.

Los rebeldes, idearon, entonces, un medio de hacer salir á los defensores del fortín para coparlos y machetearlos; quemar el poblado.

Lo incendiaron, en efecto, y cuando las llamas llegaron á la casa de madera y guano, donde se defendían los valientes guardias, estos tuvieron que salir, huyendo del incendio; pero sin pensar entregarse al enemigo.

El cabo Lucas salió con sus siete hombres, y bajo una lluvia de balas fué á apoderarse de unas eminencias del terreno.

Al valor acompañó la suerte. En aquel camino heróico, bajo las descargas mortíferas del enemigo, no cayó ni uno sólo de aquellos valientes.

En cambio, ellos continuaban haciendo bajas á los insurrectos. Después de otra hora de combate, el heróico cabo y los suyos, ocultándose y disparando ora detrás de un arbol, ya de una rama, bien de un pliegue del terreno, fueron retrocediendo hasta Escambray, á once kilómetros del sitio donde ocurrió el ataque.

Cuando llegaron á dicho sitio, cansados, jadeantes, llenos de sudor y de polvo, ni uno solo de los ocho valientes, salvados gracias á la serenidad del cabo, estaba herido.

La pequeña fuerza, con el pueblo, hizo una ovación al heróico Florencio Lucas Martín, que oyó enseguida los elogios calurosos de sus jefes y fué propuesto inmediatamente para la cruz laureada de San Fernando, que le fué concedida con *cien* pesetas de pensión anual correspondiente á su categoría.

Los guardias fueron recompensados con cruces pensionadas del Mérito militar.

CAPITULO XI

Invasión del central «Santa Lucía», por las partidas de Maceo y Miró.—Saqueo y pillaje.—Don José Cernada.—Su busca y persecución.—Registro y destrucción.—El cabecilla Miró.—Invasión y saqueo de la tienda.—Prisión de los dependientes Provenza y Emperador.—Fuerzas insurrectas y sus jefes.—El oficial de la guardia civil don Julio Pujol—Saqueo de la tienda de don Felipe Alcalde.—Invasión del poblado de Fray Benito.—Saqueo y atropellos.—Detalles.

Son tan interesantes los detalles suministrados y relatados por testigos presenciales á nuestro corresponsal en Santiago de Cuba,—y que este nos comunicó en carta muy posterior al suceso,—acerca del ataque y saqueo del central Santa Lucía y poblado de Fray Benito, jurisdicción de Holguín, por las partidas de Maceo y Miró el día 7 de Junio que de intento hemos dejado su extensa narración para asunto de un capítulo.

A las cuatro de la tarde del citado día 7, penetraron al galope, machete y revolver en mano, en el referido central, unos mil hombres de caballería, á los que siguieron al poco rato otros quinientos, al mando de los cabecillas Maceo y Miró, dando vivas á Cuba independiente.

En aquel momento se hallaba el vecino don José Cernada en el patio de su tienda.

Al oir el galope de los caballos y los gritos de los rebeldes apresuróse á penetrar en su establecimiento y ordenar á uno de sus dependientes, llamado Rafael Provenza, que sacara el dinero que había en caja y lo escondiera ó enterrara en sitio más seguro, á fin de librarlo de la rapacidad de los filibusteros.

Pero, ya era tarde; la calle y el corredor de la tienda estaban completamente llenos de insurrectos y no había tiempo ni para abrir la caja.

Entonces dió orden á su dependiente para que les entregase lo que pidieran y volvióse al patio, en el que habían entrado ya unos cincuenta *mambises*, que se apoderaron de un caballo.

CABECILLA MACHADO

En aquel momento entró en la tienda un oficial insurrecto llamado Pablo Oliva, blandiendo el machete y preguntando por el señor Cernada, en cuya busca precipitóse á lo alto de la casa.

El señor Cernada, temeroso de algún atropello por parte de aquellos vándalos, al enterarse de que lo buscaban, saltó al patio de una panadería contigua con el objeto de dirigirse á buscar refugio en el fuerte; pero no le fué posible por estar las calles y los patios invadidos ya por los separatistas.

Entonces una mujer lo escondió en su casa, permaneciendo oculto hasta la oración, en que los invasores abandonaron el central.

***

Mientras ocurría esto en la tienda del señor Cernada y éste se salvaba de la persecución de Pablo Oliva, llegó Maceo á la puerta del establecimiento y colocó una guardia de diez oficiales para que nadie entrara y evitaran desmanes.

Los oficiales pidieron algunas vituallas en buena forma, y Maceo dijo al dependiente Provenza que le entregara las armas que el señor Cernada había traído para los voluntarios.

Provenza contestó al jefe filibustero, que si bien su amo había recibido la orden de explorar la voluntad de sus dependientes y vecinos del central acerca de los que quisieran apuntarse como voluntarios, como quiera que no hubo ninguno que manifestara deseos de cojer las armas, éstas habían quedado en Gibara.

Insistió Maceo en su intimación, y como no se las entregara porque, en efecto, no las había, ordenó un registro general en la casa, que comenzaron á practicar sus oficiales, retirándose él.

En aquel momento llegó el cabecilla Miró y mandó al dependiente que abriera la caja de caudales, apoderándose de la plata y oro que en ella había y rasgando los documentos que guardaba.

Salió Miró con su botín y entró el titulado *brigadier* Luís Feria, quien después de saludar al dependiente Provenza, pidióle un par de zapatos y un mazo de tabacos, que éste le entregó.

Feria entró luego en el establecimiento á poner orden entre los suyos, al ver lo cual el referido dependiente pidióle que hiciera el favor de subir á lo alto de la casa, pues el señor Cernada tenía en un ar-

mario la ropa y prendas de su difunta esposa, que conservaba como oro en paño, y sus gentes lo iban á destrozar todo.

El jefe insurrecto subió y echó afuera á unos cincuenta negros que había en las habitaciones altas, entregados al saqueo y á la destrucción, cerrando la puerta con llave y entregándola á Provenza.

Mas, al poco rato, subieron otros *mambises* y á culatazos hicieron saltar la cerradura de la puerta, invadiendo la habitación y comenzandó otro nuevo saqueo.

Volvió á subir el *brigadier* Feria á poner orden entre aquellos bandidos, pero ya se habían apoderado de las ropas de Cernada y de la de las camas, aunque sin haber tocado el armario que conservaba las que habían pertenecido á la difunta esposa.

***

Empero, muy pronto, y á pesar de la presencia del *brigadier,* se dió la voz de saqueo, que inició un desconocido, penetrando en la habitación y botando ropa de los armarios al suelo.

Entonces, un jefe desconocido se adelantó y dijo que tenía orden del general de disparar sobre el que tocara lo más mínimo.

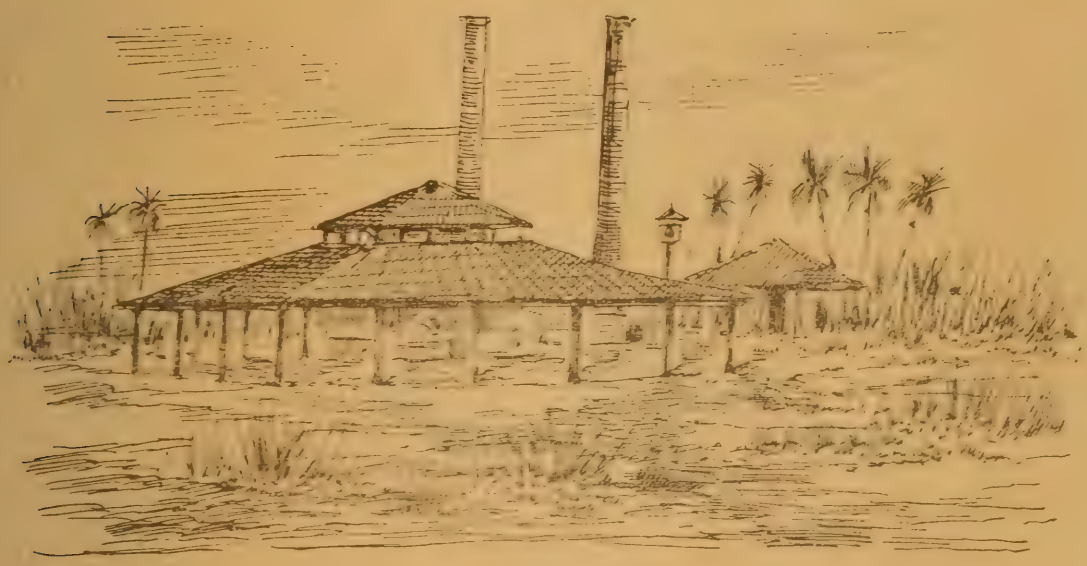
Los insurgentes obedecieron de momento la orden, pero á los cinco minutos se retiraron los jefes é invadida de nuevo la casa por otro numeroso grupo de *mambises* recomenzaron el saqueo con todo su furor.

En los aparadores de la tienda no quedó ni polvo, las vidrieras no se entretuvieron en abrirlas, sino que las rompieron á culatazos y machetazos destruyendo y haciendo añicos cuánto encerraban que no les sirviera y apoderándose de cuánto consideraban podía serles util. Cua-

dros, espejos, loza, cristal, tarros de perfumería y demás efectos que no les servía, los hicieron pedazos.

Dejaron la tienda completamente vacía y destrozada.

Consumada la hazaña, apareció un jefe á caballo, quién al ver la obra de destrucción de aquellos *libertadores* de Cuba emprendióla con ellos á planazos y bofetadas, arrojándolos fuera de la tienda y llamándoles bandidos.



CENTRAL SANTA LUCÍA

A los pocos instantes se presentó Maceo y mandó llamar á Rafael Provenza, encargado de la tienda del señor Cernada y á otro dependiente llamado Ramón Emperador, ordenando á sus secuaces que los prendieran y condujeran al poblado de Fray Benito.

Conducidos á pié entre la fuerza, durante el camino vieron caer á sus pies, muerto por los disparos de las tropas que guarnecían el fuerte, al *oficial* insurrecto Angel Bruzón, cuyo cadaver les obligaron á cargar en hombros hasta enterrarlo.

Llegados á Fray Benito, como á la una y media de la madrugada, les llevaron á presencia del *general* mulato, el cual les intimó á que declararan donde tenía su amo guardadas las armas de los voluntarios.

Contestaron ambos lo que habíanle ya manifestado en el central, y agregando que todo Guabajamey lo sabía.

Entonces Maceo les dijo que si era así, lo habían informado mal al asegurarle que las armas se hallaban escondidas en la tienda del central, y que sentía haberlos traído tan lejos á causa de haber tenido que hacer una marcha forzada.

Y, convencido de su engaño, mandó ponerles en libertad y que fueran acompañados por el jefe de día hasta la última guardia que tenía puesta en la avanzada, á fin de que no sufrieran la menor vejación por parte de sus fuerzas, como así se hizo.

De regreso al central, Provenza y Emperador, salvos y sanos, manifestaron que Maceo y los otros jefes les trataron muy bien y les hablaron con mucha amabilidad, sin haber sufrido el menor vejamen por parte de sus gentes.

***

La misma suerte que á la casa y tienda del señor Cernada cupo á las de don Felipe Alcalde, don Manuel Vega, don Abelardo García y señor Matutana.

Las demás tiendecitas del central también sufrieron algo, pero como las existencias eran exiguas, no tuvieron las importantes pérdidas que lamentaron los otros.

Durante la invasión y saqueo del central Santa Lucía cruzaron por dentro y fuera del poblado unos dos mil insurrectos. Al día siguiente,

á la una de la tarde, pasó por las afueras del pueblo el cabecilla Angel Guerra con otra partida numerosa de rebeldes.

Entre los cabecillas y jefes que estuvieron en Santa Lucía con Antonio Maceo, figuraban su hermano José, Miró, Luís de Feria, Massó, Villalón, Manana, un titulado coronel y otros.

El oficial de la guardia civil don Julio Pujol, se portó como un valiente, al tratar de desalojar del central, con las escasas fuerzas de que disponía, al enemigo, pues viendo que nada podían hacer desde el fuerte y que no era hostilizado, salió con ocho guardias y subió por una escalera de mano á una azotea de una casa contigua, desde la cual rompió nutrido fuego contra los invasores rebeldes. Lo mismo hizo un cabo con otros tres guardias desde una loma inmediata al fuerte.

Pero, los insurgentes, entregados al pillaje y al saqueo no contestaron á sus fuegos.

Así estuvieron hasta la oración, consiguiendo causarles algunas bajas, confesadas por los mismos insurrectos que fueron á buscar medicinas á la botica del central, pero sin lograr su propósito de empeñar combate, ni su intento de que atacaran el fuerte.

***

A consecuencia del saqueo de su tienda, por los que se levantaron en armas contra la madre patria para luchar por la libertad y hacer la felicidad de su país; por aquellos que en los diversos llamamientos buscando secuaces por medio de proclamas y manifiestos firmados por Martí, Máximo Gomez, Maceo y otros, aseguraban que respetarían vidas y haciendas, el honrado y antiguo vecino del central de Santa Lucía, don José Cernada, persona muy querida en toda la jurisdicción por su bondad de caracter y de sentimientos, quedó en la más comple-

ta ruína, y, como vulgarmente se dice, materialmente en la calle.

El peregrino sistema que de respetar las haciendas tienen los *ejércitos libertadores* de Cuba, lo hemos ido conociendo por los sucesivos saqueos llevados á cabo por los secuaces de Maceo y el *generalísimo* Gomez, y el de respetar las vidas no deja de ser más original aún, pues basta recordar los asesinatos de Cuevitas y lo ocurrido al propio señor Cernada que salvó mil agrosamente la suya, escondiéndose, primero, en el último rincón de su casa, y saltando, despues. á la contigua por un muro de poca altura, en la que una vecina le ocultó hasta que los *libertadores* abandonaron la población.

DON MÁXIMO MORA

El cabecilla José Miró, que para atreverse á realizar aquellas *hazañas* no le parecieron bastantes sus *doscientos* hombres, á pesar de constarle que los fuertes de Santa Lucía sólo estaban defendidos por un puñado de españoles, y consideró conveniente y de necesidad ir en busca de Maceo y reunir varias partidas en número de *dos mil* hombres para invadir el referido central, fué quién mandó abrir las puertas de la tienda del señor Cernada, y colocándose en una de ellas, invitó á sus secuaces y á los filibusteros del poblado á que saquearan el establecimiento, diciendo con aire victorioso y sonrisa plutónica:

—«Estas fuerzas las manda José Miró, y como jefe les ordena el saqueo de esta tienda. Lo digo porque quiero que se sepa y llegue á oídos de *El Porvenir*, de Gibara, para que lo publique y continúe insultándome.»

***

Mientras el grupo de *mambises* que mandaba Miró, invadía y saqueaba la tienda del señor Cernada, otro se entregaba igualmente al saqueo de la de don Felipe Alcalde.

Cuando hubiéronse apoderado de cuánto encontraron y consideraron útil y aprovechable en la tienda del señor Alcalde, se retiraron, volviendo poco despues un titulado capitán á decirle á su dueño, que le constaba que aún tenía más dinero y que le intimaba á que se lo entregase inmediatamente.

Así hubo de hacerlo el señor Alcalde ¡qué otro remedio le quedaba!, y el capitán bandolero se retiró con su botín.

Cinco minutos más tarde, y no contento aún con el despojo hecho al infeliz industrial, volvió á decirle:

—Señor Alcalde, me han dicho que tiene usted una jaca muy hermosa.

—Le han engañado á usted, capitán, pues no tengo ya nada más de lo que me han llevado ustedes.

—No me lo niegue, porque me consta. Venga la jaca.

Los ojos del señor Alcalde despidieron un relámpago de ira, y despues de un momento de vacilación, exclamó con temblorosa voz:

—La jaca está en el patio; puede usted llevársela, pero sepan ustedes que si no fuera por esta mujer y estos hijos—señalando á su aterrada esposa y á dos espantados y hermosos muchachos que tenía á su

lado abrazados á sus piernas—esa jaca no la montaba nadie más que yo...

Y el capitán y su partida de bandoleros se llevaron las existencias de la tienda, el dinero, la jaca, y hasta la paciencia del desventurado señor Alcalde.

Antonio Maceo envió un recado al dueño del ingenio «Santa Lucía», don Rafael Sanchez, para que le extendiera un giro de *doscientos cincuenta mil pesos* sobre Nueva York; pero el señor Sanchez no recibió el recado porque estaba en el fuerte ó casa-cuartel de la guardia civil, á donde se había refugiado al aparecer los primeros insurrectos.

Entonces Maceo dió orden á su gente para que lo buscasen y prendiesen, y los negros encargados de ejecutar la orden de su general apresaron al primer maquinista del ingenio, que era un joven inglés de rubias patillas, á quien dieron libertad más tarde, cuando otros negros del central que se habían incorporado á la partida dijeron que aquél no era don Rafaelito.

***

Al abandonar los insurrectos el central de Santa Lucía, después de haber saqueado todas sus tiendas, se dirigieron al cercano poblado de Fray Benito.

Cerca de dos mil rebeldes al mando de Maceo, Miró, Sartorius y otros cabecillas invadieron el poblado.

Tampoco hostilizaron al pequeño destacamento que guarnecía el fuerte, á pesar de que, no obstante el escasísimo número de soldados que lo componía, comparado con el de las fuerzas insurrectas, aquellos valientes hicieron fuego contra estas causándolas una baja, que resultó ser un oficial de la escolta de Maceo, llamado Bruzón.

Al enterarse algunos vecinos del poblado de la presencia é invasión de los filibusteros, acudieron á refugiarse en el fuerte y juntamente con la tropa y los voluntarios, al mando de su capitán señor Muñoz, hicieron fuego contra los invasores.

Entre los vecinos que se refugiaron en el fuerte se encontraban el señor cura párroco, el jefe de la estación telegráfica, el alcalde y el maestro de escuela.

Las fuerzas rebeldes procuraron ponerse á cubierto del fuego del fuerte y no contestaron á él, entregándose al pillaje y al saqueo de tiendas y bohíos.

Las tiendas de don Manuel Vega y don Eduardo Gonzalez fueron completamente saqueadas y destruidas.

A las tres de la madrugada siguiente abandonaron el poblado de Fray Benito, dirigiéndose al de Auras, que se encuentra en el término medio del camino de Gibara á Holguín.

Del central «Santa Lucía» y del poblado de Fray Benito reclutaron los insurrectos más de sesenta indivíduos, en su mayoría de la raza de color.

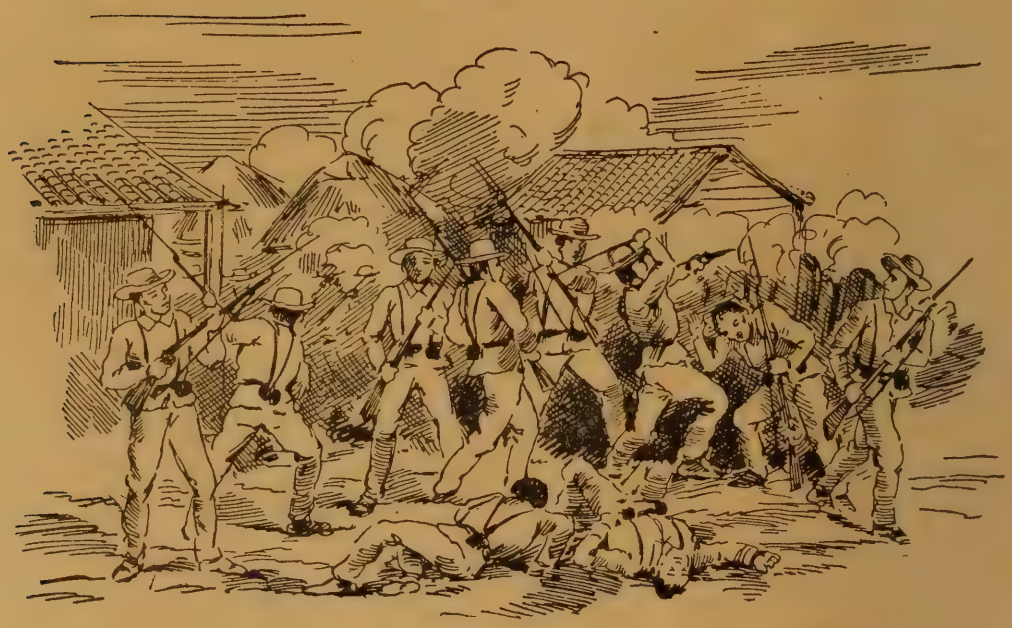
Aquel día llegaron á Holguín infinidad de familias procedentes de los pueblos atacados y de otros inmediatos á la vía férrea, huyendo de los atropellos de los *libertadores* de Cuba y poniendo á salvo de su rapacidad cuánto pudieron llevar consigo.

A uno de los fugitivos, llegado á Holguín la tarde de aquel mismo día, oyóle referir nuestro citado corresponsal, mientras comía en una fonda—café donde por casualidad se encontraba, los siguientes detalles relativos á los sucesos de Fray Benito.

«—Dependiente de un establecimiento que ha sido saqueado y completamente desmantelado por los invasores, fuí apresado y conducido por un grupo de negros á las afueras del poblado, donde me obligaron á ayudar á otros como yo á cargar con el cadaver de uno de ellos, que

dijeron ser un oficial de la escolta de Maceo, llamado Bruzón, á quien mataron las tropas del fuerte, y llevarlo á una larga distancia donde lo enterraron, poniéndome luego en libertad sin que afortunadamente durante el tiempo que estuve entre ellos me molestasen más que para llevar dicho cadaver.»

Agregó que el cabecilla Maceo durante el saqueo del poblado por



ATAQUE AL POBLADO DE VEGA ALTA

sus huestes, recorría á caballo la población intimando á su gente para que terminara pronto: que el *general* mulato iba completamente afeitado y vestía traje de rayadillo azul, y el cabecilla Miró traje de casimir claro, el cual mientras sus secuaces saqueaban y arrasaban la tienda del señor Vega, estuvo sentado sobre un barril presenciando la *hazaña*, chupando caramelos de goma y manifestando gran contento y alegría.

Del cabecilla Sartorius dijo que oyó pronunciar su nombre, pero no le vió, como tampoco á ninguno de los otros que dijeron figuraban

MAXIMO GOMEZ DANDO ÓRDENES A SUS SECUACES

en las fuerzas insurrectas. Estas, que iban mandadas por los tres cabecillas citados, reunían unos dos mil hombres perfectamente armados todos, contando entre sus armamentos gran número de Maüssers y dos cañones pequeños, uno de los cuales se decía que lo tenía enterrado Maceo en un sitio cerca de Victoria de las Tunas desde la pasada revolución.

Todos estos detalles, y otros de menor interés y sin importancia, circularon con lijeras variantes á raíz de los sucesos de Santa Lucía y Fray Benito, entre los habitantes y refugiados en Holguín.

CAPÍTULO XII

Ataque al poblado de Vega alta.—Columna en su auxilio. —Detalles.—Dispersión y fuga del enemigo.—Informes de la campaña.—Reconocimiento y exploración.—Hallazgo de un depósito de armas.—Encuentro en «Cerro Calvo.»—Regreso á Seibabo.—Incendio y destrucción de varios puntos de la guardia civil.—La columna del capitán señor Cañadas.—En la Siguanea.—Caminante sospechoso.—Prisionero y guía.—Sorpresa y destrucción de un campamento enemigo en las lomas de la Siguanea.

DESDE Camajuaní se comunicó aviso telefónico en la tarde del 16, al general Luque, gobernador militar de la provincia de Santa Clara, de que una numerosa partida insurrecta tenía el propósito, según confidencias recibidas, de atacar el poblado de Vega alta.

El general telegrafió inmediatamente al administrador del ferro-carril de Sagua, ordenándole que para las tres y media de la madrugada del siguiente día 17 tuviera dispuesto un tren en Camajuaní, para conducir tropas, á la vez que ordenó al comandante militar de esta población, que á la misma hora estuviese formada en la estación, en disposición de marchar á operaciones, una columna de 230 hombres de infantería y algunos caballos, al mando del teniente coronel de Alfonso XIII, señor Velarde.

A la hora indicada, la fuerza se hallaba dispuesta en el lugar designado; pero el tren no llegó hasta las seis de la mañana.

Mientras la columna esperaba el tren para embarcar y cumplir las órdenes del general, los insurrectos avanzaron sobre Vega alta, disparando contra el poblado, siendo detenidos en su avance por el fuego del destacamento de treinta hombres que al mando de un segundo teniente guarnecía un mal fortín, sin condiciones de defensa, que había en el poblado.

Por fin llegó el esperado tren que condujo á la columna del teniente coronel señor Velarde á Tunicú, donde desmontó la tropa, y á pié marchó seguidamente hacia el poblado de Vega alta, en previsión de que el enemigo hubiera cortado el puente que existe sobre Sagua la Chica, antes de llegar al citado poblado, y pudiese producir una catástrofe para las tropas.

CABECILLA BARTOLOMÉ MASSÓ

La columna llegó á Vega alta en el momento crítico en que el enemigo se apercibía para entrar al asalto.

A los primeros disparos de nuestros soldados, en su mayor parte voluntarios y quintos, que allí recibieron su bautismo de fuego, los insurrectos huyeron precipitadamente.

***

Nuestro corresponsal en Remedios, nos dió cuenta del hecho en los siguientes términos:

«Ayer, (día 17) entre nueve y diez de la mañana, al pasar el tren expreso de la línea de Sagua, que conducía dos compañías de Alfonso XIII con destino á esta jurisdicción, entre Tunicú y Vega alta, se observaron emboscadas insurrectas á lo largo de la vía.

Temiendo el jefe de la fuerza que aquellas fuesen alguna avanzada de numerosa partida que esperase el paso del tren para atacarle, ordenó que este parara á cierta distancia y dispuso el ataque á los rebeldes.

Rompióse el fuego por ambas partes, y dispersose el enemigo en direccion á El Salto, perseguido por nuestras tropas.

Como esta operación produjo el consiguiente retraso al tren, otro de mercancías que de Camajuaní se dirigía á Sagua, al tener noticia de lo que ocurría, retrocedió desde Vega alta al punto de partida, conduciendo á varias familias que huyendo de los rebeldes recogió á su paso en las estaciones y paraderos de la línea, y cuya llegada á Camajuaní produjo gran alarma en la población.

En el tren mixto llegó poco después el teniente coronel comandante militar de Remedios, señor Devós, y al enterarse de lo que ocuría, ordenó se tocase llamada, y con toda la fuerza de voluntarios que reunió y se reconcentró, dirigióse inmediatamente en dicho tren de mercancías, precedido de una máquina exploradora de la línea de Caibarién, al paradero de Vega alta.

A su llegada encontró la columna del teniente coronel señor Velarde, quien le dió cuenta de la dispersión y fuga del enemigo, por lo que después de haber reforzado aquel destacamento con treinta y dos hombres y un sargento, regresó en el mismo tren á Camajuaní.

Entonces el señor Velarde y sus fuerzas salieron en persecución del enemigo.

En el momento del encuentro y en una de las primeras descargas

hechas por el enemigo, resultó herido levemente el soldado del regimiento de caballeria de Pizarro, José Cano Guerrero, atravesándole, además, el cuello al caballo que montaba.

Un muchacho que se hallaba presenciando el combate desde un árbol, resultó también herido de bala en ambas piernas.

Las partidas que han atacado el poblado de Vega alta, se dice las mandaba el polaco Roloff á quien acompañan los cabecillas Serafín Sanchez y Ramon Cabrera, procedentes estos últimos de los Estados Unidos. El número de rebeldes que en junto reunían dichas partidas se hace ascender á más de mil hombres.»

***

El mismo corresponsal nos dió también en su carta los siguientes informes acerca del paso del *generalísimo* Gómez al Camagüey.

«Refirióme un testigo presencial y persona que me merece entero crédito, que al pasar Máximo Gomez por el punto denominado Jagüey, iba acompañado por los cabecillas *Paquito* Borrero, Mendieta, Capo y Quillo Sanchez.

Los fuerzas que llevaba ascendían á 205 hombres; de ellos sólo 140 armados y estos, algunos, con escopetas.

Salieron de Jagüey y durmieron en «Sitio Viejo», desde donde fueron á pernoctar al siguiente día en Jabodulce.

A su paso por «El Pilar» se les unió una partida procedente de Oriente, compuesta de unos 200 hombres, que había ido hasta allí por Ojo de Agua.

En aquel punto se les reunieron unos cuántos más, y para pasar el río Jatibonico, que estaba algo crecido, tomaron un práctico, el cual los fué contando uno por uno y aseguró sumaban 507 hombres.

Al otro lado del río se les agregaron otras dos partidas, una de veinte hombres y de treinta la otra, y en Loreto se les unieron la partida de Juan Pupo, compuesta de veinte hombres y otra más pequeña capitaneada por Mamerto Cabrera.

La persona que vió todo lo referido y que me lo contó, díjome que Máximo Gomez está muy viejo y achacoso y que al hablar le tiembla la voz.

También me dijo que lleva una numerosa escolta de gente bien montada.

Así mismo confirmó la muerte del cabecilla *Paquito* Borrero en el asalto ó ataque al poblado de Altagracia.

Borrero era el segundo de Máximo Gomez, á quien este había conferido el cargo de *mayor general* del Camagüey.

Para sustituir á Martí han designado los filibusteros á Estrada; pero á penas se ha tratado de designar jefes, han saltado las rivalidades entre los *libertadores* de Cuba.

El contrincante de Estrada ha sido Bartolo Massó, quién á su vez está disgustado con Maceo, por haber conferido este al pardo Quintín Banderas el mando de la jurisdicción en que aquél opera.»

***

Noticioso el general Prats, gobernador militar de la provincia de Matanzas, de que en un potrero, sito en la Guanabana, existía un depósito de armas, de las que los filibusteros pretendían apoderarse para los fines que son de suponer, dictó desde Bolondrón las órdenes oportunas para la busca y aprehensión de dichas armas, así que para la de los que se atrevieran á ir por ellas.

Con este fin, ordenó que las tropas rodearan el *cuartón* de la Gua-

nabana, colocando en los pasos del rio Caminar conocidos con los nombres de Andarribal, Tumbalero, Piedras y Castillito, grupos de guardias civiles, voluntarios y guerrilleros de Matanzas, y en el interior del caserío sesenta hombres de María Cristina y diez y ocho de la guardia civil, al mando del teniente coronel de este cuerpo, don José Maria Rojo.

Tomadas estas acertadas disposiciones y cercadas las fincas en que

El sargento y sus catorce guardias pudieron apoderarse de una altura... (pág. 729)

podía encontrarse el depósito, dispuso que el sargento de la guardia civil, jefe del puesto de Matanzas, Gregorio Calvo, con nueve guardias, explorara y reconociera aquéllas.

La operación comenzó á practicarse á la una de la madrugada del día 18, y despues de cuatro horas y media de pesquisas, el sargento Calvo y sus guardias hallaron en terreno del potrero de la propiedad de don Gregorio Valero, escondidas en unas maniguas del lado izquier-

do del camino y cubiertas con hules, trapos medio podridos y hierbas, las armas siguientes:

85 tercerolas, 6 riffles Winchester, 50 machetes, 48 carteras ó bolsas de municiones, 30 bandoleras, 14 catrales, 46 ganchos de tercerolas, unas 12,000 cápsulas para id., riffles y revólvers, 5 hamacas, 3 banderas insurrectas y varios hules, vendas, esparadrapos y algodón fenicado.

Todas esas armas y efectos que se hallaban oxidados y en mal estado á causa de la humedad del suelo, efecto de las recientes lluvias, fueron cargadas en una carreta que tirada por tres yuntas de bueyes y convenientemente custodiada las llevó á Matanzas, donde llegaron á las tres de la tarde del propio día, y fueron depositadas en el cuartel de la guardia civil.

***

Habiendo llegado á noticia del oficial del batallón de América, jefe del destacamento de Seibabo, término de Santa Clara, de que por el punto llamado «El Roble» merodeaba una partida insurrecta compuesta de siete hombres armados y montados, dispuso que inmediatamente saliera un sargento y catorce soldados en su persecución.

Cuando la pequeña fuerza llegó cerca del sitio llamado «Cerro Calvo», vióse acometida por un grupo de cincuenta *mambises* montados que le intimaron la rendición.

El sargento y sus catorce hombres pudieron apoderarse de una altura inmediata, desde la que se defendieron con el mayor denuedo del brusco ataque del enemigo, disparando sus armas incesantemente contra los rebeldes, que, fiados en la ventaja del número trataron de forzar las posiciones que ocupaba la tropa, hasta que cayendo herido, en-

tre otros, uno de los que más se movían y animaban á los de la facción, y que al parecer era su jefe, hubo de ser recogido, como los demás heridos, por sus compañeros, y emprendieron todos la retirada.

Nuestra fuerza, entonces, en previsión de que la retirada del enemigo fuese una celada, retiróse por las alturas de las lomas de Cerro Calvo en dirección á Santa Clara, á donde llegó sin novedad al medio día, dando conocimiento del suceso á la autoridad militar.

El coronel encargado del despacho, señor Reyes, ordenó que la fuerza acompañada por tiradores Maüsser, al mando del bizarro segundo teniente, señor García, regresase inmediatamente á Seibabo á reunirse á su destacamento.

En la expedición de regreso fué reconocido el lugar de la acción, en el cual fueron hallados dos caballos muertos y uno herido, que los rebeldes habían abandonado.

***

La partida insurrecta del cabecilla Toledo incendió la casa-cuartel de la guardia civil del puesto de Iguanojo (Trinidad).

En la casa, que estaba abandonada, se hallaban los equipos y menaje de los guardias que componían el destacamento, todo lo cual quedó destruido por el fuego.

El mismo día estuvo en el Cedro, cerca de Baez, otra partida de rebeldes, compuesta de unos setenta hombres armados y montados.

Los insurrectos por orden del que los capitaneaba, incendiaron tambien la casa-cuartel de la guardia civil, que así mismo estaba abandonada.

Se ignora quien fuera el jefe de la partida; pero entre los indiví-

duos que la componían se encontraban los que hacía pocos días se habían unido á los insurrectos que habían atacado á Provincial.

Al retirarse del Cedro, tomaron la dirección de Güina de Miranda (Trinidad).

Era de notar el afán que demostraban los *mambises* por destruir los puestos de la guardia civil.

Esto hacía suponer que en esas partidas figurasen no pocos individuos que en determinadas ocasiones hubiesen considerado como un estorbo para sus propósitos á los destacamentos de la benemérita; pues lo cierto era, que los hombres de posición social conocida, que eran precisamente los que pudieran interesarse por la existencia y conservación de las casas-cuarteles, se contaban en muy escaso número en el campo revolucionario de Las Villas.

***

Después de algunos días de gloriosa y fatigosa campaña, regresó á Santa Clara la columna que al mando del bravo capitán de la guardia civil don Facundo Cañadas había salido á operaciones por aquella provincia.

Las fuerzas que componían la columna que batió en la Siguanea á la partida insurrecta del titulado *coronel* Lino Perez, estaba formada por 80 hombres de caballería, pertenecientes en su mayor parte á la guardia civil, y los demás al cuerpo de voluntarios de San Juan de las Yeras.

La vanguardia de la pequeña columna iba mandada por el segundo teniente de la guardia civil don Vicente Diácono y los voluntarios de San Juan por su capitán don Bernardo Calleja y primer teniente don Ramón Calleja.

También formaban parte de esa fuerza el teniente de la guerrilla de Alfonso XIII, don Alfonso Epifáneo Bellini y tres indivíduos de la misma. Además, acompañábanla dos prácticos.

Habíase empeñado el bizarro capitán Cañadas en batir al *coronel* filibustero, cuya partida persiguió con verdadera tenacidad de navarro, durante varios días.

En su persecución por las frondosidades de la manigua, montes y

...Gregorio Calvo, con nueve guardias, explorara y reconociera aquéllas. (Pág. 728)

lomas cercanos á la Siguanea, jurisdicción de Cienfuegos, padecieron los soldados toda clase de penalidades. Faltos de provisiones, el jefe de la columna alimentaba á su gente como las circunstancias del lugar y los medios que en él encontraba se lo permitían, comprando lo que hallaba y querían venderle, y conformándose todos con aquello que encontrarse podía.

El bravo capitán y sus valientes guardias y guerrilleros no tenían más objetivo ni otro deseo y afán que encontrar y batir al enemigo; y, á fé, qne por fin lo lograron, echando al olvido después las fatigas y penalidades sufridas.

***

Cerca ya de los montes de la Siguanea, á donde les llevara su tenaz empeño en dar con el enemigo que rehuia todo encuentro, y á la entrada del Guayabo, halló la columna una pequeña avanzada enemiga, la cual, al ver la vanguardia de nuestras fuerzas que á rienda suelta cargaron sobre ella, huyó presurosa, dejando en poder de las tropas seis caballos con monturas y gran cantidad de carne ya preparada para salarla.

Al poco rato oyéronse algunos tiros aislados que resonaban de loma en loma, como señales ó avisos, sin duda, de la presencia de las tropas.

Por confidencias recibidas y noticias recogidas en el camino por el jefe de la columna acerca del paradero del enemigo, creía el capitán Cañadas encontrarle en Siguanea, por el lado del Sumidero, lugar de dificilísimo acceso, y punto inasequible para la caballería.

Esta circunstancia era conocida por el bizarro capitán, pero no fué bastante para detenerle en su marcha ni hacerle desistir de su tenaz empeño, á pesar de los consejos de varios vecinos de aquel poblado de que no se arriesgara á penetrar en el monte, por que se exponía á ser copado por fuerzas numerosas del enemigo que se hallaba acampado en las lomas. Nada bastó para hacerle desistir de la realización de sus propósitos y deseos.

Sin embargo, lo que el consejo y la persuación no pudieron conse-

guir en la voluntad del tenaz cuanto arrojado militar, hízolo la Naturaleza.

Para llegar al Sumidero era necesario atravesar el Río Negro, y las turbias aguas, desbordadas por las riberas y despeñándose impetuosas por entre las abras de aquellas montañas, impidieron el paso á aquellos valientes.

Ante esta imprevista dificultad, hubo de acampar allí la columna, y dióse descanso á los fatigados caballos.

Al llegar el día púsose en camino guiada por un práctico, á fin de que por otros sitios les llevase al Sumidero.

Corto trecho habían andado, cuando se encontraron con un jóven caminante, ginete en buena cabalgadura, armado de un quitasol y de aspecto pacífico, á juzgar por las apariencias.

Detenido el caminante por las tropas de la vanguardia, á quienes infundió sospechas su presencia en aquellos sitios y á aquella hora matinal, á pesar de su aspecto pacífico, lo condujeron ante su jefe.

***

El capitán Cañadas, ducho en el oficio de la guardia civil, sometiólo á un largo y hábil interrogatorio.

Desconcertóse el joven en sus respuestas, que resultaron contradictorias, y apretado cada vez más por lo lógica del capitán y estrechado por sus hábiles preguntas, confesó, al fin, la verdad, diciendo que militaba en la partida del cabecilla insurrecto *coronel* Lino Pérez y que sus armas las había ocultado en un lugar próximo, que mostró, siendo halladas y recogidas por los guardias.

El prisionero manifestó llamarse Jesús Castellanos y ser vecino de Cienfuegos, y obligado por las intimaciones y amenazas del capitán

Cañadas, declaró que en lugar próximo al sitio en que se hallaba en aquel momento, se encontraba acampada la partida á que pertenecía.

Haciéndole servir de guía, dirigióse el capitán Cañadas con su columna al punto indicado, y, en efecto, en una profunda hondonada que formaban dos altísimas lomas, al pié de espeso monte bordeado por un arroyo, viéronse muchos caballos aparejados y amarrados á los troncos de árboles y arbustos.

La columna dividióse en distintos grupos y echando pié á tierra los ginetes, emprendió el descenso por las peligrosas pendientes de aquellos montes accidentadísimos.

Hasta que llegaron los primeros grupos á lo más bajo de la hondonada no fueron vistos por los insurrectos.

CAPITAN JAMES CROSSMAN

Entonces rompieron nutrido fuego de fusilería sobre nuestras tropas, que inmediatamente fué contestado por los valientes guardias, sin dejar de avanzar todo lo ligeros que el terreno se lo permitía hacia el campamento enemigo y las posiciones que á su alrededor ocupaba en el monte.

Las balas de los *mambises*, disparadas desde las alturas en que estos se hallaban, pasaban por encima de las cabezas de nuestros soldados; pero no sucedía lo mismo con las que éstos les enviaban desde abajo, las cuales resultaban de efecto seguro por las condiciones del tiro y de la posición en el disparo.

Los insurrectos que cometían la imprudencia ó descuido de ponerse al descubierto, caían bajo el plomo que vomitaban los cañones de los fusiles de los intrépidos guardias, muertos ó heridos por sus certeros y seguros disparos.

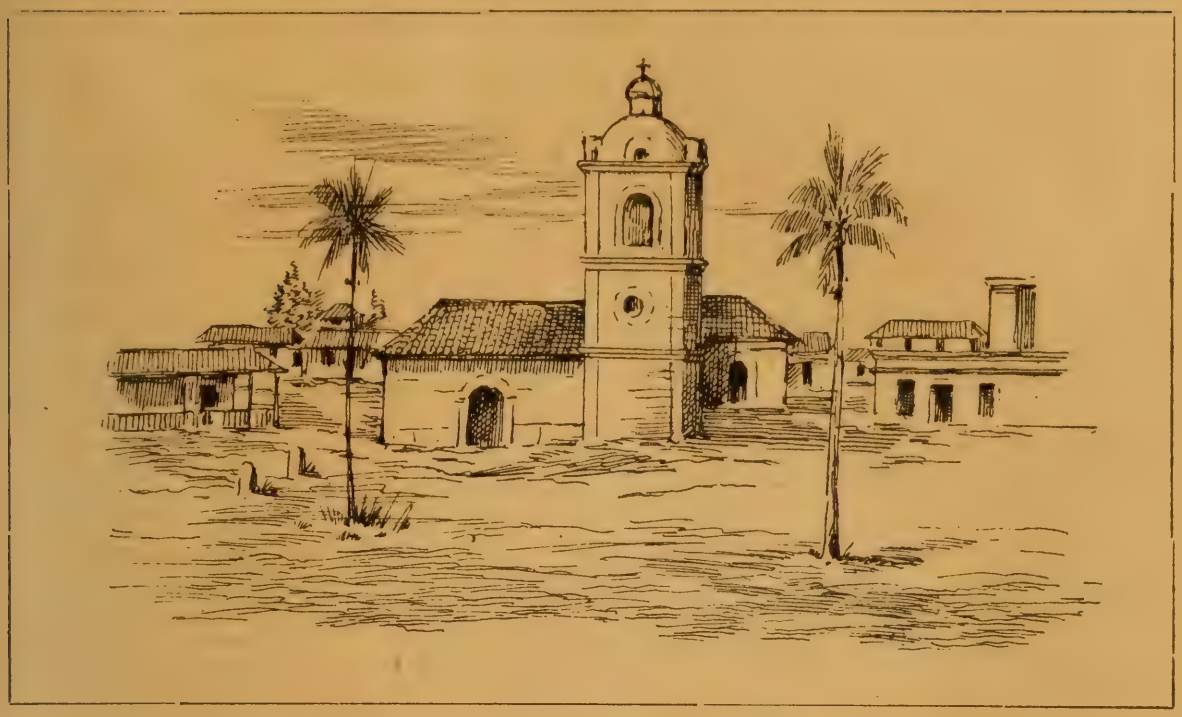
Los dos primeros de aquellos fueron retirados por sus compañeros que cargaron con sus cuerpos y huyeron por una de las estribaciones de la loma, y varios de los segundos fueron retirados por otros, huyendo tambien por el mismo lugar hacia el interior del monte.

Las tropas, dueñas del campamento, se apoderaron de 36 caballos con monturas y de varios efectos que en él abandonaron los rebeldes.

Al ruído de los disparos, otros muchos caballos se espantaron y se soltaron, sin que fuera posible cojerlos, por impedir su persecución y alcance la fatiga que sentía la tropa después de la lucha sostenida subiendo aquellas empinadas cuestas.

El prisionero y los caballos cogidos fueron conducidos á la capital donde aquél fué entregado á las autoridades militares, y éstos fueron destinados al servicio de las guerrillas.

¡Digno fué del mayor encomio el valor y la intrepidez demostrados por el bravo capitán señor Cañadas y sus valientes guardias y voluntarios de San Juan, en las lomas de la Siguanea!



IGLESIA EN SANTA CLARA

PUENTE DE YAYABA (Sancti-Spíritus)

CAPITULO XIII

Ataque y heróica defensa de San Diego del Valle.—Intimación á sus defensores de rendirse.—Incendio del poblado.—Llegada de una columna de infantería de Marina.—Batida y dispersión del enemigo.—Extinción del incendio.—Varios episodios del combate.—Defensa de una barricada y heróica retirada de sus defensores.—El doctor Machín.—El capitán señor Dueñas y el sargento Alonso Prieto.—Aplausos y recompensas.—Bando de general Luque.

SERÍAN las siete horas de la mañana, ó poco más, del día 14, cuando algunos vecinos del poblado de San Diego del Valle (Santa Clara) dieron la voz de alarma de que los rebeldes se aproximaban, pues veíanse grandes grupos de gente armada que por distintas direcciones se dirigían á la población.

Advertido el pequeño destacamento de tropas que guarnecían los dos fortines de la plaza, se apercibieron á la defensa.

Acudieron y reuniéronse en la plaza algunos voluntarios en número de treinta ó treinta y cinco, de infantería y caballería, y varios paisanos á quienes se les dieron armas de las que, pertenecientes á los voluntarios que vivían en el campo, se hallaban depositadas en la casa-cuartel, y todos se aprestaron á defender el poblado del ataque, de los filibusteros.

Al frente de ellos pusiéronse los capitanes de voluntarios D. Federico Díaz, y secretario del Ayuntamiento, señor Rafé.

Las avenidas de la plaza estaban defendidas por dos fortines. El llamado de Alfonso XII lo guarnecían diez hombres al mando del teniente señor Migueléz con ocho individuos.

La casa-cuartel, fabricada de mampostería y teja, fué ocupada por los dos citados capitanes de voluntarios, algunos oficiales, voluntarios y paisanos armados, y por el alcalde, empleados del Municipio y varias familias que acudieron á guarecerse en ella.

En la esquina de la casa de don Antonio Mira, se había levantado, días antes, una barricada hecha con bocoyes y tierra, con el fin de establecer por aquella parte, en que no existía fortín alguno, alguna defensa para el caso de ser agredido el pueblo por el enemigo.

La defensa de esa barricada, se confió al citado señor Mira y cuatro voluntarios.

En las demás calles que daban acceso á la plaza se colocaron grupos de paisanos y voluntarios.

***

En esta disposición, presentóse el enemigo en actitud de carga contra el pueblo, siendo detenido en su avance y rechazado en los primeros momentos por los disparos continuados que se le hizo desde los fortines y boca calles.

Replegáronse, entonces, hacia las afueras del poblado, los insurrectos, y su jefe, el doctor Albertí, médico que había ejercido en Cifuentes, envió con un vecino del pueblo conocido por el *Prieto*, un aviso ú orden escrita al jefe de los voluntarios, intimando la rendición de la

fuerza con prevención que de no hacerlo sería destruído el poblado y pasados por las armas sus defensores.

El aviso quedó sin contestación, haciendo caso omiso de otros siete qne en el curso de los sucesos fueron enviados por el jefe rebelde al bravo capitán señor Díaz, siendo siempre rechazados con la mayor en-

Acudieron y reuniéronse en la plaza algunos voluntarios... (pág. 738)

tereza y energía por todos aquellos valientes las intimaciones del enemigo.

Mientras tanto el fuego sosteníase por uno y otro bando, sin cesar ni un solo instante los disparos de la fusilería, hasta que, á las dos y media de la tarde, comprendiendo el enemigo la ineficacia de sus ataques y amenazas, resolvió incendiar las casas más separadas del centro de la población, con el objeto de que, propagándose el incendio por la fuerza natural del voraz elemento, ayudado por las corrientes del viento, á los edificios en que se abrigaban los valientes y tenaces defenso-

res del poblado, perecieran entre las llamas ó se rindieran á discreción.

A la realización de su infernal plan dieron principio pegando fuego á la casa de mampostería, tablas y tejas de D. Santiago Salcedo, en la que éste tenía un buen establecimiento de comercio, cuyas existencias podían estimarse en un valor que no bajaría de *tres mil quinientos pesos*.

Siguió la de D. Juan Bautista Miguel, furriel de voluntarios, en la que se hallaba establecida la alcaldía de barrio, quemándose todo el archivo y cuanto contenía el edificio.

Después otra de tablas y tejas del citado señor Salcedo, y en la que había una escogida de tabaco de la propiedad de D. Luís Oliveras, á quien dejaron en la mayor miseria, pues fué pasto de las llamas cuánto poseía.

Y, por último, la de D. Joaquín Fernández, que por cierto era el mejor edificio del pueblo, fabricado de mampostería y teja, y cuyo coste de fabricación había excedido de *diez y siete* mil pesos.

Además, incendiaron también siete casas-bohios de tabla y guano, cuyos propietarios eran: doña Marina Linares, doña María Manana, don Antonio Mina, Sixto Ibáñez, Juan Pablos, José Lima y un asiático, cuyo nombre se ignora.

***

A las tres y media de la tarde, cuando el incendio amenazaba propagarse al resto de la población, llegó una columna de infantería de Marina, que puso en precipitada fuga y dispersión á aquellas hordas de incendiarios.

Habiendo recibido el señor teniente coronel del segundo batallón de infantería de Marina, don Manuel del Valle y Gutiérrez, que se hallaba en Placetas mandando las compañías primera y tercera, y parte de la sexta de su batallón, órden para que se trasladara á Santa Clara con la fuerza de su mando, con el fin de reconcentrar el total de su batallón, al pasar por la estación de Santo Domingo, recibió contra órden para que al llegar al poblado de Jicotea, destacase una compañía con objeto de que fuera en auxilio del poblado de San Diego del Valle, el cual, según noticias, estaban quemando los insurrectos,

La compañía designada para llevar á efecto la operación, fué la que mandaba el bizarro capitán don Marcelino Dueñas y Tomaseti.

A ella se agregaron en Jicotea ocho voluntarios del escuadrón de Yabú, tres prácticos y el sargento de la guardia civil de aquel puesto, don Celestino Alonso Prieto.

La pequeña columna salió hacia el punto indicado, y efectivamente, al llegar á las inmediaciones de San Diego, y en el cementerio de de este poblado, encontró al enemigo, en número de trescientos hombres, al que atacó con tal denuedo y vigor, que á los pocos momentos quedaba batido y disperso y puesto en precipitada fuga en distintas direcciones.

Reunidos á la columna los voluntarios del pueblo, emprendieron la persecución de los rebeldes hasta más de tres cuartos de legua del poblado, causándoles doce muertos y gran número de heridos, entre estos el cabecilla Roberto Bermudez, y un titulado teniente llamado Linares.

Puestos los insurgentes fuera del alcance de los fusiles de nuestras tropas, y enterado el capitán señor Dueñas de que algunas casas del poblado estaban ardiendo, regresó á San Diego y dispuso que sus fuerzas, en unión de los voluntarios, ayudasen á los vecinos á extinguir el incendio, ó por lo menos contribuyeran á localizarlo.

Sin esa eficaz medida y oportuno auxilio, seguramente hubiera ardido en su totalidad dicho poblado.

Las familias que, al principio del incendio, horrorizadas por la catástrofe que les amenazaba, habían abandonado sus hogares, volvieron con la mayor alegría á sus casas, dando entusiastas vivas á España y al muy brillante y heróico cuerpo de infantería de Marina, á cuyos nobles y bizarros jefes y valientes soldados, debían la salvación de sus vidas y propiedades.

***

Uno de los episodios más interesantes de la lucha sostenida por los valientes defensores del poblado de San Diego, contra las hordas de incendiarios filibusteros, fué la defensa de la barricada levantada en la esquina de la casa del señor Mira, por los cinco valientes á cuyo cargo aquélla se dejara.

Cuando la casa fué presa de las llamas y estas invadieron el circuito de la barricada amenazando devorar los cuerpos y abrasar las carnes de sus intrépidos defensores, envueltos ya y cegados por el negro y espeso humo del incendio y en peligro de morir asfixiados, vióse á aquellos cinco heróicos campeones abandonar su puesto, hasta entonces defendido con la mayor bizarría, y puestos al descubierto de las balas enemigas, marchar impávidos y serenos, siempre de frente y sin volver la cara una sola vez, bajo el horrible fuego que les hacía el enemigo y al que ellos contestaban con un aplomo igual al que pudieran tener, tratándose de un simple simulacro, hacia la casa-cuartel, de la cual les separaba un largo trayecto y en donde entraron salvos y libres de todo daño.

Otro de los hechos de aquella memorable jornada, que merece

especial mención y justísimo aplauso, fué el realizado por el médico del pueblo, doctor don José Manuel Machín.

Las mujeres y niños que despavoridos corrieron á refugiarse en la casa-cuartel, y en ella no pudieron acogerse al amparo de sus defensosores, por no tener ya sitio en su reducido local, viéronse expuestas á perecer por las balas que se cruzaban en todas direcciones entre losdos bandos.

Desafiando los mayores peligros, el intrépido doctor Machín lanzóse en medio de aquel aterrorizado grupo de inocentes y débiles séres, presos del mayor espanto y terror, y animando á las mujeres á que le siguieran, y cogiendo en brazos á los pequeñuelos, fué salvando á unos tras otros del inminente peligro que corrían, conduciéndolos á los fortines: operación que hubo de repetir á causa del número distintas veces, sin que nada arredrase sus sentimientos humanitarios.

TENIENTE DON ENRIQUE MACEDA

Digno es también de ser consignado en estas páginas, el arrojo y valentía del sargento de la guardia civil del puesto de Jicotea, don Celestino Alonso Prieto, quien multiplicándose incansable, acudió á los puestos de mayor peligro, alentando á los voluntarios y acompañando

al bizarro capitán señor Dueñas, siendo con este los héroes de la jornada.

***

La conducta observada por los voluntarios y paisanos que defendieron el poblado de San Diego durante siete y media horas de supremo peligro, fué motivo de justísimas alabanzas por todo aquel vecindario.

El general Luque, impulsado por los sentimientos de justicia que inspiran todos sus actos, pidió relación circunstanciada de los hechos, y propuso fuesen recompensados todos aquellos que más se distinguieron en la defensa de San Diego, fuesen voluntarios ó paisanos; propuesta que fué aprobada, con aplauso de todos, por el general en jefe del ejército de Cuba.

El cabecilla que mandaba las fuerzas insurrectas que atacaron el poblado de San Diego, fué, según hemos dicho ya, el doctor Alberti, de Cifuentes.

Un negro conocido por *Payaso*, y que se titulaba teniente, y un tal Fernando Ríos, con unos cuantos *mambises* á sus órdenes, fueron los autores materiales de los incendios por medio del petróleo y el guano encendido.

Entre las casas quemadas y destruidas figuraron, además de las ya nombradas, los establecimientos de don Juan Miguelez y un tal Palmira, y la del doctor Machín.

La compañía de infantería de Marina y los voluntarios, no tuvieron que lamentar ni la más leve contusión.

El brillante é invicto cuerpo de infantería de Marina, á quien tanto tuvo que agradecer el poblado de San Diego del Valle, aumentó un

renglón más en las páginas de su gloriosa historia, con la memorable jornada de Jícotea.

***

A consecuencia de los actos de salvajismo y do los incendios perpetrados y llevados á cabo por las hordas filibusteras en Santa Lucía, Fray Benito, San Jerónimo y San Diego del Valle, el general gobernador civil y militar de Santa Clara, dictó el siguiente

BANDO

«Don Agustin Luque y Coca, general de brigada y gobernador civil y militar de la provincia de Santa Clara.

A los habitantes de la misma, hago saber: El salvajismo de esos que incendian, roban y asesinan al grito de ¡viva Cuba libre!, y los propagandistas que deshonran al pueblo cubano reclutando adeptos para las hordas mandadas por incendiarios y bandoleros, me obligan con harto sentimiento á tomar enérgicas medidas que con lealtad confieso iré extremando si á la guerra noble que hace nuestro valiente ejército, se responde con el asesinato y el pillaje.

Por ahora, vengo en decretar el siguiente

Bando.—Artículo 1.° Todo campesino para penetrar en las poblaciones ó salir de ellas, irá provisto de su cédula personal y de la propiedad de la cabalgadura, exhibiéndolas á cualquier agente de la autoridad que se las pida.

Artículo 2.° Queda prohibido transitar por los campos y por las afueras de la población desde el anochecer hasta la madrugada, en la inteligencia de que las patrullas y fuerzas en operaciones detendrán y conducirán á mi disposición á los contraventores, si no se hallasen

provistos del correspondiente pase que á dicho objeto les otorgará el jefe militar de la demarcación de que sean vecinos.

Artículo 3.° Quedan sin valor ni efecto las licencias para portar armas, que no estén visadas por el Gobierno militar, debiendo los que en los campos poseen cualquier clase de armas, depositarlas en el plazo de dos días en los puestos de la guardia civil ó destacamentos más próximos á su residencia, cuyos jefes les librarán el correspondiente recibo.

Artículo 4.° Sólo para las faenas agrícolas podrán dejar en sus casas los machetes de trabajo, pero con la prohibición absoluta de usarlos fuera de sus respectivas fincas.

Artículo 5.° Los contraventores á estas disposiciones, así como los agitadores de la opinión, propagandistas, encubridores, etc., serán considerados reos del delito de rebelión, juzgados con arreglo al Código de justicia y penados con toda la severidad de las leyes militares.

Artículo 6.° Los alcaldes municipales y de barrio darán gran publicidad á este BANDO, á cuyas autoridades, así como á todas las civiles y militares de esta provincia, hago responsables de su íntegro y puntual cumplimiento.

Santa Clara, Julio 16 de 1895.—*Agustín Luque.*»

CAPITULO XIV

Ataqne é incendio del poblado de San Jerónimo.—Máximo Gomez intima la rendición del fuerte.—Patriótica respuesta del teniente jefe del destacamento.—El Alcalde señor Sam. per.—Abandono de la población por sus habitantes.—Nueva intimación del *generalísimo*—Negativa del teniente.—Ataque é incendio del fuerte.—Capitulación honrosa de sus heróicos defensores.—El teniente don Gauderio Laborda.

L refugiarse en San Jerónimo los dispersos guerrilleros del destacamento que mandaba el capitán señor Agüero, sorprendidos en la sabanita llamada de la «Entrada», á dos leguas y media de aquel poblado, por la avanzada del *generalísimo*, y derrotados por la fuerza numérica del enemigo, llevaron la noticia de la proximidad de los insurrectos, los cuales con numerosas fuerzas al mando de Máximo Gomez se dirigían hácia la población con ánimo, seguramente, de atacarla.

Y, en efecto, entre cinco y seis de la tarde del día 28 de Junio se presentaron á la vista de San Jerónimo las anunciadas fuerzas rebeldes.

El teniente-comandante del puesto se encontraba á la sazón, con la mayor parte de la fuerza que tenía á sus órdenes, dirigiendo la terminación de un peqneño fortín, que los soldados rodeaban de una empalizada para aislarlo y ponerlo fuera de todo peligro de incendio.

A unos mil ochocientos hombres ascendían las fuerzas insurrectas que se presentaron á la vista del poblado, haciendo alto y rodeando el pueblo.

En éste, á consecuencia de la noticia de la proximidad del enemigo, se habían tomado ya toda clase de precauciones y medidas en previsión de un ataque.

Serían las cinco y media de la tarde, cuando se presentó frente al

POBLADO DE SAN DIEGO DEL VALLE

fuerte un paisano, vecino de la jurisdicción, llamado Inocencio Maistela, vizcaíno y que se dedicaba al oficio de pocero.

—¿El jefe del destacamento?—preguntó.

—Servidor de usted—respondióle el teniente don Gauderio Laborda, que asi se llamaba el jefe encargado de la fuerza que guarnecía el fuerte.

—Esta carta me ha entregado y obligádome á traer Máximo Gomez para usted.

—A ver, démela.

El mensajero alargó al oficial un papel doblado en forma de esquela, que aquel se apresuró á abrir, leyendo las siguientes líneas, escritas con lapiz.

«Señor oficial-jefe del destacamento de San Jerónimo.

Ríndase con su gente ó correrá la suerte de morir por las balas ó por las llamas.—*M. Gomez.*»

Enterado el teniente del contenido de la esquela, pronunció un juramento, y estrujando nerviosamente entre sus dedos el papel, respondió:

—Diga usted á quien le ha entregado este papel, que cuando quiera puede venir á cumplir sus amenazas, pues un soldado español no se rinde nunca.

Y, volviendo la espalda al emisario del *generalísimo* y dirigiéndose á sus soldados, exclamó:

—¡Soldados, á prepararse para recibir á los enemigos de España como corresponde á los que la patria les ha confiado la defensa de su honor y de su bandera!... ¡A las armas y viva España!

—¡Viva!—contestaron con entusiasmo los soldados, precipitándose sobre sus armas.

***

El *generalísimo* de los filibusteros envió también un aviso al alcalde de San Jerónimo previniéndole que se retirase con las familias pacíficas, porque se procedería al incendio del poblado si no se rendía la fuerza en él destacada.

El alcalde se presentó al teniente, ofreciéndose y dándole cuenta

del aviso y de sus propósitos de llevar á su familia á lugar seguro y regresar aseguida á ponerse á sus órdenes.

Hecha pública por la autoridad municipal la intimación del *generalísimo*, fueron muchas las familias que abandonaron la población, refugiándose en su mayoría en la finca «El Guamajal» distante unos tres cuartos de legua de San Jerónimo.

El señor Samper salió á pié acompañando á su familia á la cercana finca llamada «La Seiba».

Durante el camino cayó un fuerte aguacero ó lluvia torrencial que duró más de diez horas y hizo crecer los arroyos *Sabanilla* y *Cayo largo*, impidiendo al alcalde regresar al pueblo hasta el amanecer del día siguiente.

¡Triste y doloroso cuadro el que ofrecían aquellos grupos de ancianos, mujeres y niños, caminando bajo la torrencial lluvia y abandonando su único albergue al salvajismo de las hordas filibusteras, para que le pegasen fuego y lo convirtieran en pavesas, en holocausto de la *libertad* é *independencia* de Cuba!

Las avanzadas insurrectas dejaron pasar libremente á las mujeres y niños, pero no así á los hombres á quienes detuvieron para llevarlos á presencia del *general*.

El alcalde logró rehuir el encuentro del enemigo y regresar al pueblo, presentándose al teniente jefe del destacamento, en unión de sus sobrinos, pidiéndole armas para defender la integridad de la patria, que aquel no pudo entregarles por carecer de ellas.

Durante la noche, el teniente había recibido otros dos avisos del *generalísimo* para que se entregara, á los cuales contestó el bravo militar, que como oficial del ejército español, no podía ni debía rendirse, y que estaba allí para defender su puesto como correspondia á un hombre de honor.»

***

Al alborear el día, el teniente dijo al alcalde:

—Ha llegado la hora; vea usted cómo avanza el enemigo desplegando su gente para el ataque: yo defiendo mi puesto y el honor de mi bandera hasta el último extremo. Aun tiene usted tiempo de retirarsecon los suyos.

—Pero, ¿es cierto que no disponéis de arma alguna para mí y mis sobrinos?—replicóle el señor Samper.

—Muy cierto, señor Alcalde.

—En ese caso, véome obligado á ponerme en salvo.

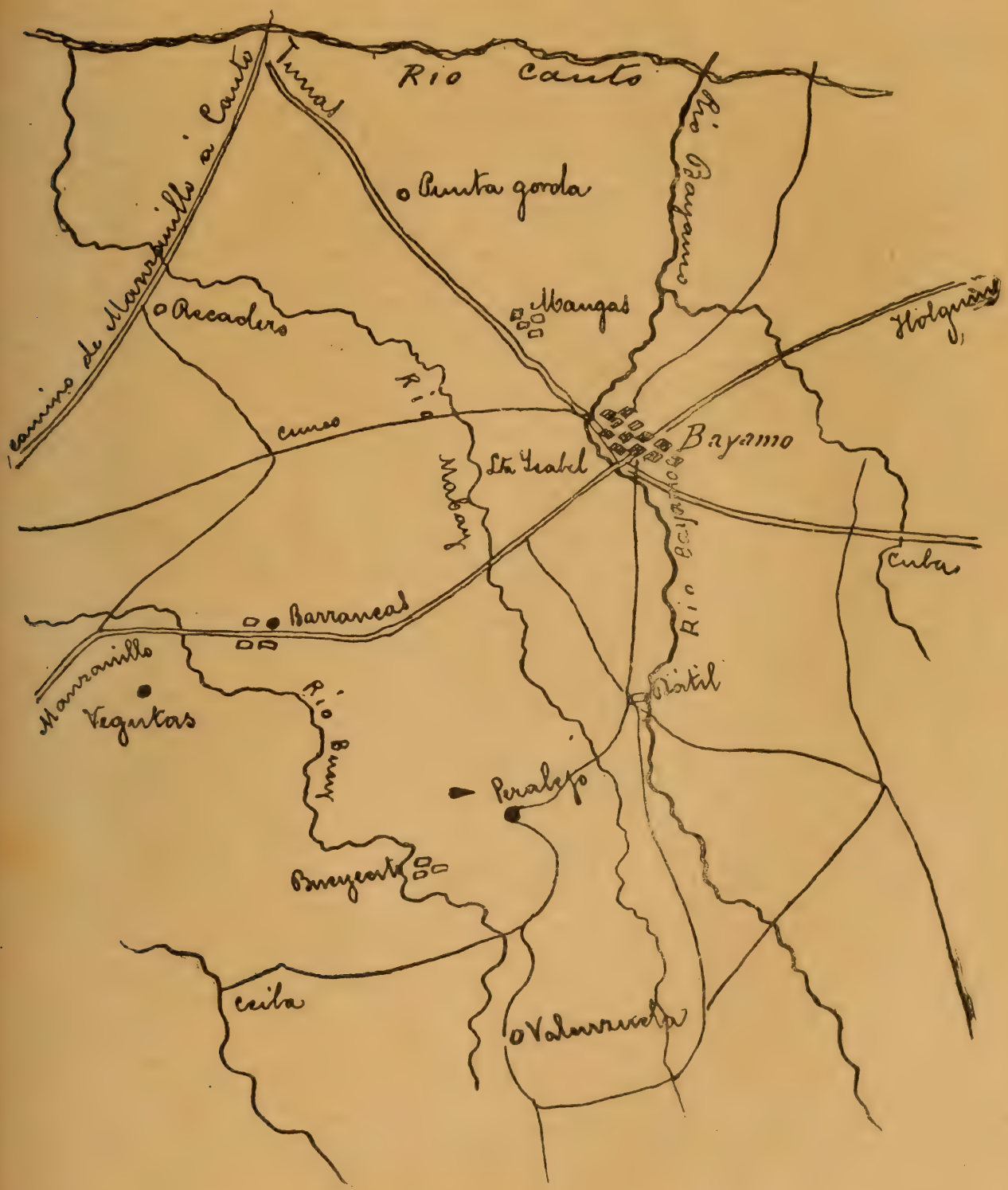
—Hagan lo que quieran.

El alcalde al retirarse del fuerte, con sus sobrinos, dejó su bien surtido establecimiento á disposición del teniente.

DON ANTONIO CARO VILLACON

Al abandonar el pueblo con varios vecinos y encontrarse ya algo lejos de su recinto, un grupo de caballería enemiga, compuesto de hombres de color, capitaneados por un negrazo alto y robusto, salióles al encuentro y cerróles el paso, y después de hacerles varias preguntas, les obligaron á seguirles para ser presentados á sus jefes.

Conducidos entre filas de insurrectos y atravesando por entre los que estaban ya formados y constituían un círculo que rodeaba por com-



PLANO DEL LUGAR DONDE SE LIBRÓ EL HERÓICO COMBATE DE PERALEJO

pleto la población, llegaron donde se encontraba el *generalísimo* con su escolta.

Máximo Gómez vestía pantalón obscuro, camisa de rayadillo y sombrero negro de castor con escarapela encarnada.

El general dominicano les hizo varias preguntas respecto á la situación y disposiciones de las tropas que guarnecían el poblado, diciendo que él respetaría á los vecinos pacíficos, pero que si el destacamento se resistía á entregarse estaba dispuesto á tomarlo por la fuerza, entrando á sangre y fuego.

Mandó enseguida á varios de los paisanos que tenía detenidos, que pegaran fuego á las primeras casas de la población, y dirigiéndose al alcalde, señor Samper, le dijo:

—Ahora mismo va usted á decir, de mi parte, al jefe del destacamento, que tengo rodeado el pueblo con mil hombres de caballería, y que se rinda si quiere evitar el derramamiento de sangre y las fatales consecuencias de su temeridad.

El señor Samper volvió al pueblo á transmitir la orden del *generalísimo* al jefe del destacamento.

Este, tenaz como buen aragonés, en sus propósitos de no rendirse, contestó á la nueva intimación del jefe rebelde, que en ninguna forma se entregaba, y que como buen español y digno oficial de la Nación, defendería su puesto hasta agotar todos los medios de que disponía.

***

Regresó el alcalde al campamento enemigo á llevar la digna respuesta del bizarro y pundonoroso militar á Máximo Gómez, el cual al oirla, dijo:

—¿Tan valiente es ese oficial? Está bien, y puede usted retirarse,

señor alcalde; pero conste, que la culpa de lo que ocurra la tiene ese bravucón y temerario militar.

Iba ya á retirarse el señor Samper, obedeciendo la órden del *generalísimo*, cuando éste le detuvo, diciéndole:

—Vuelva al fuerte, y dígale á ese español, que si no se rinde voy á pegar fuego al pueblo.

La respuesta del bravo oficial, fué la siguiente:

—«Que lo queme; pero que no me rindo.»

Oída tan suprema resolución, de labios del señor Samper, gritó con mal reprimido acento de cólera á uno de sus ayudantes.

—Que desmonten ochenta hombres de los armados con Maüsser, y que hagan fuego al fuerte, avanzando sobre la población.

Y volviéndose hacia los paisanos, añadió:

—Ustedes, sobre los que no han de disparar, adelantarse hasta las afueras del pueblo y pegar fuego á los *ranchos*, á ver si así se rinden.

Algunos paisanos, custodiados por un grupo de insurrectos de caballería, se dirigieron á las *sitierías* del poblado, y pegaron fuego á algunos *bohíos* aislados y un poco separados de las primeras casas de la población.

Atento el *generalísimo* á los efectos de las dos operaciones, exclamó al poco rato:

—Nada: está visto que á pesar del fuego y del incendio no se rinden. ¡Buen oficial!

Y dirigiéndose á otro de sus ayudantes, le dijo:

—A esa gente, que penetre en el centro del poblado y lo queme todo.

La órden fué al momento trasmitida y obedecida.

Al observar el jefe de las fuerzas españolas que defendían el fuerte, que algunos insurrectos iban ocultándose en las casas y pegándoles fuego por la parte trasera, ordenó hacer contra ellos varias descar-

gas, que fueron contestadas con fuego graneado por los rebeldes.

Es de advertir que estos se situaron formando círculo al rededor del fuerte, y á una distancia que no les alcanzaban las balas de nuestros soldados.

***

Mientras que el incendio iba tomando horribles proporciones y formando una herradura de fuego, cuyas llamas tendían á unirse, los heróicos defensores del fuerte no cesaban de hacer descargas cerradas sobre sus enemigos.

Pero, llegó un momento en que las llamas con su progresivo é inatajable avance, comenzaron á lamer el techo de guano del fuerte, cayendo sobre sus defensores pencas y vigas ardiendo.

Era, por tanto, necesario tomar una resolución á fin de no morir abrasados ó asfixiados.

Los insurrectos gritaban, disparando sin cesar sus armas:

—¡Rendirse!

El oficial resistíase aún á entregarse; pero el negro y espeso humo que por segundos invadía el interior del fuerte cegaba ya y asfixiaba á la tropa, y las llamas habían hecho ya presa en toda la techumbre del fuerte.

Comprendiendo, entonces, el bizarro teniente que ya no era posible hacer resistencia contra el círculo de fuego que veía á su alrededor, y que amenazaba la vida de sus soldados, cogió una sábana, atóla á la punta de una bayoneta armada en un fusil, y levantando este por lo alto del derruido techo del fortín, pidió parlamento.

Una corneta insurrecta hizo oir enseguida el toque de alto el fuego, y al momento vióse precipitarse fuera del fuerte y aparecer en la

esplanada, rodeados por un círculo de llamas, al teniente y fuerzas á sus órdenes.

Un minuto más, y todos mueren abrasados por las llamas ó asfixiados por la negra y espesa humareda del devastador incendio.

Máximo Gómez y el marqués de Santa Lucía al frente de las fuerzas insurrectas, se presentaron en la esplanada á concertar con el teniente señor Laborda las condiciones de la capitulación. Fueron estas, la entrega de las armas y municiones y la libertad para todos los del destacamento.

Los jefes rebeldes abrazaron al teniente Laborda, diciéndole Gómez:

—Es V. un valiente y á los oficiales valientes como V., y que saben cumplir su deber como V. lo ha cumplido, no se les desarma.

El teniente le replicó que «podía mandar matarle ya que no había sabido morir en defensa de su patria y de su honor.»

***

Aquellos bravos oficiales y valientes soldados, con lágrimas de ira en los ojos y la altanería de nuestra raza en el semblante, entregaron su armamento á un enemigo veinte veces mayor en número, obligados á rendirse no por falta de valor y heroismo para sacrificar sus vidas en aras de la patria, si no por la imposibilidad de defenderse del violento incendio que redujo á escombros el débil baluarte encomendado á su defensa, y para evitar sufriera igual suerte el poblado que les albergaba, y salvar á los heridos y enfermos que custodiaban.

¡Escena digna de ser trasladada al lienzo y reproducida por el pincel de un Goya ó un Velázquez, la que ofreció la esplanada del fuerte de San Jerónimo en el momento de la rendición! Una inmensa columna de humo negro y espeso, por un lado, blanco y transparente, por

otro, iluminando á intérvalos breves y desiguales con la rojiza llama de los escombros, todas las tristezas y el coraje de un grupo de valientes obligados á rendir sus armas y abandonar el puesto, cuya defensa les confiara la Madre patria, cediendo al más espantoso y voraz de los elementos, el fuego, y al más sagrado é irreprimible de los sentimientos, el de humanidad hacia sus semejantes.

A las doce de la mañana se retiraron los rebeldes, después de desbalijar la mayoría de las tiendas del poblado, en dirección á Vertientes que dista unas seis leguas de San Jerónimo.

El teniente señor Laborda y sus soldados, ocuparon una carreta del alcalde señor Samper, y tras ellos abandonaron también el pueblo, cuyas afueras y contornos del sitio que ocupaba el fuerte quedaron reducidos á escombros.

El bravo teniente D. Gauderio Laborda, es un joven y distinguido oficial de 34 años de edad, natural de un pueblo de Aragón. Pertenecía á la cuarta compañía del segundo batallón de infantería de Tarragona, y se hallaba destacado en San Jerónimo, desde hacía dos meses, con 56 hombres á sus órdenes.

En el momento del ataque tenía siete enfermos, y contaba con los guerrilleros dispersos que en demanda de refugio y auxilio para los heridos se habían presentado la tarde anterior, y que formaban un total do *setenta y cinco* hombres.

El *fuerte* era de madera y guano, y los soldados estaban armados con fusiles Maüsser, y disponían de 150 cápsulas cada uno, que agotaron durante la tenaz y vigorosa defensa.

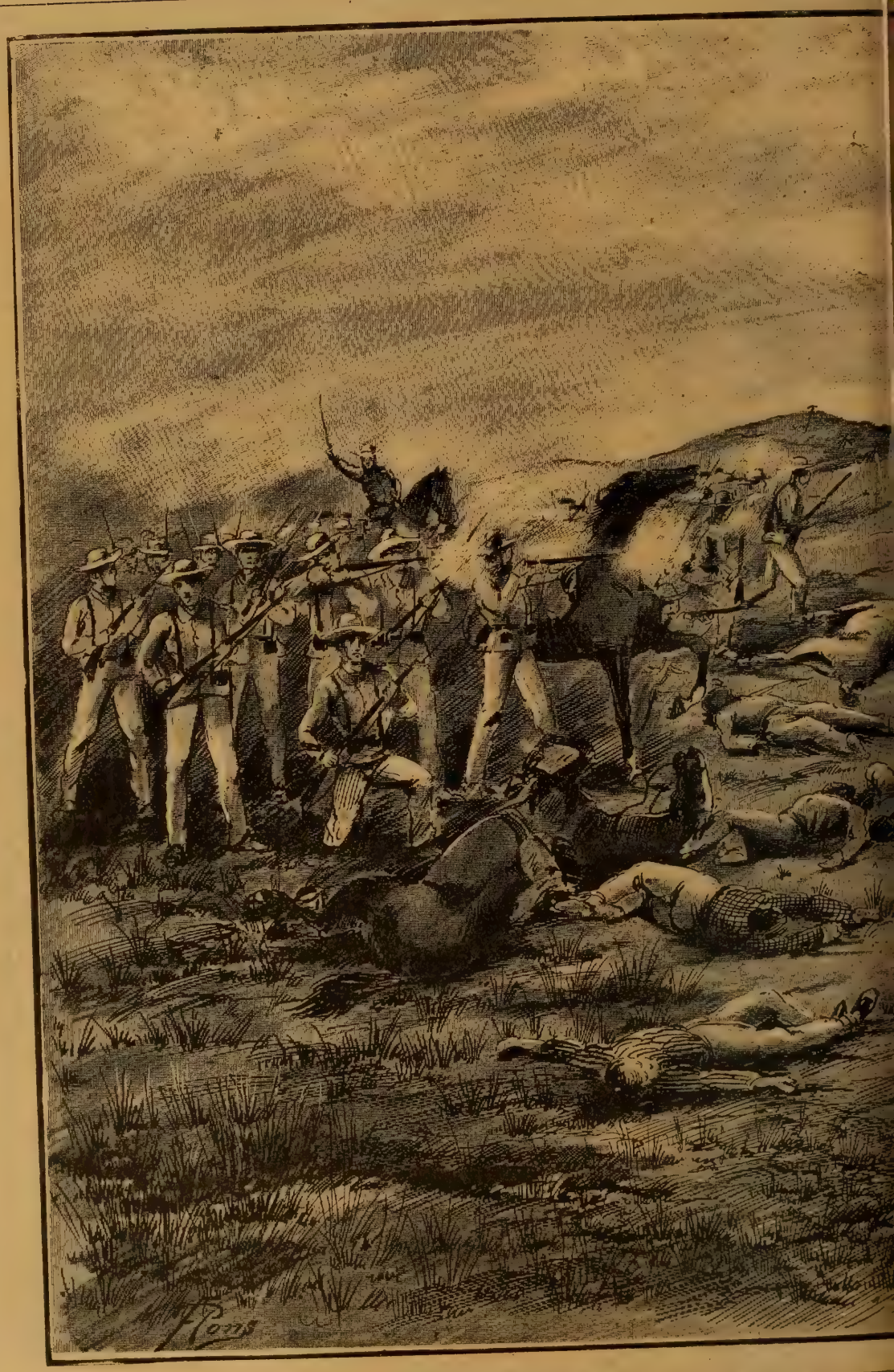
La conducta del bravo teniente señor Laborda y de los valientes soldados á sus órdenes, resistiendo hasta agotar el último medio de defensa el ataque de un enemigo veinte veces superior en número, fué muy elogiada por todos, mereciendo por ella bien de la patria y la honosa consideración reservada sólo á los valientes.

CAPITULO XV

Alarma y espectación en la Península.—Rumor grave.—Pesimismos de los alarmistas.—Extraño é inexplicable silencio del Gobierno.—Primeras noticias de la acción de Valenzuela.—Aumenta la alarma y la espectación.—Despachos oficiales.—Crece la ansiedad y el interés.—Censuras al Gobierno.—Observaciones á los difusos telegramas oficiales.—Nuevos despachos.—Telegrama de nuestro correspousal en Santiago de Cuba.—Penosa impresión y dolorosas deducciones.

GRAN espectación produjo en la Península, y vivísimo interés despertó en el ánimo de todos los españoles, un telegrama comunicado desde Nueva York, el día 14, á uno de los diarios de mayor circulación de Madrid, en que se hablaba de un desastre ocurrido á nuestras tropas, y de una desgracia acaecida á un general español, suponiendo sucesos á los que nadie dió fundamento alguno, por la procedencia sospechosa de la noticia, y porque de ser ciertos aquéllos hubiera tenido noticia el Gobierno.

Sin embargo, como se sabía oficialmente que el general en jefe había salido el día 7 de Placetas en dirección á Manzanillo y Bayamo, y el despacho suponía que los sucesos de que hablaba se habían desarrollado en las cercanías de la última de estas villas, fueron muchos los que atribuyeron si no fundamento, al menos algunos visos de verosimilitud y posibilidad á la noticia.



HERÓICO CO

PERALEJO

Con esto creció el interés y la curiosidad, y la espectación fué en aumento.

En este estado los ánimos, y en medio de una ansiedad legítima por parte de todo el mundo; ansiedad que se reflejaba en los círculos á que concurrían políticos y periodistas, circuló el rumor de que el Gobierno había recibido un telegrama del general segundo cabo de la Habana, que por la gravedad que entrañaba y lo desagradable de las noticias que en él comunicaba, había acordado no darle publicidad y negar su existencia, hasta tanto recibiera confirmación del general en jefe, ampliando detalles de lo sucedido.

Ese rumor dió motivo y ocasión á que se despacharan á su antojo los impresionistas y propagandistas del pesimismo, esparciendo por Madrid rumores en extremo graves y disparatados.

Hubo quien dijo que el general Martinez Campos no había podido llegar á Bayamo; otros dijeron que había llegado, sí, pero herido y con la columna dispersa y destrozada.

Supusiéronle otros cercado por numerosas fuerzas insurrectas, cuya línea érale imposible romper, y, en igual situación presentaban al general Suárez Valdés, que desde Holguín debía haber concurrido con 1,500 hombres á las operaciones ordenadas por el general en jefe.

Hablóse de sorpresas, de bajas considerables, de peligros inminentes y no dominados: el pesimismo, en fin, recobró todo el terreno perdido en los anteriores días.

Lo que nadie, empero, dijo ni pudo decir, fué por donde había adquirido tales noticias, ya que el Gobierno nada sabía ó guardaba absoluta reserva acerca del despacho que se suponía había recibido.

***

Nadie se explicaba el silencio del Gobierno ante la general espectación y ansiedad del impresionable é intrigado pueblo español, y por esto se fué acentuando á medida que transcurrían los días sin facilitarse por los ministros noticias oficiales de la campaña de Cuba, la creencia de que el Gobierno las tenía desfavorables y por su mal entendido patriotismo las callaba y se negaba á darlas publicidad.

La gente conocedora de los manejos de la política ministerial acabó por abrigar la firme convicción de lo fundado de los rumores que circulaban y de la exactitud de su creencia, cuando apareció *La Epoca* con sus notas de última hora en su editorial del día 17, impregnadas de un pesimismo que no cuidaba de disimular.

El decano de los periódicos cortesanos y conservadores, órgano del Gobierno, inspiración genuina de su jefe y verbo del partido y en relación directa y contínua con los ministros todos, especialmente con los de Guerra y Ultramar, que eran y son los que reciben los telegramas de Cuba, empezaba sus notas de última hora diciendo, que las noticias oficiales de la campaña antillana eran poco agradables, y á las pocas líneas consignaba la siguiente afirmación tan categórica como dolorosa y que se prestaba á un cúmulo de comentarios, á cual más penoso.

«*El encuentro á las puertas de Bayamo no ha sido favorable del todo á nuestras tropas.*»

Ya pueden figurarse nuestros lectores, qué partido no sacarían de las precedentes líneas los alarmistas y cuántos comentarios se harían sobre el hecho de que un periódico ministerial tan autorizado y bien informado como *La Epoca*, se expresara en los términos consignados.

***

Al fin, el día 18 se facilitó á la prensa el primer telegrama oficial, que el Gobierno aseguró haber recibido el día anterior, dando cuenta de la muerte del malogrado general Santocildes, que tanta impresión causó en la Península.

El despacho oficial decía así:

«Habana, 17.—General Salcedo me comunica desde Cuba que general en jefe ha llegado á Bayamo, después de varios combates contra partidas insurrectas reunidas.

Los hechos de armas han sido tan gloriosos como todos los suyos, aunque con la pérdida sensible del general Santocildes.

Se halla en Bayamo, y encontrándose cerca del mayor número de partidas insurrectas, propónese batirlas, para lo cual ha ordenado que el general Navarro salga de Santiago de Cuba para Manzanillo con 1,300 hombres y dos piezas de artillería y que general Valdés envíe de Holguín otros 1,500 hombres.

Confírmase que el cabecilla Garzón murió en el combate del día 9. —*Arderius.*»

Al día siguiente el Gobierno recibió otro telegrama del general Arderius, cuyo primer párrafo estaba concebido en los siguientes términos:

«Habana, 18.—*Ayer tarde* salió de Cuba general Navarro con dos mil hombres y dos piezas de artillería, que habrán desembarcado en Manzanillo al medio día de hoy.»

Estas noticias no satisfacieron al ministro de la Guerra que apremió al general Arderius para que diera más detalles, y éste contestó con el despacho siguiente:

«Habana, 19.—Recibido el telegrama de V. E. pidiendo amplíe los detalles de la acción de Bayamo, y *siguiendo* interrumpido el telégrafo en Ciego de Avila, envío un cañonero á Manzanillo para que traiga noticias de Cienfuegos.

No tengo hasta ahora más noticias que las trasmitidas por el general Salcedo.—*Arderius.*»

***

Los términos del primer telegrama oficial que se facilitó á la prensa de Madrid, parecieron á la mayoría de las gentes poco satisfactorios, y á los pesimistas muy alarmantes y de extensa gravedad.

Observóse por todos que el despacho era muy conciso y algo enigmático para tratarse en él de los primeros combates librados por el mismo general en jefe; que no determinaba el día de la salida de Manzanillo, ni el momento de la llegada á Bayamo, ni el lugar y día precisos de la acción, ni el número y forma de los choques sostenidos con las partidas insurrectas; y que debía tratarse de sucesos ocurridos con antelación de dos ó tres jornadas, pues la noticia procedía del general gobernador de la Habana, quien á su vez la recibió del general Salcedo, sin que se determinara si éste había conocido los sucesos por comunicación directa con el general en jefe, en cuyo caso también era de extrañar que el Gobierno no tuviera despachos del general Martinez Campos, ó sólo por rumores y referencias llegados á Santiago de Cuba, lo cual daba márgen á mayores dudas.

A consecuencia de estas observaciones, adquirió gran crédito la especie que el telegrama dando cuenta de la acción se hallaba en Madrid desde hacía dos días, no habiendo considerado prudente el Gobierno darle publicidad desde los primeros momentos, ni patriótico darlo íntegro á la prensa.

Esta extraña é incomprensible conducta del Gobierno hízose sospechosa á la opinión, dando resultados contraproducentes, y la falta de noticias directas del general Martinez Campos, dió mucho qué pensar

á los alarmistas y aumentó la general ansiedad que pesaba sobre todos los ánimos.

***

Nadie se explicaba ni llegaba á comprender que el día 17 se estuviese en la Habana en comunicación con Santiago de Cuba; que lo propio ocurriera el día 18, y que llegase el día 19 y la comunicación se interrumpiera de repente... porque el telégrafo *seguía* cortado en Ciego de Avila.

¿Era esto verosimil?

¿Estaba ó no estaba cortado *antes* el telégrafo en Ciego de Avila?

Pues, ¿cómo comunicó el general Arderius con el general Salcedo hasta el día 18? Y, ¿por qué dejó de comunicar al siguiente día?

¿Por qué conducto supo, entonces, el último, lo ocurrido al general en jefe al ir á Bayamo?

¿Cómo se puso en comunicación Martinez Campos con los generales Salcedo y Valdés, el uno en Santiago y el otro en Holguín, para pedirles refuerzos, y á qué se debía que todas esas comunicaciones expeditas el día 18, se interrumpieran el día 19?

Hay más, aún: ¿cómo se explicaba que esas comunicaciones interrumpidas por el general Arderius el día 19, continuasen expeditas para los periódicos de la Habana, que dieron, despues de esa fecha, pormenores de la acción de Valenzuela, á la que se refería en sus despachos, más tarde, la autoridad misma que residía en la capital de la isla?

Forzoso es convenir en que todo esto pareciera muy extraño y por demás incomprensible á la opinión, y que en presencia de semejantes incongruencias y en vista, sobre todo, del tiempo transcurrido sin ha-

berse recibido noticias directas del general Martinez Campos, contando lo ocurrido en su marcha á Bayamo desde Manzanillo, no hubiera para qué extrañarse de que la general ansiedad y la espectación fuese creciendo por momentos y se apoderase de todos los ánimos.

Alegaban los optimistas, con muy buena intención, pero con muy poca lógica, que no había que apurarse por tal carencia de noticias; porque todo ello obedecía, sin duda, y era debido al propósito del general Martinez Campos de tener muy ocultos sus planes para sorprender al enemigo.

Los que así argüían se olvidaban de que no se trataba de averiguar hechos futuros, ni de descubrir cosa alguna que los insurrectos no supiesen en aquellas fechas mejor que los españoles.

Lo que se quería saber era lo que había ocurrido ya; pues lo que inspiraba verdadera angustia era el silencio del Gobierno y de las autoridades de Cuba á propósito de un suceso del cual habían hablado ya y lo habían comentado todos los periódicos de Europa y de América.

El Gobierno no había dicho aún nada al país, el día 24, de un hecho de armas ocurrido en los campos de Cuba, el día 13. ¿Fué porque no lo sabía? Pues semejante ignorancia no tenía explicación racional. ¿Fué porque conociéndolo quiso ocultarlo? Pues esto es lo que se supuso y se temía, y lo que fué causa de la zozobra é inquietud que se apoderó, en aquellos días, de todo el mundo.

***

A las altas horas de la madrugada del día 24, recibió el Gobierno un telegrama del general Arderius, en que le decía esta autoridad, con referencia á noticias del día 20, que el general en jefe continuaba sin

novedad en Bayamo, y que seguía en este punto la concentración de fuerzas del ejército.

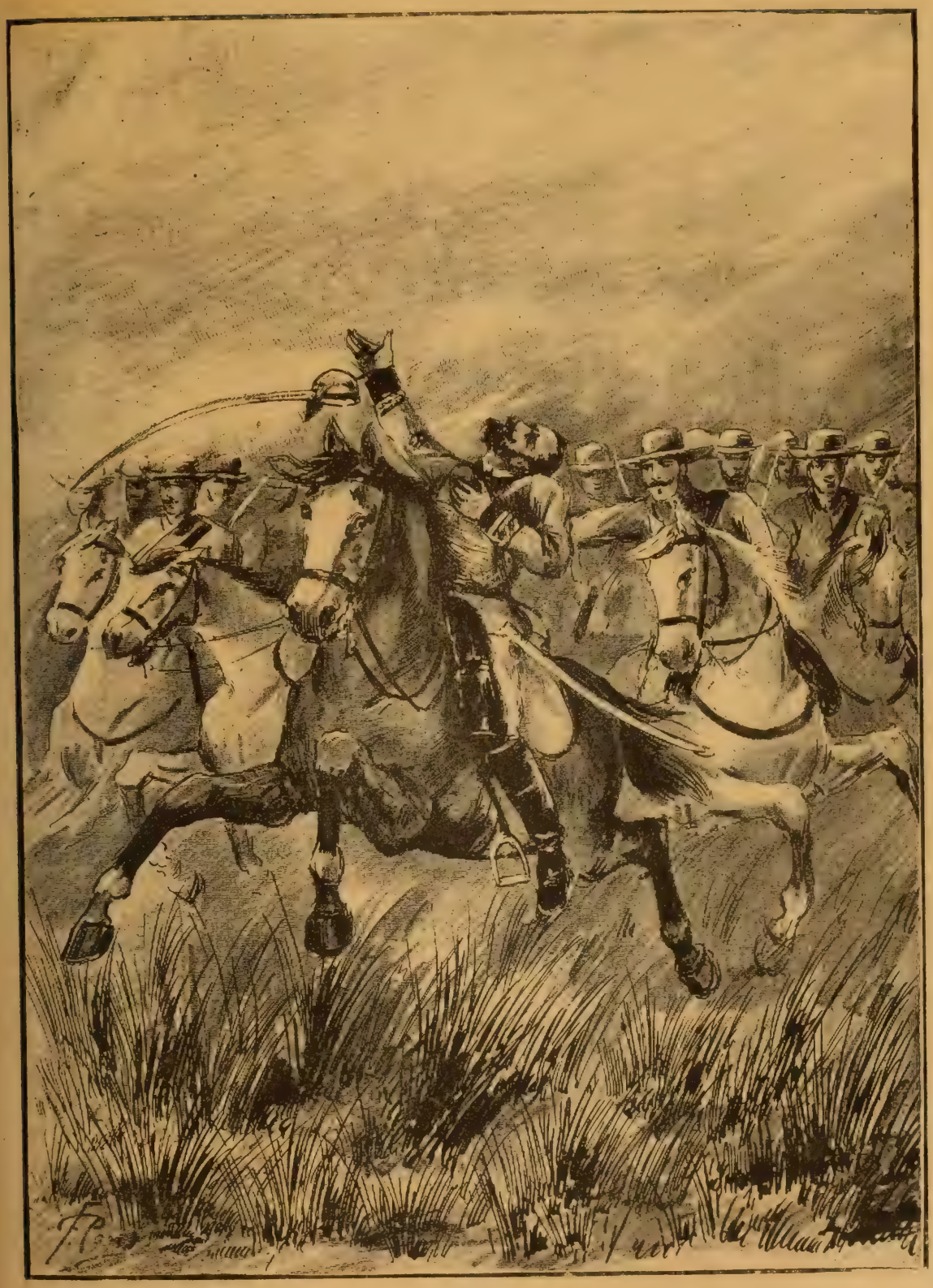
Ese despacho significaba un avance de noticias respecto de otro, también del general segundo cabo de la Habana, trasmitido al Gobierno por la mañana, que decía lo siguiente:

«Habana, 23.—Según oficio del teniente coronel Otero al alcalde municipal de Manzanillo, fecha 18 del actual, el general en jefe continúa en Bayamo, sin novedad.—*Arderius.*»

TENIENTE DON TOMÁS SOTOMAYOR
Ayudante del general Santocildes, muerto en Peralejo

Hubo, por consiguiente, el día 23, esto es, á los diez días de haber ocurrido los sucesos que tanta alarma y ansiedad despertaron en la Península, noticias duplicadas relativas al general en jefe del ejército de operaciones en Cuba, y aún ambas de referencia y en cumplimiento, sin duda, de órdenes del general Martinez Campos, pues éste no se sabía, ó no se dijo, al menos, que se hubiese puesto en comunicación directa con el Gobierno, ni siquiera con las primeras autoridades de la Habana.

Varios periódicos de Madrid, procurando explicarse de alguna manera el silencio del general Campos, supusieron que éste no quería,



MUERTE DEL BIZARRO GENERAL ALONSO DE SANTOCILDES

temeroso de una infidencia, comunicar sus planes por telégrafo; pero esta presunción—que hubiera sido lógica si alguien hubiese pretendido que el general en jefe fiase á nadie el secreto de sus proyectos—dejaba de serlo en cuanto se reflexionase que lo únicamente solicitado por la opinión era el relato de lo ocurrido el día 13 entre Manzanillo y Bayamo.

No se nos alcanza que en esto hubiese habido peligro alguno, y creemos, por el contrario, que se hubieran deducido algunas ventajas: la primera, y no insignificante, por cierto, la de que el Gobierno tuviese *parte oficial* de los sucesos, evitándose de este modo que la prensa universal los refiriera con todo lujo de pormenores, exactos ó erróneos, y que los comentase cada cual á su antojo ó como más convino á sus intereses.

Porque fué de notar, que mientras el Gobierno negaba en redondo que tuviese pormenores de ninguna clase relativos á lo ocurrido al general Campos, entre Bayamo y Manzanillo, mostró cierto apresuramiento en desautorizar las versiones particulares publicadas, todas muy optimistas, por cierto, sobre el resultado del encuentro, diciendo que eran enteramente caprichosas, lo cual vino á declarar que no tenían ni visos siquiera de fundamento.

Resultó, por consecuencia, que al cabo de diez ú once días se estaba en la Península como el primero en que se supo el encuentro ó combate en Bayamo, es decir, en la más completa ignorancia de lo que en él había ocurrido, así como también respecto á si permanecían los insurrectos en aquellos lugares ó los habían abandonado.

***

Sobre ese último punto, á todas luces interesantísimo, existía un dato, el de la concentración de fuerzas del ejército que seguía haciéndose sobre Bayamo, según decía el telegrama del general Arderius á que hemos aludido en anterior párrafo.

Natural pareció deducir que aquella concentración no se realizara, al menos en las proporciones en que parecía verificarse, si el enemigo hubiese abandonado el terreno que anteriormente ocupaba; y si no había desaparecido y el general Martínez Campos reunía en Bayamo todos los refuerzos que había pedido ó se le habían enviado, también era racional presumir que en breve se libraría en las inmediaciones de aquella población un combate de importancia.

Valiera más; y ¡ojalá que así hubiese ocurrido!, y que á la guerra de emboscadas, de traiciones y de incendios y asesinatos hubiese sucedido, una vez siquiera por parte de los insurrectos, la lucha frente á frente y á pecho descubierto, pues, tenemos tal confianza en la bravura, organización y disciplina de nuestros soldados, que, seguros estamos, hubieran pagado cara su osadía los rebeldes, cualquiera que hubiera sido su número.

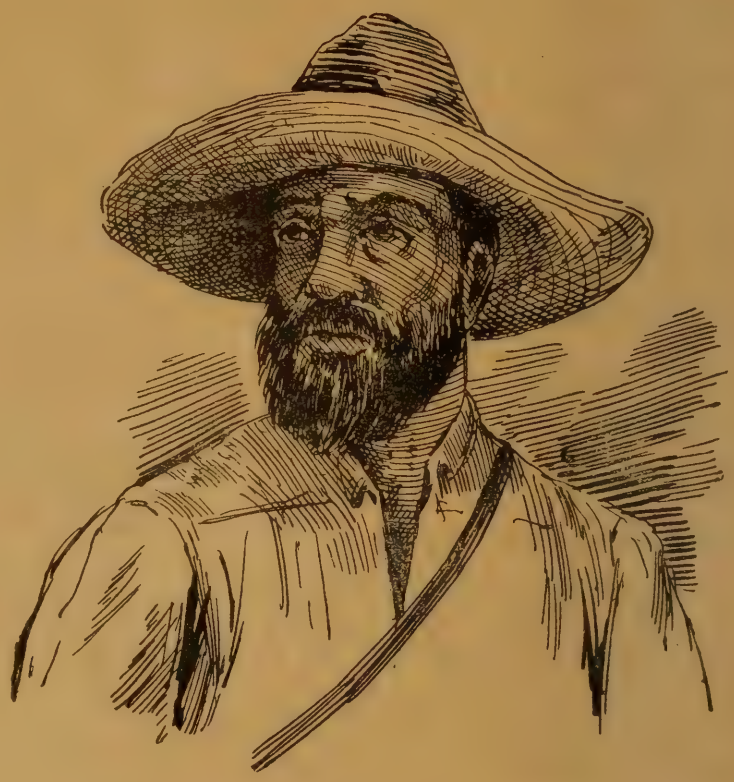
El despacho oficial recibido por el Gobierno la madrugada del 24, y á que anteriormente hemos hecho referencia, decía así:

«Habana, 23.—General Salcedo telegrafía que llegó á Santiago de Cuba el día 22, á las ocho de la mañana, el cañonero *Nueva España*, de Manzanillo, diciendo que las columnas Navarro y Aldave, mandadas por el general Lachambre y fuerza de 4,000 individuos, 300 caballos y tres piezas de montaña, llegaron el 21 á Veguitas; que Bayamo tenía raciones y municiones, y que, según noticias, el general en jefe estaba sin novedad el día 20.—*Arderius*.»

***

Telegramas particulares dirigidos á la prensa peninsular por sus corresponsales en la isla y publicados por los periódicos de Madrid en su editorial del día 22, completaron las noticias de los recibidos por el Gobierno, y dieron algunos detalles de lo ocurrido al general Martinez Campos en la marcha de Manzanillo á Bayamo.

He aquí el despacho de nuestro corresponsal en Santiago de Cuba, haciendo sucinto relato del combate librado entre los insurrectos y las tropas mandadas por el general Martinez Campos, y que recibimos con notable retraso.



CABECILLA MONCADA (Hermano de Guillermón)

«Santiago Cuba, 14. —Ayer mañana librádose encarnizado combate, camino Bayamo, fuerzas Maceo, columna general Martinez Campos.

Noche 11 llegó Manzanillo general jefe, pequeña escolta. Descansó imponiéndose minuciosamente situación cosas aquella población y comarca. Amanecer 12 salió dirección Bayamo, llevando 200 soldados regimiento Isabel Católica y 40 caballos mando teniente coronel Vaquero.

Insurrectos, enterados itinerario había seguir expedición, reunieron varias partidas propósito dar golpe mano copando columna, apoderándose general.

Corta distancia Manzanillo, encontró general Campos columna Santocildes, formada 200 infantes, 40 ginetes, siguiendo juntas camino Bayamo.

Mañana 13, nuestras avanzadas descubrieron rebeldes, número 3,000, mandados Maceo, apostados ventajosas posiciones cerrando paso, propósito vencer general ó forzarle regresar Manzanillo, quedar dueños centro aquella parte isla.

Roto fuego ambas partes, empeñóse encarnizado combate.

Separatistas preparado bien emboscada, creyéndose primeros momentos dificilísimo soldados abrir brecha muralla carne humana.

Martinez Campos, comprendiendo dependía éxito, acto arrojo y entusiasmo, presentóse puntos mayor peligro desoyendo ruegos tropa pedíale no expusiese vida.

Visto general primera línea, infantería cargó impetuosamente bayoneta; caballería completó operación, enemigo hubo de abrir filas, ceder posiciones y dispersarse, franqueando camino Bayamo.

General Santocildes no apartóse momento Martinez Campos, hasta que animando soldados avanzadas alcanzóle bala enemiga que puso fin vida.

Rebeldes dejaron campo sembrado muertos, heridos.

Columna dos oficiales, treinta y seis soldados muertos. Ignoro número heridos. Siguió marcha Bayamo, entrando sin novedad.—*El corresponsal.*»

***

La impresión qne nos produjo este despacho, fué la de que nuestro valeroso ejército había sufrido un desastre, y la patria perdido uno de

sus más bizaros é inteligentes generales, luchando como soldado por salvar el honor de la bandera.

Los detalles que por telegramas particulares se supieron después, confirmaron nuestra impresión de que el desgraciado combate de Valenzuela fué una emboscada en que los insurrectos hicieron caer al general Martinez Campos, ó una temeridad inaudita é imprudente por parte del general en jefe de nuestro ejército en Cuba, que rescató su falta de previsión peleando con extraordinario valor al frente de sus invictos soldados.

A no ser por el casual refuerzo y el heroismo del arrojado y malogrado Santocildes, acaso el general Campos hubiese quedado muerto ó prisionero en la acción.

Entró en Bayamo á pié y perseguido por los rebeldes á las nueve de la noche, mientras el bravo Santocildes hacía el sacrificio de su vida por salvarle, y se perdía la impedimenta y hasta los caudales.

Por el mismo telegrama oficial se vió que el general quedó en situación tan comprometida en Bayamo, que hubo de pedir auxilios.

El mismo, algunos días más tarde y conjurado el peligro, lo telegrafió al Gobierno, como nuestros lectores verán en el parte oficial que insertaremos más adelante.

CAPÍTULO XVI

Relato del combate de Peralejo.—Llegada del general Martinez Campos á Manzanillo.—Salida para Bayamo.—Llegada á Veguitas y encuentro del general Santocildes.—Cambio de impresiones y noticias de los rebeldes.— Empieza la acción en el potrero San Francisco.—La columna avanza hasta el río Mambay.—Muerte del heróico general Santocildes. —El general en jefe toma el bando de la columna.—Combate de Paralejo.—Heroismo de nuestras tropas.—El enemigo rechazado y obligado á retirarse.—Entrada del general y su columna en Bayamo.—Deducciones.—Bajas.

SABIENDO el general en jefe del ejercito de operaciones en Cuba, que los insurrectos preparaban y proponíanse dar un audaz golpe de mano sobre Bayamo, con objeto de apoderarse de esta plaza, á cuyo efecto estaban reconcentrando sus fuerzas en las inmediaciones de la capital de la jurisdicción, antigua residencia del Gobierno superior de la isla, y en las faldas de la Sierra Maestra, en el partido de Valenzuela, trasladóse á Manzanillo con ánimo de desbaratar sus planes é inspeccionar personalmente el estado de dicha plaza.

El general llegó á Manzanillo el día 11 por la noche, acompañado de una pequeña escolta.

Sin tomar apenas descanso y sin atender los consejos de sus amigos, sin duda porque urgíale llegar cuanto antes al término desu expedición, salió de Manzanillo para Bayamo en la madrugada del siguien-

te día 12, con una escolta de 50 caballos al mando del teniente coronel señor Vaquero, y 200 soldados del regimiento de infantería de Isabel la Católica.

La marcha se hizo sin incidente hasta llegar á Veguitas á las dos de la tarde, donde encontró la columna del bizarro general Santocildes, compuesta de fuerzas del regimiento de Baeza, (tres compañías).

POTRERO VALENZUELA

una sección de ingenieros y la guerrilla mandada por el capitán Travesí; en junto, 200 hombres de infantería y 40 de caballería.

Los informes que allí pudo adquirir fueron que Maceo, en unión de Rabí, Massó, Tamayo, Estrada, Goulet, Salvador Rios, Rivero, Chongo, Parra y otros varios cabecillas, en una palabra, que todas las fuerzas insurrectas de Oriente, en número de más de *siete mil* hombres, estaban apostadas más allá de Barrancas, en el camino de Bayamo.

A pesar de todos estos datos, el general insistía en salir con solo una escolta de *doscientos* hombres de caballería. Por más que se le su-

plicaba desistiese de su temeridad, no había forma de hacerle abandonar su determinación. Todos estaban con gran pena, porque todos temían y poco más ó menos suponían que su temerario empeño le acarrearía un funesto desenlace. Por fin, el señor Quirch, en cuya casa se hospedaba, le volvió á insistir sobre el mismo tema, y parece que tan convincentes fueron sus razones y tan verídicos los informes que pudo darle, que logró hacerle cambiar de opinión, y entrando en el comedor, donde estaban á la mesa sus ayudantes y otras personas, les dijo:

—Al fin se han salido ustedes con su empeño; mañana de madrugada saldremos para Bayamo é iremos con toda la fuerza disponible.

Después el general Santocildes comunicó al general en jefe el resultado de las observaciones durante la jornada, y á la mañana siguientes contiuuaron juntos la expedición hacia Bayamo.

Como sabíase que los insurrectos, conocedores del paso del general Martinez Campos por aquella zona, se habían replegado con gran rapidez sobre el camino de Bayamo, tratando de copar su columna, se tomaron todo género de precauciones para evitar una emboscada.

Las fuerzas que componían la pequeña columna iban animadas del mejor espíritu y deseosas de pelear.

***

En la mañana del día 13 emprendió la marcha la columna en dirección á Bayamo.

En Carruana se tuvo noticia de que el enemigo, en número de 7,000 hombres estaba en Valenzuela, entre Datil y Bueyecito, ocupando fuertes posiciones, y que á su frente se hallaban los cabecillas Maceo, Massó, Rabí, Goulet y Machado.

Eran las ocho de la mañana. Siguió la columna su marcha adelante

y á las once y media divisóse al enemigo en el potrero San Francisco, notándose desde luego que los rebeldes se habían concentrado en número considerable, y ocupado ventajosas posiciones cerca de Valenzuela, para impedir ó disputar el paso á nuestras tropas.

Como para seguir la marcha á Bayamo era preciso romper la línea enemiga, empezó seguidamente el combate, poniéndose al frente de nuestros valientes soldados el heróico general Santocildes.

La columna avanzó paso á paso, abriéndose camino entre los rebeldes en medio de un fuego incesante y merced á repetidos ataques á la bayoneta de nuestros intrépidos soldados; pero el enemigo defendía con tesón sus ventajosas posiciones, y el avance era muy lento.

Sin embargo, la columna avanzó sosteniendo el fuego durante cinco horas hasta el río Mabay.

El general Santocildes recorría la línea de guerrillas, animando á los soldados y desafiando el peligro y la lluvia de balas que caía á su alrededor, cuando dos balazos le hirieron simultáneamente en el pecho.

A pesar de sus heridas, el bravo general no quiso retirarse, y siguió á caballo recorriendo la línea y dando órdenes á sus oficiales; pero un tercer proyectil, hiriéndole en la frente, derribóle del caballo y cayó exánime en brazos de sus ayudantes.

Fué éste uno de los momentos más críticos del combate,

El general Martinez Campos, tomó entonces el mando de la columna y continuó la marcha sin suspender el fuego y conteniendo los respectivos ataques del enemigo, hasta llegar á Sabana Peraleja.

Los insurrectos, viendo la inutilidad de sus esfuerzos para vencer á aquellos valerosos y heróicos soldados, ó para detener, al menos, su paso á Bayamo, redoblaron sus esfuerzos y resolvieron dar un golpe decisivo.

***

Dispuestos á concluir con la columna que tan bravamente resistía y rechazaba sus impetuosos y desesperados ataques, y decididos á impedirles su paso á Bayamo, replegaron fuerzas de los extremos de su línea para emprender un ataque decisivo y ahogar con el número el valor de nuestros soldados.

Al efecto, al llegar la columna á la Sabana de Peralejo, tres mil ó tres mil quinientos insurrectos cargaron contra el general Martinez Campos y sus indómitos soldados.

Fué éste el supremo y decisivo momento de la acción.

Para resistir la tremenda carga de la caballería enemiga, fuéle preciso al general ordenar el sacrificio de las acémilas y de los caballos de los oficiales, librándose así de la impedimenta y reforzando la columna con los soldados que le custodiaban.

Tomadas estas disposiciones con la rapidez que las circuntancias exigían, el general dió orden de echar todos pié á tierra, mandó formar el cuadro de defensa, y esperó el ataque de los insurrectos.

El choque fué terrible, espantoso; pero la valiente infantería española resistió valerosamente el ataque y rechazó victoriosa la carga de la caballería enemiga, sembrando el campo de batalla de cadáveres.

Una y otra vez los rebeldes, alentados por la superioridad numérica y con la esperanza del triunfo, arremetieron con terrible furia contra nuestros soldados; y una y otra vez fueron rechazados por las bayonetas de nuestros bravos y serenos infantes.

A cada ataque seguía una inmediata derrota. La avalancha de *mambises* se estrellaba contra la muralla que formaban con sus pechos y sus

bayonetas nuestros invictos soldados, obligándoles á retirarse, dejando el campo cubierto de cadáveres.

Contenidos en sus ataques los insurrectos por la serenidad y aplomo de nuestros valientes soldados, el general mandó tomar la orilla del monte, con la fuerza fraccionada en tres grupos. Así terminó de pasar la Sabana de Peralejo.

Fuera ya de la Sabana, la columna tomó la orilla del monte, sirviéndole este de defensa por retaguardia. Cada vez que se le venía encima una de aquellas avalanchas de hombres encontraban nuestras fuerzas en perfecto orden, rodilla en tierra, y con muchísimo acierto, haciendo descargas cerradas y causándoles muchas bajas, lo cual les desconcertaba y obligaba á retroceder. De este modo y muy lentamente, la columna iba siempre avanzando.

HIJO DEL GENERAL SANTOCILDES
Alumno de la Academia de Infantería de la Habana

Entre tanto, Lolo Benitez, con diez guerrilleros dando pruebas de un valor temerario y de un arrojo digno de ser admirado, fué á Bayamo á buscar refuerzos y municiones atravesando por en medio del fuego del enemigo.

La ira de los jefes que mandaban las fuerzas insurrectas era mayor al ver que se les marchaba la ocasión tan codiciada y entonces las ma-

sas de hombres que les caían eran cada vez mayores y más próximas; pero como el orden en nuestras tropas era perfecto y las voces de mando se atendían religiosamente, mientras más se aproximaba el enemigo y en mayor número lo hacía, mayor era el número de bajas que se le causaba. Los momentos de indecisión é incertidumbre que les producía la mortandad en sus filas, los aprovechaba el general para ir avanzando hácia el camino de Bayamo.

Maceo mandó fuerzas numerosas por dentro del monte para atacar por allí á la columna; pero nuestros bravos soldados estaban ya prevenidos y sus previsores jefes atentos á todos los movimientos del enemigo, y fueron igualmente recibidos.

***

La acción empezó á las diez de la mañana, y eran las siete de la noche y el enemigo seguía aún acometiendo con iguales bríos hasta que al llegar al río Mabay parece que se convenció de lo inútiles que resultaban sus esfuerzos, y viendo que se le venía la noche encima y y que nada había logrado desistió dejando libre el paso.

El general, una vez á orillas del río y viéndose ya tranquilo, dió órden á la tropa para que por secciones y en el mayor orden fueran entrando en el río á beber, que bien lo necesitaban, pues desde el amanecer no habían podido apagar la ardorosa sed que sentían, ni humedecer siquiera sus secas gargantas.

Los que de lejos oían las descargas dijeron que eran tantas y tan repetidas, que desde un principio apenas pasó un intérvalo de cinco minutos sin dejar de oirlas, tan iguales y uniformes, que más bien parecían disparos de artillería.

Una vez saciada la sed de todos, siguieron camino de Bayamo.

Cuando el valiente y temerario guerrillero Lolo Benitez regresó al sitio del combate, el fuego había cesado y el enemigo se había retirado ya, escarmentado duramente, dejando libre el camino de Bayamo.

Eran las ocho de la noche.

Desde que empezó la acción, el general echó pie á tierra y así siguió hasta llegar á Bayamo; de manera que pasó en medio de tantas peripecias como unas diez horas á pie, siempre en contínuo movimiento, y como aún sufría mucho de la herida que recibió en una pierna cuando el horrible atentado del anarquista Pallás, se comprende cuanto no sería lo que en aquellos terribles momentos soportaría.

Sin embargo, todos confesaron y estuvieron unánimes en afirmar que su serenidad ante el inminente peligro que le amenazaba fué asombrosa; que á todo supo imponerse, infundiendo gran aliemto su aplomo y bravura, que ni por un sólo instante le faltó, no viéndosele alterarse ni un segundo, ni aun mandar con la más leve descomposición.

En todas partes estaba y á todos alentaba. Cuentan que con la sonrisa en los labios, decía á los soldados:

«No os apresuréis, muchachos; tirad siempre á la voz de mando de vuestros jefes y sin precipitación.

A unos les daba cariñosos golpecitos en el hombro y á otros los estimulaba con frases laudatorias; para todos tenía sonrisas y palabras de halago.

Innegable es, y, hay que reconocer y reconocemos con orgullo y entusiasmo, que desde el general en jefe hasta el último soldado, todos en ese día se portaron como héroes, todos pelearon con sin igual valor, como saben pelear siempre los soldados españoles, sin que hubiera que excitarlos ni resultara nota discordante de ninguna especie.

***

El general Martinez Campos entró en Bayamo, al frente de sus invictos soldados, á las nueve de la noche, después de una jornada de verdadera prueba y gloriosa para nuestras armas, pero muy dolorosa y sensible para la Madre patria, que en ella perdió á uno de sus más bizarros é ilustres generales y á su bravo é ilustrado ayudante, el joven primer teniente, don Tomás Sotomayor.

Nuestras tropas condujeron en hombros el cadáver del malogrado Santocildes que recibió en Bayamo cristiana sepultura, en medio del duelo general de la población.

Dedúcese del relato transmitido por nuestro bien informado é imparcial corresponsal en Santiago de Cuba, un hecho esencial cuando se trata de apreciar sucesos de la guerra. y es, que el campo quedó por los nuestros, siendo rechazado y obligado á retirarse el enemigo, y cumpliendo la columna del general en jefe el fin único de la operación emprendida, que era entrar en Bayamo.

El combate fué épico, y nuestras tropas se cubrieron una vez más de gloria, renovando aquellos inmemoriales tiempos en que nuestros tercios fueron los primeros del mundo.

Puede afirmarse, por tanto, que la acción de Peralejo fué, no solo un combate glorioso para nuestras armas, sino una verdadera victoria sobre las huestes filibusteras de Maceo y sus secuaces.

El número de bajas que tuvo el enemigo, fueron de 120 muertos y más de doscientos heridos.

Nuestras tropas tuvieron las siguientes:

El bravo general Santocildes y su bizarro ayudante, el teniente don Tomás Sotomayor, muertos; y heridos, los tenientes coroneles señores Vaquero y San Martín, Lolo Benitez, el capitán Travesí, dos tenientes y setenta soldados.

A consecuencia de las graves heridas que recibió en el campo de la acción, falleció también á las pocas horas, el valiente capitán del regimiento de Isabel la Católica, don Eusebio Tomás.

Los cabecillas Rabí, Machado, Goulet, Moncada, hermano del negro Guillermón, y Ramirez, fueron gravemente heridos, lo cual hizo suponer en los primeros momentos, que habían sido bajas definitivas en el campo insurrecto.

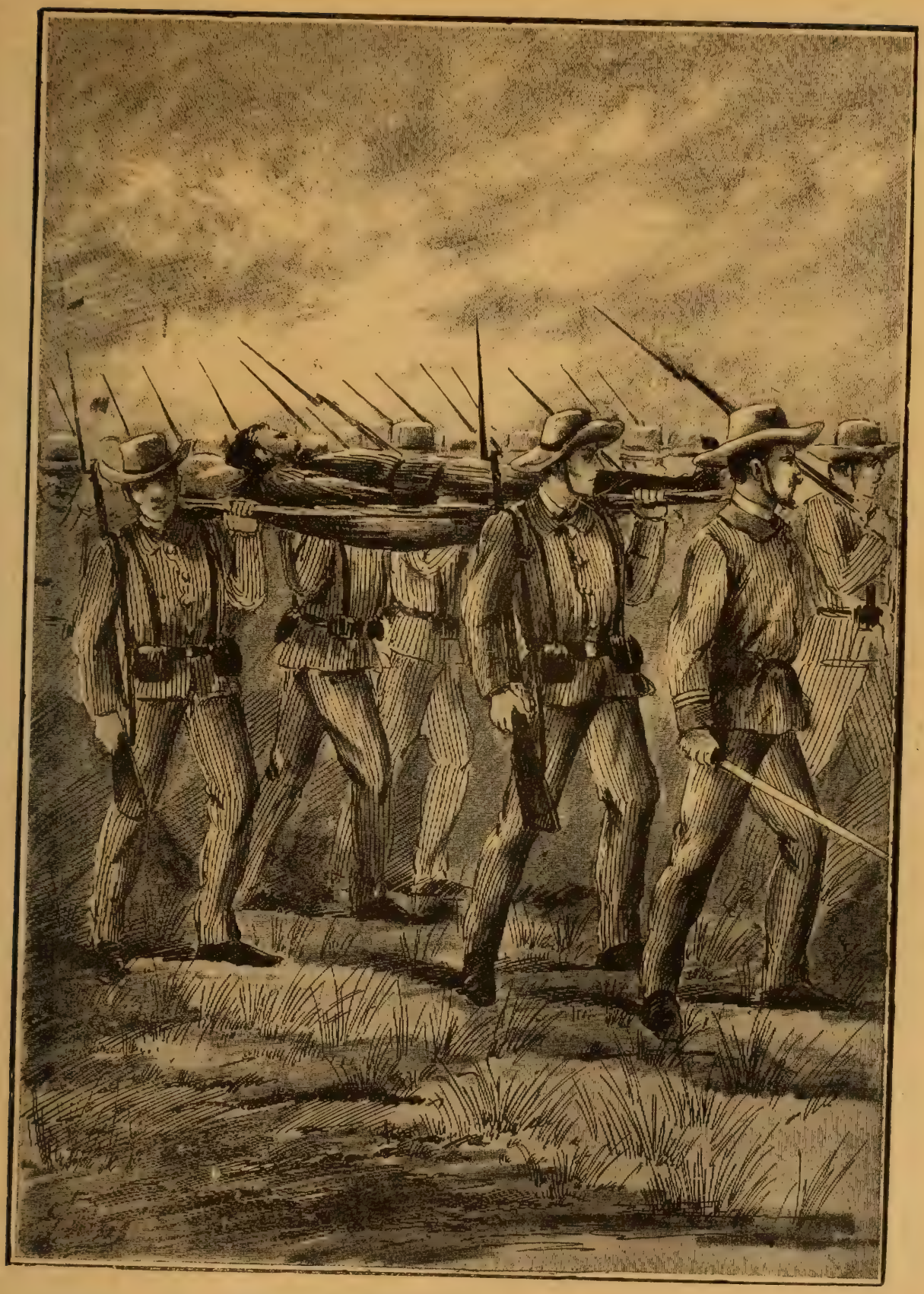
***

En todos los ánimos, así de la Península como de la isla, produjo

RIVERA DEL RIO BUEYECITO

penosísima impresión la noticia de la muerte del bizarro general Santocildes, cuyo nombre era, desde el comienzo de la actual campaña contra los filibusteros cubanos, uno de los más sonados y populares.

El ilustre general don Fidel Alonso de Santocildes, tuvo el glorioso fin reservado únicamente á los bravos y á los héroes, y su brillantísima hoja de servicios cerróse en el campo de batalla.



CONDUCCIÓN A BAYAMO DEL CADAVER DEL MALOGRADO GENERAL ALONSO DE SANTOCILDES

Refirieron algunos testigos presentes en el sangriento combate donde tan gloriosa muerte cupo al malogrado Santocildes que, á pesar de tener atravesado el pecho por dos balazos, siguió el bravo general á caballo, recorriendo las primeras filas, infundiendo valor y ánimo á los soldados y entusiasmándoles con su arrojo y serenidad.

Cuando más nutrido era el fuego, estaba en la vanguardia al frente de aquellos valientes soldados de Isabel la Católica, con los que tantas penas y glorias había compartido.

Tenía ya el pecho atravesado por dos balazos, y los que estaban á su alrededor comprendían que no era posible que permaneciera allí por más tiempo. El general en jefe le mandó un recado para que se retirara, contestándole él «que aún tenía espíritu, y que mientras éste no le abandonara, no abandonaría su puesto».

—¡Mi general, que está V. herido, que se desangra V., retírese!—le gritaban sus soldados al observar su pecho ensangrentado.

Pero él, impávido y sereno, continuó en su puesto, siempre avanzando y desafiando el peligro, y contestando á la advertencia de sus valientes soldados:

—Esto no es nada hijos míos, dos arañazos, cosa leve. ¡Arriba, y viva España! ¡Animo, y fuego á ellos!...

En aquel momento, un tercer proyectil, que le penetró por encima de la ceja derecha, atravesóle el cráneo, y cayó inerte y exánime al suelo sin articular una palabra más... ¡estaba muerto!

Casi al mismo tiempo que él, caía también para no levantarse más, su joven ayudante, el bravo segundo teniente don Tomás Sotomayor.

El bizarro y noble cuánto malogrado general tuvo la muerte gloriosa de los valientes que caen sobre el campo del honor abrazados á la gloriosa enseña de la patria, que juraron defender hasta morir, mostrando á los demás el sendero que deben seguir y dando á todos un ejemplo de admirable heroísmo que imitar y aplaudir.

En la anterior guerra separatista demostró ya su bravura y pericia mandando el batallón de San Quintín, que alcanzó en una de sus gloriosas acciones contra los insurrectos la corbata de San Fernando.

Cuando aparecieron las primeras partidas en el actual movimiento insurreccional, desempeñaba el cargo de gobernador militar de Manzanillo, y acto seguido salió al campo á perseguir á los enemigos de España, conquistándose en el combate de Bayamo el fagín de general de brigada.

***

Nació el bravo y cumplido caballero en la villa de Cubo, (Burgos), el 24 de Abril de 1844. Ingresó de cadete en el colegio de infantería de Toledo, el año de 1859, ascendiendo á alferez en 1861.

Pasó á Puerto Rico cuando los sucesos de Santo Domingo, y allí obtuvo el grado de teniente por servicios prestados en campaña.

En 1869 se encontraba de guarnición en el distrito militar de Galicia, y voluntariamente fué destinado con su batallón al ejército de Cuba, desembarcando en la Habana el día 23 de Marzo.

El 26 del propio mes comenzó las operaciones en la jurisdicción de Manzanillo, obteniendo en los campos de batalla todos sus empleos, desde teniente á general por méritos de guerra.

Su gallarda figura y las elevadas cualidades de su espíritu imponían el respeto á la par que la más afectuosa consideración á cuántos le trataban. Era el tipo acabado del caballero y del militar.

España debe grabar su ilustre nombre en las páginas gloriosas de su historia patria, para inmortalizar su recuerdo en justo premio á su heroismo y abnegación.

Interin, adelantémonos nosotros á rendir honroso tributo á su

patriotismo y heróico sacrificio, consagrando á su memoria un sentido y perdurable recuerdo en estas páginas, á fin de que aquella se haga imperecedera en la mente de todos sus compatriotas.

Quépale á su desolada esposa y á sus amantes hijos el consuelo de saber que murió como un héroe; como sólo mueren los valientes.

***

En Burgos causó gran sentimiento la noticia de la muerte del pundonoroso y bravo general Santocildes, hijo de la provincia.

Todos los periódicos locales, dedicáronle sentidos artículos necrológicos, encomiando su valor y heroismo, patentizando el cariño que la ciudad de Burgos le profesaba y el prestigio que por sus cualidades y merecimientos gozaba en la Metrópoli y en Cuba.

UNO DE LOS CABECILLAS MUERTOS EN PERALEJO

Un concejal del Ayuntamiento de Burgos presentó una instancia al Municipio suscripta por más de 9,000 personas, pidiendo que la Corporación municipal adoptase los acuerdos oportunos para honrar la memoria del heróico general burgalés, á fin de que de algun modo ostensible se testimoniase el sentimiento con que Burgos recibiera la triste nueva de su gloriosa muerte.

Por unánime aclamación acordó el Ayuntamiento hacer constar en acta el profundo sentimiento que había causado en la ciudad la muerte de tan ilustre burgalés; dirigir atento mensaje á la viuda é hijos del finado, como igualmente al vice-presidente de la sociedad burgalesa de la Habana, y celebrar en una de las parroquias de la capital solemnes honras fúnebres en sufragio y honor de tan valiente militar y demás españoles muertos en la campaña de Cuba.

El Ayuntamiento, en posterior sesión y accediendo á los deseos y petición de los exponentes, acordó también dar á una de las calles de la ciudad el nombre del ilustre general que sacrificó su vida en defensa de la patria y de la honra nacional.

¡Así honran los pueblos cultos la memoria de sus preclaros hijos!

CAPITULO XVII

Datos geográficos de Bayamo y su jurisdicción.—Situación de la ciudad.—El plan de Maceo.—Concentración de fuerzas insurrectas.—Intento de ataque á la plaza.—Esperando el ataque.—El comandante militar señor Vara de Rey.—Maceo suspende y modifica su plan.—El general Santocildes.—Marcha de la columna hacia Bayamo.—Situación del enemigo y posiciones que ocupaba.—Llegada de la columna á Barrancas.—Habil estratagema del general Martinez Campos.—El enemigo burlado.—Su retaguardia sorprendida.—Detalles del combate.—Cálculo problemático acerca de las bajas sufridas por los rebeldes.—Ansiedad en Bayamo.—Heroismo de nuestras tropas.—Episodios de la acción—Cinco héroes.—Villanía de un *mambí*.—Maceo humanitario.

La jurisdicción de Bayamo es una de las treinta y tres en que se halla dividida la isla de Cuba.

Su terreno presenta tres aspectos distintos. Tiene una región montañosa, formada por la vertiente septentrional de la Sierra Maestra y los montes que se levantan á orillas de los ríos Cautillo, Guamá, Bayamo y Jicotea.

Esta región, á pesar de sus pintorescas perspectivas, sus hermosas quebradas y sus bosquecillos de caobas y acanas, no es muy poblada, siendo también, magüer sus excelentes pastos, poco productiva, á causa de abundar en pedregales.

La otra región, más llana, pero bastante accidentada también, está cruzada, más abajo, por los mismos ríos ya citados, cuyas aguas se confunden con frecuencia por la proximidad de sus cauces. Esta es la parte

más poblada y mejor cultivada de la jurisdicción, pues tiene algunas vegas preciosas con gran variedad de cultivo y mucho ganado.

La tercera región se extiende por la costa, junto al curso inferior del Cauto y sus afluentes. Este territorio es bajo, húmedo y muy pantanoso, y por lo tanto poco productivo, sin que no obstante, dejen de existir en él grandes bosques de árboles seculares.

Los partidos de Guisa, Horno y Valenzuela, situados al Sur de la jurisdicción, son muy montañosos. Junto á las faldas de Sierra Maestra, en el partido de Valenzuela, el aspecto del terreno es muy pintoresco por estar cortado por varios bosquecillos de yayas, de guairajes, de caoba y de acanas, con sus colinas tapizadas de grama y sus alegres riachuelos.

Las márgenes de todos los ríos son á propósito para el cultivo del tabaco, siendo de superior calidad el que se cría en los partidos de Buey y Jariguá.

En la jurisdicción existen varias ciénagas, siendo las mayores las de la derecha del Cauto y las de la izquierda del Buey y del Jicotea.

Toda la ribera del Cauto, en la parte que corresponde á esta jurisdión y la confluencia de los ríos que en ella se juntan se convierten en lagunas profundas y extensas durante las grandes y muchas veces peligrosas avenidas del río, contándose algunas que dejaron fatales recuerdos entre sus pobladores, haciéndose toda la comarca poco menos que intransitable en la época de las grandes lluvias.

***

La ciudad de Bayamo, capital de la jurisdicción, se halla á 199 leguas al Este Sudeste de la Habana, 32 al Oeste de Santiago y 20 al Sur de Holguín.

Fué fundada por Velazquez á principios de la conquista de América, en 1513, después de la prisión y muerte del cacique Hatney, único de aquella región que opuso á los españoles una resistencia formal.

En 1539, se hizo residencia del Gobierno superior de la isla, por su ventajosa posición topográfica; más tarde trasladó también á ella su residencia el obispo de Santiago, y durante largo tiempo fué una de

UNA AVANZADA ENEMIGA ESPIANDO LOS MOVIMIENTOS DE LA COLUMNA

las poblaciones más ricas y florecientes de la isla, viéndose resguardada de los ataques de los piratas.

En el presente siglo se le concedió por el Gobierno el título de ciudad, y en la actualidad conserva aún algo de su antigua importancia agrícola y comercial.

Desde el día 7 de Junio, la plaza de Bayamo estaba casi desguarnecida á causa de haber salido para Cauto 400 hombres conduciendo un convoy: sólo quedaron en la ciudad una sección de artillería con

una pieza de montaña, otra sección de ingenieros, una guerrilla con catorce caballos y unos 150 hombres de infantería y guardia civil; en junto no llegaban á 300 plazas, si bien podían agregarse, en caso de apuro, 100 enfermos en el Hospital militar, capaces aún de manejar un fusil, y unos 40 voluntarios.

Maceo sabía que la ciudad no tenía fuertes exteriores ni circuito de ninguna clase; que eran bastante débiles las defensas interiores, y que sin grandes pérdidas ni esfuerzos superiores podían batirse aisladamente porque la mayoría de ellas no se protegían entre sí.

Tenía, además, noticia exacta del número de combatientes que encerraba la plaza y de todos los recursos con que contaba y, comprendiendo la inmensa trascendencia del hecho y queriendo levantar el mérito é importancia de su causa, tan desprestigiada y decaída á la sazón, resolvió el ataque inmediato de la ciudad, empezando por interceptar el camino de Manzanillo, mientras hacía reconcentrar todas las fuerzas rebeldes que á su alcance tenía en la jurisdicción.

***

Maceo quería efectuar un atrevido golpe de mano atacando á Bayamo para apoderarse de la ciudad y proclamar en ella la República cubana y constituir el Gobierno provisional.

Con objeto de dar forma á su pensamiento y poner en ejecución su concebido plan, llamó á los cabecillas Tamayo, Periquito Perez, Quintin Banderas, Rabí, Salvador Ríos (el sucesor de Amador Guerra), Capote, Papo y otros varios jefes que operaban en el departamento Oriental (Santiago de Cuba) y reconcentró las fuerzas en el término municipal de Bayamo, reuniendo un contingente de 6,000 hombres entre infantería y caballería.

De esa concentración de fuerzas rebeldes en las inmediaciones de Bayamo, tuvo seguramente noticia el general en jefe, y sospechándose el plan y objeto á que obedecía, resolvió frustarlo con su presencia, trasladándose inmediatamente á Manzanillo para dirigirse, sin perder tiempo, desde allí á Bayamo.

Al amanecer del día 12 de Julio, recibióse noticia del comandante militar de la plaza por confidencia reservada, pero de crédito indiscutible, que para aquella noche se había ordenado por Maceo el ataque simultáneo á la ciudad por todos los puntos débiles.

Aunque las disposiciones tomadas por el señor Vara de Rey, valiente y entendido comandante militar de Bayamo, fueron aceptadas y aprobadas por todos sus compañeros como las mejores, y aunque las escasas fuerzas de la guarnición, voluntarios y algunos paisanos, al tener conocimiento de los propósitos de los rebeldes, estaban animados del mayor espíritu para defender hasta el último trance la ciudad, la noche fué de inquietud, de intranquilidad y zozobra para todos, esperando arma al brazo y ojo avizor y oído atento, de un momento á otro, el anunciado ataque del enemigo.

Pero, con gran sorpresa de todos, pasó la noche sin sonar un solo tiro, ni divisar un *mambí.*

El ataque se había suspendido porque aquella misma mañana había sabido Maceo la salida del general Martinez Campos, de Manzanillo, con una escolta de trescientos hombres, en dirección á Bayamo.

Inmediatamente que tuvo aviso el *mayor general* mulato de la proximidad del caudillo del Zanjón, acompañado de tan reducida escolta, diríase seguramente para su capote:

—¡Martinez Campos hácia aquí con solo trescientos *gorriones!* Esta es la mía.

Y antes de las doce del día rectificó su plan, diciéndose:

—Copemos primero al general, que luego nos será mucho más fá-

cil tomar á Bayamo; y si no, siempre valdrá ese golpe por cien Bayamos, lo menos.

***

Mas, así como Maceo tuvo confidente que le avisara la salida del general Campos de Manzanillo, no faltó quien comunicara también al general Santocildes, que se hallaba con su columna en Veguitas, la llegada de su jefe á dicha población y su resolución de emprender la marcha hácia Bayamo. El bizarro brigadier suspendió la operación que iba á emprender sobre Bueyecito, y esperó al general en Veguitas.

Al día siguiente emprendieron la marcha las dos columnas hácia Bayamo: la del general en jefe se componía de 300 hombres, y la del general de brigada de 1.200, que juntas pasaron el río Buey, y juntas llegaron á Barrancas.

Del camino de Barrancas á Bayamo, parten otros dos caminos á la derecha, á corta distancia uno del otro, que convergen ambos al sitio denominado Solís. El primero de ellos, que se halla al salir de Barrancas, se llama camino de Solís, y el segundo es conocido por el camino de Barranca blanca.

En el primero, ó sea en el de Solís, se hallaba apostado el enemigo, ocupando sus fuerzas una extensión de cerca de una legua entre Barrancas y Solís. Todo este trayecto es de monte firme, y para que la caballería pudiera funcionar, practicaron á la derecha del camino y á una distancia conveniente, una trocha espaciosa en toda la extensión que ocupaban las fuerzas.

De dicha trocha partían, de trecho en trecho, unos callejoncitos, abiertos á machete, que terminaban en el camino, con objeto de que al

cruzar las tropas por frente á ellos, salir á caballo en vertiginosa carrera, atropellarlas y coparlas.

En otro lugar estratégico tenían preparados quinientos macheteros decididos, para que, al divisar á Martinez Campos, se precipitaran machete en mano sobre la fuerza que lo escoltara y se apoderasen de él, aunque les costara perder la mitad de la gente.

Díjose que Maceo había ofrecido *cinco mil pesos* y nombrar jefe al que hiciera prisionero al general en jefe de las tropas españolas.

GENERAL GARCIA ALDAVE

***

Sabidas ya las posiciones que ocupaba el enemigo, y el lazo diabólico que habían tendido á nuestro ilustre general en jefe, veamos el modo ingenioso que éste puso en juego y de que se valió para eludir el golpe.

Llegaron las fuerzas que componían nuestra columna á Barrancas, y allí hicieron un pequeño alto. Ordenóse á la caballería que practicase un reconocimiento, y continuaron la marcha internándose por el camino de Solís, esto es, precisamente por el lugar en que se hallaban emboscados los insurrectos.

Pero, después de caminar un largo trecho por él y cuando se ha-

llaba ya la columna muy cerca de las posiciones ocupadas por el enemigo, dobla de improviso por la izquierda y atravesando potreros y manigua vá á caer sobre los *mámbises* en Peralejo.

Esta rápida é imprevista evolución de la columna fué su salvación y la burla más gráfica que pudo hacerse del plan tan diabólicamente concebido por el enemigo.

La idea del general Martinez Campos al tomar el camino de Solís para dirigirse á Bayamo y trasladarse de repente al de Barranca blanca, nadie lo ha sabido, pero fácilmente se deja adivinar.

No se le había de ocultar al ilustre y experto general de la pasada guerra, que el enemigo, astuto como es, había de tener espías destacados á larga distancia del sitio en que se hallaba emboscado, para que al divisar la columna le dieran aviso de su aproximación; y la idea de Martinez Campos al tomar el camino de Solís, fué sin duda hacerse ver de los espías para que estos avisasen á los insurrectos de que ya la tropa marchaba en dirección á donde ellos la esperaban, y confiados en que se aproximaba el momento de realizar sus planes, descuidasen la vigilancia.

El general Martinez Campos, burlando con su estratajema al enemigo, avanza rápidamente con sus tropas por el camino de Barranca blanca, y cuando los insurrectos se percatan del movimiento de la columna, ésta llega á Solís y sorprende y ataca la retaguardia.

***

Muerto el bravo general Santocildes, toma el mando de las fuerzas y dirige la acción el mismo general en jefe. Entonces manda formar el cuadro, hace una pequeña y hábil evolución y consigue internar en el monte á aquella legión de fieras.

Pero pronto salen al claro numerosas falanges de ginetes gritando furiosos ¡al machete! ¡al machete! ¡viva Cuba libre! y atacando denodadamente el cuadro de las tropas y pareciendo disputarse los primeros puestos, arrójanse como fieras sobre nuestros soldados con ánimo decidido de saltar por encima de ellos y echar mano á su general.

Mas, nuestros bravos infantes, firmes y serenos en sus puestos, los dejan acercar, y á la voz de sus bizarros jefes y oficiales, los reciben con descargas cerradas que hacen horribles estragos en sus apretadas filas.

—«Veíanse caer—nos dijo en carta uno de aquellos héroes, testigo presencial y actor en aquel brillante y sangriento hecho de armas—«como los mangos caen al suelo cuando se apalea una manguera.»

De pronto, los soldados advierten á sus oficiales y éstos á sus jefes que las municiones escasean y están próximas á agotarse. Uno de los ayudantes del general dá conocimiento á este del grave conflicto y Martinez Campos ordena, entonces, que se abran rápidamente las cajas que llevaban de repuesto y se repartan entre los soldados.

Terminada la operación, se inicia el movimiento de avance, que se efectúa con el mayor orden, sin haber siquiera un momento de vacilación, ocupando cada cual el puesto que le correspondía y llevando consigo los heridos y los cadáveres del malogrado general Santocildes y de su segundo ayudante don Tomás Sotomayor; y siempre avanzando, siempre adelante, recibiendo y rechazando á balazos y á la bayoneta las foriosas é incesantes embestidas del enemigo, llegó aquel puñado de valientes á la márgen del rio Mabay, poco antes de obscurecer.

Allí hace alto la columna, y se traba de nuevo, á pié firme y cuerpo á cuerpo, reñida y sangrienta lucha, que duró hasta las siete de la noche.

En esa última etapa fué donde quedaron agotadas en absoluto las municiones, y cuando el bravo teniente coronel de voluntarios Lolo

Benitez ofrecióse al general para ir á buscarlas á Bayamo con diez de sus valientes guerrilleros.

* * *

Cuando la columna salió de Veguitas, cada soldado llevaba 110 cartuchos, que multiplicados por 1.500 hombres que componían el total de la fuerza, dan un producto de 165.000, y agregando á éstos 14.000 más de las catorce cajas que llevaban de repuesto, resulta un contingente de 179.000 cápsulas.

Todos sabemos que en una batalla se pierde una inmensa mayoría de balas sin causar bajas, pero séanos permitido aventurar que de cada 500 proyectiles se aprovecha solamente uno y causa daño. Pues bien, dividiendo los 179.000 cartuchos disparados por los soldados en la acción de Solís ó Peralejo, por 500 que representan una unidad, ó sea una baja, tendremos un cociente de 358 que serán las bajas que aproximadamente debieron tener los insurrectos.

Y teniendo presente, además, como dato importantísimo, que la mayoría de las descargas de nuestras fuerzas, fueron hechas á una distancia de unos diez metros, las bajas del enemigo debieron ser positivas y superiores á nuestro cálculo.

Respecto á ellas súpose únicamente que como á los veinte y cinco minutos de haber principiado la acción, retiraron á los bohíos inmediatos gran número de heridos; y que á media tarde (sobre las tres y media horas) obligaron á varíos vecinos pacíficos de aquellos contornos á retirar del campo del combate sus muertos, que ascendieron á 120, según aquellos refirieron.

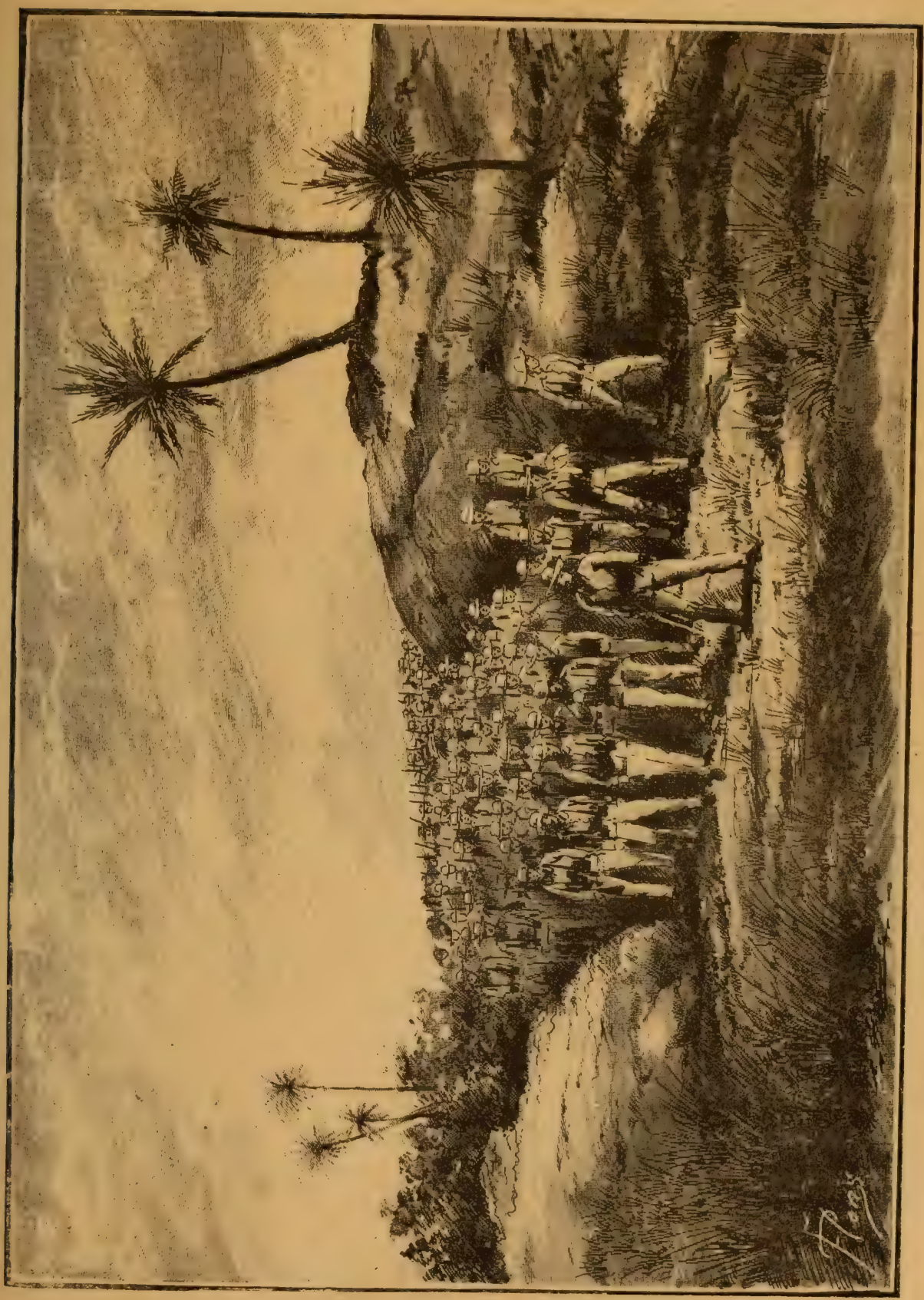
Esto es todo cuánto se supo acerca de las bajas sufridas por los re-

beldes en el combate de Peralejo, y por ello es aventurado y problemático cuánto se diga sobre un número determinado y concreto.

Una vez el enemigo dejó de hostilizar y se retiró abandonando el campo á aquella pequeña hueste de bravos, que habían atravesado por

POTRERO «SAN FRANCISCO»

entre la inmensa mayoría de las falanges separatistas reunidas y concentradas en el camino de Bayamo, triunfando de todos sus esfuerzos y ardides para apoderarse del general en jefe de nuestro ejército, procedieron nuestros valientes soldados á la triste y penible tarea de recoger los heridos y muertos, y colocarlos en camillas, acémilas y caballos, y emprendieron la marcha directa hácia Bayamo, á cuya ciudad llegaron sin nuevos contratiempos, obstáculos, ni incidentes, entre nueve y diez horas de la noche.



LLEGADA DE LAS TROPAS A BAYAMO DESPUÉS DEL COMBATE DE PERALEJO

***

En Bayamo aguardaban con ansiedad la aparición de la columna, y durante todo el día estuvieron intranquilos y suspensos de ella todos los ánimos, por los repetidos disparos de fusilería que se percibieron desde la plaza, lo cual hizo suponer á sus habitantes que algo grave ocurría y que probablemente habría tenido lugar algún encuentro con los insurrectos.

La noticia de la sangrienta acción librada entre las tropas y los rebeldes *mambises*, la tuvieron en Bayamo por el teniente coronel de voluntarios Lolo Benitez, que como hemos dicho y sabemos ya, llegó á la plaza pidiendo municiones para la columna, á la caída de la tarde.

Las pruebas de valor y los actos de heroismo llevados á cabo por nuestros invictos soldados y sus bizarros jefes y oficiales durante las seis horas de horrible fuego sostenido contra las huestes separatistas, fueron tantas y en número tal, que no nos es posible enumerarlos ni detallarlos. Baste decir que cada soldado, cada oficial y cada uno de los jefes que tomaron parte en la memorable y sangrienta acción de Peralejo fué un héroe; un valiente que mereció bien de la patria por su arrojo y abnegación; un bravo que conquistó perdurable gratitud de la madre patria y la admiración de Europa, por su valor y serenidad ante el peligro.

Respecto al valor y pericia demostrados por su dignísimo general en jefe, señor Martinez Campos, la prueba más elocuente quedará demostrada en estas breves palabras; cuando las balas caían á su alrededor, como gotas de agua desprenden las nubes en un aguacero torrencial, el invicto caudillo se sonreía impasible, encendía su cigarro, y poníase á fumar tranquilamente.

Para formarse una idea de lo sangrienta y empeñada que fué la lucha, nos bastará consignar los siguientes detalles:

Salieron heridos en la contienda; el bizarro teniente coronel señor Vaquero, con una muñeca atravesada de un balazo, el bravo teniente coronel de voluntarios Lolo Benitez, el capitán de guerrillas señor Travesí, capitanes don Eusebio Tomás, que falleció á las pocas horas, y don Luis Robles, y primer teniente don Francisco Sanchez Ortega.

El médico del cuartel general don José Semprún, perdió en la acción dos caballos, corriendo él grave peligro; Lolo Benitez perdió uno; lo mismo sucedió al teniente señor Lara, y otros varios oficiales perdieron también sus cabalgaduras en la lucha.

***

El teniente don José Martinez Campos, ayudante é hijo del general en jefe, en uno de esos momentos supremos de toda batalla en que no es posible darse cuenta de lo que pasa, corría á escape en su caballo de un lado para otro comunicando órdenes de su jefe, cuando el fuego que le hacía un grupo de insurrectos obligóle á refugiarse en un montecito para defenderse del plomo enemigo. Al ir á penetrar en el sitio que escogiera para refugio, sale de improviso de entre unas matas de la manigua un *mambí* á quien acababan de matarle el caballo que montaba, y que al ver al teniente solo, en dirección hacia él, échase á la cara la tercerola con que iba armado, y apunta al oficial; pero ya éste habíale visto y observado su acción, y rápido como el rayo, sin darle tiempo á disparar, arrójase sobre él y le arrebata el arma y lo hace prisionero.

Al emprender las tropas, terminado el combate y retirado el enemigo, su marcha definitiva y directa hacia Bayamo, llevaron consigo

los caballos y acémilas que no habían muerto en la accion, y todos los heridos menos cinco que, habiéndolo sido á consecuencia de la misma descarga que privó de la vida al bravo general Santocildes, quedaron rezagados y extraviados del núcleo principal de nuestras fuerzas, á causa de la natural confusión que en aquel supremo momento se produjo entre nuestros soldados para atender y defender el cuerpo de su querido general.

Aquellos cinco valientes, heridos y abandonados, se arrastraron hasta apoyarse en un troncón, tras el cual se defendieron como españoles, de los ataques de sus numerosos enemigos, hasta gastar el último cartucho. Sólo entonces se entregaron aquellos valientes.

CAPITAN SEÑOR MENDEZ

Hechos prisioneros y rendidas sus armas, de las que no podían ya valerse por faltarles fuerzas para manejarlas, á consecuencia de la sangre perdida, un infame negro tuvo la villanía de blandir el machete para rematarlos, llegando á herir levemente en el pescuezo á uno de aquellos desgraciados, después de robarle un peso plata... ¡Cobarde! No pudo proseguir su infame obra porque otros compañeros suyos, menos sanguinarios y más humanitarios, y, sin duda, más valientes que él, se lo impidieron, obligándole á respetar á quienes debían ser considerados como cosa sagrada.

Más tarde, el *general* Maceo mandó recogerlos y llevarlos á un bo-

hío cercano, donde los visitó y saludó respetuosamente, alentándoles con palabras afectuosas y frases de encomio á su arrojo y bravura, y ordenando que los curaran y les proporcionasen alimentos y cuántos cuidados necesitaran y requiriese su estado.

¡Los valientes merecen siempre respeto y consideración hasta de sus mayores enemigos!

CAPITULO XVIII

La versión oficial del combate de Valenzuela.—Habla Martinez Campos.—Los partes oficiales de la acción.—Telegrama de felicitación del Gobierno al general.—Impresión y efecto que causó en la opinion el combate de Peralejo.—Tristes deducciones.—Gravedad del problema cubano.

L fin, decidióse el Gobierno á romper el censurado silencio que su mal entendido patriotismo habíale obligado á guardar, respecto al reñido y sangriento combate que el general en jefe del ejército de operaciones en Cuba había tenido que librar para entrar en Bayamo, publicando en la *Gaceta* del día 25 de Julio, los siguientes telegramas oficiales, dirigidos por el general Martinez Campos al señor ministro de la Guerra:

«*Bayamo*, 16 Julio.—Exmo. Señor: El día 5 salí de la Habana para visitar las jurisdicciones de Remedios y Sancti Spíritus, donde existen las partidas de Las Villas y Ciego de Avila.

Enterado de todo por el general Luque, de cuyo celo, actividad é inteligencia estoy sumamente satisfecho, dispuse que enseguida volviese á Manzanillo el segundo batallón de Isabel la Católica que, con dos de la primera división, había reforzado las Villas, dejando éstos

dos allí, por ahora, aunque estando pronto á volver á Cuba, el de la Unión, segundo provisional; y de la colocación que había dado y consideraba debida á los cuatro batallones que acababan de llegar de la Península (Andalucía, Extremadura, Borbón y Zamora) formar dos líneas, la avanzada en los dos Jatibonicos para operar hacia la antigua trocha y la segunda en Placetas, Guaracabuya, Zuazo y Juramento.

Estas fuerzas con el tercero de Alfonso XIII y el de Baza sexto peninsular, más la caballería y guerrillas, tenían por primera misión perseguir las partidas y formar las dos líneas indicadas por si Máximo Gomez conseguía pasar la línea de Júcaro á Morón, perseguirle y evitar que levantase las Villas.

El día 8 embarqué en Tunas de Zaza y recorrí Morón, Ciego de Avila y Júcaro, previniendo las obras que para defensa de Ciego de Avila debían hacerse, y la construcción de un barracón para depósito y desembarco en el Júcaro, como así mismo la del ramal del Júcaro á Punta Barra y el muelle de este punto.

El 10 fuí á Santa Cruz, á donde destinaba al batallón de América, pero como las condiciones de este punto son malísimas, respecto á salubridad, por estar azotado duramente por el vómito y las calenturas, y además, el barracón, enfermería y cuartel estaban en ruínas é infestados, dispuse que se alquilase una casa nueva para hospital y destacamento, por ser la única regularmente situada en aquel lugar de infección, y previne que el batallón fuera á acampar á Santa Cecilia construyéndose, al efecto, barracones de guano para su alojamiento, y de tablas para enfermería, arreglando el camino que une á Santa Cruz con Santa Cecilia.

Seguí á Manzanillo, donde llegué el propio día 10 á las diez de la noche. Llevaba el propósito de ir á Bayamo, en cuyo punto, según las noticias de los periódicos y la voz general había grandes deficiencias. Comuniqué mi pensamiento al general Lachambre, quien me dijo que

acababa de recibir noticias de que Antonio Maceo, con unos 3000 hombres, más todas las partidas de la jurisdicción, estaba en el Corojo, tres leguas distante de Bayamo.

Como generalmente á Maceo le suponen en todas partes, yo no creí la noticia é insistí en ir, por más que el general Lachambre me suplicó que no fuese, negándome á que me acompañara. Tengo que con-

SANTIAGO DE CUBA

signar que este general envió orden al malogrado Santocildes, que estaba en el camino de Veguitas, para que me esperase, y además ordenó que una columna que había enviado á buscar por mar á Campechuelos se me incorporase en Veguitas.

En este punto se me confirmó la noticia de la presencia de Maceo: yo reunía 1.523 hombres y no suponía que Maceo tuviera más del do-

ble, ni le creía bien municionado. Confieso paladinamente que dudé un tanto, porque no habiendo vuelto el general Ordoñez de Holguín, no había más fuerzas disponibles en este distrito; pero no me pareció oportuno retroceder: hubiera perdido la fuerza moral con este valiente ejército, á quien tanto exijo, y habría sido un golpe fatal.

Maceo, desde qne supo mi arribo á Manzanillo, noticia que de seguro recibió antes de salir yo de aquella ciudad, tomó sus precauciones y empezó á reunir, no solo todas sus fuerzas, que las tenía próximas para la imposición de jefe á esta zona, si no los paisanos también; y como había recibido un fuerte convoy, desembarcado en la Herradura (Holguín), desistió de su proyecto de rehuir combates y organizó su fuerzas y se dispuso á impedirme el paso y rodearme, merced al terreno y á su superioridad numérica.

A las cinco de la mañana salí de Veguitas, y se hizo la marcha con lentitud por no estar muy bien el camino. Acabado de pasar el río Buey por Barrancas, se presentaron por el flanco izquierdo algunos grupos que se reconocieron y no hostilizaron. Ya allí tuvimos alguna vaga noticia de que el enemigo estaba cerca.

Como el camino de Jucaibama, aunque más corto, estaba en muy mal estado, decidió el general Santocildes, que es el que llevaba el mando de la columna, marchar por el camino de los Magüey, dejando á nuestra izquierda el de Jucaibama.

Dos kilómetros antes de la bifurcación del indicado camino y el de Peralejo, la vanguardia, mandada por el teniente coronel don José Vaquero, encontró al enemigo, rompiéndose el fuego con vivacidad, y á la media hora, esto es, á las doce y media, se generalizó por todos lados, siendo envuelta la columna y atacada vivamente la retaguardia, mandada por el teniente coronel don Federico Escario, y la extrema retaguardia, al mando del comandante don Felix Diaz Andino.

La situación era muy mala: estábamos entre dos cercas de potre-

ros, cercas de alambres con puntas, completamente al descubierto y teniendo por los flancos y el frente monte bajo, en que podían ocultarse y desde donde hacían fuego con ventaja. Avanzábamos lentamente en correcta formación, análoga á la del cuadro, ocupando un kilómetro próximamente de extensión y con los fuegos cruzados, sin haber punto inmune.

El teniente coronel don Francisco San Martín, que iba á la derecha, hizo un avance en aquella dirección, llegando á la altura de la vanguardia. A las tres horas de combate cayó muerto de tres balazos, mortales por necesidad, el inteligente y bizarro general Santocildes; entonces tomé el mando directo, y habiendo sido gravemente herido el teniente coronel Vaquero, dispuse que tomara el mando de la vanguardia el de igual clase San Martín, y de la retaguardia don Federico Escario, continuando el fuego por espacio de una hora con igual fuerza; entonces previne un avance, y al frente de la sección exploradora de Isabel la Católica, y primera y tercera compañía del expresado cuerpo, cargaron el coronel teniente coronel de Estado mayor don Máximo Ramos, y mis dos ayudantes capitán Primo de Rivera y teniente marqués del Baztán; se puso en fuga al enemigo por aquella parte, matando algunos de arma blanca, y el fuego vivo de los flancos dió un breve descanso, y como la retaguardia estaba á la altura del camino de los Magüey, invertí el orden de formación, tomando esta la vanguardia; la que era vanguardia quedó de flanco derecho y de retaguardia.

Como se tenía que pasar el arroyo Babatuaba de á uno y las acémilas y los heridos eran muchos, volvió á generalizarse el combate, intentando ellos con numerosa caballería estorbar el paso por el flanco izquierdo, pues no habían apostado fuerza en el arroyo y quedaron sorprendidos con mi movimiento.

Pasado el arroyo, á las cinco ya sólo grupos de caballería molestaban la retaguardia, y llegué á Bayamo á las nueve de la noche, donde

era grande la alarma, pues se había tenido noticia del combate y muerte de Santocildes.

Al día siguiente de mi llegada se enterró al general Santocildes y siete cadáveres más que se trajo la columna, no habiéndose podido traer los restantes por falta de medios de transporte, pues se perdieron cuarenta caballos y acémilas: los ochenta y nueve heridos se habían instalado la noche antes en hospitales provisionales.

Pensaba detenerme un solo día en Bayamo; pero las dos jornadas tan penosas por lo largas, y el agua y el fango del camino, y sobre todo, la del último día con el combate de cinco horas, no me aconsejaba moverme. También tuve conocimiento de que José Maceo había llegado á Cuba con mil quinientos hombres, y se debía incorporar á su hermano, y que todo el paisanaje útil de Bayamo, Jiguaní y Baire, se reconcentraba por órden de Maceo con objeto de ayudarle; es decir, que me encontraba al frente unos seis mil hombres armados.

Decidí quedarme y enviar propios para que de Holguín y Cuba salieran dos brigadas de más de mil quinientos hombres, para operar combinadamente y procurar deshacer este gran núcleo de rebeldes.

Las bajas que tuve en el expresado combate han sido el general Santocildes, y tres oficiales muertos; el teniente coronel Vaquero y tres oficiales más heridos, veinticinco de tropa muertos y ochenta y nueve heridos.

Réstame tan solo expresar á V. E. que he quedado altamente complacido del comportamiento de las fuerzas todas, y muy especialmente de los que pude observar, como los tenientes coroneles Vaquero, San Martín y Escario, comandante Andino, del médico de Isabel la Católica, don Marcial Martinez Capdevila, que con el del cuartel general don Eduardo Semprún, que tuvo el caballo muerto de dos heridas, montándolo á mi lado, curaron los heridos con serenidad; de mi cuartel general que estuvo constantemente á caballo yendo á llevar órdenes desde

el principio del combate, y de los primeros tenientes de Isabel la Católica, don Alfonso Sánchez Osorio y don Hilario Martinez Santos, capitán don Francisco Borbón Fernández, y primeros tenientes, don Pedro Carratalá Mantilla y don Francisco Sanchez Ortega; y del batallón de Baza el capitán don Luís Robles Guardabrazo, primer teniente don Carlos Tuero y O'Donell, y segundo teniente don Ricardo Boria Linares, y el capitán de la guerrilla montada, teniente coronel capitán retirado don Enrique Travesí, y capitán de la guerrilla de Guisa ex teniente coronel don Salvador Benitez.

Lo que tengo el honor de manifestar á V. E. para su debido conocimiento, no expresando las bajas del enemigo porque los datos son muy contradictorios.—*Arsenio Martinez de Campos.*»

. . . . . .

CAPITAN AGÜERO

«*Manzanillo*, 24 Julio.—Exmo. Señor: Como continuación á mi parte del 16 del actual debo manifestar á V. E. que el general Valdés acudió presuroso á Bayamo con una columna inferior á la indicada por mí, por no demorar su marcha en la concentración de las fuerzas que debían seguirle, y á las cuales di órden de que no siguieran ya su marcha, sino que por el contrario, volvieran á Holguín y Tunas con objeto de proteger dichos puntos.

Expliqué á V. E. la situación en que creía encontrarme; estaba equivocado. El enemigo, aunque hacía circular multitud de baladronadas y proyectos, que solo tenían por objeto despistarme, tanto más, cuanto que eran verosímiles, había quedado tan quebrantado en Peralejo, donde tuvo cerca de cuatrocientas bajas, y había perdido no sólo la ilusión de quedarse con la columna en aquel mal paso, sino que también se había aterrado del valor del soldado y de mi movimiento primero de avance y luego de flanco, reduciendo el combate á un solo frente, que los pacíficos se volvieron á sus bohios, y convencidos después de que mis bajas no llegaban á ciento veinte, las partidas de este distrito volvieron descorazonadas á sus guaridas habituales, y las de Guantánamo y parte de las de Cuba y Holguín, medio sublevadas, no quisieron continuar aquí; lo que sí hicieron fué establecer en todos los caminos que conducen á Bayamo partidas que hacían llegar á aquella población las noticias exageradas que les convenía, manteniéndome en la incertidumbre que es natural, y propalando al exterior todas las especies alarmantes que su imaginación y conveniencia les sugería.

Maceo los tachaba de cobardes, y ellos acusaban á su vez á este de que los había llevado al matadero. La división y el desconcierto no pueden ser mayores, y si los pertinaces chubascos de la estación no dificultaran las marchas, hubiese operado con las fuerzas reunidas en este distrito.

Todas estas noticias las he ignorado y estaba muy lejos de presumirlas, antes por el contrario, creía que el combate no me había sido favorable más que en el hecho de haber logrado avanzar sin haber perdido un palmo de terreno y sin haber retrocedido ante un enemigo tan superior en número y en terreno en que se nos había preparado una celada.

La recepción que me ha hecho el pueblo de Manzanillo, tan frío é indiferente de ordinario; el entusiasmo, no sólo de mi columna, sino

el de todas las venidas de fuera, me ha indemnizado de las preocupaciones de estos días, y finalmente, el convencimiento que tengo de que he evitado una catástrofe, pues el plan de Maceo lo he conocido ya por completo, y aseguro á V. E. que todo parecia contribuir á que con éxito lo realizara.

Consistía en caer sobre el convoy escoltado por doscientos ochenta hombres que estaba en marcha de Cauto á Bayamo, conduciendo veinte mil raciones é igual número de cartuchos, empresa facilísima para tan numerosas partidas; marchar al siguiente día contra Bayamo rodeando los dos llamados fuertes con su escaso número de guarnición, y bajar á Manzanillo donde suponía que no había más de cuatrocientos hombres, porque ignoraba la llegada del batallón de Isabel la Católica, y mientras tanto bloquear Jiguaní, Baire, Guisa y las Ventas. La noticia de mi llegada á Manzanillo y de mi propósito de ir á Bayamo, les hizo pensar en que yo era mejor presa, y que después de muerto yo podría realizar mejor su proyecto.

El general García Navarro vino á Manzanillo desde Cuba con los batallones de Cuba y Valladolid, el coronel Aldave desde Ciego de Avila, con el segundo batallón de Alfonso XIII, dos compañías de Tarragona, dos escuadrones y cuatro compañías de Andalucía que recogió en Santa Cruz.

De estas fuerzas tomó el mando el general Lachambre, y salió para Bayamo tomando el camino que yo había seguido; pero como yo volvía por el de Jucaibama no nos encontramos, retrocediendo tan pronto como supo mi salida para Manzanillo. El general Valdés, que vino de Holguín con dos batallones de la Habana, me acompañó hasta Veguitas, donde se halla detenido hoy para proveerse de calzado, y mañana vuelve á Holguín.

Si pudiera operar, desde luego la ventaja sería mayor, pero necesito por lo menos veinte días para racionar, y aunque ahora llueve

mucho, son chubascos diarios que duran poco, y á pesar de que inutilizan los caminos pueden considerarse como lloviznas, comparados con los grandes temporales de mediados de Agosto hasta fines de Septiembre en que casi no se pueden pasar los arroyos y mucho menos los ríos.

Réstame tan solo manifestar á V. E. que, aunque acostumbrado á verlo, la resignación del soldado, su disciplina y su moral, excede á toda ponderación.

Es conmovedor verlos caminar cuatro jornadas con barro hasta el tobillo, sin calzado, que se queda clavado ó deshecho en el camino; la tercera parte del tiempo con agua hasta la rodilla, y en los pasos de arroyos y ríos por encima de la cintura, y flanqueando penosamente por los bosques.

No creo que en ejército alguno existan tales virtudes: podrá ser mayor su instrucción, superior su espíritu militar; pero soldado como el nuestro, que á veces pasa cuatro días comiendo carne sin sal y bebiendo barro por agua, no lo hay en ninguna nación, y al poner de manifiesto á V. E. esas virtudes, creo llenar un deber de reconocimiento y admiración hacia ese soldado, y á V. E. como jefe superior del ejército proporcionarle una gran satisfacción.—*Arsenio Martinez de Campos.*»

***

Haciéndose intérprete de los sentimientos de la Nación y del Gobierno, el ministro de la Guerra dirigió al general en jefe del ejército de Cuba, el siguiente telegrama de felicitación.

«Madrid, 25.—El Ministro de la Guerra al general Martinez Campos.

El telegrama de V. E. dando cuenta del combate de Peralejo, pa-

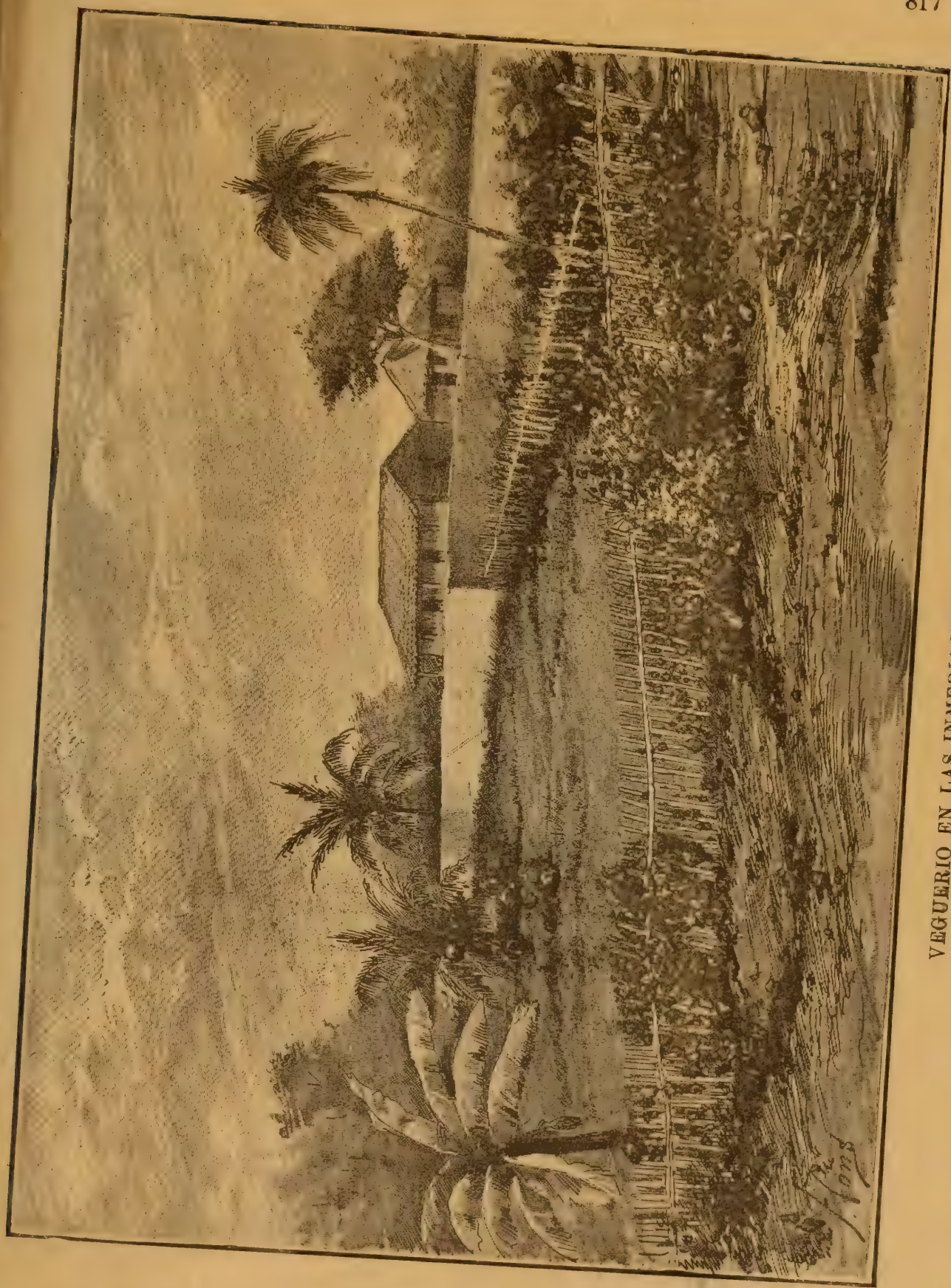
tentiza una vez más sus relevantes dotes de mando en campaña, así como la bizarría y disciplina de la tropa á sus órdenes.

Luchar durante cinco horas con un enemigo tres veces superior en fuerza, hábilmente dirigido, en terreno por todo extremo desfavorable y en la época del año menos propicia para operar, consiguiendo salvar una ciudad importante y causar al contrario numerosas bajas,

LA SABANA DE PERALEJO DESPUES DEL COMBATE

mayores según la opinión pública que las que V. E. señala prudentemente, no puede menos de considerarse como un hecho glorioso, por lo cual el Gobierno, en nombre de S. M. la Reina Regente, y en el suyo propio, felicita á V. E. y á las clases todas que tomaron parte en el combate, las que serán recompensadas como han merecido.

Muy sensible es, y la Reina y el Gobierno vivamente lamentan,



VEGUERIO EN LAS INMEDIACIONES DE BAYAMO

la muerte del bizarro general Santocildes y oficiales y tropa que perecieron honrosamente aquel día. Hacemos votos porque los heridos todos consigan pronta y completa curación.—*Azcárraga.*»

El primero de los despachos oficiales de Cuba causó honda y penosa impresión en todos los ánimos, porque revelaba el atrevimiento y osadía de los planes y propósitos de los insurrectos, al pretender y proponerse primero, atacar la importante ciudad de Bayamo, y después, apoderarse de la persona del general en jefe de nuestro ejército en la isla.

El relato coincide en sus términos generales con nuestra precedente narración, y aun hay en el parte del general Martinez Campos otras declaraciones verdaderamente graves, como la de reconocer que luchó contra fuerzas triplicadas; que sus tropas sufrieron por los cuatro costados el fuego de los insurrectos, pormenores que parece confirman las noticias de nuestro corresponsal al decirnos que nuestros soldados tuvieron que formar el cuadro, sacrificando las acémilas y los caballos de los oficiales, medio único de resistir al enemigo en aquel temible ataque por movimiento envolvente; que el enemigo era hábil é inteligente, y que su permanencia en Bayamo fué consecuencia del anuncio de que los insurrectos iban á ser reforzados por mil quinientos hombres al mando de José Maceo.

Todas estas manifestaciones del general en jefe y algunas más consignadas en su despacho, que pasamos por alto, dan la medida, sino enteramente precisa, muy aproximada, de la difícil situación en que se encontró frente á Bayamo la columna mandada por el general Martinez Campos.

Importancia verdadera tuvo que el general en jefe y sus valerosos soldados, tras un rudo y glorioso combate en el que tan duramente castigados fueron los separatistas, se pusieran en condiciones de recorrer sin nuevas dificultades el camino que separa aquella población de Man-

zanillo; pero nosotros, que desde el momento en que se inició el movimiento insurreccional en la gran Antilla, hemos tenido fe ciega en la justicia de nuestra causa y en el triunfo de las armas españolas, y no nos hemos dejado impulsar por optimismos exagerados, ni por pesimismos que no hubieran tenido legítima justificación, creímos, empero, y seguimos creyendo, que el Gobierno y el general Martinez Campos y el país entero, debieron calcular, por lo ocurrido en Bayamo, toda la gravedad que ya entonces envolvía el problema de la guerra separatista en la Isla de Cuba, agravado hoy por una serie de errores, *equivocaciones* y debilidades, y un cúmulo de causas y concausas que iremos examinando en el curso de esta Reseña.

INDICE

DE LOS

sucesos narrados y comprendidos en el tomo I

INTRODUCCIÓN. . . . . Página V

PARTE PRIMERA

LA INSURRECCIÓN

SUMARIO

Páginas

CAPÍTULO I.—Su orígen y sus causas.—Laborantismo y conspiración.—Flor Cronwer.—El poblado de Baire.—Guantánamo.—El primer grito.—Las primeras noticias de la insurrección.—Opinión del gobernador general de la isla.—Infructuosa persecución de las partidas rebeldes. . . . . 13 á 34

CAP. II.—Las primeras noticias de la insurrección.—Dudas y temores.—Impresión y pesadumbre en la Península.—Fracaso de la expedición filibustera Martí.—Infructuosa persecución de los rebeldes.—Máximo Gomez.—El primer encuentro y el bautismo de sangre.—Episodio dramático. . . . . 35 á 50

CAP. III.—Actitud patriótica del Gobierno.—Manuel García, su historia y su muerte.—Noticias alarmantes de la isla.—Petición de refuerzos.—Acuerdos del Gobierno.—Abatimiento y reacción.—Noticias de Nueva York.—Gonzalo de Quesada. . 51 á 66

CAP. IV.—Datos geográficos y estadísticos y división militar de la isla.—Su suelo, su clima y su población. . . . . 67 á 74

CAP. V.—Noticias contradictorias de la insurrección.—Acuerdos del Gobierno.—Penosa impresión y deplorable efecto en la Península.—Alocución del Alcalde de Sancti-Spíritus á sus administrados.—La primera expedición de tropas á la isla.—Despedida del pueblo de Madrid á los batallones del primer cuerpo que marcharon á Cuba.—Embarque de los batallones peninsulares números 4 y 5, en Barcelona. . . . 75 á 86

CAP. VI.—Opiniones del general Martinez Campos.—Su regreso á Madrid.—Entrevista y conferencia con el Ministro de Ultramar.—Cruzada contra el general Calleja.—Interpelación en las Cámaras.—Declaraciones del señor Campos en el Senado.—Romero Robledo en el Congreso.—Reformas antillanas.—Fórmula de concordia.—Su debate y aprobación en la Cámara de diputados. . . . . 87 á 100

CAP. VII.—Noticias satisfactorias.—Batida y dispersión de las partidas

Páginas

mandadas por los cabecillas Rabí y Lora.—Ataque á Jarallanos.—Rumores de paz.—Regocijo y contento.—Esperanzas frustadas.—Renace la intranquilidad.—Encuentro de la columna del coronel Santocildes con varias partidas reunidas de rebeldes cerca de Bayamo.—Expedición filibustera en el vapor *Atlas*.—Drama sangriento en el mar.—El crucero *Conde de Venadito*. . . . . 101 á 114

CAP. VIII.—Nuevos rumores de paz.—Noticias tranquilizadoras.—Opiniones contrarias sobre la próxima campaña.—Conferencia del general Calleja con varios representantes del partido autonomista cubano.—Nuevas partidas.—El vapor *Alliance* y el crucero *Conde de Venadito*.—Cuestión internacional.—Interpelación en el Congreso.—Solución al conflicto.—Combate y victoria en El Cobre.—El cabecilla doctor Bethancourt desterrado á la Península. . . . . 115 á 127

CAP. IX.—El Gobierno en crisis.—Sin noticias.—Telegramas particulares de la isla.—Fracaso de la gestión pacificadora del partido autonomista cubano.—Llegada de las tropas expedicionarias á Guantánamo.—Combate en Solís.—Noticias contradictorias. — Impresiones pesimistas. — Exigencias *yankees*.—Nuevo ministerio.—Declaraciones del señor Cánovas —Relevo del general Calleja.—Nombramiento del general Martinez Campos para el mando superior de la isla.—Malas noticias.—Acuerdos del nuevo Gobierno.—El general Martinez Campos y el señor Becerra.—Nuevos refuerzos á Cuba. . . . . 128 á 141

CAP. X.—Noticia grave.—Maceo en Cuba.—Partida del general Martinez Campos.—Su embarque en Cadiz para la Gran Antilla.—Conferencia del representante de los Estados Unidos en Madrid con el jefe del Gobierno español.—Encuentro en Socorro.—Muerte del cabecilla Matamoros.—Manifiesto del partido autonomista cubano.—Comentarios de la opinión á un telegrama del general Calleja.—Ataque de los insurrectos al poblado de San Miguel de Nuevitas.—Muerte del cabecilla *Panchin* Varona y su segundo Alvarez.—El sargento Martinez.—Seis héroes y una heroína.—Castelar y el soldado español. . . . . 142 á 168

CAP. XI.—Nuestras fuerzas en Cuba.—Su distribución.—Gobiernos militares.—Buques de guerra.—Nuestro armamento.—El fusil Maüsser y el machete.—Situación de la isla.—Fuerzas insurrectas.—Persecución del vapor *Warden*.—Telegrama oficial.—Aventuras de un *mambí*. . . . . 169 á 181

CAP. XII.—Maceo en Guantánamo.—Encuentro en Monteverde.—Biografía.—Españoles y cubanos en Costa Rica.—Colisión en San José.—Isidro Incera.—Honroso tributo á España.—Protestas y exposición.—Conducta del Gobierno español.—Muerte de Guillermón.—Noticias alarmantes.—Comentarios y pesimismos.—Saludable reacción.—Maceo derrotado cuatro veces.—Acción de Palmarito.—Muerte del *general*

Páginas

Flor Cronwert.. . . . . 182 á 205

CAP. XIII.—Máximo Gomez en Cuba.—Nueva derrota de los rebeldes.—Incendio y ruína.—Contra el separatismo.—Circular del Ministerio de la Guerra.—Gobiernos amigos.—Llegada á la Habana del vapor *Montevideo*.—Varios eucuentros y victorias.—Consejo de guerra en Santiago de Cuba.—Rumores alarmantes.—Negociaciones de paz... frustadas.. . 206 á 220

CAP. XIV.—Desalientos y remembranzas.—No hay que desmayar.—El teniente coronel Giralt.—El fuerte de Jiguaní.—Glorioso combate de Chapala.—El batallón de los azules.—El capitán Caro.—Batida y dispersión en Santa Cruz del Sur de la partida capitaneada por el cabecilla Montejo.—Encuentro con la partida de José Maceo.—Gloriosa acción de San Ramón de las Yaguas.—72 insurrectos muertos.—Esperanzas de poder continuar la historia de España. . . . . 221 á 232

CAP. XV.—Regreso del general Calleja.—Su llegada á la Coruña.—Declaraciones del ex-gobernador general de Cuba.—Notorias contradicciones.—«Ni quito ni pongo rey...»—Juicios y comentarios.—Historia militar del teniente general don Emilio Calleja.—Prisión en Guantánamo del corresponsal del *New York World*.—Encuentro y muerte del cabecilla M. Ramirez.—Suena la beligerancia.—Salvajadas filibusteras.—Indignación en la Península. . . . . 233 á 244

CAP. XVI.—Rumores de negociaciones de paz... ilusorias.—Bando.—Proclama del general Martinez Campos.—Obras públicas en Cuba.—Pesimismos y optimismos.—Buenos propósitos del Gobierno de Washington.—Nuevos desembarcos.—Manifiesto-proclama de Antonio Maceo.—Bando del *general* mulato.—Partida en Sancti-Spìritus.—Infame *canard*.—Protesta é indignación.—El hecho según informes de nuestros corresponsales.—Otro triunfo de nuestras armas.—Ataque al poblado del Cristo.—Salvajismo y ferocidad de los *mambises*.—Descarrilamiento de un tren.—Ataque al convoy.—Cruces y recompensas. . . . . 245 á 265

CAP. XVII.—Censuras al Gobierno.—Presentación de rebeldes.—Carta de Martinez Campos.—Libertad del corresponsal del *New York World*.—Varios encuentros.—Pesimismos.—Desaliento de los rebeldes.—Deserciones y disolución de los rebeldes.—Carta de José Martí.—Detalles de la batida y dispersión de la partida del bandolero Matagás.—Exacciones y amenazas.—Expedicionarios prisioneros.—El cabecilla Arcilla Duverger.—Fortificación de varios poblados.—Prisioneros escapados.—Telegrama oficial.—Alarma y temores—Noticia triste. . . . . 266 á 279

CAP. XVIII.—Glorioso combate del Jovito.—Muerte del teniente coronel don Joaquín Bosch.—Situación apurada de la columna.—El comandante don José María de Robles.—Carta del soldado M. Viso.—Ansiado socorro.—Las escuadras de Guantánamo.—El comandante don Pedro Garrido.—Honrosa retira-

Páginas

da.—Parte oficial.—Dolorosa impresión en la Península.—Muertos y heridos. . . . . 280 á 299

CAP. XIX.—Ataque al poblado de Sabana Baracoa.—Saqueo y robo.—Orden general dictada por el general en jefe del ejército de operaciones en Cuba.—Diversas noticias.—Encuentro en la Horqueta del Horno.—El coronel Santocildes.—Situación desesperada.—El enemigo rechazado y en vergonzosa fuga.—Heroismo de nuestros soldados. . . . . 300 á 308

CAP. XX.—Caballería á Cuba.—Discurso de S. M. la Reina Regente.—Telegrama oficial de Cuba.—Informes particulares.—Designación de los regimientos de caballería.—Esperanzas de arreglo.—Varios encuentros y batidas.—Heróica defensa del fuerte del Esterón.—El sargento Anacleto Girbau y sus catorce compañeros.—Justa y merecida recompensa al heroismo.—Aplausos y plácemes al general Martinez Campos.—Necesidad de ser mejor recompensada la benemérita clase de sargentos. . . . . 309 á 322

CAP. XXI.—La columna del coronel señor Sandoval.—Detención é interrogatorio de un presunto espía.—En busca del enemigo.—Encuentro y glorioso combate de Dos Ríos.—Memorable victoria.—Muerte de José Martí.—Máximo Gomez, herido.—Brillante carga á la bayoneta.—¡Viva España!—Fuga y dispersión del enemigo.—Heroismo de nuestros soldados.—El cadaver de Martí.—Inhumación en el cementerio de Ramón Yaguas.—Exhumación, embalsamamiento y traslación á Santiago de Cuba.—Fúnebre convoy y lucha por un muerto.—Exposición, identificación y sepelio del cadaver en el cementerio de Santiago.—El militar español ante el cadaver de un enemigo.—Acta de sepelio.—Telegramas oficiales.—Regocijo en la Península.—El agitador Martí.—Destitución y regreso á España del general Salcedo.—Comentarios.—Su sustituto.—Datos biográficos de José Martí.—Dudas acerca de la muerte del titulado presidente de la República cubana.—Carta de la viuda de Martí.—Esceptimismo nacional.—Juicio de votación para premiar á los oficiales, clases é indivìduos de tropa que más se distinguieron en la acción de Dos Ríos.—Relación de sus nombres.—Orden del día dirigida por el coronel señor Ximenez de Sandoval á su columna.—Orden general del ejército del día 23 de Mayo de 1895. . . . . 323 á 364

CAP. XXII.—Opinión del coronel Sandoval.—Reacción.—Proclama patriótica.—Plausible reforma del reglamento de recompensas al ejército.—Telegramas oficiales.—Nota desfavorable.—Atropellos de los insurrectos.—Varios encuentros.—Consejo de Ministros.—Llamamiento á filas.—Baja en la Bolsa. 365 á 378

CAP. XXIII.—Espíritu patrio.—Optimismos.—Ideas falsas.—Rumores desmentidos.—Planes del general Martinez Campos.—Puntos de vista y afirmaciones.—Refuerzos á Cuba.—Noticias pesimistas.—Disposiciones del Gobierno.—50.000 hombres á

Páginas

Cuba.—Situación crítica de nuestras tropas.—Recursos para Cuba.—Proyecto de ley. . . . . 379 á 400

CAP. XXIV.—Alarma.— Reacción. — *Interview* con Máximo Gomez.—La prensa extrangera.—Proclama del presidente de la República norte-americana.—Juicios de la prensa extrangera.—Filibusteros á Cuba.—Máximo Gomez en el Camagüey.—Dimisión del general Martinez Campos.—Viaje á Madrid del general Weyler.—Sus declaraciones en el Congreso.—Sus efectos.—Eran *falsas en absoluto*.—Consejo de Ministros.—Más fuerzas á Cuba.—Organización de la escuadra antillana.—40 buques de guerra al mar de las Antillas.——Puntos de embarque de los diez batallones.—Nuestras fuerzas en Cuba.—Cabecillas filibusteros.—Nuestras bajas hasta el 30 de Mayo.—Las del enemigo.—Reunión de autonomistas en Puerto Príncipe.—Actos de salvajismo de los *mambises*.—Período de lluvias.—Suspensión de operaciones. . . . . 402 á 42

CAP. XXV.—Ataque y heróica defensa de Altagracia.—El sargento Vidal.—Muerte del cabecilla Borrero.—El *generalísimo* Gomez.—Saqueo é incendio.—Gloriosa salida y retirada del destacamento.—Las fuerzas insurrectas.—Atropellos y amenazas.—Ascensos y recompensas.—Relación nominal de los héroes de Altagracia.—Muertos, heridos y contusos.—Activa persecución de los rebeldes.—Varios encuentros.—Expediciones filibusteras y noticias *yankees*.—Nuevas batidas.—Deserciones.—Suicidio del teniente coronel señor Liñero.—Honroso rasgo de la Regente.. . . . . 426 á 45

CAP. XXVI.—Estado de guerra en Puerto Príncipe.—Máximo Gomez en el Camagüey.—Noticias de Nueva York.—El Gobierno de la República dominicana.—Cónsules generales en Tampa y en el Canadá.—El vapor correo *Buenos Aires*.—Encuentro en Rioseco.—La cuestión Mora.—*Interview*.—Carta de despedida de los sargentos de la expedición de Junio.—Carta de *Un militar*.—Situación legal de los sargentos.—Acuerdo censurado.—Noticias de la isla.—Orden del *generalísimo*.—Quema y ataques. . . . . 457 á 4

CAP. XXVII.—El combate del central San José.—El comandante señor García Delgado.—Batida y dispersión de las partidas insurrectas.—Muerte del cabecilla Rafael Cazallas.—Su identificación y conducción á Placetas.—Acta de identificación.—Presentación de rebeldes.—Soldados heridos.—Crítica situación de la columna.—Jefe y oficiales que la mandaban.—Disgregación de la partida de Cazallas.—Ataque y heróica defensa del ingénio «Tranquilidad».—El teniente don Dionisio Riancho.—Lucha desesperada.—Las bajas del enemigo.—Nuestros muertos y heridos.—Brillante fiesta en Manzanillo en honor y obsequio de los héroes del ingénio «Tranquilidad».—Discurso del Alcalde.—Misa de campaña.—Desfile.—Visita á los heridos y al hospital de Cari-

Páginas

dad.—Banquete en el Casino Español.—Brindis. . . . 473 á 494

CAP. XXVIII.—Incendio del poblado de Nuevitas.—Alarma y sobresalto en Santiago de Cuba.— Cuevitas.—Auxilio oportuno.— La guerrilla local de Santiago.—Huida de los incendiarios.—Brutales asesinatos.—Saqueo é incendio.—Don Victoriano Baldoquín.—El jefe de la partida.—*Interview*.—Indignación y protesta.—Bando del general Salcedo.—Comentarios y aclaración. . . . . 495 á 512

CAP. XXIX.—La prensa de la Habana.—Circular sobre imprenta.—Prisión del director de *La Discusión*.—*El Ejército Español*.—Telegrama oficial.—Explicaciones del ministro de Ultramar.—Conferencia política.—Los partidos políticos de Cuba.—Conferencia de los coroneles de los batallones de voluntarios con el capitán general de la Gran Antilla.—Patriotismo de los voluntarios.—Una disposión del general Martinez Campos.—Aplausos y plácemes. . . . . 514 á 524

PARTE SEGUNDA

LA CAMPAÑA

CAPÍTULO I.—Aumento de la insurrección.—La prensa cubana.—Pesimismos y alarma.—Organización de las fuerzas filibusteras.—Opinión acerca de la guerra.—Temores de sublevación en Pinar del Río.—Expedición filibustera á Bahía Honda.—Telegrama oficial.—Informes del general Martinez Campos.—Organización militar de la provincia de Puerto Príncipe.—Fortificación de Gibara.—Destrucción de la vía férrea de Gibara á Holguín.—Ataque del Puente Grande.—El teniente Suarez.—El general Suarez Valdés, y el *general* mulato Maceo. . . . . 527 á 549

CAP. II.—Malas noticias.—Penalidades de las tropas.—La rendición de «El Mulato».—El teniente Becerra.—El ex-cabo de la guardia civil D. José Andujar.—El soldado Julián Cambra.—Desarme é incendio.—Nuestros soldados.—Combate de «Cerca de Piedra».—Crítica situación de la columna.—El teniente don Gustavo Rodriguez.—Brillante carga y dispersión del enemigo.—El comandante Tejerizo.—Persecución de los rebeldes.—Destrucción del campamento insurrecto.—Regreso á Santiago.—Varios detalles del combate.—Muertos y heridos. . . . . 550 á 567

CAP. III.—Despedida de las tropas expedicionarias de Cuba.—Salida de Málaga del batallón de Borbón.—Llegada á Cádiz.—Su embarque en el *Montevideo*.—Despedida del pueblo coruñés á los batallones de Zamora y Reus.—El coronel señor Izquierdo.—Arenga á los soldados.—Su embarque en el *Reina María Cristina*.—Valencia al batallón de Guadalajara.—Zaragoza al batallón de Gerona.—Fiesta militar.

Páginas

—Detalles de patriotismo.—La villa de Olot al batallón de Aragón.—Alocuciones del Alcalde de Olot al pueblo y á los soldados.—Llegada de las tropas expedicionarias á Barcelona.—Su embarque en el *Alfonso XII*.—Despedida del pueblo de Madrid al batallón de San Fernando.—Escenas conmovedoras. . . . . 568 á 599

CAP. IV.—Nuevo carácter de la guerra separatista.—Pesimismos y esperanzas.—Atropellos y fechorías de los *mambises*.—Asamblea separatista.—El *Atlante*.—Proyectos de ley aprobados por el Congreso.—Carta de Puerto Príncipe.—Varios encuentros y combates.—El poblado de San Jerónimo.—Un recuerdo.—Sangriento combate del Cacao.—Un héroe.—El médico militar don Urbano Orad Gajias. . . . . 600 á 620

CAP. V.—La cuestión Mora.—Ponencia de Ministros.—Consejo con la Regente.—La prensa.—La opinión.—Consideraciones del autor.—La minoría Republicana parlamentaria.—Mensaje al Presidente del Consejo de ministros.—Acuerdo del Gobierno.—Real orden.—Codicia de los *yankees*.—Decreto concediendo el crédito para Mora.—Dinero para Mora.. . 621 á 632

CAP. VI.—La prensa extranjera.—Respuesta á un artículo de *L' Intransigeant*.—Comunicación del Secretario de Estado de la gran República al Procurador general de los Estados Unidos.—Circulares del Procurador general á los procuradores de distrito y alguaciles federales de los Estados de la Unión.—Estudio y consideraciones del autor acerca de las causas generadoras de la insurrección.—Examen de la capital cuestión de Cuba bajo su aspecto político. . . . 633 á 646

CAP. VII.—Consideraciónes del autor acerca de la cuestión cubana, bajo el punto de vista del derecho internacional.—Juicio y apreciaciones sobre la conducta de nuestro Gobierno.—Comentarios al discurso del presidente del Consejo de ministros.—Su interpretación y suposiciones.—Lo que debiera hacer España. . . . . 647 á 658

CAP. VIII. El batallón 4.° peninsular.—Su gloriosa campaña en Cuba.—Sorpresa de los insurrectos.—Encuentros y combates en Mayarí de Arriba y en los montes de Mícaro.—Ataque del poblado de San Benito.—Reñido combate en Seborneo.—Batida y dispersión del enemigo.—Reconocimiento en Monte oscuro.—Destrucción de un campamento enemigo.—Expedición del 4.° batallón peninsular á través de la manigua.—Su brillante y gloriosa campaña.—Orden del coronel jefe de la columna á las tropas.—Rumores de relevo del general Martinez Campos.—El Gobierno los desmiente.—Interés é impaciencia de la opinión.—El ministro de la Guerra en la presidencia del Consejo.—Encuentro en Samasaltas.—Derrota de una guerrilla.—Sensibles bajas.—Muerte del cabecilla Amador Guerra.—Siete héroes.—Telegrama oficial.—Otros varios encuentros.—El cañonero *Magallanes*.—Muerte del cabecilla Aramburo.—Bando del

Páginas

general en jefe del ejército de Cuba.—Circular del alcalde de Manzanillo.—Censura y resultados. . . . . 659 á 679

CAP. IX.—Sorpresa y ataque de Seborucal.—Muerte del capitán señor Gonzalez Lopez y del sargento Morales.—Fuga y dispersión de la partida.—Detalles.—Nuestras bajas.—Honras y honores á las víctimas de Seborucal.—Alarmantes rumores.—La casilla misteriesa.—Invasión del poblado de Rojas por los rebeldes.—Más detalles.—Infructuosa persecución del enemigo.—Telegrama oficial.—El capitán don Juan Gonzalez Lopez.—Glorioso combate de Vista Hermosa.—El comandante Armiñan y el teniente Castiñeira. . . . 680 á 697

CAP. X.—Ataque y heróica defensa del *fuerte* «Provincial».—Ocho contra trescientos.—El cabo D. Florencio Lucas Martín.—Incendio del *fuerte* y del poblado.—Salida del destacamento y abandono del *fuerte* incendiado.—Heróica retirada.—El paisano don Timoteo Gutierrez.—Bajas del enemigo.—Columna de auxilio.—Nombres de los héroes del «*Provincial*».—Fuerzas enemigas.—Detalles.—Muerte del cabecilla Machado.—El héroe del «Provincial».—Relación oficial.—La cruz laureada.—Recompensas. . . . . 698 á 708

CAP. XI.—Invasión del central «Santa Lucía», por las partidas de Maceo y Miró.—Saqueo y pillaje.—Don José Cernada.—Su busca y persecucción.—Registro y destrucción.—El cabecilla Miró.—Invasión y saqueo de tiendas.—Prisión de los dependientes.—Provenza y Emperador.—Fuerzas insurrectas y sus jefes.—El oficial de la guardia civil don Julio Pujol.—Saqueo de la tienda de don Felipe Alcalde.—Invasión del poblado de Fray Benito.—Saqueo y atropellos.—Detalles. . . . . 709 á 722

CAP. XII.—Ataque al poblado de Vega alta.—Columna en su auxilio.—Detalles.—Dispersión y fuga del enemigo.—Informes de la campaña.—Reconocimiento y exploración.—Hallazgo de un depósito de armas.—Encuentro en «Cerro Calvo».—Regreso á Seibabo.—Incendio y destrucción de varios puestos de la guardia civil.—La columna del capitán señor Cañadas.—En la Siguanea.—Caminante sospechoso.—Prisionero y guía.—Sorpresa y destrucción de un campamento enemigo en las lomas de la Siguanea. . . . . 723 á 736

CAO. XIII.—Ataque y heróica defensa de San Diego del Valle.—Intimación á sus defensores de rendirse.—Incendio del poblado.—Llegada de una columna de infantería de Marina.—Batida y dispersión del enemigo.—Extinción del incendio.—Varios episodios del combate.—Defensa de una barricada y heróica retirada de sus defensores.—El doctor Machín.—El capitán señor Dueñas y el sargento Alonso Prieto.—Aplausos y recompensas.—Bando del general Luque. . . . . 737 á 747

CAd. XIV.—Ataque é incendio del poblado de San Jerónimo.—Máximo Gomez intima la rendición del fuerte.—Patriótica respuesta del teniente jefe del destacamento.—El Alcalde señor

Páginas

Samper.—Abandono de la población por sus habitantes.—Nueva intimación del *generalísimo*.—Negativa del teniente.—Ataque é incendio del fuerte.—Capitulación honrosa de sus heróicos defensores.—El teniente don Gauderio Laborda. . . . . 748 á 758

CAP. XV.—Alarma y espectación en la Península.—Rumor grave.—Pesimismos de los alarmistas.—Extraño é inexplicable silencio del Gobierno.—Primera noticia de la acción de Valenzuela.—Aumenta la alarma y la espectación.—Despachos oficiales.—Crece la ansiedad y el interés.—Censuras al Gobierno.—Observaciones á los difusos telegramas oficiales.—Nuevos despachos.—Telegrama de nuestro corresponsal en Santiago de Cuba.—Penosa impresión y dolorosas deducciones. . . . . 759 á 774

CAP. XVI.—Relato del combate de Peralejo.—Llegada del general Martinez Campos á Manzanillo.—Salida para Bayamo.—Llegada á Veguitas y encuentro del general Santocildes.—Cambio de impresiones y noticias de los rebeldes.—Empieza la acción en el potrero «San Francisco».—La columna avanza hasta el río Mabay.—Muerte del heróico general Santocildes.—El general en jefe toma el mando de la columna.—Combate de Peralejo—Heroismo de nuestras tropas.—El enemigo rechazado y obligado á retirarse.—Entrada del general y su columna en Bayamo.—Deducciones.—Bajas.. 775 á 789

CAP. XVII.—Datos geográficos de Bayamo y su jurisdicción.—Situación de la ciudad.—El plan de Maceo.—Concentración de fuerzas insurrectas.—Intento de ataque á la plaza.—Esperando el ataque.—El comandante militar señor Vara de Rey.—Maceo suspende y modifica su plan.—El general Santocildes.—Marcha de las columnas hacia Bayamo.—Situación del enemigo y posiciones que ocupaba.—Llegada de la columna á Barrancas.—Hábil estratagema del general Martinez Campos.—El enemigo burlado.—La retaguardia sorprendida.—Detalles del combate.—Cálculo problemático acerca de las bajas sufridas por los rebeldes.—Ansiedad en Bayamo.—Heroismo de nuestras tropas.—Episodios de la acción.—Cinco héroes.—Villanía de un *mambí*.—Maceo humanitario. . . . . 790 á 805

CAP. XVIII.—La versión oficial del combate de Valenzuela.—Habla Martinez Campos.—Los partes oficiales de la acción.—Telegrama de felicitación del Gobierno al general.—Impresión y efecto que causó en la opinión el combate de Peralejo.—Tristes deducciones.—Gravedad del problema cubano. . . 806 á 819

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

F
1786
R45
1896
t.1

Reverter Delmás, Emilio
Cuba española

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 16 22 03 03 001 3